

## **Guy de Maupassant**

# **Cuentos Completos (Vol. II)**

bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-639-3

Publisher: Vi-Da Global S.A. Copyright: Vi-Da Global S.A. Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA) CUIT: 30-70827052-7

## La becada

El anciano barón de Ravots había sido durante cuarenta años el rey de los cazadores de su provincia. Pero hacia ya cinco o seis que una parálisis de las piernas lo tenía clavado en su sillón, y tenía que contentarse con tirar a las palomas desde una ventana de la sala o desde la gran escalinata de su palacio. El resto del tiempo lo pasaba leyendo.

Era hombre de trato agradable, que había conservado mucho de la afición a las letras que distinguió al siglo pasado. Le encantaban las historietas picarescas, y también le encantaban las anécdotas auténticas de que eran protagonistas personas allegadas suyas. En cuanto llegaba de visita un amigo le preguntaba:

-¿Qué novedades hay?

Tenía la habilidad de un juez de instrucción para interrogar.

En los días de sol se hacía llevar en su amplio sillón de ruedas que parecía una cama, a la puerta del palacio. Detrás de él se situaba un criado con las escopetas, las cargaba y se las iba pasando a su señor. Otro criado, oculto en un bosquecillo, daba suelta a un pichón de cuando en cuando, a intervalos regulares, para que le cogiese de sorpresa, obligándolo a estar en constante alerta.

Se pasaba el día tirando a aquellas aves ligeras, se desesperaba si conseguían burlarle y se reía hasta saltársele las lágrimas cuando el animal caía a plomo o daba alguna voltereta extraña y cómica. Se volvía entonces hacia el mozo que le cargaba las armas y le preguntaba con espasmódica alegría:

-¡A ése le di lo suyo, José! ¿Viste cómo cayó?

Y José respondía indefectiblemente:

-El señor barón no marra uno.

Al llegar el otoño, y con él la temporada de caza, invitaba como en sus buenos tiempos a sus amigos y disfrutaba oyendo a lo lejos las detonaciones. Iba contándolas y le llenaba de felicidad el que se repitiesen aceleradamente. Por la noche exigía a cada cazador un minucioso relato de las incidencias del día.

Y los contertulios y el barón permanecían tres horas de sobremesa contando lances de caza.

Los cazadores son gente verbosa y relataban complacidos cien aventuras extrañas e inverosímiles. Algunas se han hecho clásicas y se repetían con toda regularidad. La del conejo que el vizcondesito de Bourril falló en el vestíbulo mismo de su palacio no perdía gracia, y todos los años les hacía retorcerse de risa. No se pasaban cinco minutos sin que surgiese un nuevo narrador.

-Oigo un «¡Biiiirrrr!... », y se levanta un bando magnífico a diez pasos de distancia. Encañono: «¡Pif, paf!», y veo que llueven como botas. ¡Siete cayeron!

Relatos así los dejaban extáticos, porque era norma el prestarse fe mutuamente. Pero, además, era de tradición en aquella casa lo que se conocía con el nombre de «el cuento de la becada». Todos los años, coincidiendo con el paso de estas aves, que constituyen la presa más apetecible, se repetía idéntica ceremonia.

Todas las noches se servía en la cena una de estas aves por barba, porque el barón era aficionadísimo al incomparable bocado; pero las cabezas se dejaban aparte, en un plato. Después de esto, el barón, con toda la gravedad de un obispo que oficia en el altar, mandaba que le trajesen otro plato con grasa, y ungía cuidadosamente las preciosas cabezas, sosteniéndolas de la punta del pico, delgado y largo como una aguja. Le ponían al alcance una vela encendida y se callaban todos, esperando con ansiedad.

Tomaba a continuación una de las cabezas así preparadas, la pasaba con un largo alfiler, pinchaba en el otro extremo un corcho y equilibraba los respectivos pesos con palitos colocados como balancines; después, y con mucho tiento, plantaba aquel chirimbolo sobre el gollete de una botella, como un palillo de barquillero. Todos los comensales contaban al unísono y en alta voz:

-¡Una..., dos..., tres!

El barón, dándole un golpecito con un dedo, hacía girar el juguete.

El convidado al que apuntaba el pico puntiagudo al dejar de girar quedaba dueño de todas las cabezas, bocado exquisito que hacía poner los ojos en blanco a sus compañeros de mesa. El agraciado las iba cogiendo una a una, y las asaba en la

llama de la vela. La grasa chisporroteaba, la piel dorada humeaba y el favorecido por la suerte hacía crujir entre sus dientes la cabeza grasienta, sosteniéndola por el pico, dejando escapar exclamaciones de placer.

A cada cabeza levantaban los restantes convidados sus vasos y bebían a su salud.

Al final, después de comérselas todas, estaba obligado, en el momento que el barón se lo indicase, a relatar una historia, para indemnizar de este modo a los que no habían tenido su suerte.

FIN

## La belleza inútil

I

Delante de la escalinata del palacio esperaba una victoria muy elegante, tirada por dos magníficos caballos negros. Era a fines del mes de junio, a eso de las cinco y media de la tarde, y por entre el recuadro de tejados del patio principal se distinguía un cielo rebosante de claridad, luz y alegría.

La condesa de Mascaret apareció en la escalinata, en el momento mismo en que su marido, de regreso, entraba por la puerta de coches. Se detuvo unos segundos para contemplar a su mujer, y palideció ligeramente. Era muy hermosa, esbelta, y el óvalo alargado de su cara, su cutis de brillante marfil, sus rasgados ojos grises y negros cabellos le daban un aire de distinción. Subió ella al carruaje sin dirigirle una mirada, como si no lo hubiese visto, con actitud tan altanera que el marido sintió en el corazón una nueva mordedura de los celos que lo devoraban desde hacía mucho tiempo. Se acercó y la saludó, diciendo:

-¿Sale usted de paseo?

Ella dejó escapar cuatro palabras por entre sus labios desdeñosos:

- -Ya lo ve usted.
- -¿Al Bosque?
- -Es probable.
- -¿Me permitirá acompañarla?
- -Usted es el dueño del carruaje.

Sin manifestar extrañeza por el tono en que ella le contestaba, subió al coche, tomó asiento junto a su mujer y ordenó:

-Al Bosque.

El lacayo saltó al pescante, junto al cochero, y los caballos, siguiendo su costumbre, piafaron y saludaron con la cabeza, hasta que pisaron la calzada de la calle.

Los dos esposos permanecían uno al lado del otro, sin despegar los labios. El marido buscaba la manera de trabar conversación, pero era tal la dureza del semblante de su mujer, que no se arriesgaba a ello.

Deslizó disimuladamente su mano hacia la mano enguantada de la condesa, y tropezó con ella como por casualidad; pero su mujer retiró el brazo tan vivamente y con un gesto de tal repugnancia, que lo dejó desconcertado, a pesar de sus hábitos autoritarios y despóticos.

Entonces dijo en voz baja:

-¡Gabriela!

Ella le preguntó, sin volver la cabeza:

- -¿Qué quiere usted?
- -La encuentro a usted adorable.

Ella no contestó, y siguió arrellanada en el coche con aire de reina irritada.

Subían por la cuesta de los Campos Elíseos hacia el Arco de Triunfo de la Estrella. A un extremo de aquella larga avenida, el inmenso monumento abría su arco colosal sobre un cielo rojo. Parecía que el sol, cayendo sobre él, levantaba por todo el horizonte un polvillo de fuego.

Los carruajes, salpicados de destellos luminosos en los cobres, en la plata y en la cristalería de sus arneses y linternas, formaban un río de doble corriente, una hacia el Bosque, la otra hacia la ciudad.

El conde Mascaret volvió a decir:

-¡Mi querida Gabriela!

Ella, entonces, sin poderse contener más, le replicó con voz exasperada:

-Le ruego que me deje en paz. Ya no me queda ni la libertad de pasear sola en mi coche.

Hizo él como que no la había oído, e insistió:

-Está usted hoy más hermosa que nunca.

La mujer, que había llegado al limite de su paciencia, le contestó, abandonándose a su cólera:

-Hace usted mal en fijarse en mi hermosura, porque yo le juro que jamás volveré a ser de usted.

Esta vez sí que el marido quedó estupefacto y desconcertado; pero, dejándose llevar por sus hábitos de violencia, lanzó un "¿Cómo dice usted?", que delataba, más que al hombre enamorado, al amo brutal.

Aunque sus servidores no podían oírlos, por el ruido ensordecedor de las ruedas, ella repitió en voz baja:

-¡Ya está ahí el de siempre! ¿Cómo dice usted? ¿Cómo dice usted? Pues bien: ¿se empeña en que se lo diga?

-Sí

-¿En que yo se lo diga todo?

-Si

-¿Todo lo que llevo como un peso encima del corazón desde que vengo siendo la victima de su egoísmo feroz?

El marido se había puesto rojo de asombro y de irritación; y gruñó con los dientes cerrados:

-Sí, hable usted.

Era hombre de mucha estatura, hombros anchos, poblada barba roja; un hombre apuesto, un caballero del gran mundo, reputado de marido modelo y padre excelente.

Por vez primera desde que habían salido del palacio se volvió ella para mirarlo cara a cara:

-Sea, pues. Va usted a oír cosas muy desagradables; pero sepa que estoy dispuesta a todo, que lo desafiaré todo, que no temo a nada y a usted menos que a nadie.

También él la miraba a los ojos, alterado ya por la ira, y resolló:

-¡Está usted loca!

-Lo que no estoy es dispuesta a seguir siendo la víctima del suplicio odioso de perpetua maternidad que me viene usted imponiendo desde hace once años. Quiero vivir alguna vez como mujer de sociedad, porque tengo derecho a ello, como lo tienen todas las mujeres.

El marido volvió a palidecer súbitamente, y balbuceó:

-No entiendo lo que quiere decir.

-Sí que me entiende usted. Hace tres meses que di a luz a mi último hijo, y ya le parece a usted que es hora de que vuelva a estar encinta, porque soy todavía muy hermosa, y, a pesar de todo lo que usted hace, no pierdo mis formas, como usted mismo ha advertido hace un momento, el verme en la escalinata.

-¡Usted desvaría!

-No. Tengo siete hijos y treinta y dos años; hace sólo once que nos casamos y usted echa cuentas de que seguiremos así diez años más. Hasta entonces no dejará usted de estar celoso.

El marido la agarró del brazo y se lo oprimió:

-No le tolero que siga usted hablándome de ese modo.

-Pues yo estoy resuelta a no callar hasta que le haya dicho todo lo que tengo que decirle. Como trate usted de impedírmelo, alzaré la voz para que me oigan los criados que van en el pescante. Si consentí en que subiese al coche fue

por eso, porque aquí tengo testigos que le obligarán a escucharme y a dominarse. Óigame bien. Siempre me fue usted antipático, y se lo demostré en toda ocasión, porque yo no miento nunca, caballero. Me casé con usted contra mi voluntad; violentó usted la de mis padres, aprovechando que es usted rico y que ellos se hallaban en situación difícil. Después de muchas lágrimas, tuve que ceder.

"Usted me compró, y luego, cuando me tuvo en su poder, cuando yo empezaba a ser una compañera dispuesta a quererle, a olvidar sus procedimientos de intimidación y de coerción, acordándome únicamente de que tenía el deber de portarme como esposa abnegada, dándole todo el cariño de que yo era capaz, usted se convirtió en un marido celoso, celoso como nadie lo ha sido jamás, con unos celos de espía: bajos, innobles, degradantes para usted y ofensivos para mi persona. No llevaba casada ocho meses y ya usted me creyó capaz de todas las perfidias. Hasta llegó a dármelo e entender. ¡Qué ignominia! Como no podía usted impedirme ser hermosa y agradar, que me calificasen en los salones y en los periódicos como una de las mujeres más hermosas de París, se dio usted a buscar un medio para apartar de mi persona los homenajes que me dedicaban, y se le ocurrió la idea execrable de hacerme pasar la vida en una preñez perpetua, hasta que mi cuerpo inspirase repugnancia a todos los hombres. No; no lo niegue usted. Mucho tardé en comprenderlo; pero, al fin, lo adiviné. Llegó usted a jactarse de ese propósito delante de su hermana, que me lo repitió, porque me quiere y porque le indignó semejante grosería, propia de un hombre zafio.

"¡Acuérdese de las veces que hemos reñido! ¡De las puertas rotas y de las cerraduras forzadas! Me ha tenido usted condenada durante once años a una existencia de yegua madre, recluida en una casa de remonta. En cuanto se manifestaba mi preñez, usted mismo se alejaba de mí, y se pasaba meses sin que lo viese. Me expedía usted al campo, al castillo de la familia, al verde, al prado, para que fuese gestando a mi hijo. Y cuando yo reaparecía, hermosa y lozana, indestructible, siempre seductora y siempre asediada de homenajes, y cuando yo esperaba poder llevar por algún tiempo la vida de una mujer rica, joven y relacionada en sociedad, despertaban otra vez los celos de usted y se iniciaba de nuevo la persecución a que lo empujaba ese anhelo infame y rencoroso que ahora mismo lo aguijonea al verse a mi lado. No es el anhelo de poseerme -nunca me negaría yo a ese deseo-, es el anhelo de deformar mi cuerpo.

"Ha habido más. Ha habido une táctica abominable y misteriosa que me ha costado mucho tiempo descifrar -pero en su escuela he aprendido a ser astuta-: el cariño que siente usted por sus hijos arranca de que ellos constituían la seguridad suya cuando yo los llevaba en mis entrañas. El amor a los hijos lo ha forjado usted con todo el aborrecimiento que por mí sentía, con los viles recelos momentáneamente calmados, con el gozo de ver cómo mi talle se deformaba.

"¡Cuántas veces he tenido la sensación de ese gozo suyo, y lo he descubierto en sus ojos, y lo he adivinado! Quiere usted a sus hijos como a otras tantas victorias conseguidas, no porque lleven su sangre. Son victorias obtenidas sobre mí, sobre mi juventud, sobre mi belleza, sobre mis encantos, sobre las galanterías que me dirigían y sobre las que, sin decírmelas directamente, se susurraban en voz baja a mi alrededor. Por eso está usted orgulloso de ellos, y los pasea en break por el Bosque de Bolonia o los hace cabalgar en borriquitos por Montmorency. Y los lleva usted por la tarde al teatro para que, viéndolo rodeado de sus hijos, diga la gente: '¡Qué padre modelo!', y lo vayan repitiendo por..."

El marido la había cogido de la muñeca con brutalidad salvaje, y se la estrujaba con tal violencia que ella se calló, ahogando un lamento que reventaba en su garganta.

Al fin le dijo, en tono muy bajo:

-Quiero a mis hijos, ¿lo oye usted? Es vergonzoso oír a una madre expresarse como lo ha hecho usted. Pero usted me pertenece. Soy el señor..., su señor..., y puedo exigirle lo que quiera y cuanto quiera... La ley..., está de mi parte.

Apretaba con las tenazas de su puño musculoso, como queriendo destrozarle los dedos. Ella, lívida de dolor, hacia esfuerzos inútiles por liberar la mano de aquel torno que se la estrujaba; respiraba fatigosamente y se le saltaban las lágrimas.

-Ya ve usted que soy yo quien manda, y que soy el más fuerte -le dijo el marido.

Aflojó un poco la presión, y entonces ella le dijo:

- -¿Cree usted que soy una mujer creyente?
- -Sí -balbuceó él, sorprendido.
- -¿Está usted convencido de que creo en Dios?
- -Desde luego.
- -¿Me supone capaz de jurar en falso delante de un altar en el que está guardado el cuerpo de Cristo?
- -No.

- -¿Quiere usted acompañarme a una iglesia?
- -¿Para qué?
- -Ya lo verá. ¿Quiere?
- -Si usted se empeña, sí.

Ella llamó en voz alta:

-Felipe.

El cochero, inclinando un poco el cuello, pero sin apartar la vista de los caballos, pareció que volvía únicamente la oreja hacia su señora. Ésta siguió diciendo:

-A la Iglesia de San Felipe de Roule.

La victoria, que estaba ya llegando al Bosque de Bolonia, volvió a tomar la dirección de París.

Marido y mujer no cambiaron entre sí una sola palabra en todo este trayecto. Cuando el carruaje se detuvo delante de la puerta del templo, la señora de Mascaret saltó al suelo, y entró en él, seguida a pocos pasos por el conde.

Avanzó sin detenerse hasta la verja del coro, se arrodilló en una silla y oró. Oró largo rato, y el marido, que permanecía en pie a sus espaldas, advirtió, por fin, que lloraba. Lloraba silenciosamente, como suelen llorar las mujeres en los momentos de pena desgarradora. Era un estremecimiento ondulatorio de todo su cuerpo, que terminaba en un débil sollozo, oculto, ahogado; entre sus dedos.

El conde de Mascaret juzgó que la situación se prolongaba con exceso, y la tocó en el hombro.

Este contacto la hizo volver en sí como si hubiese recibido una quemadura. Se irguió y clavó sus ojos en los de él.

-Lo que tengo que decirle es esto. No me asusta nada y puede hacer usted lo que mejor le parezca. Puede matarme si le parece bien. Uno de sus hijos no es suyo. Lo juro delante de Dios que me está escuchando. Era la única venganza que podía tomarme de usted, de su execrable tiranía de macho, de los trabajos forzados de perpetua preñez a que me tiene condenada. ¿Que quién fue mi amante? No lo sabrá usted jamás. Sospechará usted de todos, pero no logrará descubrirlo. Me di a él sin amor y sin placer, sólo por engañarle a usted. Y también él me hizo madre, como usted. Son siete los que tengo, ¡busque! Pensaba habérselo dicho más adelante, mucho más adelante, porque la venganza de engañar a un hombre no es tal mientras él no lo sabe. Usted me ha obligado a que se lo confesase hoy. No tengo más que decir.

Huyó hacia la puerta de la iglesia, que estaba abierta, calculando oír detrás de ella el peso presuroso del marido así provocado y esperando caer de un momento a otro al suelo bajo el golpe aplastador de su puño.

Pero nada oyó, y fue hasta su coche. Subió a él de un salto, crispada de angustia, jadeante de miedo, y gritó al cochero:

-¡Al palacio!

Los caballos arrancaron a trote ligero.

Encerrada en su habitación, la condesa de Mascaret esperaba la hora de la cena, lo mismo que un condenado a muerte espera la del suplicio. ¿Qué haría su marido? ¿Había regresado a casa? ¿Qué habría meditado, qué prepararía, qué tendría resuelto aquel hombre despótico, arrebatado, dispuesto siempre a la violencia? En el palacio no se oía el menor ruido, y ella miraba a cada instante las agujas del reloj. Vino la doncella para vestirla de noche, y después se marchó.

Dieron las ocho, y casi en el acto dieron dos golpes en la puerta.

-Adelante.

Apareció el mayordomo, y dijo:

- -La señora condesa está servida.
- -¿Ha vuelto el señor conde?
- -Si, señora condesa. El señor conde está en el comedor.

Tuvo por un instante el pensamiento de armarse de un pequeño revólver que había comprado hacía poco, en previsión del drama que se preparaba en su corazón. Pero se le ocurrió pensar que estarían allí todos los niños, y sólo se armó de un frasco de sales.

Cuando entró en el comedor, su marido esperaba en pie junto a su silla. Cruzaron un ligero saludo y tomaron asiento. Después de ellos, se sentaron los hijos. Los tres varones, con su preceptor, el abate Marín, a la derecha de la madre; las tres niñas, con el aya inglesa, la señora Smith, a la izquierda. El más pequeño, de tres meses, era el único que se quedaba en la habitación con su nodriza.

Las tres niñas, completamente rubias, la mayor de diez años, y con vestidos azules adornados de puntillitas blancas, parecían otras tantas muñecas exquisitas. La más pequeña no había cumplido aún los tres años. Todas eran bonitas y prometían llegar a ser tan hermosas como su madre.

Los tres niños, dos de pelo castaño claro y el otro, de nueve años, castaño oscuro, presentaban perspectivas de desarrollarse como hombres vigorosos, de mucha estatura y anchos hombros. Toda la familia parecía de la misma raza, fuerte y llena de vida.

El señor abate rezó la bendición según tenía por costumbre cuando no había invitados, porque cuando había gente extraña a la casa no se sentaban los hijos a la mesa. Después se pusieron a comer.

La condesa, atenazada por una emoción que no había previsto, no levantaba los ojos. El conde miraba tan pronto a los tres niños como a las tres niñas; sus ojos, inseguros, enturbiados por la angustia, examinaban una a una aquellas cabezas. De pronto, al colocar su copa en la mesa, se le quebró, y el liquido rojizo se corrió por el mantel. Bastó aquel ligero ruido para que la condesa se levantase, sobresaltada, de su silla. Se miraron por vez primera marido y mujer. Y siguieron cruzando a cada momento sus miradas; a pesar suyo, a pesar del encrespamiento de su carne y de su corazón que provocaba cada uno de aquellos encuentros, las pupilas de uno buscaban las del otro como se buscan las bocas de dos pistolas.

El sacerdote se daba cuenta de que algo embarazoso ocurría, y se esforzaba en insinuar una conversación. Iba desgranando temas, sin que sus inútiles tentativas hiciesen brotar una idea o arrancasen una palabra.

Dos o tres veces intentó contestarle la condesa, por delicadeza femenina, obedeciendo a sus instintos de mujer de mundo; pero fue en vano. En el desconcierto de su espíritu le fallaban las frases apropiadas, y casi le daba miedo oír su voz en medio del silencio del gran salón, en el que sólo se oía el tintineo de los cubiertos de plata y de la porcelana.

De pronto se inclinó su marido hacia ella y le dijo:

-¿Me jura usted aquí, en medio de sus hijos, que lo que hace un rato me dijo era sincero?

El rencor fermentado dentro de sus venas la sacudió con una súbita rebelión, y contestando a la pregunta con igual energía que contestaba a sus miradas, alzó las dos manos, la derecha hacia la frente de sus hijos, la izquierda hacia la de sus hijas, y dijo con acento firme resuelto, y sin vacilaciones:

-Juro sobre la cabeza de mis hijos que lo que le he dicho es la verdad.

El conde se levantó, tiró la servilleta a la mesa con gesto irritado; al darse la vuelta dio un empujón a la silla, enviándola

contra la pared, y salió sin agregar palabra.

Ella, entonces, dejó escapar un profundo suspiro, como si hubiese obtenido la primera victoria, y siguió hablando con mucha tranquilidad.

-No le den importancia, hijitos. Su papá ha tenido hace un rato un gran disgusto, y sufre mucho todavía. En cuanto pasen unos días ya no le importará nada.

Conversó con el abate; conversó con la señora Smith; tuvo para todos sus hijos palabras tiernas, cariñosas, y mimos de madre que ensanchan de felicidad los corazoncitos de los pequeños.

Terminada la cena, pasó al salón con toda su pollada. Hizo charlar a los mayores, contó cuentos a los más pequeños, y cuando llegó la hora de acostarse todos, les dio un beso muy largo, los envió a dormir, y se retiró sola a su habitación.

Aguardó, porque estaba segura de que él vendría. Y como ya sus hijos estaban lejos de ella, se aprestó a defender su vida de ser humano, del mismo modo que había defendido su vida de mujer de mundo, y ocultó en un bolsillo el pequeño revólver cargado que había adquirido unos días antes.

Las horas pasaban; sonaban las horas en el reloj. Se apagaron todos los ruidos del palacio. Únicamente se oía a lo lejos, a través de las tapicerías de los muros, el retumbo suave y lejano de los coches en las calles.

La condesa aguardaba, enérgica y nerviosa. Ya no le temía; estaba dispuesta a todo, y se consideraba triunfante, porque el suplicio a que lo tenía sometido duraría toda la vida, sin darle un momento de tregua.

Las primeras luces del día se deslizaron por debajo de los flecos de las cortinas, y el conde no había aparecido todavía en el cuarto. Entonces ella comprendió que no volvería nunca más, y se quedó estupefacta. Cerró la puerta con llave y corrió el cerrojo de seguridad que ella había hecho colocar; luego se acostó y permaneció en la cama con los ojos abiertos, meditando, sin acabar de comprender, sin poder adivinar qué haría su marido.

#### III

Fue en el teatro de la Ópera durante un entreacto de Roberto el Diablo. Los caballeros estaban en pie en el patio de butacas, con el sombrero en la cabeza, vistiendo chaleco de ancha boca, que dejaba ver la camisa blanca, en la que brillaban el oro y las piedras preciosas de las abotonaduras; miraban a los palcos, cuajados de mujeres escotadas, llenas de diamantes y de perlas, como flores de un invernadero en el que la belleza de los rostros y el esplendor de los hombros desnudos abriesen sus cálices a todas las miradas, con un acompañamiento de música y de conversaciones.

Dos amigos, vueltos de espaldas a la orquesta, charlaban, mirando al mismo tiempo aquella colección de elegancias, aquella exposición de encantos, verdaderos o falsos, de joyas, de lujo, de jactancia, que se explayaban en círculo alrededor del gran teatro.

Roger de Salins, que era uno de los dos, dijo a su compañero, Bernardo Grandin:

-Fíjate qué hermosa sigue siempre la condesa Mascaret.

Entonces el otro miró con fijeza a un palco de enfrente, en el que había una señora alta muy joven, y que atraía todas las miradas de la sala con su deslumbrante belleza. Su tez pálida, con reflejos de marfil, le daba un aire de estatua; y sus cabellos, negros como la noche, ostentaban una estrecha diadema de diamantes, que brillaba como una vía láctea.

Bernardo Grandin, después de mirarla un buen rato, contestó con acento juguetón, en el que se transparentaba un sincero convencimiento:

- -¡Vaya que si es hermosa! ¿Qué edad puede tener?
- -Espera. Te lo voy a decir con exactitud. La conozco desde su niñez. Estuve presente cuando debutó en sociedad, de jovencita. Tiene..., treinta..., treinta y seis años.
- -No es posible.
- -Estoy completamente seguro.
- -Aparenta veinticinco.
- -Ha tenido siete hijos.
- -Es increíble.
- -Viven los siete y es una buena madre. Visito de cuando en cuando su casa, que resulta agradable, muy tranquila y de un ambiente sano. Esta mujer ha realizado el fenómeno de vivir en familia sin dejar la vida social.
- -¿Te parece extraordinaria? ¿Y nunca ha dado motivo a que se hable de ella?
- -Nunca.
- -Y ¿qué me dices de su marido? Es un tipo extraño, ¿verdad?
- -Sí y no. Tal vez hay entre ellos un pequeño drama, uno de esos pequeños dramas del matrimonio cuya existencia se sospecha, que no llegan a clarearse bien, pero que se adivinan con bastante aproximación.
- -Y ¿cuál es?
- -Yo no sé nada. Mascaret, que era antes un marido perfecto, es hoy un gran juerguista. Cuando era buen marido, tenía un carácter infernal, siempre suspicaz y áspero. Desde que se dedica a divertirse, se ha hecho muy tratable; pero se diría que oculta una preocupación, un pesar, un gusano que lo roe. Y envejece mucho, al revés de su mujer.

Los dos amigos dedicaron entonces unos minutos a filosofar acerca de las penas secretas, misteriosas, que pueden surgir en una familia como consecuencia de la diversidad de caracteres o de antipatías físicas inadvertidas al principio.

Roger de Salins, que seguía con la atención fija en la señora de Mascaret, agregó:

- -¿Quién va a creer que esa mujer ha tenido siete hijos?
- -Pues los ha tenido, sí señor, en once años. Cuando llegó a los treinta, cerró su período de producción, para entrar en el de exhibición, cuyo final no se adivina todavía.

- -¡Pobres mujeres!
- -¿Por qué las compadeces?
- -¿Por qué? Ponte a pensar un poco, amigo mío. ¡Once años de preñez para una mujer como ésa! ¡Qué infierno! Es la juventud entera, es toda la belleza, son las esperanzas de triunfo, todo el ideal poético de una vida brillante lo que se sacrifica a esa ley odiosa de la reproducción, que convierte a una mujer normal en una simple máquina de hacer hijos.
- -Y ¿qué le vas a hacer? Es la Naturaleza.
- -Sí; pero yo sostengo que la Naturaleza es nuestra enemiga, que debemos luchar siempre contra ella, porque tiende siempre a reducirnos a la vida animal. Lo que hay en la tierra de limpio, de bonito, de elegante y de ideal no es obra de Dios, sino del hombre, del cerebro humano. Somos nosotros los que nos hemos apoderado de la creación, cantándola, interpretándola, admirándola como poetas, idealizándola como artistas, explicándolo como sabios, que se equivocan, es cierto, pero que encuentran rezones ingeniosas y un poco de gracia, de belleza, de encanto oculto y de misterio a los fenómenos. Dios no hizo sino unos seres groseros, llenos de gérmenes de enfermedades, y que, después de unos pocos años de florecimiento animal, envejecen con todas las dolencias, fealdades y decrepitudes humanas. Parece que no los hubiera hecho sino para reproducirse asquerosamente y morir a continuación, como los efímeros insectos de las noches otoñales. He dicho "para reproducirse asquerosamente" y lo sostengo, e insisto. ¿Hay, en efecto, algo más innoble y repugnante que el acto indecente y ridículo de la reproducción de los seres, acto contra el cual se rebelan y se rebelarán eternamente todas las almas delicadas? Este Creador económico y malévolo que a todos los órganos ideados por Él dio dos finalidades distintas, ¿por qué no confió esta misión sagrada, la más noble y la más sagrada de las actividades humanas, a otros órganos menos desaseados y sucios? La boca, que nutre al cuerpo con los alimentos materiales, derrama también la palabra y el pensamiento. Sana la carne, al mismo tiempo que comunica la idea. El olfato, que proporciona el aire vital a los pulmones, lleva al cerebro todos los perfumes del mundo: el de las flores, el de los bosques, el de los árboles, el de la mar. La oreja, con la que recibimos la comunicación de nuestros semejantes, nos ha permitido asimismo inventar la música, y con ella el ensueño, la dicha, el infinito, además del placer físico del sonido. Pero cualquiera diría que el Creador, astuto y cínico, quiso privar para siempre al hombre de la posibilidad de ennoblecer, revestir de belleza, idealizar su unión con la mujer. Sin embargo, el hombre ha descubierto el amor, lo cual ya es algo, como réplica al Dios marrullero, y ha sabido ataviarlo tan bien de poesía literaria, que consigue que la mujer olvide a veces los contactos a que se ve sometida. Y aquellos de nosotros que sienten su impotencia para engañarse exaltándose, han inventado el vicio y refinado el libertinaje, lo cual constituye igualmente una manera de chasquear a Dios y de rendir homenaje a la belleza, aunque sea un homenaje impúdico. Pero el ser normal hace hijos a estilo de bestia apareada por la ley. ¡Fíjate en esa mujer! ¿No da grima pensar que semejante alhaja, que una perla como ésa, nacida para ser hermosa, admirada, festejada y adorada, haya tenido que pasar once años de su vida dando herederos al conde de Mascaret?

Bernardo Grandin contestó, riéndose:

-Hay mucho de verdad en lo que has dicho; pero hay muy pocas personas capaces de comprenderte.

Salins se fue animando.

-¿Sabes cómo concibo yo a Dios? -dijo-. Como a un monstruoso órgano creador, desconocido de nosotros, que siembra por el espacio millones de mundos, de la misma manera que un pez sembraría sus huevos en la mar si estuviese solo. Crea, porque crear es la función de Dios; pero no sabe lo que hace, es estúpidamente prolífico y no tiene conciencia de toda la serie de combinaciones a que da lugar con la difusión de sus gérmenes. Uno de los pequeños accidentes imprevistos de sus fecundidades ha sido el pensamiento humano; accidente local, pasajero, imprevisto, condenado a desaparecer con la tierra, para resurgir aquí o en otra parte, igual o distinto, en alguna de las combinaciones nuevas del eterno recomenzar de las cosas. Este pequeño accidente de la inteligencia tiene la culpa de que nos sintamos tan incómodos en lo que no había sido hecho ex profeso para nosotros, en lo que no estaba preparado para recibir, alojar, alimentar y dar satisfacción a seres dotados de pensamiento; y él también nos obliga a luchar constantemente, una vez que hemos llegado a ser verdaderamente refinados y civilizados, contra eso que se sigue llamando los designios de la Providencia.

Grandin, que lo escuchaba con atención, porque conocía de tiempo atrás las deslumbradoras paradojas de su fantasía, le preguntó:

- -Según eso, ¿el pensamiento humano es un producto espontáneo de la ciega fecundidad divina?
- -¡Desde luego! Una función fortuita de los centros nerviosos de nuestro cerebro, por el estilo de las reacciones químicas imprevistas producidas por nuevas mezclas por el estilo también de una producción de electricidad creada por frotamientos o yuxtaposiciones inesperadas, parecidas, en fin, a todos los fenómenos engendrados por las fermentaciones infinitas y fecundas de la materia viva. Amigo mío, basta mirar a nuestro alrededor para que se nos entre la prueba por los ojos. Si un creador consciente hubiese previsto que el pensamiento humano había de llegar a ser

lo que es hoy, una cosa tan distinta del pensamiento y de la resignación de los animales, exigente, investigadora, agitada, inquieta, ¿hubiera creado para recibir al hombre de hoy este incómodo recinto de animaluchos, este campo de hortalizas, esta huerta de legumbres silvestres, rocosa y esférica, que nuestra imprevisora Providencia nos preparó para que viviésemos en él desnudos, dentro de grutas o en los árboles, alimentándonos con la carne de los animales, hermanos nuestros, qué matásemos, o con hierbas crudas que crecen a la intemperie del sol o de la lluvia?

"Basta un segundo de reflexión para comprender que este mundo no ha sido hecho para criaturas como nosotros. El pensamiento, que brotó y se desarrolló por un milagro nervioso de las células de nuestro cerebro, hace de todos nosotros, los intelectuales, unos lamentables y perpetuos desterrados en la tierra, porque es y será siempre impotente, ignorante y lleno de confusiones.

"Contémplala, a esta tierra nuestra, tal y como Dios la ha entregado a los que en ella habitan. ¿No es evidente que está dispuesta, con sus plantas y bosques, únicamente para que vivan en ella animales? ¿Qué se encuentra en ella para nosotros? Nada. Ellos, en cambio, lo tienen todo: las cavernas, los árboles, el follaje, los manantiales, el cobijo, el alimento y la bebida. Por eso las personas exigentes como yo se encuentran siempre en ella a disgusto. Tan sólo aquellos que se parecen mucho al bruto están aquí contentos y satisfechos. Los demás, los poetas, los exquisitos, los soñadores, los investigadores, los inquietos... ¡Ah, qué pobres diablos!

"Comemos repollos y zanahorias, sí señor, y cebollas, nabos y rábanos, porque no hemos tenido más remedio que acostumbrarnos a comer todas esas cosas y hasta a aficionarnos a ellas, porque es lo único que aquí se cría; pero lo cierto es que se trata de una comida de conejos y de cabras, lo mismo que la hierba y el trébol son alimentos de caballos y de vacas. Cuando contemplo las espigas de un campo de trigo maduro, no pongo ni por un momento en duda que aquello ha brotado del suelo para que se lo coma el pico de los gorriones o de las alondras, pero no mi boca. Por consiguiente, cuando mastico el pan, no hago otra cosa que robar lo suyo a los pájaros, lo mismo que les robo a la comadreja y a la zorra cuando como gallinas. La codorniz, la paloma y la perdiz, ¿no son la presa natural del gavilán? El carnero, el corzo y el buey, ¿no lo son de los grandes animales carniceros? ¿O es que creemos que están destinados al engorde, para que nos sirvan a nosotros su carne asada, con trufas que los cerdos desentierran ex profeso para nosotros?

"Los animales no tienen aquí abajo otra preocupación que la de vivir. Están en su propia casa, alojados y alimentados, y no tienen que ocuparse más que de pacer, cazar o comerse entre ellos, de acuerdo con sus instintos, porque Dios no previó jamás la benignidad y las costumbres pacíficas; lo único que Él ha previsto es la muerte de los seres, que se destruyen unos a otros y se devoran con encarnizamiento.

"En cuanto a nosotros, ¡qué de trabajo, esfuerzos, paciencia, inventiva, imaginación; qué de habilidad, talento y genio han sido necesarios para hacer casi habitable este suelo pedregoso y salvaje!

"Piensa por un momento en todo lo que hemos tenido que llevar a cabo, a pesar de la Naturaleza o contra la Naturaleza, para instalarnos de una manera menos que mediana, con muy poca comodidad y elegancia, en condiciones indignas de nosotros

"Cuanto más civilizados, inteligentes y refinados seamos, más obligados estamos a vencer y domar el instinto animal, que es la representación dentro de nosotros de la voluntad de Dios.

"Piensa en que hemos tenido necesidad de inventar la civilización, conjunto que tantas cosas abarca, tantas, tantísimas, desde los calcetines hasta el teléfono. Piensa en todo lo que tienes delante de los ojos todos los días, en todas las cosas de que nos servimos de una manera u otra.

"Para hacer más llevadero nuestro destino de brutos, hemos descubierto y fabricado toda clase de objetos, empezando por las casas y siguiendo por los alimentos más exquisitos, bombones, pastelería, bebidas, licores, telas, vestidos, adornos, camas, colchones, carruajes, ferrocarriles y toda suerte de máquinas; hemos descubierto, además, las ciencias y las artes, La escritura y los versos. Sí; hemos creado las artes, la poesía, la música, la pintura. De nosotros, los hombres, arranca todo el ideal, y también toda la coquetería de la vida, el atavío de las mujeres y el talento de los hombres, cosas todas que han acabado por adornar, por hacer menos árida, monótona y dura esta existencia de simples reproductores, única para la que nos infundió aliento la divina Providencia.

"Fíjate en este teatro. ¿Qué ves aquí dentro sino un mundo no previsto por los destinos inmortales, ignorado por ellos, que sólo nuestras inteligencias son capaces de comprender; una distracción agradable, sensual e inteligente, inventada *ex profeso* para nosotros, bestezuelas descontentadizas e inquietas?

"Observa a esa mujer, la señora de Mascaret. Dios la hizo para vivir en una caverna, desnuda o arrebujada en pieles de animales. ¿No está mucho mejor tal como la vemos? Y, a propósito: ¿se sabe cómo y por qué su marido, teniendo a su lado una compañera como ella, la abandonó de pronto y se dio a correr detrás de cualquier perdida, sobre todo después de haber sido lo bastante patán para hacerla siete veces madre?

Grandin le contestó:

-¡Alto ahí, querido! Esa es probablemente la única razón, su cazurrería. Acabó descubriendo que el dormir en casa le salía demasiado caro. Llegó, por cálculos de economía doméstica, a las mismas conclusiones a que tú llegas con la filosofía.

Sonaron los tres golpes que indicaban que iba a empezar el tercer acto. Los dos amigos se volvieron de cara al escenario, se descubrieron y tomaron asiento.

#### IV

El conde y la condesa de Mascaret, sentados el uno al lado del otro dentro del cupé que los llevaba a casa, no despegaban los labios. Pero, de pronto, dijo el marido a su mujer:

- -¡Gabriela!
- -¿Qué me quiere usted?
- -¿No le parece que esto ha durado ya bastante?
- -¿A qué se refiere?
- -Al suplicio ignominioso a que me tiene sometido desde hace seis años.
- -Yo nada puedo hacer.
- -¿Cuál de ellos es? Dígamelo de una vez.
- -Jamás.
- -Piense usted que ya no puedo mirar a mis hijos ni sentirlos a mi lado sin que la duda me destroce el alma. Dígame cuál de ellos es, y yo le juro que perdonaré y que lo trataré igual que a los demás.
- -No tengo derecho a obrar de esa manera.
- -¿No ve usted que ya no puedo soportar más esta vida, esta idea que me corroe, esta pregunta que me formulo constantemente y que constituye mi tormento cada vez que los miro? Acabaré por volverme loco.
- -Entonces, ¿ha sufrido usted mucho?
- -De un modo espantoso. Sin ese sufrimiento no me habría resignado yo al horror de vivir al lado de usted ni al horror, más grande todavía, de saber que hay entre ellos uno, que yo no puedo saber cuál es, que me impide querer a los otros.

Ella insistió:

-¿De modo que ha sufrido usted, real y verdaderamente?

El marido le contestó con acento que delataba su dolor:

-¿No le vengo repitiendo todos los días que ya no puedo soportar más semejante suplicio? Si yo no quisiese a mis hijos, ¿habría vuelto, habría seguido viviendo en esta casa, a su lado y al lado de ellos? Se ha portado usted conmigo de una manera execrable. Sabe usted perfectamente que todas las ternuras de mi corazón son para mis hijos. Soy para ellos un padre a la antigua, lo mismo que he sido para usted un marido por el estilo de las antiguas familias, porque yo sigo siendo un instintivo, un hombre primitivo, de otros tiempos. Sí, lo reconozco; usted despertó en mi unos celos atroces, porque es una mujer de otra raza, de otra alma, con otras necesidades. No olvidaré jamás sus palabras, no las olvidaré jamás. A decir verdad, a partir de aquel día no me he preocupado ya de lo que usted pudiese hacer. Si no la maté fue porque, matándola, desaparecería para mi toda esperanza de saber cuál de nuestros..., de los hijos de usted, no es mío. He esperado, pero he sufrido más de lo que usted podría imaginarse, porque ya no me atrevo a quererlos, con excepción quizá de los dos mayores; no me atrevo a mirarlos, ni a llamarlos, ni a besarlos, ni a coger a uno sobre mis rodillas, sin que en seguida me pregunte: "¿No será éste?" Y desde hace seis años me he conducido correctamente con usted, y hasta he sido cariñoso y complaciente. Dígame la verdad, y yo le juro que no haré nada malo.

A pesar de la oscuridad del carruaje, creyó él adivinar que su mujer estaba conmovida, y tuvo la sensación de que, por fin, iba a hablar. Por eso insistió:

-Se lo ruego, se lo suplico a usted.

Ella dijo con voz muy queda:

-Quizás he sido más culpable de lo que usted me supone; pero yo no podía, se lo aseguro, continuar con aquella vida odiosa de perpetua preñez. Sólo un recurso tenía para alejarlo a usted de mi lecho. Mentí delante de Dios, y mentí cuando juré con la mano levantada sobre la cabeza de mis hijos, porque jamás lo he engañado.

Él la agarró del brazo en la oscuridad y se lo estrujó de la misma manera que el día terrible de su paseo al Bosque,

diciendole:	
-¿Es cierto?	
-Es cierto.	
Pero él, estremecido de angustia, gimió:	
-¡Ahora me voy a ver envuelto en nuevas dudas, y no saldré de ellas jamás! ¿Cuándo mintió usted: entonces o en e momento? ¿Cómo voy a creerle lo que me dice? ¿Cómo dar fe, después de esto, a las palabras de una mujer? No	ste

conseguiré nunca saber a qué atenerme. Hubiera preferido que me dijese: "Es Santiago o es Juana..."

El carruaje entraba en el patio del palacio. Como siempre, cuando aquél se detuvo delante de la escalinata, descendió el

Cuando llegaron al primer piso, volvió a decirle:

-¿Puedo hablar algunos instantes más con usted?

Ella le contestó:

-Con mucho gusto.

Entraron en un salón pequeño y un lacayo encendió las luces, sorprendido.

conde el primero, y ofreció el brazo a su mujer para subir las escaleras.

Cuando estuvieron a solas, siguió hablando:

-¿Cómo voy a saber la verdad? Mil veces le pedí que hablase, y usted se encerró en su mutismo, permaneció impenetrable, inflexible, inexorable, y ahora, de pronto, me dice usted que mintió. ¡Y me ha mantenido usted por espacio de seis años en semejante creencia! No; cuando miente es hoy; no sé por qué razón, por compasión quizá.

Ella le contestó con expresión sincera y convencida:

- -Si no hubiese procedido así, habría tenido en estos seis años cuatro hijos más. Entonces él exclamó:
- -¿Es ése el lenguaje de una madre?
- -¿Cómo? -contestó ella-. Yo no me siento madre de los hijos que aún no han nacido; me basta con serlo de los que ya tengo, y con amarlos con todo mi corazón. Yo soy..., nosotras somos mujeres de un mundo civilizado, caballero. No somos ya, y nos negamos a serlo, simples hembras destinadas a repoblar la tierra.

La condesa se puso en pie, pero él le agarró las manos.

- -Una palabra, Gabriela; una sola palabra. ¡Dígame la verdad!
- -Acabo de hacerlo. Jamás lo engañé.

Él la miró a la cara y la vio muy hermosa, con sus ojos grises como un cielo frío. Brillaba en su oscuro peinado, en la opaca noche de sus negros cabellos, la diadema salpicada de diamantes, semejante a una vía láctea. Y sintió de pronto, lo sintió por una especie de intuición, que aquel ser que tenía delante no era una simple mujer destinada a perpetuar su raza, sino el producto extraño y misterioso de tantos complicados anhelos que los siglos han ido amontonando en nosotros, anhelos que, apartándose de su primitiva y divina finalidad, persiguen una belleza mística, entrevista e inalcanzable. Así son algunas mujeres, flores de ensueño únicamente, ataviadas de todo cuanto la civilización ha puesto de poesía, de lujo ideal, de coquetería y de encanto estético en torno a la mujer, estatua de carne que despierta apetitos inmateriales en tanto grado como la fiebre de la sensualidad.

El esposo permanecía en pie delante de ella, estupefacto de aquel tardío descubrimiento, palpitando confusamente la causa de sus antiguos celos y sin ver claro todavía en aquel problema. Y, al fin, dijo:

-Creo lo que me dice. Me doy cuenta de que ahora dice usted la verdad. En aquella ocasión, efectivamente, tuve siempre el recelo de que mentía.

Ella le alargó la mano:

-Entonces, ¿quedamos amigos?

Él se la tomó y se la besó, contestándole:

-Quedamos amigos. Gracias, Gabriela.

Se retiró, sin dejar de mirarla, maravillado de lo hermosa que era todavía, sintiendo nacer en su interior una emoción extraña, más temible quizá que su antiguo y sencillo amor.

#### La cabellera

La celda tenía paredes desnudas, pintadas con cal. Una ventana estrecha y con rejas, horadada muy alto para que no se pudiera alcanzar, alumbraba el cuarto, claro y siniestro; y el loco, sentado en una silla de paja, nos miraba con una mirada fija, vacía y atormentada. Era muy delgado, con mejillas huecas, y el pelo casi cano que se adivinaba había encanecido en unos meses. Su ropa parecía demasiado ancha para sus miembros enjutos, su pecho encogido, su vientre hueco. Uno sentía que este hombre estaba destrozado, carcomido por su pensamiento, un Pensamiento, al igual que una fruta por un gusano. Su Locura, su idea estaba ahí, en esa cabeza, obstinada, hostigadora, devoradora. Se comía el cuerpo poco a poco. Ella, la Invisible, la Impalpable, la Inasequible, la Inmaterial Idea consumía la carne, bebía la sangre, apagaba la vida.

¡Qué misterio representaba este hombre aniquilado por un sueño! ¡Este Poseso daba pena, miedo y lástima! ¿Qué extraño, espantoso y mortal sueño vivía detrás de esa frente, que fruncía con profundas arrugas, siempre en movimiento?

#### El médico me dijo:

-Tiene unos terribles arrebatos de furor; es uno de los dementes más peculiares que he visto. Padece locura erótica y macabra. Es una especie de necrófilo. Además, ha escrito un diario que nos muestra de la forma más clara la enfermedad de su espíritu y en el que, por así decirlo, su locura se hace palpable. Si le interesa, puede leer ese documento.

Seguí al doctor hasta su gabinete y me entregó el diario de aquel desgraciado.

-Léalo -dijo-, y deme su opinión.

He aquí lo que contenía el cuaderno:

«Hasta los treinta y dos años viví tranquilo, sin amor. La vida me parecía sencillísima, generosa y fácil. Yo era rico. Me gustaban tantas cosas que no podía sentir pasión por ninguna en concreto. ¡Es estupendo vivir! Me despertaba feliz cada día, dispuesto a hacer las cosas que me gustaban, y me acostaba satisfecho, con la apacible esperanza de un mañana y un futuro sin preocupaciones.

«Había tenido algunas amantes sin haber sentido nunca mi corazón enloquecido por el deseo o mi alma herida por el amor después de la posesión. Es estupendo vivir así. Es mejor amar, pero es terrible. Los que aman como todo el mundo deben experimentar una felicidad apasionada, aunque quizás menor que la mía, porque el amor vino a mí de una manera increíble.

«Como era rico, buscaba muebles antiguos y objetos viejos; y a menudo pensaba en las manos desconocidas que habían palpado esas cosas, en los ojos que las habían admirado, en los corazones que las habían querido, ¡porque se quieren las cosas! A menudo permanecía durante horas y horas mirando un pequeño reloj del siglo pasado. Era una preciosidad, con su esmalte y su oro cincelado. Y seguía funcionando como el día en que lo compró una mujer, encantada de poseer esa fina joya. No había dejado de latir, de vivir su vida mecánica, y seguía siempre con su tictac regular, desde una época pasada.

«¿Quién sería la primera en llevarlo sobre su pecho, entre los tejidos tibios, mientras el corazón del reloj latía junto a su corazón de mujer? ¿Qué mano lo habría tenido entre la punta de los dedos cálidos, mirándolo por ambas caras una y otra vez y limpiando luego los pastores de porcelana empañados un segundo por el trasudor de la piel? ¿Qué ojos habrían acechado en la esfera florida la hora esperada, la hora querida, la hora divina?

«¡Cómo me habría gustado ver, conocer a aquella mujer que había elegido este objeto exquisito y raro! ¡Pero está muerta! ¡Estoy poseído por el deseo de las mujeres de antaño, amo, desde lejos, a todas aquellas que han amado! La historia de los cariños pasados me llena el corazón de pesar. ¡Oh, la belleza, las sonrisas, las jóvenes caricias, las esperanzas! ¿No debería ser eterno todo esto?

«¡Cuánto he llorado, durante noches enteras, pensando en las pobres mujeres de otro tiempo, tan bellas, tan tiernas, tan dulces, cuyos brazos se abrieron para el beso, y ya muertas! ¡El beso es inmortal! ¡Va de boca en boca, de siglo en siglo, de edad en edad; los hombres lo recogen, lo dan y mueren!

«El pasado me atrae, el presente me asusta porque el futuro es muerte. Lamento todo lo que se ha hecho, lloro por todos los que han vivido; quisiera detener el tiempo, detener la hora. Pero ella pasa, se va y me quita segundo tras segundo un poco de mí para la nada de mañana. Y no volveré a vivir nunca más.

- «Adiós, mujeres de ayer. Las amo.
- «Pero no tengo de qué quejarme. Encontré a aquélla a la que yo esperaba; y gracias a ella he disfrutado de placeres increíbles.
- «Una mañana soleada iba vagabundeando por París, con el alma alegre y el pie ligero, mirando las tiendas con un vago interés de paseante ocioso. De pronto, en una tienda de antigüedades vi un mueble italiano del siglo XVII. Era hermoso y muy raro. Se lo atribuí a un artista veneciano llamado Vitelli, muy famoso en su época.
- «Y seguí mi camino.
- «¿Por qué me persiguió el recuerdo de ese mueble con tanta fuerza, haciéndome volver atrás? Me detuve ante la tienda para verlo de nuevo y sentí que me tentaba.
- «La tentación es algo tan singular... Miramos un objeto y éste, poco a poco, nos seduce, nos turba, nos invade como lo haría un rostro de mujer. Su encanto entra en nosotros; extraño encanto que viene de su forma, de su color, de su fisonomía de cosa; y ya lo amamos, lo deseamos, lo queremos. Una necesidad de posesión nos invade, una necesidad débil al principio, como tímida, pero que crece, se hace violenta, irresistible.
- «Y los comerciantes parecen adivinar en la llama de la mirada ese deseo secreto y creciente.
- «Compré el mueble e hice que me lo llevaran inmediatamente a casa, poniéndolo en mi habitación.
- «¡Oh, cómo compadezco a quienes desconocen esa luna de miel entre el coleccionista y el objeto que acaba de comprar! Lo acaricia con la mirada y la mano como si fuera de carne; vuelve a su lado en cualquier momento, piensa siempre en él vaya donde vaya, haga lo que haga. Su recuerdo vivo lo sigue en la calle, por el mundo, en todos los lados; y cuando vuelve a casa, antes incluso de quitarse los guantes y el sombrero, corre a contemplarlo con una ternura de amante.
- «Realmente, durante ocho días adoré ese mueble. Abría en todo momento sus puertas, sus cajones; lo tocaba extasiado, disfrutando de todos los placeres íntimos de la posesión.
- «Pero una tarde, mientras palpaba el espesor de un panel, me di cuenta de que debía de ocultar un escondite. Los latidos de mi corazón se aceleraron y me pasé la noche buscando el secreto sin llegar a descubrirlo.
- «Lo conseguí al día siguiente, al introducir la hoja de una navaja en una hendidura del entablado. Una plancha se deslizó y percibí, extendida sobre un fondo de terciopelo negro, una maravillosa cabellera de mujer.
- «Sí, una cabellera: una enorme trenza de cabellos rubios, casi pelirrojos, que debían de haber sido cortados junto a la piel y estaban atados por una cuerda de oro.
- «¡Me quedé estupefacto, aturdido, temblando! Un perfume casi insensible, tan antiguo que parecía ser el alma de un olor, se escapaba del misterioso cajón y de la sorprendente reliquia.
- «La cogí, despacio, casi religiosamente, y la saqué de su escondite. Entonces se liberó, derramándose en un torrente dorado que cayó hasta el suelo, espeso y ligero, ágil y brillante como la cola de fuego de un cometa.
- «Una extraña emoción se apoderó de mí. ¿Qué era aquello? ¿Cúmo? ¿Cómo? ¿Por qué habían ocultado esos cabellos en el mueble? ¿Qué aventura, qué drama escondía ese recuerdo?
- «¿Quién los había cortado? ¿Un amante en un día de despedida? ¿Un marido en un día de venganza? ¿O la que los había llevado en su frente en un día de desesperación?
- «¿Fue antes de entrar en un convento cuando se arrojó ahí esa fortuna de amor, como una prenda dejada al mundo de los vivos? ¿Fue en el momento de cerrar la tumba de la joven y hermosa muerta cuando quien la adoraba se había quedado el cabello que embellecía su cabeza, lo único que podía conservar de ella, la única parte viva de su carne que no podía pudrirse, la única que podía amar todavía y acariciar y besar en sus momentos de rabia y de dolor?
- «¿No resultaba extraño que esa cabellera hubiera permanecido incólume, cuando ya no quedaba ni un ápice del cuerpo del que había nacido?
- «Fluía entre mis dedos, me hacía cosquillas en la piel con una caricia singular, una caricia de muerta. Me sentía conmovido, como si fuera a llorar.
- «La conservé largo tiempo entre mis manos, y me pareció que se movía como si una parte de su alma se hubiera quedado escondida en ella. Entonces la volví a poner sobre el terciopelo deslustrado por el tiempo, cerré el cajón y el mueble y me fui a recorrer las calles para soñar.

«Caminaba siempre de frente, preso de tristeza, y también de desconcierto, de ese desconcierto que se nos queda en el corazón tras un beso de amor. Me parecía que ya había vivido antaño, que debía de haber conocido a aquella mujer

«Y los versos de Villon subieron a mis labios como lo haría un sollozo

Díganme dónde, en qué país está Flora, la bella romana Archipiade y Taís que fue su prima hermana. Eco, voz que lleva la fama bajo río o bajo estanque; cuya belleza fue más que humana. Mas, ¿dónde están las nieves de antaño?

.....

La reina Blanca como un lis que cantaba con voz de sirena, Berta la del gran pie, Beatriz, Alix y Haremburgis, que obtuvo el Maine, y Juana, la buena lorena que los ingleses quemaran en Ruán... ¿Dónde están, Virgen soberana? Mas ¿dónde están las nieves de antaño!

«Cuando regresé a casa, sentí un deseo irresistible de volver a ver mi extraño hallazgo; y lo cogí de nuevo, y sentí, al tocarlo, un largo escalofrío que me recorría el cuerpo.

«Durante unos días, sin embargo, permanecí en mi estado habitual, aunque ya no me abandonaba el vivo recuerdo de aquella cabellera.

«En cuanto volvía a casa, necesitaba verla y tocarla. Daba la vuelta a la llave del armario con ese estremecimiento que tenemos al abrir la puerta de nuestra amada, ya que sentía en las manos y en el corazón una necesidad confusa, singular, continua, sensual de bañar mis dedos en aquel arroyo encantador de cabellos muertos.

«Luego, cuando había acabado de acariciarla, cuando había cerrado de nuevo el mueble, seguía sintiéndola allí como si fuera un ser viviente, escondido, prisionero; y la sentía y la deseaba otra vez; tenía de nuevo la necesidad imperiosa de volver a cogerla, de palparla, de excitarme hasta el malestar con aquel contacto frío, escurridizo, irritante, enloquecedor, delicioso.

«Viví así un mes o dos, ya no lo sé. Ella me obsesionaba, me atormentaba. Estaba feliz y torturado, como en una espera de amor, como después de las confesiones que preceden al abrazo.

«Me encerraba a solas con ella para sentirla sobre mi piel, para hundir mis labios en ella, para besarla, morderla. La enroscaba alrededor de mi rostro, la bebía, ahogaba mis ojos en su onda dorada, con el fin de ver el día rubio a través de ella

«¡La amaba! Sí, la amaba. Ya no podía pasar sin ella, ni estar una hora sin volver a verla.

«Y esperaba... ¿qué? No lo sabía. La esperaba a ella.

«Una noche me desperté bruscamente con el pensamiento de que no me encontraba solo en mi habitación.

«Sin embargo, estaba solo. Pero no pude volver a dormirme; y como me agitaba en una fiebre de insomnio, me levanté para ir a tocar la cabellera. Me pareció más suave que de costumbre, más animada. ¿Regresan los muertos? Los besos con los que la excitaba me hacían desfallecer de felicidad; y me la llevé a mi cama, y me acosté, oprimiéndola contra mis labios, como una amante a la que se va a poseer.

«¡Los muertos regresan! Ella vino. Sí, la he visto, la he tenido entre mis brazos, la he poseído, tal como era cuando estaba viva antaño, alta, rubia, exuberante, los senos fríos, la cadera en forma de lira; y he recorrido con mis caricias esa línea ondeante y divina que va desde la garganta hasta los pies siguiendo todas las curvas de la carne.

«Sí, la he tenido, todos los días y todas las noches. Ha vuelto, la Muerta, la bella Muerta, la Adorable, la Misteriosa, la Desconocida, todas las noches.

«Mi felicidad fue tan grande que no pude esconderla. Junto a ella experimentaba un arrobamiento sobrehumano, ¡la

alegría profunda, inexplicable de poseer lo Inasequible, lo Invisible, la Muerta! ¡Ningún amante ha disfrutado nunca de gozos más ardientes, más terribles!

«No supe esconder mi felicidad. La amaba tanto que ya no quería estar sin ella. La llevaba conmigo, siempre, a todas partes. La paseaba por la ciudad como si fuera mi esposa, y la llevaba al teatro en palcos con rejas, como si fuera mi amante... Pero la vieron... adivinaron... me la quitaron... Y me han metido en la cárcel, como un malhechor. Me la quitaron... ¡Oh! ¡Miseria!...«

El manuscrito se detenía ahí. Y de pronto, mientras dirigía una mirada despavorida hacia el médico, un grito espantoso, un aullido de furor impotente y de deseo exasperado se alzó en el manicomio.

-Escúchelo -dijo el doctor-. Hay que duchar cinco veces al día a ese loco obsceno. El sargento Bertrand no fue el único en amar a las muertas.

Balbuceé, emocionado de asombro, horror y piedad:

-Pero... esa cabellera... ¿existe realmente?

El médico se levantó, abrió un armario lleno de frascos y de instrumentos y me lanzó, de una punta a otra de su gabinete, una larga centella de cabellos rubios que voló hacia mí como un pájaro de oro.

Me estremecí al sentir entre mis manos su tacto acariciador y ligero. Y me quedé con el corazón latiendo de repugnancia y de deseo, de repugnancia como al contacto de los objetos arrastrados en crímenes, de deseo como ante la tentación de algo infame y misterioso.

El médico prosiguió encogiéndose de hombros:

-La mente del hombre es capaz de cualquier cosa.

FIN

## La cama 29

Cuando el capitán Epivent pasaba por la calle, todas las mujeres se volvían. Era el auténtico prototipo del gallardo oficial de húsares. Por ello se exhibía pavoneándose siempre, orgulloso y atento a sus piernas, a su cintura y a su bigote. Y, verdaderamente, eran admirables su bigote, su cintura y sus piernas. El primero era rubio, muy fuerte, y le caía marcialmente sobre los labios, denso, con su bello color de trigo maduro, pero fino, cuidadosamente recortado, descendiendo a ambos lados de la boca en dos poderosas e intrépidas guías. La cintura era delgada, como si llevara corsé, y más arriba surgía un vigoroso pecho masculino, abombado y amplio. Sus piernas eran admirables, unas piernas de gimnasta, de bailarín, cuya carne musculosa dibujaba todos sus movimientos bajo la tela ajustada del pantalón rojo.

Andaba tensando las corvas y separando pies y brazos, con ese pequeño balanceo de los jinetes que tanto favorece a las piernas y al torso, y que parece airoso bajo el uniforme, pero vulgar bajo una levita.

Como muchos oficiales, el capitán Epivent no sabía llevar un traje civil. Vestido de gris o de negro, tenía aspecto de dependiente. Pero en uniforme era un ejemplar. Tenía, además, una hermosa cabeza, la nariz delgada y curva, los ojos azules, la frente estrecha. Es cierto que era calvo, sin que nunca hubiera logrado saber la causa de la caída del pelo. Se consolaba pensando que un cráneo un poco pelado no resulta mal si se tienen unos buenos bigotes.

En general, despreciaba a todo el mundo, aunque establecía muchos grados en su desprecio.

Ante todo, los burgueses no existían para él. Los miraba como se mira a los animales, sin concederles mayor atención que la que se concede a los gorriones o a las gallinas. Sólo los oficiales contaban en el mundo, pero no tenía la misma estima por todos los oficiales. No respetaba más que a los gallardos, pues pensaba que la verdadera, la única cualidad del militar, debía ser la arrogancia. Un auténtico soldado, qué diablos, debía ser un temerario nacido para la guerra y el amor, un hombre de lucha, de pelo en pecho, fuerte, y nada más. Clasificaba a los generales del ejército francés según su estatura, su porte y la rudeza de su rostro. Bourbaki le parecía el mejor militar de los tiempos modernos.

Se reía de los oficiales de infantería bajos y gordos y que jadean al andar, pero, sobre todo, sentía un invencible desprecio que rayaba en repugnancia por los pobres diablos salidos de la Escuela Politécnica, esos hombrecillos flacos, con gafas, torpes y desmañados, que parecen hechos para el uniforme como un conejo para decir misa, afirmaba. Se indignaba de que en el ejército se tolerara a esos abortos de piernas frágiles que andan como cangrejos, que no beben, que comen poco y que prefieren las ecuaciones a las mujeres.

El capitán Epivent tenía éxitos constantes, triunfaba con el bello sexo.

Cada vez que cenaba con una mujer se sentía seguro de acabar la noche a solas con ella, sobre el mismo colchón, y si obstáculos insuperables le impedían lograr la victoria aquella misma noche, no dudaba de que lo conseguiría al día siguiente. A sus compañeros no les gustaba presentarle a sus queridas, y los tenderos cuyas bellas mujeres estaban al mostrador de la tienda lo conocían, le temían y lo odiaban a muerte.

Cuando pasaba la tendera cambiaba con él, a su pesar, una mirada a través de los cristales del escaparate, una de esas miradas que valen más que las palabras tiernas, que contienen una incitación y una respuesta, un deseo y una confesión. Y el marido, a quien una especie de instinto advertía, se volvía bruscamente y lanzaba una mirada furiosa a la silueta altiva e hinchada del oficial. Cuando el capitán había pasado, sonriente y contento de la impresión causada, el tendero, revolviendo nerviosamente los objetos que tenía delante, declaraba:

-Ahí va un pavo presumido. ¿Cuándo acabaremos de mantener a todos esos inútiles que arrastran su sable de lata por las calles? Yo prefiero a un carnicero antes que un soldado. Si tiene sangre en su delantal, al menos es sangre de animal; y sirve para algo. El cuchillo que lleva no está destinado a matar hombres. No comprendo por qué se tolera que esos asesinos públicos se paseen con sus instrumentos de muerte. Ya sé que hacen falta, pero que se los oculte, por lo menos, y que no se les vista como en una mascarada con pantalones rojos y chaquetas azules. Normalmente, los verdugos no llevan uniforme, ¿no?

La mujer, sin contestar, se encogía imperceptiblemente de hombros, mientras el marido, adivinando el gesto sin verlo, exclamaba:

-Hace falta ser imbécil para ir a ver pavonearse a esos fantasmones.

La fama de conquistador del capitán Epivent era conocida en todo el ejército francés.

\*\*\*

En 1868 su regimiento, el 102 de húsares, fue de guarnición a Rouen.

Pronto fue conocido en toda la ciudad. Todas las tardes, hacia las cinco, aparecía en el paseo Boieldieu para ir a tomarse su ajenjo en el café de la *Comedie*, pero, antes de entrar en el establecimiento, se daba una vuelta por el paseo para lucir sus piernas, su cintura y su bigote.

Los tenderos ruaneses, que también se paseaban, con las manos a la espalda, preocupados por los negocios y hablando del alza y de la baja, le lanzaban, no obstante, una mirada y murmuraban:

-¡Buen ejemplar de hombre!

Luego, cuando ya le conocieron:

-¡ Mira, el capitán Epivent! Desde luego, es un buen mozo.

Las mujeres, al verlo, hacían un pequeño movimiento de cabeza, que era una especie de estremecimiento de pudor, como si se sintieran débiles o desnudas ante él. Agachaban un poco la cabeza con una sombra de sonrisa en los labios y un deseo de que las encontrara encantadoras y les concediera una mirada. Cuando se paseaba con un compañero, éste no dejaba nunca de murmurar con envidia, cada vez que se daba cuenta de este manejo:

-¡Tiene suerte, este maldito Epivent!

Entre las mantenidas de la ciudad se había establecido un combate, una carrera, a ver quién se lo llevaba. Todas acudían a las cinco, la hora de los oficiales, al paseo Boleldieu, y arrastraban sus faldas, de dos en dos, de una punta a la otra del paseo, mientras los tenientes, capitanes y comandantes, de dos en dos también, arrastraban sus sables por la acera, antes de entrar en el café.

Una tarde la bella Irma, querida, según se decía, del señor Templier-Papon, el rico fabricante, mandó parar su coche enfrente de la *Comedie*. Bajándose, pretextó ir a comprar papel o a encargar tarjetas de visita al impresor Paulard, tan sólo para poder pasar ante las mesas de los oficiales y lanzar al capitán Epivent una mirada que quería decir: "Cuando usted quiera", tan claramente que el coronel Prune, que estaba bebiendo el líquido verde con su teniente coronel, no pudo evitar gruñir:

-¡Tiene suerte ese maldito!

Se difundió la frase del coronel; y el capitán Epivent, conmovido por aquella aprobación superior, paseó en uniforme de gala al día siguiente bajo las ventanas de Irma.

Ella lo vio, se mostró, sonrió.

Aquella misma noche se hizo su amante.

Se mostraron en público, llamaron la atención, se comprometieron mutuamente, orgullosos ambos de su aventura.

Los amores de la bella Irma con el oficial eran la comidilla de toda la ciudad. El único que los ignoraba era el señor Templier-Papon.

El capitán Epivent estaba radiante de gloria. Y, a cada instante, repetía:

- -Me acaba de decir Irma...
- -Irma me decía anoche...
- -Ayer, cenando con Irma...

Durante más de un año paseó, lució y ondeó por Rouen sus amores, como una bandera cogida al enemigo. Se sentía crecido por aquella conquista, envidiado, más seguro de alcanzar la cruz que tanto deseaba, pues todo el mundo tenía puestos los ojos en él y no hay nada mejor que ser muy conocido para que no olviden a uno.

\*\*\*

Pero estalló la guerra, y el regimiento del capitán fue uno de los primeros en ser enviados a la frontera. La despedida fue muy triste. Duró toda una noche.

El sable, los pantalones rojos, el quepis, el dormán, habían caído del respaldo de una silla al suelo; los vestidos, las enaguas, las medias de seda, estaban esparcidas, caídas también, mezcladas con las prendas del uniforme, en desorden sobre la alfombra, y toda la habitación revuelta como después de una batalla. Irma, enloquecida, con los cabellos sueltos, arrojaba sus brazos desesperados al cuello del oficial, lo estrechaba, y luego, soltándolo, se dejaba caer, arrastrando los muebles, desgarraba los sillones, le mordía los pies, mientras el capitán, muy emocionado, pero incapaz

de consolarla, repetía:

-Irma, mi pequeña Irma, tranquilízate. Tengo que irme.

Y le enjugaba de cuando en cuando, con la punta de un dedo, una lágrima que le brotaba en el rincón de los ojos.

Se separaron al amanecer. Ella siguió en coche a su amante durante la primera etapa. Lo besó casi delante del regimiento en el instante de la separación. A todos les pareció esto muy noble y digno, y los compañeros estrecharon la mano del capitán diciéndole:

-¡Enhorabuena! Esa pequeña tiene corazón.

Verdaderamente, veían en aquel gesto algo de patriótico.

\*\*\*

El regimiento fue sometido a muchas pruebas durante la campaña. El capitán se comportó heroicamente y al fin fue condecorado con la cruz. Luego. terminada la guerra, volvió a Rouen de guarnición.

Nada más regresar pidió noticias de Irma, pero nadie pudo decirle nada concreto. Según unos, se había divertido con todo el estado mayor prusiano.

Según otros, se había retirado a vivir con sus padres, que eran labradores en las cercanías de Yvetot.

Mandó incluso a su ordenanza al ayuntamiento para que mirara en el registro de defunciones. Pero el nombre de su querida no aparecía en él.

Y se sintió invadido de una gran pesadumbre, de la que también hizo gala. Acusaba al enemigo de su desgracia y atribuía a los prusianos que habían ocupado Rouen la desaparición de la joven, declarando:

-¡Me las pagarán en la próxima guerra, esos miserables!

Una mañana, al entrar en el comedor de oficiales a la hora del almuerzo, un recadero, un viejo con blusón y gorra de plato, le entregó un sobre. Lo abrió y leyó: "Querido mío: Me encuentro en el hospital, muy enferma. ¿No vas a venir a verme? ¡Me darías una alegría tan grande!... Irma."

El capitán se puso pálido y, apiadado, exclamó:

-¡Dios mío, pobrecilla! En cuanto termine de comer voy a verla...

Y a lo largo de toda la comida no paró de contar a los oficiales que Irma estaba en el hospital; pero que él la sacaría aquella misma mañana. La culpa era de esos malditos prusianos. Debía de haberse encontrado sola, sin dinero, en plena miseria, pues seguramente le robaron todos sus bienes.

-¡Ah, los muy canallas!

Todos se emocionaron al oírle.

Apenas hubo metido su servilleta enrollada en el aro de madera, se levantó. Recogió el sable del perchero, abombó su pecho para poder abrocharse el cinturón, y partió a toda prisa para ir al hospital civil.

Pero la entrada al edificio, contra lo que él esperaba, le fue negada terminantemente, y tuvo que ir a ver a su coronel, a quien explicó el caso, para que le diera una recomendación para el director. El cual, tras haber hecho esperar cierto tiempo al apuesto capitán en su antesala, le dio al fin una autorización, con un saludo frío y desaprobador.

Ya en la puerta se sintió molesto en aquel asilo de la miseria, del sufrimiento y de la muerte. Un mozo de servicio lo guió.

Iba de puntillas para no hacer ruido en los largos corredores en los que flotaba un repugnante olor a moho, enfermedad y medicamentos. De cuando en cuando un murmullo de voces turbaba el impresionante silencio del hospital.

A veces, por una puerta abierta, el capitán entreveía un dormitorio, una hilera de camas cuyas ropas estaban abultadas por la forma de los cuerpos. Mujeres convalecientes, sentadas en sillas al pie de sus camas, cosían, vestidas con un traje de uniforme en tela gris, y tocadas con un gorro blanco.

De pronto, su guía se detuvo ante una de aquellas galerías llenas de enfermos. Sobre la puerta se leía en grandes letras: "Sifilíticas". El capitán se sobresaltó; luego se puso colorado. Una enfermera estaba preparando un medicamento en una

mesita de madera, a la entrada.

-Yo lo llevaré -dijo la enfermera-. Es en la cama veintinueve -y empezó a caminar delante del oficial-. Es aquélla -dijo, señalando una cama.

Sólo se veía un bulto bajo las mantas. Hasta la cabeza estaba oculta por las ropas.

De todas las camas se incorporaban caras pálidas, extrañadas, que miraban el uniforme; rostros de mujeres, jóvenes y viejas, pero que parecían todas feas y vulgares con el humilde uniforme reglamentario.

El capitán, muy turbado, con el sable en una mano y el quepis en la otra, murmuró:

Irma.

Un gran movimiento se produjo en la cama, y el rostro de su querida surgió, pero tan cambiado, tan fatigado, tan flaco, que no lo reconoció.

Ella jadeaba, sofocada de emoción, y exclamó:

-¡Albert!... ¡Albert!... ¡Eres tú!... ¡Oh!... Gracias...

Y se le llenaron los ojos de lágrimas.

La enfermera trajo una silla.

-Siéntese, caballero.

Se sentó, y miró la cara pálida, tan miserable, de aquella muchacha a la que había dejado tan bella y tan fresca.

Dijo:

-¡Qué tienes?

Ella, llorando, respondió:

-Ya lo has visto: está escrito en la puerta.

Ocultó sus ojos bajo el embozo de las sábanas.

Y él, fuera de sí, avergonzado, siguió:

-Pero ¿cómo has cogido eso, mi pobre Irma?

-Esos cerdos prusianos -murmuró-. Me violaron y me dejaron envenenada.

No supo qué decir. La miraba y hacía girar su quepis sobre las rodillas.

Las otras enfermas lo examinaban, y él creía sentir un olor a podredumbre, un olor a carne corrompida y a infamia en aquel dormitorio lleno de mujeres con aquella innoble y terrible enfermedad.

Irma murmuró:

-No creo que escape de ésta. El médico dice que es muy grave -luego, al ver la cruz sobre el pecho del oficial, exclamó-; ¡Si te han condecorado! ¡Cuánto me alegro! ¡Cuánto me alegro! ¡Si pudiera besarte!

Un estremecimiento de miedo y repugnancia recorrió la piel del capitán sólo de pensar en aquel beso.

Sentía ya ganas de marcharse, de estar al aire libre, de perder de vista a aquella mujer. Pero se quedaba porque no sabía qué hacer para levantarse, para despedirse. Balbució:

-Entonces, no te cuidaste.

Una llamarada pasó por los ojos de Irma:

-No. Quise vengarme, aun a riesgo de morir. Y los envenené a ellos también, a todos, todos, a todos los que pude. Mientras estuvieron en Rouen no me cuidé.

Con un tono turbado, en el que se percibía cierta alegría, el capitán declaró:

-En ese aspecto, hiciste bien.
Ella, animándose, con los pómulos encendidos, dijo:
-Puedes estar seguro de que más de uno morirá por mi causa. Te garantizo que me he vengado.
Él dijo aún:
-Muy bien.
Luego, levantándose:
-Bueno, tengo que dejarte, porque debo estar a las cuatro con el coronel.
Ella se emocionó mucho:
-¡Tan pronto! ¿Ya me dejas? ¡Si acabas de llegar!
El capitán quería marcharse a toda costa. Dijo:
-Ya has visto que vine en seguida, pero es que tengo que estar sin falta con el coronel a las cuatro.
-¿Sigue siendo el coronel Prune? -le preguntó.
-El mismo. Fue herido dos veces.
-¿Y entre tus compañeros? -siguió ella ¿Hubo muertos?
-Sí. Saint-Timon, Savagnat, Poli, Sapreval, Robert, De Courson, Pasafil, Santal, Caravan y Poivrin, murieron. Sahel perdió un brazo y a Courvoisin le tuvieron que amputar una pierna; Paquet perdió el ojo derecho.
Ella escuchaba llena de interés. Luego, de pronto, balbució:
-Me besarás antes de marcharte, ¿verdad? Ahora no está la señorita Langlois.
Y, a pesar de la repugnancia que sentía, puso sus labios sobre aquella frente pálida, mientras ella, rodeándolo con sus brazos, llenaba de besos enloquecidos el paño azul de su dormán.
-¿Volverás? ¿Volverás? Prométeme que volverás.
-Sí, te lo prometo.
-¿Cuándo? ¿El jueves?
-Sí, el jueves.
-¿A las dos?
-El jueves a las dos.
-¿Me lo prometes?
-Te lo prometo.
-Adiós, querido mío.
-Adiós.
Y se marchó, confundido, entre las miradas de todo el dormitorio, encogiéndose un poco para pasar inadvertido. Al sentirse en la calle, respiró.
***
Por la noche, sus compañeros le preguntaron:
-Bueno, ¿qué tal está Irma?
Él, con un tono embarazado, respondió:

-Ha tenido una pulmonía. Está muy mal.

Pero un teniente joven, oliéndose algo, pidió informes y, al día siguiente, cuando el capitán entró en el comedor de oficiales, fue acogido por una descarga de risas y bromas. Al fin se vengaban.

Supieron, además, que Irma había participado en las juergas del estado mayor prusiano, que había recorrido la región a caballo con un coronel de húsares azules y con muchos otros, y que, en Rouen, no la conocían más que por la "mujer de los prusianos".

Durante ocho días el capitán fue la víctima del regimiento. Recibía por correo frases alusivas de las ordenanzas, recetas de médicos especialistas, incluso paquetes de medicamentos cuyas indicaciones estaban escritas en el exterior.

Y el coronel, puesto al corriente, declaró con un tono severo:

-Bien, bien, el capitán tenía buenas amistades. Tengo que felicitarlo.

Doce días después fue llamado por una nueva carta de Irma. La rompió, con rabia, y no la contestó.

Ocho días más tarde le escribió de nuevo que se encontraba muy mal, y que quería despedirse de él.

No contestó.

Pasaron unos días aún, y recibió la visita del capellán del hospital.

La señorita Irma Pavolin, en su lecho de muerte, le suplicaba que fuera a verla.

No se atrevió a negarse a seguir al capellán, pero entró en el hospital con el corazón lleno de perverso rencor, de vanidad herida, de orgullo humillado.

Apenas la encontró cambiada y pensó que se había burlado de él.

- -¿Qué quieres? -dijo.
- -He querido despedirme de ti. Parece que me muero.
- -Escucha: me has convertido en el hazmerreír de todo el regimiento, y esto no puede continuar.
- -¿Yo? -preguntó ella-. Pero ¿qué te he hecho yo?

Él se sintió irritado de no saber qué contestarle.

-¡No pienses que voy a volver aquí para que se ría de mí todo el mundo!

Ella le miró con sus ojos apagados, en los que empezaba a encenderse la cólera, y repitió:

-¿Qué te he hecho yo? ¿Es que no me he portado bien contigo? ¿Te he pedido alguna vez algo? De no haber sido por ti, yo habría seguido con el señor Templier-Papon y hoy no me encontraría aquí. Si alguno de los dos tiene reproches que hacer, no eres tú.

Él continuó, con tono vibrante:

-No te hago reproches, pero no puedo seguir viniendo a verte, porque tu comportamiento con los prusianos ha sido la vergüenza de toda la ciudad.

En un arranque, Irma se sentó en la cama:

-¿Mi comportamiento con los prusianos? Pero si te he dicho que me violaron y que no me cuidé porque quise envenenarlos. De haber querido curarme no habría sido difícil, pero yo quería matarlos, y los he matado.

Él se mantenía de pie:

-De todas formas, es vergonzoso -dijo.

Ella tuvo una especie de ahogo, y luego continuó:

-¿Qué es lo que es vergonzoso? ¿Dejarme morir para exterminarlos? ¿Eh? ¡Di! ¡No hablabas así cuando venías a mi casa de la calle Jeanne d'Arc! ¡Vergonzoso! ¡Tú no habrías sido capaz de hacerlo, con toda tu cruz de honor! ¡Me la he merecido yo más que tú, sí, más que tú, y he matado a más prusianos que tú!

Estaba estupefacto ante ella, temblando de indignación:

-¡Cállate!...; Cállate!..., porque... no te consiento... que hables... de ciertas cosas...

Pero ella no lo escuchaba:

-¡Mucho daño le hicieron ustedes a los prusianos! Esto no habría ocurrido si ustedes les hubieran impedido llegar hasta Rouen. Eran ustedes quienes tenían que detenerlos, ¿me oyes? Y yo les he hecho más daño que tú, yo, sí, más daño, porque voy a morir, mientras tú sigues presumiendo y luciéndote para embaucar a las mujeres...

De cada cama se había alzado una cabeza y todas las miradas coincidían en aquel hombre de uniforme que tartamudeaba:

-¡Cállate!... ¡Cállate!...

Pero ella no se callaba. Gritaba:

-¡Sí! ¡No eres más que un guapo presumido! Te conozco, claro que te conozco. Te digo que yo les he hecho más daño que tú, sí, yo, y que he matado más que todo tu regimiento junto... ¡Anda, vete!... ¡Gallina!

Y, en efecto, se marchó, huyó, a grandes pasos, por entre las dos filas de camas donde se agitaban las sifilíticas. Y oía la voz jadeante, sibilante, de Irma, que continuaba:

-¡Más que tú, sí, he matado más prusianos que tú, más que tú...!

Bajó la escalera de cuatro en cuatro y corrió a encerrarse en su casa.

Al día siguiente se enteró de que había muerto.

FIN

## La confesión

Todo Véziers-le-Réthel había asistido al duelo y al entierro del señor Badon-Leremince, y las últimas palabras del discurso del delegado de la Prefectura se grabaron en la memoria de todos: «¡Era un modelo de honradez!»

Modelo de honradez lo había sido en todos los actos apreciables de su vida, en sus palabras, en su ejemplo, en su actitud, en su comportamiento, en sus negocios, en el corte de su barba y la forma de sus sombreros. Jamás había dicho una palabra que no encerrara un ejemplo, jamás había dado una limosna sin acompañarla con un consejo, jamás había tendido la mano sin que pareciera una especie de bendición.

Dejaba dos hijos: un varón y una hembra; el hijo era diputado provincial, y la hija, casada con un notario, el señor Poirel de la Voulte, una de las más encopetadas damas de Véziers.

Se mostraban inconsolables por la muerte de su padre, pues lo amaban sinceramente.

En cuanto terminó la ceremonia, regresaron a la casa del difunto y, encerrándose los tres, el hijo, la hija y el yerno, abrieron el testamento que debían conocer ellos solos, y sólo después de que el ataúd hubiera recibido tierra. Una anotación en el sobre indicaba esta voluntad.

Fue el señor Poirel de la Voulte quien rompió el sobre, en su calidad de notario habituado a estas operaciones, y, ajustándose las gafas en la nariz, leyó, con su voz apagada, habituada a detallar los contratos:

Hijos míos, queridos hijos, no podría dormir tranquilo el sueño eterno si no les hiciera, desde el otro lado de la tumba, una confesión, la confesión de un crimen cuyos remordimientos han desgarrado mi vida. Sí, he cometido un crimen, un crimen espantoso, abominable.

Tenía yo entonces veintiséis años y hacía mis primeras armas en el foro, en París, llevando la vida de los jóvenes de provincias que van a parar, sin relaciones, sin amigos, sin parientes, a esa ciudad.

Tuve una amante. Mucha gente se indigna ante esa mera palabra, «una amante», pero hay seres que no pueden vivir solos. Yo soy de esos. La soledad me llena de una terrible angustia, la soledad en el hogar, junto a la chimenea, por la noche. Me parece entonces que estoy solo en la tierra, espantosamente solo, pero rodeado por vagos peligros, por cosas desconocidas y terribles; y el tabique que me separa de mi vecino, de un vecino al cual no conozco, me aleja de él tanto como de las estrellas que vislumbro desde mi ventana. Me invade una especie de fiebre, una fiebre de impaciencia y de temor; y el silencio de las paredes me asusta. ¡Es tan profundo y triste ese silencio de la habitación donde uno vive solo! No se trata solamente de un silencio en torno al alma, y cuando un mueble cruje, uno se estremece, hasta lo hondo del corazón, pues no espera el menor ruido en ese tétrico albergue.

Cuántas veces, nervioso, atemorizado por esa inmovilidad muda, no me habré puesto a hablar, a pronunciar palabras, sin orden ni concierto, para hacer ruido. Mi voz entonces me parecía tan extraña que también me daba miedo. ¿Hay algo más espantoso que hablar solo en una casa vacía? La voz parece de otro, una voz desconocida, que habla sin motivo, con nadie, en el aire vacío, sin ningún oído que la escuche, pues ya se sabe, antes de que se escapen en la soledad del piso, las palabras que van a salir de la boca. Y cuando resuenan lúgubremente en el silencio, ya sólo parecen un eco, el eco singular de palabras pronunciadas muy bajito por el pensamiento.

Tuve una amante, una joven como todas esas jóvenes que viven en París de un oficio insuficiente para alimentarlas. Era dulce, buena, sencilla; sus padres vivían en Poissy. Ella iba a pasar unos días en su casa de vez en cuando.

Durante un año viví bastante tranquilo con ella, decidido a abandonarla cuando encontrase una señorita que me agradara lo bastante para casarme. Le dejaría a la otra una pequeña renta, puesto que está admitido, en nuestra sociedad, que el amor de una mujer debe pagarse, con dinero cuando es pobre, con regalos cuando es rica.

Pero he aquí que un día me anunció que estaba encinta. Quedé aterrado y percibí en un segundo todo el desastre de mi existencia. Se me presentó la cadena que arrastraría hasta mi muerte, por todas partes, en mi futura familia, en mi vejez, siempre: cadena de la mujer ligada a mi vida por el niño, cadena del niño que habría que criar, vigilar, proteger, al mismo tiempo que me ocultaba de él y lo ocultaba al mundo. Mi espíritu quedó trastornado con la noticia; y un confuso deseo, que no formulé, pero que sentía en mi corazón, a punto de mostrarse, como esa gente escondida detrás de las cortinas esperando a que le digan que aparezca, jun deseo criminal vagó por lo más hondo de mi pensamiento!

-¿Y si ocurriera un accidente? ¡Hay tantos de esos pequeños seres que mueren antes de nacer!

¡Oh! Yo no deseaba la muerte de mi amante. ¡Pobre chica, la quería mucho! Pero deseaba, quizás, la muerte del otro, antes de haberlo visto.

Nació. Tuve una familia en mi apartamiento de soltero, una falsa familia con un hijo, una cosa horrible. Se parecía a todos los niños. Yo no lo quería. Los padres, ya saben, sólo aman más adelante. No tienen la ternura instintiva y violenta de las madres; es preciso que el cariño se despierte poco a poco, que su espíritu vaya cobrando afecto mediante los lazos que se anudan cada día entre los seres que viven juntos.

Transcurrió un año más; yo huía ahora de mi casa, demasiado pequeña, donde tropezaba a cada paso con pañales, con mantillas, con calcetines del tamaño de guantes, con mil cosas de todas clases dejadas en un mueble, sobre el brazo de un sillón, en todas partes. Huía sobre todo para no oírlo gritar, pues gritaba a cada momento: cuando lo mudaban, cuando lo lavaban, cuando lo tocaban, cuando lo acostaban, cuando lo levantaban, sin cesar.

Había entablado algunas amistades y encontré en un salón a la que sería madre de ustedes. Me enamoré y el deseo de casarme con ella despertó en mí. La cortejé; la pedí en matrimonio; me la concedieron.

Y me encontré cogido en una trampa: Casarme, teniendo un hijo, con aquella joven a la que adoraba. O bien decir la verdad y renunciar a ella, a la felicidad, al futuro, a todo, pues sus padres, personas rígidas y escrupulosas, no me la hubieran entregado, de haberlo sabido.

Pasé un horrible mes de angustias, de torturas morales; un mes en el que me obsesionaron mil ideas espantosas; y sentía crecer en mi interior el odio contra mi hijo, contra aquel pedacito de carne viva y chillona que obstaculizaba mi camino, cortaba mi vida, me condenaba a una existencia en la que no podía esperar nada, sin todas esas vagas esperanzas que constituyen el encanto de la juventud.

Pero he aquí que la madre de mi compañera cayó enferma, y me quedé solo con el niño.

Estábamos en diciembre, hacía un frío terrible. ¡Qué noche! Mi amante acababa de marcharse. Yo había cenado solo en mi angosta sala y entré despacito en la habitación donde el pequeño dormía.

Me senté en un sillón al amor de la lumbre. El viento soplaba, hacía crujir los cristales, un viento seco de helada, y yo veía, a través de la ventana, brillar las estrellas con esa luz aguda que tienen en las noches gélidas.

Entonces, la obsesión que me perseguía desde hacía un mes penetró de nuevo en mi cabeza. Mientras yo seguía inmóvil, descendía sobre mí, entraba en mí y me consumía. Me consumía como consumen las ideas fijas, como los cánceres deben consumir las carnes. Estaba allí, en mi cabeza, en mi corazón, en mi cuerpo entero, me parecía; y me devoraba, como hubiera hecho un animal. Yo quería expulsarla, rechazarla, abrir mi pensamiento a otras cosas, a esperanzas nuevas, como se abre una ventana al viento fresco de la mañana para expulsar el aire viciado de la noche; pero no podía, ni siquiera un segundo, hacerla salir de mi cerebro. No sé cómo expresar esta tortura. Me roía el alma; y yo sentía con un espantoso dolor, un verdadero dolor físico y moral, cada una de sus dentelladas.

¡Mi existencia estaba acabada! ¿Cómo saldría de esta situación? ¿Cómo retroceder, y cómo confesar?

Y yo amaba a la que iba a convertirse en madre de ustedes con una pasión loca, que el insuperable obstáculo exasperaba aún más.

Una cólera terrible crecía dentro de mí, me oprimía la garganta, una cólera que rozaba con la locura... ¡con la locura! ¡Sí, estaba loco aquella noche!

El niño dormía. Me levanté y lo miré dormir. Era él, aquel aborto, aquella larva, aquella nadería lo que me condenaba a una infelicidad sin remedio.

Dormía con la boca abierta, enterrado bajo las mantas, en una cuna, junto a mi cama, ¡donde yo no podría dormir!

¿Cómo realicé lo que hice? ¿Acaso lo sé? ¿Qué fuerza me empujó, qué maléfico poder me poseyó? ¡Oh! La tentación del crimen me llegó sin que la sintiera anunciarse. Recuerdo solamente que el corazón me latía espantosamente. Latía con tanta fuerza que lo oía como se oyen unos martillazos detrás de los tabiques. ¡Sólo recuerdo eso! ¡Mi corazón latía! En mi cabeza había una extraña confusión, un tumulto, un desorden de toda razón, de toda sangre fría. Estaba en una de esas horas de pavor y de alucinación en las que el hombre ya no tiene conciencia de sus actos ni rige su voluntad.

Levanté suavemente las mantas que tapaban el cuerpo de mi hijo; las eché a los pies de la cuna, y lo vi, desnudo. No se despertó. Entonces me dirigí a la ventana, despacio, muy despacito, y la abrí.

Un soplo de aire helado entró como un asesino, tan frío que retrocedí ante él; y las dos velas palpitaron. Y me quedé de pie junto a la ventana, sin atreverme a darme la vuelta, como para no ver lo que ocurría a las espaldas, y sintiendo sin cesar deslizarse sobre mi frente, sobre mis mejillas, sobre mis manos, el aire mortal que seguía entrando. Esto duró mucho tiempo.

No pensaba en nada, no reflexionaba en nada. De repente una tosecita hizo que un horrible escalofrío me recorriera de

pies a cabeza, un escalofrío que siento aún en este momento, en la raíz de los cabellos. Y con un movimiento asustado cerré bruscamente las dos hojas de la ventana, y después, volviéndome, corrí hacia la cuna.

Él seguía durmiendo, con la boca abierta, completamente desnudo. Toqué sus piernas; estaban heladas, y las tapé.

Mi corazón de pronto se enterneció, se rompió, se llenó de piedad, de ternura, de amor hacia aquel pobre inocente que había querido matar. Besé un buen rato sus finos cabellos; y después volví a sentarme ante el fuego.

Pensaba con estupor, con horror, en lo que había hecho, preguntándome de dónde provienen esas tormentas del alma en las que el hombre pierde toda noción de las cosas, toda autoridad sobre sí mismo, y actúa con una especie de enloquecida embriaguez, sin saber lo que hace, sin saber a dónde va, como un barco en un huracán.

El niño tosió una vez más, y me sentí desgarrado hasta el fondo del alma. ¿Y si se muriese? ¡Dios mío! ¿Qué sería de mí?

Me levanté para ir a mirarlo; y, con una vela en la mano, me incliné sobre él. Al verlo respirar con tranquilidad, me serené; pero tosió por tercera vez; y sentí tal sacudida, hice tal movimiento de retroceso, como cuando estamos trastornados ante la vista de algo horroroso, que dejé caer la vela.

Al ponerme en pie tras haberla recogido, me di cuenta de que tenía las sienes bañadas en sudor, ese sudor caliente y helado al mismo tiempo que producen las angustias del alma, como si algo del espantoso sufrimiento moral de esa tortura inefable que es, en efecto, ardiente como el fuego y fría como el hielo, transpirase a través de los huesos y de la piel del cráneo.

Y me quedé hasta que se hizo de día inclinado sobre mi hijo, calmándome cuando estaba un buen rato tranquilo, y traspasado por abominables dolores cuando una débil tos salía de su boca.

Se despertó con los ojos rojos, la garganta obstruida, un aire doliente.

Cuando entró mi asistenta, la envié en seguida a buscar un médico. Llegó al cabo de una hora, y pronunció, tras haber examinado al niño:

-¿No habrá cogido frío?

Me puse a temblar como tiemblan las personas muy viejas, y balbucí:

-No, no creo.

Después pregunté:

-¿Qué tiene? ¿Es algo grave?

Respondió:

-Aún no lo sé. Volveré esta tarde.

Volvió por la tarde. Mi hijo había pasado casi todo el día en una modorra invencible, tosiendo de vez en cuando.

Por la noche se declaró una pleuresía.

Y la cosa duró diez días. No puedo expresar lo que sufrí durante esas interminables horas que separan la mañana de la noche y la noche de la mañana.

Murió.

Y desde... desde ese momento, no he pasado una hora, no, ni una sola hora, sin que el recuerdo atroz, punzante, ese recuerdo que roe, que parece retorcer el espíritu al desgarrarlo, no se agitase en mí como un animal furioso encerrado en el fondo de mi alma.

¡Oh! ¡Si hubiera podido volverme loco!...

El señor Poirel de la Voulte se sacó las gafas con un movimiento que le era familiar cuando había acabado la lectura de un contrato; y los tres herederos del muerto se miraron, sin decir una palabra, pálidos, inmóviles.

Al cabo de un minuto, el notario prosiguió:

-Hay que destruir esto.

Los otros dos bajaron la cabeza en señal de asentimiento. Él encendió una vela, separó cuidadosamente las páginas que contenían la peligrosa confesión de las páginas que contenían las disposiciones sobre el dinero, después las acercó a la llama y las arrojó a la chimenea.

Y contemplaron cómo se consumían las hojas blancas. Pronto no formaron sino una especie de montoncitos negros. Y como se veían aún algunas letras que se dibujaban en blanco, la hija, con la punta del pie, aplastó a golpecitos la ligera costra del papel chamuscado, mezclándola con las cenizas viejas.

Después se quedaron aún los tres algún tiempo mirando aquello, como si temieran que el secreto quemado escapase por la chimenea.

## La declaración

El sol del mediodía cae en amplia lluvia sobre las praderas, que se extienden, ondulantes, entre los bosquecillos de las granjas y los diversos sembrados; los centenos maduros y los trigos amarillentos; las avenas, de un verde claro, y los tréboles, de un verde sombrío, cubren, con una gran colcha rayada, inquieta y suave, el desnudo vientre de la tierra.

Lejos, en la cima de una ondulación, alineadas como los soldados, una interminable fila de vacas: las unas tendidas, en pie las otras, guiñando sus ojos bajo la ardiente luz, arrancan y desmenuzan con los dientes el trébol de un montón tan vasto como un lago.

Y dos mujeres, madre e hija, avanzan, balanceándose, la una delante de la otra, por un angosto sendero abierto entre los sembrados, hacia aquel regimiento de animales.

Cada una lleva dos cubos de cinc, que mantienen a distancia de su cuerpo con ayuda de un aro de cuba; y el metal, a cada uno de sus pasos, despide una llama deslumbrante y blanca, bajo el sol que lo hiere.

No hablan. Van a ordeñar las vacas. Llegan, depositan el cubo en el suelo y se acercan a los dos primeros animales, que se levantan al sentir en sus costillas el golpe de los zuecos de las mujeres. La bestia se yergue con lentitud: primero sobre sus patas delanteras y alzando luego, con más trabajo, su ancha grupa, que parece entorpecida por la enorme ubre de carne rubia y colgante.

Y las dos Malivoire, madre e hija, de rodillas bajo el vientre de la vaca, estiran con un vivo movimiento de sus manos la hinchada carne, que hace caer, a cada opresión, un delgado chorro de leche en el cubo. La espuma, algo amarilla, sube a los bordes; y las mujeres pasan de un animal a otro hasta la conclusión de la larga hilera.

En cuanto han acabado de ordeñar una la pasan a otro sitio, dándole para comer un montón de pastura verde. Luego echan a andar otra vez más lentamente ya, entorpecidas por el peso de la leche; delante, la madre; la hija, detrás.

Pero ésta se detiene bruscamente, deja en el suelo su carga, se sienta y se echa a llorar con amargura.

La abuela Malivoire, no oyendo sus pasos, se vuelve y queda estupefacta.

-¿Qué tienes? -dice.

Y la hija, Celeste, una moza alta, rubia, de cabellos tostados, de mejillas quemadas y manchadas de pecas, como si en el rostro le hubiesen caído gotas de fuego mientras se peinaba un día al sol, murmuró, gimoteando nuevamente, cual gime el niño a quien se pega:

-¡No puedo llevar la leche!

La madre la miraba con aire inquieto. Repitió:

-¿Qué tienes?

Celeste agregó sentada en el suelo entre sus dos cubos y tapándose el rostro con el delantal:

-Esto me duele demasiado. No puedo.

La madre repitió por segunda vez:

-¿Qué tienes?

Y gimió la muchacha:

-Creo que estoy encinta.

Y sollozó.

La vieja soltó a su vez los cubos de leche, tan asombrada, que no sabía qué decir. Por último, balbució:

-¿Que..., que estás encinta, haragana? ¿Es posible?

Los Malivoires eran ricos labriegos, gente apañadita, ordenada, respetada, maliciosa y pudiente.

La chica tartajeó:

-Me parece que no me engaño.

Asombrada, la madre miraba a su hija, que lloriqueaba a sus pies. Al cabo de unos segundos, exclamó:

-¡Conque estás encinta! ¡Encinta! ¿Y dónde has cogido eso, mala pécora?

Y Celeste, sacudida por la emoción, murmuró:

-Me parece que fue en el coche de Pólito.

La vieja trataba de comprender, trataba de adivinar, trataba de saber quién habría podido hacer a su hija aquel mal servicio. Si era un mozo riquejo y bien mirado, se trataría de arreglar la cosa: el mal no existiría entonces más que a medias; no era Celeste la única a quien le había ocurrido aquello; pero le contrariaba el hecho de todos modos, en vista del giro que tomaba el asunto.

Agregó:

-¿Y quién te hizo eso, estúpida?

Celeste, resuelta a decirlo todo, se atrevió a murmurar:

-Creo que fue Pólito.

Entonces la tía Malivoire, enloquecida por la cólera, se arrojó sobre su hija y se puso a pegarle con tanta furia que se le cayó el gorro.

Descargaba recios puñetazos sobre la cabeza, sobre la espalda, sobre todo el cuerpo, y Celeste, tumbada por completo entre los dos cubos, que la protegían algo, se limitaba a ocultar el rostro entre las manos bien abiertas.

Todas las vacas, sorprendidas, habían cesado de comer y, habiéndose vuelto, miraban con sus grandes ojos. La última bramó, alargando el hocico hacia las mujeres.

Después de golpear hasta cansarse, la tía Malivoire, sofocada, se detuvo; y, recobrando algo el uso de sus facultades, quiso darse la más exacta cuenta de la situación.

-¡Pólito! -dijo-. ¿Es posible? ¿Cómo te dejaste coger por un cochero de diligencia? ¿Habías perdido el seso? ¡Menester será que te haya dado un filtro aquel holgazán!

Y Celeste, tumbada siempre en el suelo, murmuró de cara al polvo:

-¡No le pagaba el asiento!

La vieja normanda comprendió entonces.

\*\*\*

Todas las semanas, el miércoles y el sábado, Celeste iba al pueblo con los productos de la granja, la volatería, la crema y los huevos.

Salía a las siete con sus dos cestos del brazo, los quesos y demás en el uno, las gallinas en el otro, e iba a esperar en la carretera la diligencia de Yvetot.

Dejaba en tierra sus mercancías y se sentaba en la zanja, mientras las gallinas de corto y agudo pico y los patos de pico largo y ancho, sacando la cabeza por entre los mimbres, miraban con su ojo redondo, estúpido y lleno de asombro.

Pronto el carruaje, especie de cofre amarillo protegido por un toldo de cuero negro, llegaba allí sacudiendo su trasera, movida por el trote aparatoso de una blanca yegua.

Y Pólito, el cochero, un robusto y alegre muchacho, barrigudo, aunque joven, y tostado por el sol, curtido por el viento, mojado por las lluvias y teñido por el aguardiente, que tenía el rostro y el cuello de color de ladrillo, gritaba a lo lejos, haciendo sonar su látigo:

-¡Buenos días, señorita Celeste! ¿Cómo va de salud?

Ella le tendía, uno tras otro, sus cestos, que él colocaba sobre la imperial; luego subía la moza, levantando la pierna para alcanzar el estribo, y enseñando la pantorrilla, cubierta por una media azul.

Y cada vez tenía Pólito la misma broma: "¡Caramba, no ha enflaquecido!"

Y ella se echaba a reír, encontrando graciosa la frase. Luego él lanzaba un: "¡Arre, Capitana!", que hacía arrancar al flaco animal. Entonces Celeste sacaba el portamonedas del fondo del bolsillo y de él diez sueldos, seis por ella y cuatro por los cestos de mercancías, y se los daba a Pólito por encima del hombro.

Él los cogía, diciendo al alargar la mano:

-¿Tampoco es hoy la fiesta?

Y se reía de la mejor gana, volviéndose hacia la joven para mirarla con más comodidad.

Mucho le costaba a ella el dar cada vez aquel medio franco por tres kilómetros de camino. Y cuando no tenía sueldo sufría más aún, no pudiendo decidirse a alargar una moneda de plata.

Un día, en el momento de ir a pagar, no pudo contenerse.

-Tratándose -dijo- de una buena parroquiana como yo, no debiera cobrarme usted más que seis sueldos.

Él se echó a reír.

-¿Seis sueldos, hermosa mía? Vale usted más que eso, seguramente que vale usted más.

Ella insistió:

-Vienen a resultarle a usted más de dos francos mensuales.

Y él gritó, arreando al animal:

-Para que vea usted que soy amable, no le cobraré nada si consiente en la fiesta.

Ella preguntó con sencillez:

-¿Qué quiere decir eso?

Él se divertía tanto, que tosía a fuerza de reír.

-Una fiesta es una fiesta. ¡Caramba! Una fiesta entre moza y mozo, un dúo sin música.

Ella comprendió, se ruborizó y dijo:

-No me conviene el trato, señor Pólito.

Pero él no se intimidó, y repetía riendo más y más:

-Ya le convendrá a usted ¡una fiesta entre moza y mozo!

Y a partir de entonces, todos los días, cuando ella le iba a pagar, el cochero le preguntaba:

-¿Tampoco es hoy la fiesta?

Ella bromeaba también, y respondía:

-Tampoco, señor Pólito; pero será el sábado, se lo aseguro.

Y él gritaba, riendo:

-Muy bien; ¡vaya por el sábado!

Y ella calculaba interiormente que, en los dos años que duraba la cosa, había pagado cuarenta y ocho francos a Pólito, y cuarenta y ocho francos son una cantidad en el campo; y calculaba también que dentro de dos años más, le habría dado cerca de cien francos de plata.

Y tanto calculó que un día, un día de primavera que estaban solos, cuando él le preguntó, según costumbre:

-¿Tampoco es hoy la fiesta?

Ella le respondió:

-Como usted guste, señor Pólito.

A él no le sorprendió la cosa y saltó dentro del coche, murmurando con satisfacción:

-Sea hoy, pues. ¡Ya sabía yo que acabaríamos por entendernos!

Y la vieja yegua blanca se puso a trotar tan suavemente que parecía bailar sin dar un paso, indiferente a la voz que te gritaba desde el fondo del coche:

-¡Arre, Capitana, arre!

\*\*\*

Tres meses después, Celeste se dio cuenta de que estaba encinta.

Había dicho todo esto con voz lacrimosa. Y su madre, pálida de ira, le preguntó:

-¿Cuánto ha valido eso, según tu cuenta?

Celeste dijo:

-Cuatro meses, a diez sueldos viaje... Pues ocho francos.

Al oír esto, la rabia de la campesina se desencadenó espantosamente, y, cayendo otra vez sobre la muchacha, la golpeó hasta perder el resuello. En seguida, levantándose:

- -¿Y le has dicho -exclamó- que estás encinta?
- -¿Qué le he de decir?
- -¿Por qué no?
- -¿Para que me hubiese hecho pagar? ¡No soy tan tonta!

La vieja meditó luego, tomando otra vez los cubos:

-¡Vamos! -dijo-, levántate y trata de seguirme.

Pasado un instante agregó:

-Por otra parte, no le digas nada mientras él no lo note; ¡así podrás ir de balde seis u ocho meses!

Y habiéndose puesto en pie, la moza, llorando aún, despeinada y cubierta de polvo, echó a andar con tardo paso tras de su madre, murmurando:

-¡Es claro que no se lo diré!

# La dote

A nadie causó sorpresa la boda de Simón Lebrumet, notario, con Juanita Cordier. El señor Lebrumet hacía gestiones con el señor Papillon para que le traspasara la notaría. Claro que necesitaba dinero; y la señorita Cordier tenía una dote de trescientos mil francos, disponibles en billetes de Banco y en títulos al portador.

Lebrumet era bien parecido, agradable, gracioso; todo lo gracioso que puede ser un notario, pero gracioso a su manera, cosa extraña en Boutigny-le-Revours.

La señorita Cordier tenía la frescura y el atractivo de los pocos años; frescura un poco basta, campesina, y atractivo provinciano; pero, en conjunto, era una bonita muchacha, bastante apetecible.

La ceremonia del casamiento puso en conmoción a todo Boutigny.

Fueron muy admirados los novios cuando al salir de la iglesia iban a ocultar su dicha bajo el techo conyugal, decididos a irse luego algunos días a París, después de saborear las dulzuras del matrimonio en el retiro de su casa.

Y los primeros aleteos de su amor fueron verdaderamente seductores, porque Lebrumet supo tratar a su esposa con una delicadeza, una ternura y un acierto incomparables. Era su divisa: "Todo llega para quien sabe aguardar". Supo, al mismo tiempo, ser prudente y decidido. Así triunfó en toda la línea, consiguiendo en menos de una semana que su esposa lo adorase.

Juana ya no sabía vivir sin él; no se apartaba de su lado un solo instante, agradeciéndole sus caricias. Él se la hubiera comido a besos; le sobaba las manos, la barbilla, la nariz... Ella, sentada sobre sus rodillas, lo cogía por las orejas, diciéndole:

-Abre la boca y cierra los ojos.

Simón abría la boca, satisfecho, entornaba los párpados y recibía un beso dulce, sabroso, largo, que le cosquilleaba en todo el cuerpo.

Les faltaban ojos, manos, boca, tiempo; les faltaba todo para realizar las múltiples caricias que imaginaban.

A los pocos días, el notario dijo a su mujer:

-¿Quieres que vayamos a París mañana? Como dos amantes, recorreremos los teatros, los restaurantes, los cafés cantantes, los merenderos con gabinetes reservados al amor clandestino...

Ella estallaba de gozo.

-Sí, sí, sí; vayamos lo más pronto posible.

Él prosiguió:

-Como es necesario atender a todas las cosas, le dirás a tu padre que hoy mismo te haga entrega de tu dote. La llevaremos para pagarle al señor Papillon el traspaso de la notaría.

Ella, convencida, respondió:

-No tengas cuidado; ahora mismo, si quieres.

El beso que los unió estrechamente no acababa nunca.

Y al otro día, el padre y la madre de la novia los despidieron en la estación del ferrocarril.

El viejo razonaba:

-Me parece una imprudencia llevar tanto dinero en el bolsillo. Se les puede perder la cartera, les pueden robar...

Y el joven yerno sonreía...

-Tranquilícese usted. Estoy muy acostumbrado a llevar sobre mí valores de importancia. Ya sabe que los notarios nos vemos obligados a manejar las fortunas de los clientes, y con frecuencia viajamos con un millón en los bolsillos. Vale más hacerlo así; cuesta menos tiempo, menos molestia y se ahorran los giros. Tranquilícese usted.

Un mozo de la estación gritaba:

-¡Señores viajeros, al tren!

El matrimonio subió a un vagón en el cual había dos viejas.

Lebrumet murmuró al oído de Juana:

-¡Qué aburrimiento! No podré fumar.

Ella respondió:

-Tampoco me divierte la compañía; ya comprenderás el motivo...

Silbó la locomotora, y el tren se puso en marcha. El trayecto era corto, y los novios apenas hablaron, aburridos de ver a las dos viejas con los ojos muy abiertos. No podían permitirse ninguna libertad.

Llegados a la estación, el notario dijo a su mujer:

-Si te parece, almorzaremos ahora en el bulevar y luego volveremos tranquilamente a recoger el equipaje para dejarlo en el hotel.

A ella le pareció magnífico el proyecto.

-Sí, sí; almorzaremos en un restaurante. ¿Está muy lejos?

Él respondió:

-Sí, está un poco lejos. Pero el ómnibus lleva descansadamente a todas partes.

Juana se permitió advertirle:

-¿No sería más cómodo un coche?

Y él gruñía, sonriendo:

- -¡Un coche! ¡Lo más caro! Por cinco minutos, ¡un coche! Hay que hacer economías.
- -Tienes razón -contestó la mujer, un poco avergonzada.

Avanzaba un ómnibus, al trote de los caballos, y Lebrumet, al verlo, gritó:

-¡Conductor! ¡Eh, conductor!

El pesado vehículo se detuvo, y el joven notario, empujando a su mujer, le dijo rápidamente:

-Anda, entra en el interior; yo iré arriba para fumar siquiera un cigarrillo antes que almorcemos.

Juana hubiera querido responderle, pero no pudo; el conductor, cogiéndola de un brazo, la embutió en el coche, y ella se vio de pronto sentada, mirando con asombro, por la ventanilla de atrás, los pies de su marido que se encaramaba en la imperial.

Se quedó inmóvil, sobrecogida, entre un señor gordo que olía desagradablemente a pipa sucia y una vieja que apestaba también.

Los demás viajeros, alineados y silenciosos, eran: un dependiente de ultramarinos, un sargento de Infantería, un caballero de lentes de oro y sombrero de alas enormes abarquilladas como canales, dos señoras cuya expresión altanera y arisca parecía decir: "Estamos aquí, pero valemos infinitamente más que ustedes". Tres hermanas de la Caridad, una mocita y un enterrador; todos parecían caricaturas de un museo grotesco, de una serie de reproducciones irónicas del rostro humano, semejantes a las filas de muñecos en los "pim-pam-pum" de las ferias.

La trepidación del coche sacudía sus cabezas haciendo retemblar sus lacias mejillas, y el ruido de las ruedas, aturdiéndolas, los hacía parecer idiotizados o adormecidos.

Juana, inmóvil, decía para sí: "¿Por qué no ha entrado conmigo? ¿Tanto le apremiaba el deseo de fumar?"

Y una tristeza vaga la invadía.

Las hermanas de la Caridad hicieron al conductor una seña para que mandase parar el ómnibus.

"Es más lejos de lo que yo supuse", pensaba la señora Lebrumet.

Bajó el enterrador y ocupó su asiento un mozo de cuadra que olía, y no a rosas. Al irse la mozuela, entró un mozo de cordel apestando a sudor agrio.

Juana sentía cansancio, inquietud, disgusto, ganas de llorar, sin saber por qué.

Se apearon más viajeros y subieron otros; el ómnibus recorría calles y calles, deteniéndose de cuando en cuando en una estación.

"¡Qué lejos vamos!" pensaba la novia. "¿Se habrá distraído Simón? ¿Se habrá dormido? ¡Estaba hoy tan fatigado!"

Poco a poco se fue quedando sola. El conductor dijo:

-¡Vaugirard!

Y como la viajera no se movía, repitió:

-¡Vaugirard!

Entonces Juana comprendió que a ella se dirigía el empleado, quien, al verla inmóvil, dijo por tercera vez:

-¡Vaugirard!

La novia no pudo contener esta pregunta:

-¿En dónde estamos?

Y el conductor, malhumorado, contestó:

- -Estamos en Vaugirard; lo he dicho veinte veces.
- -¿Falta mucho para el bulevar?
- -¿Qué bulevar?
- -El de los italianos.
- -¡Hace tiempo que pasamos por él!
- -¡Oh! ¿Tiene usted la bondad de avisar a mi marido?
- -¿Su marido? ¿Cómo?
- -Está en la imperial.
- -En la imperial no hay nadie.

Juana tembló, espantada.

-¿Es posible? Yo lo vi subir. Mire usted, por favor. Está, sin duda.

El empleado contestó groseramente:

-Basta de músicas, por cada hombre que pierdas encontrarás diez. Lárgate. Se acabó; en la calle hay muchos hombres; no te será dificil agarrarte a otro.

Con lágrimas en los ojos, la novia insistía:

-Le aseguro a usted que se equivoca; no puede haberse ido; es mi esposo; llevaba una cartera debajo del brazo.

El conductor se puso a reír.

-Un caballero con una cartera, sí; en la Magdalena se apeó. Bien te ha plantado. Ja..., ja..., ja...

Juana bajó del coche, y no pudiendo convencerse de lo sucedido, dirigió los ojos instintivamente a la imperial. No había

nadie.

Rompió a llorar, y sin tener presente que la miraban, que la oían, dijo en voz alta:

-¿Qué será de mí ahora?

El inspector se acercó preguntando:

-¿Qué sucede?

Y el conductor le dijo en son de burla:

- -Que se le ha escapado a esta señora... su marido en el trayecto.
- -Está bien. Andando.

Y volvió la espalda.

Entonces la novia se alejó de allí, demasiado despavorida y demasiado desesperada para comprender lo que le ocurría. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? ¿Cómo fue posible aquel error, aquel olvido, aquel desprecio, aquella inverosímil distracción? Sólo llevaba dos francos en el bolsillo. ¿A quién dirigirse? De pronto recordó a su primo Barral, jefe de sección del Ministerio de Marina.

Tenía lo suficiente para una carrera de coche; tomó el primero que pasaba desalquilado, y se hizo conducir a casa de su primo. Cuando ella entraba, él salía, encaminándose al Ministerio. Llevaba, como Lebrumet, una cartera debajo del brazo.

Juana se apeó gritando:

-¡Enrique!

Él se detuvo, asombrado.

-¡Juana! ¿Tú aquí? ¿Sola? ¿Qué haces? ¿Qué ocurre? ¿Cómo vienes?

Ella balbució, llorando:

Acabo de perder a mi marido.

- -¿Perderlo? ¿En dónde?
- -Sobre la imperial de un ómnibus.
- -¿En un ómnibus? ¡Oh!

Entre sollozos, Juana refirió su aventura.

El primo escuchaba, reflexivo, y preguntó:

- -¿Estaba sereno esta mañana?
- -Sí.
- -¿Llevaba mucho dinero en el bolsillo?
- -En una cartera, mi dote.
- -¡Ah! ¿Tu dote?
- -Sí; veníamos a pagar el traspaso de la notaría.
- -Pues bien: tu marido, a estas horas, ya está camino de Bélgica.

Ella no comprendía por qué, y sollozó:

- -¿Mi marido?... ¿Camino de Bélgica?
- -Te ha estafado la dote. Ha huido con todo tu dinero. La cosa es clara.

Ella quedó en silencio, sofocada y aturdida; luego murmuró:

-¡Es..., es..., es un miserable!

Desfallecida, cayó en los brazos de su primo. Como llamaban la atención de los transeúntes, que ya se detenían para observarlos, él, suavemente, la condujo hacia su casa, y la hizo subir la escalera.

La criada que les abrió la puerta, muy sorprendida, recibió este recado:

-Corre al restaurante y di que traigan pronto dos cubiertos. Hoy no iré a la oficina.

FIN

# La felicidad

Era la hora del té, antes que trajeran las luces. La ciudad dominaba el mar; el sol, que acababa de ponerse, había dejado el cielo rosa a su paso, salpicado de polvo de oro; y el Mediterráneo, sin una arruga, sin un estremecimiento, todavía resplandeciente bajo el día agonizante, parecía una interminable plancha de metal pulimentado.

Lejos, a la derecha, las montañas escarpadas dibujaban su perfil negro sobre el púrpura pálido del poniente.

Se hablaba del amor, se discutía sobre este viejo tema, volviéndose a decir las cosas ya dichas tantas veces. La suave melancolía del crepúsculo hacía pesadas las palabras, produciendo un sentimiento de ternura en las almas, y aquella palabra, "amor", constantemente pronunciada, tan pronto por la voz fuerte de un hombre como por una voz femenina de timbre ligero, parecía llenar el saloncito, en el que revoloteaba como un pájaro, pesando en su atmósfera como una aparición.

¿Se puede amar durante muchos años seguidos?

- -Sí -decían algunos.
- -No -aseguraban otros.

Distinguían los diversos casos, establecían diferencias, se citaban ejemplos; y todos, hombres y mujeres, estaban llenos de recuerdos que les volvían y turbaban, pero que no podían citar aunque los tenían a flor de labios, y parecían emocionados, hablaban de aquel tema vulgar y soberano, del acuerdo tierno y misterioso de dos seres, con una emoción honda y un interés ardiente.

De pronto, alguien, con la mirada fija en un punto lejano, exclamó:

-¡Miren allí! ¿Qué es aquello?

Sobre el mar, en el horizonte, surgía una masa gris, enorme y confusa.

Las mujeres se levantaron y contemplaron sin comprender aquel fenómeno sorprendente que jamás habían visto.

Alguien dijo:

-Es Córcega. Se la ve así dos o tres veces al año en ciertas condiciones atmosféricas excepcionales, cuando el aire, de una limpidez perfecta, no la oculta con esas brumas de vapor que siempre velan las lejanías.

Vagamente, se distinguían las crestas de las montañas, donde creyeron reconocer la nieve. Todos quedaron sorprendidos, turbados, casi asustados por aquella brusca aparición de una tierra, por aquel fantasma salido del mar. Así debieron de ser las extrañas visiones que tuvieron los navegantes que, como Colón, partieron a través de los océanos inexplorados.

Entonces, un anciano caballero, que aún no había hablado, dijo:

-En esa isla que se alza ante nosotros como para responder a lo que estábamos diciendo y despertar en mi memoria un curioso recuerdo, conocí un ejemplo admirable de un amor constante, inverosímilmente feliz. Se lo contaré. Hace cinco años hice un viaje a Córcega. Es una isla salvaje, más desconocida y lejana de nosotros que América, a pesar de que a veces se la vea desde las costas de Francia, como hoy. Imagínense un mundo todavía en el caos, un mar de montañas separadas por angostos barrancos por los que corren torrentes; no hay llanuras, sino inmensas olas de granito y gigantescas ondulaciones de tierra cubiertas de matorrales o de umbrosos bosques de castaños y pinos. Es un suelo virgen, inculto, desierto, aunque a veces se descubra un pueblo, que parece un amontonamiento de rocas en la cima de un monte. No hay cultivos, ni industrias, ni arte. Jamás se encuentra un trozo de madera tallada, un fragmento de piedra esculpida, ni hay huellas del gusto infantil o refinado de los antepasados por las cosas graciosas y bellas. Es esto precisamente lo que más choca en aquel soberbio y duro país: la indiferencia hereditaria por esa búsqueda de formas seductoras que se llama arte. Italia, donde cada palacio, lleno de obras maestras, es una obra maestra por sí mismo; donde el mármol, la madera, el bronce, el hierro, los metales y las piedras atestiguan el genio del hombre; donde los más pequeños objetos antiguos que se encuentran en las casas viejas revelan esa divina preocupación por la gracia, es para todos nosotros la patria sagrada a la que se ama porque nos muestra y nos prueba el esfuerzo, la grandeza, la potencia y el triunfo de la inteligencia creadora. Frente a ella, la ruda Córcega se ha conservado como en sus primeros días. El hombre vive allí en su tosca casa, indiferente a todo lo que no afecte a su propia existencia o a sus querellas de familia. Ha conservado los defectos y las cualidades de las razas incultas, violento, rencoroso, inconscientemente sanguinario, pero también hospitalario, generoso, leal, ingenuo, capaz de abrir sus puertas a los caminantes y de dar su fiel amistad a la menor muestra de simpatía. Hacía un mes que vagaba a través de esta isla magnífica, con la sensación

de que estaba en los confines del mundo. No había ni posadas, ni tabernas, ni carreteras. Llegaba, por senderos de mulas, a esas aldeas que se sujetan en las laderas de las montañas y desde las que se dominan abismos tortuosos de cuyas profundidades sube por la noche el rumor continuo, la voz sorda y honda del torrente. Llamaba a las puertas de las casas, y pedía un refugio para la noche y algo de comer hasta el día siguiente. Me sentaba a la humilde mesa y dormía bajo un techo humilde; a la mañana siguiente, estrechaba la mano que me tendía el huésped, el cual me conducía hasta los límites del pueblo. Una noche, tras diez horas de camino, llegué a una casita aislada en el fondo de un pequeño valle que se abría al mar una legua más abajo. Las dos vertientes montañosas, cubiertas de matorrales, de rocas desmoronadas y de grandes árboles, cerraban como dos murallas sombrías aquel barranco lamentablemente triste. En torno a la choza, un viñedo y un pequeño huerto, y un poco más lejos, varios grandes castaños: lo suficiente, en fin, para vivir, y una fortuna para aquel país pobre. La mujer que me recibió era vieja, grave y limpia, excepcionalmente. El hombre, sentado en una silla de paja, se levantó para saludarme y se volvió a sentar sin decir una palabra. Su compañera me dijo:

-Perdónele, se ha quedado sordo. Tiene ya ochenta y dos años.

Me sorprendió que hablara el francés de Francia.

-¿Son ustedes de Córcega?

Ella me respondió:

-No. Somos del continente. Pero hace cincuenta años que vivimos aquí.

Una sensación de angustia y de espanto se apoderó de mí al pensar en aquellos cincuenta años transcurridos en un lugar tan sombrío, tan alejado de las ciudades donde vive la gente. Llegó un viejo pastor, y nos pusimos a comer el único plato de la cena: una sopa espesa en la que habían hervido todo junto: patatas, tocino y coles. Al acabar la breve comida, fui a sentarme ante la puerta, con el corazón sobrecogido por la melancolía del triste paisaje, oprimido por esa angustia que se apodera a veces de los viajeros ciertas noches tristes en ciertos lugares desolados. Parece como si todo, la existencia y el universo, estuviera a punto de acabar. Bruscamente se descubre la horrible miseria de la vida, el aislamiento de todos, la nada de todo y la negra soledad del corazón, que se mece y se engaña a sí mismo con sueños hasta la muerte. La vieja se acercó a mí y, con esa curiosidad que vive siempre en el fondo de las almas más resignadas, me preguntó:

- -¿Viene usted de Francia, entonces?
- -Sí, viajo por gusto.
- -¿Será usted de París, quizá?
- -No, soy de Nancy.

Me pareció que la agitaba una extraordinaria emoción. Ignoro cómo lo sentí. Ella repitió con voz lenta:

-¿Es usted de Nancy?

En la puerta apareció el hombre, con esa impasibilidad de los sordos.

- -No importa. No oye nada -dijo ella. Luego, al cabo de unos segundos, añadió:
- -Entonces, conocerá usted a mucha gente en Nancy.
- -Sí, a casi todo el mundo.
- -¿Conoce a la familia de Sainte-Allaize?
- -Sí, muy bien. Eran amigos de mi padre.
- -¿Cómo se llama usted?

Le dije mi nombre. Me miró fijamente, y luego, con esa voz de quien evoca sus recuerdos, me dijo:

- -Sí, sí, me acuerdo. ¿Y los Brisemare? ¿Qué fue de ellos?
- -Murieron todos.
- -¡Ah! ¿Conocía a los Sirmont?

-Sí, el último es general.

Entonces, estremeciéndose de emoción y de angustia, por algún sentimiento confuso, poderoso y sagrado, por no sé qué deseo de confesar, de decirlo todo, de hablar de cosas que había tenido hasta aquel momento encerradas en el fondo de su corazón, y también de todas aquellas personas cuyo nombre agitaba su espíritu, me dijo:

-Sí, ya sé: Henri de Sirmont. Es mi hermano.

Alcé mis ojos hasta ella, sobrecogido de sorpresa. Y, de pronto, lo recordé todo. Tiempo atrás había sido un escándalo en la noble Lorena. Una muchacha, bella y rica, Suzanne de Sirmont, había sido raptada por un suboficial de húsares del regimiento que mandaba su padre. Era un guapo mozo, hijo de campesinos, pero que sabía llevar muy bien el dormán, aquel soldado que sedujo a la hija de su coronel. Se debió fijar en él y enamorarse, viendo desfilar los escuadrones. Pero ¿cómo le habló, cómo pudieron verse, comprenderse? ¿Cómo se atrevió ella a hacerle comprender que le amaba? No se pudo saber. Nada logró adivinarse, y nadie lo presentía. Una noche, cuando el soldado acababa de cumplir su servicio, desapareció con ella. Los buscaron, pero no lograron encontrarlos. Jamás se tuvo noticias de ella, y la consideraron como muerta. Y yo la volvía a encontrar de aquella forma, en aquel siniestro valle.

-Sí, sí, ahora me acuerdo -le dije, a mi vez-. Usted es la señorita Suzanne.

Ella dijo que sí con la cabeza. Caían lágrimas de sus ojos. Entonces, señalándome con una mirada al anciano inmóvil a la puerta de su casucha, me dijo:

-Es él.

Y me di cuenta de que lo seguía queriendo, de que lo veía aún con sus ojos de seducida. Le pregunté:

-¿Ha sido usted feliz, por lo menos?

Ella me respondió, con una voz que le salía dél corazón:

-Sí, muy feliz. Me ha hecho muy feliz. Jamás he lamentado nada.

La contemplé, triste, sorprendido, maravillado por el poder del amor. Aquella señorita rica se había marchado con aquel hombre, con aquel campesino. Se había transformado ella misma en campesina. Se había acostumbrado a su vida sin encantos, sin lujo, sin delicadeza de ninguna clase; se había doblegado a sus costumbres sencillas. Y todavía lo amaba. Se había transformado en una aldeana con gorro, con falda de paño. Comía en un plato de barro sobre una mesa de madera, sentada en una silla de paja, un guiso de coles y patatas con tocino. Se acostaba en un jergón junto a él. ¡Y nunca había pensado en nada, sino en él! No había echado de menos ni las joyas, ni las finas telas, ni las elegancias, ni la blandura de los asientos, ni la tibieza perfumada de las alcobas cubiertas de tapices, ni la suavidad de los colchones de pluma donde los cuerpos se hunden para el reposo. Nunca había necesitado más que a él; su presencia colmaba sus deseos. Había abandonado la vida de muy joven, y la sociedad, y a todos los que la habían criado y querido. Sola con él, se había ido a aquel barranco salvaje. Y él lo había sido todo en su vida, todo lo que se desea, todo lo que se sueña, todo lo que se espera sin cesar, todo lo que se ansía sin límites. Le había llenado de dicha la existencia. No habría podido ser más feliz. Y durante toda la noche, oyendo el ronquido sordo del viejo soldado tendido sobre su yacija junto a la mujer que lo había seguido hasta tan lejos, pensé en aquella extraña y sencilla aventura, en aquella felicidad tan completa, hecha de tan poco. Y me marché al amanecer, tras haber estrechado la mano a los dos ancianos esposos.

El narrador se calló.

Una mujer dijo:

-No demuestra nada. Esa mujer tenía un ideal demasiado fácil, necesidades demasiado primitivas y exigencias demasiado sencillas. Tenía que ser una necia.

Otra, lentamente, dijo:

-¿Y qué importa? Fue feliz.

Y lejos, al final del horizonte, Córcega se hundía en la noche, volvía a entrar lentamente en el mar, borrándose su gran sombra aparecida como para contar por sí misma la historia de los dos humildes amantes que se habían refugiado en su costa

#### La herrumbre

I

En toda su vida sólo sintió una pasión invencible: la caza. Cazaba todos los días, desde muy temprano hasta la noche, con ardor furioso. Cazaba en invierno como en verano, en primavera como en otoño, en los pantanos, cuando la veda prohibía la caza en campos y bosques; cazaba a la espera, en batida, con perro de muestra, con galgos, con liga, con espejuelos, con hurón. Sólo hablaba de cacerías y no soñaba con otra cosa, repitiendo sin cesar: "¡Deben de ser muy desgraciados los que desconocen los goces de la caza."

Había cumplido cincuenta años y se conservaba muy bien, robusto y erguido, aunque bastante calvo; grueso, pero vigoroso; llevaba los bigotes recortados para dejar libre el labio superior, con objeto de tocar fácilmente la trompa de caza

En toda la comarca lo llamaban el señor Gontrán, a secas, a pesar de su título nobiliario, pues era el barón Héctor Gontrán de Coutelier.

Habitaba una casita de campo rodeada de bosques, y aun cuando conocía mucho a todos los aristócratas de la provincia, encontrando a veces en éstas cacerías a varios de su misma afición, sólo trataba asiduamente a los Courvilles, sus amables vecinos; amistad rancia, de familia.

En casa de los Courvilles lo cuidaban, lo querían, lo mimaban; y decía:

-Si yo no fuese cazador, pasaría mi vida entera con ustedes.

El señor de Courville era su amigo y compañero desde la infancia. Consagrado a la agricultura, vivía tranquilo con su mujer, su hija y su yerno, Darnetot, que no trabajaba, con el pretexto de dedicarse a estudios históricos.

El Barón de Coutelier iba con frecuencia a comer a casa de sus amigos, particularmente cuando tenía que referirles algún lance de caza. Contaba largas historias de perros y de hurones, de los cuales hablaba como de personas a quienes hubiera conocido mucho; descubría sus pensamientos, sus intenciones, y los analizaba, los explicaba:

-Cuando Medor ha notado que la chocha lo hacía correr mucho, se ha dicho: "Ya verás, tunanta, cómo nos divertiremos al fin." Entonces, haciéndome una seña con la cabeza, me ha indicado que me colocara en la otra punta del campo de trébol, y ha empezado a rastrear diagonalmente, haciendo mucho ruido para correrla poco a poco hacia el rincón, de donde no podría escapar. Todo se ha verificado como lo había previsto Medor; la chocha, en un momento dado, ha salido al borde. Imposible avanzar sin descubrirse, y comprendiéndolo, se ha dicho, agazapándose: "Me ha comprometido el demonio del perro." Medor entonces, poniéndose de muestra, me mira; yo le hago una señal; avanza. Brrr. La chocha vuela; y echándome la escopeta a la cara, ¡pum!... Cae como una bola, y Medor la recoge y la lleva, moviendo el rabo como si quisiera decirme: "Nos ha salido muy bien. ¿Es cierto, señor de Gontrán?"

Courville, Darnetot y las dos mujeres reían mucho con estas narraciones, en las cuales el Barón ponía toda su alma; se animaba, levantaba los brazos, gesticulaba con todo su cuerpo; y llegando a referir la muerte de la pieza, reía también de un modo formidable, preguntando siempre a la conclusión:

-Es curioso, ¿verdad?

En cuanto la conversación tomaba otro rumbo, Gontrán se distraía y se arrinconaba canturreando algún toque de caza; de modo que, si un instante callaban todos, produciendo un brusco silencio de los que a veces cortan el rumor de las palabras, se oía de pronto la imitación de la trompa: "Ton, torontón, ton", que hacía Gontrán, inflando los carrillos como si realmente aplicase a sus labios el instrumento.

Había consagrado a la caza su vida, sin pensar en otra cosa, y envejecía sin comprender siquiera que pudo vivir de otro modo, con otras preocupaciones. Bruscamente, un ataque de reuma lo retuvo dos meses en cama, poniéndolo a punto de morir de aburrimiento y tristeza. Como no tenía mujer alguna que le sirviese, pues le guisaba un viejo criado, éste no acertó a prepararle bien las cataplasmas ni a prevenir los mil cuidados que necesitan los enfermos. Su montero fue su enfermero, y como se aburría casi tanto como su amo, dormía de noche y de día en un sillón mientras Gontrán juraba y se desesperaba entre las sábanas.

Las señoras de Courville iban a verlo con frecuencia, y aquellas visitas le proporcionaban las únicas horas de calma y bienestar que se le ofrecían. Ellas preparaban algunos cocimientos y le servían el almuerzo primorosamente. Mientras se despedían, Gontrán murmuraba:

-Caramba; deberían ustedes venirse a vivir aquí.

Y ellas reían de buena gana.

Cuando ya estaba casi restablecido y volvía de nuevo a cazar en los pantanos, una tarde fue a comer a casa de sus amigos; pero le faltaban su frescura y su alegría. Un pensamiento incesante lo torturaba: el temor de que se le reprodujeran los dolores antes de levantarse la veda. Al despedirse, mientras las señoras lo envolvían en una manta, y le abrigaban la garganta con un pañuelo, precauciones que por primera vez en su vida consentía entonces, murmuró tristemente:

-Si mi dolencia se repite, soy hombre acabado.

Cuando se hubo ido, la señora Darnetot dijo a su marido:

-Será preciso casar al Barón.

Todos se llevaron las manos a la cabeza. ¿Cómo no se les había ocurrido aquel proyecto? Buscaron, durante la velada, cuál podía convenirle más entre todas las viudas que conocían, y eligieron una, de cuarenta años, aún agradable y hermosa, bastante rica, de carácter alegre y muy bondadoso, que se llamaba Berta Vilers.

Los Courvilles la invitaron a pasar un mes en su casa. Y fue. La viuda era bulliciosa, y el Barón le hizo gracia, le gustó, desde luego. Se divertía con él como un juguete vivo, y pasaba horas enteras preguntándole socarronamente acerca de las ideas de los conejos y de las maquinaciones de los zorros. Gontrán distinguía formalmente las maneras de ver de diferentes animales, y les atribuía planes y razonamientos sutiles como a los hombres.

Las atenciones que la viuda tuvo con él le agradaron; y una tarde, para manifestar su estimación, le rogó que fuera con él de caza, cosa que no había propuesto jamás a ninguna mujer. La invitación fue aceptada. Era una diversión para todos equipar a Berta. Cada uno ponía de su parte algo y ofrecía cualquier cosa; la viuda se presentó vestida con bota de caña y pantalón bombacho; falda corta, chaquetilla de terciopelo y gorra de mozo de jauría.

#### III

El Barón estaba emocionado, como si fuera a disparar por primera vez su escopeta. Le explicó minuciosamente la dirección del viento, las diferentes muestras de los perros, la manera de apuntar a tales o cuales piezas. Luego se lanzaron al campo, y él iba siguiéndola, paso a paso, con la solicitud de una nodriza que ve andar al niño por primera vez.

Medor, olfateando, halló un rastro, corrió, se detuvo, levantó la pata. El Barón, detrás de su discípula, temblaba como una hoja en el árbol. Y balbucía:

-Cuidado; prevenida; son per..., son per..., son perdices.

No había terminado la frase cuando un ruido monstruoso se alzó del suelo -Brrr, brrr- y una bandada se remontó en el aire batiendo las alas.

La señora Vilers, asustada, cerró los ojos, disparó los dos tiros y retrocedió al sentir el culatazo de la escopeta; luego, cuando recobró su serenidad, vio que Gontrán saltaba como un chiquillo y que Medor volvía con dos perdices en la boca

Desde aquel momento, el Barón se mostró enamorado de Berta.

Decía, levantando los ojos: "Qué mujer!", y todas las tardes iba para verla y hablar de caza.

Un día, mientras el señor de Courville, acompañándolo hasta la puerta, lo oyó hacer alabanzas de su amiga, le preguntó bruscamente:

-¿Por qué no se casa usted con ella?

El Barón quedó sorprendido:

-¿Yo? ¿Yo? ¿Casarme con ella? Pero..., después de todo.

Y calló. Luego, apretando mucho la mano a su compañero, murmuró:

-Hasta la vista -y desapareció precipitadamente en la oscuridad de la noche.

En tres días no compareció. Al presentarse de nuevo estaba pálido, agotado por sus cavilaciones, más graves que de costumbre. Apartándose de todos con el señor Courville, le dijo:

-Tuvo usted una idea feliz. Procuren convencer a Berta para que acepte. ¡Caramba! ¡Una mujer como ésa, ni que la hubieran hecho expresamente para mí! Cazaríamos juntos todo el año.

El señor de Courville, seguro de que la viuda no rehusaría la proposición, respondió:

-Haga usted en seguida sus ofrecimientos. ¿Quiere usted que yo me encargue de hablarle en su nombre?

Pero el Barón se turbó de pronto, balbuciendo:

-No, no...; antes he de hacer un viaje..., un viaje..., a París. En cuanto vuelva lo arreglaremos todo.

No fue posible conseguir que diera más concretas explicaciones, y a la mañana siguiente emprendió su viaje.

#### IV

Una semana, dos, tres semanas pasaron; el Barón no volvía. Los señores de Courville, sorprendidos, inquietos, no sabían qué decirle a su amiga, que ya estaba advertida de las intenciones matrimoniales de Gontrán. Todos los días mandaban recado, inútilmente, porque no había noticias y los criados nada sabían.

Pero una tarde, mientras la señora Vilers cantaba acompañándose al piano, una doncella entró a dar un recado misterioso al señor Courville de parte de un caballero que lo aguardaba en la antesala y quería verlo.

Era el Barón, demudado, envejecido, en traje de viaje. Al ver a su antiguo camarada, estrechándole las manos, con fatigada voz, le dijo:

-Acabo de llegar en este instante, y vengo a ver a usted. No puedo más.

Luego calló, dudando. Visiblemente contrariado, prosiguió al fin:

-Quería decir lo antes posible..., que del asunto que motivó mi viaje..., ¿recuerda usted? Pues... nada..., un fracaso...;

El señor de Courville lo miró estupefacto:

- -¿Cómo? ¿Un fracaso? ¿Por qué?
- -¡Oh! No me lo pregunte, se lo ruego; sería difícil y doloroso para mí decirlo; pero tenga usted la seguridad completa de que me porto como un hombre honrado... Nada... Imposible... No debo casarme; no es justo engañar a nadie. Volveré cuando se haya ido esa señora. Me sería violento verla. Gracias. Adiós.

Y se fue corriendo.

Toda la familia deliberó, discutió, supuso mil cosas. Dedujeron, al fin, que la vida del Barón encerraba un gran misterio, acaso hijos naturales, tal vez unos amores viejos. En fin, el asunto presentaba síntomas de gravedad, y para no entrar en complicaciones dificultosas advirtieron hábilmente a la señora Vilers, la cual regresó a su casa tan viuda como de su casa había salido.

Transcurrieron tres meses. Una tarde, habiendo comido muy bien, y titubeando un poco, el Barón, mientras fumaba su pipa, dijo al señor de Courville:

-Si usted supiera cuánto me acuerdo a todas horas de Berta Vilers, tendría compasión de mí.

Courville, a quien la conducta del Barón en aquel asunto había molestado un poco, aprovechó la oportunidad para manifestarle sus pensamientos, y dijo:

-Amigo mío, cuando se tienen complicaciones de cierta clase, no se va tan adelante como usted lo hizo en ciertos asuntos, porque, después de todo, pudo muy bien tener en cuenta mucho antes el motivo que lo hacía retroceder...

El Barón, confundido, dejó de fumar.

-Sí y no. Nunca sospeché que sucediera una cosa tan desagradable.

El señor Courville, impaciente, insistió:

-Debe prevenirse todo.

Pero el Barón, con los ojos clavados en la oscuridad para convencerse de que nadie andaba por allí que pudiera oírlo, prosiguió en voz baja:

-Ya comprendo que disgusté a ustedes, y voy a excusarme confesando la verdad. Hace veinte años que vivo solamente para la caza. No me agrada otra cosa, usted lo sabe, ni me ocupo en otra cosa. Por esto, cuando me decidí a contraer ciertos deberes, cuando me agradó Berta, un escrúpulo, un escrúpulo de conciencia vino a turbarme. Hacía mucho tiempo, mucho, que perdí la costumbre de..., de..., del amor; en fin, ignoraba si aún sería capaz de..., de... ¿Comprende? Pasaron dieciséis años desde que..., que... por última vez. En esta soledad no es fácil..., no es fácil... ¡eso! Faltan ocasiones. Además, tampoco las buscaba; me parecía más divertido perseguir a las perdices que a las mujeres. Pero en el momento de comprometerme a casarme, tuve mis dudas, desconfié de mí. ¡Caramba! Si en el instante oportuno... cuando ya es imposible retroceder no..., no... ;no saliera el tiro! Un hombre honrado no debe faltar nunca a sus compromisos; y el que se casa queda obligado a..., a..., a ciertas cosas. Para cerciorarme de lo que alcanzarían mis fuerzas, me decidí a pasar ocho días en París. En los ocho días, ¡nada! ¡ Pero absolutamente nada! Y no por falta de pruebas. He acudido a cuanto había mejor en todos los géneros. Aseguro que por ellas tampoco ha quedado... Sí... Verdaderamente..., acudían a todos los recursos... Pero ¿qué quiere usted? Hubieron de retirarse todas lo mismo..., sin haber conseguido nada. Me decidí a probar otros ocho días..., y otros ocho, esperando siempre. Comí en los restaurantes una porción de salsas picantes, que me han estropeado el estómago... ¡Todo inútil! Siempre lo mismo... ¡Nada! Comprenderá usted que ante la prueba evidente y en tales circunstancias, yo no podía..., no debía... Y me retiré, bien a disgusto, por no haber otro camino decoroso.

El señor de Courville se retorcía para no soltar la carcajada. Y estrechando gravemente la mano del Barón, le dijo:

-Lo compadezco a usted -y lo acompañó hasta la mitad del camino aquel día.

Luego, al encontrarse a solas con su mujer, se lo refirió todo, extremando la nota burlesca. Pero la señora Courville no reía: escuchaba poniendo atención, y cuando su marido hubo terminado, le dijo con mucha gravedad:

-El Barón es un simple. Tuvo miedo. No hay más. Voy a escribir a Berta que la esperamos inmediatamente.

Y como el señor de Courville recordase las inútiles y largas pruebas de su amigo, la señora replicó:

-¡Bah! Tonterías. Cuando un hombre quiere de veras a su mujer, ¿lo entiendes?, hace... lo que necesita... Eso... no le falta nunca.

Y el señor de Courville quedó silencioso y algo confuso.

#### La loca

A Robert de Bonnières

Verán, dijo el señor Mathieu d'Endolin, a mí las becadas <sup>1</sup> me recuerdan una siniestra anécdota de la guerra. Ya conocen ustedes mi finca del barrio de Cormeil. Vivía allá en el momento de la llegada de los prusianos.

Tenía entonces de vecina a una especie de loca, cuya razón se había extraviado bajo los golpes de la desgracia. Antaño, a la edad de veinticinco años, perdió, en un sólo mes, a su padre, a su marido y a un hijo recién nacido. Cuando la muerte entra una vez en una casa, regresa a ella casi de inmediato, como si conociera la puerta.

La pobre joven, fulminada por la pena, cayó en cama, deliró durante seis semanas. Después, una especie de tranquila lasitud sucedió a la crisis violenta, y permaneció sin moverse, comiendo apenas, revolviendo solamente los ojos. Cada vez que intentaban levantarla, gritaba como si la matasen.

La dejaron, pues, acostada, y tan solo la sacaban de entre las sábanas para los cuidados de su aseo y para darle la vuelta a los colchones. Una anciana criada permanecía junto a ella, obligándola a beber de vez en cuando o a masticar un poco de carne fiambre. ¿Qué ocurría en aquella alma desesperada? Jamás se supo, pues no volvió a hablar. ¿Pensaba en sus muertos? ¿Desvariaba tristemente, sin un recuerdo concreto? ¿O bien su pensamiento aniquilado permanecía inmóvil como un agua estancada?

Durante quince años se quedó así, cerrada e inerte. Llegó la guerra; y, en los primeros días de diciembre, los prusianos entraron en Cormeil.

Lo recuerdo como si fuera ayer. Caía una helada de esas que resquebrajan las piedras; yo mismo estaba tumbado en un sillón, inmovilizado por la gota, cuando oí el golpeteo pesado y acompasado de sus pasos. Desde mi ventana, los vi pasar. Era un desfile interminable, todos iguales, con esos movimientos de muñecos que les son peculiares. Después los jefes distribuyeron a sus hombres entre los habitantes. Me tocaron diecisiete. Mi vecina, la loca, tenía doce, entre ellos un comandante, un verdadero soldadote, violento y tosco.

Durante los primeros días todo transcurrió normalmente. Al oficial de al lado le habían dicho que la señora estaba enferma, y no se preocupó para nada. Pero pronto aquella mujer a la que nunca veía empezó a irritarlo. Se informó sobre su enfermedad; le respondieron que la anfitriona guardaba cama desde hacía quince años, a consecuencia de una pena muy honda. No lo creyó, sin duda, e imaginó que la pobre loca no se levantaba por orgullo, para no ver a los prusianos y no hablarles, para no rozarse con ellos.

Exigió que lo recibiera; lo llevaron a su habitación. Le pidió con un tono brusco:

-Zírvace uzted, ceñora, lefantarce y bajar, para que la feamoz.

Ella volvió hacia él sus ojos extraviados, sus ojos vacíos, y no respondió.

Él prosiguió:

-No toleraré maz inzolencias. Ci uzted no ce lefanta por laz buenaz, lla me laz arreglaré para que ce pacee zola.

Ella no hizo el menor gesto, siempre inmóvil, como si no lo hubiera visto.

Él rabiaba, tomando aquel silencio tranquilo por un signo de supremo desprecio. Y agregó:

-Ci no baja mañana...

Y después salió.

Al día siguiente, la anciana criada, aterrada, quiso vestirla; pero la loca empezó a chillar, debatiéndose. El oficial subió en seguida; y la sirvienta, arrojándose a sus pies, gritó:

-No quiere, señor, no quiere. Perdónela; es muy desdichada.

El soldado se quedó turbado, sin atreverse, a pesar de su cólera, a hacer que sus hombres la sacaran de la cama. Pero de pronto se echó a reír y dio unas órdenes en alemán.

Pronto se vio partir un destacamento que sostenía un colchón, como quien lleva a un herido. En aquella cama que nadie había deshecho, la loca, siempre silenciosa, permanecía tranquila, indiferente a los acontecimientos con tal de que la

dejaran acostada. Detrás, un hombre llevaba un paquete de ropas femeninas.

Y el oficial pronunció, frotándose las manos:

-Lla veremoz ci puede o no festirce zola y dar un paceíto.

Luego se vio al cortejo alejarse en dirección al bosque de Imauville.

Dos horas después los soldados regresaron solos.

Nadie volvió a ver jamás a la loca. ¿Qué habían hecho con ella? ¿A dónde la habían llevado? Nunca se supo.

La nieve caía día y noche, sepultando la llanura y los bosques bajo un sudario de espuma helada. Los lobos venían a aullar hasta nuestras puertas. La idea de aquella mujer perdida me obsesionaba, e hice diversas gestiones con la autoridad prusiana, con el fin de conseguir información. A punto estuve de ser fusilado.

Volvió la primavera. El ejército de ocupación se alejó. La casa de mi vecina seguía cerrada; una tupida hierba crecía en las avenidas. La anciana criada había muerto durante el invierno. Nadie se ocupaba ya de aquella aventura; sólo yo pensaba en ella sin cesar. ¿Qué habían hecho con aquella mujer? ¿Se habría escapado a través de los bosques? ¿La habrían recogido en alguna parte, y metido en un hospital, al no poder obtener de ella ninguna información? Nada venía a aliviar mis dudas; pero, poco a poco, el tiempo apaciguó la inquietud de mi corazón.

Ahora bien, en el otoño siguiente, las becadas pasaron en tropel; y, como mi gota me daba una pequeña tregua, me arrastré hasta el bosque. Ya había matado cuatro o cinco aves de largo pico, cuando derribé una que desapareció en un hoyo lleno de ramas. Me vi obligado a bajar a él para recoger al animal. Lo encontré caído junto a una calavera. Y bruscamente el recuerdo de la loca embistió contra mi pecho como un puñetazo. Otros muchos habían expirado acaso en aquellos bosques durante aquel año siniestro; pero, no sé por qué, estaba seguro, se lo digo, de que había encontrado la cabeza de la infeliz maniática.

Y de repente comprendí, lo adiviné todo. La habían abandonado sobre el colchón, en el bosque frío y desierto, y, fiel a su idea fija, ella se había dejado morir bajo el espeso y leve plumón de la nieve sin mover un brazo o una pierna.

Después, los lobos la habían devorado. Y los pájaros habían hecho su nido con la lana de su lecho desgarrado. He conservado esa triste osamenta. Y hago votos por que nuestros hijos no vean jamás una guerra.

#### La mano

Estaban en círculo en torno al señor Bermutier, juez de instrucción, que daba su opinión sobre el misterioso suceso de Saint-Cloud. Desde hacía un mes, aquel inexplicable crimen conmovía a París. Nadie entendía nada del asunto.

El señor Bermutier, de pie, de espaldas a la chimenea, hablaba, reunía las pruebas, discutía las distintas opiniones, pero no llegaba a ninguna conclusión.

Varias mujeres se habían levantado para acercarse y permanecían de pie, con los ojos clavados en la boca afeitada del magistrado, de donde salían las graves palabras. Se estremecían, vibraban, crispadas por su miedo curioso, por la ansiosa e insaciable necesidad de espanto que atormentaba su alma; las torturaba como el hambre.

Una de ellas, más pálida que las demás, dijo durante un silencio:

-Es horrible. Esto roza lo sobrenatural. Nunca se sabrá nada.

El magistrado se dio la vuelta hacia ella:

-Sí, señora, es probable que no se sepa nunca nada. En cuanto a la palabra sobrenatural que acaba de emplear, no tiene nada que ver con esto. Estamos ante un crimen muy hábilmente concebido, muy hábilmente ejecutado, tan bien envuelto en misterio que no podemos despejarlo de las circunstancias impenetrables que lo rodean. Pero yo, antaño, tuve que encargarme de un suceso en que verdaderamente parecía que había algo fantástico. Por lo demás, tuvimos que abandonarlo, por falta de medios para esclarecerlo.

Varias mujeres dijeron a la vez, tan de prisa que sus voces no fueron sino una:

-¡Oh! Cuéntenoslo.

El señor Bermutier sonrió gravemente, como debe sonreír un juez de instrucción. Prosiguió:

-Al menos, no vayan a creer que he podido, incluso un instante, suponer que había algo sobrehumano en esta aventura. No creo sino en las causas naturales. Pero sería mucho más adecuado si en vez de emplear la palabra sobrenatural para expresar lo que no conocemos, utilizáramos simplemente la palabra inexplicable. De todos modos, en el suceso que voy a contarles, fueron sobre todo las circunstancias circundantes, las circunstancias preparatorias las que me turbaron. En fin, éstos son los hechos:

«Entonces era juez de instrucción en Ajaccio, una pequeña ciudad blanca que se extiende al borde de un maravilloso golfo rodeado por todas partes por altas montañas.

«Los sucesos de los que me ocupaba eran sobre todo los de vendettas. Los hay soberbios, dramáticos al extremo, feroces, heroicos. En ellos encontramos los temas de venganza más bellos con que se pueda soñar, los odios seculares, apaciguados un momento, nunca apagados, las astucias abominables, los asesinatos convertidos en matanzas y casi en acciones gloriosas. Desde hacía dos años no oía hablar más que del precio de la sangre, del terrible prejuicio corso que obliga a vengar cualquier injuria en la propia carne de la persona que la ha hecho, de sus descendientes y de sus allegados. Había visto degollar a ancianos, a niños, a primos; tenía la cabeza llena de aquellas historias.

«Ahora bien, me enteré un día de que un inglés acababa de alquilar para varios años un pequeño chalet en el fondo del golfo. Había traído con él a un criado francés, a quien había contratado al pasar por Marsella.

«Pronto todo el mundo se interesó por aquel singular personaje, que vivía solo en su casa y que no salía sino para cazar y pescar. No hablaba con nadie, no iba nunca a la ciudad, y cada mañana se entrenaba durante una o dos horas en disparar con la pistola y la carabina.

«Se crearon leyendas en torno a él. Se pretendió que era un alto personaje que huía de su patria por motivos políticos; luego se afirmó que se escondía tras haber cometido un espantoso crimen. Incluso se citaban circunstancias particularmente horribles.

«Quise, en mi calidad de juez de instrucción, tener algunas informaciones sobre aquel hombre; pero me fue imposible enterarme de nada. Se hacía llamar sir John Rowell.

«Me contenté, pues, con vigilarlo de cerca; pero, en realidad, no me señalaban nada sospechoso respecto a él.

«Sin embargo, al seguir, aumentar y generalizarse los rumores acerca de él, decidí intentar ver por mí mismo al extranjero, y me puse a cazar con regularidad en los alrededores de su dominio.

«Esperé durante mucho tiempo una oportunidad. Se presentó finalmente en forma de una perdiz a la que disparé y maté delante de las narices del inglés. Mi perro me la trajo; pero, cogiendo en seguida la caza, fui a excusarme por mi inconveniencia y a rogar a sir John Rowell que aceptara el pájaro muerto.

«Era un hombre grande con el pelo rojo, la barba roja, muy alto, muy ancho, una especie de Hércules plácido y cortés. No tenía nada de la rigidez llamada británica, y me dio las gracias vivamente por mi delicadeza en un francés con un acento de más allá de la Mancha. Al cabo de un mes habíamos charlado unas cinco o seis veces.

«Finalmente una noche, cuando pasaba por su puerta, lo vi en el jardín, fumando su pipa a horcajadas sobre una silla. Lo saludé y me invitó a entrar para tomar una cerveza. No fue necesario que me lo repitiera.

«Me recibió con toda la meticulosa cortesía inglesa; habló con elogios de Francia, de Córcega, y declaró que le gustaba mucho este país, y esta costa.

«Entonces, con grandes precauciones y como si fuera resultado de un interés muy vivo, le hice unas preguntas sobre su vida y sus proyectos. Contestó sin apuros y me contó que había viajado mucho por África, las Indias y América. Añadió riéndose:

«-Tuve mochas avanturas, joh! yes.

«Luego volví a hablar de caza y me dio los detalles más curiosos sobre la caza del hipopótamo, del tigre, del elefante e incluso la del gorila. Dije:

«-Todos esos animales son temibles.

«Sonrió:

«-¡Oh, no! El más malo es el hombre.

«Se echó a reír abiertamente, con una risa franca de inglés gordo y contento:

«-He cazado mocho al hombre también.

«Después habló de armas y me invitó a entrar en su casa para enseñarme escopetas con diferentes sistemas.

«Su salón estaba tapizado de negro, de seda negra bordada con oro. Grandes flores amarillas corrían sobre la tela oscura, brillaban como el fuego. Dijo:

«-Eso ser un tela japonesa.

«Pero, en el centro del panel más amplio, una cosa extraña atrajo mi mirada. Sobre un cuadrado de terciopelo rojo se destacaba un objeto rojo. Me acerqué: era una mano, una mano de hombre. No una mano de esqueleto, blanca y limpia, sino una mano negra reseca, con uñas amarillas, los músculos al descubierto y rastros de sangre vieja, sangre semejante a roña, sobre los huesos cortados de un golpe, como de un hachazo, hacia la mitad del antebrazo.

«Alrededor de la muñeca una enorme cadena de hierro, remachada, soldada a aquel miembro desaseado, la sujetaba a la pared con una argolla bastante fuerte como para llevar atado a un elefante. Pregunté:

«-¿Qué es esto?

«El inglés contestó tranquilamente:

«-Era mejor enemigo de mí. Era de América. Ello había sido cortado con el sable y arrancado la piel con un piedra cortante, y secado al sol durante ocho días. ¡Aoh, muy buena para mí, ésta.

«Toqué aquel despojo humano que debía de haber pertenecido a un coloso. Los dedos, desmesuradamente largos, estaban atados por enormes tendones que sujetaban tiras de piel a trozos. Era horroroso ver esa mano, despellejada de esa manera; recordaba inevitablemente alguna venganza de salvaje. Dije:

«-Ese hombre debía de ser muy fuerte.

«El inglés dijo con dulzura:

«-Aoh yes; pero fui más fuerte que él. Yo había puesto ese cadena para sujetarle.

«Creí que bromeaba. Dije:

- «-Ahora esta cadena es completamente inútil, la mano no se va a escapar.
- «Sir John Rowell prosiguió con tono grave:
- «-Ella siempre quería irse. Ese cadena era necesario.
- «Con una ojeada rápida, escudriñé su rostro, preguntándome: "¿Estará loco o será un bromista pesado?"
- «Pero el rostro permanecía impenetrable, tranquilo y benévolo. Cambié de tema de conversación y admiré las escopetas.
- «Noté sin embargo que había tres revólveres cargados encima de unos muebles, como si aquel hombre viviera con el temor constante de un ataque.
- «Volví varias veces a su casa. Después dejé de visitarlo. La gente se había acostumbrado a su presencia; ya no interesaba a nadie.
- «Transcurrió un año entero; una mañana, hacia finales de noviembre, mi criado me despertó anunciándome que Sir John Rowell había sido asesinado durante la noche.
- «Media hora más tarde entraba en casa del inglés con el comisario jefe y el capitán de la gendarmería. El criado, enloquecido y desesperado, lloraba delante de la puerta. Primero sospeché de ese hombre, pero era inocente.
- «Nunca pudimos encontrar al culpable.
- «Cuando entré en el salón de Sir John, al primer vistazo distinguí el cadáver extendido boca arriba, en el centro del cuarto.
- «El chaleco estaba desgarrado, colgaba una manga arrancada, todo indicaba que había tenido lugar una lucha terrible.
- «¡El inglés había muerto estrangulado! Su rostro negro e hinchado, pavoroso, parecía expresar un espanto abominable; llevaba algo entre sus dientes apretados; y su cuello, perforado con cinco agujeros que parecían haber sido hechos con puntas de hierro, estaba cubierto de sangre.
- «Un médico se unió a nosotros. Examinó durante mucho tiempo las huellas de dedos en la carne y dijo estas extrañas palabras:
- «-Parece que lo ha estrangulado un esqueleto.
- «Un escalofrío me recorrió la espalda y eché una mirada hacia la pared, en el lugar donde otrora había visto la horrible mano despellejada. Ya no estaba allí. La cadena, quebrada, colgaba.
- «Entonces me incliné hacia el muerto y encontré en su boca crispada uno de los dedos de la desaparecida mano, cortada o más bien serrada por los dientes justo en la segunda falange.
- «Luego se procedió a las comprobaciones. No se descubrió nada. Ninguna puerta había sido forzada, ninguna ventana, ningún mueble. Los dos perros de guardia no se habían despertado.
- «Ésta es, en pocas palabras, la declaración del criado:
- «Desde hacía un mes su amo parecía estar agitado. Había recibido muchas cartas, que había quemado a medida que iban llegando.
- «A menudo, preso de una ira que parecía demencia, cogiendo una fusta, había golpeado con furor aquella mano reseca, lacrada en la pared, y que había desaparecido, no se sabe cómo, en la misma hora del crimen.
- «Se acostaba muy tarde y se encerraba cuidadosamente. Siempre tenía armas al alcance de la mano. A menudo, por la noche, hablaba en voz alta, como si discutiera con alguien.
- «Aquella noche daba la casualidad de que no había hecho ningún ruido, y hasta que no fue a abrir las ventanas el criado no había encontrado a sir John asesinado. No sospechaba de nadie.
- «Comuniqué lo que sabía del muerto a los magistrados y a los funcionarios de la fuerza pública, y se llevó a cabo en toda la isla una investigación minuciosa. No se descubrió nada.
- «Ahora bien, tres meses después del crimen, una noche, tuve una pesadilla horrorosa. Me pareció que veía la mano, la horrible mano, correr como un escorpión o como una araña a lo largo de mis cortinas y de mis paredes. Tres veces me

desperté, tres veces me volví a dormir, tres veces volví a ver el odioso despojo galopando alrededor de mi habitación y moviendo los dedos como si fueran patas.

«Al día siguiente me la trajeron; la habían encontrado en el cementerio, sobre la tumba de sir John Rowell; lo habían enterrado allí, ya que no habían podido descubrir a su familia. Faltaba el índice.

«Ésta es, señoras, mi historia. No sé nada más.»

Las mujeres, enloquecidas, estaban pálidas, temblaban. Una de ellas exclamó:

-¡Pero esto no es un desenlace, ni una explicación! No vamos a poder dormir si no nos dice lo que según usted ocurrió.

El magistrado sonrió con severidad:

-¡Oh! Señoras, sin duda alguna, voy a estropear sus terribles sueños. Pienso simplemente que el propietario legítimo de la mano no había muerto, que vino a buscarla con la que le quedaba. Pero no he podido saber cómo lo hizo. Este caso es una especie de vendetta.

Una de las mujeres murmuró:

-No, no debe de ser así.

Y el juez de instrucción, sin dejar de sonreír, concluyó:

-Ya les había dicho que mi explicación no les gustaría.

FIN

# La mano disecada

Un amigo mío, Luis R., tenía reunidos en su casa una noche, hará cosa de ocho meses, a varios camaradas de colegio. Bebíamos ponche y fumábamos, hablando de literatura y pintura y contando de cuando en cuando anécdotas jocosas, como es habitual en reuniones de gente joven. Se abre súbitamente la puerta y entra como un vendaval uno de mis buenos amigos de la infancia:

- -¿A que no adivinan de dónde vengo? -exclamó en seguida.
- -Apuesto a que vienes de Mabille -contesta uno.
- -¡Caray! Vienes demasiado alegre; acabas de conseguir dinero prestado, has enterrado a un tío tuyo o has empeñado el reloj -dice otro.
- -Estabas ya borracho, y como te ha dado en la nariz el ponche de Luis, has subido a su casa para emborracharte de nuevo -contesta un tercero.
- -No dan en el clavo; vengo de P., en Normandía, donde he pasado ocho días, y traigo de allí a un gran criminal, amigo mío, que les voy a presentar, con su permiso.

Y diciendo y haciendo, sacó del bolsillo una mano disecada. Era una mano horrible, negra, seca, muy larga y como si estuviese crispada; los músculos, extraordinariamente poderosos, estaban sujetos, interior y exteriormente, por una tira de piel apergaminada; las uñas amarillas, estrechas, cubrían aún las extremidades de los dedos; todo aquello olía a criminal desde una legua de distancia.

- -Verán -dijo mi amigo-. Vendían hace unos días los cachivaches de un viejo brujo, muy conocido en la comarca; todos los sábados iba a su aquelarre montado en su palo de escoba, practicaba la magia blanca y la magia negra, hacía que las vacas diesen leche azul y las obligaba a llevar la cola igual que el compañero de San Antonio. Lo cierto es que aquel tunante sentía gran apego hacia esta mano; aseguraba que había pertenecido a un célebre criminal que fue ajusticiado el año mil setecientos treinta y seis, por haber tirado de cabeza a un pozo a su mujer legítima, en lo cual no creo que anduviese descaminado; después ahorcó del campanario de la iglesia al cura que los casó. Realizada esta doble hazaña, se lanzó a correr mundo, y durante su carrera, corta pero bien aprovechada, desvalijó a doce viajeros; asfixió, ahumándolos, a una veintena de frailes, y convirtió un monasterio de religiosas en un harem.
- -Y ¿qué vas a hacer con esa monstruosidad? -gritamos todos a una.
- -¿Qué? Verán. Voy a ponerla de tirador de la campanilla de la puerta, para asustar a mis acreedores.
- -Amigo mío -dijo Henry Smith, un inglés grandulón y flemático-, en mi opinión, esa mano es carne de indio, conservada por un procedimiento nuevo; te aconsejo que la hiervas para hacer caldo.
- -Basta de burlas, caballeros -dijo con la mayor seriedad un estudiante de medicina que estaba a dos dedos de la borrachera-; y tú, Pedro, el mejor consejo que puedo darte es que hagas dar tierra cristianamente a ese despojo humano, no vaya a ser que su propietario venga a reclamártelo, sin contar con que quizá esa mano haya adquirido malos hábitos. Ya conoces el refrán: "El que ha matado, matará".
- -Y el que ha bebido, beberá -intervino el anfitrión, y acto seguido escanció al estudiante un vaso grande de ponche, que éste se echó al cuerpo de un trago, rodando luego, borracho perdido, debajo de la mesa.

Risas formidables acogieron aquella salida, y Pedro alzó su vaso saludando a la mano:

-Brindo -dijo- por la próxima visita de tu dueño.

Se cambió de conversación, y cada cual se retiró a su casa.

Al día siguiente tuve que pasar por su puerta y entré a visitarlo; eran cerca de las dos, y me lo encontré leyendo y fumando.

- -¿Cómo sigues? -le pregunté.
- -Muy bien -me contestó.
- -¿Y tu mano?

-Has tenido que verla al tirar de la campanilla, porque la puse anoche allí, cuando llegué a casa. A propósito: se conoce que algún imbécil quiso jugarme una chuscada, porque a eso de la medianoche empezaron a alborotar a mi puerta; pregunté quién era, pero como nadie me contestó, volví a acostarme y me dormí.

En aquel mismo instante tocaron la campanilla; quien llamaba era el propietario de la casa, individuo grosero y muy impertinente. Entró sin saludar.

- -Caballero -le dijo a mi amigo-, hágame el favor de quitar en el acto esa carroña que ha colgado usted del cordón de la campanilla, porque de lo contrario me veré obligado a despedirlo.
- -Caballero -le contestó Pedro, con gran solemnidad-, ha insultado usted a una mano que no merece ser tratada así, porque perteneció a un hombre muy bien educado.

El propietario dio media vuelta y se marchó como había entrado. Pedro fue tras él, descolgó la mano y luego la ató a la cuerda de la campanilla que tenía en la alcoba.

-Así está mejor -dijo-. Esta mano, lo mismo que el morir habemos de los trapenses, me hará pensar en cosas serias cuando me vaya a dormir.

Permanecí una hora con mi amigo, me despedí de él y regresé a mi casa.

Aquella noche dormí mal, estaba agitado, nervioso; varias veces me desperté sobresaltado y hasta llegué a imaginarme que había entrado en mi habitación un hombre; me levanté a mirar dentro de los armarios y debajo de la cama; finalmente, cuando empezaba a quedarme transpuesto, a eso de las seis de la mañana, salté de la cama al sentir que llamaban violentamente a mi puerta. Era el criado de mi amigo; venía a medio vestir, pálido y tembloroso.

-¡Ay, señor! -exclamó sollozando-. ¡Han asesinado a mi pobre amo!

Me vestí a toda prisa y corrí a casa de Pedro. La encontré llena de gente que discutía muy agitada; estaban como en ebullición, todos peroraban, relatando el suceso y comentándolo cada cual a su manera. Llegué con grandes dificultades hasta el dormitorio de mi amigo, di mi nombre y me permitieron la entrada. Cuatro agentes de policía estaban de pie en el centro de la habitación, con el carné en la mano; examinaban todo, cuchicheaban entre sí de cuando en cuando y escribían; dos médicos conversaban cerca de la cama en que Pedro yacía sin conocimiento. No estaba muerto, pero su aspecto era horrible. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos; sus pupilas dilatadas parecían mirar fijamente y con espanto indecible una cosa pavorosa y desconocida; sus dedos estaban crispados y tenía el cuerpo tapado con una sábana que le llegaba hasta la barbilla. Levanté la sábana; se veían en su cuello las marcas de cinco dedos que se habían hundido profundamente en su carne; algunas gotas de sangre manchaban la camisa. Algo me llamó de pronto la atención; miré por casualidad a la campanilla de la alcoba: la mano disecada no estaba allí. Sin duda que los médicos la habrían quitado para que no se impresionasen las personas que tenían que entrar en la habitación, porque era una mano verdaderamente horrible. No pregunté qué había sido de ella.

Doy a continuación, recortado de un periódico del día siguiente, el relato del crimen, con todos los detalles que recogió la Policía:

"Ayer ha sido víctima de un atentado horrible el joven Pedro B., estudiante de derecho, que pertenece a una de las mejores familias de Normandía. Este joven se retiró a casa a las diez de la noche, y despidió a su criado, el señor Bonvin, diciéndole que estaba cansado y que iba a acostarse en seguida. A eso de la medianoche, el criado se despertó de pronto oyendo que tiraban violentamente de la campanilla que tiene su amo para llamar. Tuvo miedo, encendió una vela y esperó; la campanilla dejó de oírse por espacio de un minuto, pero luego volvió a sonar con tal violencia que el criado, fuera de sí de espanto, salió corriendo de su habitación y fue a llamar al portero; éste corrió a dar parte a la policía, y los individuos de ésta abrieron a viva fuerza la puerta; había transcurrido un cuarto de hora. Un horrible espectáculo se presentó a sus ojos: los muebles habían sido derribados y todo indicaba que entre la víctima y el malhechor había tenido lugar una lucha terrible. El joven Pedro B. yacía, inmóvil, en medio de la habitación, caído de espaldas, con los miembros rígidos, el rostro lívido y los ojos dilatados de terror; tenía en el cuello las marcas profundas de cinco dedos. El informe del doctor Bordeau, que fue llamado inmediatamente, dice que el agresor debía estar dotado de una fuerza prodigiosa y que su mano era extraordinariamente enjuta y nerviosa, porque los dedos se habían juntado casi al través de las carnes, dejando cinco agujeros como otros tantos balazos. No existe dato alguno que permita sospechar el móvil del crimen, ni quién pueda ser el autor."

Al siguiente día se leía en el mismo periódico:

"Al cabo de dos horas de cuidados asiduos del doctor Bordeau, el joven Pedro B., víctima del horrible atentado que relatábamos ayer, recobró el conocimiento. Su vida está ya fuera de peligro, pero se abrigan temores por su razón. No existe pista alguna del criminal."

En efecto, mi pobre amigo se había vuelto loco; lo visité todos los días en el hospital durante siete meses; pero ya no

recobró la luz de la razón. Durante sus delirios pronunciaba frases extrañas y, como todos los locos, tenía una idea fija, creyéndose perseguido constantemente por un espectro. Un día vinieron a buscarme con urgencia, diciéndome que estaba mucho peor. Lo encontré agonizando. Permaneció durante dos horas muy tranquilo; de pronto, saltó de la cama, a pesar de todos nuestros esfuerzos, y gritó, agitando los brazos, presa de un terror espantoso: "¡Agárrala! ¡Agárrala! ¡Socorro, socorro, que me estrangula!" Dio dos vueltas a la habitación vociferando y cayó muerto, de cara al suelo.

Como era huérfano, tuve que encargarme de trasladar sus restos al pueblecito de P., en cuyo cementerio estaban enterrados sus padres. De ese pueblo regresaba precisamente la noche en que nos encontró bebiendo ponche en casa de Luis, y en que nos enseñó la mano disecada. Se encerró el cadáver en un féretro de plomo; cuatro días más tarde me paseaba yo tristemente en el cementerio donde se le iba a dar sepultura; me acompañaba el anciano sacerdote que le había dado las primeras lecciones.

Hacía un tiempo magnífico; el cielo azul resplandecía de luz; los pájaros cantaban en las zarzas del talud donde él y yo habíamos comido moras muchas veces cuando éramos niños. Creía estar viéndolo aún deslizarse a lo largo del seto vivo y meterse por un pequeño hueco que yo conocía muy bien, allá, al final del terreno de enterramiento de pobres; luego regresábamos a casa con las mejillas y los labios embadurnados del jugo de la fruta que habíamos comido; yo no quitaba mi vista de las zarzas, que ahora estaban llenas de moras; alargué instintivamente la mano, arranqué una y me la llevé a la boca; el cura había abierto su breviario y farfullaba en voz baja sus *oremus*, y hasta mis oídos llegaba desde el extremo de la avenida el ruido de los azadones de los enterradores, que cavaban la fosa. De pronto, éstos se pusieron a llamarnos; el cura cerró su breviario y fuimos a ver qué querían. Habían tropezado con un féretro.

Hicieron saltar la tapa de un golpe de pico, y nos encontramos ante un esqueleto de estatura desmesurada, que yacía de espaldas y parecía estarnos mirando con las cuencas de sus ojos vacías, como desafiándonos. Sin saber por qué, experimenté yo cierto malestar, casi, casi miedo.

-¡Fíjense! -exclamó uno de los enterradores-. A este tunante le dieron un hachazo en la muñeca, y aquí está la mano cortada.

Y recogió junto al cuerpo una mano grande, seca, que nos enseñó. Su compañero dijo, riéndose:

- -¡Cuidado! Parece como si estuviera mirando, dispuesto a tirársete al cuello para que le devuelvas la mano.
- -Amigos míos -dijo el sacerdote-, dejen a los muertos en paz y vuelvan a tapar ese féretro. Cavaremos en otro lugar la fosa del señor Pedro.

Como ya nada tenía que hacer allí, tomé al día siguiente el camino de regreso a París, no sin antes haber dejado cincuenta francos al anciano sacerdote para que celebrase misas en sufragio del alma de aquel muerto cuya sepultura habíamos turbado.

#### La muerta

¡La había amado desesperadamente! ¿Por qué se ama? Cuán extraño es ver un solo ser en el mundo, tener un solo pensamiento en el cerebro, un solo deseo en el corazón y un solo nombre en los labios... un nombre que asciende continuamente, como el agua de un manantial, desde las profundidades del alma hasta los labios, un nombre que se repite una y otra vez, que se susurra incesantemente, en todas partes, como una plegaria.

Voy a contarles nuestra historia, ya que el amor sólo tiene una, que es siempre la misma. La conocí y viví de su ternura, de sus caricias, de sus palabras, en sus brazos tan absolutamente envuelto, atado y absorbido por todo lo que procedía de ella, que no me importaba ya si era de día o de noche, ni si estaba muerto o vivo, en este nuestro antiguo mundo.

Y luego ella murió. ¿Cómo? No lo sé; hace tiempo que no sé nada. Pero una noche llegó a casa muy mojada, porque estaba lloviendo intensamente, y al día siguiente tosía, y tosió durante una semana, y tuvo que guardar cama. No recuerdo ahora lo que ocurrió, pero los médicos llegaron, escribieron y se marcharon. Se compraron medicinas, y algunas mujeres se las hicieron beber. Sus manos estaban muy calientes, sus sienes ardían y sus ojos estaban brillantes y tristes. Cuando yo le hablaba me contestaba, pero no recuerdo lo que decíamos. ¡Lo he olvidado todo, todo, todo! Ella murió, y recuerdo perfectamente su leve, débil suspiro. La enfermera dijo: "¡Ah!" ¡y yo comprendí!¡Y yo comprendí!

Me consultaron acerca del entierro pero no recuerdo nada de lo que dijeron, aunque sí recuerdo el ataúd y el sonido del martillo cuando clavaban la tapa, encerrándola a ella dentro. ¡Oh! ¡Dios mío!

¡Ella estaba enterrada! ¡Enterrada! ¡Ella! ¡En aquel agujero! Vinieron algunas personas... mujeres amigas. Me marché de allí corriendo. Corrí y luego anduve a través de las calles, regresé a casa y al día siguiente emprendí un viaje.

\*

Ayer regresé a París, y cuando vi de nuevo mi habitación -nuestra habitación, nuestra cama, nuestros muebles, todo lo que queda de la vida de un ser humano después de su muerte-, me invadió tal oleada de nostalgia y de pesar, que sentí deseos de abrir la ventana y de arrojarme a la calle. No podía permanecer ya entre aquellas cosas, entre aquellas paredes que la habían encerrado y la habían cobijado, que conservaban un millar de átomos de ella, de su piel y de su aliento, en sus imperceptibles grietas. Cogí mi sombrero para marcharme, y antes de llegar a la puerta pasé junto al gran espejo del vestíbulo, el espejo que ella había colocado allí para poder contemplarse todos los días de la cabeza a los pies, en el momento de salir, para ver si lo que llevaba le caía bien, y era lindo, desde sus pequeños zapatos hasta su sombrero.

Me detuve delante de aquel espejo en el cual se había contemplado ella tantas veces... tantas veces, tantas veces, que el espejo tendría que haber conservado su imagen. Estaba allí de pie, temblando, con los ojos clavados en el cristal -en aquel liso, enorme, vacío cristal- que la había contenido por entero y la había poseído tanto como yo, tanto como mis apasionadas miradas. Sentí como si amara a aquel cristal. Lo toqué; estaba frío. ¡Oh, el recuerdo! ¡Triste espejo, ardiente espejo, horrible espejo, que haces sufrir tales tormentos a los hombres! ¡Dichoso el hombre cuyo corazón olvida todo lo que ha contenido, todo lo que ha pasado delante de él, todo lo que se ha mirado a sí mismo en él o ha sido reflejado en su afecto, en su amor! ¡Cuánto sufro!

Me marché sin saberlo, sin desearlo, hacia el cementerio. Encontré su sencilla tumba, una cruz de mármol blanco, con esta breve inscripción:

«Amó, fue amada y murió.»

¡Ella está ahí debajo, descompuesta! ¡Qué horrible! Sollocé con la frente apoyada en el suelo, y permanecí allí mucho tiempo, mucho tiempo. Luego vi que estaba oscureciendo, y un extraño y loco deseo, el deseo de un amante desesperado, me invadió. Deseé pasar la noche, la última noche, llorando sobre su tumba. Pero podían verme y echarme del cementerio. ¿Qué hacer? Buscando una solución, me puse en pie y empecé a vagabundear por aquella ciudad de la muerte. Anduve y anduve. Qué pequeña es esta ciudad comparada con la otra, la ciudad en la cual vivimos. Y, sin embargo, no son muchos más numerosos los muertos que los vivos. Nosotros necesitamos grandes casas, anchas calles y mucho espacio para las cuatro generaciones que ven la luz del día al mismo tiempo, beber agua del manantial y vino de las vides, y comer pan de las llanuras.

¡Y para todas estas generaciones de los muertos, para todos los muertos que nos han precedido, aquí no hay apenas nada, apenas nada! La tierra se los lleva, y el olvido los borra. ¡Adiós!

Al final del cementerio, me di cuenta repentinamente de que estaba en la parte más antigua, donde los que murieron hace tiempo están mezclados con la tierra, donde las propias cruces están podridas, donde posiblemente enterrarán a los que lleguen mañana. Está llena de rosales que nadie cuida, de altos y oscuros cipreses; un triste y hermoso jardín alimentado con carne humana.

Yo estaba solo, completamente solo. De modo que me acurruqué debajo de un árbol y me escondí entre las frondosas y sombrías ramas. Esperé, agarrándome al tronco como un náufrago se agarra a una tabla.

Cuando la luz diurna desapareció del todo, abandoné el refugio y eché a andar suavemente, lentamente, silenciosamente, hacia aquel terreno lleno de muertos. Anduve de un lado para otro, pero no conseguí encontrar de nuevo la tumba de mi amada. Avancé con los brazos extendidos, chocando contra las tumbas con mis manos, mis pies, mis rodillas, mi pecho, incluso con mi cabeza, sin conseguir encontrarla. Anduve a tientas como un ciego buscando su camino. Toqué las lápidas, las cruces, las verjas de hierro, las coronas de metal y las coronas de flores marchitas. Leí los nombres con mis dedos pasándolos por encima de las letras. ¡Qué noche! ¡Qué noche! ¡Y no pude encontrarla!

No había luna. ¡Qué noche! Estaba asustado, terriblemente asustado, en aquellos angostos senderos entre dos hileras de tumbas. ¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡Sólo tumbas! A mi derecha, a la izquierda, delante de mí, a mi alrededor, en todas partes había tumbas. Me senté en una de ellas, ya que no podía seguir andando. Mis rodillas empezaron a doblarse. ¡Pude oír los latidos de mi corazón! Y oí algo más. ¿Qué? Un ruido confuso, indefinible. ¿Estaba el ruido en mi cabeza, en la impenetrable noche, o debajo de la misteriosa tierra, la tierra sembrada de cadáveres humanos? Miré a mi alrededor, pero no puedo decir cuánto tiempo permanecí allí. Estaba paralizado de terror, helado de espanto, dispuesto a morir.

Súbitamente, tuve la impresión de que la losa de mármol sobre la cual estaba sentado se estaba moviendo. Se estaba moviendo, desde luego, como si alguien tratara de levantarla. Di un salto que me llevó hasta una tumba vecina, y vi, sí, vi claramente cómo se levantaba la losa sobre la cual estaba sentado. Luego apareció el muerto, un esqueleto desnudo, empujando la losa desde abajo con su encorvada espalda. Lo vi claramente, a pesar de que la noche estaba oscura. En la cruz pude leer:

«Aquí yace Jacques Olivant, que murió a la edad de cincuenta y un años. Amó a su familia, fue bueno y honrado y murió en la gracia de Dios.»

El muerto leyó también lo que había escrito en la lápida. Luego cogió una piedra del sendero, una piedra pequeña y puntiaguda, y empezó a rascar las letras con sumo cuidado. Las borró lentamente, y con las cuencas de sus ojos contempló el lugar donde habían estado grabadas. A continuación, con la punta del hueso de lo que había sido su dedo índice, escribió en letras luminosas, como las líneas que los chiquillos trazan en las paredes con una piedra de fósforo:

«Aquí yace Jacques Olivant, que murió a la edad de cincuenta y un años. Mató a su padre a disgustos, porque deseaba heredar su fortuna; torturó a su esposa, atormentó a sus hijos, engañó a sus vecinos, robó todo lo que pudo y murió en pecado mortal.»

Cuando hubo terminado de escribir, el muerto se quedó inmóvil, contemplando su obra. Al mirar a mi alrededor vi que todas las tumbas estaban abiertas, que todos los muertos habían salido de ellas y que todos habían borrado las líneas que sus parientes habían grabado en las lápidas, sustituyéndolas por la verdad. Y vi que todos habían sido atormentadores de sus vecinos, maliciosos, deshonestos, hipócritas, embusteros, ruines, calumniadores, envidiosos; que habían robado, engañado, y habían cometido los peores delitos; aquellos buenos padres, aquellas fieles esposas, aquellos hijos devotos, aquellas hijas castas, aquellos honrados comerciantes, aquellos hombres y mujeres que fueron llamados irreprochables. Todos ellos estaban escribiendo al mismo tiempo la verdad, la terrible y sagrada verdad, la cual todo el mundo ignoraba, o fingía ignorar, mientras estaban vivos.

Pensé que también ella había escrito algo en su tumba. Y ahora, corriendo sin miedo entre los ataúdes medio abiertos, entre los cadáveres y esqueletos, fui hacia ella, convencido de que la encontraría inmediatamente. La reconocí al instante sin ver su rostro, el cual estaba cubierto por un velo negro; y en la cruz de mármol donde poco antes había leído:

«Amó, fue amada y murió.»

Ahora leí:

«Habiendo salido un día de lluvia para engañar a su amante, pilló una pulmonía y murió.»

Parece que me encontraron al romper el día, tendido sobre la tumba, sin conocimiento.

#### La noche

Amo la noche con pasión. La amo, como uno ama a su país o a su amante, con un amor instintivo, profundo, invencible. La amo con todos mis sentidos, con mis ojos que la ven, con mi olfato que la respira, con mis oídos, que escuchan su silencio, con toda mi carne que las tinieblas acarician. Las alondras cantan al sol, en el aire azul, en el aire caliente, en el aire ligero de la mañana clara. El búho huye en la noche, sombra negra que atraviesa el espacio negro, y alegre, embriagado por la negra inmensidad, lanza su grito vibrante y siniestro.

El día me cansa y me aburre. Es brutal y ruidoso. Me levanto con esfuerzo, me visto con desidia y salgo con pesar, y cada paso, cada movimiento, cada gesto, cada palabra, cada pensamiento me fatiga como si levantara una enorme carga.

Pero cuando el sol desciende, una confusa alegría invade todo mi cuerpo. Me despierto, me animo. A medida que crece la sombra me siento distinto, más joven, más fuerte, más activo, más feliz. La veo espesarse, dulce sombra caída del cielo: ahoga la ciudad como una ola inaprensible e impenetrable, oculta, borra, destruye los colores, las formas; oprime las casas, los seres, los monumentos, con su tacto imperceptible.

Entonces tengo ganas de gritar de placer como las lechuzas, de correr por los tejados como los gatos, y un impetuoso deseo de amar se enciende en mis venas.

Salgo, unas veces camino por los barrios ensombrecidos, y otras por los bosques cercanos a París donde oigo rondar a mis hermanas las fieras y a mis hermanos, los cazadores furtivos. Aquello que se ama con violencia acaba siempre por matarlo a uno.

Pero ¿cómo explicar lo que me ocurre? ¿Cómo hacer comprender el hecho de que pueda contarlo? No sé, ya no lo sé. Sólo sé que es. Helo aquí.

El caso es que ayer -¿fue ayer?- Sí, sin duda, a no ser que haya sido antes, otro día, otro mes, otro año -no lo sé-. Debió ser ayer, pues el día no ha vuelto a amanecer, pues el sol no ha vuelto a salir. Pero, ¿desde cuándo dura la noche? ¿desde cuándo...? ¿Quién lo dirá? ¿Quién lo sabrá nunca? El caso es que ayer salí como todas las noches después de la cena. Hacía, bueno, una temperatura agradable, hacía calor. Mientras bajaba hacia los bulevares, miraba sobre mi cabeza el río negro y lleno de estrellas recortado en el cielo por los tejados de la calle, que se curvaba y ondeaba como un auténtico torrente, un caudal rodante de astros. Todo se veía claro en el aire ligero, desde los planetas hasta las farolas de gas. Brillaban tantas luces allá arriba y en la ciudad que las tinieblas parecían iluminarse. Las noches claras son más alegres que los días de sol espléndido.

En el bulevar resplandecían los cafés; la gente reía, pasaba o bebía. Entré un momento al teatro; ¿a qué teatro? ya no lo sé. Había tanta claridad que me entristecí y salí con el corazón algo ensombrecido por aquel choque brutal de luz en el oro de los balcones, por el destello ficticio de la enorme araña de cristal, por la barrera de fuego de las candilejas, por la melancolía de esta claridad falsa y cruda.

Me dirigí hacia los Campos Elíseos, donde los cafés concierto parecían hogueras entre el follaje. Los castaños radiantes de luz amarilla parecían pintados, parecían árboles fosforescentes. Y las bombillas eléctricas, semejantes a lunas destellantes y pálidas, a huevos de luna caídos del cielo, a perlas monstruosas, vivas, hacían palidecer bajo su claridad nacarada, misteriosa y real, los hilos del gas, del feo y sucio gas, y las guirnaldas de cristales coloreados.

Me detuve bajo el Arco del Triunfo para mirar la avenida, la larga y admirable avenida estrellada, que iba hacia París entre dos líneas de fuego, y los astros, los astros allá arriba, los astros desconocidos, arrojados al azar en la inmensidad donde dibujan esas extrañas figuras que tanto hacen soñar e imaginar.

Entré en el Bois de Boulogne y permanecí largo tiempo. Un extraño escalofrío se había apoderado de mí, una emoción imprevista y poderosa, un pensamiento exaltado que rozaba la locura.

Anduve durante mucho, mucho tiempo. Luego volví.

¿Qué hora sería cuando volví a pasar bajo el Arco del Triunfo? No lo sé. La ciudad dormía y nubes, grandes nubes negras, se esparcían lentamente en el cielo.

Por primera vez sentí que iba a suceder algo extraordinario, algo nuevo. Me pareció que hacía frío, que el aire se espesaba, que la noche, que mi amada noche, se volvía pesada en mi corazón. Ahora la avenida estaba desierta. Solos, dos agentes de policía paseaban cerca de la parada de coches de caballos y, por la calzada iluminada apenas por las farolas de gas que parecían moribundas, una hilera de vehículos cargados con legumbres se dirigía hacia el mercado de Les Halles. Iban lentamente, llenos de zanahorias, nabos y coles. Los conductores dormían, invisibles, y los caballos mantenían un paso uniforme, siguiendo al vehículo que los precedía, sin ruido sobre el pavimento de madera. Frente a

cada una de las luces de la acera, las zanahorias se iluminaban de rojo, los nabos se iluminaban de blanco, las coles se iluminaban de verde, y pasaban, uno tras otro, estos coches rojos; de un rojo de fuego, blancos, de un blanco de plata, verdes, de un verde esmeralda.

Los seguí, y luego volví por la calle Royale y aparecí de nuevo en los bulevares. Ya no había nadie, ya no había cafés luminosos, sólo algunos rezagados que se apresuraban. Jamás había visto un París tan muerto, tan desierto. Saqué mi reloj. Eran las dos.

Una fuerza me empujaba, una necesidad de caminar. Me dirigí, pues, hacia la Bastilla. Allí me di cuenta de que nunca había visto una noche tan sombría, porque ni siquiera distinguía la columna de Julio, cuyo genio de oro se había perdido en la impenetrable oscuridad. Una bóveda de nubes, densa como la inmensidad, había ahogado las estrellas y parecía descender sobre la tierra para aniquilarla.

Volví sobre mis pasos. No había nadie a mi alrededor. En la Place du Château-d'Eau, sin embargo, un borracho estuvo a punto de tropezar conmigo, y luego desapareció. Durante algún tiempo seguí oyendo su paso desigual y sonoro. Seguí caminando. A la altura del barrio de Montmartre pasó un coche de caballos que descendía hacia el Sena. Lo llamé. El cochero no respondió. Una mujer rondaba cerca de la calle Drouot: «Escúcheme, señor.» Aceleré el paso para evitar su mano tendida hacia mí. Luego nada. Ante el Vaudeville, un trapero rebuscaba en la cuneta. Su farolillo vacilaba a ras del suelo. Le pregunté:

-¿Amigo, qué hora es?

-¡Y yo que sé! -gruñó-. No tengo reloj.

Entonces me di cuenta de repente de que las farolas de gas estaban apagadas. Sabía que en esta época del año las apagaban pronto, antes del amanecer, por economía; pero aún tardaría tanto en amanecer...

«Iré al mercado de Les Halles», pensé, «allí al menos encontré vida».

Me puse en marcha, pero ni siquiera sabía ir. Caminaba lentamente, como se hace en un bosque, reconociendo las calles, contándolas.

Ante el Crédit Lyonnais ladró un perro. Volví por la calle Grammont, perdido; anduve a la deriva, luego reconocí la Bolsa, por la verja que la rodea. Todo París dormía un sueño profundo, espantoso. Sin embargo, a lo lejos rodaba un coche de caballos, uno solo, quizá el mismo que había pasado junto a mí hacía un instante. Intenté alcanzarlo, siguiendo el ruido de sus ruedas a través de las calles solitarias y negras, negras como la muerte.

Una vez más me perdí. ¿Dónde estaba? ¡Qué locura apagar tan pronto el gas! Ningún transeúnte, ningún rezagado, ningún vagabundo, ni siquiera el maullido de un gato en celo. Nada.

«¿Dónde estaban los agentes de policía?", me dije. «Voy a gritar, y vendrán.» Grité, no respondió nadie.

Llamé más fuerte. Mi voz voló, sin eco, débil, ahogada, aplastada por la noche, por esta noche impenetrable.

Grité más fuerte: «¡Socorro! ¡Socorro!»

Mi desesperada llamada quedó sin respuesta. ¿Qué hora era? Saqué mi reloj, pero no tenía cerillas. Oí el leve tic-tac de la pequeña pieza mecánica con una desconocida y extraña alegría. Parecía estar viva. Me encontraba menos solo. ¡Qué misterio! Caminé de nuevo como un ciego, tocando las paredes con mi bastón, levantando los ojos al cielo, esperando que por fin llegara el día; pero el espacio estaba negro, completamente negro, más profundamente negro que la ciudad.

¿Qué hora podía ser? Me parecía caminar desde hacía un tiempo infinito pues mis piernas desfallecían, mi pecho jadeaba y sentía un hambre horrible.

Me decidí a llamar a la primera cochera. Toqué el timbre de cobre, que sonó en toda la casa; sonó de una forma extraña, como si este ruido vibrante fuera el único del edificio. Esperé. No contestó nadie. No abrieron la puerta. Llamé de nuevo; esperé... Nada.

Tuve miedo. Corrí a la casa siguiente, e hice sonar veinte veces el timbre en el oscuro pasillo donde debía dormir el portero. Pero no se despertó, y fui más lejos, tirando con todas mis fuerzas de las anillas o apretando los timbres, golpeando con mis pies, con mi bastón o mis manos todas las puertas obstinadamente cerradas.

Y de pronto, vi que había llegado al mercado de Les Halles. Estaba desierto, no se oía un ruido, ni un movimiento, ni un vehículo, ni un hombre, ni un manojo de verduras o flores. Estaba vacío, inmóvil, abandonado, muerto.

Un espantoso terror se apoderó de mí. ¿Qué sucedía? ¡Oh Dios mío! ¿qué sucedía?

Me marché. Pero, ¿y la hora? ¿y la hora? ¿quién me diría la hora?

Ningún reloj sonaba en los campanarios o en los monumentos. Pensé: «Voy a abrir el cristal de mi reloj y tocaré la aguja con mis dedos.» Saqué el reloj... ya no sonaba... se había parado. Ya no quedaba nada, nada, ni siquiera un estremecimiento en la ciudad, ni un resplandor, ni la vibración de un sonido en el aire. Nada. Nada más. Ni tan siquiera el rodar lejano de un coche, nada.

Me encontraba en los muelles, y un frío glacial subía del río.

¿Corría aún el Sena?

Quise saberlo, encontré la escalera, bajé... No oía la corriente bajo los arcos del puente... Unos escalones más... luego la arena... el fango... y el agua... hundí mi brazo, el agua corría, corría, fría, fría, fría... casi helada... casi detenida... casi muerta.

Y sentí que ya nunca tendría fuerzas para volver a subir... y que iba a morir allí abajo... yo también, de hambre, de cansancio, y de frío.

FIN

# La pequeña Roque

Ι

El cartero Mederic Rompel, al que todo el mundo en el pueblo llamaba familiarmente Mederi, salió a la hora de siempre de la casa de Correos de Rouy-le-Tors. Después de cruzar la pequeña población al paso largo de soldado veterano, tiró a campo traviesa por las praderas de Villaumes para alcanzar la orilla del río Brindille y llegar, siguiendo el curso de sus aguas, a la aldea de Corvelin, en la que daba comienzo su reparto de correspondencia.

Caminaba de prisa a lo largo del cauce angosto del río que, entre espumas, hervores y rezongos, corría por su lecho tapizado de hierbas, bajo una bóveda de sauces. Las peñas que entorpecían su carrera quedaban circundadas como de una collera de agua, de una especie de corbata rematada por un nudo de espuma. En algunos sitios se formaban cascadas de un pie de altura, invisibles a veces, que levantaban un ruido sordo y suave por debajo del follaje, de las plantas trepadoras, del techo de verdura; conforme avanzaba el río, se ensanchaban sus orillas, formándose un pequeño lago apacible en el que nadaban las truchas por entre la verde cabellera que ondula en el fondo de los arroyos de corriente sosegada.

Mederic seguía su camino sin ojos para nada, sin otro pensamiento que éste: "Mi primera carta es para la casa Poivrón, y ya que llevo otra para el señor Renardet, tengo, pues, que atravesar el oquedal!"

Su blusa azul, ceñida a la cintura con una correa, cruzaba con marcha regular y rápida sobre el fondo de la verde hilera de sauces, y la gruesa vara de acebo que le servía de bastón avanzaba a su lado al mismo ritmo que sus piernas.

Pasó el Brindille por un puente, que consistía en un único tronco de árbol que llegaba de una orilla a otra sin más barandilla que una cuerda amarrada a dos pilotes clavados en ambas márgenes.

El oquedal, que pertenecía al señor Renardet, alcalde de Corvelin y uno de los más fuertes propietarios del lugar, era un bosque de árboles de mucha edad, corpulentos, rectos como columnas, y cubría, en una longitud de media legua, la orilla izquierda del riachuelo que servía de límite a aquella bóveda inmensa de follaje. Grandes arbustos que recibían el calor del sol habían crecido al borde mismo de las aguas; pero en el interior del bosque centenario sólo crecía el musgo, un musgo espeso, suave y acolchado, que llenaba la atmósfera estancada con un ligero olor a moho y a ramas muertas.

Mederic acortó el paso, se quitó el quepis negro, adornado con un galón rojo, y se enjugó la frente; no eran todavía las ocho de la mañana, pero ya hacía calor en las praderas.

Acababa de ponérselo otra vez, y ya reanudaba su rápida marcha, cuando distinguió, al pie de un árbol, un cortaplumas, un cuchillito de niño. Al cogerlo del suelo descubrió también un dedal, y en seguida un estuche de agujas, que estaba a dos pasos de aquél.

"Se los entregaré al señor alcalde", pensó, después de recogidos aquellos objetos, y reanudó su camino; pero ahora se fijaba en todo, como si esperase encontrar algo más.

De pronto se detuvo en seco, como si hubiera tropezado con una barra de madera: delante de él, a diez pasos de distancia, tendido de espaldas, yacía sobre la capa de musgo un cuerpo infantil, completamente desnudo. Era una niña de unos doce años. Tenía los brazos en cruz, las piernas abiertas y la cara tapada con un pañuelo. Un ligero rastro de sangre manchaba sus muslos.

Mederic avanzó de puntillas, como temeroso de un peligro, y al mismo tiempo con los ojos desorbitados.

¿Qué podía ser aquello? Estaría dormida seguramente. Pero reflexionó que a nadie se le ocurriría dormir así desnudo, a las siete y media de la mañana, y en la fresca temperatura de un bosque. Eso quería decir que estaba muerta, y que se hallaba en presencia de un crimen. Aunque había sido un soldado veterano, le corrió, con sólo pensarlo, un escalofrío por la espalda. Pero, además, era cosa tan rara en la región un asesinato, y más aún el asesinato de un niño, que no daba fe a lo que sus ojos veían. Y no parecía tener ninguna herida, fuera de aquella sangre coagulada en la pierna. ¿Cómo, pues, había sido muerta?

Se paró muy cerca de ella y la contemplaba apoyado en su bastón. Tenía que conocerla él, porque conocía a todos los habitantes de la comarca, pero como no podía verle la cara, no le era posible adivinar su nombre. Se inclinó para quitar el pañuelo que le tapaba el rostro; de pronto se detuvo, con la mano extendida, asaltado por un pensamiento: ¿Le estaba permitido cambiar nada en el estado del cadáver antes de que la Justicia tomase cartas en el asunto? Mederic se representaba a la Justicia como a una especie de general a quien nada se le pasa por alto, y para el que tanta importancia tiene un botón como una cuchillada en el vientre. Podría ser que debajo de aquel pañuelo descubriesen la prueba

decisiva; se trataba, en resumidas cuentas, de una pieza de convicción que perdería su fuerza al ser tocada por una mano torpe.

Se enderezó entonces, dispuesto a salir corriendo a dar aviso al señor alcalde, pero lo detuvo un nuevo pensamiento. Si, por casualidad, la niña estaba viva aún, haría mal en abandonarla de aquel modo. Se puso con mucho tiento de rodillas, bastante apartado de la niña, como medida de prudencia, y alargó la mano hacia uno de sus pies. Estaba frío, helado, con el frío terrible que hace tan pavorosa la carne muerta, y que no deja ningún lugar a dudas. Según dijo después el cartero, le dio, al tocar aquello, un vuelco el corazón y se le secó la saliva en la boca. Se puso bruscamente en pie y echó a correr por el oquedal en dirección a la casa del señor Renardet.

Caminaba a paso gimnástico, con el bastón debajo del sobaco, los puños cerrados y la cabeza echada hacia adelante. La valija de cuero, llena de cartas y de periódicos, saltaba rítmicamente sobre sus hombros.

La residencia del alcalde se hallaba situada al extremo del bosque y hundía un ángulo de sus muros en las aguas de un pequeño estanque que formaba en aquel lugar el Brindille.

Era un caserón cuadrado, muy antiguo, construido de piedra gris, y que en otros tiempos había sufrido repetidos asedios, estando coronado por una torre de veinte metros de altura, que surgía de entre las aguas.

Aquella ciudadela sirvió en tiempos pretéritos para atalayar desde su altura toda la región. Se le conocía con el nombre de la torre del Zorro (Renart) y de ahí sin duda se derivó el nombre de Renardet que llevaban los propietarios de aquel feudo, que, según decían, por más de doscientos años estaba en manos de la misma familia. Los Renardet pertenecían a cierta burguesía, con ribetes de aristocracia, que abundaba en los campos antes de la Revolución.

El cartero entró como una tromba en la cocina donde se estaban desayunando los criados, y gritó:

-¿Se ha levantado ya el señor alcalde? Necesito hablar con él ahora mismo.

Todos tenían a Mederic por hombre serio y formal, y comprendieron en seguida que ocurría alguna cosa grave.

Cuando se lo dijeron, el señor Renardet mandó que pasase en el acto. Entró el cartero, pálido y jadeante, con el quepis en la mano, y se encontró al señor alcalde sentado a una mesa muy ancha, llena toda de papeles esparcidos en desorden.

Era hombre alto y corpulento, macizo y coloradote, con la fuerza de un buey y muy querido en la comarca, a pesar de su genio violento en exceso. Tendría alrededor de los cuarenta años, había enviudado seis meses atrás y vivía de sus tierras como un hidalgo campesino. La fogosidad de su temperamento le había acarreado situaciones dificiles, pero las autoridades superiores de Rouy-le-Tors lo sacaban de ellas, como amigos indulgentes y discretos. ¿No llegó en cierta ocasión hasta a tirar desde lo alto del pescante al conductor de la diligencia porque había estado a punto de aplastar a Micmac, su perro de parada? ¿No le hundió las costillas a un guarda jurado que pretendió denunciarlo porque cruzaba con la escopeta al hombro por unas tierras de otro vecino? Y, con ocasión de haberse detenido en el pueblo el subprefecto, ¿no lo cogió por el cuello de la levita, diciéndole que aquello no era una gira de inspección, sino una gira electoral? El señor Renardet, por tradición familiar, era siempre contrario al Gobierno.

Preguntó el alcalde:

- -¿Qué ocurre, Mederic?
- -He encontrado en su oquedal una niña muerta.

Renardet se levantó con la cara como un ladrillo rojo.

- -¿Qué dice usted?... ¿Una niña?
- -¡Sí, señor; una niña, completamente desnuda, de espaldas en el suelo, con sangre, muerta, muerta sin duda alguna!

El alcalde dejó escapar un juramento.

-¡Dios de Dios! ¡Apostaría a que es la pequeña Roque! Acaban de avisarme que falta desde anoche de su casa. ¿En qué sitio la encontró?

El cartero detalló el lugar y se ofreció a acompañar hasta allí al alcalde.

Pero Renardet le ordenó con brusquedad:

-No. No lo necesito. Vaya a buscar al guarda rural, al secretario de la Alcaldía y al médico. Dígales que vengan en seguida, y prosiga su reparto. Vivo, vivo, márchese, y que vengan a reunirse conmigo en el bosque.

El cartero, hombre disciplinado, obedeció y se retiró, furioso y desconsolado por no poder asistir al levantamiento del cadáver.

El alcalde salió a su vez, cogió el sombrero, un sombrero grande y flexible, de fieltro gris y alas muy anchas, y se detuvo unos momentos en el umbral de su casa. Se extendía delante de él un amplio espacio cubierto de césped, sobre el que resaltaban los tres manchones de color rojo, azul y blanco, de otros tantos encañonados de flores que estaban en todo su esplendor, uno frente a la fachada de la casa y los otros dos a sus lados. Más allá se elevaban al cielo los primeros grandes árboles del oquedal; a la izquierda, por encima del río Brindille, que formaba allí un ancho remanso, se distinguían largas praderas, toda una zona de verdes llanuras, cortadas por regueras y filas de sauces que parecían monstruos, enanos achaparrados, mondados constantemente, luciendo sobre su tronco, muy grueso y corto, un plumero de ramas delgadas.

A mano derecha, detrás de los establos, de las cuadras de caballos y demás edificios anejos a la finca, empezaban las casas del pueblo, que era rico y cuyos habitantes se dedicaban a la cría del ganado vacuno.

Renardet bajó muy despacio la escalinata de entrada, torció a la izquierda, llegó a la margen del río y caminó por ella lentamente, con las manos a la espalda. Llevaba la cabeza inclinada y, de cuando en cuando, miraba alrededor por si veía llegar a las personas a quienes había mandado buscar.

Cuando entró en la arboleda se detuvo, se quitó el sombrero y se enjugó la frente, lo mismo que había hecho Mederic, porque el sol abrasador de julio caía como lluvia de fuego sobre la tierra. Nuevamente echó a andar el alcalde, y de nuevo se detuvo y volvió a sus pasos. De pronto se inclinó, mojó su pañuelo en las aguas del arroyo que corría a sus pies y se lo colocó en la cabeza, dentro del sombrero. Le corrían las gotas de agua por las sienes, por las orejas violáceas, por el cogote colorado y ancho, y penetraban, una tras otra, por debajo del cuello blanco de su camisa.

Viendo que tardaban en llegar, se puso a golpear el suelo con el pie, y al cabo de un rato gritó:

-¡Ohé! ¡Ohé!

Una voz le contestó hacia la derecha:

-¡Ohé! ¡Ohé!

Y apareció el médico por debajo de los árboles. Era un hombrecillo delgado, había sido cirujano en el ejército y era tenido en la comarca por hombre muy capacitado. Para andar se apoyaba en un bastón, porque había quedado cojo de resultas de una herida que recibió en el servicio.

Aparecieron luego el guarda rural y el secretario de la Alcaldía; los habían llamado al mismo tiempo y venían juntos. Acudían jadeantes, con caras de espanto, al paso unas veces, corriendo otras con la prisa de llegar, moviendo con tal violencia los brazos, que se hubiera dicho que caminaban con ellos tanto como con los pies.

Renardet dijo al médico:

- -¿Sabe ya usted de qué se trata?
- -Sí, del cadáver de una niña que ha encontrado Mederic en el bosque.
- -Exacto. Andando, pues.

Echaron a andar a la par, seguidos por los otros dos hombres. El musgo amortiguaba por completo el ruido de sus pisadas; sus ojos buscaban algo delante de ellos, a lo lejos.

El doctor Labarbe extendió de pronto la mano:

-¡Allí está!

A lo lejos, bajo los árboles, se distinguía una cosa de color claro. De no saber ya de qué se trataba, no lo hubieran adivinado. Era tan blanco y brillante que lo hubieran tomado por alguna ropa blanca caída al suelo; un rayo de sol que se filtraba por entre las ramas iluminaba la pálida carne con una raya oblicua que le cruzaba el vientre. Conforme se fueron acercando, distinguieron paulatinamente las formas, la cabeza tapada, vuelta de cara al río, y los dos brazos, extendidos como una crucifixión.

-Siento un calor horrible -dijo el alcalde.

Se agachó otra vez, y volvió a empapar el pañuelo en las aguas del Brindille, poniéndoselo de nuevo en la cabeza.

El médico, aguijoneado por el hallazgo, aceleró el paso. Cuando estuvo junto al cadáver, se inclinó para examinarlo,

pero no lo tocó. Arrugaba las narices, como cuando se mira un objeto extraño, y daba vuelta lentamente alrededor del cadáver.

Sin incorporarse aún, sentenció:

-Violación y asesinato, que luego comprobaremos. Por lo demás, esta niña era ya casi mujer. Fíjense en los pechos.

Los dos senos, bastante desarrollados ya, caían sobre el busto, fláccidos por el efecto de la muerte.

El médico levantó con cuidado el pañuelo que tapaba la cara, y ésta apareció negra, horrible, con la lengua fuera y los ojos desorbitados. Siguió diciendo:

-¡Vaya! Después de abusar de ella, la estrangularon.

Palpó el cuello:

- -Estrangulada con las manos, pero sin que hayan dejado ninguna marca particular, ni señal de las uñas, ni impresión de los dedos. En efecto, se trata de la pequeña Roque. Volvió a colocar con mucha delicadeza el pañuelo en su sitio:
- -Yo nada tengo que hacer, lleva por lo menos doce horas muerta. Hay que dar cuenta de ello al Juzgado.

En pie, con las manos a la espalda, Renardet miraba fijamente el cuerpecito tendido sobre la hierba. Dijo muy quedo:

-¡Qué miserable! Habría que encontrar las ropas.

El médico palpaba las manos, los brazos, las piernas.

-Sin duda salía de bañarse -dijo-. Estarán a orillas del agua.

El alcalde dio órdenes:

-Tú, Principio -le hablaba al secretario de la Alcaldía-, búscame esas prendas por la orilla del río. Tú, Máximo -se dirigía al guarda rural-, corre a Rouy-le-Tors y que venga el juez de instrucción con los gendarmes. ¡Que estén aquí dentro de una hora! ¿Me comprendes?

Los dos hombres se alejaron a paso ligero, y Renardet dijo al médico:

- -¿Quién ha podido ser el canalla capaz de un acto así en esta comarca?
- -¡Vaya usted a saber! -dijo el médico-. Cualquiera ha podido hacerlo. Individualmente, todos son capaces, y, en términos generales, ninguno. De todos modos, esto es obra de algún vagabundo, de algún obrero sin trabajo. Desde que tenemos la República, no se ven por los caminos más que gente de esa ralea.

Los dos eran bonapartistas.

El alcalde manifestó a su vez:

-Sí, no puede ser sino uno de fuera, un transeúnte, un vagabundo sin hogar ni tierra...

El médico completó la frase con un esbozo de sonrisa:

-Y sin mujer. Como no disponía de buena cena, ni de buen alojamiento, se ha procurado lo demás. Nadie se imagina la cantidad de hombres que andan por el mundo capaces de cometer, en un momento dado, un crimen. ¿Tenía usted ya conocimiento de que hubiese desaparecido esta niña?

Mientras hablaba, iba tocando con la punta de su bastón, uno tras otro, los dedos rígidos de la muerta, como si tocase las teclas de un piano.

- -Sí. La madre vino ayer a buscarme, a eso de las nueve de la noche, porque la niña no había vuelto a casa para cenar, como de costumbre, a las siete. Hasta medianoche la anduvimos buscando a gritos por los caminos; pero no se nos ocurrió entrar en el oquedal. Claro está que para hacer una búsqueda eficaz había que esperar a que fuese de día.
- -¿Quiere usted un cigarrillo? -dijo el médico.
- -Gracias, pero no tengo ganas de fumar. Este espectáculo me ha revuelto un poco. Seguían en pie los dos, contemplando aquel cuerpo de adolescente, tan frágil y pálido sobre el oscuro musgo. Un moscón de vientre azul que se paseaba por un muslo se detuvo en las manchas de sangre, echó otra vez a andar, cuerpo arriba, recorrió el costado con su caminar ligero y entrecortado, se subió a uno de los senos, bajó de él para explorar el otro, buscando algo que succionar en

aquella muerta. Los dos hombres seguían con la vista las evoluciones del punto negro.

El médico exclamó:

-¡Qué bonito efecto hace una mosca encima de la piel! Las señoras del siglo pasado sabían lo que hacían cuando se ponían moscas en la cara. ¿Por qué se habría perdido esa costumbre?

El alcalde, sumido en sus pensamientos, parecía no oírlo.

Súbitamente se volvió a mirar, porque le sorprendió un ruido, el de una mujer de delantal azul y gorro que corría bajo los árboles. Era la madre, la Roque. Así que descubrió a Renardet se puso a gritar:

-¡Mi niña! ¿En dónde está mi niña?

Estaba tan enloquecida que ni siquiera se le ocurría mirar al suelo. Pero, de pronto, la vio, se paró en seco, juntó las manos y alzó los dos brazos al cielo, lanzando un alarido agudo y desgarrador, un alarido de animal mutilado.

Se arrojó luego sobre el cuerpo, se arrodilló y arrancó de un tirón el pañuelo que tapaba la cara. Al ver aquel rostro horrible, negro y convulsivo, volvió a levantarse de golpe, para caer en seguida boca abajo, vomitando en el espeso musgo sus gritos pavorosos y no interrumpidos.

Su alargado y seco cuerpo, al que se pegaban las ropas, se estremecía, sacudido por las convulsiones. Se advertía el horrible temblor de sus huesudos tobillos y de sus magras pantorrillas cubiertas por burdas medias azules; sus dedos, agarrotados, arañaban el suelo, como queriendo abrir en él un hoyo donde esconderse.

El médico murmuró conmovido:

-¡Pobre vieja!

Renardet sintió que se le revolvían ruidosamente las tripas, y dejó escapar una especie de estornudo estrepitoso que le salió al mismo tiempo de la nariz y de la boca; sacó el pañuelo del bolsillo y lo humedeció con sus lágrimas, tosiendo, sollozando y sonándose con fuerza las narices. Y, al mismo tiempo, balbuceaba:

-¡Dios... Dios... Dios... de Dios! ¿Quién habrá sido el cerdo que ha hecho esto? Qui..., quisiera verlo en la guillotina.

Se presentó otra vez Principio, con el semblante desconsolado y sin nada en las manos, y dijo muy quedo:

-No encuentro nada, señor alcalde, nada, absolutamente nada por ningún sitio.

Se asustó el alcalde, y contestó con voz pegajosa y llorona:

- -¿Qué es lo que no encuentras?
- -Los vestidos de la pequeña.
- -¿Que no, que no los encuentras? Pues bien: sigue buscando... y da con ellos... o..., o me las entenderé contigo.

Bien sabía aquel hombre que no se le podía llevar la contraria al alcalde, y se alejó otra vez con desgana, lanzando hacia el cadáver una asustadiza mirada de reojo.

Debajo de los árboles resonaban voces lejanas; era el rumor confuso de una muchedumbre que se acercaba; porque Mederic, durante su reparto, había ido llevando la noticia de puerta en puerta. Los habitantes del lugar, estupefactos en los primeros instantes, hablaron del caso en la calle, de puerta a puerta; pero luego se reunieron, y hablaron, discutieron, comentaron el suceso durante algunos minutos; finalmente, acudían para ver por sus propios ojos.

Llegaban en grupos, un poco vacilantes e inquietos por miedo a la primera emoción. Al ver el cuerpo se detuvieron, no atreviéndose a avanzar más y cuchicheando entre ellos. Luego se animaron, anduvieron algunos pasos, volvieron a hacer alto, se adelantaron de nuevo y acabaron formando, alrededor de la muerta, de la madre, del médico y de Renardet, un círculo apretado, inquieto y ruidoso, que se iba estrechando cada vez más con los bruscos empujones de los que llegaban. Llegaron hasta el mismo cadáver, y hubo algunos que se agacharon para palparlo. El médico los apartó de allí y el alcalde, saliendo de su atontamiento, se enfureció, quitó el bastón al doctor Labarbe y se arrojó sobre sus administrados, balbuciendo:

-¡Largo de aquí..., largo de aquí..., hato de bestias..., largo de aquí!

No hizo falta más de un segundo para que el cordón de curiosos se ensanchase doscientos metros.

La Roque se incorporó, se dio media vuelta y, sentada en el suelo, lloraba, tapándose la cara con las manos juntas.

La muchedumbre discutía el caso y los muchachos registraban con ávidos ojos aquel cuerpo desnudo. Renardet se fijó en este detalle; se quitó bruscamente la chaqueta de hilo y la echó sobre la niña, que desapareció por completo bajo la amplia prenda.

Los curiosos iban acercándose poco a poco; el oquedal se llenaba de gente; un rumor ininterrumpido de voces subía hasta el tupido follaje de los árboles enormes.

El alcalde, en mangas de camisa, con el bastón en la mano, seguía erguido, en actitud de combate. Parecía irritado por aquella curiosidad de la gente y no hacía más que repetir:

-Al que se acerque, le abro la cabeza como si fuera un perro.

Los campesinos, que le temían mucho, se mantuvieron alejados. El doctor Labarbe, que estaba fumando, se sentó junto a la Roque e intentó distraerla, hablándole. La vieja se quitó en seguida las manos de la cara y dio rienda suelta a su dolor, en un torrente de frases lacrimosas y precipitadas. Le contó su vida toda, su matrimonio, la muerte de su hombre, que era domador de bueyes y que murió de una cornada; la infancia de la niña y su vivir miserable de viuda sin recursos y con una hija. No tenía en el mundo más que a la niña; y se la habían matado; y semejante desaparición sorprendía a todo el mundo, se la habían matado en aquel bosque. La acometió de súbito el impulso de volver a mirarla, se arrastró sobre las rodillas hasta el cadáver, levantó por uno de los bordes la prenda que la cubría, se dejó caer al suelo otra vez y rompió de nuevo en alaridos. La multitud permanecía callada, espiando con avidez todos los gestos de la madre. De pronto, se arremolinó la gente y se oyeron gritos de:

-¡Los gendarmes, los gendarmes!

Se veía a lo lejos a dos gendarmes que avanzaban al trote largo, dando escolta a su capitán y a un señor pequeñito, de patillas rojas, que bailaba como un mono, afirmado en los estribos de una gran yegua blanca.

El guarda jurado había llegado en el momento mismo en que el juez de instrucción, señor Putoin, montaba en su yegua para dar el paseo cotidiano, porque se tenía, con gran regocijo de sus subordinados, por un gallardo jinete. Echó pie a tierra, al mismo tiempo que el capitán. Dio un apretón de manos al alcalde y al médico, lanzando una mirada codiciosa a la chaqueta de hilo, en la que se marcaban las formas del cuerpo que yacía debajo.

Una vez que estuvo al corriente de los hechos, empezó por hacer que los gendarmes despejasen de gente el oquedal; el público, arrojado de allí, reapareció en seguida en la pradera, formando a lo largo de la otra orilla del río Brindille una apretada fila de cabezas inquietas y agitadas.

El médico dio a su vez explicaciones, que Renardet transcribía con lápiz a su cuaderno de notas. Se hicieron todas las comprobaciones del caso, tomando nota de ellas y discutiéndolas, pero no condujeron a ningún descubrimiento. También Máximo volvió sin rastro de las ropas.

Semejante desaparición sorprendía a todo el mundo, y nadie se la explicaba más que suponiendo que se tratase de un robo, pero como todas aquellas ropas no valían un franco, también el robo era inadmisible.

El juez de instrucción, el alcalde, el capitán y el médico se habían puesto también a buscar, de dos en dos, en la orilla del río, separando hasta las ramas más pequeñas.

Renardet se expresaba de este modo, dirigiéndose al juez:

-¿Cómo se explica que este miserable haya escondido o se haya llevado las ropas, abandonando el cuerpo de ese modo, al aire libre, a la vista de cualquiera?

El otro, que era astuto y perspicaz, le contestó:

-¡Sí, sí! Esa es tal vez una treta. El autor de este crimen es un bruto o un pillo redomado. Sea como sea, lo descubriremos.

El retumbo de un carruaje les hizo volver la cabeza. Era que llegaban también al lugar del suceso el fiscal y suplente, el médico forense y el escribano del tribunal.

Reanudaron la búsqueda, sin dejar de hablar con gran animación.

Renardet dijo de pronto:

-Ya lo saben ustedes; se quedarán a almorzar conmigo.

Todos aceptaron la invitación con una sonrisa, y el juez de instrucción, creyendo que ya habían dedicado bastante tiempo aquel día a la pequeña Roque, se dirigió al alcalde, preguntándole:

-No habría inconveniente en que haga llevar el cadáver a casa de usted, ¿verdad? Supongo que dispondrá de alguna habitación en la que quede a disposición mía hasta la noche.

El interpelado se turbó, balbuciendo:

-Sí, no... no. A decir verdad, preferiría que no lo llevasen a mi casa..., ¿sabe usted?..., por... por la servidumbre..., que habla ya de aparecidos... en la torre, en la torre del Zorro... Se me marcharían todos... No..., preferiría que no lo llevasen a mi casa.

El magistrado se sonrió:

-Bien... Mandaré que lo lleven directamente a Rouy, para la autopsia.

Y volviéndose al suplente, le preguntó:

- -Podré disponer de su coche, ¿verdad?
- -Sí, desde luego.

Volvieron todos al lado del cadáver. La Roque estaba ahora sentada al lado de su hija, con la mano de ésta entre las suyas, y la mirada, vaga y sin expresión, perdida en el vacío.

Los dos médicos intentaron alejarla de allí para que no viese llevar el cadáver; pero ella comprendió en el acto lo que iban a hacer y, arrojándose sobre el cuerpo, se abrazó a él estrechamente, y gritaba tirada encima de su hija:

-No se la llevarán, es mía, es mía ahora. Me la han matado, la quiero para mí. ¡No se la llevarán ustedes!

Todos los hombres, turbados e indecisos, permanecían en pie en torno a ella. Renardet se arrodilló para hablarle:

-Escuche usted, señora Roque; no hay más remedio que hacerlo si queremos descubrir al asesino; de otro modo, no lo sabríamos jamás; y es preciso dar con él, para castigarlo. Cuando lo hayamos encontrado le devolveremos su hija, se lo prometo.

Aquel razonamiento venció la resistencia de la mujer, y en sus ojos enloquecidos se encendió una llama de odio:

- -¿De modo, pues, que lo cogerán? -preguntó.
- -Sí, le doy mi palabra.

Entonces se levantó, resuelta a que hiciesen lo que quisiesen; pero oyó decir por lo bajo al capitán:

-Es una cosa extraordinaria el que no se hayan encontrado sus ropas.

Aquello despertó en su cerebro de campesina una idea nueva que no se le había ocurrido hasta entonces y preguntó:

-¿Dónde están sus ropas? Esas son mías, que me las den. ¿Dónde las han puesto?

Le explicaron que no habían podido encontrarlas, y entonces ella las exigió con desesperada obstinación, llorando y gimiendo:

-Son mías, las exijo. ¿Dónde están? ¡Que me las den!

Cuantos más esfuerzos hacían por calmarla, mayores eran los sollozos y su obstinación. Ya no reclamaba el cuerpo, sino las ropas de su hija, quería las ropas de su hija, tanto, quizá, por inconsciente avaricia de persona sin recursos, para la que una sola moneda de plata representa una fortuna, como por ternura maternal.

Cuando el cuerpecito, envuelto en mantas que habían ido a buscar a casa de Renardet, desapareció de su vista dentro del coche, la vieja, en pie bajo las ramas de los árboles, sostenida por el alcalde y el capitán, gritaba:

-No me queda nada, nada, nada en este mundo, ni siquiera su gorrito, ni siquiera su gorrito; no me queda nada, nada, ni siquiera su gorrito.

Acababa de llegar el cura, un cura grueso ya, aunque era joven. Se encargó de llevarse a la señora Roque, y él y ella se encaminaron juntos hacia el pueblo. Al conjuro de la palabra del eclesiástico, que le prometía mil compensaciones, se iba dulcificando el dolor de la madre. Sin embargo, no dejaba de repetir, aferrada a aquella idea que la dominaba por el

momento sobre todas las demás:

-Si tuviese por lo menos su gorrito...

Renardet le gritó desde lejos:

-Señor cura; almorzará usted también con nosotros. De aquí a una hora.

El sacerdote volvió la cabeza y contestó:

-Con mucho gusto, señor alcalde. Estaré a las doce en su casa.

Todo el grupo se dirigió a la casa de Renardet, cuya fachada, gris, y cuya alta torre, levantada sobre la orilla del río Brindille, se divisaban por entre el ramaje.

La comida se prolongó mucho; hablaron del crimen. Coincidieron todos en que había sido cometido por algún vagabundo que pasó por allí casualmente, en el instante mismo en que la pequeña se estaba bañando.

Los magistrados regresaron a Rouy, anunciando que volverían al día siguiente muy temprano. El médico del pueblo y el cura regresaron a sus casas, en tanto que Renardet, después de dar un largo paseo por las praderas, se metió en el oquedal y estuvo caminando por él hasta la anoche, muy despacio y con las manos detrás de la espalda.

Se acostó temprano, y aún estaba durmiendo a la mañana siguiente cuando el juez de instrucción entró en su dormitorio frotándose las manos y con semblante satisfecho:

-¿Cómo es eso? -dijo-. ¿Duerme usted todavía? Pues bien: han ocurrido esta mañana novedades.

El alcalde se sentó en la cama:

-¿Qué novedades?

-Un hecho muy curioso. Ya se acordará usted de que la madre pedía ayer un recuerdo de su hija, sobre todo su gorrito. Pues bien: esta mañana, cuando la mujer ha abierto su puerta, se ha encontrado en el umbral los dos pequeños zuecos de la niña. Y esto demuestra que el autor del crimen es alguien del pueblo y que se ha compadecido de ella. Además, el cartero Mederic me ha entregado el dedal, un cuchillito y el estuche de agujas de la muerta. Por consiguiente, el autor del crimen se llevó las ropas para esconderlas y dejó caer esos objetos, que estaban en un bolsillo. A lo que doy más importancia es al detalle de los zuecos, que revela en el asesino cierta cultura moral y una capacidad de enternecimiento. Vamos, pues, a pasar revista, si usted no tiene inconveniente en ello, a los principales habitantes del pueblo.

El alcalde se había levantado y llamó para que le llevasen agua caliente con que afeitarse.

-Con mucho gusto -contestó-; pero como es tarea larga, podríamos empezarla ahora mismo.

El señor Putoin se había sentado a horcajadas en una silla, fiel, aun dentro de casa, a su manía de jinete.

Renardet, frente al espejo, se cubrió la cara de espuma blanca, y pasó después la navaja por el suavizador. Y mientras tanto iba diciendo:

-El primer habitante de Carvelin se llama José Renardet, alcalde, propietario rico, hombre áspero, que pega a los guardas y a los cocheros.

El juez de instrucción se echó a reír:

- -Con esto me basta. Pasemos al siguiente...
- -El que sigue en importancia es el señor Pelledent, teniente alcalde, ganadero de reses vacunas, también propietario rico; es un campesino taimado, ladino y astuto en cuestiones de dinero; pero incapaz, según mi opinión, de haber cometido semejante crimen.

El señor Putoin dijo:

-Adelante.

Y mientras Renardet se afeitaba y se lavaba prosiguió aquel análisis moral de todos los habitantes de Carvelín. Al cabo de dos horas de discusión, las sospechas se concentraron en tres individuos bastante dudosos: un cazador furtivo llamado Cavalle, un pescador de truchas y de cangrejos llamado Paquet y un domador de bueyes llamado Clovis.

La investigación continuó durante todo el verano, pero no se llegó a descubrir al criminal. Las personas de quienes se sospechó, y que fueron detenidas, demostraron fácilmente su inocencia, y el Juzgado tuvo que renunciar a perseguir al culpable.

Sin embargo, aquel asesinato había producido una emoción extraña en todo el pueblo.

La imposibilidad de dar con ningún rastro, y más aún, aquel sorprendente hallazgo de los zuecos delante de la puerta de la Roque al día siguiente, habían dejado en las almas de los habitantes un desasosiego, un vago temor, una misteriosa sensación de espanto. La certidumbre de que el asesino había estado presente durante el levantamiento del cadáver, de que seguía viviendo en el pueblo, hostigaba los espíritus, los obsesionaba, parecía cernirse sobre toda la comarca como una amenaza constante.

Por otra parte, todo el mundo temía pasar por el oquedal, creyéndolo poblado por aparecidos. En otro tiempo, todos los habitantes del pueblo iban a pasear en él la tarde del domingo. Se sentaban unos sobre el musgo, al pie de los árboles gigantescos, y caminaban otros por la orilla del río, siguiendo con la mirada a las truchas que nadaban veloces entre las hierbas del fondo. Los chicos jugaban a la pelota o a los bolos en algunos sitios en que habían quitado el musgo e igualado y endurecido la tierra; las chicas se paseaban agarradas del brazo, en grupos de cuatro o cinco, desgranando con voces chillonas cancioncillas que arañaban el tímpano, turbaban la serenidad del ambiente y daban dentera como si fuesen gotas de vinagre. Pero ahora ya no paseaba nadie por debajo de aquella bóveda alta y espesa de follaje, como si temiese encontrar por allí en cualquier momento algún cadáver tirado en el suelo.

Llegó el otoño, empezaron a caer las hojas. Caían de día y de noche a lo largo de los altos troncos, redondas y livianas, describiendo círculos. Ya se podía ver el cielo por entre las ramas. En ocasiones, cuando una ráfaga de viento sacudía las copas de los árboles, aquella lluvia lenta y continua se espesaba de pronto, se convertía en un chaparrón que caía produciendo un vago murmullo y recubría el musgo con una gruesa alfombra amarilla que crujía levemente bajo los pies. Parecía un lamento aquel murmullo casi imperceptible, flotante, ininterrumpido, suave y triste del descenso; aquellas hojas que caían y caían eran como lágrimas derramadas por árboles gigantescos que lloraban el fin del año, la falta de las tibias auroras y de los suaves ocasos, la ausencia de las brisas cálidas y de los soles brillantes y, quizá, quizá, el crimen que habían visto cometer a la sombra suya; quizá, quizá lloraban por la niña violada y muerta al pie de los mismos. Lloraban en medio del silencio del bosque solitario y desierto, del bosque abandonado y temido, en el que seguramente andaría errante y sola el alma, el alma niña de la niña muerta.

El Brindille, crecido por las tormentas, corría con mayor rapidez, amarillo y furioso entre sus secas orillas, flanqueado por dos hileras de mimbreros secos y desnudos.

Pero un buen día volvió Renardet a pasearse por el bosque centenario. Salía de casa todos los días al hacerse de noche, bajaba lentamente la escalinata de entrada y caminaba con aire pensativo por debajo de los árboles, llevando las manos en los bolsillos. Se paseaba largo rato sobre el musgo húmedo y blando, mientras que una bandada de cuervos que habían acudido de todos los alrededores para pasar la noche en las altas copas se desplegaba en el cielo como un enorme velo de luto que flotaba en los aires, lanzando graznidos violentos y siniestros.

A veces se posaban, acribillando de manchas negras el ramaje entrecruzado sobre el fondo del cielo rojo, del cielo ensangrentado de los ocasos otoñales. Y, de pronto, alzaban otra vez el vuelo entre horribles graznidos y desplegaban de nuevo por encima del bosque el largo festón negro de toda la bandada.

Finalmente se dejaban caer sobre las copas más altas, sus ruidos se apagaban poco a poco, y la noche, cada vez más intensa, fundía sus negras plumas con la negrura del espacio.

Pero Renardet seguía en sus lentos paseos al pie de los árboles; cuando las opacas tinieblas le impedían caminar, regresaba a su casa y caía como una masa inerte en su sillón, frente a la encendida chimenea, y estiraba hacia el hogar sus pies húmedos, que humeaban mucho rato al calor de la llama.

Cierto día corrió por el pueblo una gran noticia: el alcalde había empezado a talar el oquedal. Veinte leñadores habían dado comienzo a la tarea por el lado más próximo a la casa y trabajaban activamente bajo la mirada del propietario.

Empezaban por trepar a lo alto del árbol los podadores. Sujetándose al tronco por medio de una cuerda, se agarran a él con los brazos y luego levantan una pierna y le dan una fuerte patada con la espiga puntiaguda, de acero, que llevan fija en las suelas del calzado. La punta penetra en la madera y queda allí sujeta; entonces el podador se alza sobre ese apoyo, como si pisase un escalón, y golpea el tronco con la punta de acero del otro pie, que le servirá de nuevo apoyo para levantar el primero, y así sucesivamente.

A cada paso que da hacia arriba, levanta también la cuerda que lo sujeta al árbol; a la altura de sus riñones cuelga y

brilla una pequeña hachuela de acero. Trepa y trepa poco a poco, a la manera de un animal parásito que ataca a un gigante; sube con esfuerzo a lo largo de la enorme columna, se abraza a ella y la aguijonea para llegar a decapitarla.

Así que alcanza las ramas más bajas, hace un alto, echa mano al hacha bien afilada, y golpea. Golpea despacio, metódicamente, rebajando el cuerpo de la rama muy cerca del tronco; aquélla rechina de pronto, cede, se inclina, se desprende y se desploma, rozando los árboles cercanos al caer. Finalmente, choca contra el suelo con un estruendo de madera que se quiebra, y todas sus ramillas continúan largo rato estremeciéndose.

El suelo se cubría de estos ramajes que otros trabajadores se encargaban de cortar, atar en haces y hacinar. Los árboles que seguían en pie parecían postes gigantescos, pilotes desmesurados que el filo de las hachas aceradas había amputado y rapado.

Cuando el podador terminaba su tarea, dejaba atada la cuerda con que se había sujetado en la parte más alta del tronco, recta y delgada, y bajaba paso a paso, a golpes de espolón, por el árbol desmochado; entonces los leñadores lo atacaban por su base con tremendos hachazos, cuyo eco repercutía en todo el oquedal.

Cuando juzgaban que el corte de la base era ya bastante profundo, tiraban algunos hombres de la cuerda que había quedado sujeta en lo alto, acompasando sus esfuerzos con un grito unísono; de pronto crujía el mástil gigantesco y se venía abajo con un estrépito sordo y una vibración de cañonazo lejano.

El bosque iba achicándose día a día, perdiendo árboles caídos, como pierde un ejército soldados.

Renardet no se apartaba de allí; desde la mañana hasta la noche permanecía en el bosque, sin moverse y con las manos cruzadas a la espalda, viendo la muerte lenta de su oquedal. Cuando un árbol caía, él le ponía el pie encima, como si pisase un cadáver. Y luego levantaba la vista hacia el que iba a caer a continuación; se hubiera dicho que sentía una impaciencia íntima y tranquila, que aguardaba que ocurriese algún suceso al final de aquel destrozo.

Se iban entre tanto acercando al sitio en que fue descubierto el cadáver de la pequeña Roque. Llegaron a él una tarde, a la hora del crepúsculo.

Había ya poca luz, porque el cielo estaba cubierto de nubes, y los leñadores pretendieron suspender el trabajo, dejando para el día siguiente el derribo de un haya enorme; pero el dueño se opuso a ello y exigió que se procediese en el acto a podar y talar también aquel coloso a cuya sombra se había cometido el crimen.

Una vez que el podador lo dejó al desnudo, terminando el arreglo del que iba a ser ajusticiado, y una vez que los leñadores minaron su base, se pusieron cinco hombres a tirar de la cuerda amarrada a la copa.

El árbol no cedió; aunque su grueso tronco había sido mellado a hachazos hasta el centro, seguía rígido como si fuese de hierro. Todos los trabajadores tiraban de la cuerda a un tiempo, con una especie de empujón acompasado, doblándose hasta acostarse en el suelo, marcando y regulando sus esfuerzos con un grito que daba poco a poco salida a todo el aire de sus pulmones.

En pie junto al gigante, con las hachas en la mano como dos verdugos dispuestos a seguir golpeando, había dos leñadores. También Renardet, inmóvil y con la mano en la corteza del tronco, esperaba la caída con emoción inquieta y nerviosa.

Uno de los leñadores le dijo:

-Está usted demasiado cerca, señor alcalde, puede herirlo al caer.

Pero Renardet no contestó ni se apartó; parecía que estuviese preparado para abrazarse al tronco del árbol como un luchador y derribarlo.

Se produjo de improviso en el pie de la alta columna de madera un desgarramiento que pareció correrse hasta la cúspide como una sacudida dolorosa; se dobló un poco, resistiendo todavía, aunque ya a punto de caer. Aquello excitó a los hombres y pusieron en tensión sus brazos en un esfuerzo supremo. De pronto, cuando el árbol se quebraba, se desplomaba, dio Renardet un paso hacia adelante, se detuvo allí y levantó sus hombros como para recibir el golpe irresistible, el choque mortal que había de aplastarlo contra el suelo.

Pero el haya sufrió un ligero desvío y no hizo más que rozarle las espaldas, despidiéndolo boca abajo a cinco metros de distancia.

Los obreros corrieron a levantarlo; pero ya él se había alzado, quedando de rodillas, y miraba con ojos extraviados, aturdido, pasándose la mano por la frente, como si despertase de un acceso de locura.

Cuando ya estuvo en pie, los trabajadores, sorprendidos, le dirigieron preguntas, porque no acertaban a comprender su

acción. Les contestó, balbuciendo, que había sufrido un instante de extravío mental o, más bien, que se había sentido niño durante un segundo, imaginándose que sería capaz de cruzar por debajo del árbol lo mismo que los chicos cuando cruzan por delante de un coche que va al trote; había jugado con el peligro; desde hacía ocho días le escarabajeaba, cada vez con más fuerza, aquella comezón, y cada vez que un árbol crujía para caer, él se preguntaba si podría pasar por debajo sin que lo alcanzase. Era una estupidez, lo reconocía, pero todos están sujetos a tales momentos de insensatez y sufren estos accesos de infantilismo tonto.

Daba estas explicaciones poco a poco, rebuscando las frases, con voz apagada; después se alejó, diciendo:

-Hasta mañana, amigos míos, hasta mañana.

Así que se vio en su habitación, se sentó a la mesa sobre la que proyectaba su luz viva una lámpara con pantalla, se cogió la cabeza con ambas manos y rompió a llorar.

Lloró durante largo rato, se enjugó luego los ojos, levantó la cabeza y miró el reloj. No habían dado aún las seis. "Me queda tiempo antes de comer", pensó, y se dirigió hacia la puerta cerrándola con llave. Hecho esto, volvió a sentarse a la mesa, abrió el cajón de en medio, sacó un revólver y lo colocó encima de los papeles, en plena luz. El acero del arma brillaba con destellos que parecían llamas.

Renardet lo estuvo contemplando un rato con ojos turbios de borracho; luego se levantó y se puso a caminar.

Iba de un extremo a otro de la habitación y a veces se detenía para reanudar en seguida su paseo. De improviso abrió la puerta de su gabinete de aseo, metió una toalla en el cántaro de agua y se mojó la cabeza, igual que la mañana del crimen. Siguió paseando. Cuando pasaba por delante de la mesa, el brillo del arma atraía su mirada, buscaba su mano; pero Renardet miraba el reloj y pensaba: "Aún me queda tiempo".

Dieron las seis y media. Cogió entonces el revólver, abrió la boca hasta desencajarla con una mueca espantosa, y hundió en ella el cañón del arma, como si fuese a tragárselo. Y en esa postura permaneció inmóvil algunos segundos, con el dedo en el gatillo; pero un brusco estremecimiento de horror sacudió su cuerpo y vomitó el revólver sobre la alfombra.

Y cayó en su sillón otra vez, sollozando:

-No puedo. No tengo valor. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué haré para que no me falte decisión para matarme?

Llamaron a la puerta. Se irguió como loco. Era un criado, que dijo:

-El señor tiene la cena preparada.

Renardet contestó:

-Está bien. Ahora bajo.

Recogió el arma, la metió otra vez en el cajón, se miró en el espejo de la chimenea para ver si su cara estaba demasiado desencajada. Colorada sí que la tenía, un poco más que de ordinario, pero eso era todo. Bajó al comedor y se sentó a la mesa.

Comió con mucha lentitud, como si quisiera alargar la cena para no hallarse a solas consigo mismo. Después, mientras alzaban los manteles, fumó allí mismo varias pipas. Y, por fin, volvió a subir a su dormitorio.

Así que cerró la puerta, miró debajo de la cama, abrió todos los armarios, exploró por todos los rincones, registró todos los muebles. Encendió acto seguido las velas de la chimenea y, girando varias veces sobre sí mismo, recorrió con la mirada todo el cuarto, con el rostro crispado por las angustias del terror; segurísimo estaba de que iba a volver a verla, como todas las noches, a la pequeña Roque, a la niña que él había violado, estrangulándola después.

La pavorosa visión se repetía todas las noches. Empezaba por un zumbido en sus oídos, que se parecía al retumbo de un tren pasando por un puente lejano. Y entonces empezaba a respirar fatigosamente y se ahogaba, viéndose obligado a desabrocharse el cuello de la camisa y aflojarse el cinturón. Se ponía a pasear para activar la circulación general de la sangre, intentaba leer, hacía esfuerzos por cantar. Todo en vano. Contra su voluntad, volvía su pensamiento al día del asesinato y lo obligaba a representárselo en sus más íntimos detalles, pasando por sus más violentas sensaciones desde el primer instante hasta el último.

Aquella mañana, la mañana del espantoso día, se levantó algo aturdido y con un dolor de cabeza que atribuyó al calor; por eso no salió de su habitación hasta que lo llamaron a almorzar. Después de la comida durmió la siesta, y ya al caer la tarde salió a respirar la brisa fresca y sedante, bajo los árboles del bosque centenario.

Pero así que salió de casa, el aire pesado y ardiente de la llanura contribuyó a aumentar su fatiga. El sol, lejos todavía

del horizonte, derramaba torrentes de luz encendida sobre la tierra calcinada, seca y sedienta. Ni el más leve soplo de viento movía las hojas. Los animales, los pájaros y hasta las chicharras guardaban silencio. Renardet llegó hasta los árboles gigantescos y echó a andar sobre el musgo, bajo el inmenso techo de ramas que recogía un poco del frescor de la evaporación del Brindille. Pero estaba desasosegado. Sentía en el cuello la presión de una mano desconocida e invisible, y aunque de ordinario no eran muchas las ideas que tenía en la cabeza, en aquel entonces casi no tenía ninguna. Sólo un pensamiento confuso lo perseguía de tres meses a aquella parte: el volver a casarse. El vivir solo era para él un sufrimiento moral y físico. Se había acostumbrado en diez años a sentir cerca de él una mujer, a tenerla delante en todo momento, a su abrazo cotidiano; tenía necesidad, una necesidad imperiosa y vaga, de su contacto ininterrumpido, de su caricia disfrutada con regularidad. Desde el fallecimiento de su esposa Renardet sufría, sin que comprendiese claramente el motivo; sufría por no sentir a todas horas del día en sus piernas el roce de los vestidos de ella, y, sobre todo, por no poder calmar y gastar sus ardores entre sus brazos. Llevaba apenas seis meses viudo, y ya buscaba con el pensamiento en aquellos alrededores la joven soltera o viuda con la que podría casarse en cuanto se quitase el luto.

Tenía un alma casta, pero estaba alojada en el cuerpo fornido de un hércules, y ya empezaban las imágenes carnales a turbar su sueño y su vigilia. En vano las ahuyentaba; ellas volvían, y había instantes en que él, sonriéndose de sí mismo, pensaba: "Soy otro san Antonio."

Como aquella mañana se había visto asaltado por algunas de aquellas visiones obsesionantes, le entraron de pronto ganas de bañarse en el Brindille para refrescar su cuerpo y apaciguar el ardor de su sangre.

Había un poco más adelante un sitio en que el río era ancho y profundo: en él se zambullían algunas veces durante el verano los convecinos suyos. Se dirigió hacia allí.

Sauces tupidos ocultaban aquel estanque transparente en el que la corriente se remansaba, se adormecía un poco, para luego seguir su marcha. Cuando Renardet se aproximaba a aquel lugar, le pareció oír un ligero ruido, un débil chapoteo que no era el que hace el río en las orillas. Apartó suavemente las ramas y miró.

Una jovencita, completamente desnuda, cuyo cuerpo se dibujaba con nitidez a través de las transparencias del agua, chapoteaba con las dos manos, se movía dentro del río con tímidos movimientos de danza y giraba sobre sí misma con ademanes encantadores. Pasaba ya de niña, pero no llegaba todavía a mujer; era gordita y desarrollada, conservando, sin embargo, su aspecto de muchachita precoz, adelantada para sus años, casi ya en sazón. Renardet se quedó inmóvil, como agarrotado por la sorpresa y por la angustia; una emoción extraña y desgarradora le cortaba el aliento. Y no se movió, y el corazón le palpitaba como si se hubiese convertido en realidad uno de sus sueños sensuales, como si la varita mágica de un hada impura le hubiese puesto delante aquel ser capaz de trastornarlo, pero demasiado joven; aquella pequeña Venus campesina, que había nacido de los borbollones del arroyuelo, lo mismo que la otra, la grande, había surgido de las olas del mar.

De improviso la niña salió del baño, yendo hacia donde él estaba oculto para buscar sus ropas y volver a vestirse. A medida que se acercaba con paso indeciso, evitando los guijarros puntiagudos, sentía Renardet que una fuerza irresistible lo empujaba hacia ella, un arrebato bestial que ponía en ebullición su carne, enloquecía su razón y lo hacía temblar de pies a cabeza.

La niña se detuvo unos momentos en pie, detrás del sauce en que él se ocultaba. Y entonces Renardet perdió por completo la cabeza, apartó las ramas, se arrojó sobre ella y la cogió entre sus brazos. La niña cayó al suelo, demasiado desconcertada para resistir, demasiado espantada para pedir socorro, y él la poseyó sin comprender lo que hacía.

Despertó de su crimen, como quien despierta de una pesadilla. La niña rompió a llorar y él le dijo:

-Cállate, cállate ya. Te daré dinero.

Pero ella no le prestaba atención y sollozaba. Renardet volvió a decir:

-Pero cállate ya. ¡Ea, cállate! ¡Cállate, pues!

La niña dio un alarido, retorciéndose entre sus brazos para huir.

Renardet comprendió de pronto que estaba perdido y la agarró del cuello para impedir que saliesen de su garganta aquellos gritos desgarradores y espantosos. Pero ella pugnaba por soltarse con la desesperación de un ser que quiere huir de la muerte, y entonces él cerró sus manos de coloso alrededor de aquella frágil garganta henchida de clamores, y de tal manera apretó que la estranguló en pocos momentos, sin propósito de matarla, y sólo por hacerla callar.

Renardet se irguió entonces, loco de horror. Ante él yacía la niña ensangrentada y con la cara ennegrecida. Iba él a echar a correr, pero surgió en su cerebro trastornado el instinto oscuro y misterioso que guía a todos los seres en el momento del peligro.

Fue a tirar el cuerpo al agua, pero otro impulso lo empujó hacia las prendas de vestir de la niña, e hizo con ellas un minúsculo paquete. Lo ató con un cordel que llevaba en el bolsillo y lo escondió en un profundo agujero que hacía el río, debajo de un tronco cuyas raíces bañaban las aguas del Brindille.

Se alejó después a grandes pasos, salió a la pradera, dio un gran rodeo para hacerse ver de algunos campesinos que vivían lejos del lugar del crimen y regresó a su casa para cenar a la hora de todos los días, contando en detalle a sus criados el paseo que había dado.

A pesar de todo, durmió bien aquella noche; durmió con un denso sueño de hombre animalizado, como deben dormir en ocasiones los condenados a muerte. No abrió los ojos hasta las primeras luces del alba, y esperó despierto, atenaceado por el temor de que se descubriese su crimen, hasta la hora en que acostumbraba levantarse.

Más tarde se vio obligado a asistir a todas las diligencias. Actuó como un sonámbulo, viendo las cosas como en una alucinación, envueltas en nebulosidades de sueño o de borrachera, con el recelo de lo irreal que conturba el espíritu en las horas de las grandes catástrofes.

Pero el grito desgarrador de la madre se le clavó en el corazón. Estuvo a punto de echarse de rodillas a los pies de la vieja, diciéndole a gritos: "¡Yo he sido!" Pero se dominó. Fue, sin embargo, durante la noche a sacar del agua los zuecos de la niña muerta, para dejarlos en el umbral de la puerta de la madre.

Mientras duró la investigación y tuvo necesidad de despistar a la Justicia, se mantuvo sereno, dueño de sí mismo, hábil y sonriente. Discutía tranquilamente con los magistrados todas las hipótesis que se les ocurrían, rebatía sus opiniones, destruía sus razonamientos. Llegó hasta experimentar un placer punzante y doloroso en desconcertar sus pesquisas, embrollar sus ideas y establecer la inocencia de los que ellos tenían por sospechosos.

Pero a partir del día en que se dieron por abandonadas las investigaciones, fue poco a poco creciendo su nerviosismo, se hizo aún más irritable, aunque conseguía dominar sus iras. Cualquier ruido imprevisto lo sobresaltaba de miedo, se estremecía por la cosa más insignificante y bastaba a veces que una mosca se posase en su frente para que un temblor sacudiese su cuerpo de los pies a la cabeza. Se apoderó entonces de él una necesidad imperiosa de movimiento que lo obligaba a dar caminatas increíbles, que lo tuvo en pie noches enteras, paseando de arriba abajo en su habitación.

No era que lo aguijoneasen todavía los remordimientos. En su brutal temperamento no había lugar para delicadezas sentimentales, ni para temores de conciencia. Hombre enérgico y violento inclusive, nacido para guerrear, entrar a saco en los pueblos conquistados y degollar en masa a los vencidos, pletórico de los instintos salvajes del cazador y del guerrero, tenía en poco la vida humana. Aunque respetaba, como medida política, a la Iglesia, no creía en Dios ni creía en el diablo, y no esperaba por consiguiente en otra vida ni castigo ni premio por lo que hubiese hecho en ésta. Sus creencias se reducían a una confusa filosofía en la que entraban todas las ideas de los enciclopedistas del pasado siglo; la religión era para él una especie de sanción moral de la ley, y lo mismo ésta que aquélla eran creaciones del hombre destinadas a regular las relaciones sociales.

El matar a otro en duelo, en la guerra, en una riña, por casualidad, por venganza, por bravuconería, le habría parecido a Renardet una diversión o un acto de gallardía, y no hubiera dejado en su conciencia más huellas que el tiro de escopeta disparado contra una liebre; pero el asesinato de la niña le había producido una emoción profunda. Lo cometió en el delirio de una borrachera irresistible, en una especie de vendaval de la carne que arrastró a su razón. Y al mismo tiempo que el horror y el espanto hacia aquella chiquilla sorprendida y asesinada cobardemente por él, guardaba en su corazón, guardaba en su carne, guardaba hasta en sus dedos de asesino una especie de amor bestial hacia ella. Su pensamiento reproducía a cada instante la horrible escena, y, aunque él se esforzaba por ahuyentar aquella imagen y la apartaba de sí con terror, con asco, la sentía rondar en su cerebro, dar vueltas a su alrededor, acechando constantemente la ocasión de reaparecer.

Tuvo entonces miedo a las noches, miedo a la oscuridad que lo rodeaba. Ignoraba aún el porqué de aquel terror de las tinieblas; era un sentimiento instintivo, porque las barruntaba preñadas de seres espantables. La claridad del día no es propicia a los miedos. De día se ven los seres y las cosas, y por eso no se tropieza sino con los seres y cosas naturales que pueden mostrarse a la luz del sol. Pero la noche, la noche opaca, más densa que las murallas, pero fuera; la noche infinita, totalmente negra, inmensa, en la que nos pueden rozar cosas espantosas; la noche por la que sentimos cruzar, rondar el terror misterioso, le parecía a Renardet que ocultaba un peligro desconocido, inminente y amenazador. Pero ¿qué peligro?

Pronto iba a saberlo. Una noche en que él estaba en vela, sentado en su sillón a una hora avanzada, le pareció que alguien movía la cortina de su ventana. Aguardó, inquieto, con el corazón palpitante; el cortinaje dejó de moverse; pero, de improviso, se estremeció otra vez; él lo creyó así, por lo menos. No se atrevía a levantarse; no se atrevía ni a respirar, no obstante ser un hombre valeroso que había tenido frecuentes peleas y al que le hubiera agradado descubrir ladrones en su casa.

¿Se movía real y verdaderamente, aquel cortinaje? Recelando un engaño de sus ojos, Renardet se hacía a sí mismo esta

pregunta. Era, por lo demás, una cosa tan insignificante, un leve estremecimiento de la tela, una especie de temblor de los pliegues, apenas una ondulación como la que produce el viento. Renardet seguía en su sitio con la vista fija y el cuello en tensión; de pronto se levantó, avergonzado de sus miedos, avanzó cuatro pasos, agarró el cortinaje con las dos manos y lo descorrió ampliamente. No vio al pronto más que los cristales negros, negros como superficies de tinta brillante. Detrás de ellos se extendía la noche, la gran noche impenetrable, hasta el invisible horizonte. Se quedó en pie frente a aquella sombra ilimitada; de improviso, distinguió una luz, una luz que se movía y que parecía lejana. Pegó su cara al cristal, pensando que algún pescador furtivo de cangrejos operaba en Brindille, porque era ya pasada la medianoche y aquella luz se movía siguiendo la margen del río, por debajo de los árboles del oquedal. Como no veía bien, hizo Renardet catalejo con sus dos manos. Bruscamente aquella luz se convirtió en resplandor, y distinguió, tendido en el musgo, el cuerpo desnudo y sangrante de la pequeña Roque.

Retrocedió, crispado de espanto, y cayó de espaldas. Permaneció en el suelo unos minutos con el alma angustiada, pero luego se sentó y se puso a reflexionar. Había sufrido una alucinación y nada más; una alucinación que arrancaba del hecho de que un merodeador nocturno caminaba con su fanal encendido por la orilla del agua. Nada de extraordinario había en que el recuerdo de su crimen le trajese a veces la imagen de la muerta.

Se levantó, bebió un vaso de agua y volvió a sentarse. "¿Qué voy a hacer yo si esto se repite?" Se repetiría, lo barruntaba, tenía la certeza. La ventana atraía otra vez su mirada, lo llamaba, tiraba de él. Dio vuelta a la silla para no verla, cogió un libro y procuró leer, pero no tardó en parecerle que algo se movía a sus espaldas e hizo girar bruscamente el sillón sobre una pata. El cortinaje volvía a moverse; esta vez sí se había movido; ya no podía dudarlo; se abalanzó hacia él y le dio tan brutal manotón que lo echó abajo con su sostén; pegó luego ansiosamente su cara al cristal. No vio nada. Todo era oscuridad en el exterior; respiró con la satisfacción de un hombre al que acaban de salvar la vida.

Volvió a sentarse; pero casi en seguida se apoderó de él otra vez el ansia de mirar por la ventana. Desde que se cayó el cortinaje parecía aquella una especie de boca de cueva hecha en el oscuro campo, que atraía y que empavorecía. Para no caer en aquella tentación peligrosa, Renardet se desnudó, apagó las luces, se metió en la cama y cerró los ojos.

Se quedó inmóvil, de espaldas, con el cuerpo caliente y sudoroso, esperando que llegase el sueño. Un gran resplandor atravesó de improviso sus pupilas. Las abrió, creyendo que se había producido un incendio en su casa. Reinaba la más completa oscuridad, y Renardet se apoyó en un codo buscando con la mirada aquella ventana que lo atraía con una fuerza invencible. Consiguió, por fin, localizarla y distinguió algunas estrellas; se levantó de la cama, cruzó a tientas la habitación; sus manos extendidas hacia adelante tropezaron con los cristales y entonces pegó a ellos su cara. Allá lejos, debajo de los árboles, despidiendo un resplandor fosforescente que iluminaba la oscuridad a su alrededor, estaba el cuerpo de la niña.

Renardet lanzó un grito y huyó a su cama, metió la cabeza debajo de la almohada, y así permaneció hasta el amanecer.

Desde ese momento su vida se volvió insoportable. Pasaba los días pensando con terror en las noches, y cada noche se reproducía la visión. Al encerrarse en su cuarto hacía esfuerzos por luchar, pero era inútil. Una fuerza irresistible lo levantaba y lo empujaba en dirección a los cristales como para llamar al fantasma, y en el acto lo descubría, al principio tirado en el suelo, en el lugar mismo del crimen, con los brazos en cruz, las piernas abiertas, tal como el cadáver había sido hallado. Pero luego la muerta se levantaba, caminaba hacia él, pasito a pasito, lo mismo que cuando salió del río. Caminaba hacia él muy despacio, en línea recta, cruzando el césped y el encañado de flores secas; luego se elevaba en el aire en dirección a la ventana de Renardet. Iba hacia él lo mismo que había ido el día del crimen hacia su asesino. Y entonces aquel hombre retrocedía de espaldas, retrocedía hasta llegar a su cama y se desplomaba en ella, convencido de que la pequeña había entrado y de que estaba allí, detrás del cortinaje, y que en seguida empezaría a moverse. Y hasta que amanecía se quedaba con la vista clavada en las cortinas, esperando ver de un momento a otro a su víctima. Pero ésta no se descubría ya; se quedaba detrás de la tela, agitada de cuando en cuando por un leve temblor. Renardet se agarraba a las sábanas con los dedos crispados, y apretaba lo mismo que apretó la garganta de la pequeña Roque. Oía dar las horas y percibía, en el silencio de la noche, el tictac del péndulo junto con los profundos latidos de su corazón. Jamás sufrió ningún hombre lo que sufría aquel desgraciado.

Por fin se dibujaba en el techo una línea blanca que anunciaba la llegada del día; se sentía entonces liberado, solo al fin, sin nadie más que él en la habitación; se metía otra vez en cama y dormía algunas horas con sueño inquieto y febril, y a veces se reproducía también en sueños la pavorosa visión de sus vigilias.

Cuando bajaba al comedor para la comida del mediodía, se sentía derrengado, como si hubiese realizado increíbles esfuerzos físicos, y apenas probaba bocado, porque seguía persiguiéndolo el miedo a la que había de volver a ver la noche siguiente.

Sin embargo, Renardet sabía muy bien que no se trataba de una auténtica aparición, porque los muertos no vuelven; sabía que era su alma enferma, su cerebro obsesionado por un pensamiento único, por un recuerdo inolvidable, la causa total de su suplicio, la que por sí sola evocaba a la muerta, llamándola, poniéndosela ante los ojos, en los que seguía impresa la imagen indeleble. Pero también estaba seguro de que no se curaría, de que no se libraría jamás de la feroz

persecución de su víctima y tomó la resolución de morir antes que seguir aguantando aquellas torturas.

Se puso a discurrir en el modo de matarse. Quería hacerlo de una manera sencilla y natural, que no diese pie para que creyesen que se suicidaba. Tenía en mucho su buena reputación, el apellido heredado de sus padres. Si la gente daba en considerar como sospechosa su muerte, esto los llevaría a pensar en el crimen no aclarado todavía y en el asesino que había escapado a las pesquisas, y acabarían acusándolo del hecho nefando.

Se le ocurrió una idea extraña: la de hacerse aplastar por el árbol al pie del cual había asesinado a la pequeña Roque. Tomó, pues, la resolución de talar el oquedal y de simular un accidente fortuito. Pero el haya se obstinó en no romperle la columna vertebral.

Vuelto a su casa, en un arrebato desatinado de desesperación, echó mano a su revólver, pero al último momento no se atrevió a disparar.

Llegó la hora de la cena, y acabada ésta volvió a su cuarto. No sabía qué hacer. Ahora que había escapado una vez de la muerte, se sentía cobarde. Un rato antes se hallaba dispuesto a todo, firme, decidido, dueño de su valor y de su voluntad; ahora, en cambio, era débil y tenía tanto miedo a la muerte como a la muerta.

-No me atreveré ya, no me atreveré ya -balbucía.

Unas veces miraba con terror el arma que tenía sobre la mesa; y otras, el cortinaje que ocultaba su ventana. Porque ahora temía también que, después de su muerte, ocurriese alguna cosa espantosa. ¿Alguna cosa? ¿Qué? ¿Tal vez el encuentro de los dos? Porque ella lo acechaba, lo esperaba, lo llamaba, y si se le aparecía de aquella manera todas las noches era para, a su vez, apoderarse de él, vengarse de él, impulsándolo a matarse.

Rompió a llorar como un niño, repitiendo:

-No me atreveré ya, no me atreveré ya -cayó de rodillas y balbució-: ¡Dios mío, Dios mío!

Pero sin creer en Dios. Ya no se atrevería, en efecto, a mirar hacia la ventana, en donde sabía que estaba agazapada la aparición, ni hacia su mesa, en la que brillaba el revólver.

Cuando se puso en pie, dijo en voz alta:

-No es posible seguir así, hay que acabar de una vez.

Al resonar su voz en la habitación silenciosa, corrió un escalofrío de miedo por todo su cuerpo; pero como no se decidía a tomar una resolución y estaba seguro de que su mano se negaría a oprimir el gatillo del arma, volvió a taparse la cabeza con las mantas de su cama y se puso a pensar:

Tenía que discurrir algo que lo obligase a morir; tenía que inventar alguna trampa contra sí mismo que no le dejase ya lugar a titubeos, ni a demoras, ni a posibles arrepentimientos. Sentía envidia de los condenados que son conducidos al cadalso entre soldados. ¡Si él pudiese pedir a alguna persona que le metiese una bala en la cabeza! ¡Si él tuviese un amigo seguro que se prestase a matarlo, después de descubrirle su alma, de confesarle el crimen, sin que él lo divulgase! ¿A quién podría pedir este servicio terrible? ¿A quien? Buscó entre sus amigos. ¿El médico? No. Estaba seguro de que se lo contaría después a los demás. Un singular pensamiento cruzó de improviso por su cerebro. Escribiría al juez de instrucción, íntimo amigo suyo, denunciándose a sí mismo. En aquella carta se lo contaría todo: el crimen, las torturas que sufría, su voluntad de morir, sus vacilaciones y el medio de que echaba mano para fortalecer su valor desfalleciente. En nombre de su vieja amistad, le suplicaría que destruyese la carta en cuanto le llegase la noticia de que el culpable se había hecho justicia a sí mismo. Renardet podía confiar en aquel magistrado, porque sabía que era un hombre seguro, discreto, incapaz de una sola palabra irresponsable. Era uno de esos hombres de conciencia inflexible, gobernada, dirigida, regulada siempre por la razón.

Una extraña alegría invadió su pecho en cuanto hubo trazado este proyecto. Ya estaba tranquilo. Escribiría su carta muy despacio, y cuando alborease la echaría en el buzón que había en la pared de su casa de labranza; subiría luego a su torre para ver llegar al cartero, y cuando el hombre de la blusa azul se alejase con ella, se tiraría de cabeza a las rocas que servían de base a la torre. Antes procuraría que lo viesen los obreros que talaban el bosque. Se subiría al escalón saliente, al que estaba sujeto el mástil de la bandera que se izaba en las grandes solemnidades. Quebraría el mástil de un empujón y aquél lo arrastraría en su caída. ¿Quién iba a poner en duda que había sido un accidente casual? Teniendo en cuenta su peso y la altura de la torre, quedaría muerto en el acto.

Saltó de la cama, se acercó a la mesa y se puso a escribir; no dejó nada, ni un detalle del crimen, ni un detalle de su vida de angustias, ni un detalle de las torturas de su corazón; terminaba anunciando al juez que se había sentenciado a sí mismo, y que iba a proceder a la ejecución del criminal, suplicando a su amigo, a su viejo amigo, que no se mancillase jamás su memoria.

Al terminar su carta vio que ya era de día. La cerró, la lacró, puso la dirección, bajó las escaleras con paso ligero, corrió hasta el buzón pintado de blanco y pegado a la pared que había en el ángulo de su granja, echó dentro aquel papel que le acalambraba la mano, regresó rápidamente, volvió a correr los cerrojos de la puerta principal y subió a lo alto de la torre, para ver pasar al cartero que llevaría su sentencia de muerte.

Estaba ya tranquilo, liberado, a salvo.

Un viento frío, seco, de hielo, rozaba su cara, y él lo aspiraba con avidez, a pleno pulmón, saboreando su helada caricia. El cielo amanecía rojo, de un rojo de incendio, de un rojo invernal, y la llanura toda, blanca de escarcha, brillaba reflejando los rayos solares, como si la hubiesen espolvoreado de azúcar molida. En pie, con la cabeza descubierta, miraba Renardet el extenso panorama, las praderas a la izquierda y a la derecha, el pueblo, cuyas chimeneas empezaban a echar el humo precursor de la primera comida del día.

Veía correr a sus pies el río Brindille, contra cuyas rocas se estrellaría dentro de poco su cuerpo. Se sentía renacer en aquella aurora helada, pletórico de fuerza y de vida. La luz del sol lo envolvía, lo bañaba, lo impregnaba como una esperanza. Lo asaltaban mil recuerdos de otras mañanas parecidas a aquélla, recuerdos de ligeras caminatas sobre la tierra endurecida que resonaba con sus pisadas, de partidas afortunadas de caza bordeando las lagunas en que duermen los patos silvestres. Acudían a su memoria todas las cosas a las que era aficionado, todo lo bueno que tiene la vida, aguijoneándolo con nuevos anhelos, despertando todas las apetencias de su organismo activo y vigoroso.

¿E iba a morir? ¿Por qué razón? ¿Iba a suicidarse por miedo a una sombra? ¿Por miedo a un algo que no existía? ¡Era rico y todavía joven! ¡Qué locura iba a hacer! Le bastaría una distracción, una ausencia, un viaje, para olvidar. Ya la pasada noche no había visto a la niña porque sus pensamientos habían sido llevados por la preocupación hacia rumbos distintos. ¿No podría ser que no la volviese a ver más? Aun suponiendo que ella lo persiguiese dentro de aquella casa, estaba seguro de que no lo seguiría a otros lugares. ¡La tierra era muy grande y el porvenir muy largo! ¿Por qué había de morir?

Su mirada recorría las praderas; distinguió una mancha azul que avanzaba por la senda que bordea el Brindille. Era Mederic, que traía el correo dirigido al pueblo y que se llevaría las cartas depositadas en éste.

Renardet sintió un golpe en el corazón, como si se lo atravesasen de parte a parte, y se lanzó hacia abajo, por la escalera de caracol, para recoger su carta, para reclamársela al cartero. Poco le importaba ahora que lo viesen; corría pisando la hierba cubierta por la espuma de hielo tenue de la noche, y llegó al mismo tiempo que el cartero a la esquina de su casa de labor, en que estaba el buzón de las cartas.

El cartero abrió la puertecita de madera y cogió algunos papeles depositados allí por los habitantes del pueblo.

Renardet le habló así:

- -Buenos días, Mederic.
- -Buenos días, señor alcalde.
- -Escuche, Mederic: tengo necesidad de una carta que he echado yo mismo al buzón. Vengo a pedirle que me la entregue.
- -Perfectamente, señor alcalde. La tendrá usted.

El cartero levantó la vista y quedó estupefacto al ver la cara de Renardet. Tenía las mejillas amoratadas, los ojos turbios, con grandes ojeras, como hundidos en el cráneo; los cabellos revueltos, la barba enmarañada, la corbata suelta. Se veía a las claras que no se había acostado.

Y entonces Mederic le preguntó:

-¿Está usted enfermo, señor alcalde?

Cayó Renardet en la cuenta de que su aspecto debía resultar extraño, y esto le hizo perder su aplomo, balbuciendo:

-No, no es eso..., sino que me he tirado de la cama para venir a pedirle esa carta... Estaba durmiendo, ¿comprende?

Una vaga sospecha cruzó por el cerebro del antiguo soldado, que le preguntó:

-¿A qué carta se refiere?

A esa que va usted a devolverme.

Pero ya Mederic vacilaba, porque no le parecía natural la actitud del alcalde. Tal vez la carta en cuestión contenía un

secreto, un secreto político. Sabía que Renardet no era republicano, y conocía todos los trucos y supercherías a que se recurre en tiempos de elecciones.

Le preguntó, pues:

- -¿A quién va dirigida esa carta?
- -Al juez de instrucción, al señor Putoin; ya sabe usted que el señor Putoin es amigo mío.

El cartero buscó entre los papeles y encontró el que el alcalde le pedía. Y se quedó mirándolo, dándole vueltas entre los dedos, titubeando entre el temor de cometer una falta grave y el de hacerse un enemigo en la persona del señor alcalde.

Renardet, al observar sus titubeos, hizo un movimiento para coger la carta y quitársela de las manos. Bastó este gesto brusco para convencer a Mederic de que se trataba de un misterio importante, y esto lo decidió a cumplir con su deber, costase lo que costase.

Echó el sobre dentro de su valija y la cerró, contestándole:

-No puedo hacerlo, señor alcalde. Tratándose de una carta dirigida a la Justicia, no puedo hacerlo.

Una angustia horrible estrujó el corazón de Renardet, y balbució:

- -Usted me conoce lo suficiente. Puede incluso comprobar que está escrita de mi puño y letra. Le aseguro que tengo necesidad de ese papel.
- -No puede ser.
- -Sea razonable, Mederic; sabe usted que yo soy incapaz de engañarlo, y le aseguro que lo necesito.
- -No puede ser. No puede ser.

El alma violenta de Renardet se sintió sacudida por un estremecimiento de cólera.

-Cuidado con lo que hace, caracoles. Ya sabe usted cómo las gasto yo, y que me costaría muy poco trabajo hacerle saltar inmediatamente de su empleo, pedazo de mamarracho. Después de todo, yo soy el alcalde y le ordeno que me entregue ese papel.

El cartero le replicó con firmeza:

-¡No, señor alcalde; no puedo hacerlo!

Renardet perdió entonces la cabeza y lo agarró del brazo con intención de quitarle la valija; pero el cartero se desembarazó de un tirón, y al mismo tiempo que retrocedía blandió su bastón de acebo, diciendo sentenciosamente y sin perder la calma:

-¡Cuidado con ponerme la mano encima, señor alcalde, porque lo sacudo! Ándese con cuidado. ¡Yo cumplo con mi deber, y nada más!

Renardet, que se vio perdido, se hizo humilde, cariñoso, gimoteando como niño que llora:

-Amigo mío, sea usted razonable; devuélvame esa carta; yo se lo agradeceré; le daré cien francos, ¿me comprende? ¡Cien francos!

El cartero le volvió la espalda y echó a andar. Renardet fue tras él, jadeante, balbuceando:

-Mederic, Mederic, escúcheme; le daré mil francos, ¿me oye?, mil francos.

Pero el otro seguía caminando, sin contestarle. Renardet volvió a decir:

-Lo haré a usted rico, ¿me oye? Le daré lo que me pida... Cincuenta mil francos... Cincuenta mil francos por esa carta... Pero ¿qué inconveniente tiene usted?... ¿Por qué no quiere?... Le daré cien mil..., óigame..., cien mil francos... ¿Me comprende?... Cien mil francos, cien mil francos.

El cartero se volvió hacia él, con gesto duro y mirada severa:

-Basta ya, si no quiere usted que repita al juez todo lo que acaba de decirme.

Renardet se detuvo en seco. Se acabó. Ya no quedaba ninguna esperanza. Dio media vuelta y echó a correr hacia su

casa, galopando como animal perseguido.

Fue entonces Mederic el que hizo alto, y contempló estupefacto aquella fuga. Vio entrar al alcalde en su casa y se quedó esperando, como quien está seguro de que va a producirse algún acontecimiento inesperado.

En efecto, la alta figura de Renardet apareció en la cúspide de la torre del Zorro. Corrió alrededor de aquella plataforma como un loco; después, se agarró al mástil de la bandera y le dio varias sacudidas furiosas, sin conseguir quebrarlo, y de pronto, como un nadador que se tira al agua de cabeza, se precipitó en el vacío con las dos manos hacia adelante.

Mederic se lanzó a todo correr para prestarle socorro. Cuando cruzaba el parque vio a los leñadores que se dirigían al trabajo. Los llamó a gritos, diciéndoles lo que ocurría; encontraron al pie del muro un cuerpo ensangrentado, cuya cabeza se había deshecho al chocar contra una roca, rodeada por todas partes por el río Brindille, que allí se ensanchaba. Un largo reguero color de rosa, mezcla de sangre y de sesos, se perdía en sus aguas serenas y transparentes.

# La puerta

-¡Ah! -exclamó Karl Massouligny- he aquí una cuestión difícil, ¡la de los maridos complacientes! Desde luego, yo he visto de todos los tipos y no sabría dar una opinión sobre uno únicamente. A menudo he intentado determinar si son en realidad ciegos, clarividentes o débiles. Yo creo que hay de estas tres categorías.

Hagamos un pase rápido sobre los ciegos. Estos en absoluto son serviciales puesto que no saben lo infelices que son, nunca ven más lejos de sus narices. Por otra parte, una cosa curiosa, e interesante de apuntar, es la facilidad de los hombres, e incluso de las mujeres, de todas las mujeres, para dejarse engañar.

Nos sorprenden con las más pequeñas astucias todos los que nos rodean, nuestros niños, nuestros amigos, nuestros criados, nuestros proveedores. La humanidad es crédula y nosotros no gastamos en sospechar, adivinar y desbaratar las destrezas de los otros, ni la décima parte de la sutileza que utilizamos cuando queremos, cuando nos toca engañar a alguien.

Los maridos clarividentes pertenecen a tres razas. Los que tienen interés, un interés económico, ambición, o bien los que su mujer tiene un amante o amantes. Los que quieren, poco más o menos, únicamente salvaguardar las apariencias, y están satisfechos de ello. Los que rabian. Se haría una hermosa novela sobre ellos. En fin, ¡los débiles! los que tienen miedo del escándalo.

Hay también los impotentes, o más bien los fatigados, que huyen del lecho conyugal por temor a un síncope o a una apoplejía y que se resignan con ver a un amigo correr riesgos.

En cuanto a mí, he conocido un marido de una especie bastante rara y que se ha defendido de todo esto de una forma espiritual y rara.

Yo había conocido en París un matrimonio elegante, mundano, muy liberal. La mujer, activa, alta, delgada, muy encorsetada, pasaba por haber tenido aventuras. Me gustó por su espíritu y creo que yo también le gusté. Le hice la corte, una corte a prueba, a la que ella respondió con provocaciones evidentes. Pronto llegamos a las miradas tiernas, las manos cogidas, a todas las pequeñas galanterías que preceden al gran ataque.

Sin embargo, yo dudaba. Creo, en resumen, que la mayor parte de las uniones mundanas, inclusive las muy cortas, no valen el mal que nos producen ni todas las preocupaciones que de ellas pueden resultar. Yo comparaba, pues, mentalmente, los atractivos e inconvenientes que podía esperar y temer cuando creí darme cuenta de que el marido sospechaba de mí y me vigilaba.

Una tarde, en el baile, mientras yo le decía cosas tiernas a la joven en un saloncito contiguo a los grandes donde se bailaba, percibí de repente, en un espejo, el reflejo de una cara que me espiaba. Era él. Nuestras miradas se cruzaron; después lo vi, siempre en el espejo, girar la cabeza e irse.

Murmuré:

-Su marido la espía.

Ella pareció estupefacta.

- -¿Mi marido?
- -Sí, varias veces nos ha estado vigilando.
- -¡Vamos! ¿Está usted seguro?
- -Muy seguro.
- -Qué extraño. Al contrario, ordinariamente se muestra de lo más amable con mis amigos.
- -¿Puede ser que haya adivinado que la amo?
- -¡Vamos! Usted no es el primero que me hace la corte. Toda mujer un poco de buen ver colecciona un rebaño de pretendientes.
- -Sí. Pero yo la amo profundamente.
- -Admitiendo que esto fuese verdad, ¿acaso un marido adivina nunca este tipo de cosas? -Entonces, ¿no es celoso?

-No... no...

Ella reflexionó ciertos instantes y después siguió:

- -No, nunca noté que fuera celoso.
- -¿Nunca la ha... nunca la ha vigilado?
- -No... Como le decía, es muy amable con mis amigos.

A partir de ese día le hice la corte más regularmente. La mujer no me gustaba mucho, pero los celos probables del marido me seducían bastante.

En cuanto a ella, la juzgaba con frialdad y lucidez. Tenía un cierto encanto mundano que provenía de un espíritu alerta, alegre, amable y superficial, pero ningún tipo de seducción real y profunda. Era, como yo le había ya dicho, una casquivana, siempre fuera, con una elegancia un poco ostentosa de más. ¿Cómo explicárelo...? Era... era.... un decorado, nada hogareña.

Ahora bien, un día, como yo había cenado en su casa, su marido, en el momento en que me retiraba, me dijo:

-Querido amigo -me trataba como a un amigo desde hacía algún tiempo-, nosotros vamos a irnos pronto para el campo. Ahora bien, sería un gran placer, para mi mujer y para mí, recibir allí a la gente que apreciamos. ¿Aceptaría pasar un mes con nosotros? Sería muy amable por su parte.

Quedé estupefacto pero acepté.

Así que, un mes más tarde llegué a su casa en la propiedad de Vertcresson, en Touraine.

Me esperaban en la estación, a cinco kilómetros del castillo. Eran tres: ella, el marido y un señor desconocido, el conde de Morterade, a quien fui presentado. Éste pareció contento de haberme conocido, y las ideas más extrañas pasaron por mi espíritu mientras que seguíamos al trote un hermoso camino profundo, entre dos filas de verde hierba.

Yo me decía: Veamos, ¿qué quiere decir esto? He aquí un marido que no puede dudar de que su mujer y yo estemos tonteando, y él me invita a su casa, me recibe como a un íntimo y parece decirme: "¡Vamos, vamos, querido, el camino está libre!".

Después me presentan a un señor, muy distinguido a fe mía, instalado ya en la casa y... y que busca tal vez dejar de serlo, y que parece tan contento como el marido con mi llegada.

¿Se trata de un anciano que busca su retiro? Podría ser. Pero, entonces, ¿los dos hombres estarían pues de acuerdo, tácitamente, por medio de uno de esos hermosos pequeños pactos infames tan comunes en la sociedad? Y me proponen, sin decirme nada, entrar en la asociación, tomando el relevo. Me tienden las manos, me tienden los brazos. Me abren todas las puertas y todos los corazones.

¿Ella? Un enigma. Ella no debe, no puede ignorar nada. ¿Sin embargo?... ¿sin embargo?... He aquí que... ¡Yo no entiendo nada!

La cena fue muy alegre y cordial. Cuando dejábamos la mesa, el marido y su amigo se pusieron a jugar a las cartas mientras que yo iba a contemplar el claro de luna, sobre la escalinata, con la señora. Parecía muy turbada por la naturaleza y yo juzgué que el momento de mi felicidad estaba próximo. Aquella tarde la encontré realmente encantadora. El campo la había enternecido, o más bien debilitado. Su alargada estatura delgada aparecía hermosa sobre la escalinata de piedra, al lado del enorme jarrón con una planta. Tenía ganas de arrastrarla bajo los árboles y de arrojarme a sus pies diciéndole palabras de amor.

La voz de su marido gritó:

- -¿Louise?
- -Sí, querido.
- -Olvidas el té.
- -Ya voy, querido.

Entramos y ella nos sirvió el té. Los dos hombres, acabada su partida de cartas, tenían visiblemente sueño. Tuvimos que subir a nuestras habitaciones. Yo me dormí muy tarde y muy mal.

Al día siguiente se decidió una excursión por la tarde y marchamos en landó descubierto para ir a visitar unas ruinas cualesquiera. Ella y yo estábamos al fondo del coche y ellos en frente de nosotros, de espaldas.

Hablábamos animadamente, con simpatía, con abandono. Yo soy huérfano y me parecía que acababa de encontrar a mi familia dado que me sentía como en mi casa al lado de ellos.

De repente, como ella había extendido su pie entre las piernas de su marido, él murmuró con aire de reproche:

-Louise, te lo ruego, no uses tus viejos zapatos. No hay razón para cuidarse más en París que en el campo.

Yo bajé la mirada. Ella llevaba, en efecto, unos viejos botines torcidos en los tacones y me di cuenta de que sus medias no estaban para nada estiradas. Ella había enrojecido retirando su pie bajo el vestido. El amigo miraba a lo lejos con aire indiferente y como ajeno a la situación.

El marido me ofreció un cigarrillo que acepté. Durante varios días me fue imposible estar a solas con ella ni dos minutos, ya que él nos seguía a todos los lugares. Por otra parte, esto era delicioso para mí.

Ahora bien, una mañana, como había venido a buscarme para dar un paseo a pie antes de comer, llegamos a hablar del matrimonio. Dije algunas frases sobre la soledad y algunas otras sobre la vida común que se vuelve maravillosa por la ternura de una mujer. De repente me interrumpió:

-Amigo, no hable de lo que no conoce en absoluto. Una mujer que no tiene interés en amarlo, no lo ama mucho tiempo. Todas las coqueterías que las hacen exquisitas cuando no nos pertenecen definitivamente, cesan tan pronto como son nuestras. Y después, por otra parte... las mujeres honestas... es decir, nuestras mujeres... son.... no son.... les falta.... en fin, no conocen suficientemente su oficio de mujer. Bueno... yo me entiendo.

No dijo nada más sobre esto y no pude adivinar exactamente su pensamiento.

Dos días después de esta conversación me llamó a su habitación, muy temprano, para enseñarme una colección de grabados.

Me senté en un sillón, en frente de la puerta grande que separaba su apartamento del de su mujer, y detrás de esta puerta escuché andar, moverse, y casi ni pensaba en los grabados, exclamando:

-¡Oh! ¡Maravilloso! ¡Exquisito, exquisito!

Él dijo de repente:

-¡Oh! ¡Pero si tengo una maravilla al lado! .Voy a buscársela.

Y se precipitó sobre la puerta cuyos dos batientes se abrieron completamente como por un efecto teatral.

En una sala grande en desorden, en el medio de faldas, cuellos, corpiños sembrados por el suelo, un ser grande y enjuto, despeinado, la parte inferior del cuerpo cubierta con una vieja falda de seda ajada que ceñía su talle delgada, cepillaba delante de un espejo unos cabellos rubios, cortos y escasos.

Sus brazos formaban dos ángulos puntiagudos y a la vez que se giraba espantada, vi bajo una camisa de tela vulgar, un cementerio de costillas que una falsa pechera de algodón disimulaba en público.

El marido emitió un grito muy natural, volvió a entrar cerrando las puertas y con aire afligido:

-¡Oh!, Dios mío! Mira que soy estúpido! ¡Oh! ¡Realmente soy tonto! Esta es una equivocación que mi mujer no me perdonará jamás!

Yo tenía ganas de darle las gracias.

Me fui tres días después, tras haber apretado intensamente las manos de los dos hombres y besado la de la mujer, que me dijo adiós fríamente.

Karl Massouligny se calló.

Alguien preguntó:

-Pero, ¿quién era el amigo?

-No sé... Sin embargo... sin embargo parecía desolado por verme partir tan rápido.

# La señora Baptiste

Cuando entré en la sala de espera de la estación de Loubain, mi primera mirada fue para el reloj. Tenía que esperar el expreso para París dos horas y diez minutos. Me sentía cansado como si hubiera recorrido diez leguas a pie; miré a mi alrededor como para descubrir en las paredes alguna forma de matar el tiempo; luego volví a salir y me senté delante de la puerta de la estación con el espíritu preocupado por el deseo de inventar algo que hacer. La calle, una especie de bulevar plantado de flacas acacias, entre dos filas de casas desiguales y diferentes, casas de ciudad pequeña, subía hacia una especie de colina; y al final se veían árboles como si terminara en un parque. De vez en cuando un gato cruzaba, saltando los arroyos de manera delicada. Un perro pequeño apresurado olfateaba el pie de todos los árboles, buscando restos de comida. No veía a ninguna persona.

Un melancólico desaliento me invadió. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Ya estaba pensando en la interminable e inevitable sesión en el pequeño café del ferrocarril, ante una caña imbebible, y el ilegible periódico del lugar, cuando divisé un cortejo fúnebre que salía de una calle lateral para tomar aquélla en la que yo me encontraba. Pero pronto mi atención aumentó. El muerto solamente iba acompañado de ocho hombres, uno de los cuales lloraba. Los otros charlaban amigablemente. No lo acompañaba ningún sacerdote. Pensé: «Es un entierro civil»; luego consideré que una ciudad como Loubain debía contener al menos un centenar de librepensadores que habrían considerado como un deber manifestarse y asistir. Entonces ¿qué? La marcha rápida del cortejo decía bien a las claras, no obstante, que se enterraba a ese difunto sin ceremonia, y por consiguiente, sin religión.

Mi curiosidad desocupada se lanzó a inventar las hipótesis más complicadas; pero cuando el coche fúnebre pasó por delante de mí, se me ocurrió la extravagante idea de seguirlo junto a aquellos seis señores. Podía ocupar así al menos una hora, y eché a andar, con expresión triste, detrás de los demás. Los dos últimos se volvieron sorprendidos y luego se hablaron en voz baja. Sin duda se preguntaban si yo era del pueblo. Luego consultaron a los de delante que, a su vez, se pusieron a mirarme. Esta atención inquisidora me molestaba, y para acabar con ella, me acerqué a mis vecinos. Tras saludarlos, dije: «Les pido perdón, señores, si interrumpo su conversación, pero, al ver un entierro civil, me he apresurado a seguirlo sin conocer, por otra parte, al difunto que acompañan ustedes». Uno de los señores dijo: «Es una difunta». Me quedé sorprendido y pregunté: «Pero es un entierro civil, ¿no?». El otro señor, que evidentemente deseaba ponerme al corriente, tomó la palabra: «Sí y no. El clero nos ha negado la entrada a la iglesia». Entonces lancé un «¡Ah!» de estupefacción. No comprendía absolutamente nada.

Mi atento vecino me confió en voz baja: «¡Oh! es toda una historia. Esta joven se ha suicidado, y por eso no ha podido ser enterrada religiosamente. Su marido es aquél que ve allí, en primera fila, el que llora». Entonces, dudando, dije: «Me sorprende usted y me interesa mucho, señor. ¿Sería muy indiscreto pedirle que me cuente la historia? Si le molesto, hágase la idea de que no he dicho nada». El señor me tomó del brazo con familiaridad: «No, en absoluto, en absoluto. Venga, quedémonos un poco detrás. Voy a contárselo todo, es muy triste. Tenemos tiempo antes de llegar al cementerio cuyos árboles ve usted allá arriba; pues la cuesta es muy inclinada».

Y comenzó: «Imagine que esta joven, la señora de Paul Hamot, era hija de un rico comerciante del pueblo, el señor Fontanelle. Cuando era muy niña, a los doce años, padeció una aventura terrible: un criado la violó. Estuvo a punto de morir, desgraciada por ese miserable que su brutalidad denunció. Un horrible proceso tuvo lugar y descubrió que, desde hacía tres meses, la pobre mártir era víctima de las vergonzosas prácticas de aquel animal. El hombre fue condenado a trabajos forzados a perpetuidad.

"La niña creció, marcada por esa infamia, aislada, sin amigas, besada someramente por las personas mayores que habrían creído manchar sus labios al tocar su frente. Se convirtió en una especie de monstruo, de fenómeno para la ciudad. Decían por lo bajo: «Ya sabe, la pequeña Fontanelle». Y todos se volvían en la calle cuando ella pasaba. A duras penas podían encontrar criada que la llevara de paseo, pues las criadas de otras familias se mantenían alejadas, como si la niña desprendiera algo contagioso que podría extenderse a todos cuantos se le acercaran.

"Daba pena ver a la pobre pequeña en la plaza en la que todos los chiquillos acudían a jugar por las tardes. Permanecía siempre sola, de pie junto a su sirvienta, mirando con expresión triste a los demás niños que se divertían. A veces, avanzaba tímidamente, con gestos temerosos y se acercaba a un grupo con paso furtivo, como consciente de su indignidad. E, inmediatamente, desde todos los bancos, llegaban corriendo las madres, las criadas, las tías, que tomaban de la mano a las niñitas confiadas a su cuidado y se las llevaban brutalmente. La pequeña Fontanelle se quedaba sola, perdida, sin comprender, y se ponía a llorar, con el corazón roto de pesar. Luego corría a ocultar su rostro en el delantal de su criada, sollozando.

"Creció y las cosas fueron aún peor. Alejaban de ella a las demás jóvenes como si fuera una apestada. Piense, pues, que esta joven no tenía ya nada que aprender, nada; que ya no tenía derecho a la simbólica flor de azahar; que antes casi de saber leer, ya había aprendido el terrible misterio que las madres dejan apenas adivinar temblando, la tarde misma de la boda. Cuando pasaba por la calle, acompañada por su aya, como si la tuvieran vigilada por el miedo incesante a una

nueva y terrible aventura, cuando pasaba por la calle con los ojos bajos por la vergüenza misteriosa que sentía pesar sobre ella, las demás jóvenes, menos ingenuas de lo que se cree, cuchicheaban mirándola socarronamente, se reían por lo bajo, y volvían rápidamente la cara con expresión distraída, si por casualidad ella las miraba. Apenas la saludaban. Sólo algunos hombres se descubrían. Las madres fingían no haberla visto. Algunos pequeños sinvergüenzas la llamaban «señora Baptiste», con el apellido del criado que la había ultrajado y perdido.

"Nadie conocía las torturas secretas de su alma; pues no hablaba, no reía jamás. Hasta sus mismos padres parecían molestos ante ella como si le reprocharan eternamente alguna falta irreparable. Un hombre honesto no le daría la mano, con gusto, a un licenciado de presidio ¿verdad? Aunque ese presidiario fuera su hijo. El señor y la señora Fontanelle consideraban a su hija como habrían considerado a un hijo recién salido de la cárcel.

"Era bonita, pálida, alta, delgada, distinguida. Me habría gustado mucho, señor, de no haber sido por este asunto. Y, cuando nombraron a un nuevo subprefecto hace ahora dieciocho meses, trajo con él a su secretario particular, un chico simpático que, al parecer, había corrido la buena vida en el Barrio Latino. Vio a la señorita Fontanelle y se enamoró de ella. Se lo contaron todo. Pero él se limitó a decir: «¡Bah! eso es justamente una garantía para el porvenir. Prefiero que sea antes que después. Con esta mujer, dormiré tranquilo».

"La cortejó, la pidió en matrimonio y se casó con ella. Entonces, puesto que tenía descaro, hizo visitas de boda como si nada. Algunas personas se las devolvieron, otras se abstuvieron. En fin, todos empezaban a olvidar y ella empezaba a ocupar un lugar en la sociedad. He de decirle que adoraba a su marido como a un dios. Piense que él le había devuelto el honor, la había hecho entrar de nuevo en la ley común, había desafiado, forzado la opinión pública afrontando los ultrajes, realizado, en definitiva, un acto de valentía que muy pocos hombres habrían hecho. Sentía por él una pasión exaltada y recelosa.

"Se quedó embarazada y, cuando se conoció esta noticia, las personas quisquillosas le abrieron la puerta de su casa, como si hubiera sido definitivamente purificada por la maternidad. Es curioso, pero es así...

"Todo marchaba bien hasta que, hace unos días, celebramos las fiestas patronales del pueblo. El prefecto, rodeado de su estado mayor y de las autoridades, presidía el concurso de orfeones; acababa de pronunciar su discurso, cuando comenzó la distribución de medallas que el secretario particular, Paul Hamot, iba entregando a cada titular. Ya se sabe que en esos asuntos siempre hay envidias y rivalidades que hacen que la gente pierda las formas. Todas las damas de la ciudad estaban allí, sobre el estrado. Cuando llegó su turno, el director del coro de la aldea de Mormillon se adelantó. Su agrupación sólo había obtenido una medalla de segunda clase. No se le puede dar de primera clase a todo el mundo ¿no es cierto? Cuando el secretario particular le entregó su emblema, este hombre se lo arrojó a la cara diciendo: «Guarda tu medalla para Baptiste. Le debes incluso una de primera clase, lo mismo que a mí».

"Había allí todo un gentío que se echó a reír. El pueblo no es ni caritativo ni delicado, y todos los ojos se volvieron hacia la pobre dama. ¿Señor, ha visto alguna vez a una mujer volverse loca? -No.- Pues bien, nosotros asistimos a ese tipo de espectáculo. Se levantó y volvió a caerse sobre el asiento, como si hubiera querido escapar y hubiera comprendido que no podía atravesar todo el gentío que la rodeaba. Una voz, desde algún punto de entre el público, gritó: «¡Eh! ¡Señora Baptiste!». Entonces se produjo un gran alboroto de alegrías y de indignaciones. Era una marejada, un tumulto; todas las cabezas se removían. Repetían la frase; se levantaban para ver la cara que ponía la desgraciada; los maridos subían a sus mujeres en brazos con el fin de que pudieran verla; la gente preguntaba: «¿Cuál, aquella de azul?». Los chiquillos cantaban como los gallos; y grandes carcajadas surgían de aquí y allá. Ella no se movía, despavorida, en su sillón de protocolo, como si la hubieran colocado ahí para que toda la asamblea la contemplara. No podía desaparecer, ni moverse, ni taparse la cara. Sus párpados pestañeaban precipitadamente, como si una intensa luz le quemara los ojos; y resoplaba como un caballo que sube una cuesta. Se partía el corazón de verla.

"El señor Hamot había agarrado por el cuello al grosero personaje y ambos rodaban por el suelo en medio de un escándalo horroroso. La ceremonia quedó interrumpida. Una hora más tarde, en el momento en que los Hamot regresaban a su casa, la mujer, que no había pronunciado una sola palabra después del insulto, pero que temblaba como si todos sus nervios hubieran sido puestos en danza por un resorte, saltó de pronto el pretil del puente, sin que su marido tuviera tiempo de sujetarla, y se lanzó al río. El agua era profunda bajo los arcos. Tardaron dos horas antes de lograr rescatarla. Naturalmente, estaba muerta."

El narrador se calló. Luego añadió: «Tal vez fuera lo mejor que podía hacer en su situación. Hay cosas que no se borran jamás. ¿Comprende ahora por qué el clero ha negado la entrada en la iglesia? ¡Oh! si el entierro hubiera sido religioso habría asistido toda la ciudad. Pero, como puede comprender, el suicidio añadido a la otra historia ha hecho que las familias se hayan abstenido; además, es muy difícil aquí asistir a un entierro sin curas».

Franqueamos la puerta del cementerio. Y yo esperé, muy emocionado, a que descendieran el féretro a la fosa para acercarme al pobre chico que sollozaba, y apretarle intensamente la mano. Me miró con sorpresa a través de sus lágrimas, luego dijo: «Gracias, señor». Y no lamenté haber acompañado aquel cortejo.

## La señora Hermet

Los locos me atraen. Esas personas viven en un país misterioso de sueños extraños, en la nube impenetrable de la demencia en la que todo lo que han visto sobre la tierra, todo lo que han amado, todo lo que han hecho vuelve a empezar para ellos en una existencia imaginada fuera de todas las leyes que gobiernan y rigen el pensamiento humano.

Para ellos ya no existe lo imposible, lo inverosímil desaparece, lo fantástico se hace constante y lo sobrenatural habitual. Esa vieja barrera, la lógica; esa vieja muralla, la razón; esa vieja rampa de las ideas, el sentido común; se rompen, se derrumban, se vienen abajo ante su imaginación dejada en libertad, escapada en el país ilimitado de la fantasía, que va dando saltos fabulosos sin que nada la detenga. Para ellos todo ocurre y todo puede ocurrir. No hacen esfuerzos por vencer los acontecimientos, para domar las resistencias o derribar los obstáculos. ¡Basta un capricho de su voluntad ilusoria para que sean príncipes, emperadores o dioses, para que posean todas las riquezas del mundo, todas las cosas sabrosas de la vida, para que gocen de todos los placeres, para que sean siempre fuertes, siempre bellos, siempre jóvenes, siempre amados! Ellos son los únicos que pueden ser felices sobre la tierra, pues para ellos la Realidad ya no existe. Me gusta inclinarme sobre su espíritu vagabundo como se inclina uno sobre un abismo en cuyo fondo borbotea un torrente desconocido, que viene no de sabe de dónde y va no se sabe adónde.

Pero de nada sirve asomarse a esas grietas, pues jamás podrá saber uno de dónde viene ese agua y adónde va. Después de todo, no es sino un agua parecida a la que corre a la luz del día, y contemplarla no nos enseñará gran cosa. Tampoco sirve de mucho inclinarse sobre el espíritu de los locos, pues sus ideas más extrañas no son, en definitiva, sino ideas ya conocidas, sólo que resultan extrañas porque no están encadenadas por la razón. Su fuente caprichosa nos llena de sorpresa porque no la vemos brotar. Ha bastado que una pequeña piedra haya caído en su curso para que estos borboteos se produzcan. Sin embargo, los locos me siguen atrayendo, y vuelvo hacia ellos constantemente, atraído, bien a mi pesar, por el misterio banal de la demencia.

Un día, cuando visitaba uno de sus asilos, el médico que me acompañaba me dijo: «Venga, voy a enseñarle un caso interesante». Y mandó que abrieran una celda donde una mujer de unos cuarenta años, aún hermosa, sentada en un gran sillón, miraba obstinadamente su rostro en un pequeño espejo de mano. Tan pronto nos vio se levantó, corrió al fondo de la habitación a buscar un velo que estaba echado sobre una silla, envolvió su cara con mucho cuidado, y luego regresó, respondiendo con una inclinación a nuestros saludos.

-¡Y bien! -dijo el doctor- ¿cómo se encuentra esta mañana?

Ella lanzó un profundo suspiro: «¡Oh! mal, muy mal, señor, pues las señales aumentan cada día». Él contestó con tono convencido: «No, no, le aseguro que se equivoca». Ella se acercó y murmuró:

-No. Estoy segura. Esta mañana he contado diez agujeros más, tres en la mejilla derecha, cuatro en la mejilla izquierda y tres en la frente. ¡Es horrible, horrible! ¡No dejaré que nadie me vea, ni siquiera mi hijo, no, ni siquiera él! Estoy perdida, estoy desfigurada para siempre.

Se dejó caer en el sillón y se puso a sollozar. El médico cogió una silla, se sentó en ella y, con una voz suave y consoladora, le dijo:

-Vamos a ver, enséñeme eso, le aseguro que no es nada. Con una pequeña cauterización haré que todo desaparezca.

Ella contestó «No» con la cabeza, sin decir una palabra. Él quiso tocarle el velo, pero ella lo agarró con las dos manos con tanta fuerza que introdujo en él los dedos. Él se puso de nuevo a exhortarla y a tranquilizarla:

-Vamos a ver, usted sabe bien que yo le quito siempre esos feos agujeros, y que una vez que los he tratado ya no se ven absolutamente nada. Si no me los enseña, no podré curarla.

Ella murmuró: «A usted, de acuerdo, pero no conozco a ese señor que lo acompaña».

-También es médico, y la curará aún mejor que yo.

Entonces permitió que le descubriera el rostro, pero su miedo, su emoción, su vergüenza de que la vieran le hacían enrojecer hasta el cuello que se introducía en su vestido. Bajaba los ojos, giraba la cara, a la derecha, a la izquierda, para evitar nuestras miradas, y balbucía: «¡Oh! ¡Sufro tremendamente de que me vean así! Es horrible ¿verdad? ¿Es horrible?». Yo la contemplaba muy sorprendido, pues no tenía nada en la cara, ni una señal, ni una mancha, ni un signo, ni una cicatriz. Se giró hacia mí, siempre con los ojos bajos, y me dijo:

-Contraje esta horrible enfermedad mientras cuidada a mi hijo, señor. Lo salvé pero yo quedé desfigurada. Le entregué mi belleza a mi pobre hijo. En fin, cumplí con mi deber y mi conciencia está tranquila. Si sufro, sólo Dios lo sabe.

El doctor había sacado de su bolsillo un delgado pincel de acuarelista. «Permítame, -le dijo- yo voy a arreglarle todo eso». Ella tendió la mejilla derecha y él comenzó a darle pequeños toques, como si estuviera colocando encima pequeños puntos de color. Hizo lo mismo sobre la mejilla izquierda, luego sobre el mentón y más tarde sobre la frente; luego exclamó: «¡Mire, ya no hay nada, absolutamente nada!». Ella cogió el espejo, se contempló un buen rato con una profunda atención, una atención aguda, con un esfuerzo violento de todo su espíritu para descubrir algo, luego suspiró: «No. Ya no se nota demasiado. Se lo agradezco infinitamente».

El médico se levantó. La saludó, me hizo salir y luego me siguió; y, tan pronto como estuvo cerrada la puerta, dijo:

-He aquí la atroz historia de esta desgraciada: Se llama señora Hermet. Fue muy bella, muy coqueta, muy amada y muy feliz en la vida. Era una de esas mujeres que no tienen en el mundo más que su belleza y su deseo de agradar para sostenerlas, gobernarlas o consolarlas en la vida. El cuidado constante de su frescura, los cuidados de su cara, de sus manos, de sus dientes, de todas las parcelas de su cuerpo que podía enseñar ocupaban todas sus horas y toda su atención. Se quedó viuda, con un hijo. El niño fue criado como lo son todos los hijos de las mujeres de mundo muy admiradas. Sin embargo, ella lo amaba.

"Él creció y ella envejeció. ¿Vio llegar la crisis fatal? No lo sé. ¿Miró, como otras tantas, cada mañana durante horas y horas la piel, antes tan fina, tan transparente, tan luminosa, que ahora se estropea un poco junto a los ojos, se arruga con mil rayas aún imperceptibles, pero que se harán más profundas día a día, mes a mes? ¿Padeció la tortura, la abominable tortura del espejo, del pequeño espejo de puño de plata que uno no puede decidirse a dejar sobre la mesa, que se lanza con rabia y que se vuelve a coger al instante, para volver a ver, desde cerca, desde muy cerca, el odioso y tranquilo deterioro de la vejez que se aproxima? ¿Se encerró diez veces, veinte veces por día, abandonando sin motivo el salón en el que charlaban sus amigas, para subir a su dormitorio y allí, bajo la protección de los cerrojos y las cerraduras, mirar una vez más el trabajo de destrucción de la carne madura que se marchita, para constatar con desesperación el ligero progreso del mal que nadie parece ver aún, pero que ella conoce bien? Ella sabe dónde se producen los ataques más graves, las más profundas mordeduras de la edad. Y el espejo, el pequeño espejo redondo en su marco de plata labrada, le dice cosas abominables, pues habla, parece reírse, se burla y anuncia todo lo que va a venir, todas las miserias de su cuerpo, y el atroz suplicio de su pensamiento hasta el día de su muerte, que será de de su liberación.

"¿Lloró asustada, de rodillas, con la frente en el suelo y rogando, rogando a Aquel que mata así a los seres y que no les concede la juventud sino para hacerles más dura la vejez, y no les presta la belleza sino para quitársela enseguida; le rogó, le suplicó que hiciera por ella lo que no había hecho por nadie, que le dejara hasta su último día el encanto, la frescura y la gracia? Y luego, comprendiendo que imploraba en vano al inflexible Desconocido que empuja los años, uno tras otro, ¿se revolcó, retorciéndose los brazos, sobre las alfombras de su habitación? ¿Golpeó su frente contra los muebles reteniendo en su garganta los horribles gritos de desesperación? Sin lugar a dudas padeció todas esas torturas. Pues esto fue lo que ocurrió:

"Un día (ella tenía entonces treinta y cinco años) su hijo, que tenía quince, cayó enfermo. Se metió en cama sin que se pudiera determinar aún de dónde procedía su dolencia y de qué naturaleza era. Un cura, su preceptor, permanecía junto a él y no se separaba nunca, mientras que la señora Hermet acudía a preguntar cómo seguía, por la mañana y por la noche. Por la mañana venía aún en bata, sonriente, perfumada ya y, desde la puerta, preguntaba: «¿Qué, Georges?, ¿te encuentras mejor?». El chico, enrojecido, con el rostro hinchado y roído por la fiebre, respondía: «Sí, mamita, un poco mejor». Ella permanecía unos instantes en la habitación, miraba desdeñosamente los frascos de medicamentos haciendo puaf, luego, de pronto, exclamaba: «¡Ah! he olvidado una cosa urgente», y se escapaba corriendo dejando tras de sí el delicado olor de su aseo. Por la noche, aparecía con traje escotado, más apresurada aún pues siempre iba con retraso; y tenía justo el tiempo para preguntar: «Y bien, ¿qué ha dicho el médico?». El cura contestaba: «Aún no está seguro, señora».

"Pero, una noche el cura contestó: «Señora, su hijo ha contraído la viruela». Ella lanzó un gran grito de miedo y se marchó corriendo. Cuando la doncella entró en su dormitorio a la mañana siguiente, notó en la habitación un intenso olor a azúcar quemada, y encontró a su señora con los ojos completamente abiertos, el rostro empalidecido por el insomnio y temblando de angustia sobre su cama. Tan pronto como las contraventanas estuvieron abiertas, la señora Hermet preguntó: «¿Cómo sigue Georges?» - «¡Oh!, hoy no está muy bien, señora».

"Ella no se levantó hasta mediodía, comió dos huevos y una taza de té, como si estuviera enferma, luego salió y se informó en la farmacia acerca de los métodos más eficaces para preservarse del contagio de la viruela. No regresó hasta la hora de la cena, cargada de frascos, y se encerró de inmediato en su dormitorio, donde se embadurnó de desinfectantes. El preceptor la esperaba en el comedor. Tan pronto como lo vio, exclamó con una voz llena de emoción: «¿Y bien?». - «¡Oh!, no está mejor. El doctor está muy inquieto». Ella se echó a llorar y no pudo comer, hasta tal punto se sentía atormentada.

"Al día siguiente, desde el amanecer, mandó preguntar cómo seguía; la respuesta no fue buena, y ella pasó todo el día en su dormitorio, donde ardían dos pequeños braseros que exhalaban olores muy fuertes. Su doncella dijo, además, que se le había oído gemir durante toda la velada. Así transcurrió una semana sin que ella hiciera otra cosa que salir una hora o dos para tomar el aire, hacia media tarde. Ahora solicitaba noticias cada hora y sollozaba cuando éstas eran

peores.

"El undécimo día por la mañana, el preceptor, que se había hecho anunciar, entró en su habitación y sin aceptar el asiento que ella le ofrecía, con el rostro grave y pálido, le dijo: «Señora, su hijo se encuentra muy mal y desea verla». Ella se puso de rodillas exclamando: «¡Ah! ¡Dios mío! ¡Ah! ¡Dios mío! ¡No me atreveré jamás a ir! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡socórreme!». El sacerdote continuó: «¡El médico tiene pocas esperanzas, señora, y Georges la espera!». Luego se marchó. Dos horas más tarde, como el joven, que se sentía morir, llamaba de nuevo a su madre, el preceptor volvió a entrar en su dormitorio y la encontró aún de rodillas, llorando y repitiendo: «No quiero... no quiero.... Tengo demasiado miedo... no quiero...». Intentó convencerla, darle ánimos, llevársela. Sólo consiguió que le diera un ataque de nervios que le duró mucho rato y que le hizo gritar.

"Cuando el médico regresó por la tarde, fue informado de esta cobardía, y declaró que él la llevaría, por las buenas o por las malas. Pero después de haber empleado todos los argumentos, cuando la levantaba por la cintura para llevarla junto a su hijo, ella agarró la puerta, se aferró a ella con tanta fuerza que no hubo forma de arrancarla de allí. Luego, cuando la soltaron, se arrojó a los pies del médico, pidiendo perdón y excusándose por ser tan miserable. Y gritaba: «¡Oh! no se va a morir, dígame que no se va a morir, se lo ruego; dígale que lo quiero, que lo adoro...».

"El joven estaba agonizando. Viéndose en sus últimos momentos suplicó que convencieran a su madre para que fuera a decirle adiós. Con esa especie de presentimiento que a veces tienen los moribundos, lo había comprendido todo, lo había adivinado todo, y decía: «Si no se atreve a entrar, dígale sólo que venga por el balcón hasta mi ventana para que yo la vea, al menos, para que pueda decirle adiós con la mirada, ya que no puedo abrazarla».

"El médico y el cura volvieron de nuevo a la habitación de esta mujer: «No arriesga nada -afirmaban- puesto que habrá un cristal entre usted y él». Aceptó, se cubrió la cabeza, cogió un frasco de sales, dio tres pasos en el balcón y, de pronto, ocultando su cara entre las manos, gimió: «No... no... no me atreveré nunca a verlo... jamás... siento demasiada vergüenza... tengo demasiado miedo... no, no puedo». Quisieron arrastrarla, pero se sujetaba con toda su fuerza a los barrotes y lanzaba tales gritos, que los transeúntes, en la calle, levantaban la cabeza.

"Y el moribundo esperaba, con los ojos vueltos hacia esa ventana, esperaba para morir a ver por última vez el rostro dulce y amado, el rostro sagrado de su madre. Esperó mucho rato, y llegó la noche. Entonces se volvió hacia la pared y no pronunció una sola palabra. Cuando amaneció, estaba muerto. Al día siguiente, ella estaba loca."

## La señorita Perla

Ι

Qué extraordinaria idea había tenido, realmente, esa noche, de elegir por reina a la señorita Perla. Voy todos los años a celebrar Noche de Reyes a la casa de mi viejo amigo Chantal. Mi padre, que era su camarada más íntimo, me llevaba allá cuando yo era un niño. He continuado y continuaré sin duda mientras yo viva y en tanto exista un Chantal en este mundo.

Los Chantal, por lo demás, llevan una existencia peculiar; viven en París como si vivieran en Grasse, Evetot o Pont-un-Mousson.

Son dueños de una casa con jardín junto al observatorio. Viven allí como si estuvieran en provincia. De París, del verdadero París, no saben nada, no sospechan nada; ¡ellos están lejos, muy lejos! De vez en cuando, sin embargo, hacen un viaje, un largo viaje. La señora Chantal va a las grandes provisiones, como se dice en familia. He aquí cómo se hace el gran aprovisionamiento.

La señorita Perla, que tiene las llaves del armario de la cocina (porque los armarios de la ropa blanca son administrados por la propia señora dueña de casa), verifica si el azúcar está a punto de terminarse, si las conservas se han agotado y que no queda gran cosa en el fondo de la bolsa de café.

Así, en guardia contra la hambruna, la señora Chantal pasa la inspección a lo que queda, tomando notas en una libreta. Luego que ha anotado muchos números, se entrega, en primer lugar, a largos cálculos, y a continuación mantiene largas discusiones con la señorita Perla. Finalmente, sin embargo, se ponen de acuerdo y fijan la cantidad de cada cosa que se aprovisionarán para tres meses: azúcar, arroz, ciruelas, café, mermeladas, latas de arvejitas, de porotos, de mariscos, de pescado ahumado o salado, etc.

Después de lo cuál se fija el día de compras, van en un coche, un coche de dos pisos, a una gran tienda de comestibles al otro lado del río en los barrios nuevos.

La señora Chantal y la señorita Perla hacen este viaje juntas, misteriosamente, y vuelven a la hora de cenar, extenuadas aunque todavía excitadas, agitadas y apretujadas en el cupé, donde el techo está cubierto de paquetes y bolsas, como en un carro de mudanzas.

Para los Chantal toda la zona de París situada al otro lado del Sena está constituida por los barrios nuevos, barrios habitados por una población singular, ruidosa, poco honorable, que pasa los días en vicios y placeres, las noches en juerga, y que tira el dinero por las ventanas. De vez en cuando, sin embargo, llevan a las jóvenes hijas a la Opereta Cómica en el Teatro Francés, cuando la obra está recomendada en el periódico que lee el señor Chantal.

Las jóvenes tienen diecinueve y dieciséis años. Son dos hermosas muchachas, altas y saludables, muy bien educadas, demasiado bien educadas, que pasan inadvertidas como dos bonitas muñecas. Jamás tendría la idea de flirtear o cortejar a las señoritas Chantal.

Apenas se atreve uno a hablarles, siendo ellas tan inmaculadas. Casi se teme ser mal educado al saludarlas.

En cuanto al padre, es un hombre encantador, muy culto, muy franco, muy amable, pero que ama ante todo el reposo, la calma, la tranquilidad, y ha contribuido poderosamente, así, a momificar su familia por vivir a su gusto en una inmovilidad paralizante. Lee mucho, charla con agrado, y se conmueve con facilidad. La ausencia de contactos y de no abrirse paso a codazos en el mundo ha hecho muy sensible y delicada su epidermis, su epidermis moral. La menor cosa lo conmueve, lo excita, y le hace sufrir.

Sin embargo, los Chantal tienen relaciones, pero relaciones restringidas, elegidas con cuidado en el vecindario. Intercambian también dos o tres visitas por año con parientes que viven lejos.

En cuanto a mí, voy a cenar a su casa el quince de agosto y el Día de Reyes. Es parte de mis deberes con la Comunión Pascual para los Católicos.

El 15 de agosto se invita a algunos amigos, pero en Reyes soy el único convidado extraño.

Así que, este año, como los anteriores, me invitaron a cenar a la casa de los Chantal para festejar Epifanía.

Según la costumbre, abracé al señor Chantal, a la señora Chantal y a la señorita Perla, e hice un gran saludo a las señoritas Luisa y Paulina. Me interrogaron sobre miles de cosas, sobre los acontecimientos en los paseos públicos, sobre la política, sobre lo que piensa la opinión pública de los negocios de Tonkin, y sobre nuestros parlamentarios. La señora Chantal, una señora gorda, cuyas ideas siempre me dan la impresión de ser cuadradas como baldosas, tenía la costumbre de emitir esta frase como conclusión a toda discusión política:

-Todo es mala semilla para más tarde.

¿Por qué siempre imaginé que las ideas de la señora Chantal eran cuadradas?. No sé; pero todo lo que ella dice toma esta forma en mi mente: un cuadrado, un cuadrado grande, con cuatro ángulos simétricos. Hay otras personas cuyas ideas siempre me parecen redondas y ruedan como unos aros. En cuanto empiezan una frase sobre cualquier cosa, ruedan, sin parar, saliendo diez, veinte, cincuenta ideas redondas, grandes y pequeñas, que yo veo correr una detrás de la otra, hasta el final del horizonte. Otras personas tienen también ideas puntiagudas...En fin, eso importa poco. Nos sentábamos a la mesa y la cena terminaba sin haber dicho nada excepcional.

Al postre se trae la Torta de Reyes. Todos los años el señor Chantal era el rey. Si esto era efecto de un azar continuado o una tradición familiar, yo no sé, pero él encontraba infaliblemente el frijol en su pedazo de pastel, y él proclamaba reina a la señora Chantal. Por consiguiente, me quedé estupefacto cuando sentí en un bocado de pastel algo tan duro que casi me hizo romper un diente. Saqué suavemente esta cosa de mi boca y vi que era una pequeña muñeca de porcelana, no más grande que una judía. La sorpresa me hizo exclamar:

-¡Ah!

Todos me miraban, y Chantal exclamaba aplaudiendo:

-¡Es Gastón! ¡Es Gastón! ¡Viva el rey! Viva el rey! -Todos repetían a coro-: ¡Viva el rey!

Me ruboricé hasta la punta de mis orejas, como me sucede a menudo sin razón, en situaciones que son un poco tontas. Permanecí con los ojos bajos, sujetando entre dos dedos esta semilla de porcelana, esforzándome a reír sin saber qué hacer o decir, cuando Chantal prosiguió:

-Ahora debe elegir una reina.

Entonces yo estaba aterrorizado. En un segundo mil pensamientos y suposiciones cruzaron mi mente. ¿Querían que yo escogiera una de las señoritas Chantal? ¿Era este un truco para hacerme decir cuál de ellas prefería? ¿Era una suave, ligera presión indirecta de los padres hacia un posible matrimonio? Las ideas de matrimonio rondan sin cesar en las casas con hijas casaderas, y toman todas las formas, todos los disfraces, y todos los medios. Un miedo atroz de comprometerme me invadió, y también una extrema timidez ante la actitud obstinadamente correcta y reservada de las señoritas Luisa y Paulina. Elegir a una de ellas en detrimento de la otra me parecía tan difícil como escoger entre dos gotas de agua. Y entonces el miedo de aventurarme en un asunto en que sería conducido al matrimonio a pesar mío, suavemente, por medios discretos e imperceptibles y también tranquilos, como este reinado intrascendente, me perturbaba horriblemente.

Pero, de repente, tuve una inspiración y le ofrecí a la señorita Perla la muñeca simbólica. Al principio todo el mundo se sorprendió, luego apreciaron sin duda mi delicadeza y discreción, porque aplaudieron furiosamente. Gritaban:

-¡Viva la reina!¡Viva la reina!

En cuanto a ella, la pobre solterona había perdido toda su serenidad; temblaba, tartamudeaba y balbucía:

-No... no... ¡Ah! No... yo no... por favor... yo no... por favor...

Entonces, por primera vez en mi vida, miré a la señorita Perla y me pregunté quién era ella. Estaba acostumbrado a verla en esta casa, así como uno ve los viejos sillones tapizados en los cuales ha estado sentándose desde la niñez sin fijarse nunca en ellos. Un día, sin saber por qué, tal vez un rayo de sol que cae sobre el sillón, y uno piensa de repente: Vaya, es muy interesante este mueble; y entonces descubre que la madera ha sido trabajada por un verdadero artista y que el tapiz es notable. Nunca me había fijado en la señorita Perla.

Era parte de la familia Chantal, eso era todo. ¿Pero cómo? ¿A título de qué?. Era una persona alta, delgada, que se esforzaba en pasar desapercibida, pero que no era apocada. Se le trataba amigablemente, mejor que a una ama de llaves,

menos que a un pariente. Observé, de repente, una cantidad de matices que yo nunca había asociado hasta ahora.

La señora Chantal decía: "Perla". Las jóvenes: "señorita Perla", y Chantal sólo la llamaba "señorita", quizás con un aire de respeto mayor.

Me puse a observarla. ¿Qué edad tenía? ¿Cuarenta años? Sí, cuarenta años. No era vieja, era joven, pero ella se envejecía. Me sorprendí de repente por este hecho. Ella se peinaba, se vestía, se presentaba ridículamente, y a pesar de todo, no era en lo más mínimo ridícula, tanto que tenía una gracia simple, natural, una gracia velada, cuidadosamente escondida. ¡Qué extraordinaria criatura, verdaderamente! ¿Cómo no la había observado mejor? Se peinaba de una manera grotesca, con ricitos de solterona de lo más absurdos; bajo esta cabellera de virgen retocada, se veía una gran frente serena, atravesada por dos arrugas profundas, dos arrugas de larga tristeza, luego dos ojos azules, grandes y tiernos, tan tímidos, tan vergonzosos, tan humildes; dos bellos ojos que permanecían tan ingenuos, plenos de asombros infantiles, de sensaciones jóvenes y también de penas que habían entrado enterneciéndolos sin turbarlos.

Todo el rostro era fino y mesurado, uno de esos rostros que se extinguen sin haber sido usados o marchitados por las fatigas o las grandes emociones de la vida.

¡Que boca tan bonita; ¡Qué dientes tan bellos! Pero se podía decir que no se atrevía a sonreír.

Y, repentinamente, la comparé con la señora Chantal. Indudablemente la señorita Perla era mejor, cien veces mejor, más fina, más noble, más elegante.

Estaba estupefacto de mis observaciones. Sirvieron el champaña. Dirigí mi vaso a la reina bebiendo a su salud con un cumplido bien estudiado. Quiso, yo me di cuenta, esconder su cara detrás de la servilleta. Entonces, cuando mojaba sus labios en el vino transparente, todos gritamos:

-¡La reina bebe! ¡La reina bebe!

Ella se puso roja y se atragantó. Nos reímos; aprecié bien cuánto la amaban en esa casa.

## III

En cuanto terminamos la cena Chantal me tomó por el brazo. Era la hora de su puro, una hora sagrada. Cuando estaba solo, salía a fumar a la calle; cuando había un invitado a cenar, subían a la sala de billar y fumaba mientras jugaba. Esa noche se había encendido la chimenea por ser Noche de Reyes; mi viejo amigo tomó su taco, uno muy fino, que lo frotó con tiza con gran cuidado; entonces dijo:

-¡Te toca, mi muchacho!

Me tuteaba, aunque yo tenía veinticinco años, pero él me había conocido desde niño.

Empecé el juego; hice algunas carambolas. Fallé algunas, pero como la imagen de la señorita Perla rondaba en mi cabeza, le pregunté de repente:

-¿A propósito, señor Chantal, la señorita Perla es pariente suyo?

Dejó de jugar, muy sorprendido, y me miró.

- -¿Qué no sabes? ¿No conoces la historia de la señorita Perla?
- -No
- -¿Tu padre no te la contó nunca?
- -No.
- -¡Vaya, vaya, qué raro! ¡Realmente raro! Porque es toda una aventura.

Hizo una pausa, y luego continuó:

Y si supieras cómo es de especial que me preguntes hoy día, en Noche de Reyes.

- -¿Por qué?
- -¡Ah! ¿Por qué? Escucha. Sucedió hace cuarenta y un años, hoy día, el día de Epifanía. Nosotros vivíamos entonces en Rouy-le-Tors, en las fortificaciones; pero primero tengo que describirte la casa para que puedas entender bien. Rouy se construyó en una colina, o más bien sobre un promontorio que domina una vasta región de praderas. Nosotros teníamos una casa allí con un bello jardín colgante, sostenido en el aire por los viejos muros de las fortificaciones. La casa miraba hacia el pueblo y la calle, mientras el jardín dominaba la llanura. Había también una puerta de salida del jardín a la campiña, al final de una escalera secreta que descendía por dentro de los muros, como se encuentra en las novelas. Un camino pasaba delante de esta puerta que estaba provista de una campana grande, para que los campesinos, evitando un rodeo, entregaran por allí las provisiones.

¿Te imaginas bien los lugares, verdad? Bien, ese año, antes de Reyes, había estado nevando durante una semana. Uno podría decir que era el fin del mundo. Cuando fuimos a los baluartes para contemplar la llanura, sentimos frío en el alma. Esta inmensa región blanca, toda blanca y helada, brillaba como si estuviera barnizada. Se podría decir que el buen Dios había empaquetado la tierra para enviarla al granero de los mundos antiguos. Puedo asegurarte que era muy triste.

Vivíamos en familia en aquel tiempo, numerosa, muy numerosa: mi padre, mi madre, mi tío y mi tía, mis dos hermanos y mis cuatro primas; eran unas lindas niñitas. Me casé con la más joven. De toda esa muchedumbre, sólo hay tres sobrevivientes: mi mujer, yo y mi cuñada que vive en Marsella. ¡Cristo! Cómo desaparece una familia, me hace temblar cuando pienso. Yo tenía entonces quince años, y ahora cincuenta y seis.

Así, íbamos a celebrar Noche de Reyes, estábamos muy contentos, muy felices. Todos esperábamos la cena en el salón, cuando mi hermano mayor, Santiago, dijo:

-Hay un perro que aúlla en la llanura hace diez minutos, debe ser una pobre bestia perdida. No había terminado de hablar cuando la campana del jardín sonó. Tenía el sonido profundo de una campana de iglesia que hace pensar en los muertos. Todo el mundo se estremeció. Mi padre llamó al sirviente y le dijo que fuera a ver. Estábamos en completo silencio; pensábamos en la nieve que cubría toda la tierra. Cuando el hombre volvió, afirmó que no había visto nada. El perro se mantenía aullando sin cesar, y su aullido no cambiaba de lugar.

Nos sentamos a la mesa; pero estábamos un poco intranquilos, sobre todo los jóvenes. Todo anduvo bien hasta el asado, cuando la campana empezó a sonar de nuevo, tres veces continuadas, tres golpes pesados, largos, que hicieron vibrar

hasta la punta de nuestros dedos y qué nos cortó el aliento violentamente. Sentados, mirándonos con el tenedor en el aire, todavía estábamos escuchando y sobrecogidos por una especie de miedo sobrenatural.

Mi madre por fin habló:

-Es extraño que hayan esperado tanto para volver a llamar. No vaya solo, Bautista, uno de estos señores lo acompañará.

Mi tío Francisco se levantó. Era una especie de Hércules, muy orgulloso de su fuerza, y no temía a nada en el mundo. Mi padre le dijo:

-Toma un arma. No se sabe qué puede ser. Pero mi tío sólo tomó un bastón y salió inmediatamente con el sirviente.

Nosotros continuábamos temblando de terror y angustia, sin comer, sin hablar. Mi padre intentó tranquilizarnos:

-Ya verán -dijo- que es algún mendigo o algún viajero perdido en la nieve. Después de llamar la primera vez, ya que la puerta no fue abierta inmediatamente, intentó encontrar su camino de nuevo, y como no fue posible, volvió a nuestra puerta.

La ausencia de nuestro tío pareció durar una hora. Él volvió, por fin, furioso, maldiciendo:

-Nada, nada en absoluto; es un bromista. Nada más que ese perro condenado que aúlla a cien metros del muro. Si yo hubiera llevado un fusil, lo habría matado para hacerle callar.

Volvimos a la cena, pero todos estábamos angustiados, sentíamos muy bien que esto no había terminado, que pasaría alguna cosa, que la campana, en cualquier momento, sonaría otra vez.

Y sonó justo en el momento de cortar el pastel de Reyes. Todos los hombres se levantaron al mismo tiempo. Mi tío Francisco, que había bebido champaña, afirmó con tanta fuerza que lo masacraría, que mi madre y mi tía se lanzaron sobre él para evitarlo. Mi padre, muy calmado y un poco desvalido (él cojeaba de una pierna desde que se había caído del caballo), dijo, a su vez, que él deseaba saber de qué se trataba y que él iría. Mis hermanos, de dieciocho y veinte años, corrieron a buscar sus fusiles; y como nadie se fijaba en mí yo cogí una carabina del jardín, disponiéndome también a acompañar la expedición.

Partimos inmediatamente. Mi padre y mi tío caminaban adelante con Bautista que portaba una linterna. Mis hermanos, Santiago y Pablo, les seguían, y yo iba detrás a pesar de los ruegos de mi madre, que estaba con su hermana y mis primas en el umbral de la puerta de la casa.

Había estado nevando de nuevo durante la última hora y los árboles estaban cargados. Los pinos estaban doblados bajo el pesado vestido pálido, parecían pirámides blancas, enormes panes de azúcar; apenas se percibían, a través de las cortinas grises de copos menudos y apresurados, los arbustos más pequeños, todos pálidos en la sombra. La nieve caía tan espesa que no veíamos a más de diez pasos de nosotros. Pero la linterna proyectaba una gran claridad delante de nosotros. Cuando empezamos a bajar la escalera de caracol del muro yo me asusté verdaderamente. Sentía como si alguien estuviera caminando detrás de mí, iba agarrarme por los hombros y llevarme, sentía un fuerte deseo de volver; pero, como tendría que volver a cruzar todo el jardín solo, no me atreví. Escuché abrir la puerta que daba al campo; mi tío empezó a jurar de nuevo:

-Por la gran... ¡Se ha ido de nuevo! ¡Si yo viera su sombra no se escaparía, el cerdo!

Era siniestro ver la llanura, o más bien sentirla delante de nosotros, porque no podíamos verla; podíamos ver sólo un velo espeso e interminable de nieve, en lo alto, en el suelo, al frente, al lado derecho, a la izquierda, por todas partes.

Mi tío continuó:

-Escuchen, de nuevo el perro aúlla; le enseñaré cómo disparo. Al menos algo ganaremos.

Pero mi padre que era de buen corazón, dijo:

-Será mucho mejor buscar a ese pobre animal que llora de hambre. Ladra por ayuda, pobre infeliz; llama como un hombre en peligro. Vamos por él.

Así nos pusimos en marcha a través de la cortina, a través de esta caída continua y espesa de nieve que llenaba la noche y el aire, que se agitaba, flotaba, caía y enfriaba la carne, derritiéndose. La enfriaba con una sensación ardiente, como un dolor penetrante y fugaz sobre la piel, a cada toque de los pequeños copos blancos.

Nos hundíamos hasta las rodillas en esa masa suave y fría; teníamos que levantar muy altas las piernas para caminar. A medida que avanzábamos, el aullido del perro se hacía más claro, más fuerte. Mi tío gritó:

#### -¡Aquí está!

Nos detuvimos para observarlo, como se debe hacer enfrente de un enemigo que se encuentra por la noche. Yo no veía nada, entonces me uní a los otros, y lo vi; era espantoso y fantástico ver ese perro, un perro negro grande, un perro pastor con pelo largo y la cabeza de un lobo, parado en sus cuatro patas, al final del largo sendero luminoso de la linterna sobre la nieve. No se movió; se calló; y nos miró.

Mi tío dijo:

-Es extraño, no avanza ni retrocede. Mejor le pego un tiro de fusil.

Mi padre contestó con voz firme:

-No, debemos agarrarlo.

Entonces mi hermano Santiago agregó:

-Pero no está solo. Hay algo a su lado.

Había una cosa detrás de él, en efecto, algo gris, imposible de distinguir. Reanudamos la marcha con precaución.

Cuando nos vio acercarnos el perro se sentó sobre sus cuartos traseros. No tenía un aire amenazante. Parecía, más bien, contento de haber llamado la atención de la gente.

Mi padre fue derecho a él y lo acarició. El perro lamió sus manos. Estaba amarrado a la rueda de un cochecito, una suerte de coche de juguete envuelto completamente en tres o cuatro mantas de lana. Levantamos la ropa con cuidado y cuando Bautista acercó su linterna al frente del pequeño vehículo que se parecía a una casa de perro rodante, vimos en él un bebé que dormía.

Quedamos tan sorprendidos que no podíamos decir palabra. Mi padre fue el primero en reaccionar, y como tenía un gran corazón y un alma un poco exaltada, extendió la mano sobre el techo del coche y dijo:

-Pobre expósito abandonado, tú serás nuestro -y ordenó a mi hermano Santiago que empujara delante de nosotros nuestro hallazgo.

Mi padre continuó, pensando en voz alta:

-Un niño, hijo del amor cuya pobre madre ha venido a tocar a mi puerta en esta noche de Epifanía en memoria del Niño de Dios.

Se detuvo y con toda su fuerza gritó cuatro veces, a través de la noche, hacia los cuatro rincones del cielo:

-Lo hemos encontrado

Luego, poniendo su mano en el hombro de su hermano, murmuró:

-¿Si hubieras disparado al perro, Francisco?

Mi tío no contestó, pero hizo en la sombra un gran signo de la cruz; era muy religioso a pesar de sus actitudes fanfarronas.

Se había soltado al perro y nosotros lo seguíamos.

¡Ah! Pero lo que fue digno de ver fue la vuelta a la casa. Al principio fue difícil subir el coche por la escalera de caracol del muro; pero tuvimos éxito para llevarlo rodando hasta el vestíbulo.

Qué excitada, contenta y sorprendida estaba mamá, y mis cuatro primas pequeñas (la más joven tenía sólo seis años); parecían cuatro gallinas alrededor de un nido. Finalmente sacamos al bebé del coche: aún dormía. Era una niña de seis semanas de edad, aproximadamente. Encontramos, en su ropa, diez mil francos en oro, sí, diez mil francos en oro, qué papá ahorró para su dote. Por consiguiente, no era un niño de gente pobre, pero, quizás, el niño de algún noble y una campesina del pueblo... o quizás... hicimos mil suposiciones y nunca supimos algo... ni una pista. El perro mismo no fue reconocido por nadie. Era un extraño en la comarca. De todos modos, la persona que tocó tres veces a nuestra puerta conocía bien a mis padres, para haberlos elegidos de ese modo.

Así es cómo la señorita Perla entró, a la edad de seis semanas, en la casa de los Chantal.

Sólo más tarde se le llamó señorita Perla. Fue bautizada al principio: "María, Simona, Clara". Clara más adelante le

serviría como nombre de pila.

Puedo asegurarte que nuestra vuelta al comedor fue muy divertida, con la criatura despierta que miraba las personas y luces a su alrededor con ojos grandes, azules y curiosos.

Nos sentamos a la mesa y se repartió el pastel. Yo fui el rey, y tomé por reina a la señorita Perla, así como usted ahora. Ella no se dio cuenta, ese día, del honor que le hacíamos.

Así, la niña fue adoptada y criada en la familia. Ella creció, los años volaron. Era paciente, dulce y obediente. Todo el mundo la amaba tanto que la habrían mimado abominablemente si mi madre no lo hubiese impedido.

Mi madre era una mujer de disciplina y gran respeto a las distinciones jerárquicas. Consintió en tratar a la pequeña Clara como a sus propios hijos, pero trataba, no obstante, que la distancia que nos separaba fuera bien marcada y la situación bien establecida. Por consiguiente, en cuanto la niña pudo comprender, le hizo conocer su historia y le hizo penetrar, dulcemente, tiernamente, en la mente de la pequeña que, para los Chantal, ella era una hija adoptada, acogida, pero, no obstante, una extraña.

Clara entendió la situación con una inteligencia singular y con un instinto sorprendente; y supo tomar y guardar el lugar que le habían asignado, con tanto tacto, gracia y bondad que emocionaba a mi padre hasta hacerlo llorar.

Mi madre misma se emocionó tanto por la gratitud apasionada y la devoción un poco tímida de esta amable y tierna criatura que ella comenzó llamándola "mi hija". A veces, cuando la pequeña había hecho alguna cosa buena, mi madre levantaba sus lentes sobre su frente, algo que indicó siempre una emoción en ella, y repetía:

-Pero si es una perla, una verdadera perla esta niña.

Este nombre se quedó para la pequeña Clara y vino a ser y permaneció para nosotros como la señorita Perla.

## IV

El señor Chantal se detuvo. Estaba sentado en el borde de la mesa de billar, los pies colgando, y manipulando una pelota con su mano izquierda, mientras con su derecha arrugaba un trapo que servía para borrar los puntos sobre la pizarra y que llamábamos "el trapo de la tiza". Un poco rojo, la voz sorda, hablaba consigo mismo, perdido en sus recuerdos, avanzando suavemente, a través de las cosas antiguas y los viejos sucesos que despertaron en su pensamiento. Cuando atravesamos caminando los antiguos jardines de la familia, donde fuimos criados y donde cada árbol, cada sendero, cada planta, cada seto puntiagudo, los laureles perfumados, los tejos cuyas semillas rojas y grasosas triturábamos entre los dedos, hacen surgir a cada paso un pequeño acontecimiento de nuestra vida pasada, uno de esos pequeños sucesos insignificantes y deliciosos que forman el fondo mismo, la trama de la existencia.

Yo estaba frente a él, apoyado contra la muralla, mis manos descansando en mi taco de billar ocioso.

Él continuó al cabo de un minuto:

—¡Jesús, qué bonita era ella a los dieciocho años... y graciosa... y perfecta... ¡Ah! ¡Hermosa... hermosa... hermosa y buena... y muy buena... una muchacha encantadora... Tenía los ojos... los ojos azules... transparente... claros... como yo nunca había visto parecidos... ¡Jamás!

Se calló nuevamente. Yo pregunté:

-¿Por qué nunca se casó?

Respondió, no a mí, sino a la palabra en pasado "casó".

- -¿Por qué? ¿Por qué? No ha querido... nunca ha querido. Tenía, sin embargo, treinta mil francos de dote, y fue solicitada muchas veces... ella nunca ha querido. Parecía triste en aquella época. Eso era cuando yo me casé con mi prima, la pequeña Carlota, mi mujer, con quien estuve comprometido durante seis años.
- -Miré al señor Chantal, y me pareció que yo penetraba en su alma, y que yo penetraba repentinamente en uno de esos humildes y crueles dramas de corazones honrados, de corazones sinceros, de corazones sin culpa, uno de esos dramas inconfesables, inexplorados, que la gente no sabe, incluso las propias silenciosas y resignadas víctimas. Una curiosidad precipitada me impelió de repente, y pronuncié:
- -¿Es usted con quién debió casarse, señor Chantal?

Se estremeció, me miró y dijo:

- -¿Yo? ¿Casarme con quién?
- -La señorita Perla.
- -¿Por qué?
- -Porque usted la amaba más que a su prima.

Me miró fijamente con ojos extraños, redondos, espantados, luego tartamudeó:

- -¿Yo la he amado... yo? ¿Cómo? ¿Quién te dijo eso?...
- -Porque, cualquiera puede ver que... y es la misma causa por la que usted tardó tanto tiempo en desposar a su prima que había estado esperando durante seis años.

Dejó caer la pelota que tenía en la mano izquierda, y tomando a dos manos el trapo de la tiza, y cubriéndose la cara, comenzó a sollozar en él. Lloraba de una manera desconsolada y ridícula, como llora una esponja que se aprieta, por los ojos, la nariz y la boca al mismo tiempo. Tosía, escupía, se sonaba en el trapo de la tiza, se secaba los ojos, estornudaba; volvieron a fluir de nuevo las lágrimas por todas las arrugas de su cara, con un ruido de garganta que hacía pensar en gárgaras.

Yo me sentía asustado, avergonzado; quise correr lejos, y no supe qué decir, qué hacer, qué intentar.

De repente la voz de la señora Chantal resonó en la escala.

-¿Terminaron ya de fumar?

Abrí la puerta y grité:

-Sí, señora, ya bajamos.

Entonces me precipité hacia su marido, y tomándolo por los codos:

-Señor Chantal, mi amigo Chantal, escúcheme; su mujer nos está llamando; serénese, domínese rápido. Debemos bajar; cálmese. Tartamudeó:

-Sí... Sí... Yo voy... pobre muchacha... voy... dile que voy.

-Comenzó a limpiar cuidadosamente su cara con el trapo, que después de dos o tres años borrando la tiza de la pizarra, le dejó medio blanco y medio rojo la frente y la nariz, las mejillas y la barbilla pintarrajeados de tiza, sus ojos hinchados aún, llenos de lágrimas. Lo tomé por las manos y lo arrastré a su dormitorio, mientras murmuraba:

-Le pido perdón, le pido mil perdones, señor Chantal, por haberle causado esta pena... pero... pero... yo no sabía... usted... usted entiende.

Apretó mi mano:

-Sí... sí... hay momentos difíciles...

Entonces sumergió la cara en su lavatorio. Cuando se levantó, no me pareció suficientemente presentable; pero ideé una estratagema. Como se angustiaba más mirándose en el espejo, le dije:

Todo lo que debe decir es que tiene una mota de polvo en el ojo y puede llorar delante de todos tanto como usted desee.

Bajó frotándose los ojos con su pañuelo. Todos se preocuparon; todos querían buscar la mota que no existía; y se contaron las historias de casos similares dónde había sido necesario llamar a un médico.

Me reuní junto a la señorita Perla y la miré, atormentado por una curiosidad abrasadora que devenía en sufrimiento. Ella debió ser muy bella en efecto, con sus dulces ojos, tan grandes, tan tranquilos, tan grandes que parecía que nunca los cerraba, como lo hacían los otros humanos. Su vestido era un poco ridículo, un verdadero vestido de solterona, que le sentaba mal sin parecer torpe.

Me parecía que veía dentro de ella, como hacía poco había visto el alma del señor Chantal; me di cuenta, de principio a fin, de esta vida humilde, simple y sacrificada. Pero una necesidad me vino a los labios, una necesidad irresistible de preguntarle, de saber si ella también lo había amado; si ella había sufrido, como él, este largo sufrimiento secreto, profundo, que no se ve, que no se sabe, que no se supone, pero que aparece en la noche, en la soledad del dormitorio oscuro. La miraba, y veía latir su corazón bajo su blusa bordada, y me pregunté si esta dulce cara inocente había llorado, cada noche, en la profundidad suave de la almohada, y sollozado, su cuerpo sacudido de sobresaltos, por la fiebre del lecho ardiente. Le dije en voz baja, como hacen los niños que rompen una joya para ver lo que hay dentro:

-Si usted hubiera visto llorar al señor Chantal hace un momento, le habría tenido lástima.

Ella se estremeció:

-¿Qué? ¿Estaba llorando?

-¡Ah! ¡Sí, estaba llorando!

-¿Y por qué?

Parecía muy conmovida. Yo le contesté:

-Por su culpa.

-¿Por mi culpa?

-Sí. Me contó cuánto la había amado en el pasado; y cuánto le había costado casarse con su prima en lugar de usted.

Su cara pálida pareció alargarse un poco; sus ojos que siempre permanecían abiertos, sus ojos tranquilos, se cerraron repentinamente tan rápido que pareció que se cerraban para siempre. Se resbaló de su silla al suelo, y se desplomó, suavemente, lentamente, como lo habría hecho una bufanda al caer. Yo grité:

-¡Socorro!¡Socorro! La señorita Perla se siente mal. La señora Chantal y sus hijas vinieron en su ayuda, y mientras ellas buscaban agua, una toalla y vinagre, tomé mi sombrero y me puse a salvo. Me alejé a grandes pasos, mi corazón

agitado, mi conciencia llena de remordimientos y pesar. Y a veces también me sentía contento; sentía que había hecho algo loable y necesario.

Me preguntaba: "¿Hice mal?¿Hice bien?" Ellos tenían eso en su alma como se guarda una bala de plomo en una herida cerrada. ¿No serán ahora más felices? Era demasiado tarde para que recomenzaran su tortura y bastante temprano para que ellos se recordaran con ternura.

Y puede ser que una tarde de la próxima primavera, conmovidos por un rayo de la luna que cae sobre la hierba a sus pies, a través de las ramas, se tomarán y apretarán la mano en memoria de todo este sufrimiento opresivo y cruel. Y quizás también este corto contacto les puede infundir en sus venas un poco de esta emoción que no habían conocido, y dará a esas dos almas resucitadas, en un segundo, la rápida y divina sensación de esa embriaguez, de esa locura que da a los enamorados más felicidad, en un estremecimiento, del que pueden experimentar en toda su vida otros hombres.

# La tía Sauvage

I

Quince años habían pasado desde mi última visita a Virelogne. Esta vez fui durante el otoño, para cazar, y me hospedé en el palacio de mi amigo Serval, que los prusianos echaron abajo y que él acababa de reconstruir.

Me gustaba extraordinariamente aquel lugar. Existen en el mundo rincones encantadores que proporcionan una delicia sensual a nuestros ojos. Los queremos con amor carnal. Cuantos sentimos la seducción del campo conservamos un recuerdo emocionado de tal o cual fuente, de este o el otro bosque, de algunas lagunas, de colinas determinadas, que hemos tenido ocasión de ver muchas veces y que siempre nos han enternecido, como un acontecimiento feliz. En ocasiones vuela nuestro pensamiento hacia un trozo de bosque, un ribazo o un vergel salpicado de flores, que hemos visto una sola vez en un día gozoso y que se grabaron en nuestro corazón como ciertas figuras de mujeres ataviadas de vestidos claros y trasparentes, con las que nos cruzamos en la calle una mañana de primavera y que nos dejan en el alma y en la carne un anhelo insatisfecho e inolvidable, la sensación de que la dicha se ha rozado con nosotros.

Me gustaba todo el campo de Virelogne, sembrado de bosquecillos y surcado por arroyuelos que parecen venas que corren por el suelo llevando la sangre a la tierra. ¡Qué cangrejos, truchas y anguilas se pescaban en ellos! Era una suprema felicidad. Había sitios con profundidad para poder bañarme, y en las orillas de las minúsculas corrientes crecían altas hierbas de las que solían levantarse algunas becadas.

Iba yo caminando con la soltura de una cabra, observando a mis dos perros que avanzaban en descubierta delante de mí. Serval iba por mi derecha, a cien metros de distancia, ojeando un alfalfar. Al dar vuelta a los arbustos que sirven de límite al bosque de Saudres, distinguí una casucha campesina en ruinas.

Y súbitamente se me apareció en la imaginación tal y como yo la había visto la última vez que estuve allí, que fue hacia 1869, limpia, con parras en su fachada y gallinas delante de la puerta. ¿Hay cosa más triste que el espectáculo de una casa muerta, con su esqueleto en pie, siniestro y ruinoso?

Recordé también que cierto día que yo iba muy fatigado entré en ella y una buena mujer me dio a beber un vaso de vino. Serval, entonces, me contó las vidas de sus moradores. El padre había sido un viejo cazador furtivo y fue muerto por los gendarmes. El hijo, al que yo conocía de vista, era un mozo corpulento que tenía también fama de implacable destructor de la caza. Los conocía todo el mundo con el nombre de los Sauvages. Ignoro si se trataba de un mote o de un apellido.

Llamé a gritos a Serval, y éste vino hacia mí a grandes zancadas. Le pregunté:

-¿Qué ha sido de la gente de esa casa?

Entonces Serval me contó su aventura.

El mozo Sauvage, que tenía treinta y tres años al declararse la guerra, sentó plaza, quedando su madre sola en casa. Como la gente sabía que la vieja guardaba dinero, nadie tuvo lástima de ella.

Siguió, pues, viviendo completamente sola en aquella casa aislada y muy lejos del pueblo, en la linde del bosque. Hay que decir que no tenía miedo a nada, porque era del mismo temple que sus hombres: alta, enjuta y ruda; pocas veces se le veía reír y jamás gastaba una broma. Conviene hacer constar que las campesinas se ríen muy poco. ¡Eso queda para sus hombres! Como su vida es triste y lúgubre, su alma es también melancólica y limitada. El campesino se contagia en la taberna un poco de alegría bulliciosa; pero su compañera no pierde nunca la seriedad y mantiene siempre una expresión severa. Los músculos de su rostro no han aprendido los movimientos de la risa.

La tía Sauvage siguió haciendo la vida ordinaria en su casucha, que se vio muy pronto cubierta por las nieves. Una vez por semana acudía al pueblo en busca de pan y un poco de carne, pero regresaba en seguida a su choza. Oyendo hablar de que merodeaban lobos, empezó a salir de casa con la escopeta del hijo, llena de herrumbre y con la culata desgastada por el roce de la mano. Era un espectáculo curioso el de aquella mujer alta de estatura, pero algo encorvada, caminando a grandes zancadas por la nieve, con el cañón de la escopeta que sobresalía por encima de la cofia negra que se le ceñía apretadamente a la cabeza, aprisionando sus cabellos blancos que jamás había visto nadie.

Y un día llegaron los prusianos, a los que se dio boleta de alojamiento para todas las casas del pueblo, de acuerdo con la riqueza y posibilidades de cada familia. A la vieja, considerada como rica, le enviaron cuatro.

Eran cuatro mocetones de carnes sonrosadas, barbas rubias y ojos azules; a pesar de las grandes fatigas que habían sufrido hasta entonces, seguían siendo gordos, y aunque en país conquistado, eran buenos muchachos. Al verse solos y en casa de una mujer entrada en años, se mostraron llenos de atenciones con ella, ahorrándole hasta donde les fue posible trabajo y gastos. Por la mañana hacían su aseo los cuatro alrededor del brocal del pozo, en mangas de camisa, y en los días más crudos de nieve mojaban en agua abundante su carne blanca y sonrosada de hombres del Norte, mientras la tía Sauvage iba y venía, preparando sopa. Después se ocupaban en limpiar la cocina, frotar los cristales, cortar leña, mondar las patatas, lavar la ropa y desempeñar todas las tareas de la casa como cuatro buenos hijos alrededor de su madre.

Pero la vieja no dejaba un momento de pensar en el suyo propio, en aquel hijo alto y enjuto, de nariz corva, ojos pardos y bigotes tupidos, que formaban sobre sus labios un burlete de pelo negro. Y todos los días iba preguntando a cada uno de los soldados alojados en su casa:

-¿Saben adónde ha ido el regimiento francés número veintinueve de Infantería? En él sirve mi muchacho.

#### Ellos contestaban:

-No, nosotros no safemos; nosotros no safemos nada.

Y pensando en las madres que habían dejado allá lejos, comprendían el dolor y la inquietud de ésta, prestándole mil pequeños servicios. Hay que decir que ella había tomado afecto a aquellos cuatro enemigos. Los campesinos no sienten los odios patrióticos; esto se queda para las clases superiores. Los humildes, los que pagan más que nadie porque son pobres y toda carga nueva los abruma; los que se hacen matar en masa; los que constituyen la verdadera carne de cañón, porque con ellos se forma la cantidad; los que más cruelmente sienten las atroces desdichas de la guerra, porque son los más débiles y de menos resistencia, no alcanzan a comprender estos ardores belicosos, nuestro excitable sentido del honor y las pretendidas combinaciones políticas que aniquilaban en seis meses a dos naciones, lo mismo a la vencedora que a la vencida.

Cuando salía la conversación acerca de los alemanes hospedados en casa de la tía Sauvage, solían decir las gentes del pueblo:

-Esos cuatro ya han encontrado su nido.

Pues bien: cierta mañana en que la vieja se encontraba sola en su casa, distinguió a lo lejos en la llanura a un hombre que venía en dirección a su casa. No tardó en ver que se trataba del peatón que distribuía el correo. Éste entregó a la tía Sauvage un papel doblado, ella sacó del estuche las gafas que empleaba para coser y leyó:

"Señora Sauvage: Ésta es para darle una noticia triste. Ayer una bala de cañón ha matado a su hijo Víctor, cortándolo en dos pedazos. Yo estaba muy cerca de allí, porque en la compañía formamos uno al lado del otro, y él solía hablarme de usted diciéndome que si le ocurría alguna desgracia se lo comunicase a usted sin tardar un solo día.

"Le retiré del bolsillo el reloj para llevárselo a usted cuando termine la guerra.

### Cesóreo Rivot Soldado de 2ª clase del 29 de Infantería."

La carta estaba fechada tres semanas atrás.

No lloró. Se quedó inmóvil, tan sobrecogida y aturdida que aún no llegaba a sentir dolor. Pensaba solamente: "Ya está; han matado a Víctor".

Después, y poco a poco, se le vinieron las lágrimas a los ojos y el dolor invadió su corazón. Una después de otra, horribles, martirizadoras, acudían las ideas a su cabeza. De modo que ya nunca más podría dar un beso a su hijo, a su muchachote. Los gendarmes habían matado al padre, y los prusianos al hijo... Una bala de cañón lo había partido en dos. Parecíale ver la realidad, la horrenda realidad: su cabeza, que caía con los ojos muy abiertos, mientras se mordía el borde de su abultado bigote, como solía hacerlo en los momentos en que estaba furioso.

¿Y qué habrían hecho después de el cadáver? ¡Si, al menos, le hubiesen devuelto al hijo tal cual le devolvieron a su marido, con el balazo en mitad de la frente!

Oyó en aquel instante un rumor de voces. Eran los cuatro prusianos que regresaban del pueblo. Ocultó rápidamente la carta y los recibió tranquila, con su cara de siempre, después de enjugarse bien los ojos.

Los cuatro se reían con aire de satisfacción porque traían un hermoso conejo que, sin duda, habían robado- Por gestos daban a entender a la vieja que iban a comer cosa buena.

La señora Sauvage puso inmediatamente manos a la obra para preparar la comida; pero, en el momento de matar al conejo, desfalleció. ¡A pesar de que no era, ni mucho menos, el primero! Uno de los soldados acabó con él de un golpe detrás de las orejas.

Muerto el animal, lo despellejó, sacando el cuerpo rojo de sangre; al manipularlo con sus dedos, al ver sus manos cubiertas de aquella sangre tibia que se iba enfriando y coagulando, tembló de pies a cabeza porque se le representaba a su muchacho cortado en dos, rojo también de sangre, como aquel animal que aún palpitaba.

Se sentó a la mesa con sus prusianos, pero no pudo comer ni siquiera un bocado. Ellos se lo comieron sin prestarle atención. La vieja los miraba de soslayo, sin hablar palabra, porque estaba madurando una idea, aunque había tal impasibilidad en su semblante que los prusianos no se dieron cuenta de nada.

De improviso les preguntó:

-¿Cómo se llaman? Va para un mes que estamos juntos y aún no sé sus nombres.

Aunque les costó algún trabajo, comprendieron lo que quería y se lo dijeron. Pero no se dio por satisfecha; hizo que se los escribiesen en un papel, con las direcciones de sus familiares; se caló a continuación las gafas en su prominente nariz y estuvo contemplando aquella clase de letra desconocida para ella; dobló después la hoja de papel y se la metió en el bolsillo, puesta dentro del pliegue de la carta en que le comunicaban la muerte de su hijo.

Terminada la comida, dijo a los soldados:

-Voy a ocuparme de ustedes.

Y empezó a subir heno al granero en que dormían.

Se sorprendieron al principio; pero ella les explicó que así tendrían menos frío, y se pusieron a ayudarla. Iban amontonando los haces de heno hasta que tocaban con el techo de bálago, acabando por formar de este modo una especie de habitación cuadrada con sus cuatro paredes de forraje, abrigada y bienoliente; allí se dormiría a maravilla.

A la hora de la cena, uno de los soldados se manifestó intranquilo viendo que la tía Sauvage no probaba tampoco bocado. Ella les contestó que se sentía atacada de cólicos. Encendió después una buena fogata para calentarse. Los cuatro alemanes subieron a su dormitorio por la escalera portátil de que se servían todas las noches.

En cuanto cerraron la trampa del granero, quitó la vieja la escalera, abrió sin hacer ruido la puerta exterior y salió a buscar gavillas de paja, llenando con ellas la cocina. Caminaba sobre la nieve con los pies descalzos, tan silenciosamente que nadie podía oírla. De vez en cuando se ponía a escuchar los ronquidos sonoros y desiguales de los cuatro soldados dormidos.

Cuando le pareció que ya todo estaba a punto, echó en el hogar una de las gavillas, y al verla ya bien encendida fue desparramándola por encima de las otras. Después salió a la puerta y se quedó mirando.

Una violenta claridad iluminó en pocos segundos todo el interior de la casucha, que quedó inmediatamente convertida en un espantoso brasero, en un horno encendido, gigantesco, cuyos resplandores brotaban por la estrecha ventana, arrojando su luz sobre la nieve.

Y de pronto estalló un chillido desgarrador en la parte superior de la casa, y al chillido siguió un coro de aullidos humanos, de gritos de socorro en que vibraban la angustia y el espanto. Al hundirse la trampa, penetró en el granero un torbellino de fuego, que prendió en el tejado de bálago y no tardó en subir hacia el cielo como la llama de una inmensa antorcha. Toda la casa ardió.

Ya no se oía más que el chisporroteo del incendio, el crujir de las paredes, la caída de las vigas. De repente se vino abajo todo el techo, y la armazón en llamas de la casa lanzó al aire, entre una nube de humo, un enorme penacho de chispas.

Los campos blancos, iluminados por el resplandor del fuego, brillaban lo mismo que un mantel de plata teñido de rojo.

Una campana, a lo lejos, empezó a dar la alarma.

La tía Sauvage permanecía en pie, contemplando la destrucción de su casa y empuñando una escopeta, la de su hijo, por si alguno de los hombres escapaba con vida.

Cuando vio que ya todo estaba consumido, arrojó el arma a las brasas. Resonó un disparo.

Acudía la gente: campesinos, prusianos.

Encontraron a la dueña de la casa sentada en el tronco de un árbol, tranquila y satisfecha.

Un oficial alemán, que hablaba el francés tan bien como un hijo de Francia, le preguntó:

-¿Dónde están sus soldados?

La mujer extendió su delgado brazo hacia el rojo montón del incendio, que se iba extinguiendo, y les contestó con voz firme y clara:

-¡Ahí dentro!

Todos la rodearon. El prusiano preguntó:

-¿Cómo empezó el incendio?

Ella dijo solemnemente:

-Fui yo quien prendió fuego a la casa.

Nadie creyó lo que decía, y se imaginaron que el desastre la había enloquecido. Ella, entonces, viéndose rodeada de todos y que todos estaban pendientes de sus palabras, contó desde el principio hasta el fin lo sucedido; desde la llegada de la carta hasta el último grito de los hombres cuando ya se quemaban dentro de la casa. No se calló un solo detalle de las sensaciones que había experimentado, ni de lo que había hecho.

Cuando acabó de contarlo todo, sacó del bolsillo dos papeles, y para distinguirlos bien a los últimos resplandores del incendio, volvió a calarse las gafas. Exclamó, mostrando uno de ellos:

-Éste es el de la muerte de Víctor -enseñó después el otro, y señalando las rojas ruinas con un gesto de su cabeza, agregó-: He aquí sus nombres, para que se lo notifiquen a sus familias -alargó tranquilamente la hoja al oficial, que la sujetaba por los hombros, y siguió diciendo-: Escríbales usted todo lo ocurrido, y dígales a sus padres que soy yo quien lo ha hecho; yo, Victoria Simón, la Sauvage. ¡No se olvide!

El oficial daba órdenes en alemán. Se apoderaron de ella, la empujaron hacia el muro, caliente todavía, de su casa. Doce hombres formaron rápidamente en línea frente a ella, a veinte metros de distancia. La tía Sauvage no se movió. Había comprendido y esperó.

Se oyó una voz de mando, a la que siguió una larga detonación. Luego un tiro, distanciado de los demás.

La vieja no cayó hacia adelante. Se desplomó verticalmente, como si le hubiesen segado las piernas.

El oficial prusiano se acercó. La tía Sauvage estaba como cortada en dos y conservaba en su mano crispada la carta, tinta en sangre.

Mi amigo Serval agregó:

-En represalia de este hecho, los alemanes destruyeron el palacio del pueblo, que era de mi propiedad.

Pero yo sólo podía pensar en las madres de aquellos cuatro buenos muchachos que perecieron quemados dentro de la casa, y en el atroz heroísmo de aquella otra madre, fusilada de espaldas a la pared.

Recogí una piedrecilla, ennegrecida todavía por el fuego.

### La tos

Para Armand Silvestre Mi querido colega y amigo

Tengo una pequeña historia para usted, un cuentecillo anodino. Espero que le guste si es que llego a contarlo bien, tan bien como la persona que me lo contó.

La tarea no es fácil en absoluto, ya que mi amiga es una mujer de espíritu imperecedero y de expresión libre. Yo nunca he tenido los mismos recursos. No puedo, como ella, dar este loco júbilo a las cosas que cuento; y, reducido a la necesidad de no utilizar palabras demasiado especiales, me declaro incapaz de encontrar, como usted, los delicados sinónimos.

Mi amiga, que es además una mujer de teatro de gran talento, no me ha autorizado a hacer pública su historia.

Así que me veo obligado a reservar sus derechos de autor por si ella quisiera, un día u otro, escribir esta aventura ella misma. Lo haría mejor que yo, no lo dudo. Siendo mejor conocedora del tema, encontraría además mil detalles divertidos que yo no puedo inventar.

Pero vea usted en qué aprieto me encuentro. Necesitaría, desde la primera palabra, encontrar un vocablo similar, y querría que fuese genial. La tos no es mi problema. Para entendernos, necesito un comentario o una perífrasis del estilo del abad Delille:

-La tos de que se trata jamás procede de la garganta.

Dormía mi amiga al lado de un hombre amado. Era de noche, claro.

A este hombre ella lo conocía poco, o más bien desde hacía poco. Estas cosas ocurren a veces, principalmente en el mundo del teatro. Dejemos que se asombren los burgueses. En cuanto a dormir al lado de un hombre poco importa que se le conozca poco o mucho, esto casi no modifica la manera de actuar en la intimidad del lecho. Si yo fuera mujer creo que preferiría los amigos nuevos. Deben de ser, en todos los aspectos, más amables que los asiduos.

Hay, en eso que se da en llamar la gente correcta, una manera de ver diferente y que no es en absoluto la mía. Lo siento por las mujeres de ese mundo; pero yo me pregunto si la manera de ver modifica sensiblemente la de actuar...

Así pues, ella dormía al lado de un nuevo amigo. Esto es algo delicado y dificil en exceso. Con un viejo compañero uno coge demasiada confianza, uno nunca se enfada, puede volver a sus viejas costumbres, dar patadas, invadir las tres cuartas partes del colchón, sacar toda la manta y envolverse dentro, roncar, refunfuñar, toser, digo toser a falta de algo mejor, o estornudar (¿qué piensa usted de estornudar como sinónimo?) Pero para llegar hasta aquí hacen falta al menos seis meses de intimidad. Y hablo de personas que son de un temperamento familiar. Las otras siempre guardan ciertas reservas, con las que yo, por mi parte, estoy de acuerdo. Pero tal vez no todos tengamos la misma manera de sentir sobre esta materia. Cuando se trata de hacer un nuevo conocido, de una nueva cita que podemos suponer sentimental, es necesario tomar algunas precauciones para no incomodarlo en el lecho, y para guardar un cierto prestigio, poesía y una cierta autoridad

Ella dormía. Pero de repente un dolor interior, punzante, viajero, la recorrió. Éste comenzó en la cavidad del estómago y empezó a moverse hacia... hacia... hacia la parte inferior del pecho... con un discreto ruido intestinal como de trueno.

El hombre, el nuevo amigo, yacía tranquilo, de espaldas, con los ojos cerrados. Ella lo observaba por el rabillo del ojo, inquieta, indecisa.

Se encuentra usted, amigo, en una sala de estreno, con un catarro en el pecho. Toda la sala ansiosa, anhelante en medio de un completo silencio; pero usted ya no escucha nada, espera, loco, un momento de rumor para toser. Hay, a lo largo de su garganta, unos cosquilleos, un picazón espantoso. En fin, ya no lo soporta más. Peor para los vecinos. Tose. Toda la sala grita: "¡A la calle!"

Ella estaba en la misma situación, obsesionada, torturada por unas ganas locas de toser. (Cuando digo toser, supongo que ustedes ya me entienden, traduzcan.)

Él parecía que dormía; respiraba tranquilo. Realmente dormía.

Ella se dijo:

-Tomaré mis precauciones. Intentaré simplemente respirar, suavemente, para no despertarle.

E hizo como esos que esconden su boca bajo la mano y se esfuerzan por despejar su garganta, sin ruido, expectorando el aire con cuidado.

Fuera porque lo hizo mal o bien porque el picor era demasiado fuerte, tosió.

Al punto, perdió la cabeza. ¡Qué vergüenza si él se ha enterado! ¡Y qué riesgo!¡Oh! ¿Y si de casualidad no estuviese dormido? ¿Cómo saberlo? Lo miró fijamente, y a la luz de la lamparita, creyó ver una sonrisa en su rostro que tenía los ojos cerrados. Entonces, si reía... pues... no dormía... y si no dormía...

Intentó, con la boca, causar un ruido semejante para... confundir a su compañero.

Éste no se parecía en absoluto.

¿Pero... dormía?

Ella se giró, se movió, lo empujó para cerciorarse.

Él ni se movió.

Entonces ella se puso a canturrear.

El hombre no se movía.

Volviéndose loca, lo llamó:

-Ernesto.

Él no hizo ni un movimiento, pero respondió rápidamente:

-¿Qué quieres?

Ella se estremeció. Él no dormía. ¡Jamás había dormido!...

Le preguntó:

-¿Entonces, no duermes?

Él murmuró con resignación:

-Ya lo ves.

Ella ya no sabía qué decir, enloquecida. Por fin, dijo:

-¿No has escuchado nada?

Él respondió, siempre inmóvil:

-No.

Ella sentía cómo le venían unas ganas locas de abofetearlo, y sentándose en la cama:

-¿Sin embargo me ha parecido...?

-¿Qué?

-Que alguien andaba por la casa.

Él sonrió. Indudablemente, esta vez ella lo había visto sonreír, y él dijo:

-Déjame en paz, llevas media hora molestándome.

Ella se estremeció.

-¿Yo?... Eso es difícil de creer. Acabo de despertarme. Entonces, ¿no has escuchado nada?

-Sí.

-¡Ah! ¡Al final sí que has escuchado algo! ¿Qué?

-Han...;tosido!

Ella dio un brinco y gritó exasperada:

-¡Han tosido! ¿Dónde? ¿Quién ha tosido? Pero, ¿tú estás loco? ¡Respóndeme!

Él comenzó a impacientarse.

-Veamos, ¿se acaba de una vez esta monserga? Sabes perfectamente que fuiste tú.

Esta vez ella se indignó, vociferando:

-¿Yo? ¿Yo? ¿Yo et tosido? ¿Yo i Yo he tosido! ¡Ah! Me insulta, me ofende, me menosprecia. Así que, ¡adiós! ¡Yo no me quedo al lado de un hombre que me trata así!

E hizo un movimiento enérgico para salir de la cama.

-Vamos a ver, estate tranquila. Soy yo el que ha tosido.

Pero ella tuvo un nuevo arrebato de cólera.

-¿Cómo? ¡Usted ha... tosido en mi cama!... ¿A mi lado... mientras dormía? ¿Y lo confiesa? Usted es innoble. Y usted creerá que yo estoy con hombres que... tosen a mi lado... ¿Pero, por quién me toma?

Y se puso de pie sobre la cama, intentando saltar por encima para irse.

Él la cogió tranquilamente por los pies y la hizo tenderse a su lado, y se reía, burlón y contento:

-Vamos a ver, Rose, estate tranquila. Has tosido. Porque eras tú. Yo no me quejo, no me enfado; incluso estoy contento. Pero, vuelve a acostarte, diantre.

Esta vez ella se le escapó con un brinco y saltó a la habitación; y buscaba desesperadamente sus ropas, repitiendo:

-Y usted cree que yo voy a permanecer al lado de un hombre que permite a una mujer... toser en su cama. Usted es innoble, querido.

Entonces él se levantó y, antes de nada, la abofeteó. Después, como ella se resistía, la acribilló a pescozones; y, tomándola después en brazos, la arrojó sobre la cama.

Y como permanecía tendida, indolente y llorando contra la pared, él se volvió a acostar a su lado, y girando después su espalda hacia él, tosió... tosió con un ataque de tos..., con silencios y reanudaciones.

De repente, se puso a reír, pero a reír como una loca, gritando:

-¡Qué divertido! ¡Qué divertido!

Y lo agarró bruscamente entre sus brazos, pegando su boca a la de él, murmurándole con sus labios:

-Te quiero, gatito mío.

Y ya no durmieron más... hasta la mañana.

Esta es mi historia, mi querido Silvestre. Perdóneme esta incursión en su dominio. Hete aquí de nuevo una palabra impropia. No es "dominio" lo que habría que decir. Usted me divierte tan a menudo que no he podido resistir el deseo de arriesgarme un poco siguiendo sus pasos. Pero le quedará la gloria de habernos abierto, muy a lo grande, esta senda.

## Las bodas del lugarteniente Laré

Desde el comienzo de la campaña, el lugarteniente Laré arrebató a los prusianos dos cañones. Su general le dijo: "Gracias, lugarteniente", y le entregó la cruz de honor.

Como él era tan prudente como valiente, sutil, inventivo, lleno de astucias y recursos, se le confió un centenar de hombres y organizó un servicio de exploradores que, en las retiradas, salvó muchas veces a la armada.

Pero como un mar desbordado, la invasión penetraba por toda la línea fronteriza. Se trataba de enormes oleadas de hombres que llegaban, unos a continuación de los otros, dejando tras ellos un desecho de merodeadores. La brigada del general Carrel, separada de su división, retrocedía sin cesar, batiéndose día tras día, pero se mantenía casi intacta, gracias a la vigilancia y celeridad del lugarteniente Laré, que parecía estar por todas partes al mismo tiempo, desbarataba todas las artimañas del enemigo, burlaba sus previsiones, desorientaba a sus ulanos, asesinaba sus avanzadillas.

Una mañana, el general lo hizo llamar:

-Lugarteniente -dijo- tengo aquí un despacho del general de Lacère que está perdido si nosotros no llegamos en su auxilio mañana al amanecer. Está en Blainville, a ocho horas de aquí. Usted partirá al caer la noche con trescientos hombres que irá relevando a lo largo del camino. Yo los seguiré dos horas después. Estudie la ruta con atención; temo encontrar una división enemiga.

El frío era intenso desde hacía ocho horas. Dos horas antes la nieve comenzó a caer; por la noche la tierra estaba cubierta y densos remolinos blancos hacían volar los objetos más próximos. A las seis, el destacamento se puso en marcha. Dos hombres iban en avanzadilla, solos, trescientos metros por delante. Después venía un pelotón de diez hombres bajo las órdenes del propio lugarteniente. El resto avanzaba a continuación en dos largas columnas. A trescientos metros sobre el flanco de la pequeña tropa, a derecha e izquierda, algunos soldados iban de dos en dos. La nieve, que caía sin parar, los cubría de un blanco polvo en la sombra; ésta no se derretía sobre sus ropas, de forma que, a medida que oscurecía, apenas manchaban la palidez uniforme del campo.

Hacíamos una parada de vez en cuando. En esos momentos no escuchábamos más que el innombrable arrugamiento de la nieve que cae, más sensación que ruido, suave murmullo, siniestro y vago. Una orden se comunicaba en voz baja, y, cuando la tropa volvía a ponerse en marcha, dejaba detrás de ella como una especie de fantasma blanco por encima de la nieve. Poco a poco se iba borrando y terminaba por desaparecer. Eran los escalafones jerárquicos los que debían guiar a la armada.

Los exploradores ralentizaron su marcha. Algo se alzaba delante de ellos.

-Giren hacia la derecha -dijo el lugarteniente- es el bosque de Ronfé; el castillo se encuentra más hacia la izquierda.

Rápidamente la palabra: "¡Alto!" circuló. El destacamento se paró y esperó al lugarteniente que, acompañado solamente de diez hombres, llevaba a cabo un reconocimiento hasta el castillo.

Avanzaban, arrastrándose bajo los árboles. De repente todos se quedaron inmóviles. Una calma horrorosa planeó sobre ellos. Después, muy cerca, una vocecita clara, musical y joven atravesó el silencio del bosque. Decía:

-Padre, vamos a perdernos en la nieve. No llegaremos jamás a Blainville.

Una voz más fuerte respondió:

-No temas nada, hijita, conozco el país como la palma de mi mano.

El lugarteniente dijo algunas palabras, y cuatro hombres se alejaron, como sombras, sin hacer ruido.

De repente un grito de mujer, agudo, se elevó en la noche. Dos prisioneros comparecieron ante él: un anciano y una niña. El lugarteniente los interrogó, siempre con voz baja.

- -¿Nombre?
- -Pierre Bernad.
- -¿Profesión?
- -Bodeguero del conde de Ronfé.

¿Es su hija?
-Sí.
¿A qué se dedica?
Es costurera del castillo.
¿A dónde se dirigen?
-Huimos.
-¿Por qué?
-Doce prusianos han pasado esta noche. Han fusilado a tres guardas y colgado al jardinero; yo he tenido miedo por la pequeña.
¿A donde van?
-A Blainville.
-¿Por qué?
Porque allí hay un ejército francés.

-Perfectamente.

-Muy bien, sígannos.

-¿Conocen el camino?

Reunimos a la columna y comenzó la marcha campo través. Silencioso, el anciano se mantenía a los lados del lugarteniente. Su hija iba cerca de él. De repente se paró:

-Padre -dijo- estoy tan cansada que no iré más lejos.

Y se sentó. Temblaba de frío y parecía dispuesta a morir. Su padre quiso llevarla. Era demasiado viejo y débil.

-Mi lugarteniente -dijo sollozando- nosotros entorpeceríamos su marcha. ¡Francia ante todo! Déjennos.

El oficial había dado una orden. Algunos hombres habían partido. Volvieron con ramas cortadas. Entonces, en un minuto, fue hecha una litera. El destacamento entero las había reunido.

-Allá hay una mujer que se muere de frío -dijo el lugarteniente- ¿quién quiere donar su abrigo para cubrirla?

Doscientos abrigos se quitaron a la vez. Unos veinte de ellos fueron arrojados sobre la camilla.

-¿Y ahora, quién quiere llevarla?

Todos los brazos se ofrecieron. La joven fue envuelta con estas cálidas capotas de soldado, acostada suavemente sobre la litera y después cuatro robustas espaldas la levantaron; y, como una reina de Oriente llevada por sus esclavos, fue colocada en el medio del destacamento, que retomó su marcha con más intensidad, más ánimo, más alegría, estimulado por la presencia de una mujer, esta soberana musa que ha hecho llevar a cabo tantos prodigios a la vieja sangre francesa.

Al cabo de una hora nos paramos de nuevo y todo el mundo se acostó sobre la nieve. Allá abajo, en el medio de la llanura, se extendía una gran sombra negra. Era como un monstruo fantástico que se alargaba como una serpiente y después, de repente, se encogía en una bola, cogía impulsos vertiginosos, se paraba, volvía a partir sin cesar. Las órdenes circulaban en murmullos entre los hombres y, de vez en cuando, un ruidito seco y metálico crujía. La forma errante se aproximó bruscamente, y la vimos venir al trote, uno detrás de otro, doce ulanos perdidos en la noche. Un fulgor terrible les mostró de repente doscientos hombres acostados delante de ellos. Una detonación rápida se perdió en el silencio de la nieve, y los doce, con sus doce caballos, cayeron.

Esperamos mucho tiempo. Después retomamos la marcha. El anciano que habíamos encontrado servía de guía.

Por último, una voz muy lejana gritó: "¡Quien vive!" Otra más próxima respondió con una orden. Esperamos de nuevo; se entablaban conversaciones. La nieve había dejado de caer. Un viento frío barría las nubes, y detrás de ellas, más alto, innombrables estrellas centelleaban. Palidecieron y el cielo se volvió rosa hacia el Oriente.

Un oficial de rango mayor vino a recibir al destacamento. Pero como él preguntaba a quién llevábamos en la litera, ella se movió; dos manecitas apartaron los gruesos capotes azules, y, rosa como la aurora, con unos ojos más claros que las estrellas que habían desparecido, y una sonrisa luminosa como el sol que se levantaba, una bonita figura respondió:

-Soy yo, señor.

Los soldados, locos de alegría, aplaudieron y llevaron a la joven triunfalmente hasta el medio del campo, donde se custodiaban las armas. Poco después el general Carrel llegaba.

A las nueve los prusianos atacaban.

Éstos se batieron en retirada a medio día.

Por la tarde, como el lugarteniente Laré, muerto de cansancio, se quedaba dormido sobre un haz de paja, vinieron a buscarlo de parte del general. Lo encontró bajo su tienda, charlando con el anciano que había encontrado en la noche.

Tan pronto como hubo entrado, el general lo tomó por la mano y dirigiéndose al desconocido:

-Querido conde -dijo- he aquí al joven del que me hablaba hace un rato; uno de mis mejores oficiales.

Sonrió, bajó la voz y añadió:

-El mejor.

Después, girándose hacia el estupefacto lugarteniente, le presentó "al Conde de Ronfé-Quédissac".

El anciano le tomó las dos manos:

-Mi querido lugarteniente -dijo- usted ha salvado la vida de mi hija, yo no tengo más que un medio de darle las gracias... en unos meses venga a decirme... si ella le gusta...

Un año después, en la iglesia de Santo Tomás de Aquino, el capitán Laré se casaba con la señorita Louise-Hortense-Geneviève de Ronfé-Quédissac. Ella aportaba seiscientos mil francos de dote y era, se decía, además, la boda más hermosa que pudimos ver aquel año.

### Las caricias

No, amigo mío, no piense usted más en ello. Lo que me pide es una cosa que me subleva y me repugna. Diríase que Dios..., porque yo creo en Dios..., se propuso estropear cuanto había hecho de bueno, agregándole algo que fuese horrible. Nos hizo el don del amor, que es la cosa más agradable que existe en el mundo; pero, pareciéndole demasiado hermoso y demasiado puro para nosotros, inventó los sentidos, esa cosa innoble, sucia, indignante, brutal: los sentidos; disponiéndolos de tal manera que pareciesen una burla, entremezclándolos con las inmundicias del cuerpo, para que no podamos pensar en ellos sin sonrojamos, ni hablar de ellos sino en voz baja. La horrible función de los sentidos está toda ella envuelta en vergüenza. Se esconde, subleva el alma, lastima los ojos y, desterrada por la moral, perseguida por la ley, no se realiza sino en la oscuridad, como si fuese un crimen.

¡No me hable usted jamás de cosa semejante, jamás!...

Ignoro si lo amo a usted, pero sí sé que me agrada estar a su lado, que su mirada es para mí una dulzura y que el timbre de la voz de usted me acaricia el corazón. Desde el instante mismo en que consiguiese usted de mi debilidad lo que desea, me resultaría usted odioso. Se quebraría el lazo delicado que hoy nos une a los dos. Se abriría entre nosotros un abismo de infamias.

Sigamos siendo lo que somos. Y... ámeme usted, si ése es su gusto; yo se lo permito.

Su amiga,

Genoveva.

\*\*\*

¿Me permite usted, señora, que yo, a mi vez, le hable brutalmente, sin miramientos galantes, lo mismo que hablaría a un amigo que me declarase su propósito de pronunciar los votos perpetuos?

Yo no sé tampoco si estoy enamorado de usted. Únicamente lo sabría después de esa cosa que de tal modo la subleva. ¿Ha olvidado usted los versos de Musset?

Recuerdo aun el impetuoso espasmo, los besos húmedos, los fogosos músculos, la palidez, el apretar los dientes de aquel ser, todo absorto. Son instantes atroces, si no fueran tan divinos.

También experimentamos esta sensación de horror y de invencible repugnancia cuando, arrastrados por la impetuosidad de la sangre, nos abandonamos a ciertos apareamientos de ocasión. Pero cuando se trata de una mujer que es lo que usted es para mí, el ser elegido, de encanto perdurable, de seducción infinita, la caricia llega a ser la felicidad más ardiente, la más completa, la más sublime.

La caricia, señora, es el contraste del amor. Si después del abrazo se apaga nuestro ardor, quiere decir que nos habíamos equivocado. Cuando ese ardor aumenta, es que nos amamos.

Cierto filósofo, que no practicaba estas doctrinas, nos dio el alerta contra esa trampa de la Naturaleza. La Naturaleza busca que nazcan seres -dice-, y para forzarnos a crearlos ha colocado cerca de la trampa el doble cebo del amor y de la voluptuosidad. Y agrega: «En cuanto nos hemos dejado engañar, así que ha pasado la locura del momento, se apodera de nosotros una inmensa tristeza, porque nos damos cuenta del ardid que ha servido para hacernos caer; vemos, sentimos, palpamos la razón secreta y oculta que nos ha empujado a pesar nuestro.»

Con frecuencia, con mucha frecuencia, esto resulta cierto. Entonces nos volvemos a poner en pie, descorazonados. La Naturaleza nos ha vencido, nos ha precipitado, a su capricho, en unos brazos que se abrían, porque es voluntad suya que haya brazos que se abren.

Sí, yo sé de besos fríos y violentos sobre labios desconocidos, de miradas intensas y ardientes en ojos no vistos antes y que no volverán a verse jamás, y tantas cosas que yo no puedo decir, tantas cosas que nos dejan en el alma una amarga melancolía...

Pero cuando esa especie de nube que se llama el amor ha envuelto a dos seres, cuando éstos han pensado el uno en el otro durante largo tiempo, siempre, cuando durante las ausencias vela siempre el recuerdo, de día, de noche, presentando al alma los rasgos de la cara, la sonrisa y el timbre de la voz; cuando se ha vivido obsesionado, poseído por la forma ausente y siempre visible, ¿no es natural que los brazos se abran al fin, que se unan los labios y que se mezclen

los cuerpos?

¿No ha sentido usted jamás el deseo de besar?

¿Nunca ha sentido usted, señora, el deseo de besar? ¿No es cierto que los labios atraen a los labios y que la mirada brillante que parece filtrarse en las venas enciende ardores furiosos, irresistibles?

Naturalmente, dice usted; ésa es la trampa, la trampa inmunda. ¿Qué importa? Ya lo sé; caigo en ella, la adoro. La Naturaleza nos otorga el don de la caricia para ocultarnos su ardid, para obligarnos a eternizar las generaciones, aun a pesar nuestro. Pues bien: robémosela, hagámosla nuestra, refinémosla, transformémosla, idealicémosla, si quiere usted. Engañemos a nuestra vez a la engañadora Naturaleza. Vayamos más allá de lo que ella quiso, más allá de lo que pudo o se atrevió a enseñarnos. Hagamos de la caricia una materia preciosa que ha salido en bruto de la tierra; apoderémonos de ella para trabajarla y perfeccionarla, despreocupándonos de las finalidades primitivas, de lo que fue la voluntad disimulada de eso que usted llama Dios. Y como el pensamiento es lo que poetiza todo, poeticémosla, señora, hasta en sus brutalidades terribles, en sus combinaciones más impuras, hasta en sus hallazgos más monstruosos.

Amemos la caricia sabrosa como amamos el vino que embriaga, la fruta en sazón que perfuma la boca, como todo lo que impregna de dicha nuestro cuerpo. Amemos la carne porque es bella, porque es blanca y tersa, mórbida y suave, delicia de los labios y de las manos.

Cuando los artistas buscaron la forma más rara y más pura para dársela a las copas en que el arte había de beber la embriaguez, eligieron la curva de los senos, que a flor de piel parecen rosas.

En un libro erudito, que se titula *Diccionario de ciencias médicas*, he leído yo esta definición de la garganta de las mujeres, que se diría ideada por el señor Prud'homme, convertido en doctor de Medicina:

«El seno en la mujer puede ser considerado como un objeto de utilidad y de placer al mismo tiempo.»

Suprimamos, si le parece, la utilidad, y quedémonos con el placer. Si sólo estuviese destinado a suministrar alimento a los niños, ¿tendría esa forma encantadora que invita irresistible a la caricia?

Señora, dejemos que los moralistas nos prediquen el pudor, y los médicos la prudencia; dejemos que los poetas..., engañadores -engañados siempre- canten la unión casta de las almas y la dicha inmaterial; dejemos a las mujeres feas entregadas a sus deberes, y a los hombres razonables entregados a sus ocupaciones inútiles. Dejemos a los doctrinarios entregados a sus doctrinas, a sacerdotes entregados a sus mandamientos, y amemos nosotros por encima de todo la caricia que embriaga, enloquece, enerva, agota y reconforta; es más suave que los perfumes, más ingrávida que la brisa, más penetrante que una herida, rápida y devoradora, que nos hace rezar, llorar, gemir, gritar; que es capaz de empujar a todos los crímenes y a todos los heroísmos.

Amémosla; pero no tranquila, normal, legal, sino violenta, furiosa, desatada. Busquémosla como se busca el oro y el diamante, porque vale más que ellos, puesto que es inestimable y pasajera. Persigámosla sin cesar, y muramos por ella y de ella.

Voy a decirle, señora, una verdad que no encontrará en ningún libro, o a lo menos así lo creo yo, y es que las únicas mujeres felices que hay sobre la faz de la tierra son aquellas que no se han privado de ninguna caricia. Éstas son las que viven sin ningún cuidado, sin pensamientos torturadores, sin otro anhelo que el del beso próximo, que ha de resultarles tan delicioso y aplacador como el último que dieron.

Las demás mujeres, aquellas que reciben las caricias con tasa, incompletas, poco frecuentes, viven acosadas por mil inquietudes miserables, por anhelos de dinero o de vanidad, y por todas las realidades que se truecan en pesares.

En cambio, las mujeres acariciadas hasta la saciedad no sienten necesidad de nada, no desean nada, no echan en falta nada. Ensueñan, tranquilas y sonrientes, y lo que para las otras serían catástrofes irreparables, apenas si las rozan a ellas, porque la caricia sustituye a todo, lo cura todo, consuela de todo.

¡Tantas cosas más tendría que decirle!...

#### Enrique

Estas dos cartas, escritas en papel japonés de paja de arroz, fueron encontradas ayer, domingo, después de la misa de una, dentro de una carterita de piel de Rusia, debajo de un reclinatorio de la iglesia de la Magdalena por

**MAUFRIGNEUSE** 

## Las joyas

El señor Lantín la conoció en una reunión que hubo en casa del subjefe de su oficina, y el amor lo envolvió como una red

Era hija de un recaudador de contribuciones de provincia muerto años atrás, y había ido a París con su madre, la cual frecuentaba a algunas familias burguesas de su barrio, con la esperanza de casarla.

Dos mujeres pobres y honradas, amables y tranquilas. La muchacha parecía ser el modelo de la mujer honesta, como la soñaría un joven prudente para confiarle su porvenir. Su hermosura plácida ofrecía un encanto angelical de pudor, y la imperceptible sonrisa, que no se borraba de sus labios, parecía un reflejo de su alma.

Todo el mundo cantaba sus alabanzas; cuantos la conocieron repetían sin cesar: "Dichoso el que se la lleve; no podría encontrar cosa mejor".

Lantín, entonces oficial primero de negociado en el Ministerio del Interior, con tres mil quinientos francos anuales de sueldo, la pidió por esposa y se casó con ella.

Fue verdaderamente feliz. Su mujer administraba la casa con tan prudente economía, que aparentaba vivir hasta con lujo. Le prodigó a su marido todo género de atenciones, delicadezas y mimos: era tan grande su encanto, que a los seis años de haberla conocido, él la quería más aún que al principio.

Solamente le desagradaba que se aficionase con exceso al teatro y a las joyas falsas.

Sus amigas, algunas mujeres de modestos empleados, le regalaban con frecuencia localidades para ver obras aplaudidas y hasta para algún estreno; y ella compartía esas diversiones con su marido, al cual fatigaban horriblemente, después de un día de trabajo. Por fin, para librarse de trasnochar, le rogó que fuera con alguna señora conocida, que pudiese acompañarla cuando acabase la función. Ella tardó mucho en ceder, juzgando inconveniente la proposición de su marido; pero, al fin, se decidió a complacerlo, y él se alegró muchísimo.

Su afición al teatro despertó bien pronto en ella el deseo de adornarse. Su atuendo era siempre muy sencillo, de buen gusto y modesto; su gracia encantadora, su gracia irresistible, suave, sonriente, adquiría mayor atractivo con la sencillez de sus trajes; pero cogió la costumbre de prender en sus orejas dos trozos de vidrio, tallados como brillantes, y llevaba también collares de perlas falsas, pulseras de oro falso y peinetas adornadas con cristales de colores, que imitaban piedras finas.

Disgustado por aquella inconveniente afición al oropel, su marido le decía con frecuencia:

-Cariño, la que no puede comprar joyas verdaderas no debe lucir más adornos que la belleza y la gracia, que son las mejores joyas.

Pero ella, sonriendo dulcemente, contestaba:

-¿Qué quieres? Me gusta, es un vicio. Ya sé que tienes razón; pero no puedo contenerme, no puedo. ¡Me gustan mucho las joyas!

Y hacía rodar entre sus dedos los collares de supuestas perlas; hacía brillar, deslumbradores, los cristales tallados, mientras repetía:

-Observa qué bien hechos están; parecen finos.

Él sonreía diciendo:

-Tienes gustos de gitana.

Algunas veces, por la noche, mientras estaban solos junto a la chimenea, sobre la mesita donde tomaban el té, colocaba ella la caja de tafilete donde guardaba la "pacotilla", según la expresión de Lantín, y examinaba las joyas con atención, apasionándose como si gozase un placer secreto y profundo. Se obstinaba en ponerle un collar a su marido para echarse a reír y exclamar:

-¡Qué mono estás!

Luego, arrojándose en sus brazos, lo besaba locamente.

Una noche de invierno, al salir de la Ópera, ella sintió un estremecimiento de frío. Por la mañana tuvo tos; y ocho días más tarde murió, de una pulmonía. Lantín se entristeció de tal modo, que por poco lo entierran también. Su desesperación fue tan grande que sus cabellos encanecieron por completo en un mes. Lloraba día y noche, con el alma desgarrada por un dolor intolerable, acosado por los recuerdos, por la voz, por la sonrisa, por el perdido encanto de su muerta.

El tiempo no calmaba su amargura. Muchas veces, en las horas de oficina, mientras sus compañeros se agrupaban para comentar los sucesos del día, se le llenaban de agua los ojos y, haciendo una mueca triste, comenzaba a sollozar.

Había mantenido intacta la habitación de su compañera, y se encerraba allí, diariamente, para pensar; todos los muebles, y hasta sus trajes, continuaban en el mismo lugar, como ella los había dejado.

Pero la vida se le hizo dificultosa. El sueldo, que manejado por su mujer bastaba para todas las necesidades de la casa, era insuficiente para él solo, y se preguntaba con estupor cómo se las había arreglado ella para darle vinos excelentes y manjares delicados, que ya no era posible adquirir con sus modestos recursos.

Contrajo algunas deudas y, al fin, una mañana, ocho días antes de acabar el mes, faltándole dinero para todo, pensó vender algo. Y acaso por ser lo que le había producido algún disgusto, decidió desprenderse de la "pacotilla", a la que le guardaba aún cierto rencor, porque su vista le amargaba un poco el recuerdo de su mujer.

Rebuscó entre las muchas joyas de su esposa -la cual hasta los últimos días de su vida estuvo comprando, adquiriendo casi cada tarde una joya nueva-, y por fin se decidió por un hermoso collar de perlas que podía valer muy bien -a juicio de Lantín- dieciséis o diecisiete francos, pues era muy primoroso, a pesar de ser falso.

Se lo metió en el bolsillo y, de camino para el Ministerio, siguiendo los bulevares, buscó una joyería cualquiera.

Entró en una, bastante avergonzado de mostrar así su miseria, yendo a vender una cosa de tan poco precio.

-Caballero -le dijo al comerciante-, quisiera saber lo que puede valer esto.

El joven tomó el collar, lo examinó, le dio vueltas, lo tanteó, cogió una lente, llamó a otro dependiente, le hizo algunas indicaciones en voz baja, puso la joya sobre el mostrador y la miró de lejos, para observar el efecto.

Lantín, molesto por aquellas prevenciones, se disponía a exclamar: "¡Oh, ya sé que no vale nada!", cuando el comerciante dijo:

-Caballero, esto vale de doce a quince mil francos; pero no puedo adquirirlo sin conocer su procedencia.

El viudo abrió unos ojos enormes y se quedó con la boca abierta. Por fin, balbució:

-¿Está usted seguro?...

El otro, atribuyendo a otra causa la sorpresa, añadió secamente:

-Puede ver si alguien se lo paga mejor; para mí, vale sólo quince mil francos.

Lantín, completamente idiota, recogió el collar y se fue, obedeciendo a un deseo confuso de reflexionar a solas.

Pero, en cuanto se vio en la calle, estuvo a punto de soltar la risa, pensando: "¡Imbécil! ¡Imbécil! Si le hubiese cogido la palabra... ¡Vaya un joyero, que no sabe distinguir lo bueno de lo falso!"

Y entró en otra joyería de la calle de la Paz. En cuanto vio la joya, el comerciante dijo:

-¡Ah, caramba! Conozco muy bien este collar; ha salido de esta casa.

Lantín, desconcertado, preguntó:

- -¿Cuánto vale?
- -Caballero, yo lo vendí en veinticinco mil francos y se lo compraré en dieciocho mil, cuando me indique, para cumplir las prescripciones legales. ¿Cómo ha llegado a su poder?

Esta vez el señor Lantín tuvo que sentarse, anonadado por la sorpresa:

- -Examínelo... examínelo usted detenidamente, ¿no es falso?
- -¿Quiere usted darme su nombre, caballero?

-Sí, señor; me llamo Lantín, estoy empleado en el Ministerio del Interior y vivo en la calle de los Mártires, en el número 16.

El comerciante abrió sus libros, buscó y dijo:

-Este collar fue enviado, en efecto, a la señora de Lantín, calle de los Mártires, número 16, en julio de 1878.

Los dos hombres se miraron fijamente; el empleado, estúpido por la sorpresa; el joyero, creyendo estar ante un ladrón.

El comerciante dijo:

-¿Accede a depositar esta joya en mi casa durante veinticuatro horas nada más, y mediante recibo?

Lantín balbució:

-Si, sí; ya lo creo.

Y salió doblando el papel, que guardó en un bolsillo.

Luego cruzó la calle, anduvo hasta notar que había equivocado su camino, volvió hacia las Tullerías, pasó el Sena, vio que se equivocaba de nuevo, y retrocedió hasta los Campos Elíseos, sin ninguna idea clara en la mente. Se esforzaba, queriendo razonar, comprender. Su esposa no pudo adquirir un objeto de tanto valor... De ningún modo... Luego ¡era un regalo! ¡Un regalo! Y ¿de quién? ¿Por qué?

Se detuvo y quedó inmóvil en medio del paseo. La horrible duda lo asaltó. ¿Ella?... ¡Y todas las demás joyas también serían regalos! Le pareció que la tierra temblaba, que un árbol se le venía encima y, tendiendo los brazos, se desplomó.

Recobró el sentido en una farmacia adonde los transeúntes que lo recogieron lo habían llevado. Hizo que lo condujeran a su casa y no quiso ver a nadie.

Hasta la noche lloró desesperadamente, mordiendo un pañuelo para no gritar. Luego se fue a la cama, rendido por la fatiga y la tristeza, y durmió con sueño pesado.

Lo despertó un rayo de sol, y se levantó despacio, para ir a la oficina. Era muy duro trabajar después de semejantes emociones. Recordó que podía excusarse con su jefe, y le envió una carta. Luego pensó que debía ir a la joyería y lo ruborizó la vergüenza. Se quedó largo rato meditabundo; no era posible que se quedara el collar sin recoger. Se vistió y salió.

Hacía buen tiempo; el cielo azul, alegrando la ciudad, parecía sonreír. Dos transeúntes ociosos andaban sin rumbo, lentamente, con las manos en los bolsillos.

Lantín pensó, al verlos: "Dichoso el que tiene una fortuna. Con el dinero pueden acabarse todas las tristezas; uno va donde quiere, viaja, se distrae... ¡Oh! ¡Si yo fuese rico!"

Sintió hambre, no había comido desde la antevíspera. Pero no llevaba dinero, y volvió a ocuparse del collar ¡Dieciocho mil francos! ¡Era un buen tesoro!

Llegó a la calle de la Paz y comenzó a pasearse para arriba y para abajo, por la acera frente a la joyería. ¡Dieciocho mil francos! Veinte veces fue a entrar; y siempre se detenía, avergonzado.

Pero tenía hambre, un hambre atroz, y ningún dinero. Por fin se decidió, bruscamente; atravesó la calle y, corriendo, para no darse tiempo de reflexionar, se precipitó en la joyería. El dueño se apresuró a ofrecerle una silla, sonriendo con finura. Los dependientes miraban a Lantín de reojo, procurando contener la risa que les retozaba en el cuerpo. El joyero dijo:

-Caballero, ya me informé. Si usted acepta mi proposición, puedo entregarle ahora mismo el precio de la joya.

El empleado balbució:

-Sí, sí; claro.

El comerciante sacó de un cajón dieciocho billetes de mil francos y se los entregó a Lantín, quien firmó un recibo y los guardó en el bolsillo con mano temblorosa.

Cuando ya se iba, se volvió hacia el joyero, que sonreía, y le dijo, bajando los ojos:

-Tengo... aún... otras joyas que han llegado hasta mí por el mismo conducto, ¿le convendría comprármelas?

El comerciante respondió:

-Sin duda, caballero.

Uno de los dependientes se vio obligado a salir de la tienda para soltar la carcajada; otro se sonó con fuerza; pero Lantín, impasible, colorado y grave, prosiguió:

-Voy a traérselas.

Y cogió un coche para ir a buscar las joyas.

Al volver a la joyería, una hora después, no se había desayunado aún. Comenzaron a examinar los objetos, pieza por pieza, tasándolos uno a uno. Casi todos eran de la misma casa.

Lantín discutía ya los precios, enfadándose, y exigía que le mostraran los comprobantes de las facturas, hablando cada vez más recio, a medida que la suma aumentaba.

Los dos solitarios valían veinticinco mil francos; los broches, sortijas y medallones, dieciséis mil; un aderezo de esmeraldas y zafiros, catorce mil; las pulseras, treinta y cinco mil; un solitario, colgante de una cadena de oro, cuarenta mil; y ascendía todo a ciento noventa y seis mil francos.

El comerciante dijo con sorna:

-Esto es de una persona que debió de emplear sus economías en joyas.

Lantín repuso, gravemente:

-Cada cual emplea sus ahorros a su gusto.

Y se fue, habiendo convenido con el joyero que, al día siguiente, comprobarían la tasación.

Cuando estuvo en la calle, miró la columna Vendóme, y sintió deseos de gatear por ella como si le pareciese una cucaña. Se sentía ligero, con ánimo para saltar por encima de la estatua del emperador, puesta en lo alto.

Almorzó en el restaurante más lujoso y bebió vino de a veinte francos la botella. Después tomó un coche para que lo llevase al bosque, y miraba despreciativamente a los transeúntes, con ganas de gritar: "¡Soy rico! ¡Tengo doscientos mil francos!"

Se acordó de su oficina y se hizo conducir al Ministerio. Entró en el despacho de su jefe y le dijo con desenvoltura:

-Vengo a presentar mi dimisión, porque acabo de recibir una herencia de trescientos mil francos.

Luego fue a estrechar la mano de sus compañeros, y les dio cuenta de sus nuevos planes de vida.

Por la noche comió en el café Inglés, el más caro.

Viendo junto a él a un caballero, que le pareció distinguido, no pudo resistir la tentación de referirle, con mucha complacencia, que acababa de heredar cuatrocientos mil francos.

Por primera vez en su vida, no se aburrió en el teatro y pasó toda la noche con mujeres.

Se volvió a casar al medio año. La segunda mujer -verdaderamente honrada- tenía un carácter insoportable y lo hizo sufrir mucho.

## Las sepulcrales

Estaban acabando de cenar. Eran cinco amigos, ya maduros, todos hombres de mundo y ricos; tres de ellos casados, los otros dos solteros. Se reunían así todos los meses, en recuerdo de sus tiempos mozos; acabada la cena, permanecían conversando hasta las dos de la madrugada. Seguían manteniendo amistad íntima, les agradaba verse juntos, y eran tal vez aquellas veladas las más felices de su vida. Charlaban de todo, de todo lo que al hombre de París interesa y divierte. Al estilo de los salones de entonces, hacían de viva voz un repaso de lo leído en los diarios de la mañana.

Uno de los más alegres entre los cinco era José de Bardón, soltero, quien sólo pensaba en vivir de la manera más caprichosa la vida parisiense. No era un libertino, ni un depravado; más bien era versátil, el calaverón todavía joven, porque apenas alcanzaba los cuarenta. Hombre de mundo, en el más amplio y benévolo sentido que se puede asignar al vocablo, estaba dotado de mucho ingenio, aunque no de gran profundidad; enterado de muchas cosas, no llegaba por eso a ser un verdadero erudito; rápido en el comprender, pero sin verdadero dominio de las materias, convertía sus observaciones y aventuras -cuanto veía, se encontraba o descubría- en episodios de novela a un tiempo cómica y filosófica, y en comentarios humorísticos que le daban en la capital fama de hombre inteligente.

Le correspondía en aquellas cenas el papel de orador. Se daba por descontado que siempre contaría algún lance, y él llevaba su cuento preparado. No aguardó, para entrar en materia, a que se lo pidiesen.

Fumando, con los codos sobre la mesa, una copita de *fine champagne* a medio llenar delante de su platillo, entumecido por aquella atmósfera de humo de tabaco aromatizado por el vaho del café caliente, se sentía en su propio elemento, como ciertos seres que en determinados lugares y circunstancias parecen estar como en casa; por ejemplo: una beata en la iglesia o un pez de colores en su globo de cristal.

Entre bocanada y bocanada de humo, comenzó a decir:

-Me ocurrió no hace mucho una curiosa aventura.

De todas las bocas salió casi a un tiempo la misma petición:

"¡Venga!"

Él prosiguió:

-Allá voy. Ya saben que yo recorro París como los coleccionistas de chucherías los escaparates. Ando al acecho de escenas, de tipos, de cuanto pasa por la calle y de cuanto en la calle ocurre.

"Hacia la mitad de septiembre, con unos días magníficos, salí de casa por la tarde, sin rumbo fijo. Más o menos, nunca falta ese deseo indefinido de visitar a una mujer bonita cualquiera. Se hace un repaso mental de las que conocemos, comparándolas, sopesando el interés que nos inspiran, el encanto que sobre nosotros ejercen, y se deja uno llevar por la preferida del día. Pero un sol hermoso y una atmósfera tibia borran muchas veces las ganas de hacer visitas.

"Esa tarde hacía un sol hermoso y una atmósfera tibia; encendí un cigarro y me dejé ir, sin pensarlo siquiera, hacia los bulevares exteriores. Caminando sin rumbo ni propósito, me asaltó de improviso la idea de seguir hasta el cementerio de Montmartre y penetrar en él. A mí me gustan mucho los cementerios; responden a la necesidad que siento de sosiego y de melancolía. Hay en ellos, además, buenos amigos a los que ya nadie visita; yo sí voy a verlos de cuando en cuando. En ese cementerio de Montmartre, precisamente, tengo un capítulo de amor, una querida que me hizo sufrir mucho y sentir mucho: una mujercita adorable, cuyo recuerdo me deja profundamente dolorido, pero también pesaroso..., pesaroso por muchos conceptos... Sobre su tumba suelo abandonarme a mis pensamientos... Todo ha acabado para ella.

"Mi amor a los cementerios nace también de que son ciudades enormes, habitadas por un número prodigioso de personas. Imagínense la cifra de muertos que habrá en espacio tan reducido, la cantidad de generaciones de parisienses que están alojadas allí para siempre, trogloditas perpetuos, encerrados cada cual en su pequeña bóveda cubierta con una piedra o marcada con una cruz, mientras los imbéciles de los vivos exigen tanto espacio y arman tanto estrépito.

"Hay más aún: en los cementerios hallamos monumentos casi tan interesantes como en los museos. Tengo que decir que la tumba de Cavaignac me ha traído el recuerdo de la obra maestra de Jean Goujon, la estatua yacente de Luis de Brézé, en la capilla subterránea de la catedral de Ruán; de ahí ha salido, señores, ese arte que llamamos moderno y realista. La estatua yacente de Luis de Brézé tiene más de verdad, más de carne que se quedó petrificada en las convulsiones de la agonía que todos los cadáveres dislocados que hoy se someten al tormento sobre las tumbas.

"Puédese admirar también en el cementerio de Montmartre el monumento de Baudin, obra que tiene cierta majestad; el de Gautier, el de Murger. ¿Quién depositaría en éste la solitaria y modesta corona de amarillas siemprevivas que vi yo

hace poco? ¿Las llevó la última superviviente de sus alegres modistillas, viejísima ya y tal vez hoy portera de algún inmueble de los alrededores? ¡El monumento tiene una linda estatuilla de Millet, carcomida de suciedad y de abandono! ¡Para que cantes a la juventud, oh, Murger!

"Entré, pues, en el cementerio de Montmartre, y me sentí de pronto impregnado de tristeza, pero no de una tristeza exagerada, sino de una de esas tristezas capaces de sugerir al hombre que goza de buena salud esta reflexión: 'No es muy alegre este lugar; pero de aquí a que yo venga ha de pasar un tiempo...'

"El ambiente de otoño, con su olor a tibia humedad de hojas muertas y sol extenuado, mortecino y anémico, agudiza, envolviéndola en poesía, la sensación de soledad, de acabamiento definitivo que flota sobre aquel lugar en el que el hombre husmea la muerte.

"Iba adelantando a paso lento por las calles de tumbas en las que los vecinos no se tratan ni se acuestan por parejas ni leen los periódicos. Pero yo sí que me puse a leer los epitafios. Les aseguro que es la cosa más divertida del mundo. Ni Labiche ni Meilhac me han movido jamás a risa tanto como la comicidad de la prosa sepulcral. Las planchas de mármol y las cruces en que los deudos de los muertos dan rienda suelta a su dolor, hacen votos por la felicidad del que se fue y pintan el anhelo que los acucia de ir a reunirse con él, son más eficaces que las mismas obras de Paul de Kock para descongestionar el hígado... ¡Vaya bromistas!

"Lo que mayor reverencia me inspira en este cementerio es la parte abandonada y solitaria, poblada de grandes tejos y cipreses, viejo barrio de los muertos antiguos que ha de convertirse pronto en un barrio flamante, cuando se derriben los árboles verdes, nutridos con savia de cadáveres humanos, para ir colocando en fila, debajo de pequeñas chapas de mármol, a los difuntos recientes.

"Cuando, a fuerza de vagabundear por allí, sentí aligerado mi espíritu, supe comprender que la insistencia traería el aburrimiento y que no me quedaba por hacer otra cosa que llevar el homenaje fiel de mi recuerdo al lecho postrero de mi amiguita. Al acercarme a su tumba, experimenté una ligera angustia. ¡Pobre mujercita querida, tan gentil, tan apasionada, tan blanca, tan lozana como era!... Mientras que ahora..., si esa losa se alzase...

"Asomado por encima de la verja de hierro, le expresé, muy quedo, mi aflicción, completamente seguro de que ella no me oía. Disponíame a partir, cuando vi que se arrodillaba junto a la tumba de al lado una mujer vestida de negro, de luto riguroso. El velo de crespón, echado hacia atrás, dejaba al descubierto una linda cabeza rubia, y sus cabellos, partidos en dos bandas laterales simétricas, brillaban con reflejos de luz de aurora, entre la noche de su tocado. Me quedé donde estaba.

"No cabía duda de que el dolor que la aquejaba era profundo. Sepultados los ojos en las palmas de las manos, rígida como estatua que medita, volando en alas de sus pesares, desgranando a la sombra de sus ojos ocultos y cerrados las cuentas del rosario torturador de sus recuerdos, se le hubiera podido tomar por una muerta que estaba pensando en un muerto. Adiviné de improviso que iba a romper a llorar; lo adiviné por un movimiento apenas perceptible de sus espaldas, algo así como un escalofrío del viento en un sauce. Al suave llanto de los primeros momentos sucedió otro más fuerte, acompañado de rápidas sacudidas del cuello y de los hombros. Dejó ver de pronto sus ojos. Estaban cuajados de lágrimas y eran encantadores; los paseó en torno suyo, y tenían expresión de loca que parece despertar de una pesadilla. Cayó en la cuenta de que yo la miraba y ocultó, como avergonzada, el rostro entre las manos. Sus sollozos se hicieron convulsivos y su cabeza se fue inclinando lentamente hacia el mármol. Apoyó en él su frente, y el velo, que se desplegó en torno de ella, vino a cubrir los ángulos blancos de la sepultura amada como una pena nueva. La oí gemir y, de pronto, se desplomó, quedando inmóvil y sin conocimiento, con la mejilla apoyada en la loseta.

"Me precipité hacia ella, le di golpecitos en las manos, le soplé sobre los párpados, y entre tanto recorría con mi vista el sencillo epitafio: 'Aquí descansa Luis-Teodoro Carrel, capitán de infantería de marina, muerto por el enemigo en Tonquín. Rogad por él'.

"La muerte databa de algunos meses. Me enternecí hasta derramar lágrimas y puse doble interés en mis cuidados. Fueron eficaces y ella volvió en sí. Mi emoción se reflejaba en mi rostro -no soy mal parecido, aún no he cumplido los cuarenta. Me bastó su primera mirada para comprender que sería atenta y agradecida. Lo fue, después de otro acceso de lágrimas y de contarme su historia, que fue saliendo entrecortada de su pecho anhelante; cómo al año de casados cayó el oficial muerto en Tonquín, y cómo había sido el suyo un matrimonio de amor, porque ella era huérfana de padre y madre, y apenas disponía de la dote reglamentaria.

"Le di ánimos, la consolé, la incorporé, la levanté del suelo y luego le dije:

"-No debe permanecer aquí. Venga.

"Ella murmuró:

"-Me siento incapaz de caminar.

- "-Yo la sostendré.
- "-Gracias, caballero, es usted bondadoso. ¿También usted ha venido a llorar a algún muerto?
- "-También, señora.
- "-¿Tal vez a una mujer?
- "-A una mujer; sí, señora.
- "-¿Su esposa?
- "-Una amiga mía.
- "-Se puede querer a una amiga tanto como a su propia esposa; la pasión no reconoce ley.
- "-Exacto, señora.
- "Y hétenos en marcha, juntos los dos, ella apoyándose en mí, yo llevándola casi en brazos por los caminos del cementerio. Fuera ya de éste, murmuró con acento desfallecido:
- "-Temo que me vaya a dar un desmayo.
- "-¿Por qué no entramos en algún sitio? Podría tomar usted alguna cosa.
- "-Entremos, sí, señor.
- "Descubrí un restaurante, uno de esos establecimientos en los que los amigos del difunto celebran haber cumplido ya con la pesada obligación. Entramos. Hice que bebiese una taza de té bien caliente, y esto pareció reanimarla. Se esbozó en sus labios una tenue sonrisa. Me habló de sí misma.
- "Era triste, muy triste, encontrarse sola en la vida; sola siempre en casa, noche y día; sin tener ya nadie a quien dar su cariño, su confianza, su intimidad.
- "Tenía visos de sincero todo aquello. Dicho por tal boca, resultaba un encanto. Me enternecí. Era muy joven, quizá de veinte años.
- "Le dirigí algunos cumplidos, que ella aceptó con agrado. Me pareció que aquello se alargaba demasiado y me brindé a llevarla a su casa en carruaje. Aceptó, y dentro ya del coche nos quedamos tan juntos, hombro con hombro, que el calor de nuestros cuerpos se mezclaba a través de la ropa, que es una cosa que a mí me trastorna por completo.
- "Al detenerse el carruaje frente a su casa, me dijo ella en un susurro:
- "-Vivo en el cuarto piso, y me siento sin fuerzas para llegar por mi pie hasta arriba. Puesto que ha sido tan bondadoso, ¿quiere darme una vez más su brazo para subir a mis habitaciones?
- "Me apresuré a aceptar. Subió despacio, jadeando mucho. Cuando estuvimos frente a su puerta, agregó:
- "-Entre usted y pase conmigo unos momentos para que pueda darle las gracias.
- "Entré, ¡vaya si entré!
- "El interior era modesto, casi tirando a pobre, pero sencillo y muy en orden.
- "Nos sentamos, el uno junto al otro, en un pequeño canapé, y otra vez me habló ella de su soledad. Llamó a su criada, con intención de ofrecerme alguna bebida, pero la criada no acudió, con grandísimo contento mío. Supuse que la tendría nada más que para las mañanas; lo que se llama una asistencia.
- "Se había quitado el sombrero. Era un verdadero encanto de mujer, y sus ojos claros se clavaban en mí; se clavaban de tal manera y eran tan claros, que sentí una tentación terrible, y me dejé llevar de la tentación. La cogí entre mis brazos, y sobre sus párpados, que se cerraron de pronto, puse besos... y besos... y cada vez más besos.
- "Ella forcejeaba, rechazándome, a la vez que repetía:
- "-Acabe..., acabe..., acabe ya.
- "¿En qué sentido lo decía? Dos por lo menos puede tener, en situaciones semejantes, el verbo acabar. Yo le di el que era de mi gusto, y salté de los ojos a la boca para hacerla callar. No llevó su resistencia al extremo; y cuando, después de

tamaño insulto a la memoria del capitán muerto en Tonquín, volvimos a mirarnos, vi en ella una expresión de languidez, enternecimiento y resignación, que disipó mis inquietudes.

"Entonces me mostré galante, solícito, agradecido. Después de otra charla íntima de casi una hora, le pregunté:

- "-¿Dónde acostumbra cenar?
- "-En un pequeño restaurante aquí cerca.
- "-¿Completamente sola?
- "-Desde luego.
- "-¿Quiere cenar conmigo?
- "-¿Dónde va a ser?
- "-En un buen restaurante del bulevar.
- "Se mostró un poco reacia. Insistí, y ella se rindió, diciendo para justificarse a sí misma: "-Me aburro tanto..., tanto.
- "Y agregó a continuación:
- "-Es preciso que me ponga un vestido menos lúgubre.
- "Se metió en su dormitorio y cuando reapareció vestía de alivio luto; estaba encantadora, delicada y esbelta con su sencillísimo vestido gris. Tenía, por lo visto, trajes distintos para el cementerio y para la ciudad.
- "La cena fue cordial. Bebió champaña, se enardeció, cobró valor y yo me recogí a su casa con ella.
- "Esta conexión, trabada sobre las tumbas, duró cerca de tres semanas. Pero todo cansa, y aún más las mujeres. La dejé, alegando como pretexto cierto viaje ineludible. Me despedí con mucha esplendidez, lo que me valió su efusivo agradecimiento. Me hizo prometer, me hizo jurar que volvería a visitarla a mi regreso. Parecía que, en efecto, me hubiese tomado algo de cariño.
- "Corrí en busca de otras ternuras, y transcurrió casi un mes sin que el pensamiento de entrevistarme otra vez con aquella delicada amante funeraria se me presentase con fuerza tal que me obligase a ceder a él. A decir verdad, nunca la olvidé por completo. Me asaltaba a menudo su recuerdo como un misterio, como un problema de psicología, como una de esas cuestiones inexplicables cuya solución nos aguijonea.
- "Sin saber por qué sí ni por qué no, vino a figurárseme cierto día que otra vez iba tropezar con ella en el cementerio de Montmartre, y allí me fui.
- "Largo rato anduve paseando sin encontrar más que a las visitas corrientes de aquel lugar, es decir, personas que no han roto del todo sus lazos con los muertos. Ninguna mujer derramaba lágrimas sobre la tumba del capitán muerto en Tonquín, ni había flores ni coronas sobre el mármol.
- "Pero al desviarme por otro barrio de aquella gran ciudad de difuntos, descubrí de pronto, al final de una estrecha avenida de cruces, a una pareja, hombre y mujer, que venían en dirección a donde yo estaba. ¡Qué asombro! ¡Era ella! ¡La reconocí cuando se acercaron!
- "Me vio, se ruborizó y, al rozar yo con ella de pasada, me dirigió un guiño imperceptible que quería decir: 'Haga como que no me conoce', pero que también debía de entenderse como: 'No dejes de verme, amor mío.'
- "Su acompañante era un caballero distinguido, elegante, oficial de la Legión de Honor, como de cincuenta años. La iba sosteniendo como yo mismo la sostuve cuando salimos del cementerio.
- "Me alejé de allí, estupefacto, dudando aún de lo que había visto, preguntándome en qué clasificación biológica habría que colocar a la cazadora sepulcral. ¿Era una chica cualquiera, una prostituta inspirada que hacía sobre las tumbas su cosecha de hombres tristes, apegados a la memoria de una mujer, esposa o amante, y sacudidos todavía por el recuerdo de las caricias que se fueron para siempre? ¿Era ella la única? ¿Existen otras más? ¿Se trata de una verdadera profesión? ¿Corren unas el cementerio como otras corren la acera? ¡Cazadoras sepulcrales! ¿O es que tuvo ella acaso la idea admirable, de una filosofía profunda, de explotar la necesidad de un amor que quienes lo perdieron sienten reavivarse en aquellos lugares fúnebres?
- "¡Me hubiera gustado saber el nombre del difunto de quien había enviudado por aquel día!"

### Lo horrible

La tibia noche descendía lentamente.

Las mujeres se habían quedado en el salón de la quinta. Los hombres, sentados o a horcajadas en las sillas del jardín, fumaban, ante la puerta, en círculo en torno a una mesa redonda llena de tazas y de copas.

Sus cigarros brillaban como ojos en la sombra cada vez más espesa. Acababan de contar un espantoso accidente ocurrido la víspera: dos hombres y tres mujeres ahogados ante los ojos de los invitados, frente a la casa, en el río.

El general de G... pronunció:

-Sí, esas cosas son conmovedoras, pero no son horribles.

Lo horrible, esa vieja palabra, significa algo más que terrible. Un espantoso accidente como ése conmueve, trastorna, asusta: pero no enloquece. Para experimentar horror se necesita algo más que la emoción del alma y algo más que el espectáculo de una muerte espantosa, se necesita, bien un estremecimiento de misterio, bien una sensación de espanto anormal, fuera de lo natural. Un hombre que muere, aunque sea en las condiciones más dramáticas, no inspira horror; un campo de batalla no es horrible; la sangre no es horrible; los crímenes más viles son raramente horribles.

Miren, aquí tienen dos ejemplos personales que me han hecho comprender lo que se puede entender por Horror.

Era durante la guerra de 1870. Nos retirábamos hacia Pont-Audemer, tras haber cruzado Ruán. El ejército, unos veinte mil hombres, veinte mil hombres en desorden, desbandados, desmoralizados, agotados, iba a reconstruirse en El Havre.

La tierra estaba cubierta de nieve. Caía la noche. No habíamos comido nada desde la víspera. Huíamos a toda prisa, pues los prusianos no estaban lejos.

Todo el campo normando, lívido, manchado por las sombras de los árboles que rodeaban las granjas, se extendía bajo un cielo negro, pesado y siniestro.

No se oía otra cosa en el resplandor apagado del crepúsculo que un ruido confuso, tenue y sin embargo desmesurado, de rebaño en marcha, un pisoteo infinito, mezclado con un vago golpeteo de escudillas o de sables. Los hombres, inclinados, encorvados, sucios, a menudo incluso andrajosos, se arrastraban, se apresuraban en la nieve, a largos pasos derrengados.

La piel de las manos se pegaba al acero de las culatas, pues helaba espantosamente esa noche. A menudo yo veía a un joven voluntario quitarse los zapatos para marchar descalzo, de tanto como le dolía ir calzado; y dejaba en cada huella un rastro de sangre. Después, al cabo de cierto tiempo, se sentaba en un campo para descansar unos minutos, y no volvía a levantarse. Cada hombre sentado era un hombre muerto.

¡Cuántos de esos pobres soldados agotados, que contaban con proseguir en seguida, en cuanto hubieran dado un poco de descanso a sus piernas rígidas, dejamos a nuestras espaldas! Ahora bien, apenas cesaban de moverse, de hacer circular, por su carne helada, una sangre casi inerte, un invencible embotamiento los petrificaba, los clavaba al suelo, cerraba sus ojos, paralizaba en un segundo aquel agotado mecanismo humano. Y se doblaban un poco, con la frente apoyada en las rodillas, aunque sin caer del todo, pues sus riñones y sus miembros se tornaban inmóviles, duros como la piedra, imposibles de doblegar ni de enderezar.

Y nosotros, los más robustos, seguíamos avanzando, helados hasta la médula, marchando gracias a una fuerza mecánica, en aquella noche, en aquella nieve, en aquella campiña fría y mortal, aplastados por la pena, por la derrota, por la desesperación, y sobre todo oprimidos por la abominable sensación del abandono, del final, de la muerte, de la nada.

Divisé a dos gendarmes que sujetaban por los brazos a un hombrecillo singular, viejo, sin barba, de aspecto verdaderamente sorprendente.

Buscaban un oficial, creyendo haber cogido a un espía. La palabra «espía» corrió en seguida entre los rezagados y se formó un círculo en torno al prisionero. Una voz gritó: «¡Hay que fusilarlo!» Y todos aquellos soldados que se caían de agotamiento, y que sólo se tenían en pie porque se apoyaban en sus fósiles, sintieron de pronto ese temblor de cólera furiosa y brutal que empuja a las multitudes a la matanza.

Quise hablar; yo era entonces el jefe del batallón; pero ya nadie reconocía a los jefes, me habrían fusilado también a mí.

Uno de los gendarmes me dijo:

«Hace tres días que nos sigue. Pide a todo el mundo informes sobre la artillería.»

Traté de interrogar a aquel ser:

«¿Qué hace usted? ¿Qué quiere? ¿Por qué acompaña al ejército?»

Farfulló unas palabras en un dialecto ininteligible. Era realmente un extraño personaje, de hombros estrechos, de mirada solapada, y estaba tan turbado en mi presencia que verdaderamente no dudé de que fuese un espía. Parecía de mucha edad y muy débil. Me miraba de soslayo, con un aire humilde, estúpido y malicioso. Los hombres que nos rodeaban gritaban:

«¡Al paredón! ¡Al paredón!» Le dije a los gendarmes:

«¿Me responden ustedes del prisionero?...»

Aún no había acabado de hablar cuando un empujón terrible me derribó, y vi, en un segundo, como los soldados furiosos cogían al hombre, lo tiraban al suelo, le pegaban, lo arrastraban al borde del camino y lo arrojaban contra un árbol. Cayó ya casi muerto, sobre la nieve.

Lo fusilaron al punto. Los soldados disparaban sobre él, cargaban sus armas, volvían a disparar con una saña brutal. Se peleaban por coger el turno, desfilaban ante el cadáver y seguían disparando sobre él, como quien desfila ante un ataúd para rociarlo con agua bendita. Pero de repente corrió un grito: «¡Los prusianos! ¡Los prusianos!»

Y oí, en todo el horizonte, el rumor inmenso del ejército que corría enloquecido.

El pánico, nacido de aquellos tiros sobre el vagabundo, había asustado a los propios ejecutores que, sin comprender que el espanto provenía de ellos mismos, escaparon y desaparecieron en las sombras.

Me quedé solo ante el cuerpo con los dos gendarmes, a quienes su deber retenía a mi lado.

Alzaron aquella carne magullada, molida, sangrante. «Hay que registrarlo», les dije.

Y les tendí una caja de cerillas que llevaba en el bolsillo. Uno de los soldados alumbraba al otro. Yo estaba de pie entre los dos.

El gendarme que manejaba el cuerpo declaró: «Vestido con una blusa azul, una camisa blanca, un pantalón y un par de zapatos.»

La primera cerilla se apagó; encendieron la segunda. El hombre prosiguió, volviendo los bolsillos.

«Un cuchillo de asta, un pañuelo de cuadros, una petaca, un trozo de bramante, un pedazo de pan.»

La segunda cerilla se apagó. Encendieron la tercera. El gendarme, tras haber palpado un buen rato el cadáver, declaró:

«Nada más.» Yo dije:

«Desnúdenlo. Quizá encontremos algo junto a la piel. »

Y, para que los dos soldados pudieran actuar al mismo tiempo, me puse yo mismo a alumbrarles. Los veía al resplandor rápido y pronto extinguido de la cerilla quitar las ropas una a una, dejar al descubierto aquel sangriento paquete de carne aún caliente y muerta.

De pronto uno de ellos balbució: «¡Caray! Mi comandante, ¡es una mujer!»

No podría decirles qué extraña y punzante sensación de angustia me invadió el corazón. No podía creerlo, y me arrodillé en la nieve, ante aquella papilla informe, para ver: ¡era una mujer!

Los dos gendarmes, confundidos y desmoralizados, esperaban que yo emitiese una opinión.

Pero yo no sabía qué pensar, qué suponer. Entonces el sargento pronunció lentamente:

«A lo mejor venía buscando a su hijo que era soldado de artillería y del cual no tenía noticias.»

Y el otro respondió:

«A lo mejor, sí, puede ser.»

Y yo, que había visto cosas muy terribles, me eché a llorar. Y sentí, ante aquella muerte, en aquella noche helada, en

medio de aquella llanura negra, ante aquel misterio, delante de aquella desconocida asesinada, lo que significa la palabra «Horror».

Ahora bien, he tenido la misma sensación, el pasado año, al interrogar a uno de los supervivientes de la misión Flatters, un tirador argelino.

Conocen ustedes los detalles de ese drama atroz. Hay uno, empero, que quizás ignoren.

El coronel iba al Sudán por el desierto y cruzaba el inmenso territorio de los tuareg, que son, en ese océano de arena que va del Atlántico a Egipto y del Sudán a Argelia, una raza de piratas comparable a los que antaño asolaban los mares.

Los guías que conducían la columna pertenecían a la tribu de los chambaa, de Uargla.

Ahora bien, un día montaron el campamento en pleno desierto, y los árabes declararon que, como el manantial estaba aún un poco más lejos, irían a buscar agua con todos los camellos.

Un solo hombre previno al coronel de que lo traicionaban; Flartters no lo creyó y acompañó al convoy con los ingenieros, los médicos, y casi todos sus oficiales.

Fueron asesinados junto al manantial, y todos los camellos, capturados.

El capitán del puesto árabe de Uargla, que se había quedado en el campamento, tomó el mando de los supervivientes, espahís y tiradores, e iniciaron la retirada, abandonando bagajes y víveres, por falta de camellos para llevarlos.

Iniciaron, pues, la marcha por aquella soledad sin sombras y sin fin, bajo un sol devorador que los abrasaba de la mañana a la noche.

Una tribu acudió a someterse y trajo dátiles. Estaban envenenados. Casi todos los franceses murieron y, entre ellos, el último oficial.

Sólo quedaban unos cuantos espahís, como el sargento Pobéguin, a más de los tiradores indígenas de la tribu chambaa. Tenían aún dos camellos, pero desaparecieron una noche con dos árabes.

Entonces los supervivientes comprendieron que iban a tener que devorarse entre sí y, en cuanto descubrieron la huida de los dos hombres con los dos animales, los que quedaban se separaron y echaron a andar uno a uno por la blanda arena, bajo la cruel llama del sol, a mayor distancia que la de un tiro de fusil.

Caminaban así todo el día, levantando en cada lugar, en la extensión quemada y llana, esas columnitas de polvo que señalan desde lejos a quienes marchan por el desierto.

Pero una mañana uno de los viajeros se desvió bruscamente, acercándose a su vecino. Y todos se detuvieron a mirar.

El hombre hacia el cual marchaba el soldado hambriento no huyó, sino que se tumbó en el suelo, y apuntó hacia el que llegaba. Cuando lo creyó a buena distancia, disparó. No le dio al otro, que siguió avanzando y después, encarando a su vez, mató a su camarada.

Entonces los demás acudieron de todo el horizonte a buscar su parte. Y el que había matado, descuartizando al muerto, lo distribuyó.

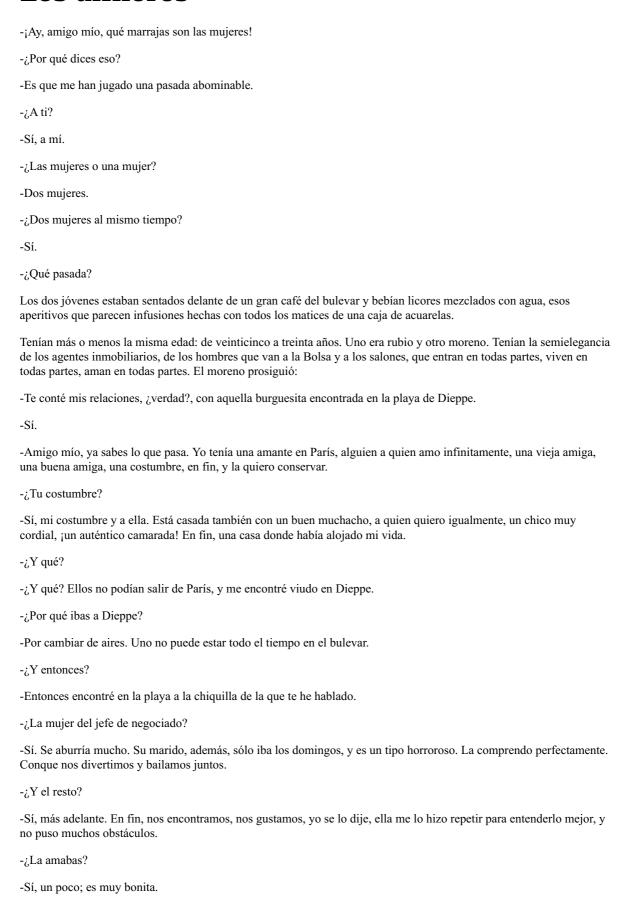
Se espaciaron de nuevo aquellos aliados irreconciliables, hasta que el próximo asesinato los aproximara. Durante dos días vivieron de la carne humana repartida. Después reapareció de nuevo el hambre, y el primero que había matado mató otra vez. Y otra vez, como un carnicero, cortó el cadáver y lo ofreció a sus compañeros, quedándose sólo con su ración.

Y así continuó esta retirada de antropófagos.

El último francés, Pobéguin, murió asesinado a orillas de un pozo, la víspera del día que llegaron los auxilios. ¿Comprenden ustedes ahora qué es lo que yo entiendo por Horrible?

Esto es lo que nos contó, la otra noche, el general de G...

### Los alfileres



- -¿Y la otra?
- -¡La otra estaba en París! En fin, durante seis semanas la cosa marchó muy bien y volvimos aquí en los mejores términos. ¿Es que tú sabes romper con una mujer cuando esa mujer no tiene nada que reprocharte?
- -Sí, muy bien.
- -¿Cómo haces?
- -La abandono.
- -Pero ¿cómo te las arreglas para abandonarla?
- -No vuelvo por su casa.
- -Pero ¿y si ella viene a tu casa?
- -Pues... no estoy.
- -¿Y si vuelve?
- -Le digo que estoy indispuesto.
- -¿Y si te cuida?
- -Pues..., pues le hago una faena. Escribo cartas anónimas a su marido para que la vigile los días en que la espero.
- -¡Eso es grave! Yo no tengo tanta resistencia. No sé romper. Las colecciono. Las hay a las que sólo veo una vez al año, a otras cada diez meses, a otras una vez al trimestre, a otras los días que tienen ganas de cenar en un cabaret. Las que he espaciado no me molestan, pero con frecuencia tengo problemas con las nuevas, para distanciarlas un poco.
- -Entonces...
- -Entonces, amigo mío, la pequeña funcionaria era puro fuego, puras llamas, sin un reproche, ¡como te he dicho! Como su marido se pasa los días en el Ministerio, ella se ponía en plan de llegar a mi casa de improviso. Dos veces estuvo a punto de encontrarme con mi costumbre.
- -¡Diablos!
- -Sí. Por lo tanto, le señalé a cada cual sus días, días fijos para evitar confusiones. Lunes y sábados para la antigua. Martes, jueves y domingos para la nueva.
- -¿Por qué esa preferencia?
- -¡Ay, amigo mío!, es más joven.
- -Eso te daba sólo dos días de descanso a la semana.
- -Me basta.
- -¡Felicitaciones!
- -Ahora bien, figúrate que me ha ocurrido la historia más ridícula del mundo, y la más fastidiosa. Desde hace cuatro meses todo marchaba perfectamente; dormía a pierna suelta y era verdaderamente feliz, cuando de pronto, el lunes pasado, todo se derrumba.
- "Yo esperaba a mi costumbre a la hora convenida, la una y cuarto, fumando un buen cigarro. Soñaba despierto, muy satisfecho de mí mismo, cuando advertí que la hora había pasado. Me sorprendió porque ella es muy puntual. Pero pensé en un pequeño retraso accidental. Sin embargo, pasa media hora, después una hora, hora y media, y comprendí que cualquier causa la había retenido, quizá una jaqueca o un importuno. Son muy fastidiosas esas cosas, esas esperas... Inútiles, aburridísimas e irritantes. En fin, me resigné, después salí de casa y, no sabiendo qué hacer, fui a verla. La encontré leyendo una novela.
- "-¿Qué ocurre? -le dije.
- "Respondió tranquilamente:
- "-Querido, no he podido, algo me lo impidió.

- "-¿El qué?
- "-Pues mis... ocupaciones.
- "-Pero... ¿qué ocupaciones?
- "-Una visita muy pesada.
- "Yo pensaba que no quería decirme la verdadera razón y, como estaba muy tranquila, me inquietaba aún más. Contaba con recuperar el tiempo perdido, al día siguiente, con la otra.
- "El martes, pues, estaba muy..., muy emocionado y enamoradísimo, a la espera de la pequeña funcionaria, y hasta me extrañó que no se adelantase a la hora convenida. Miraba el reloj a cada momento, siguiendo la aguja con impaciencia.
- "La vi pasar el cuarto, después la media, después las dos... No podía estarme quieto, cruzaba a grandes zancadas mi habitación, pegaba la frente a la ventana y la oreja a la puerta para escuchar si subía la escalera.
- "Dieron las dos y media, ¡después las tres! Cogí el sombrero y corrí a su casa. ¡Estaba leyendo una novela, amigo mío!
- "-¿Qué ocurre? -le dije con ansiedad.
- "Respondió, tan tranquilamente como mi costumbre:
- "-Querido, no he podido, algo me lo impidió.
- "-¿El qué?
- "-Pues... mis ocupaciones.
- "-Pero... ¿qué ocupaciones?
- "-Una visita pesada.
- "Supuse inmediatamente, claro, que lo sabían todo; pero ella parecía tan plácida, no obstante, tan pacífica, que acabé desechando mi sospecha, para creer en una extraña coincidencia, pues no podía imaginar semejante disimulo por su parte. Y tras una hora de amistosa charla, interrumpida además por veinte entradas de su hijita, tuve que marcharme muy fastidiado.
- "Y figúrate que al día siguiente..."
- -¿Pasó lo mismo?
- -Sí... y también al otro día. Y la cosa duró así tres semanas, sin una explicación, sin que nada me revelase el porqué de esa extraña conducta cuyo secreto sospechaba, no obstante.
- -¿Lo sabían todo?
- -¡Pues claro! Pero ¿cómo? ¡Ah! Fue un suplicio hasta que lo averigüé.
- -¿Cómo lo supiste por fin?
- -Por carta. El mismo día, en los mismos términos, me despidieron definitivamente.
- -Pero...
- -Ahora verás... Ya sabes, amigo mío, que las mujeres llevan siempre encima un ejército de horquillas y alfileres. Las horquillas las conozco bien, desconfio de ellas, y vigilo, pero los otros son mucho más pérfidos, esos malditos alfileritos de cabeza negra que nos parecen todos iguales, porque somos muy brutos, pero que ellas distinguen como nosotros distinguimos un caballo de un perro.
- "Ahora bien, parece que un día mi pequeña funcionaria había dejado uno de esos chismes reveladores pinchado en una colgadura, junto al espejo.
- "Mi costumbre, al primer vistazo, había visto en la tela ese puntito negro como una pulga, y sin decir nada lo había cogido, y después había dejado en el mismo sitio uno de sus alfileres, también negro, pero de un modelo diferente.
- "Al día siguiente, la funcionaria quiso recoger el suyo, y enseguida reconoció la sustitución; entonces le entró una sospecha, y puso dos, cruzados.

"La costumbre respondió a esta señal telegráfica con tres bolas negras, una encima de otra.

"Una vez iniciado este trato, siguieron comunicándose, sin decirse nada, sólo para espiarse. Después parece que la costumbre, más osada, enrolló a lo largo de la puntita de acero un delgado papel donde había escrito:

Lista de Correos, bulevar Malesherbes, C.D.

"Entonces se escribieron. Yo estaba perdido. Comprenderás que eso no fue lo único entre ellas. Se comportaban con precaución, con mil ardides, con toda la prudencia precisa en tales casos. Pero la costumbre tuvo una idea audaz y le dio una cita a la otra. Lo que se dijeron, lo ignoro. Sé sólo que pagué las consecuencias de su conversación. ¡Y aquí me tienes!"

- -¿Eso es todo?
- -Sí.
- -¿No las sigues viendo?
- -Sí, como amigo; no hemos roto del todo.
- -Y ellas, ¿se han vuelto a ver?
- -Sí, amigo mío, se han hecho íntimas.
- -Vaya, vaya. ¿Y eso no te da una idea?
- -No, ¿cuál?
- -Pedazo de bobo, la idea de hacerles clavar alfileres dobles...

# Los prisioneros

En el bosque sólo se oía el ligero murmullo de la nieve cayendo sobre los árboles. Caía desde el mediodía, una nievecita menuda que empolvaba las ramas con una espuma helada, que arrojaba sobre las hojas secas de la espesura un leve techo de plata, tendía sobre los caminos una inmensa alfombra muelle y blanca, y espesaba el silencio ilimitado de aquel océano de árboles.

Ante la puerta de la casa forestal, una joven, con los brazos desnudos, cortaba leña a hachazos sobre una piedra. Era alta, esbelta y fuerte, una hija de los bosques, hija y esposa de guardas forestales.

Una voz gritó desde el interior de la casa:

-Estamos solas esta noche, Berthine, habría que entrar. Llega la noche y quizás hay prusianos y lobos merodeando.

La leñadora respondió hendiendo un tronco a grandes golpes que erguían su pecho a cada movimiento para alzar los brazos.

-Ya acabé, madre. Ya voy, ya voy, no hay miedo; es aún de día.

Después recogió haces y leños y los apiló junto a la chimenea, volvió a salir para cerrar los postigos, enormes postigos de roble macizo, y al regresar, por fin, corrió los pesados cerrojos de la puerta.

Su madre, una vieja arrugada a la que la edad había vuelto temerosa, hilaba junto al fuego.

-No me gusta -dijo- cuando padre está fuera. Dos mujeres no es gran cosa.

La joven respondió:

-¡Oh! Yo podría matar a un lobo, y hasta a un prusiano.

E indicaba con la mirada un gran revólver colgado sobre el lar.

Su hombre había sido incorporado al ejército al comienzo de la invasión prusiana, y las dos mujeres se habían quedado solas con el padre, el viejo guarda Nicolas Pichon, apodado Zancos, que se había negado obstinadamente a abandonar su casa para recogerse en la ciudad.

La ciudad próxima era Rethel, antigua plaza fuerte encaramada sobre un peñón. Allí eran patriotas, y los burgueses habían decidido resistir a los invasores, encerrarse y aguantar un asedio según la tradición de la ciudad. Ya en dos ocasiones, bajo Enrique IV y Luis XIV, los habitantes de Rethel se habían distinguido por heroicas defensas. Harían otro tanto esta vez, ¡voto a Judas!, o bien arderían entre sus murallas.

Habían comprado, pues, cañones y fusiles, equipado una milicia, formado batallones y compañías, y se adiestraban todo el día en la Plaza de Atinas. Todos, panaderos, tenderos de ultramarinos, carniceros, notarios, procuradores, ebanistas, libreros, y hasta los farmacéuticos, maniobraban por turno, a horas fijadas, a las órdenes del señor Lavigne, exsuboficial de dragones, hoy mercero, al haberse casado con la hija del señor Ravaudan y heredado su tienda.

Había adoptado el grado de comandante mayor de la plaza y, como todos los jóvenes habían marchado al ejército, había alistado a todos los demás, que se entrenaban para la resistencia. Los gordos ya sólo andaban por las calles a paso gimnástico para fundir las grasas y reforzar el resuello, los débiles llevaban fardos para fortalecer los músculos.

Y esperaban a los prusianos. Pero los prusianos no aparecían. No estaban lejos, sin embargo, pues ya en dos ocasiones sus exploradores habían llegado a través del bosque hasta la casa forestal de Nicolas Pichon, apodado Zancos.

El viejo guarda, que corría como un zorro, había ido a avisar a la ciudad. Habían apuntado los cañones, pero el enemigo no se había mostrado.

La morada del Zancos servía de puesto avanzado en el bosque de Aveline. El hombre iba, dos veces por semana, en busca de provisiones y llevaba a los burgueses ciudadanos noticias del campo.

Se había marchado ese día para anunciar que un pequeño destacamento de infantería alemana se había detenido en su casa la antevíspera, hacia las dos de la tarde, y después había vuelto a partir casi en seguida. El suboficial que lo mandaba hablaba francés.

Cuando el viejo se iba así, se llevaba a sus dos perros, dos molosos de fauces de león, por temor a los lobos que

empezaban a mostrarse feroces, y dejaba a las dos mujeres recomendándoles que se atrincheraran en la casa al acercarse la noche.

La joven no tenía miedo de nada, pero la vieja temblaba sin parar y repetía:

-Esto acabará mal, ya verán como acaba mal.

Esa noche estaba más inquieta que de costumbre:

- -¿Sabes a qué hora volverá padre? -dijo.
- -¡Oh!, no antes de las once, seguro. Cuando cena en casa del comandante, siempre vuelve muy tarde.

Y colgaba la marmita sobre el fuego para hacer la sopa, pero dejó de removerla al escuchar un vago ruido que llegaba por el tubo de la chimenea.

Murmuró:

-Alguien marcha por el bosque, hay unos siete hombres, por lo menos.

La madre, aterrada, detuvo su torno, balbuciendo:

-¡Oh! ¡Dios mío! ¡Y padre no está aquí!

No había acabado aún de hablar cuando unos violentos golpes hicieron temblar la puerta.

Como las mujeres no respondían, una voz poderosa y gutural gritó:

-¡Afran!

Después, tras un silencio, la misma voz prosiguió:

-¡Afran o rrombo la huerta!

Entonces Berthine deslizó en el bolsillo de la falda el gran revólver de la chimenea, y luego, pegando la oreja a la puerta, preguntó:

-¿Quienes son ustedes?

La voz respondió:

-Zoy el teztacamento del otro día.

La joven prosiguió:

¿Qué quieren?

-Eztoy berdido tezde ezta mañana, en el pozque, con mi teztacamento. Afran o rrombo la huerta.

La guardesa no podía elegir; corrió vivamente el gran cerrojo, y después, al tirar de la pesada hoja, distinguió en la pálida sombra de las nieves seis hombres, seis soldados prusianos, los mismos que habían llegado la víspera. Pronunció con tono resuelto:

-¿Qué vienen a hacer por aquí a estas horas?

El suboficial repitió:

-Eztoy berdido, toro berdido, y regonocí la casa. No he gomido nada dezde ezta mañana, mi teztacamento tamboco.

Berthine declaró:

-Es que estoy sola con mi madre esta noche.

El soldado, que parecía buena persona, respondió:

-No imborta. No haré daño, bero uzted noz dará de gomer. Nos gaemos de hambre y de canzancio.

La guardesa retrocedió:

-Entren -dijo.

Entraron, espolvoreados de nieve, llevando sobre los cascos una especie de crema espumosa que los asemejaba a merengues, y parecían cansados, extenuados.

La joven les señaló los bancos de madera a ambos lados de la gran mesa.

-Siéntense -dijo- voy a hacerles una sopa. Es cierto que parecen rendidos.

Después volvió a correr los cerrojos de la puerta. Añadió agua a la marmita, echó de nuevo manteca y patatas y después, descolgando un trozo de tocino colgado en la chimenea, cortó la mitad y la metió en el caldo.

Los seis hombres seguían con los ojos todos sus movimientos, con el hambre reflejado en la mirada. Habían dejado los fusiles y los cascos en un rincón, y esperaban, quietos como niños en los bancos de la escuela.

La madre había vuelto a hilar, lanzando a cada momento miradas intranquilas a los soldados invasores. No se oía sino el leve zumbido del torno y el crepitar del fuego, y el murmullo del agua que se calentaba.

De pronto un ruido extraño los estremeció a todos, algo así como un aliento ronco junto a la puerta, un aliento de bestia, fuerte y sonoro.

El suboficial alemán había dado un salto hacia los fusiles. La guardesa lo detuvo con un gesto, y dijo sonriendo:

-Son los lobos. Son como ustedes, merodean y tienen hambre.

El hombre, incrédulo, quiso mirar, y cuando abrió la hoja distinguió dos grandes animales grises que huían con un trote rápido y largo.

Volvió a sentarse, murmurando:

-Nunca lo hufiera greído.

Y esperó que la sopa estuviera lista.

La comieron vorazmente, con las bocas abiertas hasta las orejas para tragar más, con ojos redondos que se abrían al mismo tiempo que las mandíbulas, y con ruidos de garganta similares a gorgoteos de canalones.

Las dos mujeres, mudas, miraban los rápidos movimientos de las grandes barbas rojas; y las papas parecían sumergirse en aquellas pelambreras oscilantes.

Como tenían sed, la guardesa bajó a la bodega para sacarles sidra. Se quedó allá mucho tiempo; era una pequeña cueva abovedada que, durante la revolución, había servido de cárcel y de escondrijo, según decían. Se llegaba a ella por medio de una estrecha escalera de caracol cerrada por una trampilla en el fondo de la cocina.

Cuando Berthine reapareció, se reía, se reía sola, con aire socarrón. Y les dio a los alemanes la jarra de bebida. Después cenó ella también, con su madre, en el otro extremo de la cocina.

Los soldados habían acabado de comer, y se estaban durmiendo los seis, alrededor de la mesa. De vez en cuando una frente caía sobre el tablero con un ruido sordo, y entonces el hombre, despertado bruscamente, se enderezaba.

Berthine le dijo al suboficial:

-Acuéstense ante el fuego, pardiez, hay sitio bastante para seis. Yo subo a mi habitación con mi madre.

Y las dos mujeres subieron. Se las oyó cerrar la puerta con llave, andar durante algún tiempo; luego no hicieron el menor ruido.

Los prusianos se tumbaron en el suelo, con los pies hacia el fuego, la cabeza apoyada en los capotes enrollados, y pronto estaban roncando los seis en seis tonos distintos, agudos o sonoros, pero continuos y formidables.

Dormían hacía ya mucho tiempo cuando sonó un tiro, tan fuerte que se diría disparado contra las paredes de la casa. Los soldados se levantaron al punto. Pero estallaron dos nuevas detonaciones, seguidas por tres más.

La puerta de arriba se abrió bruscamente y apareció la guardesa, descalza, en camisa, con enaguas, con una vela en la mano y aspecto aterrado. Balbució:

-Los franceses, son por lo menos doscientos. Si los encuentran aquí, me queman la casa. Bajen en seguida a la cueva, y

no hagan ruido. Si hacen ruido, estamos perdidos.

El suboficial, asustado, murmuró:

-Eztá fien, eztá fien. ¿Por donde hay que fajar?

La joven alzó con precaución la trampilla estrecha y cuadrada, y los seis hombres desaparecieron por la escalerilla de caracol, hundiéndose en el suelo uno tras otro, de espaldas, para tantear bien los peldaños con el pie.

Cuando la punta del último casco hubo desaparecido, Berthine, dejando caer la pesada plancha de roble, gruesa como una pared, dura como el acero, sujeta por unas bisagras y una cerradura de calabozo, dio dos buenas vueltas de llave y luego se echó a reír, con una risa muda y encantada, con unas ganas locas de bailar sobre la cabeza de sus prisioneros.

No hacían el menor ruido, encerrados allá dentro como en una caja sólida, una caja de piedra que sólo recibía aire por una lumbrera provista de barras de hierro.

Berthine volvió a encender al punto el fuego, puso sobre él la marmita, e hizo más sopa, murmurando:

-Padre se habrá cansado esta noche.

Después se sentó y esperó. Sólo el péndulo sonoro del reloj paseaba en el silencio su tictac regular.

De vez en cuando la joven lanzaba una mirada a la esfera, una mirada impaciente que parecía decir:

-No marcha muy de prisa.

Pero pronto le pareció que murmuraban bajo sus pies. A través de la bóveda de albañilería de la bodega le llegaban palabras bajas, confusas. Los prusianos empezaban a adivinar su astucia, y pronto el suboficial subió por la escalerilla y golpeó con el puño la trampilla. Gritó de nuevo:

-Afran.

Ella se levantó, se acercó e, imitando su acento:

- -¿Qué ez lo que quiere?
- -Afra.
- -No pienso afrir.

El hombre se enfadaba:

-Afra o rrompo la buerta.

Ella se echó a reír:

-Rómpela, chico; rómpela, chico.

Y él empezó a dar golpes con la culata del fusil contra la trampilla de roble, cerrada sobre su cabeza. Pero ésta hubiera resistido una catapulta.

La guardesa lo oyó bajar. Después acudieron los soldados, uno tras otro, a probar sus fuerzas, a inspeccionar la cerradura. Pero, juzgando sin duda inútiles sus tentativas, volvieron a bajar todos a la bodega y empezaron a hablar entre sí.

La joven los escuchaba, y después fue a abrir la puerta de fuera y aguzó los oídos en la noche.

Le llegó un lejano ladrido. Ella empezó a silbar como hubiera hecho un cazador y, casi al punto, dos enormes perros surgieron de las sombras y se lanzaron sobre ella brincando. Los cogió del cuello y los sujetó para impedir que corriesen. Después gritó con todas sus fuerzas:

-¡Eh! ¡padre!

Una voz respondió, todavía muy lejos:

-¡Eh! ¡Berthine!

Ella esperó unos segundos, luego continuó:

-¡Eh! ¡Padre!

La voz, más próxima, repitió:

-¡Eh! ¡Berthine!

La guardesa prosiguió:

-No pases por delante de la lumbrera. Hay prusianos en la bodega.

Y bruscamente la gran silueta del hombre se dibujó hacia la izquierda, parada entre dos troncos de árbol. Preguntó, inquieto:

-¿Prusianos en la bodega? ¿Y qué hacen?

La joven se echó a reír:

-Son los de ayer. Se habían perdido en el bosque, y los he puesto a la sombra en la bodega.

Y contó su aventura, cómo los había asustado con disparos de revólver y encerrado en la cueva.

El viejo, siempre serio, preguntó:

-¿Y qué quieres que hagamos ahora?

Ella respondió:

-Vete a buscar al señor Lavigne y a su tropa. Él los hará prisioneros. Estará encantado.

Y el abuelo Pichon sonrió:

-Sí que estará encantado.

Su hija prosiguió:

-Tienes ahí sopa, cómetela en seguida y luego márchate.

El viejo guarda se sentó a la mesa, y empezó a comer la sopa tras haber dejado en el suelo dos platos llenos para sus perros.

Los prusianos, al oír hablar, se habían callado.

El Zancos se marchó un cuarto de hora después. Y Berthine, con la cabeza entre las manos, aguardó.

Los prisioneros se agitaban de nuevo. Gritaban ahora, llamaban, asestaban sin cesar culatazos furiosos contra la inconmovible trampilla.

Después empezaron a disparar los fusiles por la lumbrera, esperando sin duda ser oídos si algún destacamento alemán pasaba por las cercanías.

La guardesa no se movía, pero todo aquel ruido la exasperaba, la irritaba. Una aviesa cólera despertaba en ella; hubiera querido asesinarlos, a aquellos miserables, para que se callasen.

Después, como crecía su impaciencia, empezó a mirar el reloj, a contar los minutos.

Hacía hora y media que su padre había partido. Ya había llegado a la ciudad. Creía verlo. Le contaba el asunto al señor Lavigne, que palidecía de emoción y llamaba a su criada para que le diera su uniforme y sus armas. Le parecía oír al tambor corriendo por las calles. Aparecían, en las ventanas, cabezas asustadas. Los soldados-ciudadanos salían de sus casas, apenas vestidos, sofocados, abrochándose los cinturones, y partían, a paso gimnástico, hacia la casa del comandante.

Después la tropa, con el Zancos a la cabeza, se ponía en marcha, en la noche, entre la nieve, hacia el bosque. Miraba el reloi:

-Pueden estar aquí dentro de una hora.

La invadía una nerviosa impaciencia. Los minutos le parecían interminables. ¡Cómo tardaban!

Por fin la aguja marcó el tiempo que ella había fijado para la llegada.

Abrió de nuevo la puerta, para oírlos venir. Distinguió una sombra que avanzaba con precaución. Tuvo miedo, soltó un grito. Era su padre.

Dijo:

- -Me mandan para ver si continúa todo igual.
- -Todo igual.

Entonces él lanzó a su vez, en la noche, un silbido estridente y prolongado. Y pronto vieron una cosa parda que avanzaba, bajo los árboles, lentamente: la vanguardia, compuesta por diez hombres.

El Zancos repetía a cada instante:

-No pasen por delante de la lumbrera.

Y los primeros en llegar mostraban a los recién venidos la temida lumbrera.

Por fin apareció el grueso de la tropa, doscientos hombres en total llevando cada uno doscientos cartuchos. El señor Lavigne, agitado, tembloroso, los dispuso de forma que rodearan la casa por todas partes, dejando un amplio espacio libre ante el pequeño agujero negro, a ras del suelo, por el que el sótano recibía aire.

Después entró en la habitación y se informó sobre las fuerzas y la actitud del enemigo, que se había quedado tan mudo que habría podido creérsele desaparecido, desvanecido, evaporado por la lumbrera.

El señor Lavigne golpeó con el pie la trampilla y llamó:

-¡Señor oficial prusiano!

El alemán no respondió. El comandante insistió:

-¡Señor oficial prusiano!

Fue en vano. Durante veinte minutos conminó a aquel oficial silencioso a rendirse con armas y bagajes, prometiéndole la vida y honores militares para él y sus soldados. Pero no obtuvo el menor signo de asentimiento o de hostilidad. La situación se ponía difícil.

Los soldados-ciudadanos pisoteaban la nieve, se daban grandes palmadas en las espaldas, como hacen los cocheros para calentarse, y miraban la lumbrera con unas ganas crecientes y pueriles de pasar ante ella.

Uno, por fin, se aventuró, un tal Potdevin que era muy ágil. Tomó impulso y pasó corriendo como un ciervo. La intentona tuvo éxito. Los prisioneros parecían muertos. Una voz gritó:

-No hay nadie.

Y otro soldado cruzó el espacio libre ante el peligroso agujero. Entonces fue como un juego. A cada minuto, un hombre se lanzaba, pasaba de una tropa a otra como hacen los niños jugando al marro, y lanzaba a sus espaldas salpicaduras de nieve, de tan vivamente que agitaba los pies. Habían encendido, para calentarse, grandes hogueras de leña seca, y el perfil del guardia nacional que pasaba corriendo aparecía iluminado en un rápido viaje del campo de la derecha al campo de la izquierda. Alguien gritó:

-¡Te toca, Maloison!

Maloison era un gordo panadero cuyo vientre hacía reír a sus camaradas.

Vacilaba. Se burlaron de él. Entonces, decidiéndose, se puso en marcha, con un pasito gimnástico regular y jadeante que sacudía su poderosa panza.

Todo el destacamento lloraba de risa. Gritaban para animarlo:

-¡Muy bien! ¡Muy bien, Maloison!

Estaba llegando más o menos a los dos tercios de su trayecto cuando una llama larga, rápida y roja, brotó de la lumbrera. Una detonación resonó, y el enorme panadero cayó de bruces con un grito espantoso.

Nadie se lanzó a socorrerlo. Entonces lo vieron arrastrarse a cuatro patas por la nieve, gimiendo; cuando hubo

finalizado el terrible trayecto, se desmayó.

Tenía una bala en la parte carnosa del muslo, muy arriba.

Después de la sorpresa inicial y del inicial susto, se alzaron nuevas risas.

Pero el comandante Lavigne apareció en el umbral de la casa forestal. Acababa de preparar su plan de ataque. Ordenó con voz vibrante:

-¡El cinquero Planchut y sus operarios!

Se acercaron tres hombres.

-Arranca los canalones de la casa.

En un cuarto de hora le llevaron al comandante veinte metros de canalón.

Entonces mandó practicar, con mil prudentes precauciones, un agujerito circular en el borde de la trampilla y, preparando una conducción de agua de la bomba a aquella abertura, declaró con aire satisfecho:

-Vamos a invitar a beber a los señores alemanes.

Un frenético «¡viva!» de admiración estalló, seguido por chillidos de gozo y risas locas. Y el comandante organizó pelotones de trabajo que se relevarían cada cinco minutos.

Después ordenó:

-¡Dadle a la bomba!

Habiéndose puesto en marcha el volante de hierro, un ruidito se deslizó a lo largo de los tubos y cayó pronto en el sótano, peldaño tras peldaño, con un murmullo de cascada, un murmullo de estanque de pececitos rojos. Esperaron.

Transcurrió una hora, luego dos, luego tres.

El comandante se paseaba febril por la cocina, pegando la oreja al suelo de vez en cuando, tratando de adivinar lo que hacía el enemigo, preguntándose si capitularía pronto.

El enemigo se agitaba ahora. Lo oían mover barricas, hablar, chapotear.

Después, hacia las ocho de la mañana, una voz salió por la lumbrera:

-Yo querer hablar al zeñor oficial fancéz.

Lavigne respondió, desde la ventana, sin asomar demasiado la cabeza:

- -¿Se rinden?
- -Me rrindo.
- -Entonces, tiren afuera los fusiles.

Al punto vieron un arma salir por el agujero y caer en la nieve, después dos, tres, todas las armas. Y la misma voz declaró:

-No tengo máz. Denze priza. Eztamos ahogadoz.

El comandante ordenó:

-Paren

El volante de la bomba quedó inmóvil.

Y, habiendo llenado la cocina de soldados que esperaban, con el arma al pie, alzó lentamente la trampilla de roble.

Aparecieron cuatro cabezas empapadas, cuatro cabezas rubias de largos cabellos descoloridos, y se vio salir, uno detrás de otro, a los seis alemanes tiritando, chorreantes, asustados.

Los cogieron y los ataron sólidamente. Y después, como temían una sorpresa, partieron al punto, en dos columnas, una

que llevaba a los prisioneros y otra que llevaba a Maloison sobre un colchón colocado sobre dos varas.

Entraron triunfalmente en Rethel.

El señor Lavigne fue condecorado por haber capturado una vanguardia prusiana, y el gordo panadero recibió la medalla militar por herida infligida por el enemigo.

FIN

## Los reyes

¡Ah!, dijo el capitán, Conde de Garens. ¡Claro que me acuerdo de aquella cena de Reyes durante la guerra! Yo era entonces sargento de húsares, y hacía quince días que rondaba de explorador ante una vanguardia alemana. La víspera habíamos acuchillado a unos ulanos y perdido tres hombres, uno de ellos el pobrecito Raudeville. Ya saben ustedes, Joseph de Raudeville.

Ahora bien, ese día mi capitán me ordenó que cogiera diez jinetes y fuera a ocupar y custodiar durante toda la noche el pueblo de Porterin, donde nos habíamos batido cinco veces en tres semanas. En aquel avispero no quedaban en pie veinte casas ni doce habitantes.

Cogí, pues, diez jinetes y partí hacia las cuatro. A las cinco, en plena noche, llegamos a las primeras tapias de Porterin. Hice alto y ordené a Marchas, ya saben, Pierre de Marchas, que se ha casado luego con la pequeña Martel-Auvelin, la hija del Marqués de Martel-Auvelin, que entrara solo en el pueblo y me trajera noticias.

Yo había escogido sólo voluntarios, todos de buenas familias. Da gusto, en el servicio, no tener que tratar con patanes. Este Marchas era espabilado como nadie, fino como un zorro y ágil como una serpiente. Sabía husmear prusianos igual que un perro husmea la liebre, encontrar víveres allá donde sin él hubiéramos muerto de hambre, y conseguía informaciones de todo el mundo, informaciones siempre seguras, con una habilidad inimaginable. Regresó al cabo de diez minutos:

-Todo va bien -dijo-; ningún prusiano ha pasado por aquí desde hace tres días. ¡Qué pueblo más siniestro! He charlado con una monja que cuida cuatro o cinco enfermos en un convento abandonado.

Ordené avanzar y penetramos en la calle principal. Se distinguían vagamente, a derecha e izquierda, paredes sin tejados, apenas visibles en la profunda noche. De trecho en trecho, una luz brillaba tras un cristal: una familia se había quedado para guardar su casa, más o menos en pie, una familia de valientes o de pobres. La lluvia empezaba a caer, una lluvia menuda, helada, que nos congelaba antes de habernos mojado, con sólo tocar los capotes. Los caballos tropezaban con piedras, con vigas, con muebles. Marchas nos guiaba, a pie, ante nosotros, arrastrando a su animal por la brida.

- -¿A dónde nos llevas? -le pregunté. Respondió:
- -He encontrado un refugio, y bueno.

Y se detuvo pronto ante una casita burguesa que seguía intacta, bien cerrada, dando a la calle y con un jardín atrás.

Por medio de un grueso guijarro recogido cerca de la verja, Marchas hizo saltar la cerradura, después subió la escalinata, forzó la puerta de entrada a patadas y empujones, encendió un cabo de vela que siempre llevaba en el bolsillo, y nos precedió por una buena y cómoda morada de particular rico, guiándonos con seguridad, con admirable seguridad, como si hubiera vivido en aquella casa que veía por primera vez.

Dos hombres se habían quedado fuera guardando nuestros caballos.

Marchas le dijo al gordo Ponderel, que le seguía:

-La cuadra debe estar a la izquierda; lo he visto al entrar; vete a acomodar los animales, no los necesitamos.

Después, volviéndose hacia mí:

-¡Da órdenes, rediez!

Siempre me asombraba aquel buen mozo. Respondí riendo:

-Voy a poner centinelas en las inmediaciones del pueblo. Volveré aquí.

Preguntó:

- -¿Cuántos hombres te llevas?
- -Cinco. Los otros los relevarán a las diez de la noche.
- -Está bien. Me dejas cuatro para buscar provisiones, cocinar y poner la mesa. Ya encontraré yo el escondite del vino.

Y me fui a reconocer las calles desiertas hasta la salida a la llanura, para colocar a mis guardias.

Media hora más tarde estaba de regreso. Encontré a Marchas tumbado en un gran sillón Voltaire, al que le había quitado la funda, por amor al lujo, decía. Se calentaba los pies al fuego, fumando un excelente cigarro cuyo aroma llenaba la estancia. Estaba solo, con los codos en los brazos del asiento, la cabeza hundida entre los hombros, las mejillas rosadas, los ojos brillantes y aspecto satisfecho.

En la pieza contigua oí un ruido de vajilla. Marchas me dijo, sonriendo beatífico:

-La cosa marcha, he encontrado el burdeos en el gallinero, el champán bajo los peldaños de la escalinata, el aguardiente -cincuenta botellas del fino- en el huerto, debajo de un peral que, al examinarlo con la linterna, no me pareció muy derecho. Y, de sólido, tenemos dos gallinas, una oca, un pato, tres pichones y un mirlo cogido en una jaula; nada más que carne de pluma, como ves. Todo se está guisando en este momento. Este pueblo es una maravilla.

Yo me había sentado frente a él. La llama de la chimenea me abrasaba la nariz y las mejillas:

- -¿De dónde has sacado esa madera? -pregunté. Murmuró:
- -Magnífica madera, el coche del dueño, cortado. Es la pintura la que hace esa llama, un ponche de bencina y de barniz. ¡Buena casa!

Yo me reía, pues encontraba muy gracioso a aquel animal. Prosiguió:

-¡Y pensar que hoy es la noche de Reyes! Mandé meter una sorpresa en la oca; pero no tenemos reina, ¡es un fastidio!

Repetí, como un eco:

- -Es un fastidio; pero ¿qué quieres que le haga?
- -Pues que la encuentres, ¡diantre!
- -Que encuentre ¿qué?
- -Mujeres.
- -¿Mujeres?... ¡Estás loco!
- -Pues yo encontré el aguardiente bajo un peral, y el champán bajo los peldaños de la escalinata; y eso que nada podía guiarme. Mientras que, en tu caso, unas faldas son un indicio seguro. Busca, joven.

Tenía un aire tan serio, tan convencido, que no sabía si estaba bromeando.

Respondí:

- -Veamos, Marchas, ¿estás de broma?
- -Jamás bromeo durante el servicio.
- -Pero ¿dónde diablos quieres que encuentre mujeres?
- -Donde quieras. Deben quedar tres o cuatro en el pueblo. Da con ellas y tráelas.

Me levanté. Hacía demasiado calor ante aquel fuego. Marchas prosiguió:

- -¿Quieres una idea?
- -Sí.
- -Vete a ver al cura.
- -¿Al cura? ¿Para qué?
- -Invítalo a cenar y ruégale que traiga una mujer.
- -¿El cura? ¿Una mujer? ¡Ja, ja, ja!

Marchas prosiguió con extraordinaria gravedad:

-A mí no me hace gracia. Vete a ver al cura, cuéntale nuestra situación. Debe de aburrirse espantosamente, vendrá. Pero dile que necesitamos una mujer como mínimo, una mujer como Dios manda, claro, puesto que todos somos hombres de

mundo. Debe conocer a sus feligreses al dedillo. Si hay alguna posible para nosotros, y si te das maña, te la indicará.

- -¡Vamos, Marchas! ¡Qué cosas se te ocurren!
- -Querido Garens, puedes hacerlo muy bien. E incluso sería muy divertido. Somos educados, ¡pardiez!, y nos mostraremos de una distinción perfecta, de una elegancia suma. Dile nuestros nombres al padre, hazlo reír, enternécelo, sedúcelo ¡y decídelo!
- -No, es imposible.

Acercó su sillón y, como conocía mi punto flaco, el pícaro prosiguió:

-Imagínate lo estupendo que será hacerlo ¡y qué divertido contarlo! Se hablará de eso en todo el ejército. Y te dará una reputación envidiable.

Yo vacilaba, tentado por la aventura. Insistió:

-Vamos, Garens. Eres el jefe del destacamento, sólo tú puedes ir a ver al jefe de la Iglesia en este pueblo. Por favor, ve. Contaré la cosa en versos en la Revue des Deux Mondes, después de la guerra, te lo prometo. Se lo debes a tus hombres. Los obligas a marchar desde hace un mes.

Me levanté preguntando:

- -¿Dónde está la rectoral?
- -Coge la segunda calle a la derecha. Al final encontrarás una avenida; y, al final de la avenida, la iglesia. La rectoral está al lado.

Salí; me gritó:

-¡Cuéntale el menú para que le entre hambre!

Descubrí sin dificultad la casita del eclesiástico, al lado de una fea y gran iglesia de ladrillo. Di unos puñetazos en la puerta, que no tenía ni timbre ni aldaba, y una voz potente preguntó desde dentro:

-¿Quién es?

Respondí:

-Un sargento de húsares.

Oí un ruido de cerrojos y de una llave que giraba, y me encontré ante un sacerdote alto de vientre prominente, con un pecho de luchador, formidables manos que salían de las mangas remangadas, tez roja y aspecto de buena persona.

Hice el saludo militar.

-Buenas noches, señor cura.

Había temido una sorpresa, una asechanza de merodeadores, y sonrió al responder:

-Buenas noches, amigo mío; pase.

Lo seguí a una pequeña habitación de suelo rojo, donde ardía un fuego pobre, muy diferente de la hoguera de Marchas.

Me indicó una silla, y después me dijo:

- -¿En qué puedo servirle?
- -Señor cura, permítame ante todo presentarme.

Y le tendí mi tarjeta. La leyó a media voz:

-El Conde de Garens.

Proseguí.

-Somos once aquí, señor cura, cinco de guardia y seis instalados en casa de un vecino desconocido. Esos seis se llaman Garens, aquí presente, Pierre de Marchas, Ludovic de Ponderel, el Barón de Etreillis, Karl Massouligny, hijo del pintor,

y Joseph Herbon, un joven músico. Vengo, en su nombre y el mío, a rogarle que nos haga el honor de cenar con nosotros. Es una cena de Reyes, señor cura, y quisiéramos que resultara un poco alegre.

El sacerdote sonrió. Murmuró:

-No me parece que sea el momento de divertirse.

Respondí:

-Nos batimos todos los días, padre. Catorce de nuestros camaradas han muerto desde hace un mes, y tres han caído ayer mismo. Es la guerra. Nos jugamos la vida a cada instante, ¿no tenemos derecho a jugárnosla alegremente? Somos franceses, nos gusta reír, sabemos reír en cualquier parte. ¡Nuestros padres se reían en el cadalso! Esta noche, quisiéramos desentumecernos un poco, como personas bien educadas y no como soldadotes, ya me entiende. ¿Es un error?

Respondió vivamente:

-Tiene usted razón, amigo mío, y acepto su invitación con gran placer.

Gritó:

-¡Hermance!

Una vieja campesina, encorvada, arrugada, horrible, apareció y preguntó:

- -¿Qué pasa?
- -No ceno aquí, hija mía.
- -¿Dónde cena, entonces?
- -Con los señores húsares.

Me dieron ganas de decir «Tráigase a su criada», para ver la cara de Marchas, pero no me atreví.

Proseguí:

-Entre sus feligreses que se han quedado en el pueblo, ¿se le ocurre alguno o alguna a quien pudiera invitar también?

Vaciló, reflexionó y declaró:

-¡No, nadie!

Insistí:

-¿Nadie?... Vamos, señor cura, piense un poco. Sería muy grato contar con señoras. Quiero decir con matrimonios. ¡Yo qué sé! El panadero y su mujer, el tendero de ultramarinos, el... el relojero... el... el zapatero, él farmacéutico con la farmacéutica... Tenemos una buena comida, vino, estaríamos encantados de dejar un buen recuerdo entre la gente de aquí.

El cura meditó un buen rato, después pronunció con resolución:

-No, nadie.

Me eché a reír:

- -¡Caramba!, señor cura, es fastidioso no tener una reina, ya que tenemos una sorpresa. Vamos, piénselo. ¿No hay un alcalde casado, un teniente de alcalde casado, un concejal casado, un maestro casado?...
- -No, todas las señoras se han marchado.
- -¿Cómo? ¿No hay en todo el pueblo una valiente burguesa con su correspondiente marido, a quienes podríamos darles ese gusto, pues será un gusto para ellos, y grande, en las presentes circunstancias?

De repente el cura se echó a reír, con una risa violenta que lo agitaba por entero, y gritaba:

-¡Ja, ja, ja! Ya di con lo que necesitan. ¡Jesús, María y José! ¡Ya di con ello! ¡Ja, ja, ja!, vamos a divertirnos, hijos míos, vamos a divertirnos. Y ellas estarán encantadas, sí, encantadísimas. ¡Ja, ja!... ¿Dónde se albergan ustedes?

Le describí la casa para explicárselo. Comprendió:

-Muy bien. Es la finca del señor Bertin-Lavaille. Estaré allí dentro de media hora con cuatro señoras... ¡Ja, ja, ja! ¡¡Cuatro señoras!!...

Salió conmigo, sin dejar de reír, y me dejó, repitiendo:

-Ya está; dentro de media hora, en casa de Bertin-Lavaille.

Regresé en seguida, muy extrañado, muy intrigado.

- -¿Cuántos cubiertos? -preguntó Marchas al verme.
- -Once. Somos seis húsares, más el señor cura y cuatro señoras.

Se quedó estupefacto. Yo exultaba.

- -¿Cuatro señoras? ¿Has dicho cuatro señoras?
- -Eso dije: cuatro señoras.
- -¿Mujeres de verdad?
- -Mujeres de verdad.
- -¡Caray! ¡Enhorabuena!
- -La acepto. Me la merezco.

Abandonó su sillón, abrió la puerta y vi un hermoso mantel blanco puesto sobre una larga mesa en torno a la cual tres húsares con delantales azules disponían platos y copas.

-¡Habrá mujeres! -gritó Marchas.

Y los tres hombres se pusieron a bailar, aplaudiendo con todas sus fuerzas.

Todo estaba preparado. Esperábamos. Esperamos casi una hora. Un delicioso olor de aves asadas flotaba en toda la casa.

Un golpe dado en el postigo nos levantó a todos al mismo tiempo. El gordo Ponderel corrió a abrir y, al cabo de apenas un minuto, una monja bajita apareció en el marco de la puerta. Era flaca, arrugada, tímida, y saludó sucesivamente a los cuatro pasmados húsares que la miraban entrar. Detrás de ella, un ruido de bastones martilleaba el pavimento del vestíbulo, y en cuanto ella hubo entrado en el salón vi, una detrás de otra, tres viejas cabezas con gorros blancos, que avanzaban balanceándose con diferentes movimientos, una tambaleándose hacia la derecha cuando otra se tambaleaba hacia la izquierda. Y se presentaron tres buenas mujeres, cojeando, arrastrando una pierna, lisiadas por las enfermedades y deformadas por la vejez, tres inválidas inservibles, las tres únicas pensionistas capaces de andar aún del centro hospitalario que dirigía la hermana San Benito.

Esta se había vuelto hacia sus impedidas, llena de solicitud con ellas; después, viendo mis galones de sargento, me dijo:

-Le agradezco mucho, señor oficial, que haya pensado en estas pobres mujeres. Tienen pocos placeres en la vida, y para ellas es al mismo tiempo una gran felicidad y un gran honor lo que ustedes hacen.

Distinguí al cura, que se había quedado en la penumbra del pasillo y se reía con toda su alma. A mi vez me eché a reír, mirando sobre todo la cara de Marchas. Después, indicando a la religiosa las sillas:

-Siéntese, hermana; estamos muy orgullosos y muy felices de que hayan aceptado ustedes nuestra modesta invitación.

Ella cogió tres sillas de junto a la pared, las alineó ante el fuego, condujo a ellas a sus tres buenas mujeres, las sentó, les quitó los bastones y las toquillas, que fue a dejar en un rincón; después, señalando a la primera, una flaca de vientre enorme, seguramente hidrópica:

-Esta es la señora Paumelle, cuyo marido se mató al caer de un tejado y cuyo hijo murió en África. Tiene sesenta y dos años

Después señaló a la segunda, una muy alta cuya cabeza temblaba sin cesar:

-Esa es la señora Jean-Jean, de sesenta y siete años. Casi no ve, porque en un incendio se abrasó la cara y la pierna

izquierda se le quemó hasta la mitad.

Nos mostró, por fin, a la tercera, una especie de enana con ojos saltones que giraban hacia todos los lados, redondos y estúpidos.

-Es la Putois, una simple. Tiene sólo cuarenta y cuatro años.

Yo había saludado a las tres mujeres como si me hubieran presentado a altezas reales y, volviéndome hacia el cura:

-Es usted, señor cura, un hombre admirable, a quien todos debemos gratitud.

Todos reían, en efecto, salvo Marchas, que parecía furioso.

-¡La hermana San Benito está servida! -gritó de pronto Karl Massouligny.

La hice pasar delante con el cura, después levanté a la Paumelle, a la que cogí del brazo y arrastré hasta la estancia contigua, no sin trabajo, pues su vientre inflado parecía más pesado que el hierro.

El gordo Ponderel se llevó a la Jean-Jean, que gemía para que le dieran su muleta; y el joven Joseph Herbon condujo a la idiota, a la Putois, hacia el comedor, lleno de aromas de viandas.

En cuanto estuvimos ante nuestros platos, la hermana dio tres palmadas y las mujeres hicieron, con la precisión de soldados que presentan armas, una gran señal de la cruz, rápidamente. Después el sacerdote pronunció, lentamente, las palabras latinas del *Benedicite*.

Nos sentamos, y aparecieron las dos gallinas, traídas por Marchas, que quería servir para no tener que asistir como comensal a aquella ridícula comida.

Pero yo grité:

-¡El champán, pronto!

Saltó un tapón con un ruido de pistola que se descarga y, pese a la resistencia del cura y de la hermana, los tres húsares sentados al lado de las tres inválidas les metieron a la fuerza en la boca tres copas llenas.

Massouligny, que tenía la virtud de estar como en su casa en cualquier parte y a sus anchas con todo el mundo, le hacía la corte a la Paumelle de la forma más graciosa. La hidrópica, que seguía siendo de humor alegre, a pesar de sus desdichas, le respondía bromeando con una voz de falsete que parecía fingida, y se reía tanto con las gracias de su vecino que su grueso vientre parecía a punto de encaramarse a la mesa y rodar sobre ella. El joven Herbon había emprendido seriamente la tarea de emborrachar a la idiota y el Barón de Etreillis, que no era muy despierto, interrogaba a la Jean-Jean sobre la vida, costumbres y reglamentos del asilo.

La religiosa, espantada, le gritaba a Massouligny:

-¡Oh! ¡Oh! La va usted a poner enferma; no la haga reír así, por favor, caballero.. ¡Oh!, caballero...

Después se levantaba y se arrojaba sobre Herbon para arrancarle de las manos una copa llena que él vaciaba prestamente entre los labios de la Putois.

Y el cura se desternillaba de risa y repetía a la hermana:

-Déjelas por una vez, no les hace daño. Déjelas.

Después de las dos gallinas, habíamos comido el pato, acompañado de los tres pichones y del mirlo; y apareció la oca, humeante, dorada, difundiendo un cálido olor de carne dorada y grasa.

La Paumelle, que se animaba, aplaudió; la Jean-Jean dejó de responder a las numerosas preguntas del Barón, y la Putois lanzó gruñidos de gozo, mitad gritos, y mitad suspiros, como hacen los niños cuando les enseñan caramelos.

- -; Me permiten -dijo el cura- encargarme de ese animal? Soy un experto en ese tipo de operaciones.
- -Desde luego, señor cura.

Y la hermana dijo:

-¿Por qué no abrimos un poco la ventana? Tienen demasiado calor. Estoy segura de que se pondrán enfermas.

Me volví hacia Marchas:

-Abre la ventana un minuto.

Abrió, y el aire frío de fuera entró, hizo vacilar las llamas de las velas y revolotear el humo de la oca, cuyas alas el sacerdote, con una servilleta al cuello, levantaba con mucha ciencia.

Lo mirábamos trinchar, sin hablar ya, interesados por el tentador trabajo de sus manos, asaltados por un renovado apetito a la vista de aquel grueso animal dorado, cuyos miembros caían uno tras otro en la salsa oscura, en el fondo de la bandeja.

Y de repente, en medio de aquel silencio glotón que nos mantenía atentos, entró, por la ventana abierta, el ruido remoto de un disparo.

Me puse en pie tan rápidamente que la silla rodó a mis espaldas; y grité:

-¡Todos a caballo! Tú, Marchas, ve a buscar dos hombres y tráeme noticias. Te espero aquí dentro de cinco minutos.

Y mientras los tres jinetes se alejaban al galope en la noche, monté a caballo con mis otros dos húsares, ante la escalinata de la casa, mientras el cura, la hermana y las tres buenas mujeres asomaban por las ventanas sus cabezas asustadas.

No se oía nada, sólo un ladrido de perro en la campiña. La lluvia había cesado; hacía frío, mucho frío. Y pronto distinguí de nuevo el galope de un caballo, de un solo caballo que regresaba.

Era Marchas. Le grité:

-¿Qué ocurre?

Respondió:

-Nada, François ha herido a un viejo campesino, que se negaba a responder al "¿Quién vive?" y seguía avanzando, a pesar de la orden de alejarse. Ahora lo traen. Ya veremos de qué se trata.

Ordené que devolviesen los caballos a la cuadra y envié a mis dos soldados al encuentro de los otros; después entré en la casa.

Entonces el cura, Marchas y yo bajamos un colchón a la sala para poner al herido; la hermana, rasgando una servilleta, preparó hilas, mientras las tres mujeres, asustadas, permanecían sentadas en un rincón.

Pronto distinguí un ruido de sables arrastrados por el camino; cogí una vela para alumbrar a los hombres que regresaban; y aparecieron, llevando esa cosa inerte, blanca, larga y siniestra en lo que se convierte un cuerpo humano cuando la vida ya no lo sostiene.

Depositaron al herido en el colchón preparado para él, y vi a la primera ojeada que estaba moribundo. Respiraba con estertores y escupía sangre que corría de las comisuras de los labios, expulsada de la boca por cada uno de los hipos. ¡El hombre estaba cubierto de sangre! Sus mejillas, su barba, sus cabellos, su cuello, sus ropas, parecían haber sido frotados, bañados en una cuba roja. Y la sangre se había pegado a él, se había vuelto apagada, mezclada con barro, con un aspecto espantoso.

El viejo, envuelto en una gran capa de pastor, entreabría a veces los ojos tristes, apagados, sin ideas, que parecían estupefactos, como los de esos animales a los que el cazador mata y que lo miran, caídos a sus pies, casi muertos, ya embrutecidos por la sorpresa y el espanto. El cura exclamó:

-¡Ah! Es el Plácido, el viejo pastor de los Molinos. Es sordo. El pobre no habrá oído nada. ¡Ay, Dios mío! ¡Han matado ustedes a ese infeliz!

La hermana había apartado la blusa y la camisa, y miraba en el centro del pecho un agujerito violeta que ya no sangraba.

-No hay nada que hacer -dijo.

El pastor, jadeando espantosamente, seguía escupiendo sangre con cada uno de sus últimos alientos, y en su garganta se oía, hasta el fondo de los pulmones, un gorgoteo siniestro y continuo.

El cura, en pie sobre él, alzó la mano derecha, trazó la señal de la cruz y pronunció, con voz lenta y solemne, las palabras latinas que lavan las almas.

Cuando las hubo terminado, el viejo fue agitado por una breve sacudida, como si algo acabara de romperse en su interior. Ya no respiraba. Estaba muerto.

Al volverme, vi un espectáculo más espantoso que la agonía de aquel miserable: las tres viejas, de pie, apretadas una contra otra, horrorosas, haciendo muecas de angustia y de terror.

Me acerqué a ellas y empezaron a lanzar gritos agudos, tratando de escapar, como si fuera a matarlas también a ellas.

La Jean-Jean, a la que su pierna quemada ya no sostenía, cayó al suelo cuan larga era.

La hermana San Benito, abandonando al muerto, corrió hacia sus invalidas y, sin decirme una palabra, sin mirarme, las cubrió con sus toquillas, les dio sus muletas, las empujó hacia la puerta, las hizo salir y desapareció con ellas en la noche profunda, tan negra.

Comprendí que ni siquiera podía mandar que las acompañase un húsar, pues el mero ruido del sable las habría asustado.

El cura seguía mirando al muerto. Por fin, volviéndose hacía mí:

-¡Ah! ¡Qué escándalo! -dijo.

#### Los zuecos

El anciano cura lanzaba atropelladamente los últimos párrafos de su sermón por encima de los gorros blancos de las campesinas y de los cabellos de los campesinos, enmarañados unos, acicalados otros. Las granjeras, que habían acudido de muy lejos para oír misa, tenían junto a ellas, en el suelo, sus grandes canastos; el calor pegajoso de un día de julio desprendía de todos aquellos cuerpos olor a establo, husmillo de ganado. Llegaban por la gran puerta entreabierta el quiquiriquí de los gallos y los mugidos de las vacas tumbadas en un campo cercano.

De cuando en cuando se metía violentamente por el pórtico una oleada de aire impregnado de aromas silvestres, jugueteaba al paso con los cintajos de las cabezas y llegaba así hasta los cirios del altar, haciendo estremecer sus llamitas amarillentas.

-Como Dios manda... ¡Y que así sea! -dijo el sacerdote, y se calló.

Abrió después un libro y empezó el capítulo de los pequeños asuntos íntimos de la comunidad, sobre los cuales solía aconsejar a sus ovejas. Era un anciano de cabellos blancos, que llevaba cuarenta años administrando la parroquia y que se servía de la plática dominical para comunicarse con llaneza con todos sus feligreses.

Dijo, entre otras cosas:

-Recomiendo a sus oraciones a Desiderio Vallin, que está muy enfermo, y también a la Paumelle, que siempre tarda mucho en reponerse de sus partos.

Quería acordarse de más cosas; repasaba trozos de papel que tenía entre las hojas de su breviario. Halló al fin los dos que buscaba, y prosiguió:

-Hay que impedir que los mozos y las mozas se cuelen de noche en el cementerio. De lo contrario, daré aviso al guardia rural. El señor César Omont desea una chica formal para criada.

Se quedó todavía pensativo unos momentos y agregó:

-No se me ocurre más, y ésta es la gracia que les deseo, en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Bajó del púlpito y siguió con su misa.

Así que los de Malandain estuvieron de regreso en su casucha, la última de la aldea de La Sablière, junto a la carretera de Fourville, el padre, un campesino viejo, bajito, seco y arrugado, se sentó a la mesa, mientras su mujer descolgaba la olla y su hija Adelaida sacaba del aparador vasos y platos, y habló así:

-Tal vez conviniese la colocación ésta para servir en casa del señor Omont, porque es viudo, su nuera no lo quiere, no tiene a nadie y puede sacarse mucho. Quizá no haríamos mal en enviar a Adelaida.

La mujer colocó en la mesa la olla renegrida, la destapó y se quedó pensativa, mientras subía al techo el vapor de la sopa, cargado de olor de coles.

El marido siguió diciendo:

-Puede sacarse mucho, te lo digo yo. Pero se necesitaría una mujer despabilada, y Adelaida es una tontina.

La mujer intervino entonces:

-Podríamos ver, de todas maneras.

Se volvió hacia su hija, una buena moza con cara de simplona, rubia, mofletuda y rubicunda como cáscara de manzana, y le gritó:

-¿Oyes, borricota? Irás a casa del señor Omont a ofrecerte de criada, y le obedecerás en todo lo que te mande.

La hija se echó a reír como una tonta, sin contestar nada. Y se pusieron a comer los tres.

Al cabo de diez minutos reanudó el padre la conversación:

-Óyeme unas palabras, hija, y procura seguir al pie de la letra lo que voy a decirte...

Y le trazó, en frases lentas y minuciosas, una regla completa de conducta, previendo los más pequeños detalles,

disponiéndola para la conquista de un viudo ya maduro que estaba indispuesto con su familia.

La madre había dejado de comer para escuchar, y con el tenedor en la mano, yendo y viniendo con la mirada desde su marido hasta su hija, seguía aquellas instrucciones con atención reconcentrada y muda.

Adelaida permanecía inmóvil, mirando sin fijeza a todas partes, dócil y entontecida.

Acabada la comida, hizo la madre que su hija se pusiese el gorro, y salieron las dos para ir a ver al señor César Omont. Vivía éste en un pequeño pabellón de ladrillo, adosado a la casa de labor que ocupaban sus granjeros. Se había retirado de la profesión de subastador, para vivir de sus rentas.

Andaba por los cincuenta y cinco; era obeso, jovial y brusco, como buen ricachón. Se reía y gritaba con un vozarrón capaz de tirar un tabique, bebía sidra y aguardiente a vaso lleno y se le tenía por fogoso, a pesar de sus años.

Le gustaba pasear por el campo con las manos cruzadas a la espalda, hundiendo sus zuecos de madera en la tierra fértil, examinando la altura del trigo o la floración de los campos de colza con ojo de aficionado rico al que sigue gustándole el campo, pero sin darle demasiada importancia.

La gente comentaba, hablando de él:

-Marca siempre buen tiempo, aunque algunos días sólo a medias.

Recibió a las dos mujeres sin moverse de la mesa, mientras tomaba el café. Se echó hacia atrás en la silla y les preguntó:

-¿Qué es lo que quieren?

Fue la madre quien habló:

-Esta es nuestra hija Adelaida, y yo quisiera que la tomase de criada por lo que el señor cura ha dicho esta mañana en el púlpito.

El señor Omont miró con ojos escrutadores a la chica y preguntó sin más rodeos:

- -¿Cuántos años tiene esta cordera?
- -Veintiuno por San Miguel, señor Omont.
- -¡Hecho! Le daré quince francos al mes y la comida.

Que venga mañana por la mañana, para prepararme la sopa del desayuno.

Y las despidió.

Adelaida entró en funciones al siguiente día, y sin hablar palabra se puso a trabajar tan afanosamente como lo hacía en casa de sus padres.

A eso de las nueve, mientras limpiaba los cristales de la cocina, oyó el vozarrón del señor Omont, que la llamaba:

-¡Adelaida!

Acudió corriendo.

-¡Aquí estoy, señor!

Al verla delante, con las manos enrojecidas y desaseadas, la mirada inquieta, le espetó esta declaración terminante:

- -Óyeme bien, para que no tengamos confusiones entre nosotros. Tú eres aquí mi criada y solamente mi criada. ¿Me comprendes? No vamos a juntar los zuecos.
- -Sí, mi amo
- -Tú en tu sitio y yo en el mío, muchacha; la cocina, para ti; la sala, para mí. Fuera de eso, todo es de los dos por igual. ¿De acuerdo?
- -Sí, mi amo.
- -Entonces, a trabajar.

La chica reanudó sus tareas.

Al mediodía preparó la mesa del señor en su comedorcito tapizado de papel de colores; cuando tuvo la sopa en la mesa, fue a llamar al señor Omont:

-Está usted servido, mi amo.

Entró, tomó asiento, desdobló la servilleta, se quedó indeciso un instante y de pronto gritó con voz de trueno:

-¡Adelaida!

La muchacha llegó toda azorada. El señor Omont le gritó, como si fuera a hacerla pedazos:

-Pero, bueno, ¡Dios de Dios! ¿En dónde está tu cubierto?

-Pero..., mi amo...

Él vociferó:

-A mí no me agrada comer solo, ¡carámbanos! Ahora mismo te sientas a comer aquí, y si no te gusta ya te estás largando. Tráete plato y vaso.

Fuera de sí del susto, trajo la chica su cubierto y balbució:

-Aquí me tiene, mi amo.

Se sentó a la mesa frente a él.

Entonces el señor Omont recobró su buen humor; bebió, golpeó la mesa con el puño, contó historias que ella escuchaba con los ojos bajos, sin atreverse a pronunciar una sola palabra.

De cuando en cuando se levantaba la chica para traer pan, sidra, platos.

Cuando sirvió café, sólo trajo una taza y la colocó delante del amo. Éste montó en cólera otra vez y gruñó:

- -Pero ¿y tú?
- -No lo tomo, mi amo.
- -¿Qué es eso de que no lo tomas?
- -Que no me gusta.

El señor Omont estalló de nuevo:

-Te digo, ¡Dios de Dios!, que no me gusta tomar solo el café. Si ahora mismo no te sirves tú, ya te puedes ir largando... Ve por una taza y aligera.

Se trajo una taza, volvió a sentarse, probó el líquido oscuro e hizo una mueca; pero como el amo tenía clavada en ella su mirada furibunda, se lo echó todo al cuerpo. Y después del café tuvo que tomar el primer vaso de aguardiente, para enjuagar el segundo, para empujar al del enjuague, y el tercero, el del puntapié, y a casa.

El señor Omont le dijo entonces:

-Ahora te vas a fregar; eres una buena chica.

La escena se repitió por la noche. Y acabada la cena, jugaron al dominó; después la envió a acostarse.

-Vete a la cama; yo subiré de aquí a un rato.

La chica se dirigió a su habitación, que era una guardilla debajo del tejado. Rezó sus oraciones, se desnudó y se metió entre las sábanas.

De improviso saltó, aterrada, de la cama.

-¡Adelaida!

Un grito tremebundo había hecho retemblar la casa. Ella abrió la puerta y gritó desde su sotabanco:

- -Estoy aquí, mi amo.
- -¿Qué estás dónde?
- -¿Dónde voy a estar? En mi cama, señor amo.

Al oírla, vociferó él:

-Ya estás bajando en seguida. ¡Dios de Dios! No me gusta dormir solo, ¡carámbanos!; y si no bajas, ya estás de más aquí, recontra.

Ella entonces, desatinada, mientras encendía la vela, gritó desde arriba:

-Voy en seguida, mi amo.

El señor Omont oyó el ruido que hacían sus pequeños zuecos en las escaleras de pino; cuando llegó a los últimos escalones, la tomó del brazo y, dándole apenas tiempo para poner sus estrechos zuecos de madera junto a los voluminosos del amo, la metió en su cuarto, gruñendo:

-¡Aligera, Dios de Dios!

Ella, sin saber ya lo que se decía, balbucía:

-¡Ya estoy aquí, mi amo; ya estoy aquí!

A los seis meses fue la chica a ver a sus padres un domingo. El padre la miró con gran detenimiento y luego le preguntó:

-¿No estás tú preñada?

Ella se miró el vientre con cara de idiota y contestó:

-No creo; no, no debo de estarlo.

Él quiso enterarse bien y procedió a interrogarla:

- -Ven acá... ¿No será que alguna noche ustedes han juntado los zuecos?
- -¡Eso sí! Los juntamos la primera noche, y después, todas.
- -Entonces, no me digas más... Estás hecha un tonel relleno.

Ella estalló en sollozos:

-Yo no sabía nada. Yo no sabía nada.

El tío Malandain la miraba de arriba abajo, con ojo despierto y cara satisfecha, y le preguntó:

-¿Qué es lo que tú no sabías?

Ella contestó, con frases entrecortadas

-No sabía, no; no sabía que así... se hacían los niños.

En aquel instante llegaba su madre. El marido le explicó, sin señales de enfado en la voz:

-Ahí la tienes preñada, donde la ves.

La madre, dejándose llevar por el instinto de mujer, se indignó, insultando a boca llena a su hija, que lloraba, y tratándola de cochina y arrastrada.

El marido la hizo callar. Al coger la gorra para ir a tratar de sus asuntos con el señor César Omont, hizo este comentario:

-Es aún más estúpida de lo que me imaginaba. Ni siquiera se daba cuenta la tontina de lo que se hacía.

En la plática del domingo siguiente, anunciaba el anciano sacerdote las amonestaciones del señor Onofre César Omont con Celeste Adelaida Malandain.

### Luna de miel

Personajes:

La señora Rivoil, cincuenta años

La señora Bevelin, sesenta años

Un salón. Sobre el velador, un libro abierto: La canción de los recién casados, por la señora Juliette Lamber.

La señora RIVOIL: Este libro me ha producido un efecto singular. El que acabo de leer es mi poema, el poema del cual he sido la protagonista hace treinta años. Me nota los ojos enrojecidos, querida amiga: es que lloro a lágrima viva desde hace dos horas; lloro por todo ese pasado, tan corto, y terminado, terminado... terminado.

La señora BEVELIN: ¿Por qué añorar tanto las cosas desaparecidas?

La señora RIVOIL: ¡Oh! Sólo añoro mi luna de miel. Y esta es la razón por la que este libro, *La canción de los recién casados*, me ha conmovido tanto.

Sólo he cumplido en mi vida un sueño, y es ese. Piense pues. Me voy, sola con él, sea quien sea. Me voy, sola con él, siempre, a todas partes, unida a él, llena de una placentera e inolvidable ternura. En nuestra existencia sólo tenemos una verdadera hora de poesía, esa, una única ilusión, tan completa que el regreso a la realidad se produce meses después, una única embriaguez, tan grande que todo desaparece, todo, excepto Él. Me dirá que a menudo no queremos de verdad. ¿Qué importa? En ese momento, no lo sabemos, creemos amarlo; y es el amor que queremos. Él es el amor, es todas nuestras ilusiones visibles, es todas nuestras expectativas realizadas, es la esperanza alcanzable, es la persona a la que vamos a poder dedicarnos, a la que nos hemos entregado, es el Amigo, nuestro Amo y Señor, lo es todo.

El sueño de todas las mujeres es amar, y tener para nosotras solas, del todo para nosotras, incesantemente a solas, al que adoramos, y que nos adora también, eso creemos. Durante ese primer mes, todo esto se cumple. Pero sólo existe ese mes en nuestra existencia, ¡no hay otro... no hay otro!

Yo lo he hecho, ese clásico viaje de amor que canta la señora Juliette Lamber; y esta mañana mi corazón se estremecía, palpitaba, fallaba al encontrar ahí, en ese libro, todos esos lugares que aún me son gratos, los únicos en los que realmente fui feliz; y al releer, treinta años más tarde, las cosas que él me decía antaño, me parecía revivir ese dulce pasado...

Oía su voz, veía sus ojos.

¡Oh! Cuánto daño me ha hecho desde entonces.

Sí, sí, toda mi verdadera alegría está encerrada en mi luna de miel. Lo recuerdo como si fuese ayer.

En vez de hacer como todos, de irnos esa misma noche para disipar en cualquier posada esas primeras gotas de felicidad, y para colmar, cerca de los mozos de hotel con delantal blanco y de los empleados de ferrocarril, ese primer frescor de intimidad, esa cuna de amor, nos quedamos a solas, encerrados y abrazados, en una pequeña casa solitaria en el campo.

Luego, cuando mi ternura, vacilante, inquieta y turbia al principio, creció en sus besos, cuando esa chispa que tenía en el corazón se convirtió en llama y me quemó por completo, me llevó a través de ese viaje que fue un sueño.

¡Oh! ¡ Sí, claro que lo recuerdo!

En primer lugar, sé que me quedé seis días cerca de él, en una silla de posta que circulaba por las carreteras. De vez en cuando percibía partes del paisaje por la portezuela; pero lo que ciertamente vi fue un bigote rubio y rizado que se acercaba en todo momento a mi rostro.

Entré en una ciudad de la que no distinguí nada, luego me sentí en un barco que al parecer iba hacía Nápoles.

Estábamos de píe, uno al lado del otro, sobre ese suelo que se balanceaba. Tenía mi mano sobre su hombro; y fue entonces cuando empecé a darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor.

Veíamos pasar las costas de Provenza, ya que era Provenza la que acababa de cruzar. El mar inmóvil, estancado, como endurecido por el pesado calor que caía del sol, se mostraba bajo un cielo infinito. Las ruedas golpeaban el agua y perturbaban su sueño tranquilo. Y, detrás de nosotros, un largo rastro espumoso, un gran reguero pálido donde la ola

agitada hacía espuma como el champaña, alargaba hasta perderla de vista una estela del navío.

De repente, hacía la parte delantera, a sólo unas brazadas de nosotros, un pez enorme, un delfín, saltó fuera del agua, luego volvió a sumergirse, la cabeza primera, y desapareció. Tuve miedo, grité y me lancé sobrecogida a los brazos de René. Luego me eché a reír de pavor y miraba ansiosa por si el animal volvía a aparecer. Al cabo de unos segundos, saltó de nuevo como un gran juguete mecánico. Luego volvió a bajar, salió de nuevo; luego fueron dos, luego tres, luego seis que parecían dar saltos alrededor del pesado barco, escoltar a su monstruoso hermano, al pez de madera con aletas de hierro. Pasaban por la izquierda, volvían por la derecha del buque, y siempre, unas veces juntos, otras uno tras otro, como en un juego, en una persecución alegre, se lanzaban al aire con un gran salto que trazaba una curva, luego se sumergían en fila india.

Y aplaudía, encantada de cada aparición de los enormes y ligeros nadadores. ¡Oh! ¡ Esos peces, esos grandes peces! He guardado un grato recuerdo de ellos. ¿Por qué? No sé, no sé nada. Pero han permanecido ahí, en mis ojos, en mi mente y en mi corazón.

De repente desaparecieron. Los vi una vez más, muy lejos, en alta mar, luego ya no los vi más, y me sentí, durante un segundo, triste por su marcha.

Llegó la noche, una noche tranquila, suave, llena de luz, de paz. Ni un escalofrío en el aire o en el agua; y esa tranquilidad ilimitada del mar y del cielo se extendía a mi alma entumecida, donde tampoco había ningún escalofrío. El gran sol se desvanecía lentamente allá a lo lejos, hacía la África invisible, ¡África! La tierra ardiente cuyos ardores ya creía sentir; pero una especie de fresca caricia, que sin embargo ni siquiera tenía aspecto de brisa, rozó mi rostro cuando el astro ya había desaparecido.

Fue la noche más hermosa de mi vida.

No quise entrar en nuestro camarote, donde se respiraban todos esos horribles olores del buque. Nos acostamos sobre la cubierta, envueltos en abrigos, y no dormimos. ¡Oh! ¡Cuantos sueños! ¡Cuantos sueños!

El monótono ruido de las ruedas me acunaba, y miraba sobre mi cabeza esas legiones de estrellas tan claras, con una luz aguda, titilante y como mojada, en ese cielo puro del Sur.

Sin embargo, cuando estaba a punto de amanecer, me adormilé. Me despertaron unos ruidos, unas voces. Los marineros cantaban mientras limpiaban el buque. Y nos levantamos.

Bebía el sabor de la bruma salada, me llegaba hasta la punta de los dedos. Miré el horizonte. En la proa había algo gris, confuso aún en el alba naciente, una especie de acumulación de nubes extrañas, puntiagudas, desmenuzadas, parecía estar colocada sobre el mar.

Luego apareció más clara, las formas se dibujaron más sobre el cielo claro: una gran línea de curiosas montañas con picos se erguía ante nosotros. ¡Córcega!... envuelta en una especie de ligero velo.

El capitán, un viejo hombre pequeño, curtido, seco, de pocas palabras, duro, encogido por los fuertes vientos salados, apareció en la cubierta y, con voz ronca por treinta años de mando, gastada por los gritos lanzados en las tormentas, me preguntó:

-¿Aprecia este curioso olor?

Y, en efecto, había un fuerte, un extraño, un poderoso olor a plantas, a aromas salvajes.

El capitán prosiguió:

-Es el olor de Córcega. Tras veinte años de ausencia, la reconocería a cinco millas mar adentro. Soy de aquí, señora. Aquel que estaba allá, en Santa Helena, hablaba siempre del olor de su país. Era de mi familia <sup>1</sup>.

Y el capitán, quitándose el sombrero, saludó a Córcega. Saludó, en lo desconocido, al Emperador que era de su familia.

Tenía ganas de llorar.

Al día siguiente estaba en Nápoles; e hice, etapa a etapa, ese viaje de felicidad que cuenta el libro de la señora Juliette Lamber.

Vi, del brazo de René, todos esos lugares que aún me son gratos, con los cuales el escritor hizo un marco para sus escenas de amor: es el libro de los recién casados, el libro que deberán llevar y guardar, como una reliquia, y cuando regresen, el libro que ella volverá a leer siempre.

Cuando regresé a Marsella tras ese mes pasado en el mar, una inexplicable tristeza me invadió. Sentía vagamente que había acabado; le había dado la vuelta a la felicidad.

# Magnetismo

Era al final de una cena de hombres, a la hora de los interminables cigarros y de las incesantes copitas, en medio del humo y el cálido torpor de las digestiones, en el ligero trastorno de las cabezas tras tanta comida y licores absorbidos y mezclados.

Se habló de magnetismo, de los espectáculos de Donato y de las experiencias del doctor Charcot. De pronto, aquellos hombres escépticos, amables, indiferentes a toda religión, se pusieron a contar hechos extraños, historias increíbles pero reales, afirmaban, cayendo bruscamente en creencias supersticiosas, aferrándose a ese último resto de lo maravilloso, convertidos en devotos de ese misterio del magnetismo, defendiéndolo en nombre de la ciencia.

Sólo uno sonreía, un muchacho vigoroso, gran perseguidor de muchachas y cazador de mujeres, cuya incredulidad hacia todo estaba tan fuertemente anclada en él que no admitía ni la más mínima discusión.

No dejaba de repetir, riendo burlonamente:

-¡Tonterías! ¡Tonterías! ¡Tonterías! ¡Tonterías! No discutiremos de Donato, que es simplemente un hábil prestidigitador lleno de trucos. En cuanto al señor Charcot, del que se dice que es un notable sabio, me da la impresión de estos cuentistas tipo Edgar Poe, que terminan volviéndose locos a fuerza de reflexionar sobre extraños casos de locura. Ha constatado fenómenos nerviosos inexplicados y aún inexplicables, avanza por ese mundo desconocido que explora cada día, e incapaz de comprender lo que ve, recuerda quizá demasiado las explicaciones eclesiásticas de los misterios. Querría oír hablar de otras cosas completamente distintas de lo que todos ustedes repiten.

Hubo alrededor del incrédulo una especie de movimiento de piedad, como si hubiera blasfemado en medio de una reunión de monjes.

Uno de los reunidos exclamó:

-Sin embargo, hubo un tiempo en que se produjeron milagros.

Pero el otro respondió:

-Lo niego. ¿Por qué ya no los hay?

Entonces cada uno aportó un hecho, presentimientos fantásticos, comunicaciones de almas a través de grandes espacios, influencias secretas de un ser sobre otro. Y afirmaban su veracidad, declarándolos hechos indiscutibles, mientras el negador empedernido repetía:

-¡Tonterías! ¡Tonterías! ¡Tonterías!

Finalmente se levantó, arrojó su cigarro y, con las manos en los bolsillos, dijo:

-Bien, yo también voy a contarles dos historias, y luego se las explicaré. Aquí están:

»En el pequeño pueblo de Entretat, los hombres, todos marineros, van cada año al banco de Terranova a pescar el bacalao. Una noche, el hijo pequeño de uno de esos marinos se despertó sobresaltado gritando que su «papá había muerto en el mar». Se calmó al pequeño, que al poco tiempo se despertó de nuevo gritando que «su papá se había ahogado». Un mes más tarde se supo que efectivamente su padre había muerto tras ser arrastrado por un golpe de mar. La viuda recordó entonces cómo se había despertado el niño. Se gritó milagro, todo el mundo se emocionó, se comprobaron las fechas, y se halló que el incidente y el sueño coincidían más o menos; de ahí se llegó a la conclusión de que se habían producido la misma noche, a la misma hora. He aquí un misterio del magnetismo.

El narrador se interrumpió. Entonces uno de los oyentes, muy emocionado, preguntó:

- -¿Y usted puede explicar eso?
- -Perfectamente, señor, he hallado el secreto. De hecho me sorprendió e incluso me azaró vivamente; pero entienda, yo no creo por principio. Del mismo modo que los demás empiezan por creer, yo empiezo por dudar; y cuando no comprendo en absoluto, sigo negando toda comunicación telepática de las almas, seguro de que mi propia inteligencia podrá explicarla. Bien, busqué, busqué, y a fuerza de interrogar a todas las mujeres de los marinos ausentes, terminé por convencerme de que no pasaban ocho días sin que una de ellas o uno de sus hijos soñara y anunciara al despertar que su «papá había muerto en el mar». El horrible y constante temor de este accidente hace que se hable constantemente de él, que se piense en él sin cesar. Y, si una de estas frecuentes predicciones coincide, por un azar muy simple, con una muerte, se grita de inmediato milagro, ya que se olvida de pronto todos los demás sueños, todos los demás presagios,

todas las demás profecías de desgracia que se han quedado sin confirmar. Yo, por mi parte, he tomado en consideración más de cincuenta de ellas cuyos autores, ocho días más tarde, ni siquiera las recordaban. Pero si el hombre había muerto realmente, el recuerdo se despertaba de inmediato, y se celebraba la intervención de Dios según algunos, del magnetismo según otros.

Uno de los fumadores declaró:

- -Es justo lo que usted dice, pero veamos su segunda historia.
- -¡Oh! Mi segunda historia es muy delicada de contar. Me ocurrió a mí personalmente, así que desconfío un poco de mi propia apreciación. Nunca se es equitativamente juez y parte. En fin, ahí va.
- »En mis relaciones mundanas había una joven en la que yo no pensaba en absoluto, que nunca había observado atentamente, a la que jamás había echado el ojo encima, como se dice.
- »La clasificaba entre las insignificantes, pese a que no era en absoluto fea; en fin, me parecía que tenía unos ojos, una nariz, una boca, unos cabellos indeterminados, toda una fisonomía apagada; era uno de esos seres en los cuales no se piensa más que por azar, sobre los cuales el deseo pasa de largo.
- »Sin embargo, una noche, mientras escribía unas cartas en un rincón junto al fuego antes de meterme en la cama, sentí en medio de este aluvión de ideas, de esta procesión de imágenes que rozan tu cerebro cuando permaneces unos instantes sumido en la ensoñación, con la pluma en el aire, una especie de pequeño soplo que rozó mi espíritu, un muy ligero estremecimiento de mi corazón, e inmediatamente, sin razón alguna, sin el menor encadenamiento de pensamientos lógicos, vi con claridad, vi como si la estuviera tocando, vi de pies a cabeza, y sin ningún velo, a esa joven en la que jamás había pensado más de tres segundos consecutivos, el tiempo que su nombre cruzaba mi cabeza. Y de pronto descubrí en ella un montón de cualidades que jamás había observado, un encanto dulce, una lánguida atracción; despertó en mí esa especie de inquietud de amor que te hace perseguir a una mujer. Pero no pensé en ello demasiado tiempo. Me acosté, me dormí. Y soñé.
- »Todos ustedes han tenido sueños singulares, ¿verdad?, que los convierten en dueños de lo imposible, que les abren puertas infranqueables, alegrías inesperadas, brazos impenetrables.
- »¿Quién de nosotros, en estos sueños turbados, nerviosos, jadeantes, no ha tenido, abrazado, acariciado, poseído con una agudeza de sensaciones extraordinaria, a aquélla que ocupaba su imaginación? ¡Y habrán observado qué delicias sobrehumanas aportan la buena fortuna de estos sueños! ¡En qué locas embriagueces nos arrojan, con qué fogosos espasmos nos conducen, y qué ternura infinita, acariciante, penetrante, infunden en el corazón hacia aquella que se tiene, desfallecida y cálida, en esa ilusión adorable y brutal que parece una realidad!
- »Sentí todo esto con una inolvidable violencia. Aquella mujer fue mía, tan mía que la tibia dulzura de su piel quedó en mis dedos, el olor de su piel quedó en mi cerebro, el sabor de sus besos quedó en mis labios, el sonido de su voz quedó en mis oídos, el círculo de su abrazo alrededor de mis riñones, y el encanto ardiente de su ternura en toda mi persona, mucho tiempo después de mi exquisito y decepcionante despertar.
- »Y tres veces más, aquella misma noche, el sueño se repitió.
- »Llegado el día, ella me obsesionaba, me poseía, me llenaba la cabeza y los sentidos, hasta tal punto que no pasaba ni un segundo sin que pensara en ella.
- »Finalmente, sin saber qué hacer, me vestí y fui a verla. En su escalera temblaba de emoción, mi corazón latía alocado: un vehemente deseo me invadía desde los pies hasta los cabellos.
- »Entré. Ella se levantó, envarada, apenas oyó pronunciar mi nombre; y de pronto nuestros ojos se cruzaron con una sorprendente fijeza. Me senté.
- »Balbuceé algunas banalidades que ella no pareció escuchar. Yo no sabía ni qué hacer ni qué decir; entonces, bruscamente, me arrojé sobre ella, la aferré entre mis brazos; y todo mi sueño se hizo realidad tan aprisa, tan fácilmente, tan locamente, que de pronto dudé de estar despierto... Ella fue mi amante durante dos años.
- -¿Qué conclusión saca de esto? -preguntó una voz.

El narrador parecía dudar.

-Llego a la conclusión... ¡llego a la conclusión de una coincidencia, por Dios! Y además, ¿quién sabe? Quizá hubo una mirada de ella que jamás observé y que me llegó esa tarde por uno de estos misteriosos e inconscientes giros de la memoria que nos traen a menudo cosas olvidadas por nuestra consciencia, que nos han pasado desapercibidas delante de nuestra inteligencia.

-Todo lo que usted quiera -concluyó uno de los comensales-, ¡pero si no cree en el magnetismo después de esto, es usted un ingrato, mi querido señor!

### Mi tío Sosthéne

El tío Gregorio era un librepensador como hay muchos, librepensador de puro ignorante. Por el mismo camino llegan otros a ser creyentes. Ver a un sacerdote y sentir un furor desenfrenado, para él, era todo uno; lo amenazaba, le hacía burla, y se curaba en salud por si le había dado mal de ojo; es decir, que ya no era un librepensador verdadero, pues creía en el mal de ojo; y tratándose de creencias irreflexivas, hay que rendirse a todas o no tener ninguna.

Yo, que soy también un librepensador, es decir, un refractario a todos los dogmas que fraguó el miedo a la muerte, no me irrito contra los templos, ya sean católicos, apostólicos, romanos, protestantes, rusos, griegos, budistas, judíos o musulmanes. Además, tengo una manera de razonar su condición. Un templo es un homenaje a lo desconocido. Cuanto más se remonte el pensamiento humano, menor es el dominio de lo desconocido, y se derrumban los templos. Me agradaría -eso sí- que tuvieran, en vez de incensarios, telescopios, microscopios y máquinas eléctricas.

Mi tío se diferenciaba por completo de mí; éramos casi lo contrario el uno del otro.

Él blasonaba de patriota; yo no, porque, a mi entender, el patriotismo es una religión como cualquiera, y es además el huevo de donde salen todos los crímenes colectivos.

Mi tío era francmasón; y los francmasones me parecen más fanáticos aún que las viejas devotas. Yo sostengo mis opiniones. De admitir una religión, me quedo con la de mis padres.

Y estos mentecatos no hacen más que imitar a los curas. Tienen por símbolo un triángulo en vez de una cruz; fundan iglesias, que llaman logias, con varios cultos: el rito escocés, el rito francés, el Grande Oriente y otra porción de majaderías que hacen reír.

¿A qué aspiran? A establecer socorros mutuos, haciéndose cosquillas en la palma de la mano. Quisieron poner en práctica el precepto cristiano: "Amaos los unos a los otros". La única diferencia consiste en el cosquilleo. Pero ¿valdrá la pena de hacer tantas ceremonias para prestarle cinco francos a un pobrete? Los religiosos, para quienes el socorro y la limosna constituyen una obligación o un oficio, encabezan sus cartas con tres letras: J. M. J., y los francmasones colocan tres puntos en triángulo a continuación de su nombre. ¿Hay tanta diferencia? ¡Todos compadres!

Mi tío me objetaba:

-Precisamente, nosotros enarbolamos una religión frente a otra religión; hacemos del librepensador el arma que acabará con el clericalismo. La francmasonería es la ciudadela donde se han cobijado todos los demoledores de las divinidades.

Yo insistía:

-Pero, tío, precisamente aquello de que usted se vanagloria es lo que yo juzgo reprochable. No destruyen; organizan otro fanatismo en competencia; la competencia rebaja el precio de las mercancías, pero nada más. Y aun ¡si no hubiera en la masonería más que librepensadores! Pero admiten a todo el mundo. Son masones una muchedumbre de católicos, y hasta jefes de partido. Pío Noveno fue masón antes de ser papa. Si llama usted a una sociedad compuesta de tal modo ciudadela contra el clericalismo, le diré que me parece muy ruin su ciudadela.

Mi tío, guiñando los ojos, afirmaba:

-Nuestra poderosa influencia, nuestra influencia temible, sobre todo es política. Sin cesar minamos los tronos.

Al oírle yo, comentaba:

-¿Sí? ¡Qué tunantones! Dígame que la francmasonería es una fábrica de triunfos electorales, y lo creo; que tiene recursos para convertir en votos favorables a los más reacios, también lo creo; que resulta indispensable para los ambiciosos políticos, lo creo también. Pero, si usted me dice que la masonería socava los cimientos del trono... me reiré en sus barbas. Medite usted un poco acerca de la extendida y misteriosa asociación democrática, la cual tiene por jefe a un príncipe heredero en Alemania y al hermano del zar en Rusia, contando entre sus afiliados al rey Humberto, al príncipe de Gales y a todas las testas coronadas del orbe...

Mi tío me decía entonces, en tono confidencial:

-No te falta razón; pero también es cierto que los príncipes coadyuvan a nuestra obra sin sospecharlo.

Yo añadía:

-Y viceversa, ¿no es verdad?

Y para mi capote. ¿No es verdad, rebaño de imbéciles?

Era de ver cómo el tío Gregorio abordaba de pronto a cualquier francmasón. Primero, un guiño, y después, al darse la mano, una serie de presiones y contorsiones misteriosas y visibles. Cuando yo quería oírle despotricar furioso, le decía que también los perros tienen maneras francmasónicas para reconocerse. Luego, iban por todos los rincones, ocultándose de la gente como si tuviesen que decirse algo muy dificultoso y de suma importancia; y si comían juntos, en la mesa, frente a frente, se miraban de un modo especial a cada bocado, a cada sorbo, como diciéndose: "Lo somos, ¿eh?"

¡Y pensar que se cuentan por millones los hombres que se divierten con esas tonterías!

Prefiero el jesuitismo.

Precisamente, había en el pueblo un jesuita, el cual era la obsesión de mi tío Gregorio. Cada vez que lo veía murmuraba: "¡Indecente!". Y agarrándose a mi brazo me confiaba sus temores:

-Piensa que, tarde o temprano, ese indecente nos dará que sentir. Estoy seguro.

Acertó. Y, por fatalidad, yo fui la causa. Verán cómo:

Terminaba la cuaresma, y mi tío Gregorio tuvo la idea de organizar un banquete de carne para el Viernes Santo. Me resistí cuanto pude:

-Comeré carne -le dije- lo mismo que todos los días del año; pero en mi casa, como siempre. Considero estúpida la ostentación. ¿Para qué dar escándalo? ¿En qué nos perjudica ni nos molesta que una porción de familias no coman carne por Semana Santa?

Pero no pude convencerlo y convidó a tres amigos para ir a comer juntos en el restaurante; como era mi tío quien pagaba el gasto, accedí a ser de la partida.

Antes de las cuatro, nos reunimos en el café Penélope, de ordinario muy concurrido, y mi tío Gregorio, levantando mucho la voz para que le oyeran todos, nos decía lo que íbamos a comer.

A las seis nos sentamos a la mesa y a las diez aún estábamos comiendo. Entre los cinco, vaciamos dieciocho botellas de Burdeos y cuatro de champaña.

Mi tío propuso que hiciéramos lo que llamaba él "ronda de arzobispo". Consistía en llenar seis copitas con licores diferentes y apurarlas una tras otra mientras los presentes contaban: "uno, dos, tres, cuatro", hasta veinte; un estúpido alarde que a mi tío le pareció entonces de oportunidad. A las once ya lo teníamos borracho como una cuba. Hubo que llevarlo a su casa en coche y acostarlo. Ya era seguro que su alarde anticlerical se convertiría para él en una espantosa indigestión.

Retirábame, borracho también, pero con alegre borrachera, cuando una idea diabólica, en consonancia con mi arraigado escepticismo, surgió en mi cerebro.

Me atusé un poco, puse una cara lo más afligida posible, y fingiéndome desconsolado fui a llamar a la puerta del jesuita. Era sordo, y tuve que armar un estrépito para que me oyera. Tales fueron mis voces y mis patadas, que al fin apareció, preguntando:

-¿Qué ocurre?

Yo grité:

-¡Pronto! ¡Pronto, reverendo padre! ¡Un moribundo reclama los misericordiosos auxilios de la religión!

El pobre viejo se puso inmediatamente un pantalón, y en mangas de camisa bajó a la puerta. Le conté, angustiado, con la voz entrecortada por sollozos, que mi tío, el contumaz librepensador, atacado por una dolencia repentina que hacía temer un funesto desenlace, temeroso de morir, deseaba sin duda en aquel trance la compañía de un sacerdote, oír sus consejos, conocer lo que saben los católicos de la otra vida, y disponerse tal vez para entrar en el cielo, confesando y comulgando, arrepentido al fin de sus errores. Y acabé diciendo:

-Como lo desea, estoy seguro de que puede ser muy saludable para el enfermo la presencia de usted, reverendo padre.

Atolondrado, complacido, tembloroso, el jesuita me rogó que lo aguardara un momento; pero yo añadí:

-No, no lo acompañaré; mis convicciones me lo impiden. Ya me ha sido bastante violento venir a su casa, y le ruego que no haga mención de mi visita, que no hable de mí; puede suponer que la dolencia de mi tío le fue revelada

misteriosamente...

Consintió, y muy de prisa encaminose hacia la casa de mi tío Gregorio. La criada abrió en seguida y vi desaparecer la vestimenta sacerdotal en el oscuro antro del pensamiento libre.

Me puse en acecho arrimado a una puerta próxima. En circunstancias normales, mi tío hubiera dado al cura un buen recorrido; pero me constaba que no podía ni siquiera levantar los brazos aquella noche. ¡Qué impresión la de ambos al encontrarse frente a frente! ¿Cómo se presentaría el uno, y cómo lo recibiría el otro? ¿Qué se dirían? ¿Qué replicarían? ¿Y cómo acabaría todo aquello?

Sólo de imaginarlo, me retozaba la risa en el cuerpo: "¡Vaya una broma!, ¡qué broma!"

Se levantaba frío hacia la madrugada, ¡y el jesuita sin acabar de salir! Una hora, dos, tres horas pasaron. ¿Qué pudo suceder? ¿Acaso la violenta impresión produjo a mi tío la muerte o, levantándose de pronto, estranguló al cura? ¿Se habían devorado mutuamente? La última versión me pareció inverosímil, porque mi tío no se hallaba en condiciones de tragar ni un gramo de alimento, ni de sorber una gota de sangre.

Amaneció.

Inquieto, y no atreviéndome a entrar, acudí a un amigo que vivía enfrente. Se lo dije todo, haciéndolo reír mucho, y me asomé con mil precauciones a una ventana.

Me reemplazó a las nueve y dormí algo. A las once ocupé su lugar. Indecisos, comenzábamos a temer una desdicha.

Pero a las seis de la tarde salió el jesuita, pacífico y satisfecho.

Entonces, avergonzado y receloso, llamé a la puerta de mi tío. Abrió la criada, y no atreviéndome a preguntar, subí en silencio.

Mi tío Gregorio, pálido, abatido y desencajado, con los brazos inertes y los ojos tristes, yacía en la cama. Vi una estampita piadosa puesta con un alfiler en las colgaduras.

Un olor nauseabundo pregonaba la indigestión. Dije:

-¿Aún continúa usted acostado? ¿Está enfermo?

Me respondió con la voz apagada.

- -Hijo mío: estuve a punto de morir.
- -¿Es posible?
- -¡Tan posible! Y lo más raro es que, siendo repentina mi enfermedad, le fue revelada misteriosamente al sacerdote que acaba de salir de casa. Hijo mío: ¡hay Providencia!
- -¿Sí? -apenas pude contener la risa.
- -Una revelación. Ya lo ves.

Fingí un estornudo para no soltar la carcajada; y al cabo de un minuto, fingiéndome indignado, exclamé:

-¿Ha recibido al jesuita en su casa? ¿.Un librepensador, un hermano masónico, tuvo al jesuita en su casa y no lo arrojó por una ventana.

Confundido, balbució:

- -Era providencial; te lo aseguro. Vino guiado por una voz del cielo. Y, además, ha debido de conocer a mi padre; me habló de mi familia, que ya no existe...
- -De su familia, de su padre...
- -Sí; ya ves...
- -No veo motivo para recibir a un jesuita.
- -Tienes razón; pero yo estaba enfermo, gravísimo: y él, ¡me ha cuidado con tanta solicitud, con tanto desinterés durante toda la noche! Le debo la vida, no lo dudes; ha hecho más que un médico...

- -¡Ah! ¡Lo ha cuidado toda la noche! .No dijo usted que acababa de salir de casa!
- -Naturalmente; y es cierto. Como fue tan bondadoso conmigo, dispuse que le preparasen almuerzo. Almorzó ahí junto a mi cama, en un veladorcito, mientras yo tomaba una taza de té.
- -Y ¿ha comido carne?

Mi tío Gregorio hizo un gesto desapacible, como si yo acabara de cometer una grave inconveniencia:

-No estoy para bromas. En esta ocasión me parecen inoportunas. Fue conmigo afectuoso y me cuidó con mucha solicitud. No hicieron otro tanto los demás.

La indirecta me cortó los vuelos y dije:

- -Bien, tío Gregorio. Y después de almorzar, ¿qué hicieron ustedes?
- -Jugamos al tute una hora. El rezó sus oraciones mientras yo leía un librito que puso en mis manos, y que por cierto me agradó bastante.
- -¿Un libro piadoso?
- -Hasta cierto punto. Es la historia de las misiones en el África central; un libro de viajes y aventuras. Admira lo que hicieron allí unos cuantos hombres.

Empecé a comprender que tomaba un cariz desagradable aquel asunto, y levantándome de la silla, dije:

-Vaya, que se ha dejado usted convertir. ¿Y la masonería y el librepensamiento? Es usted un apóstata.

Un poco indeciso aún, mi tío murmuró:

- -La Iglesia es una especie de masonería.
- -¿Volverá el jesuita? -le pregunté.

Y balbució:

-Acaso mañana...

Salí completamente atolondrado.

Tuvo fatales consecuencias la broma fraguada por mí.

Mi tío se hizo católico, pero eso no es todo. Lo triste, lo verdaderamente intolerable para un sobrino, es que a su muerte sólo se pudo encontrar un testamento en el cual me desheredaba, dejando todos sus bienes al jesuita.

### Minué

-Las grandes desgracias no me impresionan. He visto muy de cerca la guerra y he pasado sin emocionarme por encima de montones de cadáveres -decía Juan Bridelle, un solterón con cara de escéptico-. Las tremendas atrocidades de la naturaleza y de la humanidad pueden arrancarnos gritos de indignación o de espanto, pero no alcanzan a darnos esa punzada en el corazón, ese escalofrío que nos corre por la espina dorsal cuando vemos ciertas escenas pequeñas y tristes.

Para una madre, perder un hijo es la cosa más penosa que le puede ocurrir, como es, para cualquier hombre, la pérdida de su madre. Son desgracias crueles, terribles, que trastornan y desgarran; pero de la misma manera que se cicatrizan las heridas profundas y sangrientas, se cura también el alma que ha sufrido tales catástrofes. Sin embargo, ciertos hechos pequeños, ciertas realidades apenas advertidas, apenas adivinadas, ciertos pesares secretos, ciertas perfidias del destino que remueven en nuestro interior todo un mundo de dolorosos pensamientos, que nos entreabren la puerta misteriosa de los sufrimientos morales, complicados e incurables, tanto más profundos cuanto menos benignos, tanto más vivos cuanto más fugaces, tanto más persistentes cuanto menos espontáneos, nos dejan en el alma un reguero de tristeza, un regusto de amargura, un sensación de desencanto de la cual nos cuesta mucho desprendernos.

En este momento recuerdo dos o tres hechos en los que quizás otros no habrían reparado, pero que se metieron en mí como punzadas hondas e incurables.

Les parecerá a ustedes incomprensibles la emoción que me han dejado esas fugaces impresiones. Voy a relatarles solamente una, que data de antiguo, pero que sigue tan palpitante como si fuese de ayer. Es posible que el enternecimiento que me produce sea obra por completo de mi imaginación.

Hoy tengo cincuenta años. Entonces era un muchacho estudiante de derecho.

Yo era un joven algo triste y soñador, impregnado de una filosofía melancólica. En ese momento no me gustaban los cafés bulliciosos ni los compañeros alborotadores ni las muchachas livianas. Madrugaba, y uno de mis placeres favoritos era el de pasearme solo, a eso de las ocho de la mañana, por los viveros de árboles del Luxemburgo.

Ustedes no han conocido esos viveros, ¿no es así? Eran como un jardín olvidado del último siglo, un parque bonito como una dulce sonrisa de anciana. Tupidos setos dividían las avenidas angostas y rectas, eran avenidas tranquilas, resguardadas por dos muros de follaje, recortados con exactitud geométrica. Las grandes tijeras del jardinero no cesaban de trabajar igualando aquellos verdes muros; de trecho en trecho había terrazas de flores festoneadas de minúsculos arbolitos, alineados como colegiales de paseo, grupos de rosales magníficos y grandes plantaciones de árboles frutales.

Un lugar preferencial de aquel parque cautivador estaba reservado a las abejas. Sus colmenas de paja, sabiamente espaciadas sobre tablones, abrían al sol sus puertas, del tamaño del hueco de un dedal; y por donde quiera que caminase, zumbaban los insectos de oro, verdaderos dueños de aquel lugar pacífico, auténticos paseantes de aquellas avenidas que parecían pasillos. Allí pasaba yo casi todas las mañanas. Me sentaba en un banco y leía. A veces dejaba el libro sobre mis rodillas para soñar, para escuchar en torno mío la palpitación de la vida de París y gozar del sosiego infinito de aquel parque del siglo pasado.

Sin embargo, pronto me di cuenta de que yo no era el único visitante habitual que aparecía en aquel sitio desde que se abrían las puertas; y más de una vez, al doblar un matorral, me encontré cara a cara con un viejecito curioso. Usaba zapatos con hebillas de plata, pantalones con portañuelas, levita color tabaco de España, una puntilla por corbata y un inverosímil sombrero gris de anchas alas, de la época del diluvio.

Era seco, muy seco, anguloso, sonriente y algo amanerado. Sus ojos, llenos de viveza, parecían palpitar y estremecerse debido a que sus párpados se abrían y se cerraban constantemente. Se apoyaba en un magnífico bastón con puño de oro que sería, seguramente, algún antiguo recuerdo.

En un principio aquel extraño viejecito despertó mi asombro, pero acabó interesándome de una manera extraordinaria. Lo espiaba a través de aquellos muros de hojas, lo seguía de lejos y me detenía en los recovecos de los bosquecillos para que no me viese.

Hasta que una mañana, creyéndose completamente solo, se puso a hacer unos movimientos sorprendentes: dio primero unos saltitos e hizo enseguida una reverencia; sus frágiles piernas trenzaron luego una cabriola, con bastante soltura, y a continuación empezó a girar sobre sí mismo, dando saltos y moviéndose con viveza, de una manera especial, sonriendo como si estuviera ante un público, haciendo venias, entrelazando sus brazos, contorsionando su cuerpo de muñeco, repartiendo en aquella soledad leves inclinaciones de cabeza, enternecedoras y ridículas. ¡Bailaba!

Quedé suspendido por el asombro, pensando si estaría loco él o sería yo el que veía visiones.

Abruptamente la danza terminó y el viejecito se adelantó como un actor en un escenario, se inclinó y, retrocediendo graciosamente, empezó a lanzar sonrisas y besos, los que enviaba con mano trémula a las hileras de árboles recortados. A continuación reanudó con mucha seriedad su paseo.

Desde aquel día no lo perdí de vista; todas las mañanas repetía la inverosímil escena.

Me entraron unas ganas locas de conversar con él.

Me arriesgué y, después de saludarlo, le dije:

-Hace un hermoso día, señor.

Me hizo una reverencia.

-Así es, caballero, parece un día de otros tiempos.

A la semana éramos grandes amigos y me enteré de su vida. Había sido maestro de baile en el teatro de la Ópera durante el reinado de Luis XV. Su hermoso bastón le había sido regalado por el Conde de Clermont. Cuando llegábamos al tema de la danza no dejaba de hablar.

Un día me confidenció que se había casado con la Castris, quien hacía su aparición en las tardes.

-Este jardín -me decía- es nuestra delicia y nuestra vida. No nos queda ya más de aquellos tiempos. Si nos lo quitasen, creo que no podríamos seguir viviendo. Tiene abolengo y distinción, ¿no le parece? Me hace el efecto de que aquí respiro la misma atmósfera de mi juventud. En él pasamos mi mujer y yo todas las tardes; pero yo soy madrugador y vengo desde la mañana.

Apenas terminé de comer volví al Luxemburgo y tropecé muy pronto con mi amigo, quien llevaba del brazo a una viejecita menuda, vestida de negro, a la que fui presentado. Era la Castris, la famosa bailarina, amada de príncipes, amada del rey, amada por todo un siglo que dejó tras de sí un aroma de amor galante. Nos sentamos en un banco. Corría el mes de mayo. Por el follaje de las avenidas perfumadas por el aroma de las flores se deslizaba un sol benigno que derramaba sobre nosotros una débil luz. El vestido de la Castris parecía humedecido por gotitas luminosas.

El jardín estaba solitario; a lo lejos se oía un sonido de carruajes. Entonces le pregunté al anciano bailarín:

-¿Querría usted darme una idea de lo que era el minué?

Se estremeció.

-El minué, caballero, es la reina de las danzas, y la danza de las reinas. ¿Me comprende usted? Al desaparecer los reyes, desapareció con ellos el minué.

Comenzó un elogio ditirámbico, hecho en un lenguaje pomposo, sobre el estilo y las figuras y otros detalles, de lo cual no llegué a entender nada. Le pedí que me describiese los pasos, los movimientos, las posturas. Se confundió entero y, al ver su impotencia, se puso nervioso y preocupado. Pero de pronto se volvió a su antigua compañera, que permanecía seria y silenciosa, y le dijo:

-Elisa, ¿serías tan gentil de ayudarme a mostrarle a este señor lo que era el minué?

Miró ella a todos lados con ojos inquietos y después, sin decir palabra, fue a situarse frente a frente al bailarín.

Lo que vi entonces no lo olvidaré jamás.

Ambos iban y venían haciendo delicados gestos infantiles, se dirigían sonrisas, se deslizaban, se inclinaban, daban brinquitos como dos viejas muñecas movidas por un artificio mecánico de otros tiempos, algo forzado, obra de un obrero muy hábil para su época, pero que hoy aparecía algo obsoleto. Yo contemplaba en silencio, con el corazón turbado por sensaciones extraordinarias, sintiendo una indecible melancolía. Creía encontrarme ante una visión lamentable y cómica, ante el remedo anticuado de otra época. Me entraban ganas de reír y sentía necesidad de llorar.

Se detuvieron de improviso; habían terminado las figuras del baile. Durante unos segundos permanecieron en pie, cara a cara, haciendo los más extraños ademanes; después se besaron entre sollozos.

A los pocos día tuve que salir de París. No volví a verlos. A mi regreso, dos años más tarde, habían deshecho los viveros. ¿Qué habrá sido de aquella pareja sin su amado jardín de otros tiempos, con sus paseos dispuestos en forma de laberinto, con su aroma del pasado y las graciosas curvas de sus glorietas? ¿Habrán muerto ya? ¿Andarán errantes, almas en pena, como en país extraño, por las calles modernas? ¿Bailan tal vez, como espectros grotescos, un fantástico minué entre cipreses de un cementerio, al claro de luna, por sendas bordeadas de tumbas?

El recuerdo suyo me persigue, me obsesiona, me tortura; ha quedado dentro de mí como una herida sin cicatrizar. ¿Por qué? Lo ignoro.

Y ustedes creerán seguramente que estos persistentes recuerdos no son más que una gran tontería.

FIN

#### Miseria humana

Jean d'Espars se animaba:

-Déjenme en paz con esa tonta felicidad, esa dicha de imbéciles que satisface una simpleza cada vez más vulgar, un vaso de viejo vino o el roce de una hembra. Yo les digo, yo, que la miseria humana me destroza, que la veo por todas partes, con ojos agudos, que la encuentro donde ustedes no perciben nada, ustedes, que van por la calle con el pensamiento en la fiesta de esta tarde o en la fiesta de mañana.

Miren, el otro día, avenida de la Ópera, en el medio de un público bullicioso y jovial que el sol de mayo embriagaba, vi pasar de repente a un ser, un ser innombrable, una vieja curvada en dos, vestida de andrajos que fueron vestidos, cubierta con un sombrero de paja negro, completamente despojada de sus viejos ornamentos, cintas y flores desaparecidas desde tiempos indefinidos. Y ella iba arrastrando sus pies tan penosamente, que yo sentía en el corazón, tanto como ella misma, más que ella misma, el dolor de todos sus pasos. Dos bastones la sostenían. ¡Ella pasaba sin ver a nadie, indiferente a todo, al ruido, a la gente, a los coches, al sol! ¿A dónde iba? ¿Hacia qué cuchitril? Llevaba algo envuelto en un papel, que colgaba del extremo de una cuerda. ¿Qué? ¿Pan? Sí, sin duda. Nadie, ningún vecino hubiera querido hacer por ella este recorrido que ella había emprendido, ella, este viaje horrible, de su buhardilla al panadero. Dos horas de camino, al menos, para ir y venir. ¡Y qué camino doloroso! ¡Un calvario más terrible que el de Cristo!

Levanté los ojos hacia los techos de las casas inmensas. ¡Ella iba allá arriba! ¿Cuándo llegaría allí? ¿Cuántos descansos jadeantes sobre los peldaños, a lo largo de la pequeña escalera negra y tortuosa?

¡Todo el mundo se volvía para mirarla! Murmuraban: "Pobre mujer", ¡después seguían! Su falda, su harapo de falda, la arrastraba sobre la acera, apenas unida a su vestigio de cuerpo. ¡Y había un pensamiento allá dentro! ¿Un pensamiento? No, ¡pero sí un sufrimiento espantoso, incesante, agobiante! ¡Oh! La miseria de los viejos sin pan, de los viejos sin esperanza, sin niños, sin dinero, sin ninguna otra cosa que la muerte delante de ellos, ¿piensan ustedes en eso? ¿Piensan en los ancianos ansiosos de las buhardillas? ¡piensan en las lágrimas de esos ojos apagados, que fueron brillantes, emotivos y joviales, en otro tiempo?

Se había callado algunos segundos; después continuó:

-Toda mi "alegría de vivir", para servirme de la palabra de uno de los más poderosos y más profundos novelistas de nuestro país, Emile Zola, que ha visto, comprendido y contado como nada la miseria de los ínfimos, toda mi alegría de vivir ha desaparecido, se ha desvanecido de repente, hace tres años en otoño, un día de caza, en Normandía.

Llovía, iba solo, por la llanura, por los grandes labrados de barro fértil que se deshacían y resbalaban bajo mi pie. De vez en cuando una perdiz sorprendida, acurrucada contra un montículo de tierra, levantaba vuelo pesadamente bajo el diluvio. Mi disparo, apagado por la cortina de agua que caía del cielo, restallaba apenas como un latigazo, y la bestia gris se desplomaba con sangre sobre sus plumas.

Yo me sentía triste hasta el punto de llorar, de llorar como las nubes que lloraban sobre el mundo y sobre mí, empapado de tristeza hasta el corazón, abrumado de cansancio hasta ya ni levantar mis piernas embadurnadas de arcilla.; e iba a volver cuando observé en el medio de los campos el cabriolet del médico que seguía un atajo.

El coche negro y bajo, cubierto de su capota redonda y tirado por un caballo pardo, pasaba como un presagio de muerte errante en la campiña en ese día siniestro. De repente, se paró; la cabeza del médico se asomó y gritó:

-¡Eh! ¿Señor d'Espars?

Fui hacia él. Me dijo:

-¿Le tiene usted miedo a las enfermedades?

-No.

-¿Quiere usted ayudarme a asistir a una diftérica? Estoy solo, y sería necesario sujetarla mientras le arranco las infectas membranas de su garganta.

-Voy con usted -le dije. Y subí a su coche.

Él me contó esto:

La angina, la horrible angina que ahoga a los hombres desdichados, había penetrado en la granja de los Martinet, ¡unas pobres gentes!

El padre y el hijo habían muerto a comienzos de semana. La madre y la hija se morían ahora también.

Una vecina que las cuidaba, sintiéndose también indispuesta de repente, había huido la misma víspera, dejando la puerta abierta y las dos enfermas abandonadas sobres sus camastros de paja, sin nada que beber, solas, solas, jadeando, extenuadas, agonizantes, ¡solas desde hace veinticuatro horas!

El médico acababa de limpiar la garganta de la madre, y la había hecho beber; pero la niña, enloquecida por el dolor y por la angustia de los sofocos, había hundido y escondido su cabeza en su colchón sin consentir dejarse tocar.

El médico, acostumbrado a estas miserias, repetía con voz triste y resignada:

-No puedo, a pesar de todo, pasar mis jornadas en casa de mis enfermos. ¡Cristo! Esas oprimen el corazón. Cuando pienso que han quedado veinticuatro horas sin beber.

El viento soplaba la lluvia hacia sus lechos. Todas las gallinas se habían puesto al abrigo en la chimenea. Llegamos a la granja. Ató su caballo a la rama de un manzano delante de la puerta; y entramos.

Un fuerte olor a enfermedad y humedad, fiebre y moho, hospital y cueva, nos impregnó la garganta. Hacía frío, un frío de ciénaga en esta casa sin fuego, sin vida, gris y siniestra. El reloj estaba parado; la lluvia caía por la gran chimenea cuyas cenizas habían sido esparcidas por las gallinas y se oía en una esquina sombría un ruido de fuelle ronco y rápido. Era la niña que respiraba.

La madre, tendida en una especie de caja grande de madera, la cama de los campesinos, y escondida por viejos cobertores y viejos trapos, parecía tranquila. Giró un poco la cabeza hacia nosotros.

El médico le preguntó:

-¿Tiene usted una vela?

Ella respondió con una voz baja, fatigada:

-En el aparador.

Él cogió la luz y la llevó al fondo de la habitación, hacia la litera de la niña.

Jadeaba, las mejillas hundidas, los ojos brillantes, los cabellos enredados. ¡Horroroso!. En su cuello delgado y tirante, profundos huecos se formaban con cada respiración. Estirada sobre su espalda, agarraba con las dos manos los andrajos que la cubrían; y, tan pronto como nos vio, giró su cara para esconderse en el colchón.

La agarré por los hombros y el doctor, forzándola a mostrar la garganta, arrancó de ella una enorme piel blanquecina, que me pareció seca como el cuero.

Respiró mejor al momento, y bebió un poco de agua. La madre, apoyada en un codo, nos miraba. Balbuceó:

- -¿Ya está?
- -Sí, está.
- -¿Vamos a quedar solas?

Un miedo, un miedo horrible hacía temblar su voz, miedo de este aislamiento, de este abandono, de las tinieblas y de la muerte que ella sentía tan próxima.

Yo respondí:

-No, mi valiente señora. Yo esperaré a que el señor Pavillon les haya enviado al guardia.

Y girándome hacia el doctor:

- -Envíele a la madre Maudit. Yo la pagaré.
- -Perfecto. La envío en seguida.

Me apretó la mano, salió y yo oí su cabriolet que se iba por la carretera húmeda.

Me quedé solo con las dos moribundas.

Mi perro Paf se había acostado delante de la chimenea negra, y me hizo pensar que un poco de fuego sería beneficioso

para todos nosotros. Volví a salir, pues, para buscar madera y paja; y pronto un gran fuego iluminó hasta el fondo de la habitación la cama de la pequeña que comenzaba a jadear.

Y me senté, extendiendo mis piernas hacia el hogar.

La lluvia batía contra los cristales; el viento sacudía el techo; yo escuchaba el aliento corto, áspero, silbante de las dos mujeres, y el aliento de mi perro que suspiraba de placer, circulando delante del fuego vivo.

¡La vida! ¡La vida! ¿Qué era más que esto? ¡Estas dos miserables que habían siempre dormido sobre paja, comido pan negro, trabajado como dos animales, sufrido todas las miserias de la tierra, iban a morir! ¿Qué habían hecho? El padre estaba muerto, el hijo estaba muerto. Estos pordioseros, sin embargo, pasaban por buena gente que eran queridos y estimados, ¡gentes sencillas y honestas!

¡Yo observaba cómo se ahumaban mis botas y dormía mi perro, y en mí entró una alegría desconocida, profunda y orgullosa, al comparar mi suerte con la de estos esclavos!

La niña volvió a agonizar y de repente su respiración ronca se me hizo intolerable; me desgarraba como una sierra mordiendo mi corazón con cada jadeo.

Fui hacia ella:

-¿Quieres beber? -le dije.

Ella movió la cabeza para decir que sí, y le vertí en la boca un poco de agua que no tragó.

La madre, más calmada, se había girado para mirar a su niña; y he aquí que de repente un miedo me rozó, un miedo siniestro que me resbaló sobre la piel como el contacto de un monstruo invisible. ¿Dónde estaba yo? ¡Ya no lo sabía! ¿Soñaba? ¿Qué pesadilla me había embargado?

¿Era verdad que ocurrían cosas semejantes? ¿Qué se moría así? Y miraba en las esquinas sombrías de la choza como si hubiera esperado ver, acurrucado en un ángulo oscuro, una forma horrible, innombrable, espantosa. La que acecha la vida de los hombres y los mata, los carcome, los destruye, los ahoga; la que ama la sangre roja, los ojos encendidos por la fiebre, las arrugas y las marchiteces, los cabellos blancos y las descomposiciones.

El fuego se extinguía. Eché de nuevo leña y me calenté la espalda, dado que tenía frío en los riñones.

¡Al menos yo esperaba morir en una buena habitación, yo, con médicos alrededor de mi cama, y medicamentos sobre las mesas!

¡Y estas mujeres habían quedado solas veinticuatro horas en esta cabaña sin fuego, con sólo agua para beber, y agonizando sobre la paja...!

De repente escuché el trote de un caballo y el circular de un coche; la guardia entró, tranquila, contenta de haber encontrado trabajo, sin asombrarse delante de aquella miseria.

Le dejé algún dinero y me largué con mi perro; me escapé como un malhechor, corriendo bajo la lluvia, creyendo oír siempre los silbidos de las dos gargantas, corriendo hacia mi casa caliente donde me esperaban mis criadas preparándome una buena cena.

#### Miss Harriet

Éramos siete en el coche: cuatro mujeres y tres hombres; uno iba en el pescante, junto al cochero; los caballos ganaban al paso la empinada pendiente sobre la cual serpenteaba el camino.

Habiendo salido de Etretat muy temprano para ir a ver las minas de Tancarville, nos desperezábamos aún, estremecidos, respirando el aire fresco de la mañana. Sobre todo las mujeres, poco acostumbradas a los madrugones de los cazadores, cerraban a cada punto sus párpados, cabeceando y bostezando, insensibles a la emoción del amanecer.

Era otoño. A uno y otro lado del camino se extendían los rastrojos, mostrando los tallos del trigo y de la avena segados, como una barba mal afeitada. La bruma, baja, parecía humo desprendido de la tierra. Las alondras piaban revoloteando y otros pajarillos cantaban ocultos entre los matorrales.

Al fin el sol apareció en el horizonte, rojo al principio, y a medida que ascendía, más claro de minuto en minuto; la campiña parecía despertarse y sonreía, sacudiéndose y quitándose la camisa de vapores blancos.

El conde de Etraille, sentado en el pescante, gritó:

-¡Ahí va una liebre!

Y extendió el brazo hacia la izquierda, señalando a un campo de trébol. El animal se deslizaba, casi oculto por el verde, mostrando sólo sus grandes orejas; luego atravesó una tierra labrada, se detuvo, emprendió nuevamente su rápida marcha, cambió de rumbo, se paró otra vez, inquieto; observaba los peligros, indeciso acerca del camino que debía tomar; al fin se lanzó a correr, desesperado, y desapareció en un ancho campo do remolachas. Todos los hombres se animaron viendo la carrera loca del animalito.

René Lemanoir exclamó:

-No pecamos de galante por la mañana.

Y contemplando a su vecina la baronesita de Serennes, que luchaba contra el sueño, le dijo a media voz:

-No se preocupe de su marido, baronesa. Tranquilícese; no vuelve hasta el sábado. Aún le quedan a usted cuatro días.

Ella respondió, esforzándose para sonreír:

-¡Qué tonto es usted!

Y sacudiendo la modorra prosiguió:

-Cuente usted algo para entretenernos. O usted, Chenal, a quien se atribuyen más conquistas venturosas que al duque de Richelieu, cuéntenos una historia de amor, algo que le haya sucedido, lo que guste.

Leon Chenal, un pintor viejo, que había sido buen mozo, guapetón, fuerte, orgulloso de su figura y muy favorecido por las mujeres, acariciándose la barba luenga y canosa, y sonriendo, reflexionó algunos instantes; de pronto dijo seriamente:

-No es una historia divertida; voy a referir el más lamentable amor de mi juventud. Y no deseo a mis amigos que inspiren jamás otro semejante.

Tenía yo entonces veinticinco años y andaba pintando por las costas normandas; vagabundo, con los trabajos al hombro, de mesón en mesón. Esa vida errante a través de la Naturaleza es lo más delicioso que puede gozarse. Libre, sin trabas de ninguna especie, sin cuidados y sin preocupaciones, sin pensar siquiera en el mañana. Se toma el camino que parece más agradable, sin más guía que la imaginación, sin más consejero que el encanto de los ojos. Nos detiene un arroyo que seduce con su frescura, o el olor de papas fritas en la puerta de una posada. Tal vez un perfume de clemátida o la mirada inocente do una moza, deciden nuestro rumbo. No desprecien tan rústicas ternezas. Las mujeres del campo también tienen corazón, alma y sentidos, mejillas rosadas y frescos labios, cuyos besos resultan sabrosos como fruta silvestre. Venga de donde venga, el amor siempre nos encanta. Un corazón que palpita cuando nos presentamos, unos ojos que lloran cuando nos despedimos, son cosas tan agradables, tan dulces, tan preciosas, que nunca deben despreciarse.

Conocí las citas en sotillos cuajados de violetas, detrás del establo donde duermen las vacas y sobre los pajares que aún conservaban el calor del sol. Guardo recuerdos muy dulces de telas bastas que cubrían carnes duras, de inocentes y brutales caricias, más delicadas y sinceras que los placeres estudiados, ofrecidos por mujeres encantadoras y distinguidas.

Pero lo que más agrada en esas divagaciones al azar es el campo. El amanecer, el bosque, los crepúsculos y las noches de luna, son para los pintores como un viaje de novios con la Naturaleza, sólo con ella, en largas y silenciosas entrevistas. Así, tumbado entre margaritas y amapolas mientras el sol baña la tierra, se descubre un caserío y en el saliente campanario resuena el toque de oración.

Se descansa junto a un manantial que brota al pie de una encina, entre hierbas delgadas, altas, relucientes, fecundas. Arrodillado, inclinándose, se bebe agua fresca y cristalina que moja el bigote y la nariz, se bebe con ansia, como besando a la fuente labio a labio. A veces, cuando se descubre un hoyo en esos arroyuelos, el cuerpo desnudo se baña, sintiendo sobre la piel, desde la cabeza hasta los pies, como una caricia helada y deliciosa, el estremecimiento de la corriente viva y ligera.

Se alegra el alma en las cumbres y languidece con melancolía junto a los estanques; se exalta cuando se sumerge el sol en un océano de nubes rojizas, lanzando sobre las aguas reflejos de sangre. Y de noche, bajo la luna, se sueñan mil cosas que no asaltarían la imaginación en pleno día.

Así, vagando por esta misma tierra, llegué una vez a Benoiville, un pueblecillo situado entre Yport y Etretat. Había salido de Fécamp siguiendo la costa, la costa rocosa y lisa como una muralla, con salientes sobre el mar. Anduve toda la mañana sobre el césped fino y suave como una alfombra, que junto al abismo crece oreado por los aires marinos. Y cantando alegremente, ya contemplaba el majestuoso y lento vuelo de una gaviota, cuyas alas blancas destacaban en el cielo azul, ya la vela oscura de una barca de pesca, dibujándose sobre la superficie verde del mar; pasé un día feliz, despreocupado y libre.

Me dieron razón de una casa de labranza donde admitían huéspedes, especie de posada regida por una campesina, en medio de un corralón normando rodeado por una doble fila de hayas.

Abandonando la costa me acerqué al caserío, casi oculto entre los árboles, y me presenté en casa de la señora Lecacheur.

Era una vieja campesina, arrugada, ceñuda, que parecía recibir a los huéspedes contra su gusto, con una especie de desconfianza

Corría el mes de mayo; los manzanos floridos cubrían el corral con sus perfumadas copas, derramando sus pétalos rosados en continua lluvia, cayendo sobre la hierba.

Pregunté al llegar:

-Dígame, señora Lecacheur, ¿tiene usted habitación para mí?

Asombrada al oírme llamarla por su nombre, como si la conociese, me respondió:

-Según sea; lo tengo todo alquilado. Pero, sin embargo, podremos verlo.

En cinco minutes nos convinimos y dejé mi saco en el suelo terroso de una habitación rústica, amueblada con una cama, dos sillas, una mesa y un lavabo. Comunicaba con la cocina, grande, ahumada, donde los huéspedes, cuando los había, comían con los jornaleros de la casa y con la patrona, que era viuda.

Me lavé las manos y salí. La vieja estaba asando un pollo en el hogar donde colgaba la cadena cubierta de hollín.

- -¿Tienen forasteros ahora? -pregunté. Y me respondió con displicencia:
- -Tengo una señora, una inglesa de "cierta edad"; ocupa el otro cuarto.

Conseguí, pagando veinticinco céntimos de aumento, que me dejaran comer solo en el patio, los días buenos.

Me sirvieron el cubierto junto a la puerta y empecé a destrozar con los dientes la carne flaca del pollo normando, bebiendo sidra clara, comiendo pan duro, pero excelente.

De pronto el portillo de madera que daba al camino se abrió y una extraña figura se dirigió hacia la casa. Era muy delgada, muy alta, envolviéndose de tal modo en un chal escocés a cuadros rojos, que se la hubiera creído privada de brazos, al no asomar una larga mano a la altura del muslo, sosteniendo una sombrilla blanca. Su rostro de momia, rodeado por bucles de cabello gris que oscilaban a cada paso, se me apareció como un arenque de cuba que se hubiese adornado con rizos. Pasó delante de mí de prisa y bajando los ojos; luego desapareció en el interior de la casa.

Aquella singular figura me hizo gracia; era seguramente mi vecina, la inglesa de "cierta edad" de quien me hablaba la patrona.

No volví a verla en todo el día. Al siguiente, habiéndome acomodado para pintar en el fondo del hermoso valle que todos ustedes conocen y que se prolonga hasta Etrotat, descubrí, levantando los ojos, algo singular, erguido sobre una cresta del collado; parecía un mástil empavesado. Era ella. Viéndome, desapareció.

Volví a la casa a medio día y me senté a almorzar en la mesa de la cocina para entablar amistades con aquella figura original. Pero no contestó a mis cumplidos, insensible a mis atenciones. Le llené la copa de agua, ofreciéndole los platos para que se sirviera. Con una suave inclinación de cabeza, casi imperceptible, y una palabra inglesa pronunciada tan bajo que no la entendí, quedé contestado.

No volví a ocuparme de ella, pero seguía pensando en ella.

A los tres días la señora Lecacheur me había contado cuanto sabía de la inglesa.

Se llamaba miss Harriet. Buscando un oculto caserío para pasar el verano, se había detenido en Bonouville mes y medio antes que yo, y no parecía dispuesta a marcharse. No hablaba nunca en la mesa, comía de prisa y leyendo algún libro de propaganda protestante; regalaba muchos libritos de esos a todo el mundo. Hasta el señor cura había recibido cuatro por conducto de un muchacho, al cual daba la inglesa diez céntimos por cada recado. Algunas veces decía a la patrona de pronto, sin que nada preparase esta declaración: "Amo a Dios sobre todas las cosas;. lo admiro en todas sus obras, lo adoro en toda la Naturaleza y lo llevo siempre en mi corazón." Y dicho esto entregaba a la campesina, sorprendida, un librito de los destinados a convertir al universo.

En el pueblo no la estimaban. Habiéndola clasificado el maestro de atea, pesaba sobre la inglesa un desprecio general. El cura, consultado por la señora Lecacheur, respondía:

-Es una hereje, pero Dios no quiere la muerte del pecador; y yo la juzgo persona de una moralidad perfecta.

Estas palabras "atea", "hereje", cuyo significado preciso no se conocía en el pueblo, llenaban de dudas las almas sencillas do los campesinos. Además aseguraban que la inglesa era rica y que había pasado toda su vida recorriendo el mundo, porque su familia la echó de su casa. ¿Por qué su familia la echó de su casa? Por su impiedad, naturalmente.

Era, en verdad, una exaltada por los principios, una puritana obstinada, como sólo en Inglaterra se producen; una de esas bondadosas e insoportables solteronas que frecuentan las fondas y posadas de toda Europa, deslucen Italia, envenenan Suiza, hacen imposibles las más hermosas ciudades del Mediterráneo, llevan a todas partes sus estrambóticas manías: sus costumbres de vestales petrificadas, sus tocados indescriptibles y un cierto olor a caucho, como si de noche las encerraran en un estuche.

Cuando tropezaba en un hotel con una de esas mujeres, yo huía como los pájaros que ven un espantajo en un sembrado.

Aquella, sin embargo, me parecía tan singular que no me disgustaba.

La Señora Lecacheur, hostil por instinto a todo lo que no era campesino, sentía en su alma limitada una especie de odio hacia las maneras estáticas de la solterona. Y había encontrado una expresión para calificarla, una expresión despreciativa seguramente, que asomó no sé cómo a sus labios, provocada por no sé qué misterioso esfuerzo de su inteligencia. La llamaba la endemoniada. Y esta expresión, refiriéndose a la mujer austera y sentimental, me parecía irresistiblemente irónica. Yo tampoco la llamaba más que la "endemoniada", sintiendo cierta delicia cuando al verla pronunciaba en alta voz el apodo.

Pregunté a la señora Lecacheur:

- -¿Qué hace hoy nuestra endemoniada?
- -Y la campesina me respondió indignadísima:
- -¿Creerá usted que ha recogido un sapo, al cual había pisado una pata, que lo ha llevado a su habitación y que lo ha dejado en su jofaina, poniéndole una venda como a una persona herida? ¡Qué profanación!

Otra vez, paseando por la costa, había comprado un hermoso pez que acababan de pescar, sin más objeto que devolverlo nuevamente al agua, y el marinero, aún cuando cobró espléndidamente, la llenó de improperios y de insultos, más exasperado que si la pobre mujer le hubiese robado el dinero del bolsillo. Al cabo de un mes, aún no podía recordar aquello sin enfurecerse y sin disparatar, vomitando ultrajes. ¡Oh! Sí; era seguramente una endemoniada miss Harriet; la señora Lecacheur había estado verdaderamente inspirada cuando la bautizó así.

El mozo de cuadra, al que llamaban Zapador porque había servido en el ejército de África, abrigaba otras opiniones. Decía con intención maliciosa:

-Es una vieja que ha hecho de las suyas.

¡Si la pobre solterona lo hubiera sabido!

La criada Celestina le servía siempre a disgusto, sin que yo acertase a comprender por qué. Acaso únicamente porque miss Harriet era extranjera, de otra raza, de otra lengua, de otra religión. ¡Era positivamente una endemoniada!

Todo el día vagaba por el campo, tratando de adorar a Dios en la Naturaleza. Yo la encontré una tarde arrodillada sobre un zarzal. Distinguiendo algo rojo entre las hojas, aparté unas ramas, y miss Harriet se levantó avergonzada de que la hubiera descubierto, fijando en mí sus ojos asustados, como los de un búho sorprendido en pleno día.

Algunas veces, cuando yo trabajaba en las rocas, la veía de pronto en la costa, semejante a una señal del semáforo, contemplando el ancho mar dorado por la luz, y el inmenso cielo encendido como una hoguera. A veces la descubría en lo más hondo de una cañada, caminando muy de prisa, con su paso elástico de inglesa, y me acercaba entonces a ella, movido no sé por qué curiosidad, sólo para ver su rostro iluminado, su rostro seco, indescriptible, bañado en un placer interior y profundo.

Con frecuencia la encontraba junto a una casa de labranza, sentada sobre la hierba y a la sombra de un manzano, con su librejo bíblico abierto sobre las rodillas y la mirada flotando a lo lejos.

Yo tampoco me iba de allí, sujeto a aquel terruño plácido y tranquilo por mil lazos amorosos que me unían a sus dulces paisajes. Me sentía satisfecho en aquel rincón ignorado, lejos de todo, cerca de la tierra, de la bondadosa, de la sana, de la verde tierra que todos fertilizaremos con nuestro cuerpo algún día. Y acaso también, fuerza es confesarlo, una pequeña curiosidad me retenía en casa de la señora Lecacheur. Yo deseaba conocer algo a la extraña miss Harriet y descubrir lo que pasa en las almas solitarias de las errantes solteronas inglesas.

Intimamos al fin de un modo singular. Yo acababa un estudio que me parecía muy atrevido, y lo era en efecto. Algunos años más tarde alcanzó un precio de quince mil francos. Era tan sencillo como dos y dos son cuatro, y exento de todas las reglas académicas. Toda la parte izquierda del lienzo representaba una roca, una enorme roca rugosa, cubierta de algas pardas, amarillas y rojas, sobre las cuales se deslizaba el sol como aceite. La luz, sin que apareciera el astro, oculto detrás de mí, caía sobre la piedra y la doraba con su fuego. No había más; un primer término de claridad deslumbradora: inflamado, soberbio. A la derecha el mar; no el mar azul: el mar pizarroso, verduzco, lechoso, bajo un cielo también recargado.

Yo estaba tan satisfecho de mi obra que brincaba de gusto cuando iba con ella de regreso para mi posada. Hubiera deseado que la contemplara en aquel instante el mundo entero. Recuerdo que la enseñé á una vaca, al borde del camino, diciéndole:

-Mira esto; no verás con frecuencia cosas parecidas.

Llegando a la casa, llamé a gritos a la señora Lecacheur vociferando:

-¡Eh! patrona, patrona; salga usted en seguida y quítese las telarañas de los ojos para ver esto.

La campesina salió, contemplando mi obra con ojos estúpidos que no distinguían nada, que no sabían siquiera si aquello representaba un buey o una cabaña.

Miss Harriet entraba, pasando detrás de mí en el momento en que yo presentaba el lienzo para enseñárselo a la patrona. "La endemoniada" no pudo dejar de verlo, porque yo cuidaba de colocarlo de manera que no escapase a su vista. Miss Harriet se detuvo en seco, sobrecogida, estupefacta. Era su roca, según creo, la roca donde solía subir para soñar a su gusto.

Murmuró un "¡Aah!" británico tan acentuado y tan halagador, que me volví hacia ella sonriendo y dije:

-Es mi último estudio, señorita.

Ella murmuró extasiada, cómica y tiernamente:

-¡Oh, señor! Usted interpreta la Naturaleza de un modo palpitante.

Me ruboricé, a fe mía, más conmovido por aquel elogio que si me lo hiciese una reina. Me sedujo, me conquistaba, me vencía. Le hubiera dado un beso; ¡palabra de honor!

Me senté á su lado en la mesa, como siempre.

Por vez primera me habló, como si continuara en alta voz su pensamiento.

-¡Ah! Yo adoro la Naturaleza.

Le ofrecí pan, le serví agua y vino. Aceptaba mis atenciones con una sonrisita de momia. Y comencé a hablar de paisajes.

Terminada la comida y habiéndonos levantado a un tiempo, anduvimos a través del corral; luego, atraído sin duda por el incendio formidable que el sol poniente reflejaba en el mar, abrí el portillo que daba hacia la costa y salimos juntos, como dos personas que acaban de comprenderse y de penetrarse.

Era una tarde templada y dulce; una de esas tardes bienhechoras en que la carne y el espíritu se sienten dichosos. El aire tibio y embalsamado, lleno de los olores de las hierbas y de las algas, acariciaba el olfato con sus perfumes silvestres, acariciaba el paladar con su sabor marítimo, acariciaba el alma con su dulzura penetrante. Caminábamos por el borde del abismo, sobre un mar anchuroso que removía sus pequeñas ondas a cien metros de profundidad; y absorbíamos, con la boca entreabierta y el pecho dilatado, la fresca brisa que después de atravesar el océano acariciaba nuestra piel: brisa lenta y salada, porque había recibido el beso de las olas.

Envuelta en su chal a cuadros, con la expresión de inspirada y mostrando los dientes, la inglesa contemplaba cómo el sol enorme se hundía en el mar. Ante nosotros, lejos, muy lejos, en la línea del horizonte, un barco de tres palos cubierto de velas dibujaba su contorno sobre un cielo inflamado, y otro barco de vapor, más próximo, pasaba lanzando una columna de humo que dejaba, como una nube oscura, un rastro en el cielo.

El globo rojo descendía constante y lentamente. Llegó a tocar el agua detrás del barco de vela, el cual apareció, inmóvil

como en un cuadro de fuego, sobre el astro deslumbrador, que se hundía poco a poco devorado por el mar. Aquello acabó. Sólo el barco de vela seguía ofreciendo su perfil sobre un cielo dorado.

Miss Harriet contemplaba con ojos apasionados el fin majestuoso del día, sintiendo un deseo inmoderado de abarcar el cielo, el mar, el horizonte.

#### Murmuró:

-¡Aoh! He querido..., he querido..., he querido...

Una lágrima humedeció sus párpados. Luego prosiguió:

-¡...ser un pájaro y volar hacia el firmamento!

Y seguía de pie, rígida, como la vi tantas veces en la costa envuelta en su chal purpurino. Se me pasaron ganas de hacer un apunte de aquella figura en mi álbum. Hubiera parecido la caricatura del éxtasis.

Volví la cabeza para que no me viera sonreír.

Luego seguí hablándole de pintura, como hablaría con un camarada, indicando los tonos, las energías, el vigor, con los términos del oficio. Ella escuchaba muy atenta, comprendiendo, tratando cuando no de adivinar el oscuro sentido de las palabras y penetrar en mis ideas. De vez en cuando murmuraba:

-¡Oh! Lo he comprendido, lo he comprendido. Era muy palpitante.

#### Regresamos.

Al día siguiente, en cuanto me vio, se acercó para tenderme la mano. Y nos hicimos amigos.

Era una interesante criatura que tenía una especie de resortes en el alma que la obligaban a manifestar a saltos sus emociones. Le faltaba el equilibrio como a todas las solteras de cincuenta años. Parecía confitada en una inocencia agriada; pero había conservado en el corazón algo muy joven, algo inflamable aún. Adoraba la Naturaleza y sentía por los animales un afecto exaltado, como el fermento de un vino de muchos años, como una derivación del amor sensual que no había dado a los hombres.

Es cierto que la presencia de una perra dando de mamar a sus cachorros, de una burra comiendo en el prado con su pollino entre las piernas, de un nido de pájaros con las crías piando, con el pico abierto, la cabeza enorme y el cuerpo desnudo, la hacían palpitar con emociones exageradas.

¡Pobres criaturas solitarias, errantes y tristes, de las fondas y hosterías! ¡Pobres criaturas ridículas y lamentables! ¡Me inspiran amor desde que pude conocer a aquélla!

Pronto comprendí que deseaba decirme algo pero no se atrevía, y para mí era un motivo de gozo su timidez. Cuando yo salía de mañana con mi caja al hombro, ella me acompañaba un rato, silenciosa, con ansia visible y buscando palabras para comenzar.

Luego se apartaba de mí bruscamente y se iba de prisa, con el balanceo de sus pasos. Un día por fin se atrevió.

-Deseo ver cómo pinta usted. ¿Quiere? Siento una gran curiosidad.

Y se puso colorada, como si hubiese pronunciado palabras muy atrevidas.

La conduje basta el fondo del valle donde había comenzado un gran estudio.

Se quedó de pie detrás de mí, observando todos mis gestos con atención reconcentrada.

Luego, de pronto, acaso temerosa de molestarme, dijo:

-Gracias -y se fue.

Pero en poco tiempo demostró mucha confianza y me acompañaba todos los días con un placer visible. Llevaba su sillita de tijera debajo del brazo, sin consentirme que yo se la cogiese, y se sentaba a mi lado. Allí permanecía horas y horas inmóvil y muda, siguiendo con la vista la punta de mi pincel en todos sus movimientos. Cuando yo conseguía, con un emplasto de color puesto bruscamente con la cuchilla, un efecto justo y deseado, ella lanzaba contra su voluntad un "¡Aoh" de asombro, de alegría, de admiración. Sentía respeto y ternura por mis telas, respeto casi religioso por aquella copia humana de la Naturaleza, la obra divina. Mis estudios le parecían así como cuadros de santidad, y algunos veces me hablaba de Dios, queriendo catequizarme.

¡Oh! Era un hombre bondadoso y agradable su Dios; una especie de filósofo de aldea, sin grandes medios y sin gran poder, porque lo suponía siempre desconsolado por las injusticias cometidas en su reino, como si Él no hubiese podido evitarlos.

Se mostraba excelentemente relacionada con el Creador y hasta parecía recibir confidencias de sus secretos y de sus contrariedades. Decía: "Dios quiere" o "Dios no quiere", como un sargento participando a un recluta lo que "el coronel ha ordenado".

Deploraba en el fondo de su corazón mi ignorancia de las intenciones celestes, que se esforzaba en revelarme; y yo encontraba cada día en mis bolsillos, en mi sombrero cuando lo dejaba en el suelo, en mi caja de pinturas, en mis botas embetunadas ante mi puerta al levantarme, aquellos libritos de propaganda piadosa que sin duda recibía ella directamente del Paraíso.

Yo la trataba como una antigua amiga, con una franqueza cordial; pero pronto noté que sus maneras habían cambiado; al principio no le di importancia.

Cuando yo trabajaba en el fondo de la cañada, la veía de pronto aparecer, llegando con su marcha rápida y ondulante. Se sentaba bruscamente, fatigada como si hubiese corrido o como si alguna emoción profunda la agitase.

Estaba muy colorada, con ese rojo inglés que ningún otro pueblo posee. Luego, sin motivo, palidecía, poniéndose del color de la tierra y como si fuese a desmayarse. Poco a poco recobraba su fisonomía ordinaria y comenzaba la conversación.

Pero de pronto se interrumpía en una frase que dejaba sin concluir, y se levantaba, yéndose tan de prisa y tan bruscamente que me preocupaba, imaginando si pude hacer alguna cosa que la disgustara o la hiriera.

Al cabo supuse que debía ser aquella su manera de ser, algo modificada en mi honor, al principio de nuestras amistades.

Cuando entraba en la casa, después de andar hora tras hora sobre una ladera azotada por el viento, sus largos cabellos retorcidos en espiral estaban lacios y colgaban como si se les hubiera roto el resorte.

Entraba en su cuarto para componerse y atusarse un poco, y cuando yo le decía con una galantería familiar que la escandalizaba siempre: "Hoy está usted hermosa como un astro, miss Harriet", le subía el rubor a las mejillas: el rubor de la joven, el rubor de los quince años.

Al fin acabó mostrándose muy esquiva; ya no me acompañaba ni me veía pintar. Supuse: "una crisis que pasará". Pero no pasó. Cuando yo le dirigía la palabra, me respondía con afectada indiferencia o con sorda irritación. Tenía brusquedades, impaciencias, nervios. Solamente a las horas de comer la veía y apenas hablábamos. Creyendo que sin mala intención acaso pude ofenderla, una tarde la pregunté:

-Miss Harrict, ¿por qué no está usted conmigo como antes? ¿Qué hice para disgustarla? Siento verla indiferente.

Y me respondió con acento de cólera y algo de malicia:

-Estoy con usted lo mismo que siempre. Lo que usted supone no es verdad, no es verdad.

Y corrió a encerrarse en su cuarto. A veces me miraba de un modo extraño. Luego he creído que los condenados a muerte deben mirar así cuando les anuncian que ha llegado el último día de su vida. Había en sus ojos una especie de locura; una locura misteriosa y violenta, y además una fiebre, un deseo exasperado, impaciente, impotente, de lo irrealizado y de lo irrealizable. Y me parecía también adivinar en ella un combate interior: su corazón luchando con una fuerza desconocida que no podía dominar; y acaso también otra cosa... ¡Qué sé yo! ¡Qué sé yo!

III

Fue una revelación extraña.

Llevaba yo bastantes días trabajando todas las mañanas desde el amanecer en un cuadro, cuyo asunto era el siguiente:

Un barranco profundo tapizado por malezas, y a cuya boca se asomaban los árboles de la orilla, casi anegado en ese vapor lechoso que flota en las cañadas al nacer el día. Y en el fondo de aquella bruma espesa y translúcida se veían aparecer, o más bien se adivinaban, dos enamorados: un muchachote y una mozuela, unidos, abrazados; ella con la cabeza levantada hacia él, y él inclinándose hacia ella ofreciéndole los labios.

El primer rayo de sol, atravesando entre las hojas, lanzaba un reflejo rosáceo, destacando las fugitivas sombras de los rústicos enamorados sobre una claridad argentada. Me gustaba de veras, me gustaba mucho aquel estudio.

Esto lo hacía en la pendiente que conduce al valle de Etretat. Aquella mañana encontré por suerte la flotante niebla que yo apetecía.

Algo se irguió ante mí como un fantasma; era miss Harriet. Viéndome, quiso huir; pero la detuve llamándola.

-Venga usted, señorita, venga usted a ver lo que pinto.

Se acercó a disgusto. Le presenté mi boceto. No dijo nada, pero estuvo largo tiempo inmóvil, contemplando; y, bruscamente, arrancó a llorar. Lloraba con espasmos nerviosos, como quien ha luchado mucho contra sus lágrimas, y que no pudiendo más, viéndolas derramarse, resiste aún. Me levanté de un salto, conmovido por aquella tristeza que no comprendía, y le cogí las manos con un movimiento de afecto brusco, un movimiento irreflexivo, realizado antes que meditado.

Abandonó durante algunos segundos sus manos entre las mías, y las sentí palpitar como si todos sus nervios se retorciesen. Luego las retiró bruscamente; más aún, las arrancó a la opresión de mis dedos.

Reconocí aquel estremecimiento por haberlo sentido; no lo confundiría con nada. ¡Oh! El estremecimiento amoroso de una mujer, ya tenga quince años, ya cincuenta, ya sea una campesina o una gran señora, me va tan derecho al corazón que nunca dudo para comprenderlo.

Todo su pobre ser había temblado, vibrado, desfallecido; yo lo sabía. Se apartó de mí sin que yo le dijese una palabra, dejándome sorprendido como ante un milagro, y desconsolado como si me sintiera culpable de un crimen.

No acudí a la hora del almuerzo. Fui a dar un paseo por la costa, con tantas ganas de llorar como de reír, pareciéndome semejante aventura cómica y desconsoladora, sintiéndome ridículo y juzgándola infeliz hasta la demencia.

Reflexionaba qué sería prudente hacer.

Deduje que lo mejor sería irme y acepté por buena mi resolución.

Después de vagar toda la tarde algo triste y algo soñador, volví a casa a la hora de comer.

Nos sentamos a la mesa como de costumbre. Miss Harriet comía gravemente, sin hablar a nadie y sin levantar los ojos. En su rostro y en sus maneras no se advertía cambio alguno.

Esperé a que terminase la comida, y entonces, dirigiéndome a la patrona, dije:

-Señora Lecacheur: ya muy pronto nos despediremos.

La pobre mujer, sorprendida y disgustada, exclamó:

-¡Qué dice usted, señor? ¡Irse ya! ¡Nos habíamos acostumbrado a verle!

Miré de reojo a miss Harriet; su rostro no se había inmutado. Pero Celestina, la criada, clavó sus ojos en mí. Era una moza de dieciocho años, abundante, fresca, fuerte como un caballo; y limpia, cosa rara. Tropezándola en los rincones, la había besado varias veces, por no perder la costumbre, nada más.

Fui a fumarme una pipa bajo los manzanos y paseándome de un extremo a otro del corral. Todas las reflexiones que me había hecho en el día, el extraño descubrimiento de la mañana, aquel amor grotesco y apasionado que motivaba yo, recuerdos despertados por aquella revelación, recuerdos agradables y turbadores, acaso también los ojos encendidos de la criada clavados en mí al anuncio de mi viaje: todo esto mezclado, revuelto, estremecía mi carne, provocando en mis

labios ansia de besos y encendiendo en mis venas el deseo de hacer alguna bestialidad.

Cerraba la noche; vi a Celestina que salía del gallinero. Corrí en su busca tan ligeramente y tan silencioso que no me sintió llegar, y cuando ella se levantaba después de ajustar el pequeño agujero por donde salen y entran las gallinas, la oprimí entre mis brazos, cubriendo su rostro de caricias. Ella se defendía riendo, acostumbrada a recibir achuchones.

¿Por qué la solté bruscamente? ¿Por qué me volví estremecido? ¿Cómo noté la mirada de alguien a mi espalda?

Era miss Harriet que regresaba de su paseo, que nos vio, y que permanecía inmóvil como ante un espectro. Luego se perdió entre las sombras de la noche.

Me sentí avergonzado, turbado, desesperado, al verme sorprendido así por ella. Menos me impresionara si me hubiese visto cometiendo cualquier acción criminal.

Apenas dormí, enervado, abrumado por tristes pensamientos. Me parecía oír llorar. No sería cierto. Varias veces también creí que andaban por la casa y que abrían la puerta de salida.

Al amanecer, la fatiga me rindió; dormí aletargado y desperté muy tarde. A la hora de almorzar salí a la cocina, confuso aún, sin saber cómo presentarme.

Nadie había visto a miss Harriet aquella mañana. La esperamos, pero no llegó. La señora Lecacheur entró en su cuarto; la inglesa había salido; y debió salir muy temprano, antes de amanecer.

Nadie la extrañó y empezamos a comer en silencio.

Hacía calor, mucho calor; uno de esos días abrasadores y pesados en que no se mueve una hoja en los árboles. Habían sacado la mesa fuera, bajo un manzano, y de cuando en cuando Zapador iba a la bodega para llenar el jarro de sidra; todos teníamos bastante sed. Celestina servía un guisado de carnero con papas, un conejo salteado y ensalada. Luego puso en la mesa un frutero con cerezas, las primeras del año.

Queriendo lavarlas y refrescarlas, pedí a la moza que sacara del pozo un cubo de agua fresca.

Fue para complacerme, y al cabo de cinco minutos volvió diciendo que el pozo estaba seco. Habiendo soltado toda la cuerda, el cubo había tocado al fondo, subiendo vacío. La señora Lecacheur quiso cerciorarse por sí misma de aquello que le parecía extraño, y fue hacia el pozo. Volvió asegurando que sucedía en el pozo algo que no era natural. Estaba cegado; sin duda un vecino, por vengarse de ella, arrojó al agujero algunos haces de paja.

Yo también quise verlo y me pareció distinguir una cosa blanca. ¿Qué sería? Se me ocurrió bajar un farol con una cuerda. La claridad pálida se derramaba sobre las paredes, hundiéndose poco á poco. Los cuatro estábamos inclinados sobre la boca del pozo, porque Celestina y Zapador curioseaban también. El farol se detuvo sobre una masa confusa, blanca y negra, extraña, incomprensible.

Zapador exclamó:

-Es un caballo. Habrá caído por la noche, saliéndose del prado.

Pero de pronto sentí un estremecimiento que me penetró hasta los huesos. Había reconocido la forma de un pie, de una pierna.

Y murmuré, temblando tanto que la linterna bailaba en mi mano.

-Es una mujer... no hay duda... Es miss Harriet.

Zapador no se inmutó. ¡Había visto en África tantas cosas!

La señora Lecacheur y Celestina, echando a correr, lanzaban gritos penetrantes.

Era necesario sacar de allí el cadáver. Até fuertemente al criado por la cintura y lo bajé, ayudado por la polea, muy despacio, viéndolo hundirse en el agujero. Llevaba el farol y otra cuerda. Pronto su voz, que parecía salir del centro de la tierra, gritó:

-¡Basta!

Y vi que removía un cuerpo en el agua; sacó la otra pierna, luego atando los dos pies a la cuerda que llevaba, gritó:

-¡Arriba!

Lo hice subir, pero me sentía los brazos tronchados, los músculos reblandecidos; temí que la cuerda se me escapara de las manos, dejando caer al hombre. Cuando vi aparecer su cabeza, le pregunté:

-¿Qué hay?

Como si aguardase noticias del pobre ser dormido para siempre.

Entre los dos, uno a cada lado, inclinados sobre la abertura, izamos el cadáver.

La señora Lecacheur y Celestina nos contemplaban desde lejos. Al ver asomar los zapatos y las piernas, corrieron a esconderse.

Zapador, cogiéndola por los tobillos, echó fuera el cuerpo de la pobre mujer, en la postura más vergonzosa para su castidad. La cabeza, horrible, negra y destrozada, y sus largos cabellos grises, destrenzados para siempre, colgaban, chorreando agua y lodo. Zapador exclamó despreciativamente:

-¡Recontra, qué flacucha estaba!

La llevamos a su cuarto, y como las dos mujeres no aparecieron, entre el criado y yo tuvimos que amortajarla.

Lavé su triste rostro descompuesto. Al tocarla, un ojo se abrió, mirándome con la expresión pálida y fría de los cadáveres, con esa mirada que parece venir del otro lado de la vida. Recogí como pude sus cabellos y con mis manos inhábiles coloqué sobre su frente una cofia nueva y singular. Luego le quité las ropas empapadas en agua, descubriendo un poco sus hombros y su pecho, avergonzado como si cometiese una profanación. Sus hombros y su pecho y sus brazos eran delgados como ramas de arbusto.

Salí a buscar flores, amapolas, margaritas, hojas frescas y perfumadas, con las cuales cubrí su lecho funerario.

Hallándome solo con ella, también tuve que cumplir las formalidades acostumbradas.

En uno de sus bolsillos encontré una carta, escrita en los últimos instantes, pidiendo que la enterrasen en aquel villorrio donde había pasado sus últimos días. Un terrible pensamiento me oprimió el corazón. ¿No era yo la causa de que desease permanecer allí?

Al anochecer, las comadres de la vecindad llegaron para ver a la difunta, pero no consentí que entraran en su cuarto; prefería estar solo y velé toda la noche.

A la luz de los cirios contemplaba yo a la miserable mujer desconocida, muerta lejos de su casa tan horrorosamente. ¿Dejaba en algún lugar de la tierra parientes o amigos? ¿Qué fueron su infancia y su juventud? ¿De dónde había salido tan sola, errante, como un perro abandonado por su dueño? ¿Qué secreto sufrimiento, qué íntima desesperación guardaba el cuerpo sin atractivos, el cuerpo arrastrado como una vergüenza durante toda la vida, ridícula envoltura que alejó de la infeliz todo afecto y todo amor?

¡Hay seres muy desgraciados! Yo sentía gravitar sobre aquel despojo humano la eterna injusticia de la implacable naturaleza. ¡El mundo acabó para ella, sin que acaso hubiera sentido jamás lo que sostiene a todos los desheredados: la esperanza de que los amen alguna vez! ¿Por qué se ocultaba, huyendo de las gentes? ¿Por qué adoraba con tierna pasión todas las cosas y todos los seres vivos, excepto los hombres?

Me parecía natural que la infeliz creyera en Dios y esperara en un porvenir la compensación de su miseria. Llegaba la hora en que su cuerpo daría jugo a las plantas, florecería con el sol, sería pasto de los animales, que a su vez son pasto del hombre: transformándose así de nuevo en carne humana. Pero su espíritu se apagó para siempre en el pozo estrecho. Ya no sufría.

Pasaban las horas en aquella soledad siniestra. Una pálida claridad anunció el nuevo día; luego un haz de luz rojiza penetró hasta el lecho. ¡Era la hora que más le agradaba! Los pájaros cantaron entre los árboles.

Abrí la ventana, separé las cortinas para que la claridad nos inundase, y acercándome al cadáver cogí entre mis manos la cabeza desfigurada; luego, lentamente, sin terror y sin disgusto, la besé; un beso largo en aquella boca triste, que no había recibido nunca un beso...

León Chenal acabó así. Las mujeres lloraban; en el pescante el conde de Etraille sacó repetidas veces el pañuelo. Los caballos, que no sentían la fusta, iban acortando el paso. El coche no avanzaba, como si en él gravitase todo el peso de tan espantosa tristeza.

## Mohamed el Golfo

-Tomamos café en el techo? -preguntó el capitán.

Yo respondí:

-Sí, claro.

Se levantó. La sala, iluminada solamente por el patio interior, a la moda de las casas moras, estaba ya oscura. Ante las altas ventanas ojivales caían unos bejucos desde la gran terraza donde se pasaban las veladas calurosas del estío. Sobre la mesa sólo quedaban ya frutas, enormes frutas africanas, uvas grandes como ciruelas, blandos higos de pulpa violeta, peras amarillas, plátanos alargados y gruesos, y dátiles de Tugurt en una cesta de esparto.

El morazo que nos servía abrió la puerta y yo subí por la escalera de paredes de azur que recibía de arriba la suave luz del sol poniente.

Pronto lancé un profundo suspiro de felicidad al llegar a la terraza. Dominaba Argel, el puerto, la rada y las costas lejanas.

La casa comprada por el capitán era una antigua mansión árabe, situada en el centro de la ciudad vieja, en medio de esas callejas laberínticas donde hormiguea la extraña población de las costas de África.

Por encima de nosotros, los techos planos y cuadrados descendían como escaleras gigantes hasta los tejados oblicuos de la ciudad europea. Detrás de éstos se divisaban los mástiles de los barcos anclados, y luego el mar, el ancho mar, azul y plácido bajo el cielo plácido y azul.

Nos tumbamos en unas esterillas, con la cabeza apoyada en cojines, y mientras bebía lentamente el sabroso café de allá, yo miraba aparecer las primeras estrellas en el oscuro azur. No se veían muy bien, tan lejos, tan pálidas, apenas encendidas aún.

Un calor ligero, un calor alado nos acariciaba la piel. Y a veces soplos más cálidos, pesados, que traían un vago aroma, el aroma de África, parecían el aliento próximo del desierto, llegado por encima de las cumbres del Atlas. El capitán, recostado, pronunció:

-¡Qué país, amigo mío! ¡Qué dulce es aquí la vida! ¡En este descanso hay algo especial, delicioso! ¡Estas noches parecen hechas para soñar!

Yo seguía mirando nacer las estrellas, con una curiosidad tenue aunque viva, con una felicidad adormilada. Murmuré:

-Tendría usted que contarme algo de su vida en el Sur.

El capitán Marret era uno de los más antiguos del ejército de África, un oficial improvisado, ex espahí, ascendido a sablazos.

Gracias a él, a sus relaciones, a sus amistades, yo había podido realizar un espléndido viaje al desierto; y esa noche fui a darle las gracias antes de regresar a Francia. Dijo:

-¿Qué tipo de historia desea? Me han ocurrido tantas aventuras durante mis doce años de arena, que no recuerdo ninguna.

Yo proseguí:

-Hábleme de las mujeres árabes.

No respondió. Seguía tumbado, con los brazos doblados y las manos bajo la cabeza, y yo sentía a veces el olor de su cigarro, cuyo humo subía recto hacia el cielo en aquella noche sin brisa.

De repente se echó a reír.

-¡Ah!, sí, voy a contarle un suceso curioso que data de mis primeros tiempos en Argelia.

"Teníamos entonces en el ejército de África tipos extraordinarios, de los que ya no se ven y que ya no hay, tipos que lo habrían divertido a usted tanto como para hacerle pasar toda su vida en este país.

"Yo era un simple espahí<sup>1</sup>, un joven espahí de veinte años, muy rubio, y arrogante, ágil y vigoroso, amigo mío, un auténtico soldado de Argelia. Me habían destinado al mando militar de Boghar. Ya conoce usted Boghar, al que llaman el balcón del Sur; ha visto usted desde lo alto del fuerte el comienzo de esa tierra de fuego, carcomida, desnuda, atormentada, pedregosa y roja. Es la propia antesala del desierto, la frontera ardiente y soberbia de la inmensa región de las soledades amarillas.

"Así, pues, estábamos en Boghar unos cincuenta espahíes, una compañía de alegres, más un escuadrón de cazadores de África, cuando se supo que la tribu de los uled-berghi había asesinado a un viajero inglés, llegado no se sabe cómo a esta tierra, pues los ingleses tienen el diablo en el cuerpo.

"Había que castigar el crimen cometido en la persona de un europeo; pero el comandante en jefe dudaba si enviar una columna, pareciéndole realmente que un inglés no valía tanto movimiento.

"Ahora bien, mientras charlaba sobre el asunto con el capitán y el teniente, un sargento de espahís, que esperaba el parte, propuso, de repente, ir a castigar a la tribu si le daban seis hombres.

"Ya sabe usted que en el Sur hay más libertades que en las guarniciones de las ciudades, y entre el oficial y los soldados existe una especie de camaradería que no se encuentra en otras partes.

"El capitán se echó a reír:

"-¿Tú solo, valiente?

"-Sí, mi capitán, y si usted lo desea le traeré prisionera a toda la tribu.

"El comandante, no muy realista, le tomó la palabra:

"-Partirás mañana por la mañana con seis hombres elegidos por ti, jy ay de ti como no cumplas tu promesa!

"El suboficial sonrió para su coleto:

"-No tema nada, mi comandante. Mis prisioneros estarán aquí al mediodía del miércoles, como muy tarde.

"El sargento, Mohamed el Golfo <sup>2</sup>, como lo llamaban, era un hombre realmente sorprendente, un turco, un auténtico turco, entrado al servicio de Francia tras una vida muy baqueteada, y no muy clara, sin duda. Había viajado por muchos lugares, por Grecia, por Asia Menor, por Egipto, por Palestina, y debió de cometer bastantes fechorías a su paso. Era un auténtico bachi-buzuk, atrevido, juerguista, feroz y alegre, con una tranquila alegría de oriental. Era gordo, muy gordo, pero ágil como un mono, y montaba maravillosamente a caballo. Sus bigotes, inverosímilmente espesos y largos, despertaban siempre en mí una confusa idea de media luna y de cimitarra. Odiaba a los árabes con un odio exagerado, y los trataba con una crueldad solapada y espantosa, inventando sin cesar nuevas astucias, perfidias calculadas y terribles. Tenía, además, una fuerza increíble y una inverosímil audacia.

"El comandante le dijo:

"-Elige tus hombres, muchacho.

"Mohamed me escogió. Tenía confianza en mí, aquel valiente, y yo le agradecí en cuerpo y alma aquella elección, que me complació tanto como la cruz de honor, más adelante.

"Conque partimos a la mañana siguiente, con la aurora, los siete, sólo nosotros siete. Mis camaradas eran de esos bandidos, de esos forajidos que, tras haber merodeado y vagabundeado por todos los países posibles, acaban enrolándose en cualquier legión extranjera. Nuestro ejército de África estaba entonces lleno de esos granujas, excelentes soldados, pero no muy escrupulosos.

"Mohamed nos había dado a cada uno de nosotros una docena de trozos de cuerda, como de un metro. Yo iba cargado, además, al ser el más joven y el más ligero, con una gran cuerda entera, de cien metros. Cuando le preguntamos qué pretendía hacer con tanta soga, respondió con su aire socarrón y plácido:

"-Es para pescar árabes.

"Y guiñaba un ojo con malicia, movimiento que había aprendido de un parisiense, antiguo cazador de África. Marchaba a la cabeza de nuestra tropa, tocado con un turbante rojo que llevaba siempre en campaña, y sonreía con aspecto satisfecho bajo sus enormes bigotes.

"Era verdaderamente hermoso, aquel gran turco, con su poderoso vientre, sus espaldas de coloso y su aire tranquilo. Montaba un caballo blanco, de talla mediana, pero robusto; y el jinete parecía diez veces mayor que su montura.

"Nos habíamos metido por un vallecito pedregoso, desnudo, todo amarillo, que baja hacia el valle del Chelif, y charlábamos de nuestra expedición. Mis compañeros tenían todos los acentos posibles, pues entre ellos había un español, dos griegos, un americano y tres franceses. En cuanto a Mohamed el Golfo, su gutural pronunciación resultaba inverosímil.

"El sol, el terrible sol, el sol del Sur, que no se conoce en la otra orilla del Mediterráneo, nos caía sobre las espaldas, y avanzábamos al paso, como se hace siempre allá.

"Marchamos todo el día sin encontrar un árbol ni un árabe.

"Hacia la una de la tarde habíamos comido, junto a un pequeño manantial que brotaba entre piedras, el pan y el carnero seco que llevábamos en nuestras mochilas, y después, al cabo de veinte minutos de descanso, habíamos reanudado el camino.

"Hacia las seis de la tarde descubrimos por fin, tras un largo rodeo que nos había mandado dar nuestro jefe, tras un cerro, una tribu acampada. Las tiendas pardas, bajas, trazaban manchas oscuras sobre la tierra amarilla, parecían grandes setas del desierto crecidas al pie de aquel montículo rojo calcinado por el sol.

"Era nuestra gente. Algo más lejos, al borde de una llanura de esparto de un verde oscuro, pastaban atados los caballos.

"Mohamed ordenó: «¡Al galope!» y llegamos como un huracán al centro del campamento. Las mujeres, aterradas, cubiertas de harapos blancos que colgaban y flotaban a su alrededor, se metían vivamente en sus guaridas de tela, arrastrándose y encorvándose, gritando como animales acosados. Los hombres, por el contrario, salían por todas partes para defenderse.

"Fuimos derechos a la tienda más alta, la del caíd. Llevábamos el sable envainado, al igual que Mohamed, que galopaba de forma singular. Permanecía absolutamente inmóvil, sentado muy erguido sobre su caballito que se debatía bajo él como furibundo por llevar aquella masa. Y la tranquilidad del jinete de largos bigotes contrastaba extrañamente con la vivacidad del animal. El jefe indígena salió de su tienda cuando llegamos ante ella. Era un negro alto y flaco, de ojos brillantes, frente abombada, cejas arqueadas. Gritó, en árabe:

"-¿Qué quieren ustedes?

"Mohamed, parando en seco su caballo, le respondió, en su lengua:

"-¿Eres tú quien ha matado al viajero inglés?

"El caíd pronunció, con voz potente:

"-No eres quién para interrogarme.

"A nuestro alrededor había una tormenta amenazante. Los árabes acudían de todas partes, nos empujaban, nos rodeaban, vociferaban.

Parecían feroces aves de presa con sus grandes narices encorvadas, sus caras flacas de huesos salientes, sus anchas ropas agitadas por los gestos.

"Mohamed sonreía, con el turbante ladeado, con ojos excitados, y yo veía una especie de temblores de placer en sus mejillas algo caídas, carnosas y arrugadas.

"Prosiguió, con una voz tonante que dominó los clamores:

"-¡Muerte al que ha dado la muerte!

"Y apuntó su revólver hacia la cara morena del caíd. Vi un poco de humo que salía del cañón; después una espuma rosa de sesos y sangre brotó de la frente del jefe. Cayó, fulminado, de espaldas, abriendo los brazos que levantaron, como si fueran alas, los flotantes faldones de su albornoz.

"Creí llegada mi última hora, sí, tan terrible era el tumulto en torno a nosotros.

"Mohamed había sacado el sable. Desenvainamos al igual que él. Gritó, apartando con un molinete a los que tenía más cerca:

"-¡Salvarán la vida quienes se sometan! ¡Los otros morirán!

"Y, agarrando al más próximo con su puño de Hércules, lo tendió sobre su silla y le ató las manos, chillando hacia nosotros:

"-Hagan lo que yo y maten a los que se resistan.

En cinco minutos capturamos unos veinte árabes a los que atamos sólidamente por las muñecas. Después perseguimos a los fugitivos, pues se había producido una desbandada a la vista de los sables desnudos. Trajimos a unos treinta hombres más.

"En toda la llanura se distinguían cosas blancas que corrían. Las mujeres arrastraban a sus hijos y lanzaban agudos clamores. Unos perros amarillos, parecidos a chacales, giraban a nuestro alrededor ladrando, y nos enseñaban sus pálidos colmillos.

"Mohamed, que parecía loco de alegría, bajó del caballo de un salto y, cogiendo la cuerda que yo había llevado:

"-Atención, muchachos -dijo- dos hombres a tierra.

"Entonces hizo algo terrible y divertido: una sarta de prisioneros, o mejor dicho una sarta de ahorcados. Había atado sólidamente los puños del primer cautivo, después hizo un nudo corredizo alrededor de su cuello con la misma cuerda que sujetaba de nuevo los brazos del siguiente, y después se enrollaba a su garganta. Nuestros cincuenta prisioneros se encontraron pronto ligados de tal manera que el menor movimiento de uno para huir lo hubiera estrangulado, así como a sus dos vecinos. El menor gesto que hacían tensaba el nudo corredizo del cuello, y les era preciso marchar a pasos regulares, sin apartarse nada uno de otro, so pena de caer al punto como una liebre cogida con lazo.

"Cuando terminó aquella extraña tarea, Mohamed se echó a reír con su risa silenciosa que le agitaba el vientre sin que el menor ruido saliese de su boca.

"-Esto es la cadena árabe -dijo.

"Nosotros mismos empezamos a desternillarnos ante la cara aterrada y lastimosa de nuestros prisioneros.

"-Y ahora -gritó nuestro jefe- sujétenme una estaca en cada extremo, muchachos.

"En efecto, fijamos una estaca en cada extremo de aquella cinta de cautivos blancos que parecían fantasmas y que permanecían inmóviles como si se hubieran convertido en piedras.

"-Cenemos -pronunció el turco.

"Encendimos un fuego y asamos un cordero que despedazamos con las manos. Después comimos dátiles hallados en las tiendas; tomamos leche obtenida de la misma manera y recogimos algunas joyas de plata olvidadas por los fugitivos.

"Estábamos acabando tranquilamente de comer cuando vi, en la colina de enfrente, una singular concentración. Eran las mujeres que habían escapado hacía un rato, sólo las mujeres. Y venían corriendo hacia nosotros. Se las señalé a Mohamed el Golfo.

"Sonrió.

"-¡Es el postre! -dijo-. ¡Ah, sí! ¡El postre!

"Llegaban galopando furiosamente y pronto nos acribillaron a pedradas que nos lanzaban sin detener su carrera; vimos que estaban armadas con cuchillos, con palos de rienda y con viejos utensilios de cocina.

"Mohamed gritó:

"-¡A caballo!

"Ya era hora. El ataque fue terrible. Venían a liberar a los prisioneros y trataban de cortar la cuerda. El turco comprendiendo el peligro, se puso furioso y aulló:

"-¡A sablazos! ¡a sablazos! ¡a sablazos!

"Y como permanecíamos inmóviles, turbados ante esta carga de un nuevo tipo, y resistiéndonos a matar mujeres, se lanzó sobre la tropa invasora.

"Cargó, completamente solo, sobre aquel batallón de hembras vestidas de harapos, y empezó a dar sablazos, el bribón, a dar sablazos como un condenado, con tal rabia, tal arrebato, que cada vez que bajaba su brazo se veía caer un cuerpo blanco.

"Estuvo tan terrible que las mujeres, espantadas, huyeron tan rápidamente como habían llegado, dejando en el lugar una docena de muertas y heridas cuya sangre roja manchaba las ropas claras.

"Y Mohamed, con rostro trastornado, regresó junto a nosotros, repitiendo:

"Y nos batimos en retirada, conduciendo a marcha lenta a nuestros prisioneros, paralizados por el temor a estrangularse.

"Al día siguiente daban las doce cuando llegamos a Boghar con nuestra cadena de ahorcados. Sólo habían muerto seis por el camino. Pero había habido que aflojar los nudos de una punta a otra de la columna, pues cualquier sacudida estrangulaba de una sola vez a una docena de cautivos."

El capitán calló. Yo no dije nada. Pensaba en el extraño país donde se podían ver semejantes cosas; y contemplaba en el cielo negro el rebaño innumerable y brillante de las estrellas.

<sup>&</sup>quot;-Larguémonos, larguémonos, muchachos; van a volver.

#### Moiron

Como seguían hablando de Pranzini, el señor Maloureau, que había sido fiscal del Supremo con el Imperio, nos dijo:

-¡Oh! Yo intervine, en tiempos, en un asunto muy curioso, curioso por varios extremos, como van a ver ustedes.

"Yo era en ese momento fiscal en provincia, y muy bienquisto, gracias a mi padre, presidente de la Audiencia en París. Ahora bien, tuve que tomar la palabra en una causa que se hizo célebre con el nombre de caso del maestro Moiron.

"El señor Moiron, maestro en el norte de Francia, gozaba en toda la comarca de excelente reputación. Hombre inteligente, reflexivo, muy religioso, un poco taciturno, se había casado en el municipio de Boislinot, donde ejercía su profesión. Había tenido tres hijos, muertos sucesivamente del pecho.

"A partir de ese momento, pareció consagrar a la chiquillería confiada a sus cuidados toda la ternura escondida en su corazón. Compraba, de su bolsillo, juguetes para sus mejores alumnos, para los más buenos y amables; les daba de merendar, atiborrándolos de golosinas, dulces y pasteles. Todo el mundo quería y alababa a aquel hombre tan bueno, de tan gran corazón, cuando, de repente, cinco de sus alumnos murieron de una forma rara. Se pensó en una epidemia procedente del agua corrompida por la sequía; se buscaron las causas sin descubrirlas, tanto más cuanto que los síntomas parecían de lo más extraños. Los niños aparentaban una enfermedad de postración, dejaban de comer, se quejaban de dolores de barriga, iban tirando así cierto tiempo, y después expiraban en medio de abominables sufrimientos.

"Se hizo la autopsia del último muerto sin encontrar nada. Las vísceras enviadas a París fueron analizadas y no revelaron la presencia de ninguna sustancia tóxica.

"Durante un año no pasó nada, y después dos niños pequeños, los mejores alumnos de la clase, los preferidos de Moiron, expiraron en cuatro días. Se prescribió el examen de los cuerpos y se descubrió, tanto en uno como en otro, fragmentos de vidrio machacado incrustados en los órganos. Se llegó a la conclusión de que los dos críos habrían comido imprudentemente algún alimento en malas condiciones. Bastaba con que un vaso se hubiera roto encima de un cuenco de leche para producir aquel espantoso accidente, y el asunto no hubiera pasado de ahí si la criada de Moiron no hubiera caído enferma en aquel momento. El médico al que llamaron comprobó las mismas señales mórbidas que en los niños anteriormente afectados, la interrogó y obtuvo la confesión de que había robado y comido unos caramelos comprados por el maestro para sus alumnos.

"Por mandato judicial se hizo un registro en la escuela, y se descubrió un armario lleno de juguetes y de golosinas destinados a los niños. Ahora bien, casi todos aquellos comestibles contenían fragmentos de vidrio o trozos de agujas rotas

"Moiron, detenido en seguida, pareció tan indignado y estupefacto por las sospechas que pesaban sobre él que estuvieron a punto de soltarlo. Sin embargo, aparecían indicios de su culpabilidad que combatían en mi ánimo mi convicción inicial, basada en su excelente reputación, en su vida entera y en la inverosimilitud, en la carencia total de motivos que provocaran semejante crimen.

"¿Por qué aquel hombre bueno, sencillo, religioso, iba a matar a unos niños, y a los niños que más parecía querer, a quienes mimaba, a quienes atiborraba de golosinas, para quienes gastaba en juguetes y caramelos la mitad de su sueldo?

"Para admitir este acto, ¡había que suponer una locura! Pero Moiron parecía tan razonable, tan tranquilo, tan lleno de juicio y de sentido común, que la locura parecía imposible de probar en su caso.

"¡Y, sin embargo, se acumulaban las pruebas! Se demostró que caramelos, pasteles, melcochas y otros géneros recogidos en los productores donde se surtía el maestro de escuela no contenían ningún fragmento sospechoso.

"Él pretendió entonces que un enemigo ignorado había debido de abrir su armario con una llave falsa para introducir el vidrio y las agujas en las golosinas. Y supuso toda una historia de herencias que dependían de la muerte de un niño, decidida y buscada por un campesino cualquiera y lograda así, haciendo recaer las sospechas sobre el maestro. Aquel animal, decía, no se había preocupado de los otros desdichados niños que morirían también.

"Era posible. El hombre parecía tan seguro de sí y tan desolado que sin duda lo hubiéramos absuelto, a pesar de los cargos que pesaban sobre él, de no haber hecho dos descubrimientos abrumadores, uno tras otro.

"El primero, ¡una tabaquera llena de vidrio machacado! ¡Su tabaquera, en un cajón secreto del escritorio donde guardaba el dinero!

"Explicó de nuevo este hallazgo de una forma casi aceptable, como una suprema astucia del verdadero culpable

ignorado, pero un mercero de Saint-Marlouf se presentó al juez de instrucción contándole que un caballero había comprado en su tienda agujas, en varias ocasiones, las agujas más finas que había podido encontrar, rompiéndolas para ver si le gustaban.

"El mercero, puesto ante una docena de personas, reconoció a la primera a Moiron. Y la investigación reveló que el maestro, en efecto, había ido a Saint-Marlouf los días señalados por el comerciante.

"Omito las terribles declaraciones de los niños sobre la elección de las golosinas y el cuidado de que se las comieran delante de él y de eliminar los menores rastros.

"La opinión pública, exasperada, reclamaba la pena capital, y adquiría esa fuerza de creciente terror que arrolla todas las resistencias y las vacilaciones.

"Moiron fue condenado a muerte. Después se rechazó su apelación. Sólo le quedaba la petición de indulto. Supe por mi padre que el emperador no se lo concedería.

"Ahora bien, una mañana estaba yo trabajando en mi despacho cuando me anunciaron la visita del capellán de la cárcel.

"Era un anciano sacerdote que tenía un gran conocimiento de los hombres y estaba muy acostumbrado a los criminales. Parecía turbado, molesto, inquieto. Tras haber charlado unos minutos de esto y aquello, me dijo bruscamente, al levantarse:

"-Si Moiron es decapitado, señor fiscal, habrá dejado usted que ejecuten a un inocente.

"Y después, sin despedirse, salió, dejándome profundamente impresionado por sus palabras. Las había pronunciado de forma emocionante y solemne, entreabriendo, para salvar una vida, sus labios cerrados y sellados por el secreto de confesión.

"Una hora después salía yo para París, y mi padre, advertido por mí, pidió inmediatamente una audiencia al emperador.

"Me recibió al día siguiente. Su Majestad trabajaba en un saloncito cuando nos introdujeron allí. Expuse todo el asunto hasta la visita del sacerdote, y estaba a punto de contarla cuando se abrió una puerta detrás del sillón del soberano, y la emperatriz, que lo creía solo, apareció. Napoleón la consultó. En cuanto estuvo al tanto de los hechos, ella exclamó:

"-Hay que indultar a ese hombre. ¡Es preciso, ya que es inocente!

"¿Por qué esta repentina convicción de una mujer tan piadosa sembró en mi mente una terrible duda?

"Hasta entonces yo había deseado ardientemente una conmutación de la pena. Y de repente me sentí juguete, víctima de un criminal astuto que había empleado al sacerdote y la confesión como último medio de defensa.

"Expuse mis vacilaciones a Sus Majestades. El emperador seguía indeciso, incitado por su bondad natural y retenido por el temor de dejarse burlar por un miserable; pero la emperatriz, convencida de que el sacerdote había obedecido a una inspiración divina, repetía: «¡Qué importa! ¡Más vale perdonar a un culpable que matar a un inocente!» Su opinión triunfó. La pena de muerte fue conmutada por la de trabajos forzados.

"Ahora bien, unos años después me enteré de que Moiron, cuya conducta ejemplar en el presidio de Tolón se le había señalado de nuevo al emperador, estaba empleado como criado del director del centro penitenciario.

"Después no volví a oír hablar de aquel hombre durante mucho tiempo.

"Ahora bien, hace unos dos años, cuando pasaba el verano en Lila, en casa de mi primo De Larielle, me avisaron una noche, en el momento de sentarme a la mesa para cenar, que un joven sacerdote deseaba hablarme.

"Ordené que lo hicieran entrar, y me suplicó que acudiera al lado de un moribundo que deseaba verme con urgencia. Eso me había ocurrido a menudo durante mi larga carrera de magistrado y, aunque apartado por la República, aún me llamaban de vez en cuando en tales circunstancias.

"Seguí, pues, al eclesiástico, que me hizo subir a un alojamiento miserable, bajo los tejados de una alta casa obrera.

"Allí encontré, sobre un jergón, a un extraño agonizante, sentado, con la espalda contra la pared, para respirar.

"Era una especie de esqueleto gesticulante, con ojos profundos y relucientes.

"En cuanto me vio, murmuró:

"-¿No me reconoce?

- "-No.
- "-Soy Moiron.»
- "Sentí un estremecimiento, y pregunté:
- "-¿El maestro?
- "-Sí.
- "-¿Cómo se encuentra usted aquí?
- "-Sería demasiado largo. No tengo tiempo... Iba a morir... me trajeron este cura... y como sabía que usted estaba aquí, he mandado a buscarle... Es con usted con quien quiero confesarme... ya que me salvó la vida... en tiempos.
- "Apretaba con sus manos crispadas la paja de su jergón, a través de la tela. Y prosiguió con voz ronca, enérgica y baja.
- "-Eso es... Le debo a usted la verdad... a usted... pues es preciso contársela a alguien antes de dejar esta tierra.
- "'Fui yo quien mató a los niños:... a todos... Fui yo... ¡por venganza! Escuche. Yo era un hombre honrado, honradísimo... muy honrado, muy puro -adoraba a Dios, al Dios Bueno, al Dios que nos enseñan a amar, y no al Dios falso, al verdugo, al ladrón, al asesino que gobierna la tierra-. No había hecho daño a nadie, jamás había cometido un acto ruin. Yo era tan puro como pocos, señor.

"Una vez casado, tuve hijos y empecé a amarlos como jamás un padre o una madre amó a los suyos. Sólo vivía para ellos. Los adoraba. ¡Y murieron los tres! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué había hecho yo? Me rebelé, me rebelé furiosamente; y después de repente abrí los ojos como cuando uno se despierta; y comprendí que Dios es malo. ¿Por qué había matado a mis hijos? Abrí los ojos, y vi que le gusta matar. Sólo le gusta eso, caballero. ¡Sólo da la vida para destruirla! Dios, caballero, es un asesino. Todos los días necesita muertos. Y se los procura de todas las maneras, para divertirse más. Ha inventado las enfermedades, los accidentes, para divertirse tranquilamente a lo largo de los meses y los años; y además, cuando se aburre, tiene las epidemias, la peste, el cólera, las anginas, la viruela; ¿acaso sé yo todo lo que ha ideado ese monstruo? Y no le bastaba con eso, ¡todos esos males se parecen!, y se permite guerras de vez en cuando, para ver a doscientos mil soldados en el suelo, aplastados entre sangre y lodo, reventados, con los brazos y las piernas arrancados, las cabezas rotas por bolas como huevos que caen sobre una carretera.

"'Y eso no es todo. Ha hecho que los hombres se devoren entre sí. Y además, como los hombres se vuelven mejores que él, ha hecho a los animales para ver a los hombres cazarlos, degollarlos y alimentarse con ellos. Y eso no es todo. Ha hecho esos animalillos que viven un día, las moscas, que mueren a millones en una hora, las hormigas que se aplastan, y otros, muchos, tantos que no podemos imaginárnoslos. Y todo eso se mata entre sí, se da mutua caza, se devora entre sí y muere sin cesar. Y el buen Dios mira y se divierte, pues lo ve todo, a los grandes y a los pequeños, a los que están en las gotas de agua y a los de otras estrellas. Los mira y se divierte. ¡Qué canalla!

"'Y entonces yo, caballero, también maté a niños. Le gasté esa mala pasada. Con esos no pudo él. No pudo él, fui yo. Y habría matado otros muchos, pero usted me cogió. ¡Ahí tiene!

"'Yo iba a morir guillotinado. ¡Yo! ¡Cómo se habría reído ese reptil! Entonces pedí un sacerdote, y mentí. Me confesé. Mentí; y he vivido.

"'Ahora se acabó. No puedo ya escapar de él. Pero no le tengo miedo, caballero, lo desprecio demasiado.'

"Era espantoso ver al infeliz que jadeaba, hablaba entre hipos, abriendo una boca enorme para escupir a veces palabras que apenas se entendían, y tenía estertores, y arrancaba la tela de su jergón, y agitaba, bajo una manta casi negra, sus piernas flacas, como para escapar.

"¡Oh! ¡Qué horrible ser y qué horrible recuerdo!

"Le pregunté.

"¿No tiene usted nada más que decir?

- "-No, señor.
- "-Pues entonces, adiós.
- "-Adiós, caballero, un día u otro...
- "Me volví hacia el sacerdote, lívido y que pegaba a la pared su alta silueta oscura:

"-¿Se queda usted, señor cura?

"-Me quedo.

"Entonces el moribundo rió burlonamente:

"-Sí, sí, él envía sus cuervos sobre los cadáveres.

"Yo ya tenía bastante; abrí la puerta y escapé."

# **Mongilet**

En la oficina, Mongilet pasaba por ser un tipo especial. Era un empleado antiguo, buena persona, que no había salido de París nada más que una vez en su vida. Estábamos entonces en los últimos días del mes de julio, y cada uno de nosotros, los domingos, iba a solazarse en la hierba o a mojarse en el agua, en la campiña de los alrededores. Asnières, Argenteuil, Chatou, Bougival, Maisons, Poissy, tenían todos sus habituales y sus fanáticos. Se discutían con pasión los méritos y ventajas de todos aquellos lugares célebres y deliciosos para los empleados de París. Mongilet declaraba: «¡Atajo de borregos de Panurge! ¡Sí que es bonito el campo de ustedes!». Y nosotros le preguntábamos: «Y usted, Mongilet, ¿usted no sale a pasear jamás?

-Perdón. Yo, yo me paseo en ómnibus. Cuando termino de desayunar a gusto, sin apresurarme, en la cafetería que hay por debajo de casa, preparo mi itinerario con un plano de París y la guía de líneas y combinaciones. Luego, me encaramo a mi imperial, abro mi sombrilla, y ¡adelante, cochero! ¡Oh! veo cosas, ¡y muchas más que ustedes! Cambio de barrio. Es como si hiciera un viaje a través del mundo, hasta tal punto es diferente la gente de una calle a otra. Y conozco París mejor que nadie. No hay nada más divertido que los entresuelos. Lo que se ve en ellos, sólo en una ojeada, es inimaginable. Se adivinan las escenas de pareja sólo con ver la cara de un hombre que grita; uno se divierte al pasar por delante de un barbero que abandona la nariz de un señor completamente embadurnado de jabón para ir a mirar a la calle. Se le echan miraditas a las modistas, de ojo a ojo, sólo de broma, pues no da tiempo a bajarse. ¡Ah! ¡cuántas cosas pueden verse! Es teatro, y del bueno, del verdadero, el teatro de la naturaleza, visto al trote de dos caballos. ¡Caramba!, no cambiaría mis paseos en ómnibus por sus insulsos paseos por los bosques.

Le decíamos: «Pruébelos, Mongilet, venga alguna vez al campo, sólo para probar». Contestaba: «Ya estuve una vez, hace veinte años, pero no me cogerán allí de nuevo».

- -Cuéntenos qué le pasó Mongilet.
- -Como quieran. Así ocurrió la cosa: ¿Conocieron a Boivin, el antiguo empleado que llamábamos Boileau?
- -Sí, perfectamente.
- -Era mi compañero de despacho. Aquel granuja tenía un casa en Colombres y me invitaba a ir a pasar un domingo a su casa. Me decía: «Ven pues, Maculotte (me llamaba Maculotte de broma). Ya verás qué paseo tan bonito damos». Yo me dejé convencer como un idiota, y me marché una mañana, en el tren de las ocho. Llego a una especie de pueblo, un pueblo en medio del campo donde no hay nada que ver, y termino al fin por encontrar, al extremo de un pasillo, entre dos muros, una vieja puerta de madera con un llamador de hierro. Llamo. Espero bastante rato, y luego abren. ¿Qué fue lo que me abrió? En una primera ojeada no lo supe: ¿una mujer o una mona? Era vieja, era fea, envuelta en ropas viejas, parecía sucia y era mala. Aquello tenía plumas de ave en los cabellos y aspecto de querer devorarme. Preguntó:
- "-¿Qué desea?
- "-Busco al señor Boivin.
- "-¿Y para qué quiere al señor Boivin?

"Yo me sentí incómodo ante el interrogatorio de aquella furia. Y dije: «Me está esperando». Ella prosiguió: «¡Ah! ¿es usted el que viene a almorzar?». Yo pronuncié un «Sí» tembloroso. Entonces, volviéndose hacia la casa, gritó con voz rabiosa: «¡Boivin, aquí está tu hombre!».

"Era la esposa de mi amigo. El compadre Boivin apareció enseguida en el dintel de una especie de barraca de yeso, cubierta de zinc que se parecía a una estufa. Tenía un pantalón de dril blanco lleno de manchas y un sombrero panamá grasiento. Tras haber estrechado mis manos, me condujo a lo que él llamaba su jardín; era, al extremo de un nuevo corredor formado por muros enormes, un pequeño bancal del tamaño de un pañuelo, y rodeado de casas tan altas que el sol no penetraba en él nada más que dos o tres horas al día. Pensamientos, claveles, alhelíes y algunos rosales agonizaban al fondo de aquel pozo sin aire y caldeado como un horno por la reverberación de los tejados.

"-No tengo árboles -decía Boivin- pero los muros de los vecinos me hacen el mismo papel. Tengo sombra como en un bosque.

"Luego me agarró por un botón de mi chaqueta y me dijo en voz baja: «Hazme un favor. Ya has visto a la parienta. No es cómoda, ¿sabes? Hoy, como te he invitado, me ha dado ropa limpia; pero si la ensucio, todo estará perdido; cuento contigo para regar las plantas». Acepté. Me quité la chaqueta, me remangué, y me puse a darle con toda la fuerza a una especie de bomba que silbaba, roncaba como un tuberculoso para soltar un hilillo de agua semejante al chorro de una fuente Wallace. Se necesitaron diez minutos para llenar una regadera. Estaba empapado. Boivin me guiaba: «Aquí, a

esta planta, un poco más. Suficiente. A esta otra». La regadera, agujereada, chorreaba, y mis pies recibían más agua que las flores. El bajo de mi pantalón, empapado, se impregnaba de barro. Y veinte veces seguidas, volvía a empezar, me mojaba los pies, resudaba haciendo gemir el volante de la bomba. Y cuando, extenuado, quería pararme, el amigo Boivin, suplicante, me tomaba por el brazo y decía: «Una regadera más, una sola, y acabamos». Para agradecérmelo, me ofreció una rosa, una rosa grande que tan pronto como tocó mi ojal, se deshojó por completo dejándome, como decoración, una perita verdosa, dura como una piedra. Me quedé sorprendido, pero no dije nada.

"La voz lejana de la señora Boivin se escuchó: «¿Van a venir por fin? ¡Estoy diciendo que la comida está lista!». Nos dirigimos hacia la estufa. Si el jardín se encontraba a la sombra, la casa, por el contrario, se encontraba a pleno sol, y el segundo sudadero del Hammam era menos caluroso que el comedor de mi compañero.

"Tres platos, flanqueados de tenedores de estaño mal fregados, se pegaban sobre una mesa de madera amarilla. En medio, una fuente de loza contenía vaca cocida recalentada, con papas. Y nos pusimos a comer. Una gran jarra llena de agua, ligeramente tintada de rojo, atrajo mi atención. Boivin, confundido, dijo a su mujer: «Di pues, amiga mía, para esta ocasión, ¿no vas a darnos un poco de vino puro?». Ella lo miró furiosa: «Para que se emborrachen los dos, ¿no es cierto? Y se pasen todo el día berreando en mi casa ¡No, gracias!». Él se calló. Después del guiso trajo otro plato de papas aliñadas con tocino. Cuando acabamos ese nuevo plato, comido en silencio, ella dijo: «Esto es todo. Ya pueden marcharse». Boivin la contemplaba, estupefacto. «Pero... ¿y la paloma... la paloma que estabas desplumando esta mañana?». Ella se puso en jarras y dijo: «¿Es que acaso no tienen bastante? El hecho de que invites a alguien no es razón para devorar todo cuanto hay en la casa. ¿Qué es lo que yo voy a cenar esta noche, entonces?».

"Nos levantamos. Boivin me dijo al oído: «Espérame un minuto y nos largamos». Luego entró en la cocina a la que había regresado su mujer. Y le oí decir: «Dame un franco, querida». «¿Qué quieres hacer con un franco?». «No se sabe lo que puede ocurrir. Siempre es bueno tener dinero». Entonces gritó para que yo la oyera: «¡No, no te lo daré! Puesto que ese hombre ha almorzado en tu casa, lo menos que puede hacer es pagarte los gastos del día.»

"Boivin volvió a recogerme. Y como yo quería ser educado, me incliné ante la señora de la casa balbuciendo: «Señora... gracias... amable acogida...». Ella contestó: «Está bien. Pero no me lo vaya traer borracho, porque entonces tendrá que vérselas conmigo ¿sabe?». Y nos marchamos.

"Tuvimos que atravesar una llanura desnuda como una mesa, a pleno sol. Yo quise coger una planta a lo largo del camino y lancé un grito de dolor. Me produjo un daño tremendo en la mano. Llaman a esas hierbas ortigas. Además olía a estiércol por todas partes, hedía hasta levantarte el estómago. Boivin me decía: «Un poco de paciencia, ya llegamos a la orilla del río». Efectivamente, llegamos al borde del río. Allí olía a cieno y a agua sucia, y caía tal sol sobre el agua, que yo tenía los ojos abrasados. Le rogué a Boivin que entráramos en alguna parte. Me hizo entrar en una especie de casilla llena de hombres, una taberna de marineros de agua dulce. Me decía: «No tiene buen aspecto, pero se está muy bien aquí». Yo tenía hambre. Pedí una tortilla. Pero, he aquí que, desde el segundo vaso de vino, aquel miserable de Boivin perdió la cabeza y entonces comprendí por qué su mujer no le servía nada más que vino aguado. Peroró, se levantó, quiso demostrar su fuerza, se mezcló como pacificador en la pelea de dos borrachos que se pegaban y nos habrían matado a los dos si no hubiera intervenido el patrón.

"Me lo llevé, sujetándolo como se sujeta a los borrachos, hasta el primer matorral donde lo solté. Yo me dejé caer a su lado. Aparentemente me dormí. Sin duda había dormido bastante rato, pues cuando me desperté era ya de noche. Boivin roncaba a mi lado. Lo sacudí. Se levantó, pero estaba todavía achispado, aunque un poco menos, no obstante.

"Y ahí nos ven de nuevo en marcha, en la oscuridad, a través de la llanura. Boivin pretendía encontrar su camino. Me hizo girar a la izquierda, luego a la derecha, luego a la izquierda. No se veía ni cielo ni tierra y nos encontramos perdidos en medio de una especie de bosque de estacas que nos llegaban a la altura de la nariz. Al parecer era una viña con sus rodrigones. No había ni un punto de luz en el horizonte. Habíamos dado vueltas allí dentro tal vez una hora o dos, girando, dudando, extendiendo los brazos, locos, sin encontrar el final, pues sin duda debíamos volver sobre nuestros pasos constantemente. Al final, Boivin se dejó caer sobre un bastón que le desgarró la cara, y sin emocionarse permaneció sentado en el suelo, lanzando con todas sus fuerzas gritos prolongados y sonoros, mientras que yo gritaba: «¡Socorro!» con todas mis fuerzas, encendiendo cerillas para iluminar a nuestros salvadores y para darme ánimos.

Finalmente, un campesino trasnochador nos oyó y nos devolvió al buen camino.

"Conduje a Boivin a su casa. Pero cuando iba a dejarlo a la entrada de su jardín, la puerta se abrió bruscamente y su mujer apareció, con una palmatoria en la mano. Me dio un susto horroroso. Luego, tan pronto como vio a su marido, al que debía estar esperando desde la caída de la tarde, gritó, se lanzó hacia mí: «¡Ah!, sinvergüenza, yo sabía muy bien que me lo traería borracho!». Les juro que me escapé corriendo hasta la estación, y como pensé que la furia me perseguía, me encerré en el retrete, porque no había ningún tren hasta media hora más tarde.

"Por eso no me casé nunca, y por eso no salgo nunca de París."

## ¡Mozo, un bock!

¿Por qué se me ocurrió entrar aquella noche en la cervecería? Lo ignoro. Hacía frío. Una llovizna, remolinos de polvillo de agua envolvían los faroles de gas como una neblina transparente y brillaban en las aceras, cruzadas por las luces de los escaparates que iluminaban el barro líquido del suelo y los pies sucios de los transeúntes.

No llevaba ningún rumbo. Estiraba las piernas, después de cenar. Atravesé por delante del Crédit Lyonnais, crucé la calle Vivienne y otras más. Vi de pronto una gran cervecería que estaba medio llena de gente y, sin motivo especial, entré en ella. No tenía sed.

Eché una ojeada, buscando sitio en que no estuviese excesivamente apretado, y me fui a sentar al lado de un hombre que me pareció de edad y que fumaba en una pipa de barro de las de perra gorda, negra como el carbón. Seis u ocho platillos de cristal, apilados delante de él en la mesa, indicaban el número de bocks <sup>1</sup> que llevaba consumidos. No me fijé en su persona. Comprendí, al primer golpe de vista, que se trataba de un bebedor de cerveza, de uno de esos parroquianos de cervecería que llegan por la mañana, cuando se abre el establecimiento, y se marchan por la noche, cuando se cierra. Era desaseado, tenía calvo el centro del cráneo, pero una cabellera entrecana, grasienta, le caía por detrás sobre el cuello de la levita. La ropa le venía ancha, como si se la hubiese hecho cuando tenía el vientre abultado. Se adivinaba que el pantalón se le caería al andar y que no podría dar diez pasos sin levantárselo de la cintura, porque le venía muy holgado. ¿Llevaría chaleco? Me asusté sólo con pensar en sus botines y en lo que contendrían. Llevaba los puños deshilachados y tan negros en los bordes como las uñas.

-¿Cómo estás? -me dijo con toda naturalidad aquel individuo, no bien me senté a su lado.

Me volví bruscamente y lo miré con atención a la cara. Y él siguió preguntando:

-Pero ¿no me conoces?

-¡No!

-Soy Des Barrets.

Me quedé de una pieza. Era el conde Juan des Barrets, antiguo compañero mío de colegio. Le di un apretón de manos; pero estaba tan sobrecogido que no supe qué decir. Logré, al cabo, balbucear:

-Y tú, ¿cómo sigues?

Me contestó con gran sosiego:

-Voy tirando como puedo.

No dijo más. Yo quise mostrarme afectuoso y se me ocurrió la frase:

-Y... ¿en qué te ocupas?

Me contestó con resignación:

-En lo que ves.

Sentí que se me salían los colores a la cara, e insistí:

-Pero ¿todos los días?

Y él, lanzando espesas bocanadas de humo, contestó con firmeza:

-La misma vida un día tras otro.

Golpeó en el mármol de la mesa con una moneda de cobre que había quedado por allí y gritó:

-¡Mozo, dos bocks!

Una voz lejana repitió:

-¡Dos bocks al cuatro!

Y otra, todavía más lejos, lanzó en tono sobreagudo:

-¡Como éstos!

Apareció a continuación un hombre con delantal blanco que llevaba en la mano los dos bocks, y que en su prisa iba regando el suelo enarenado con gotas amarillentas.

Des Barrets vació de un trago su vaso y volvió a colocarlo sobre la mesa, al mismo tiempo que aspiraba con los labios la espuma que había quedado en su bigote.

Luego me preguntó:

-Y ¿qué hay de nuevo?

A decir verdad, no se me ocurría novedad alguna que contarle, y no hice otra cosa que decir, por decir algo:

- -¿Novedad? Ninguna, amigo mío. Yo estoy en el comercio.
- -Y... ¿te divierte eso? -me preguntó con el mismo tono sosegado.
- -No me divierte; pero en algo hay que ocuparse, ¿no te parece?
- -¿Con qué objeto?
- -Por hacer algo... -digo yo.
- -Y ¿qué se adelanta con ello? Ya me ves tú, yo no hago nunca nada, absolutamente nada. Comprendo que quien no dispone de dinero no tiene más remedio que trabajar; pero cuando se dispone de medios de vida, me parece inútil. ¿Qué se saca con trabajar? ¿Trabajas para ti o para los demás? Si lo haces para ti, es que te divierte, y en tal caso, ¡bien va! Pero si trabajas para los demás, te digo que eres un simple.

Colocó su pipa sobre el mármol y volvió a gritar:

-¡Mozo, un bock!

Luego reanudó el hilo del discurso:

-El hablar me da sed, porque no tengo costumbre. Yo, como ves, no trabajo en nada; voy tirando adelante, voy dejando correr los años. Moriré sin echar de menos nada. No me asaltará ningún recuerdo, fuera del de esta cervecería. Ni mujer, ni hijos, ni preocupaciones, ni pesares, ¡nada! Es lo mejor.

Vació el bock que le habían traído, se relamió los labios y echó otra vez mano a su pipa. Yo lo contemplaba estupefacto. Le dije:

- -En otro tiempo no eras el de ahora.
- -Perdona, he sido siempre igual, desde el colegio.
- -Pero esto no es vida, querido amigo. Es horrible. No me digas, en algo te ocuparás; tendrás algún cariño, y, desde luego, no te faltarán amigos.
- -Nada de eso. Me levanto a las doce, vengo aquí, almuerzo, voy bebiendo bocks, dando tiempo a que anochezca, ceno, sigo bebiendo bocks y como cierran a la una y media de la madrugada, a esa hora me vuelvo a mi casa y me acuesto. Es lo que más me contraría. En los últimos diez años habré pasado seis en este banco, en mi rincón; y los otros seis en la cama, y en ningún otro sitio. Alguna vez converso con otros parroquianos.
- -Pero, al principio, de recién llegado a París, ¿qué hiciste?
- -Pues verás: cursé leyes... en el café Médicis.
- -¿Y después?
- -Después... crucé el río y me instalé aquí.
- -¿Y para qué te tomaste esa molestia?
- -¡Qué quieres! No puede uno pasarse toda la vida en el Barrio Latino. Los estudiantes son demasiado bullangueros. Pero ya no me moveré de aquí. ¡Mozo, un bock!

Creí que me estaba tomando el pelo. Insistí:

- -¡Ea!, sé franco. ¿Has tenido algún pesar muy grande? Probablemente se trata de algún grave desengaño amoroso. Se ve a las claras que eres hombre al que ha dejado malparado una desgracia. ¿Cuántos años tienes?
- -Treinta y tres, pero represento por lo menos cuarenta y cinco.

Lo examiné con detenimiento. Arrugada, desaliñada, su cara parecía la de un viejo. En la bóveda del cráneo ondulaban sobre la piel, de una limpieza discutible, algunos cabellos largos. Tenía unas cejas desmesuradas, fuerte bigote y barba cerrada. Inconscientemente, vi con la imaginación un barreño lleno de líquido negruzco, como si en aquella agua hubiese lavado toda aquella pelambre.

-Desde luego -le dije- representas más edad de la que tienes. Estoy seguro de que has tenido graves disgustos.

Él me contestó:

-Te aseguro que te equivocas. Estoy envejecido, porque nunca salgo al aire libre. Nada estropea tanto a las personas como la vida de café.

No me convencía:

-Habrás sido también un juerguista. Por algo estás tan calvo. Esa es una prueba de que has amado mucho a las mujeres.

Se pasó tranquilamente la mano por la calva, y cayeron de sus últimos cabellos, esparciéndose por la espalda, muchas partículas blancas:

-Pues no. Siempre fui casto.

Levantó la vista hacia la lámpara, cuyo calor nos daba en la cabeza:

- -El gas tiene la culpa de que esté calvo. Es el enemigo del cabello... ¡Mozo, un bock!.. ¿No sientes sed?
- -No, gracias. Tu caso me interesa mucho. ¿De cuándo arranca ese decaimiento? No es cosa normal, no es cosa natural. Algún secreto se esconde en todo eso.
- -Sí; esto me viene de cuando era niño. Recibí entonces un golpe que me volvió tétrico para toda la vida.
- -; Cómo fue eso?
- -Escucha, puesto que quieres saberlo. Te acordarás del castillo en que me crié, ya que estuviste cinco o seis veces en él durante las vacaciones. Recordarás que era un gran edificio gris, situado en medio de un parque que tenía, abiertas a los cuatro puntos del horizonte, largas avenidas de hayas. Recordarás también a mis padres, los dos muy ceremoniosos, solemnes y severos.
- "Yo sentía adoración por mi madre, temía a mi padre, y respetaba a los dos, porque estaba acostumbrado a ver cómo todo el mundo se doblegaba ante ellos. En la región se los conocía como el señor conde y la señora condesa. También los aristócratas de los alrededores, los Tannemares, los Ravalet, los Brennevilles, trataban a mis padres con el respeto que se debe a los que ocupan una posición superior. Tenía yo entonces trece años. Era de genio alegre, todo me satisfacía, y, como ocurre a esa edad, desbordaba en mí la dicha de vivir.
- "A fines de septiembre, días antes de la vuelta al colegio, jugaba yo a los lobos por los bosquecillos del parque, metiéndome por entre las ramas y el follaje. Al cruzar una de las avenidas, descubrí a papá y mamá que se paseaban. Lo recuerdo como si hubiese sido ayer. Era un día de mucho viento. Toda la hilera de árboles se doblaba por la fuerza de las ráfagas, gemía, parecía lanzar gritos, esos gritos sordos, profundos, que salen de los bosques durante las tempestades. Las hojas caídas, amarillas ya, volaban como pájaros, se levantaban en remolinos, caían otra vez, y luego corrían avenida adelante, como rápidos animalitos. La noche se venía encima. Las sombras habían envuelto el bosque. Aquel alboroto del viento y de las ramas me excitaba, haciéndome galopar como enloquecido y aullar imitando a los lobos.
- "Al ver a mis padres, fui hacia ellos con paso furtivo, ocultándome entre las ramas, para cogerlos de sorpresa, como si fuese un verdadero lobo al acecho. Pero cuando ya estaba a pocos pasos de ellos, me detuve, sobrecogido de miedo. Mi padre, en un acceso terrible de cólera, gritaba:
- "-Tu madre es una estúpida; pero aquí no se trata de tu madre, sino de ti misma. Necesito dinero, y estoy resuelto a que firmes.
- "Mamá le contestó con voz segura:
- "-No firmaré. Esa es la herencia de Juan. Para él la guardo, porque no estoy dispuesta a que también te la gastes, como

has hecho con tu patrimonio, con mujeres alegres y con criadas de la casa.

"Mi padre, entonces, trémulo de ira, se volvió, cogió a mi madre del cuello con una mano y se puso a golpearla en plena cara con la otra, con toda su fuerza. El sombrero de mamá cayó por el suelo, se le soltaron los cabellos; procuraba detener los golpes, sin conseguirlo. Mi padre, enloquecido, golpeaba y golpeaba. Ella rodó por tierra, ocultando su rostro con los brazos. Y mi padre la puso boca arriba y se los apartó para seguir pegándole en la cara.

"Amigo mío, me pareció que el mundo se venía abajo, que se habían trastrocado las leyes eternas. Estaba trastornado, como lo estamos ante las cosas sobrenaturales, en presencia de las catástrofes monstruosas y de los desastres irreparables. Mi cerebro infantil se extraviaba, enloquecía. Rompí a gritar con todas mis fuerzas, sin saber por qué, presa de un espanto, de un dolor, de un asombro terribles. Mi padre me oyó, se dio vuelta, me vio, se incorporó y vino hacia mí. Pensé que iba a matarme, y escapé, como una bestia perseguida, en línea recta y me metí en el bosque. Estuve andando una hora, dos tal vez, no sé a punto fijo. Llegó la noche, me tumbé en la hierba, y allí quedé,muerto de miedo, desatinado, devorado por un dolor capaz de hacer saltar para siempre en pedazos el pobre corazón de un niño. Sentía frío, y tal vez sentía también hambre. Amaneció. No me atrevía a levantarme, ni a caminar, ni a volver a casa, ni a seguir huyendo, temeroso de tropezar con mi padre, al que no hubiera querido ver más. "Quizá me habría muerto de pena y de hambre al pie de aquel árbol si el guarda no me hubiese encontrado, obligándome a regresar a viva fuerza. Hallé a mis padres como si no hubiera pasado nada. Únicamente mi madre me dijo:

"-¡Qué susto me has hecho pasar, ingrato! Toda la noche la he pasado sin dormir.

"No le contesté, pero me eché a llorar. Mi padre no dijo una sola palabra.

"A los ocho días de aquello, volví al colegio. Pues bien, querido amigo, para mí había acabado todo. Había visto la otra cara de las cosas, la mala; desde entonces ya no tuve ojos para ver la cara buena. ¿Qué ocurrió en mi alma? ¿Qué extraño fenómeno dio vuelta a todas mis ideas? No lo sé. Ya no le encontré gusto a nada, no tuve deseos de nada, no sentí amor por nadie, se acabaron anhelos, ambiciones y esperanzas. Tengo siempre delante de mis ojos a mi pobre madre, tirada en medio de la avenida, y a mi padre pegándole... Mi madre murió algunos años después. Mi padre vive todavía. No he vuelto a verlo... ¡Mozo, un bock!"

Le trajeron un bock y se lo echó al cuerpo de un solo trago. Pero como sus manos temblaban, rompió la pipa al ir a cogerla. Hizo un gesto de desesperación y exclamó:

-Esto sí que es un verdadero dolor. Un mes voy a tardar en poner otra a punto.

Y volvió a lanzar a través de la amplia sala, que se había llenado de humo y de bebedores, su grito eterno:

-¡Mozo, un bock... y una pipa nueva!

# Opinión pública

Como acababan de dar las once, los señores empleados, temiendo la llegada del jefe, se apresuraban dirigiéndose a sus despachos.

Cada uno echaba una mirada rápida sobre los papeles traídos en su ausencia; luego, tras haber cambiado la chaqueta o la levita por el viejo uniforme de trabajo, iba a ver al vecino.

Pronto fueron cinco en el despacho donde trabajaba el señor Bonnenfant, un alto funcionario, y la conversación de cada día comenzó como de costumbre. El señor Perdrix, encargado del orden, buscaba piezas perdidas, mientras que el aspirante a subjefe, el señor Piston, ayudante de la Academia, fumaba su cigarrillo calentándose los muslos. El viejo expedicionario, el padre Grappe, ofrecía al corrillo su actuación tradicional, y el señor Rade, burócrata periodístico, escéptico burlón y revolucionario, con voz de grillo, astuto y con gestos bruscos, se divertía escandalizando al mundo.

-¿Qué hay de nuevo esta mañana? -preguntó el señor Bonnenfant.

-Nada nuevo -contestó el señor Piston-, los periódicos siempre están llenos de detalles sobre Rusia y el asesinato del Zar.

El encargado del orden, el señor Perdrix, levantó la cabeza, y articuló en un tono convencido:

-Le deseo mucha felicidad a su sucesor, pero no cambiaría mi puesto por el suyo.

El señor Rade se rió:

-¡Él tampoco! -dijo.

El padre Grappe tomó la palabra, y preguntó en un tono lamentable:

-¿Cómo acabará todo esto?...

El señor Rade lo interrumpió:

-No acabará nunca, padre Grappe. Sólo morimos nosotros. Desde que hay reyes ha habido regicidios.

Entonces el señor Bonnenfant se interpuso:

-Explíqueme pues, señor Rade, por qué siempre se ha atacado a los buenos en vez de a los malos. Enrique IV, el Grande, ha sido asesinado; Luis XV murió en su cama. Nuestro rey Luis-Felipe ha sido toda su vida el blanco de los asesinos, y aseguran que el zar Alejandro era un hombre benevolente. ¿No fue él además quién emancipó a los siervos?

El señor Rade se encogió de hombros.

-¿No han matado últimamente al jefe de una oficina? -dijo.

El padre Grappe, que olvidaba cada día lo que había pasado la víspera, exclamó:

-¿Han matado a un jefe de oficina?

El aspirante a subjefe, el señor Piston, respondió:

-Claro que sí, recuerda el asunto del marisco.

Pero el padre Grappe lo había olvidado.

-No, no lo recuerdo.

El señor Rade le recordó los hechos.

- -¿Veamos, padre Grappe, no recuerda un empleado, un chico, que además ha sido absuelto, que quiso ir un día a comprar marisco para su comida? El jefe se lo prohibió, el empleado insistió, el jefe le ordenó callarse y no salir, el empleado se sublevó, cogió su sombrero, el jefe se abalanzó sobre él, y el empleado, defendiéndose, clavó en el pecho de su superior las tijeras reglamentarias. ¡Un verdadero final de burócrata, vamos!
- -Habría que discutirlo -articuló el señor Bonnenfant-. La autoridad tiene límites; un jefe no tiene derecho de regular mi

comida ni a reinar sobre mi apetito. Mi trabajo le pertenece, pero mi estómago no. El asunto es lamentable, es verdad, pero habría que discutirlo.

El aspirante a subjefe, el señor Piston, irritado, exclamó:

-Yo, señor, digo que un jefe debe ser dueño de su oficina, como un capitán a bordo; la autoridad es indivisible, si no, no habría servicio posible. La autoridad del jefe viene del gobierno: representa al estado en su oficina. Su derecho absoluto de mando es indiscutible.

El señor Bonnenfant se enfadaba también. El señor Rade los tranquilizó:

-Esto era lo que esperaba -dijo-. Una palabra de más, y Bonnenfant clavaría su abrecartas en el estómago de Piston. Para los reyes, es lo mismo. Los príncipes tienen una forma de entender la autoridad que no es la misma que la del pueblo. Sigue siendo la cuestión del marisco. "¡Yo quiero comer marisco!" "¡No lo comerás!" "¡Sí!" "¡No!" "¡Sí!" "¡No!" Y esto es a veces suficiente para causarle la muerte a un hombre o a un rey.

Pero el señor Perdrix retomó su idea:

-Eso da igual -dijo-, la profesión de soberano no es divertida hoy en día. Realmente, me gusta más el nuestro.¡Es como ser bombero, tampoco es divertido!

El señor Piston, tranquilo, retomó:

-Los bomberos franceses son una de las glorias del país.

El señor Rade estaba de acuerdo:

-Los bomberos sí, pero no las bombas.

El señor Piston defendió las bombas y la organización añadiendo:

-Además se está estudiando la cuestión, la atención está despierta, hombres competentes se ocupan de ello, dentro de poco tendremos medios en armonía con las necesidades.

Pero el señor Rade agitó la cabeza.

-¿Lo cree de verdad? ¡Usted cree! Pues se equivoca, señor; no cambiará nada. En Francia no se cambian los sistemas. El sistema americano consiste en tener agua, mucha agua, ríos, pues tienen la malicia de detener los incendios con el Océano bajo la mano. En Francia, al contrario, lo dejan todo en manos de la iniciativa, de la inteligencia, de la invención, no hay agua, no hay bombas, nada de nada, sólo bomberos, y el sistema francés intenta quemar a los bomberos. ¡Esos pobres diablos, héroes, que apagan los incendios a golpe de hachas.! ¡Qué superioridad tenemos sobre América, piénselo!... Luego, cuando unos cuantos han sido abrasados, el consejo municipal habla, el coronel habla, los diputados hablan; se debaten los dos sistemas: ¡el del agua y el de la iniciativa! Y un dignatario cualquiera pronuncia sobre la tumba de las victimas: "No les diremos adiós, bomberos, sino hasta luego". Así se actúa en Francia, señor.

Pero el padre Grappe, que olvidaba las conversaciones a medida que tenían lugar, preguntó:

- -Donde he leído ese verso que acaba de decir: "No les diremos adiós, bomberos, sino hasta luego"...
- -Es en Béranger -contestó gravemente el señor Rade.

El señor Bonnenfant, perdido en sus reflexiones, suspiró:

-¡El incendio del Printemps sí que fue, a pesar de todo, una gran catástrofe!

El señor Rade retomó:

- -Ahora que se puede hablar de ello fríamente, tenemos el derecho, pienso, de discutir la elocuencia del director de ese establecimiento. Hombre de corazón, dicen, no lo dudo, hábil comerciante, es evidente, pero como orador, lo niego.
- -¿Por qué? -preguntó el señor Perdrix.
- -Porque, si el horroroso desastre que lo ha golpeado no hubiese atraído hacia él la conmiseración de todo el mundo, no habría habido suficientes risas para el discurso de La Palisse con el que tranquilizaba los temores de sus empleados: "Señores" -les dijo más o menos- "¿no saben con qué comerán mañana? Yo tampoco. ¡Oh, vamos, cómo hay que apiadarse de mí! Afortunadamente tengo amigos. Uno me prestó diez céntimos para comprar un puro, otro puso a mi disposición un franco setenta y cinco para coger un coche de punto en Belle Jardinière. ¡Sí, yo, el director del

Printemps, estuve en la Belle Jardinière! Obtuve quince céntimos de otro para otra cosa, y como ya ni siquiera tenía paraguas, me compré uno por cinco francos con veinticinco céntimos, gracias a un quinto préstamo. Luego, como mi sombrero también había ardido, y como no quería pedir más préstamos, he recogido un casco de bombero... ¡Aquí lo tienen! Sigan mi ejemplo, si tienen amigos, remítanse a su bondad... ¡En cuanto a mí, ya lo ven, mis pobres muchachos, estoy endeudado hasta el cuello!" Ahora bien, uno de sus empleados hubiera podido contestarle: "¿Qué demuestra eso, jefe? Tres cosas: primero, que no tenía una moneda en el bolsillo. Me sucede lo mismo cuando olvido mi monedero, pero eso no demuestra que no tenga propiedades, hoteles, valores, seguros; segundo, eso demuestra que aún tiene crédito antes sus amigos, mejor para usted, úselo; tercero, eso demuestra finalmente que es muy infeliz.! Pues claro, ¡lo sabemos y lo lamentamos de todo corazón! Pero eso no mejora nuestra situación. Nos la quería pegar, en realidad, con su equipo en la tienda".

Esta vez todo el mundo estuvo de acuerdo en la oficina. El señor Bonnenfant añadió, con un tono burlón:

- -Me hubiese gustado ver todas las señoritas de la tienda cuando se escapaban en camisa. El señor Rade continuó:
- -No me fío de esos dormitorios de vestales que por poco han sido abrasados (como los caballos de la Compañía de los omnibuses en las cuadras, el año pasado).
- -Si hubiese que encerrar algo, a los que habría que poner bajo llave sería a los subalternos que son los últimos monos, pero las pobres jovencitas de la lencería, por favor! ¡Un director, qué demonios! No puede ser responsable de todo el capital que descansa bajo su techo. ¡Es verdad que el de los subalternos se ha quemado en la caja; al menos habría que intentar salvar el de las señoritas! Lo que admiro, por ejemplo, son los gritos para llamar a los empleados. ¡Señores, qué quinto acto! Se imaginan en medio de las galerías llenas de humo, con las brasas de las llamas, el tumulto de la huida, el pánico de todos, mientras que, de pie en el cruce central, en zapatillas y pantalón corto, se oye a pleno pulmón un Hernani moderno, un Roland de la novedad!

Entonces el señor Perdrix, el encargado del orden, pronunció de repente:

-Da igual, vivimos en un siglo muy raro, en una época muy perturbada, así como lo demuestra el asunto de la calle Duphot...

Pero el ordenanza abrió bruscamente la puerta:

-El jefe ha llegado, señores.

Entonces, en un segundo, todos huyeron, salieron pitando, desaparecieron, como si el mismo ministerio se hubiese quemado.

## Petición de un vividor a su pesar

SEÑORES PRESIDENTES DE LOS TRIBUNALES, SEÑORES MAGISTRADOS, SEÑORES MIEMBROS DE JURADOS.

Ahora que ya estoy desinteresado del asunto, vista mi edad y mis cabellos blancos, vengo a protestar contra sus juicios, contra la parcialidad indignante de sus decisiones, contra este tipo de galantería ciega que los empuja a pronunciarse siempre a favor de la mujer contra el hombre, cada vez que un asunto amoroso es llevado delante de un tribunal.

Soy viejo, señores, he amado mucho, o mejor dicho, amado a menudo. Mi pobre corazón maltrecho, se estremece todavía recordando antiguos amores. Y en las tristes noches solitarias en las que la vida pasada no se nos aparece más que como un estado de ilusión finita, donde las lejanas aventuras, marchitas como los tapices desdibujados, nos dan de repente sacudidas de tristeza, y hacen saltar lágrimas dolorosas que se derraman sobre lo irreparable, abro, temblando, una humilde caja de nogal donde yacen mis lamentables prendas de amor, donde ahora duerme mi vida consumada, donde se remueve, cuando allí sumerjo las manos, el polvo muerto de todo lo que he adorado sobre la tierra.

Y sollozo sobre el botín, el fino botín de satén, hoy amarillo, pero que fue blanco y que yo saqué de su pie, en el jardín, aquella noche, para impedirle volver al baile.

Beso los guantes, los cabellos rubios o negros, sus tres ligas de seda y el pañuelo de encaje maculado de sangre, de esa sangre que parece una pálida mancha de herrumbre y de la que un día contaré la historia.

Pero en absoluto pretendo hablarles de esto. Simplemente he querido demostrar que hubo hacia mí muchas... flaquezas - aunque soy el más tímido, el más indeciso, el más dubitativo de los hombres.

Soy tan tímido que, tal vez nunca me hubiera atrevido... a eso que usted sabe, si las mujeres no se hubieran atrevido por mí. Y he comprendido después, pensando en ello, que nueve de cada diez veces es el hombre el seducido, captado, acaparado, atrapado con lazos terribles, él, el seductor que los infama. Él es la presa, la mujer es el cazador. Un proceso muy reciente, que tuvo lugar en Inglaterra, de repente me ha hecho llegar al espíritu una chispa de verdad.

Una chica, una señorita de alterne, había sido, lo que ustedes denominan, seducida por un joven oficial de la marina. Ya no estaba en su tierna frescura, ella ya había amado. Al cabo de cierto tiempo fue abandonada. Se mató. Los magistrados ingleses no escatimaron injurias, expresiones infamantes, sangrientas, despreciativas, para mancillar al perverso raptor.

Señores, ustedes hubieran hecho como ellos. Y bien, ustedes no conocen a la mujer, no la comprenden, son ustedes odiosamente injustos.

#### Escúchenme.

Yo era entonces un oficial muy joven, en guarnición en un puerto de mar. Iba por el mundo, amaba el vals y era tímido como ya les he dicho. Pronto creí percibir que una mujer madura, todavía bastante hermosa, casada, madre de familia de irreprochable conducta, se comentaba, me observaba. Cuando bailábamos su mirada permanecía fija en la mía, tan aguda, que no podía equivocarme. No me dice nada. ¿Acaso una mujer habla, debe hablar, puede hablar? ¿Acaso una mirada como la de ella no es más provocadora, más impúdica, más clara que todas nuestras declaraciones ardientes? Yo, en un primer momento, hice como si no comprendiera. Luego, la persistencia de esta muda provocación me turbó. Le murmuré al oído cosas tiernas. Un día ella se abandonó. La había seducido, Señores. ¡Bastante me lo he reprochado...!

Me amó con una pasión terrible, incesante, celosa, feroz.

-Tú me has querido -decía ella.

¿Qué podía yo responder? ¿Reprocharle sus miradas? Sean jueces, Señores. ¡Esta mujer no había dicho nada!

En fin, supe que mi regimiento partía. Estaba salvado. Pero una tarde, hacia las once, la vi entrar de repente en mi pequeña cabina de oficial.

-Vas a partir -me dijo- y vengo a ofrecerte la mayor prueba de amor que una mujer pueda dar: me voy contigo. Por ti abandono a mi marido, mis hijos, mi familia. Me pierdo a los ojos del mundo y deshonro a los míos. Pero hago esto por ti y soy feliz.

Un sudor frío me resbaló por la espalda. Le agarré las manos. Le supliqué que no llevara a cabo ese sacrificio que yo no deseaba en absoluto aceptar. Traté de calmarla, de hacerla razonar. Todo inútil. Entonces, mirándonos a los ojos, me dijo

con una voz sibilante:

-¿No serás un cobarde? ¿No serás de esos que seducen a una mujer y después la abandonan al primer capricho?

Yo protesté. Pero le hice ver la locura de su acción, sus consecuencias para toda nuestra vida. Obstinada, respondió simplemente:

-Yo te quiero.

Al final, lleno de impaciencia, le dije claramente:

-Yo no quiero. Te prohíbo que me sigas.

Ella se levantó y partió sin pronunciar ni una palabra.

Al día siguiente supe que había intentado envenenarse. Se la dio por perdida durante ocho horas. Una de sus amigas, su confidente, vino a buscarme; me reprochó brutalmente lo infame de mi conducta. Yo fui inflexible. Durante un mes sólo escuché hablar de ella vagamente. Decían que estaba muy enferma. Después, de repente fui avisado por su amiga de que ella estaba perdida, condenada. Que sólo una promesa de amor podía salvarla. Prometí todo lo que se me pidió. Sanó. Me la llevé conmigo.

Naturalmente, había presentado mi dimisión. Y durante dos años vivimos juntos en un pueblecito de Italia, vivimos una vida horrible de adulterio y huida.

Una mañana su marido entró en mi casa. Lo hizo sin violencia e incluso sin ira. Venía a buscar a su mujer; no por él, sino por sus dos hijas.

Yo no deseaba nada con más intensidad que devolverla, créanme, Señores del jurado.

La hice venir, y la dejé a solas con el esposo abandonado. Ella rechazó seguirlo.

Por mi parte, yo le rogué, le supliqué y, extraño espectáculo, increíblemente, el marido y yo, los dos, le rogábamos, yo para que me dejase, él para que le siguiese.

Ella nos dijo estas palabras:

-¡Son dos miserables! -y salió.

El marido cogió su sombrero, me saludó, pronunció un "Lo compadezco, señor" que le vino del corazón, y se fue.

Me quedé con ella todavía seis años más. Parecía mi madre. Murió.

Y bien, Señores, de esta mujer, con anterioridad, nunca se había hablado. Jamás se había sospechado ninguna debilidad de ella, y para todo el mundo era yo quien la había echado a perder, arrastrado al arroyo, matado. Yo he deshonrado a su familia, sembrado la vergüenza a mi alrededor. Soy un miserable y un villano.

Me han condenado por unanimidad.

Esta historia había hecho mucho ruido. Yo era un seductor. Todas las mujeres me contemplaban con una emocionada curiosidad. Yo sólo tenía que tenderles la mano para llevármelas. Amé a varias que me traicionaron. Las otras me oprimieron de manera horrible. En fin, esta alternativa se me producía sin cesar. Ser un indolente y dejarme llevar, o bien un mártir arrojado a los leones.

Termino, Señores.

Observen París entre mediodía y la una. Miren esas chicas de melena suelta, esas jovencitas trabajadoras de dos en dos, errantes por las aceras, provocadoras, la mirada descarada, listas para aceptar cualquier cita, buscando el amor por las calles.

Estas son sus clientes.

Sondeen sus corazones. Escúchenlas charlar:

-¡Oh, yo, querida, si tengo la suerte de encontrar un chico rico, te prometo que no lo dejaré escapar como Amélie, antes lo mato!

Y cuando un joven valiente pasa a su lado, recibe en pleno rostro, en pleno corazón, esa mirada que quiere decir

"Cuando usted quiera". Se detiene, la chica es hermosa y está dispuesta; él cede.

Un mes más tarde, ustedes injurian y condenan a ese bribón que ha abandonado a la pobre joven seducida.

Ahora bien, ¿cuál es el cazador y cuál la presa?

Nunca olviden esto, Señores:

El amor es toda la vida de las mujeres. Ellas juegan con nosotros como los gatos con los ratones. La joven busca el marido más ventajoso que pueda encontrar.

Las que buscan amantes los quieren en las mismas condiciones.

Cuando un hombre, sintiendo la trampa, se escapa de sus manos, ellas se vengan como el cazador que mata de un disparo al conejo que escapa de su lazo.

Tal es mi humilde opinión, basada en una vieja experiencia. Yo la someto a sus deliberaciones.

Y yo tengo el honor de ser, Señores presidentes de los tribunales, Señores magistrados, Señores miembros del jurado, su muy obediente servidor

MAUFRIGNEUSE

FIN

### **Pierrot**

La señora Lefèvre era una dama pueblerina, una viuda, una de esas semicampesinas de lazos y sombreros adornados, una de esas personas que cecean, que adoptan en público aires de grandeza y ocultan un alma de bruta pretenciosa bajo un exterior cómico y abigarrado, como disimulan sus gruesas manos enrojecidas bajo guantes de seda. Tenía como sirvienta a una animosa campesina muy simple, llamada Rose. Las dos mujeres vivían en una casita de postigos verdes, junto a una carretera, en Normandía, en el centro de la región de Caux. Delante de la casa poseían un estrecho jardín en el que cultivaban algunas hortalizas.

Y sucedió que una noche les robaron una docena de cebollas. Tan pronto como Rose se percató del robo, corrió a avisar a la señora, que bajó en refajo. Fue una desolación y un terror. ¡Habían robado a la señora Lefèvre! Luego alguien robaba en el pueblo, y podía regresar. Y las dos mujeres, azoradas, contemplaban las huellas de los pasos, comentaban, suponían cómo debían haberse desarrollado los hechos: «Mire, han pasado por ahí. Han puesto los pies sobre el muro; han saltado al bancal.» Y se asustaban pensando en el porvenir. ¡Cómo iban a dormir tranquilas a partir de ahora! El asunto del robo se difundió por la zona. Los vecinos llegaron, constataron, discutieron a su vez; y las dos mujeres explicaban a cada recién llegado sus observaciones e ideas.

Un agricultor vecino les sugirió: «Deberían tener un perro.» Es verdad; deberían tener un perro, aunque no fuera nada más que para que les avisara. No un perro grande ¡no, por Dios! ¿Qué iban a hacer ellas con un perro grande? Sólo en comida las arruinaría. Pero sí un perro pequeño (en Normandía se les llama quin) un pequeño quin que ladrara. Cuando todos se marcharon, la señora Lefèvre analizó detenidamente la idea del perro. Después de reflexionar, ponía mil objeciones, aterrorizada al pensar en una escudilla llena de comida; pues era de esa raza parsimoniosa de señoras del campo que llevan siempre algunos céntimos en el bolsillo para poder dar limosna ostensiblemente a los pobres de los caminos y dar en las colectas del domingo. Rose, que adoraba a los animales, expuso sus razones y las defendió con astucia. Por lo que quedó decidido que tendrían un perro, un perro muy pequeño. Se pusieron a buscarlo, pero sólo encontraban perros grandes, que comían hasta hacer temblar. El tendero de Rolleville tenía uno, pequeño; pero exigía que se le pagaran dos francos para cubrir los gastos de la crianza. La señora Lefèvre declaró que estaba dispuesta a alimentar a un quin pero que no lo compraría. Y el panadero, que estaba al corriente del asunto, trajo una mañana en su coche a un extraño animal amarillo, casi sin patas, con cuerpo de cocodrilo, cabeza de zorro y una cola en trompeta, un verdadero penacho, tan grande como todo el resto del cuerpo. Uno de sus clientes quería deshacerse de él. La señora Lefèvre encontró muy hermoso a aquel perrillo inmundo, sobre todo porque no le costaba nada. Rose lo besó y luego preguntó cómo lo llamaban. El panadero contestó: «Pierrot.»

Lo instalaron en una antigua caja de jabón, y le ofrecieron agua para beber. Luego le presentaron un trozo de pan. Se lo comió. La señora Lefèvre, inquieta, tuvo una idea: «Cuando esté bien acostumbrado a la casa, lo dejaremos suelto. Así encontrará qué comer merodeando por el pueblo.» Lo soltaron, en efecto, lo que no impidió en absoluto que estuviera hambriento. Además, sólo ladraba para reclamar su comida; y en ese caso, ladraba con gran insistencia. Todo el mundo podía entrar en el huerto. Pierrot acudía a acariciar a cada recién llegado y permanecía mudo. Pese a todo, la señora Lefèvre se había acostumbrado a él. Incluso había llegado a quererlo y a darle de su mano, de vez en cuando, trocitos de pan mojados en la salsa del guiso. Pero no se le había ocurrido pensar en el impuesto que debería abonar por el animal, y cuando le reclamaron ocho francos -¡ocho francos, señora!- por esa birria de quin que ni siquiera ladraba, a punto estuvo de desmayarse de la impresión.

Y decidieron de inmediato que debían deshacerse de Pierrot. Nadie lo quiso. Todos los habitantes, a diez leguas a la redonda, lo rechazaron. Entonces, a falta de mejor solución, resolvieron que le harían «piquer du mas». «Piquer du mas», «comer marga». Se les hacía «piquer du mas» a los perros de los que sus amos querían deshacerse. En mitad de una amplia llanura, se veía una especie de choza o más bien, un pequeño techo de paja, colocado sobre el suelo. Era la entrada al margal. Un pozo, completamente perpendicular, se introduce hasta veinte metros bajo tierra, para desembocar en una serie de largas galerías de mina. Sólo bajan a esta cantera una vez al año, en la época en la que se abonan las tierras con marga. El resto del tiempo sirve de cementerio para los perros condenados; y con frecuencia, cuando se pasa cerca de aquel agujero, llegan hasta los oídos del caminante alaridos quejumbrosos, ladridos furiosos o desesperados, llamadas lamentables. Los perros de los cazadores y de los pastores huyen despavoridos de los alrededores de ese agujero que gime; y, cuando alguien se inclina sobre él, percibe un repugnante hedor de podredumbre. Allí se desarrollan terribles dramas en la oscuridad. Cuando un animal agoniza después de diez o doce días en el interior, alimentado por los restos inmundos de sus predecesores, un nuevo animal, más grueso, más fuerte sin duda, es lanzado de repente. Allí se encuentran los dos, solos, hambrientos, con los ojos brillantes. Se miran, se persiguen, dudan, ansiosos. Pero el hambre los apremia; se atacan, luchan durante mucho tiempo encarnizadamente; y el más fuerte se come al más débil, lo devora vivo.

Cuando estuvo decidido que le harían «piquer du mas» a Pierrot, buscaron un ejecutor. El picapedrero que binaba la carretera pidió cincuenta céntimos por hacerlo. Eso le pareció locamente exagerado a la señora Lefèvre. El peón del vecino se contentaba con veinticinco; pero aún era demasiado; y como Rose había hecho observar que más valía que

ellas mismas lo llevaran, porque así no lo maltratarían por el camino y no le harían sospechar al animal lo que le esperaba, decidieron que lo harían las dos, al atardecer. Esa tarde le ofrecieron una buena sopa con un dedo de mantequilla. Se tragó hasta la última gota; y cuando removía la cola de alegría, Rose lo cogió y lo envolvió en su mandil. Iban dando zancadas, como merodeadoras, a través de la llanura. Pronto vieron el margal y llegaron a él; la señora Lefèvre se inclinó para escuchar si no gemía ningún animal. -No- no había ninguno; Pierrot estaría solo. Entonces Rose, que lloraba, lo besó y lo lanzó al agujero; las dos se inclinaron con el oído atento. Primero oyeron un ruido sordo; luego el lamento agudo y desgarrador de un animal herido, luego una sucesión de pequeños gritos de dolor, luego llamadas desesperadas, súplicas de perro que imploraba, con la cabeza levantada hacia la abertura. Ladraba , ¡oh! ¡cómo ladraba! Sintieron remordimientos, pavor, miedo inexplicable y loco, y escaparon corriendo. Como Rose iba más rápida, la señora Lefèvre le gritaba: «¡Espéreme, Rose, espéreme!»

Pasó la noche en medio de horribles pesadillas. La señora Lefèvre soñó que se sentaba a la mesa para comer, y que, al destapar la sopera, aparecía Pierrot dentro, que se lanzaba hacia ella y le mordía la nariz. Se despertó y creyó oírlo ladrar. Prestó atención; se había equivocado. Se durmió de nuevo y, en sueños, se encontró en una amplia carretera, una carretera interminable. De pronto, en mitad del camino, vio una cesta, una gran cesta de campesino abandonada que le infundía miedo. Terminaba, no obstante, por abrirla, y Pierrot, escondido en el interior, le agarraba la mano y no se la soltaba; y ella echaba a correr despavorida, llevando al extremo del brazo el perro colgando, con los dientes bien apretados.

Por la mañana temprano, se levantó medio loca, y acudió corriendo al margal. Ladraba; ladraba aún, había estado ladrando durante toda la noche. Entonces ella se puso a llorar y lo llamaba con mil nombres cariñosos. Él respondía con todas las inflexiones tiernas de su voz de perro. Quiso volver a verlo, prometiendo hacerlo feliz hasta su muerte. Corrió a casa del pocero encargado de la extracción de la marga, y le contó su caso. El hombre escuchaba sin decir nada. Cuando la señora terminó, dijo: «¿Quiere sacar a su perro? Le costará cuatro francos.» Ella se sobresaltó y todo su dolor se esfumó de repente. «¡Cuatro francos! ¡se dejaría morir! ¡cuatro francos!» Pero él añadió: «¿Cree que voy a coger mis sogas, mis manivelas, voy a instalarlo todo, e ir allí con mi chico y dejarme morder por su maldito perro, sólo por el gusto de devolvérselo? No haberlo tirado.» Se marchó indignada. - ¡Cuatro francos! Cuando regresó a casa llamó a Rose y le dio cuenta de las pretensiones del pocero. Rose, resignada, repetía: «¡Cuatro francos! es mucho dinero, señora.»

Más tarde propuso: «¿Y si le echáramos de comer, al pobre perro, para que no se muera?» La señora Lefèvre aceptó, contenta; y ahí las tienen, en marcha, con un gran pedazo de pan untado con mantequilla. Lo partieron en trocitos que lanzaban uno tras otro, hablándole por turnos a Pierrot. En cuanto el perro se tragaba un trozo, ladraba para reclamar el siguiente. Regresaron por la noche, y al día siguiente, y todos los días. Pero sólo hacían un viaje.

Y sucedió que, una mañana, en el momento de dejar caer el primer bocado oyeron de pronto un formidable ladrido en el interior del pozo. ¡Había dos! ¡habían arrojado otro perro, otro grande! Rose llamó: «¡Pierrot!» y éste ladró. Entonces se pusieron a arrojarle la comida; pero, a cada trozo, percibían una terrible pelea seguida de los gritos quejumbrosos de Pierrot, mordido por su compañero que se lo comía todo, pues era el más fuerte. De nada les servía especificar: «¡Esto es para ti, Pierrot!». Pues Pierrot, evidentemente, no obtenía nada. Las dos mujeres, sobrecogidas, se miraron; y la señora Lefèvre dijo con tono desabrido: «Yo no puedo alimentar a todos los perros que arrojen aquí dentro. Tendremos que renunciar.» Y, sofocada al pensar en todos aquellos perros viviendo a sus expensas, se marchó, llevándose el resto del pan, que empezó a comerse mientras caminaba. Rose la siguió limpiándose los ojos con una punta de su mandil azul.

#### Primera nieve

El extenso paseo de la Croisette se curva a orillas del mar azul. Allá lejos, a la derecha, el Esterel se adentra en el agua, y corta la vista, cerrando el horizonte con el bonito decorado meridional de sus cimas puntiagudas, numerosas y extrañas. A la izquierda, tumbadas en el agua, las islas Sainte-Marguerite y Saint-Honorat muestran sus dorsos cubiertos de abetos. Y a todo lo largo del amplio golfo, a todo lo largo de las grandes montañas, asentadas en torno a Cannes, el conjunto blanco de villas parece dormido al sol. Se divisan desde lejos esas casas claras sembradas desde la cima hasta el pie de los montes, manchando de puntos de nieve la oscura vegetación. Las más próximas al agua abren sus verjas al amplio paseo que vienen a bañar las olas tranquilas. Hace buen tiempo, un tiempo suave. Es un templado día de invierno en el que apenas cruza una ráfaga de frescor. Por encima del mar de jardines, sobresalen los naranjos y los limoneros repletos de frutos dorados. Las damas pasean lentamente por la arena de la avenida, seguidas de niños que hacen rodar sus aros, o charlando con los señores.

\* \* \*

Una mujer joven acaba de salir de una pequeña y coqueta casa cuya puerta da a la Croisette. Se detiene un instante a mirar a los transeúntes, sonríe, y con aspecto abrumado llega hasta un banco vacío situado frente al mar. Fatigada de haber dado veinte pasos, se sienta jadeando. Su cara, por la palidez, se asemeja a la de una muerta. Tose, y se lleva a los labios sus dedos transparentes como para detener las sacudidas que la agotan. Contempla el cielo repleto de sol y golondrinas, las cimas caprichosas del Esterel allá lejos y, muy cerca, el mar tan azul, tan tranquilo, tan bello. Entonces sonríe y murmura: «¡Oh! ¡qué feliz soy!»

Sabe, sin embargo, que se va a morir, que no llegará a ver la próxima primavera, que dentro de un año, a lo largo de este mismo paseo, esas mismas personas que pasan por delante de ella vendrán a respirar el aire tibio de esa suave región, con sus hijos un poco más grandes, con el corazón siempre lleno de esperanzas, de ternuras, de felicidad, mientras que, al fondo de un ataúd de roble, la pobre carne que aún le queda hoy, se pudrirá, dejando sólo los huesos acostados dentro del vestido de seda que ha elegido como mortaja. Ya no estará. Las cosas de la vida continuarán para los demás. Pero para ella todo habrá acabado, y para siempre. Ella ya no estará. Sonríe, y aspira tanto como pueden sus pulmones enfermos los soplos perfumados de los jardines. Y sueña.

\* \* \*

Recuerda. La casaron hace cuatro años con un noble normando. Era un chico fuerte, con barba, colorado, ancho de espaldas, corto de espíritu y de excelente humor. Los emparejaron por cuestiones de fortuna, que ella no conoció. Habría dicho de buena gana «no». Pero dijo «sí» con un gesto con la cabeza, para no contrariar a sus padres. Ella era parisina, alegre, feliz de la vida. Su marido la llevó a su castillo normando. Era un amplio edificio de piedra rodeado de grandes árboles centenarios. Un alto macizo de abetos cerraba la panorámica frontal. Por la derecha, una brecha daba a una llanura que se extendía, completamente desnuda, hasta otras propiedades lejanas. Un camino pasaba por delante de la barrera y conducía hasta la carretera a unos tres kilómetros. ¡Oh! se acuerda de todo: de su llegada, del primer día en su nueva casa y de su retirada vida después. Al bajar del coche, miró el viejo edificio y, riendo, dijo:

-¡No es muy alegre!

Su marido también se echó a reír y contestó:

-¡Bah! Uno se acostumbra pronto. Ya verás. Yo no me aburro jamás aquí.

Aquel día pasaron mucho tiempo abrazándose, y no se le hizo demasiado largo. Al día siguiente volvieron a empezar y, durante toda la semana, fue comida a besos.

Luego se ocupó de organizar un poco la casa. Eso duró un mes. Los días pasaban, uno tras otro, ocupada en asuntos insignificantes y, sin embargo, absorbentes. Aprendía el valor y la importancia de las pequeñas cosas de la vida. Supo que uno puede interesarse por el precio de los huevos que cuestan unos céntimos más o menos en función de las estaciones del año. Era verano. Iba en ocasiones al campo a ver segar. La alegría del sol mantenía la de su corazón.

Llegó el otoño. Su marido empezó a ir a cazar. Salía por la mañana con sus dos perros Médor y Mirza. Y ella se quedaba sola, sin entristecerse no obstante por la ausencia de Henry. Lo quería, sin embargo, pero no lo echaba de menos. Cuando regresaba, los perros sobre todo acaparaban su ternura. Los cuidaba cada noche con un cariño de madre, los acariciaba sin fin, les daba mil nombres encantadores que nunca se le habría ocurrido emplear con su marido.

Él le contaba su jornada de caza. Designaba los lugares donde había encontrado perdices, se sorprendía de no haber encontrado ninguna liebre en las propiedades de Joseph Ledentu, o bien parecía indignado con el proceder del señor Lechapelier, del Havre, que seguía sin cesar la linde de sus tierras para dispararle a la caza que él, Henry de Parville,

había levantado previamente. Ella contestaba: «Sí, realmente no está bien» -pensando en otra cosa.

Llegó el invierno, el invierno normando, frío y lluvioso. Los interminables chubascos caían sobre las pizarras del gran tejado anguloso, levantado como una lámina hacia el cielo. Los caminos parecían ríos de barro; el campo, una llanura de barro; y no se oía más ruido que el de la lluvia al caer; no se veía más movimiento que el del vuelo en torbellino de los cuervos que se extendían como una nube, se dejaban caer sobre punto del campo, y luego volvían a emprender el vuelo.

Hacia las cuatro, el ejército de animales sombríos y voladores venía a posarse sobre las grandes hayas, a la izquierda del castillo, lanzando graznidos ensordecedores. Durante más de una hora, revoloteaban de una copa a otra, parecían pelearse, piaban, y ponían en los ramajes grisáceos un negro movimiento. Ella los miraba cada tarde con el corazón oprimido, imbuido de la lúgubre melancolía del atardecer sobre esas tierras desiertas.

Luego llamaba para que trajeran el quinqué y se acercaba al fuego. Quemaba montones de troncos sin lograr calentar las inmensas habitaciones invadidas por la humedad. Y tenía frío durante todo el día, en todas partes, en el salón, durante las comidas, en su dormitorio. Tenía frío, según ella, hasta en los huesos. Su marido no volvía sino para cenar, pues cazaba sin cesar, o bien se ocupaba de la siembra, de la labranza, de todas las labores del campo. Regresaba feliz y embarrado, y frotándose las manos, declaraba: «¡Qué tiempo más malo!» O bien: «¡Qué gusto da tener un buen fuego!» A veces preguntaba: «¿Qué cuentas hoy? ¿Estás contenta?» Él era feliz, tenía buena salud, sin desear, sin añorar otra cosa que no fuera aquella vida sencilla, sana y tranquila.

Hacia el mes de diciembre, cuando llegaron las nieves, ella sufría tanto con el aire helado del castillo, del viejo castillo que parecía haberse enfriado con el paso de los siglos, como le ocurre a los humanos con los años que, una noche, le dijo a su marido:

-Henry, deberías instalar aquí un calorífero; eso secaría los muros. Te aseguro que no puedo entrar en calor de la mañana a la noche.

En un primer momento él se quedó sorprendido por la extravagante idea de instalar un calorífero en su casa. Le habría parecido más normal darle de comer a los perros en vajilla plana. Luego, con todo el vigor de sus pulmones, lanzó una enorme carcajada, repitiendo:

-¡Un calorífero aquí! ¡Un calorífero aquí! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡qué buena broma!

Ella repetía:

-Te aseguro que uno se congela aquí, amigo mío; tú no te das cuenta porque estás siempre en movimiento, pero yo me congelo.

Él contestó, riendo aún:

-¡Bah!, uno se acostumbra, además el frío es excelente para la salud. Te encontrarás mucho mejor. No somos parisinos, ¡maldita sea!, para vivir siempre entre tizones. Y, por otra parte, la primavera va a llegar enseguida.

\* \* \*

Hacia comienzos de enero, sucedió una gran desgracia: Sus padres perecieron en un accidente de coche. Ella fue a París para el funeral. Y la tristeza ocupó por completo su espíritu durante unos seis meses. La suavidad de los hermosos días terminó, no obstante, por despertarla un poco y empezó a vivir en una languidez triste hasta la llegada del otoño. Cuando volvieron los fríos, previó, por vez primera, su sombrío porvenir. ¿Qué haría? Nada. ¿Qué le ocurriría? Nada. ¿Qué espera, qué esperanza podrían reanimar su corazón? Ninguna. Un médico, al que había consultado, le había asegurado que no tendría hijos jamás.

Más áspero, más penetrante aún que el año anterior, el frío le hacía sufrir constantemente. Tendía las manos ateridas hacia las grandes llamas. El intenso fuego le quemaba la cara; pero las ráfagas heladas parecían deslizarse por su espalda, penetrar en su carne y en sus ropas. Y tiritaba de la cabeza a los pies. Las innumerables corrientes de aire parecían haberse instalado en los aposentos, corrientes de aire, traidoras, encarnizadas como enemigos. Se las encontraba a cada instante; le soplaban sin cesar, en la cara, en las manos, en el cuello, su odio pérfido y helado. Habló de nuevo de un calorífero; pero su marido la escuchó como si hubiera pedido la luna. La instalación de un aparato semejante en Parville le parecía tan imposible como el descubrimiento de la piedra filosofal. Un día que había estado allí por negocios, le trajo de Rouen a su esposa una coqueta estufilla de cobre que él llamaba riendo, un «calorífero portátil»; y consideraba que eso bastaría para impedir que, a partir de aquel momento, tuviera frío.

Hacia finales de diciembre, comprendió que no podía vivir siempre así, y, tímidamente, una noche preguntó:

-Di pues, amigo mío, ¿no iremos a pasar una semana o dos a París antes de la primavera?

Él se quedó estupefacto:

-¿A París? ¿A París? ¿Para hacer qué? ¡Ah, no, claro que no! Aquí estamos bien, estamos en casa. ¡Qué ideas tan extrañas se te ocurren a veces!

Ella musitó:

-Eso nos distraería un poco.

Él no comprendía.

-¿Qué necesitas para distraerte? ¿Teatros, veladas, cenas en la ciudad? ¡Sabías muy bien, sin embargo, al venir aquí que no podías esperar distracciones de esa naturaleza!

Ella vio un reproche en esas palabras y, sobre todo, en el tono con que fueron dichas. Se calló. Era tímida y dulce, sin rebeldía, sin voluntad.

En enero, los fríos volvieron con violencia. Y la nieve cubrió la tierra. Una noche, cuando miraba la gran nube giratoria de los cuervos extenderse alrededor de los árboles, sin querer, se puso a llorar. Su marido entraba en aquel momento. Le preguntó sorprendido:

-Pero, ¿qué te ocurre, pues?

Él estaba feliz, completamente feliz, pues nunca había soñado otra vida, otros placeres. Había nacido en aquella triste región, allí había crecido, se encontraba bien en ella, en su casa, a su gusto, satisfecho en cuerpo y alma. No comprendía que alguien pudiera desear otros acontecimientos, tener sed de alegrías variables; no comprendía que a determinados seres no les pareciera natural permanecer en los mismos lugares las cuatro estaciones del año; parecía no saber que la primavera, el verano, el otoño, el invierno, para multitud de personas, suponen placeres nuevos en regiones nuevas.

Ella no podía responder nada, y se secó rápidamente los ojos. Por fin, fuera de sí, exclamó: «Yo... yo estoy un poco triste... me aburro un poco...» Pero se asustó de haber dicho eso, y añadió rápidamente: «Y además, tengo... tengo un poco de frío».

Al oír esa palabra, él se irritó:

-¡Ah!, sí... otra vez tu idea del calorífero. Pero vamos a ver ¡caramba! ¡no has tenido ni siquiera un resfriado desde que estás aquí!

\* \* \*

Llegó la noche. Subió a su habitación, pues había exigido una habitación separada. Se acostó. Incluso dentro de la cama tenía frío. Pensaba: «Esto será siempre así, siempre, hasta la muerte». Y pensaba en su marido. ¿Cómo había podido decir: «No has tenido ni siquiera un resfriado desde que estás aquí»? ¡Era necesario, pues, que estuviera enferma, que tosiera para que él comprendiera que la estaba pasando mal! Y la indignación se adueñó de ella, una indignación exasperada de persona débil, de persona tímida. Era necesario que tosiera. Entonces se apiadaría de ella, sin duda. ¡Muy bien! ¡Pues tosería; la oiría toser; tendría que llamar al médico; su marido vería, él vería...! Se había levantado con las piernas descubiertas, con los pies descalzos, y una idea infantil la hizo sonreír: «Quiero un calorífero y lo tendré. Toseré tanto, que tendrá que decidirse a instalar uno.» Y se sentó, casi desnuda, en una silla. Y allí esperó una hora, dos horas. Tiritaba, pero no se resfriaba. Entonces decidió emplear métodos más expeditivos. Salió de su habitación sin hacer ruido, bajó la escalera y abrió la puerta del jardín.

La tierra, cubierta de nieve, parecía muerta. Avanzó su pie descalzo y lo hundió bruscamente en esa espuma ligera y helada. Una sensación de frío, dolorosa como una herida, le subió hasta el corazón; sin embargo, extendió la otra pierna y se puso a bajar los peldaños, lentamente. Luego avanzó sobre la hierba diciéndose: «Llegaré hasta los abetos» Y siguió a pequeños pasos, jadeando, sofocada cada vez que introducía su pie descalzo en la nieve. Tocó con la mano el primer abeto, como para convencerse a sí misma de que había cumplido su proyecto hasta el final; luego regresó. Creyó por dos o tres veces que se iba a caer, hasta tal punto se sentía entumecida y desfallecida. Antes de entrar, sin embargo, se sentó sobre aquella espuma helada, e incluso recogió una poca para frotarse el pecho con ella.

Luego regresó y se acostó. Al cabo de una hora, le parecía que tenía un hormiguero en la garganta. Otras hormigas le corrían a lo largo de las extremidades. Se durmió, no obstante. Al día siguiente tosía y no se pudo levantar. Tuvo una pulmonía. Deliraba, y en su delirio pedía un calorífero. El médico exigió que instalaran uno. Henry cedió, aunque con una repugnancia irritada.

No pudo curarse. Los pulmones, gravemente afectados, hacían temer por su vida.

-Si permanece aquí, no llegará al invierno» -dijo el médico.

La enviaron al Mediodía. Llegó a Cannes, conoció el sol, amó el mar, respiró el aroma de los naranjos en flor.

Luego regresó al Norte en primavera. Pero ahora vivía con miedo a curarse, con miedo a los largos inviernos de Normandía; y, tan pronto como estaba un poco mejor, abría la ventana por la noche, soñando con las suaves orillas del Mediterráneo.

Ahora se va a morir; ella lo sabe. Pero está feliz. Abre el periódico que no había abierto aún, y lee este titular: «La primera nieve en París.» Entonces se estremece, y sonríe. Contempla allá lejos el Esterel rosa bajo el sol poniente; mira el amplio cielo azul, tan azul, el amplio mar azul, tan azul, y se levanta. Luego regresa, a pasos lentos, deteniéndose sólo para toser, pues ha permanecido hasta demasiado tarde fuera, y ahora tiene frío, un poco frío. Encuentra una carta de su marido. La abre, sin dejar de sonreír, y lee:

«Mi querida amiga: Espero que estés bien y que no añores nuestra bella región. Desde hace unos días tenemos una buena helada que anuncia la nieve. Yo adoro este tiempo y, como puedes comprender, me cuido mucho de encender tu maldito calorífero.»

Deja de leer, feliz con la idea de que logró su calorífero. Su mano derecha, que sostiene la carta, cae lentamente sobre sus rodillas, mientras que se lleva a la boca la mano izquierda como para calmar la tos obstinada que le desgarra el pecho.

# ¿Quién sabe?

1

¡Señor! ¡Señor! Al fin tengo ocasión de escribir lo que me ha ocurrido. Pero ¿me será posible hacerlo? ¿Me atreveré? ¡Es una cosa tan extravagante, tan inexplicable, tan incomprensible, tan loca!

Si no estuviese seguro de lo que he visto, seguro también de que en mis razonamientos no ha habido un fallo, ni en mis comprobaciones un error, ni una laguna en la inflexible cadena de mis observaciones, me creería simplemente víctima de una alucinación, juguete de una extraña locura. Después de todo, ¿quién sabe?

Me encuentro actualmente en un sanatorio; pero si entré en él ha sido por prudencia, por miedo. Sólo una persona conoce mi historia: el médico de aquí; pero voy a ponerla por escrito. Realmente no sé para qué. Para librarme de ella, tal vez, porque la siento dentro de mí como una intolerable pesadilla.

#### Hela aquí:

He sido siempre un solitario, un soñador, una especie de filósofo aislado, bondadoso, que se conformaba con poco, sin acritudes contra los hombres y sin rencores contra el cielo. He vivido solo, en todo tiempo, porque la presencia de otras personas me produce una especie de molestia. No es que me niegue a tratar con la gente, a conversar o a cenar con amigos, pero cuando llevan mucho rato cerca de mí, aunque sean mis más cercanos familiares, me cansan, me fatigan, me enervan, y experimento un anhelo cada vez mayor, más agobiante, de que se marchen, o de marcharme yo, de estar solo.

Este anhelo es más que un impulso, es una necesidad irresistible. Y si las personas en cuya compañía me encuentro siguiesen a mi lado, si me viese obligado, no a prestar atención, pero ni siquiera a escuchar sus conversaciones, me daría, con toda seguridad, un ataque. ¿De qué clase? No lo sé. ¿Un síncope, tal vez? Sí, probablemente.

Tanto me agrada estar solo, que ni siquiera puedo soportar que otras personas duerman bajo el mismo techo que yo. No vivo en París, porque sería para mí una perpetua agonía. Me siento morir moralmente, es para mí un martirio del cuerpo y de los nervios esa muchedumbre inmensa que hormiguea, que se mueve a mi alrededor, hasta cuando duerme. Porque, aún más que la palabra de los demás, me resulta insufrible su sueño. Cuando sé, cuando tengo la sensación de que, detrás de la pared, existen vidas que se ven interrumpidas por esos eclipses regulares de la razón, no puedo ya despertar.

¿Por qué soy de esta manera? ¡Quién lo sabe! Es imposible que la razón de todo esto sea muy sencilla; todo lo que ocurre fuera de mí me cansa muy pronto. Y son muchos los que se encuentran en mi mismo caso.

En la tierra vivimos gentes de dos razas. Los que tienen necesidad de los demás, aquellos a quienes los demás distraen, ocupan, sirven de descanso, y a los que la soledad cansa, agota, aniquila, lo mismo que la ascensión a un nevero o la travesía de un desierto, y aquellos otros a los que, por el contrario, los demás cansan, molestan, cohíben, abruman, en tanto que el aislamiento los tranquiliza, les proporciona un baño de descanso en la independencia y en la fantasía de sus meditaciones.

En resumidas cuentas, se trata de un fenómeno psíquico normal. Unos tienen condiciones para vivir hacia afuera; otros, para vivir hacia adentro. En mí se da el caso de que la atención exterior es de corta duración y se agota pronto, y cuando llega a su límite, me acomete en todo mi cuerpo y en toda mi alma un malestar intolerable.

Como consecuencia de todo lo que antecede, yo me apego, es decir, estaba fuertemente apegado a los objetos inanimados, que vienen a adquirir para mí una importancia de seres vivos. Mi casa se convierte, se había convertido en un mundo en el que yo llevaba una vida solitaria, pero activa, en medio de aquellas cosas: muebles, chucherías familiares, que eran para mí como otros tantos rostros simpáticos. Había ido llenándola poco a poco, adornándola con ellos, y me sentía contento y satisfecho allí dentro, feliz como en los brazos de una mujer agradable cuya diaria caricia se ha convertido en una necesidad suave y sosegada.

Hice construir aquella casa en el centro de un hermoso jardín que la aislaba de los caminos concurridos, a un paso de una ciudad en la que me era dable encontrar, cuando se despertaba en mí tal deseo, los recursos que ofrece la vida social. Todos mis criados dormían en un pabellón muy alejado de la casa, situado en un extremo de la huerta, que estaba cercada con una pared muy alta. Tal era el agrado y el descanso que encontraba al verme envuelto en la oscuridad de las noches, en medio del silencio de mi casa, perdida, oculta, sumergida bajo el ramaje de los grandes árboles, que todas las noches permanecía varias horas para saborearlo a mis anchas, costándome trabajo meterme en la cama.

El día de que voy a hablar habían representado Sigurd en el teatro de la ciudad. Era aquélla la primera vez que asistía a

la representación de ese bello drama musical y fantástico, y me produjo un vivo placer.

Regresaba a mi casa a pie, con paso ágil, llena la cabeza de frases musicales y la pupila de lindas imágenes de un mundo de hadas. Era noche cerrada, tan cerrada que apenas se distinguía la carretera y estuve varias veces a punto de tropezar y caer en la cuneta. Desde el puesto de arbitrios hasta mi casa hay cerca de un kilómetro, tal vez un poco más, o sea veinte minutos de marcha lenta. Sería la una o la una y media de la madrugada; se aclaró un poco el firmamento y surgió delante de mí la luna, en su triste cuarto menguante. La media luna del primer cuarto, es decir, la que aparece a las cuatro o cinco de la tarde, es brillante, alegre, plateada; pero la que se levanta después de la medianoche es rojiza, triste, inquietante; es la verdadera media luna del día de las brujas. Esta observación han debido hacerla todos los noctámbulos. La primera, aunque sea delgada como un hilo, despide un brillo alegre que regocija el corazón y traza en el suelo sombras bien dibujadas; la segunda apenas derrama una luz mortecina, tan apagada que casi no llega a formar sombras.

Distinguí a lo lejos la masa oscura de mi jardín y, sin que yo supiese de dónde me venía, se apoderó de mí un malestar al pensar que tenía que entrar en él. Acorté el paso. La temperatura era muy suave. Aquella gruesa mancha del arbolado parecía una tumba dentro de la cual estaba sepultada mi casa.

Abrí la puerta y penetré en la larga avenida de sicomoros que conduce hasta el edificio y que forma una bóveda arqueada como un túnel muy alto, a través de bosquecillos opacos unas veces y bordeando otras los céspedes en que los encañados de flores estampaban manchones ovalados de tonalidades confusas en medio de las pálidas tinieblas.

Una turbación singular se apoderó de mí al encontrarme ya cerca de la casa. Me detuve. No se oía nada. Ni el más leve soplo de aire circulaba entre las hojas. "¿Qué es lo que me pasa?", pensé. Muchas veces había entrado de aquella manera desde hacía diez años, y jamás sentí el más leve desasosiego. No era que tuviese miedo. Jamás lo tengo durante la noche. Si me hubiese encontrado con un hombre, con un merodeador, con un ladrón, todo mi ser físico habría experimentado una sacudida de furor y habría saltado encima de él sin la menor vacilación. Iba, además, armado. Llevaba mi revólver, porque quería resistir a aquella influencia recelosa que germinaba en mí.

¿Qué era aquello? ¿Un presentimiento? ¿El presentimiento misterioso que se apodera de los sentidos del hombre cuando va a encontrarse frente a lo inexplicable? ¡Quién sabe!

A medida que avanzaba, me corrían escalofríos por la piel; cuando me hallé frente al muro de mi gran palacio, que tenía las contraventanas echadas, tuve la sensación de que tendría que dejar pasar algunos minutos antes de abrir la puerta y entrar. Me senté en un banco que había debajo de las ventanas del salón. Y allí me quedé, un poco trémulo, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos abiertos y clavados en la sombra del arbolado. Nada de extraordinario advertí a mi alrededor en aquellos primeros instantes. Me zumbaban algo los oídos, pero ésta es una cosa que me ocurre con frecuencia. A veces creo oír trenes que pasan o campanas que tocan o el pataleó de muchedumbres en marcha.

Pero aquellos ruidos interiores se hicieron más netos, más precisos, más identificables. Me había engañado. No era el bordoneo habitual de mis arterias el que me llenaba los oídos con aquellos rumores; era un ruido muy característico y, sin embargo, muy confuso, que procedía, sin duda alguna, del interior de la casa.

Distinguía aquel ruido continuo a través del muro, tenía casi más de movimiento que de ruido, un confuso ajetreo de una multitud de objetos, como si moviesen, cambiasen de sitio y arrastrasen con mucho tiento todos mis muebles.

Estuve largo rato sin dar crédito a mis oídos; pero aplicando la oreja a una de las contraventanas para distinguir mejor aquel extraño ajetreo que parecía tener lugar dentro de mi casa, quedé plenamente convencido, segurísimo, de que algo anormal e incomprensible ocurría. No sentía miedo, pero estaba..., ¿cómo lo diré?, asustado de asombro. No amartillé mi revólver, porque tuve la intuición segura de que no me haría falta. Esperé.

Esperé largo rato, sin decidirme a actuar, con la inteligencia lúcida, pero dominado por loca inquietud. Esperé de pie y seguí escuchando el ruido, cada vez mayor, que adquiría por momentos una intensidad violenta, hasta parecer un refunfuño de impaciencia, de cólera, de motín misterioso.

Me entró de pronto vergüenza de mi cobardía, eché mano al manojo de llaves, elegí la que me hacía falta, la metí en la cerradura, di dos vueltas y empujé con todas mis fuerzas, enviando la hoja de la puerta a chocar con el tabique.

Aquel golpe resonó como el estampido de un fusil, pero le respondió, de arriba abajo de mi casa, un tumulto formidable. Fue una cosa tan imprevista, tan terrible, tan ensordecedora, que retrocedí unos pasos y, aunque tan convencido como antes de su inutilidad, saqué el revólver de la funda.

Esperé todavía, aunque muy poco tiempo. Lo que ahora oía era un pataleo muy raro en los peldaños de la escalera, en el entarimado, en las alfombras, pero no era un pataleo de calzado, de zapatos de hombre, sino de patas de madera y de patas de hierro que vibraban como címbalos. Y, de pronto, veo en el umbral de la puerta un sillón, mi cómodo sillón de lectura, que se marchaba de casa, contoneándose. Y se fue por el jardín hacia adelante. Y detrás de él, otros, los sillones

de mi salón, y a continuación los canapés bajos, arrastrándose como cocodrilos sobre sus patitas cortas, y en seguida todas las sillas, dando saltitos de cabra, y los pequeños taburetes que trotaban como conejos.

¡Era una cosa emocionante! Me escondí en un bosquecillo, y allí permanecí agazapado, contemplando aquel desfile de mis muebles, porque se marchaban todos, uno detrás de otro, con paso vivo o pausado, de acuerdo con su altura o su peso. Mi piano, mi magnifico piano de cola cruzó al galope, como caballo desbocado, con un murmullo musical en sus ijares; los objetos menudos iban y venían por la arena como hormigas, los cepillos, la cristalería, las copas en las que la luna ponía fosforescencias de luciérnagas. Las telas reptaban o se alargaban a manera de tentáculos, como pulpos de mar. Vi que salía mi escritorio -mi querido escritorio- una hermosa reliquia del siglo pasado, en el que estaban todas las cartas que yo recibí, la historia toda de mi corazón, una historia antigua que me ha hecho sufrir mucho. Dentro de él había también fotografías.

De improviso se me pasó el miedo, me abalancé sobre el escritorio, lo agarré como se agarra a un ladrón, como se agarra a una mujer que escapa; pero él llevaba una marcha incontenible y, a pesar de mis esfuerzos, a pesar de mi cólera, no conseguí moderar su velocidad. Yo hacía esfuerzos desesperados para que no me arrastrase aquella fuerza espantosa y caí al suelo. Entonces me arrolló, me arrastró por la arena y los muebles que venían detrás empezaron a pisotearme, magullándome las piernas; lo solté por fin y entonces los demás pasaron por encima de mi cuerpo, lo mismo que pasa un cuerpo de caballería que carga por encima del soldado que ha sido derribado del caballo.

Loco de terror, conseguí al fin arrastrarme hasta fuera de la gran avenida y ocultarme de nuevo entre los árboles, a tiempo de ver cómo desaparecían los objetos más íntimos, los más pequeños, los más modestos, los que yo conocía menos entre todos los que habían sido de mi propiedad.

Así estaba, cuando oí a lo lejos, dentro de mi casa, que había adquirido sonoridad como todas las casas vacías, un ruido formidable de puertas que se volvían a cerrar. Empezaron los portazos en la parte más alta, y fueron bajando hasta que se cerró por último la puerta del vestíbulo que yo, insensato de mí, había abierto para facilitar aquella fuga.

También yo escapé, echando a correr hacia la ciudad, y no recobré mi serenidad hasta que me vi en sus calles y tropecé con algunas gentes trasnochadoras. Fui a llamar a la puerta de un hotel en el que era conocido. Me había sacudido las ropas con las manos para quitar el polvo; les expliqué que había perdido mi llavero, en el que tenía también la llave de la huerta en que estaba el pabellón aislado donde dormían mis criados, huerta rodeada de altas tapias que impedían a los merodeadores meter mano en las verduras y frutas.

Me tapé hasta los ojos en la cama que me dieron, pero no pude conciliar el sueño, y aguardé la llegada del día escuchando los golpes acelerados de mi corazón. Les había dicho que avisaran a mi servidumbre en cuanto amaneciese, y mi ayuda de cámara llamó a mi puerta a las siete de la mañana.

Parecía trastornado

- -Ha ocurrido esta noche una gran desgracia, señor, -me dijo.
- -¿Qué sucedió?
- -Han robado todo el mobiliario del señor; absolutamente todo, hasta los objetos más insignificantes.

Aquella noticia me alegró. ¿Por qué? ¡Vaya usted a saber! Yo me sentía muy dueño de mí, estaba seguro de poder disimular, de no decir a nadie una palabra de lo que había visto, de ocultar aquello, de enterrarlo en mi conciencia como un espantoso secreto. Le contesté:

-Entonces se trata de los mismos individuos que anoche me robaron a mí las llaves. Es preciso dar parte a la policía inmediatamente. Voy a levantarme y me reuniré en seguida con usted.

Cinco meses duró la investigación. No se llegó a descubrir el paradero de nada, no se encontró la más insignificante de mis chucherías, ni se llegó a dar con el más ligero rastro de los ladrones. ¡Claro está que si yo hubiese dicho lo que sabía!... Si hubiese hablado..., me habrían encerrado a mí; no a los ladrones, sino al hombre que aseguraba haber visto semejante cosa.

Supe cerrar la boca. Pero no volví a amueblar mi casa. ¿Para qué? Se hubiera repetido siempre el mismo caso. No quería entrar de nuevo en ella. No entré. No volví a verla.

Regresé a Paris, me instalé en un hotel y consulté a los médicos acerca de mi estado nervioso, que me preocupaba mucho desde los acontecimientos de aquella noche lamentable.

Me animaron a que viajase. Seguí su consejo.

Empecé por hacer una excursión a Italia. El sol me sentó bien. Vagabundeé por espacio de seis meses de Génova a Venecia, de Venecia a Florencia, de Florencia a Roma, de Roma a Nápoles. Recorrí después toda Sicilia, país admirable por sus paisajes y sus monumentos, reliquias dejadas por los griegos y por los normandos. Me trasladé al África y crucé pacíficamente el gran desierto amarillo y tranquilo, en el que van de aquí para allá los camellos, las gacelas y los vagabundos árabes, cuya atmósfera ligera y transparente está libre de espectros, lo mismo de día que de noche.

Regresé a Francia por Marsella; a pesar de la alegría provenzal, sentí tristeza, porque el cielo tenía menos luz. Al poner otra vez el pie en el continente, experimenté esa especial sensación de un enfermo que se cree curado ya de su enfermedad, pero al que un dolor sordo le advierte que no está apagado aún el foco del mal.

Volví a París. Al mes, ya sentía aburrimiento. Era en otoño, y antes que se echase encima el invierno, quise hacer una excursión por Normandía, desconocida para mí.

Empecé por Ruán, como es natural, y vagabundeé durante ocho días, distraído, encantado, entusiasmado en aquella ciudad de la Edad Media, en aquel maravilloso museo de monumentos góticos extraordinarios.

Una tarde, a eso de las cuatro, al meterme por una calle inverosímil, por la que corre un río negro como esa tinta que llaman "agua de Robec", y mientras iba fijándome en el aspecto curioso y antiguo de las casas, mi atención se desvió de improviso hacia una serie de comercios de chamarileros, que se sucedían una puerta sí y otra también.

¡Bien habían sabido elegir el sitio para sus negocios aquellos sórdidos traficantes de cosas viejas, en una callejuela quimérica, encima de la siniestra corriente de agua, al abrigo de aquellos techos puntiagudos de tejas y pizarras en los que se oía rechinar aún las giraldillas del pasado!

Al fondo de aquellos lóbregos comercios se amontonaban las arcas talladas, las porcelanas de Ruán, de Nevers, de Moustiers, las estatuas pintadas, las de madera de roble, los cristos, las vírgenes, los santos, los ornamentos de iglesia, casullas, capas pluviales, hasta algunos vasos sagrados y un antiguo tabernáculo de madera dorada, del que Dios se había mudado. ¡Qué extrañas cavernas las que había en aquellas altas casas, en aquellos caserones, atiborrados desde las bodegas hasta los graneros de objetos de toda clase cuya existencia parecía acabada, que habían sobrevivido a sus poseedores naturales, a su siglo, a su tiempo, a sus modas, para ser comprados como curiosidades por las nuevas generaciones!

Mi ternura por las chucherías volvió a despertarse en aquella ciudad de anticuarios. Pasaba de un comercio a otro, atravesando en dos zancadas los puentes de cuatro tablas podridas tendidos sobre la nauseabunda corriente del "agua de Robec".

¡Misericordia! ¡Qué sacudida! En el extremo exterior de una bóveda atiborrada de objetos, que parecía la entrada de las catacumbas de un cementerio de muebles antiguos, vi de pronto uno de mis más hermosos armarios. Me acerqué todo tembloroso, tan tembloroso que no me atreví a tocarlo. Adelanté la mano, y me quedé vacilando. Sin embargo, era el mismo: un armario Luis XIII, único, que cualquiera que lo hubiese visto una vez lo identificaría. Dirigí de pronto los ojos más hacia el interior, hacia las más lóbregas profundidades de aquella galería, y distinguí tres de mis sillones tapizados, y más adentro aún, mis dos cuadros Enrique II, tan raros que hasta de París venían a verlos.

¡Figúrense! ¡Figúrense cuál sería el estado de mi alma!

Me adelanté, atónito, agonizante de emoción, pero me adelanté, porque soy valiente; me adelanté como pudiera penetrar un caballero de las épocas tenebrosas en una mansión de sortilegios. Paso a paso fui encontrando todo lo que me había pertenecido: mis candelabros, mis libros, mis cuadros, mis tapicerías, mis armas, todo, menos el escritorio que llevaba mis cartas, al que no vi por parte alguna.

Anduve de un lado para otro, bajando a galerías oscuras para en seguida subir a los pisos superiores. Estaba solo. Llamaba, pero nadie contestó. Estaba solo; no había nadie en aquella casa inmensa y tortuosa como un laberinto.

Se echó encima la noche, y tuve que sentarme, en medio de aquellas tinieblas, en una de mis sillas, porque no quería marcharme de allí. De cuando en cuando gritaba:

-¿Hay alguien en casa? ¿Hay alguien en casa? ¿No hay nadie?

Llevaría más de una hora cuando oí pasos, unos pasos callados, lentos, que no podía precisar en dónde sonaban. Estuve a punto de echar a correr, pero poniéndome rígido volví a llamar otra vez y distinguí una luz en la habitación de al lado.

-¿Quién anda ahí? -preguntó una voz.

-Es muy tarde para entrar de ese modo en un comercio.
Volví a decir:
-Estoy esperándolo desde hace más de una hora.
-Podía usted volver mañana.
-Mañana me habré marchado ya de Ruán.
Yo no me atrevía a avanzar y él no venía hacia mí. Seguía viendo el resplandor de su luz, que se proyectaba sobre un tapiz en el que dos ángeles volaban por encima de los cadáveres de un campo de batalla. También era de mi propiedad. Le dije:
-¿Viene usted o no?
Él me contestó:
-Lo estoy esperando.
Me levanté y fui hacia donde él estaba.
En el centro de una habitación muy espaciosa había un hombrecito muy pequeño y muy grueso, grueso como un fenómeno, como un repugnante fenómeno.

Salí y él me acompañó a la calle con mucha cortesía. Acto seguido, me dirigí a la Comisaría Central de Policía y relaté al comisario el robo de mis muebles y el descubrimiento que acababa de hacer.

Tenía una barba extravagante, de pelos desiguales, ralos y amarillentos, pero no tenía ni un solo pelo en la cabeza. ¡Ni un solo pelo! Como sostenía la vela encendida a todo lo que daba su brazo para verme a mí, su cráneo me hizo el efecto de una luna pequeña en aquella inmensa habitación atiborrada de muebles viejos. Tenía la cara arrugada y como entumecida, y no se le distinguían los ojos. Regateé el precio de tres sillas, que eran de mi propiedad, y le pagué por ellas en el acto una fuerte cantidad, sin dar más que el número de mi habitación en el hotel. Deberían entregármelas al

En el acto solicitó informes por telégrafo al juzgado que había instruido las diligencias en aquel robo, rogándome que tuviese a bien esperar la contestación. Le llegó al cabo de una hora, y fue completamente satisfactoria para mí. Entonces me dijo:

- -Voy a mandar a que detengan a ese hombre para proceder en seguida a interrogarlo, porque pudiera ser que hubiese concebido alguna sospecha, haciendo desaparecer lo que es propiedad de usted. Vaya a cenar y vuelva dentro de un par de horas; lo retendré aquí para someterlo a un nuevo interrogatorio en presencia de usted.
- -Encantado, señor; se lo agradezco de todo corazón.

día siguiente antes de las nueve de la mañana.

Cené en mi hotel, con mejor apetito del que me había imaginado. Estaba de bastante buen humor. Le habíamos echado el guante.

Al cabo de dos horas me presenté de nuevo ante el funcionario de policía, que me estaba esperando.

- -Verá usted, caballero -me dijo en cuanto me vio- No hemos dado con nuestro hombre. Mis agentes no han podido echarle el guante.
- -¿Cómo ha sido eso?

Yo contesté:

-Un comprador.

Me replicaron.

Me sentí desfallecer.

- -¿Pero han encontrado la casa, verdad? -seguí preguntando.
- -Desde luego. Será vigilada hasta que él regrese. Porque ha desaparecido.
- -¿Que ha desaparecido?

-Desaparecido. Acostumbra pasar las noches en casa de una vecina, chamarilera también, una especie de bruja, la viuda de Bidoin. Dice que no lo ha visto esta noche y que no puede dar dato alguno sobre su paradero. Habrá que esperar hasta mañana.

Me marché. ¡Qué siniestras, inquietantes y espectrales me parecieron las calles de Ruán!

Dormí muy mal, con un sueño interrumpido por pesadillas.

Al día siguiente, para que no me creyesen demasiado intranquilo ni precipitado, esperé hasta las diez antes de presentarme en la comisaría.

El chamarilero no había sido visto y su almacén seguía cerrado aún.

El comisario me dijo:

-He dado todos los pasos necesarios. El juzgado está al corriente del asunto; vamos a ir juntos a ese comercio, lo haré abrir y usted me indicará todo lo que es suyo.

Un cupé nos llevó hasta la casa. Delante del comercio había algunos guardias con un cerrajero. Se abrió la puerta.

Pero, una vez dentro, no vi ni mi armario ni mis sillones ni mis mesas ni nada, absolutamente nada del mobiliario de mi casa, siendo que la noche anterior no podía dar un paso sin tropezar con alguno de los objetos de mi pertenencia.

El comisario central, sorprendido, me miró al principio con desconfianza.

-Pues, señor -le dije-, la desaparición de estos muebles coincide de un modo extraño con la del comerciante.

Se sonrió:

-Es cierto. Hizo usted mal en comprar y pagar ayer noche aquellas sillas, porque con eso le dio usted la alerta.

Yo agregué:

- -Lo que me parece incomprensible es que todos los espacios que anoche ocupaban mis muebles están ahora ocupados por otros.
- -Eso no es extraño -contestó el comisario-, porque ha dispuesto de toda la noche y seguramente de cómplices. Esta casa debe tener comunicación con las de al lado. Descuide usted, señor; me voy a ocupar con gran interés de este asunto. No andará suelto mucho tiempo el ladrón, porque vigilamos su guarida.

¡Ah, mi corazón, mi pobre corazón, cómo palpitaba!

Permanecí quince días en Ruán, pero nuestro hombre no volvió. ¿Por qué? ¿Quién podía ponerle obstáculos o sorprenderlo?

El decimosexto día recibí de mi jardinero, que había quedado para guardar la casa saqueada, esta carta tan extraña:

"Señor:

"Tengo el honor de informarle que ha ocurrido, durante la noche pasada, algo que no entiende nadie, y mucho menos la policía. Han vuelto todos los muebles, todos sin excepción; hasta los objetos más pequeños. La casa se encuentra hoy dispuesta exactamente como lo estaba la víspera del robo. Es para volverse loco. Esto ha ocurrido la noche del viernes al sábado. Igual que el día de su desaparición, los caminos están llenos de huellas, como si hubiesen arrastrado todas las cosas, desde la entrada del jardín hasta la puerta de la casa.

"Quedamos esperando al señor, de quien soy humilde servidor.

Felipe Raudin"

¿Volver yo? ¡Eso sí que no! ¡Eso sí que no! ¡Eso sí que no! Llevé la carta al comisario de Ruán, quien me dijo:

-Es una devolución muy hábil. Nos haremos el muerto y le pondremos la mano encima a nuestro hombre cualquier día de estos.

Pero no le echaron el guante. No, señor. No le echaron el guante, y le tengo miedo, igual que si fuese una fiera que han soltado para que me persiga.

Nadie lo encuentra, nadie puede encontrar a aquel monstruo con el cráneo de luna. Nadie le echará el guante jamás. No volverá a su casa. ¡Bastante le importa a él su casa! Yo soy el único que podría dar con él, pero no quiero.

¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero!

Y aun en el supuesto de que volviese y entrase en su comercio, ¿quién va a probarle que mis muebles estaban allí? No hay en contra suya más que mi testimonio, y me doy perfecta cuenta de que empieza a ser sospechoso.

¡Cómo iba yo a poder vivir así! Tampoco podía guardar el secreto de lo que han visto mis ojos. No me era posible seguir viviendo como una persona cualquiera, con el temor de que esos hechos se repitiesen cualquier día.

Vine a ver al médico que dirige esta casa de salud y se lo he referido todo.

Al cabo de un largo interrogatorio, me dijo:

- -¿Tendría usted inconveniente, caballero, en permanecer aquí algún tiempo?
- -Me quedaré gustosísimo.
- -¿Quiere usted un pabellón independiente?
- -Sí, señor.
- -¿Desea recibir a algunos amigos?
- -No, señor; a nadie. El hombre de Ruán podría tratar de llegar hasta aquí mismo con idea de vengarse...

Y desde hace tres meses vivo solo, solo, absolutamente solo. Estoy casi tranquilo. Un miedo tengo, sin embargo: que el anticuario se vuelva loco..., y que lo traigan a este asilo... Ni las cárceles son seguras.

### Recuerdo

...Desde la víspera no habíamos comido nada. Durante todo el día, permanecimos ocultos en un granero, apretados unos contra otros para tener menos frío, los oficiales mezclados con los soldados, y todos reventados de cansancio.

Algunos centinelas, tumbados en la nieve, vigilaban los alrededores de la granja abandonada que nos servía de refugio con el fin de evitarnos cualquier sorpresa. Se les relevaba de hora en hora, para que no se adormeciesen.

Aquellos de nosotros que podían dormir, dormían; los demás permanecían inmóviles, sentados en el suelo, cruzando alguna frase con sus vecinos de vez en cuando.

Desde hacía tres meses la invasión, como un mar desbordado, entraba por todas partes. Eran grandes oleadas de hombres que llegaban unas tras otras, sembrando en torno a ellas una espuma de merodeadores.

En cuanto a nosotros, reducidos a doscientos francotiradores de los ochocientos que éramos un mes antes, nos batíamos en retirada, rodeados de enemigos, cercados, perdidos. Necesitábamos, antes del día siguiente, llegar a Blainville, donde esperábamos encontrar aún al general C... Si no conseguíamos recorrer por la noche las doce leguas que nos separaban de la ciudad, o si la división francesa se había alejado, ¡adiós toda esperanza!

No podíamos marchar de día, pues la campiña estaba infestada de prusianos.

A las cinco de la tarde oscurecía, con esa oscuridad macilenta de la nieve. Los mudos copos blancos caían, caían, sepultándolo todo bajo una gran sábana helada, que seguía espesándose bajo la innumerable multitud y la incesante acumulación de los vaporosos trozos de aquella guata de cristal.

A las seis el destacamento se puso en marcha.

Cuatro hombres avanzaban de exploradores, solos, trescientos metros por delante. Después venía un pelotón de diez hombres al mando de un teniente, y después el resto de la tropa, en bloque, en desorden, según el cansancio y la largura de los pasos. A cuatrocientos metros, a los flancos, algunos soldados iban de dos en dos.

El blanco polvo que caía de las nubes nos revestía por entero, no se fundía sobre los quepis ni sobre los capotes, nos convertía en fantasmas, como espectros de soldados muertos.

A veces descansábamos unos minutos. Sólo se oía entonces ese deslizamiento confuso de la nieve que cae, ese rumor casi inasible que forma el entremezclarse de los copos. Algunos hombres se sacudían, otros no se movían. Después circulaba una orden en voz baja. Nos echábamos los fusiles al hombro y, con paso extenuado, reanudábamos la marcha.

De pronto los exploradores se replegaron. Algo les preocupaba. Circuló la palabra «¡alto!». Había un gran bosque ante nosotros. Seis hombres salieron de reconocimiento. Esperábamos entre un silencio lúgubre.

De repente un grito agudo, un grito femenino, esa desgarradora y vibrante nota que ellas lanzan en sus terrores, atravesó la noche espesada por la nieve.

Al cabo de unos minutos trajeron dos prisioneros, un viejo y una jovencita.

El capitán los interrogó, siempre en voz baja:
-¿Cómo se llama?
-Pierre Bernard.
-¿Profesión?
-Cantinero del conde de Roufé.
-¿Es hija suya?
-Sí.
-¿Qué hace?

-Es costurera en el castillo.

- -¿Y por qué vagabundean así, de noche, vive Dios?
- -Nos ponemos a salvo.
- -¿Por qué?
- -Han pasado esta tarde doce fulanos. Fusilaron a tres guardias y ahorcaron al jardinero. Yo temí por la pequeña.
- -¿A dónde van?
- -A Blainville.
- -¿Por qué?
- -Porque dicen que allí hay un ejército francés.
- -¿Conocen el camino?
- -Perfectamente.
- -Basta con eso. Quédese a mi lado.

Y se reanudó la marcha campo a través. El viejo, silencioso, seguía al capitán. Su hija se arrastraba junto a él. De repente ella se detuvo.

-Padre -dijo-, estoy tan cansada que no puedo seguir adelante.

Y cayó al suelo. Temblaba de frío y parecía a punto de morir. Su padre quiso llevarla, pero ni siquiera pudo levantarla.

El capitán pateaba, juraba, furioso y apiadado.

-¡Maldita sea, no puedo dejarlos reventar aquí!

Se habían alejado algunos hombres; regresaron con ramas cortadas. En un minuto quedó preparada una camilla.

El capitán se enterneció:

-¡Maldita sea! ¡Ha sido un detalle amable! Vamos, muchachos, ¿quién presta ahora su capote? Es para una mujer, ¡vive Dios!

Veinte capotes fueron desabrochados de golpe y arrojados sobre la camilla. En unos segundos la joven, envuelta en aquellas cálidas ropas de soldado, se encontró alzada por seis robustos brazos que la llevaban.

Volvimos a emprender la marcha, como si hubiéramos tomado un trago de vino, más gallardos, más alegres. Incluso circulaban bromas, y se despertaba esa alegría que la presencia de una mujer infunde siempre en la sangre francesa.

Los soldados ahora marcaban el paso, canturreaban toques de trompeta, caldeados de pronto. Y un viejo francotirador, que seguía a la camilla, esperando su turno para reemplazar al primer camarada que flaqueara, le abrió su corazón a su vecino.

-Ya no soy joven, pero no hay como el sexo, condenado tunante, para reanimarnos de los pies a la cabeza.

Hasta las tres de la madrugada avanzamos casi sin descansar; pero, bruscamente, como un jadeo, se susurró de nuevo la voz de mando:

-¡Alto!

Después, casi por instinto, todo el mundo se pegó al suelo.

Allá abajo, en medio de la llanura, algo se movía. Parecía correr, y como la nieve ya no caía, se distinguía vagamente, muy lejos aún, una apariencia de monstruo que se alargaba como una serpiente, y después, de repente, parecía empequeñecerse, hacerse una bola, extenderse de nuevo con rápido impulso, se detenía de nuevo, y se ponía otra vez en marcha sin cesar.

Entre los hombres tumbados corrieron órdenes susurradas; de vez en cuando chasqueaba un ruidito seco y metálico.

Bruscamente la forma errante se aproximó, y vimos venir a trote largo, uno detrás de otro, doce ulanos perdidos en la noche.

Estaban tan cerca ahora que se oía el resoplar de los caballos, y el sonido de chatarra de las armas, y el crujido del cuero de las sillas.

Entonces, la sonora voz del capitán gritó:

-¡Fuego, vive Dios!

Y cincuenta disparos de fusil rompieron el silencio helado de los campos; cuatro o cinco detonaciones retrasadas partieron todavía, y después otra, totalmente sola, la última; y cuando se disipó la ceguera de la pólvora inflamada, vimos que los doce hombres, con nueve caballos, habían caído. Tres animales huían a un galope loco, y uno arrastraba detrás, colgado del estribo por el pie, y dando tumbos, el cadáver de su jinete.

El capitán gritó, gozoso:

-Doce menos, ¡vive Dios!

Un soldado, del grupo, respondió:

-¡Y otras tantas viudas!

Otro añadió:

-No se necesita mucho tiempo para dar el salto.

Entonces, del fondo de la camilla, bajo el montón de capotes, salió una vocecita soñolienta:

-¿Qué pasa, padre? ¿Por qué disparan?

El viejo respondió:

-No es nada. Duerme, pequeña.

Y reanudamos la marcha.

Caminamos aún cerca de cuatro horas.

El cielo palidecía; la nieve se volvía clara, luminosa, reluciente; un viento frío barría las nubes; y un pálido rosa, como un débil lavado de acuarela, se extendía hacia oriente.

Una voz lejana gritó de pronto:

-¿Quién vive?

Le respondió otra voz. Todo el destacamento hizo alto. Y el propio capitán se adelantó.

Esperamos mucho tiempo. Después reanudamos el avance. Pronto divisamos una casucha y, ante ella, un puesto francés, arma al brazo. Un comandante a caballo nos miraba desfilar. De repente preguntó:

-¿Qué llevan ustedes en esas parihuelas?

Entonces los capotes se movieron; se vieron salir primero dos pequeñas manos que los apanaban, después una cabeza despeinada, rodeada por una nube de cabellos, pero que sonreía y respondía:

-Soy yo, señor, he dormido muy bien. No tengo frío.

Una carcajada estalló entre los hombres, una risa de viva satisfacción; y como un entusiasta, para expresar su alegría, vociferó «¡Viva la República!», toda la tropa, como asaltada por la locura, repitió frenéticamente: «¡Viva la República!»

\*\*\*

Han transcurrido doce años.

La otra noche, en el teatro, la fina cabeza de una joven rubia despertó en mí un confuso recuerdo, un recuerdo obsesivo, pero indefinible. Pronto me turbó de tal manera el deseo de saber el nombre de aquella mujer, que se lo pregunté a todo el mundo.

Alguien me dijo:

-Es la Vizcondesa de L..., hija del Conde de Roufé.

Y todos los detalles de aquella noche de guerra se alzaron en mi memoria, tan claros que se los conté inmediatamente, a fin de que los escribiera para el público, a mi vecino de butaca y amigo, que firma  $\textit{Maufrigneuse}^1$ .

# Restos del naufragio

Me gusta el mar en diciembre, cuando los extranjeros se han marchado, pero me gusta, lógicamente, de un modo sobrio. Acabo de pasar tres días en lo que se llama una ciudad costera.

En el pueblo, tan lleno de parisinos no hace mucho, tan ruidoso y alegre, no hay más que pescadores que pasan en grupo, caminando con pesadumbre, con sus grandes botas marineras, el cuello envuelto por la lana, llevando en una mano una botella de aguardiente y en la otra la linterna del barco. Las nubes llegan del norte y corren alocadas en un cielo ensombrecido; el viento sopla. Las extensas redes están extendidas en la arena, cubierta de restos devueltos por las olas. Y la playa tiene un aspecto penoso, ya que los botines de las mujeres ya no dejan marcados los profundos agujeros de sus altos tacones. El mar, gris y frío, con un borde espumoso, sube y baja sobre este arenal desierto, ilimitado y sinjestro.

Al llegar el atardecer, todos los pescadores llegan a la misma hora. Dan vueltas durante largo tiempo alrededor de las barcazas encalladas, que semejan pesados peces muertos; guardan en sus bolsas pan, algo de mantequilla, un vaso, luego empujan hacia el agua la pesada mole que pronto se balancea, abre sus alas marrones y desaparece en la noche, con una pequeña luz en el extremo del mástil. Unos grupos de mujeres que habían permanecido hasta la salida del último pescador, regresan al pueblo adormecido, y sus voces turban el profundo silencio de las calles apaciguadas.

Yo mismo iba a regresar cuando divisé un hombre: estaba solo, envuelto en un abrigo oscuro; caminaba deprisa y recorría con la mirada la extensa soledad del arenal, escrutando el horizonte, buscando a alguien.

Me vio, se acercó, me saludó y lo reconocí horrorizado. Me iba a dirigir la palabra, sin duda, pero otras personas hicieron su aparición. Llegaban apretadas para tener menos frío. El padre, la madre, las tres hijas; todo el conjunto ataviado con gabanes, impermeables antiguos, mantones de los que se entreveía nada más que la nariz y los ojos. El padre estaba enrollado en una manta de viaje, que le subía hasta la cabeza. Entonces el paseante solitario se encaminó hacia ellos; fuertes apretones de manos fueron intercambiados y se pusieron a andar con idas y venidas en la terraza del casino, ahora cerrado.

¿Quiénes son estas gentes que habían permanecido ahí cuando todo el mundo se había marchado?

Son los restos del naufragio del verano. Cada playa tiene los suyos.

El primero es un gran hombre. Entendámonos, un gran hombre de esos que se bañan en el mar. Un grupo numeroso.

Quién de nosotros que, llegando en pleno verano a lo que se da en llamar "una ciudad costera", no ha encontrado un amigo cualquiera o un simple conocido llegado hace algún tiempo y que conoce todos los rostros, los nombres, todas las historias, todos los cotilleos.

Damos juntos una vuelta por la playa. De repente encontramos un señor de frente, observando cómo los demás bañistas se dan la vuelta para contemplarlo de espaldas. Parece una persona muy importante; sus cabellos largos, cubiertos artísticamente con una boina de marinero, ensucian algo el cuello de su chaquetón; se contornea andando rápido, los ojos vacíos, como si se dedicara a un trabajo mental importante, y se diría que está como en su casa, que se sabe simpático. En definitiva, está posando.

Nuestro compañero nos presiona el brazo:

-Es Rivoil

Preguntamos ingenuamente:

-¿Quién es Rivoil?

Nuestro amigo se para bruscamente y nos mira a los ojos fijamente, indignado:

-¡Ah!, ¿De dónde sales, querido amigo? ¿No conoces a Rivoil, el violinista? ¡Esto es muy fuerte! Pero si es un artista de primera categoría, un genio, no se puede ignorarlo.

Uno se calla, ligeramente humillado.

Cinco minutos más tarde, se trata de una persona pequeña y fea como un oso, obesa, sucia, con gafas y un aire estúpido; este es Prosper Glosse, el filósofo que toda Europa conoce. De Baviera o suizo-alemán naturalizado, su origen le permite hablar un francés un tanto vulgar, el equivalente a aquel que le ha servido para escribir un volumen de inconcebibles bobadas con el título de *Mélanges* . Fingimos no ignorar nada de la vida de este macaco del que nunca

habíamos oído hablar.

Nos tropezamos también con dos pintores; un hombre de letras, redactor de un periódico ignorado; y también con un jefe de oficina del cual se dice: "Es el señor Boutin, director del ministerio de obras públicas. Se encarga de uno de los servicios más importantes de la Administración: la sección de caraduras. No se compra una cerradura para los edificios públicos sin que el asunto pase por sus manos."

Aquí están los grandes hombres; y su renombre se debe únicamente a la regularidad de sus regresos. Desde hace doce años aparecen regularmente por la misma fecha; y como todos los años algunos bañistas del año anterior regresan, heredándose de un verano para otro esas reputaciones locales que, por efecto del tiempo, han llegado a ser verdaderas celebridades, eclipsando en la playa elegida a todas las reputaciones pasajeras.

Sólo una clase de hombres los hace estremecer: los académicos; y cuanto más desconocido sea, más temida será su llegada. Estalla en la ciudad costera como un obús.

Uno está preparado siempre para la llegada de un hombre famoso. Pero el anuncio de un académico que todos desconocen produce el efecto súbito de un descubrimiento arqueológico sorprendente. Uno se pregunta: "¿Qué ha hecho? ¿Quién es?" Todos hablan del asunto como si hubiese que dar solución a un jeroglífico, y el interés que suscita se incrementa cuanto menos se sepa de él.

Este es el enemigo. Y la lucha se inicia entre el gran hombre oficial y el gran hombre local.

Cuando los bañistas se marchan, queda el gran hombre; permanece mientras quede una sola familia. Aún por unos días será un gran hombre para esta familia. Esto le basta.

Y también permanece igualmente una pobre familia de la ciudad vecina con tres hijas casaderas. La familia viene cada verano; y las señoritas Bautamé son tan conocidas en el lugar como el gran hombre. Desde hace diez años protagonizan su particular "pesca" del marido (sin resultados por otra parte) al igual que los marineros hacen su temporada del arenque. Pero envejecen. Los habitantes del pueblo conocen su edad y lamentan su soltería. Son bien afables, sin embargo.

Y así, después de la huida del mundo elegante, cada otoño la familia y el hombre famoso se reencuentran cara a cara. Permanecen ahí un mes, dos meses, viéndose cada día, y sin decidirse a dejar la playa en la cual viven sus sueños. En la familia hablan de él como si fuera Víctor Hugo; a menudo cena con ellos en el hotel triste y vacío.

Él no es bello, ni joven ni adinerado. Pero aquí, en la región, es Monsieur Rivoil, el violinista. Cuando se le pregunta por qué no regresa a París, allí donde le esperan tantos éxitos, responde de modo rutinario: "A mí me encanta la naturaleza solitaria. Esta región me gusta sólo cuando se queda desierta".

Un marinero que me había reconocido, se me acercó. Después de hablarme de la pesca que no estaba en sus mejores momentos, que el arenque se había vuelto escaso en aquellos parajes, que los de Terra-Nova habían regresado y de la cantidad de bacalao recogido, me mostró con un guiño a los paseantes, y añadió:

-"¿Sabe que Monsieur Rivoil se va a casar con la última de las señoritas Bautané.?

En efecto, paseaba solo a su lado, detrás del conjunto familiar.

Y me sobrecogí pensando en esos restos de naufragio de la vida, en esos tristes seres perdidos, en ese matrimonio "fuera de temporada" después de esa última esperanza esfumada, en ese gran hombre "de bisutería", aceptado como un ruiseñor por esa incauta muchacha, la cual, sin él, habría sido prontamente una mujer como el pescado salado lo es al fresco.

Y cada año, similares reuniones han tenido lugar, acabada la temporada en esas ciudades costeras abandonadas.

Animo, ánimo jóvenes doncellas Buscad marido frente al mar.

Decía el poeta.

Desaparecieron en la oscuridad.

La luna ascendía en el cielo; primero roja, luego palidecía a medida que iba subiendo, y proyectaba sobre la espuma de las olas unos pálidos resplandores, a veces apagados, a veces iluminados.

El ruido monótono del reflujo estremecía el espíritu, y una tristeza desmesurada me llegaba de la soledad infinita de la tierra, del mar y del cielo.

De repente, unas voces jóvenes me despertaron y dos chicas altas, descomunales, aparecieron inmóviles mirando el océano. Sus cabellos volaban al viento; y enfundadas en impermeables grises, semejaban postes telegráficos que hubieran tenido melenas.

Reconocí unas inglesas.

De todos los restos del naufragio, esos son los más abaneados.

En todos los confines de la tierra los hay varados, están presentes en todas las ciudades por las que la gente pasa.

Se reían con su risa grave, hablaban alto con voces de hombres serios, y me preguntaba que singular placer tienen estas chicas que uno encuentra por doquier en las playas desiertas, en los bosques profundos, en las ciudades ruidosas y en los grandes museos llenos de obras de arte; en experimentar la contemplación sin pausa de cuadros, monumentos de largos paseos melancólicos y olas algodonosas bajo la luna sin jamás llegar a comprenderlo totalmente.

## ¡Salvada!

La Marquesa de Reunedón entró como una exhalación y empezó a reír a carcajadas, con toda la fuerza de sus pulmones, con tantas ganas como se reía un mes antes, al anunciar a su amiga que acababa de engañar a su marido para vengarse, nada más que para vengarse, y por una sola vez, porque verdaderamente el Marqués, su esposo, era tan estúpido como celoso

La Baronesa de la Grangerie dejó sobre el diván el libro que leía y miró a Julia con curiosidad, contagiada por la alegría de su amiga.

- -¿Qué has hecho, vamos a ver, qué has hecho? -le preguntó.
- -¡Oh!... querida mía... querida mía... es curioso, curiosísimo... Figúrate que ¡me he salvado!... ¡me he salvado!... ¡me he salvado!... ¡Sí; salvado!
- -¿Pero de qué? ¿Cómo salvado?
- -¡De mi marido, hija mía, de mi marido! ¡Ya estoy libre!...
- -¿Libre?... ¿En qué?...
- -¿En qué?...¡Oh, el divorcio!...¡Sí, ya tengo en mi mano el divorcio!
- -¿Te has divorciado?
- -No, mujer, no; ¡qué cosas tienes! ¡No se divorcia una en tres horas! ¡Pero tengo pruebas... pruebas de que me era infiel... un fragante delito... ya lo he conseguido!...
- -¡Ay, cuéntame, cuéntame! ¿De modo que te engañaba?
- -Sí... es decir, no... sí y no... no lo sé. En fin, tengo pruebas, que es lo esencial.
- -¿Pero qué ha sucedido?
- -¿Qué ha sucedido? Pues ahora verás... Te aseguro que lo he hecho bien... ¡bien!... Desde hace tres meses mi marido estaba insoportable, odioso, brutal, grosero, déspota, innoble, en fin. "Esto no puede seguir así", me decía a mí misma, "el divorcio se impone, pero ¿cómo?" La cosa no era fácil de obtener. He hecho todo lo posible para que me pegara: no lo he podido conseguir. Me contrariaba desde por la mañana hasta la noche, me obligaba a salir cuando yo no quería, a quedarme en casa cuando yo deseaba salir; me hacía la vida imposible durante todos los días de la semana, pero no me pegaba. Entonces traté de averiguar si tenía querida. Sí, en efecto, tenía una; pero tomaba todo género de precauciones para ir a su casa. Era punto menos que imposible sorprenderlos juntos. Entonces, ¿sabes lo que he hecho?
- -¡Que sé yo!
- -¡Claro, cómo lo has de saber! He rogado a mi hermano que me proporcionara un retrato de esa mujerzuela.
- -¿De la querida de tu marido?
- -Sí. Al día siguiente, y mediante quince luises, había conseguido el retrato y el original... Y es guapa ¡vaya! Y mi hermano Jacobo me ha dado interesantes detalles sobre su talle, el color de sus cabellos... sobre mil cosas...
- -No comprendo el interés que tenías...
- -Ahora verás. Cuando supe todo lo que quería saber, me fui... ¿cómo diré? a casa de... de un hombre de negocios... ya sabes... de esos hombres que se dedican a toda especie de negocios... agentes de... publicidad y de complicidad... de esos hombres... en fin, ya comprendes.
- -¡Ya, ya! ¿Y qué le has dicho?
- -Pues me fui a su casa y enseñándole la fotografía de Clarisa (así se llama) le dije:
- "-Caballero, necesito una criada que se parezca a este retrato. Es preciso que sea bonita, elegante, fina, limpia. La pagaré lo que quiera; no reparo en el precio. La tendré a mi servicio tres meses todo lo más.
- "El hombre aquel me preguntó, con un aire algo asombrado:

- "-¿Desea usted que esa persona sea irreprochable?
- "Yo me puse colorada y contesté:
- "-Sí; en cuanto a probidad.
- "El hombre continuó:
- "-¿Y en cuanto a... costumbres?...
- "Yo no me atreví a responder; sólo tuve valor para hacer un signo con la cabeza que quería decir: no. Pero de pronto comprendí que el agente tenia una horrible sospecha y exclamé precipitadamente, avergonzada por la malicia de aquel hombre:
- "-¡Oh, caballero... es para mi marido, que me es infiel, que me engaña fuera de mi casa... y yo quiero que me engañe en mi propio domicilio... para sorprenderlo. ¿Comprende usted?
- "El hombre de negocios se echó a reír y en la mirada que me dio comprendí que me había devuelto su estimación, hasta el punto de que estoy segura que, en aquel momento, sentía ganas de estrecharme la mano.
- "-Dentro de ocho días -me dijo- tendré lo que usted necesita; Si no reúne las condiciones deseadas se cambiará por otra. No respondo del éxito. Usted me pagará después de que el asunto esté del todo terminado. De modo que esta fotografía representa la querida de su señor esposo de usted?
- "-Sí, señor.
- "-Es guapa... delgada... bien; ¿y el perfume?
- "Yo no comprendí al principio su pregunta.
- "-¿Cómo el perfume?-dije.
- "Él continuó sonriendo.
- "-Sí, señora; el perfume es esencial para seducir a un hombre, porque le inspira inconscientes recuerdos que lo colocan en excelentes disposiciones. El perfume establece oscuras confusiones en su espíritu, lo turba y lo enerva, recordándole sus placeres. También nos convendría saber lo que su señor esposo de usted tiene costumbre de comer cuando está en compañía de esa señora. De esa manera podría usted servirle los mismos platos el día señalado para la sorpresa. ¡Oh, son nuestros, señora, son nuestros!
- "Me marché contentísima, encantada. Decididamente había tenido la suerte de encontrar en aquel agente un hombre inteligentísimo.
- "Tres días después vi llegar a mi casa una muchacha alta, morena, muy guapa, con un aire atrevido y modesto al mismo tiempo, un aire de taimada que daba gusto verla.
- "Estuvo correctísima conmigo y yo, no sabiendo a punto fijo quién pudiera ser aquella mujer, la saludé llamándola 'señorita'. Entonces ella me dijo:
- "-¡Oh! La señora me puede llamar Rosa, sencillamente.
- "Y comenzamos a hablar.
- "-Y bien, Rosa, usted sabe para qué viene usted a mi casa?
- "-Lo sospecho, señora.
- "-Muy bien... ¿Y eso... le... le disgusta... a usted?
- "-¡Oh! Señora, con éste será el octavo divorcio que habré facilitado; ya estoy acostumbrada.
- "-Entonces perfectamente. Le hace a usted falta mucho tiempo para conseguir... la cosa?
- "-¡Ah! Eso depende absolutamente del carácter del señor. Cuando lo haya visto a solas durante cinco minutos, podré responder exactamente a la señora.
- "-Va usted a verle en seguida, hija mía; pero le advierto a usted que es bastante feo.

- "-¡Bah! Eso no me importa, señora. Ya he separado a algunos que eran horrorosos. Pero... me permitiré preguntar a la señora si se ha informado del perfume...
- "-Si, querida Rosa: la verbena.
- "-Tanto mejor, señora; me gusta mucho ese olor. La señora puede decirme si la... amiga del señor gasta ropa interior de seda?
- "-No, hija mía; de batista con encajes.
- "-¡Oh! Entonces se trata de una persona distinguida. La seda va haciéndose cursi.
- "-¡Es verdad! Tiene usted razón, Rosa.
- "-Si la señora me lo permite voy a empezar mi servicio.
- "Y, en efecto, comenzó a ocuparse de los quehaceres de la casa, como si en su vida no hubiera hecho otra cosa.
- "Una hora después volvió mi marido. Rosa no levantó siquiera los ojos hacia él; pero... él sí los levantó hacia ella. Rosa olía a verbena a una legua de distancia.
- "Al cabo de cinco minutos Rosa salió.
- "Mi marido me preguntó en el acto:
- "-¿Quién es esa muchacha?
- "-Mi nueva doncella.
- "-¿Quién te la ha recomendado?
- "-La Baronesa de la Grangerie me la ha enviado con los mejores informes.
- "-¡Ah!; es bastante mona, ¿eh?
- "-¿Tú encuentras?...
- "-¡Psch... para una criada!
- "Aquella misma noche Rosa me dijo:
- "-Puedo asegurar a la señora que el asunto no durará más de quince días. ¡El señor es muy fácil!
- "-¡Ah! ¿Ha ensayado usted ya?
- "-No, señora; pero eso se nota a primera vista. He comprendido que tenía ganas de besarme al pasar a mi lado.
- "-¿No le ha dicho a usted nada?
- "-No, señora. Me ha preguntado solamente cuál era mi nombre... para oír de ese modo el timbre de mi voz.
- "-Muy bien, Rosa, muy bien; vaya usted tan rápido como pueda.
- "-Descuide la señora. No resistiré más que el tiempo necesario...
- "Al cabo de ocho días mi marido apenas salía de casa. Lo veía a todas horas por los pasillos; y lo que había de más significativa en su conducta era que no me impedía a mí salir.
- "Y, por mi parte, vo estaba fuera casi todo el día... para... para dejarle el campo libre.
- "Al noveno día, Rosa, al tiempo de hacer mi toilette para acostarme, me dijo con un aire tímido y candoroso:
- "-Ya está, señora; desde esta mañana...
- "Al principio me sentí sorprendida, hasta un poco emocionada, no de la noticia, si no más bien de la manera en que Rosa me la dijo; y balbuceé:
- "-¿Y... y ha sucedido sin dificultades?...

- "-Oh, sin ninguna, señora... Desde hace tres días el señor se mostraba más solícito y más apremiante conmigo; pero yo no he querido ir demasiado de prisa. La señora tendrá la bondad de prevenirme para cuándo desea el flagrante delito.
- "-Sí, hija mía. Vamos a señalar el jueves.
- "-Muy bien, el jueves. A fin de interesarle más no le concederé nada al señor hasta ese día.
- "-¿Está usted segura del éxito, Rosa?
- "-Oh, segurísima; sí, señora. Emplearé los grandes recursos para tenerle entretenido hasta el momento preciso que la señora tenga a bien designarme.
- "-Bueno; entonces, el jueves a... las cinco de la tarde. ¿Le parece a usted bien?
- "-Perfectamente... ¿Y en qué sitio?
- "-Pues... en mi cuarto.
- "-Sea. En el cuarto de la señora, el jueves, a las cinco en punto.
- "Ya comprenderás lo que hice después de esa conversación. Fui primero a buscar a mi padre y a mi madre, luego a mi tío Orvelin, el presidente, y después a M. Raplet, el juez amigo de mi marido.
- "No les advertí lo que iban a presenciar. Los hice entrar a todos, andando de puntillas hasta la puerta de mi cuarto. Allí esperé a que fueran las cinco; las cinco en punto... ¡Oh! ¡Cómo me latía el corazón! Hice que subiera también el portero para tener un testigo más... Por último, en el momento en que empezó a sonar la campana del reloj... ¡pam! Abrí la puerta de par en par... ¡Ah, hija mía, qué escena! Qué cara... Si hubieras visto su cara... ¡Porque el muy imbéci! volvió la cara hacia nosotros!... ¡Yo me retorcía de risa!... Mi padre quería pegar a mi marido, mientras el portero lo ayudaba a vestirse... Allí delante de nosotros... ¡Delante de nosotros!.. ¡Y le abrochaba los tirantes!... ¡Estaba graciosísimo! ¡En cuanto a Rosa, perfecta... perfectísima!... Y lloraba... lloraba muy bien. Te aseguro que es una joya... ¡Te la recomiendo si alguna vez te encuentras en mi caso!

"Y aquí me tienes... que he venido a contarte inmediatamente el caso. ¡Ya soy libre! ¡Viva el divorcio!"

Y empezó a bailar en medio del salón, mientras la Baronesa, pensativa y preocupada, murmuraba:

-¿Por qué no me has invitado a ver eso?

## San Antonio

Lo llamaban "San Antonio" porque, además de llamarse Antonio, era bondadoso, alegre, bromista, buen bebedor y vigoroso perseguidor de mozas, a pesar de sus sesenta años.

Labriego en la comarca de Caux, de color arrebatado, ancho pecho y voluminoso vientre, parecía encaramado sobre sus largas piernas, excesivamente delgadas para las anchuras de su cuerpo.

Viudo, vivía sólo con su criada y dos criados en la casa de labranza cuyos trabajos dirigía, echando una mano en toda ocasión, atento siempre a sus conveniencias, muy entendido en sus asuntos, en la cría de ganados y en el cultivo de las tierras. Sus dos hijos y sus tres hijas, casados todos ventajosamente, vivían también en los contornos de Caux, y una vez al mes iban a comer con su padre. Su vigor era celebrado por cuantos lo conocían, repitiéndose allí, como un proverbio, esta frase: "Tal o cual es fuerte como 'San Antonio". Cuando llegó la invasión prusiana, "San Antonio", en la taberna, prometió comerse un ejército, porque era charlatán como un verdadero normando, bastante mandria y fanfarrón. Daba puñetazos en las mesas, que retemblaban haciendo saltar las tazas y los vasos, y gritaba, con el rostro enrojecido y la mirada socarrona, con la exaltación mentirosa de un hombre satisfecho:

-¡Voy a tragármelos! ¡ Por vida de...!

Imaginaba que los prusianos jamás llegarían a Tanneville; pero en cuanto supo que se habían apoderado ya de Rautot, se encerró en su casa y desde la ventana de la cocina miraba constantemente hacia la carretera, esperando el momento en que brillarían a distancia los fusiles.

Una mañana, mientras "San Antonio" almorzaba con sus criados, se abrió la puerta y apareció el señor Chicot, alcalde, seguido de un soldado que llevaba sobre la cabeza un casco negro con punta dorada. "San Antonio" se levantó de un brinco y sus criados lo miraron creyendo que se arrojaría sobre el prusiano para descuartizarlo; pero se limitó a ofrecer la mano al alcalde, que le decía:

-Un alojado para ti, "San Antonio". Han llegado por la noche. No hagas tonterías que pudieran comprometernos, pues amenazan con fusilar a todo el mundo y abrasarlo todo al menor desmán. Te lo aviso. Dale de comer; parece un buen muchacho. Adiós. Voy a hospedar a los otros. Hay para todos los vecinos.

Y se fue, dejando allí al soldado.

"San Antonio", lívido, miró a su prusiano. Era un buen mozo, grueso y blanco; tenía los ojos azules, el pelo rubio, mucha barba y una expresión idiota y tímida de infeliz. El malicioso normando lo comprendió al punto, y, tranquilizándose, le indicó por señas que tomase asiento. Luego le preguntó:

-¿Quieres comer?

El alemán no comprendía. Entonces Antonio tuvo un golpe de audacia, y poniéndole bajo las narices un plato lleno de comida, exclamó:

-Toma; trágate esto, cochino.

El soldado se puso a comer con ansia, mientras el campesino, comprendiendo que había reconquistado su reputación, hizo un guiño a sus criados, que ponían unas caras muy particulares, a un tiempo medrosos y con ganas de reír.

Cuando el soldado consumió lo que tenía en el plato, "San Antonio" le sirvió nuevamente, y el alemán hizo desaparecer la segunda ración con la misma ligereza; pero rechazó el tercer plato que le ofrecía el campesino con insistencia, repitiendo:

-Vaya, te cabe más en el vientre; quiero engordarte, quiero engordarte; quiero que seas el mayor de todos: mi cerdo.

Y el soldado, entendiendo solamente que le ofrecían más comida, satisfecho, reía e indicaba por señas que ya estaba lleno.

Entonces Antonio, con un movimiento familiar, le dio unos golpecitos en la barriga, diciendo:

-Sí que tiene repleta la panza, mi cerdo.

Y de pronto, retorciéndose de risa, se arrebató como si le amagara un ataque; ni pudo hablar. Una idea muy graciosa lo divertía, enloqueciéndolo.

-¡Claro que sí! ¡No me llaman San Antonio? San Antonio tiene un cerdito... Ahí tienen a mi cerdo.

Y los tres criados rieron a carcajadas.

El viejo estaba tan satisfecho, que hizo llevar aguardiente superior y todos bebieron. Brindaron con el prusiano, que se relamía para mostrar su agradecimiento, y "San Antonio" gritaba:

-¿Eh? Cosa fina. En la tierra de ustedes no beben así; no te dan aguardiente como éste, cerdo mío.

Desde aquel día no salió Antonio a la calle sin su prusiano. Había resuelto su problema, imaginando una venganza propia de su carácter socarrón. Y toda la comarca, poseída por el miedo, reía bárbaramente a espaldas de los vencedores, con la burla de "San Antonio". Verdaderamente, la broma no tenía igual; no había otro para inventar cosas como aquélla.

Recorría cada tarde varias casas de sus vecinos, apoyándose en el brazo del alemán, al que presentaba en todas partes alegremente, dándole unos golpecitos en el hombro:

-Ahí lo tienen: mi cerdo. Miren cómo engorda este animalito.

Y los campesinos lo admiraban. ¡Era tan bromista y tan ocurrente aquel maldito Antonio!...

- -Te lo vendo, César; pero has de pagármelo bien.
- -Te lo compro, Antonio, y te convido a comer las morcillas que hagamos.
- -Dale un tiento en la barriga y verás cómo tiene buena manteca.

Y todos guiñaban un ojo; pero sin atreverse a reír mucho, temiendo que, al fin, el prusiano adivinara la burla. Solamente Antonio, atreviéndose más de día en día, le pellizcaba los muslos diciendo:

-Magnífica manteca.

Le daba golpecitos en las nalgas, advirtiendo:

-Tocino superior.

Y lo alzaba entre sus brazos de viejo coloso, exclamando:

-Pesa ya seiscientos y no tiene merma.

Había establecido la costumbre de que dieran de comer a "su cerdo" en todas las casas adonde iba. Era la gran diversión de todos los días.

-Denle cualquier cosa; lo traga todo.

Y ofrecían al soldado pan y manteca, papas cocidas, guisado frío y embuchado; atreviéndose a decir:

-De tu propia carne; de carne de los tuyos.

El soldado, estúpido y dulzón, comía por no despreciar los ofrecimientos, que juzgaba corteses; agradecido a tantas atenciones, prefería una indigestión a una negativa, y engordaba mucho, hasta el punto de quedarle estrecho el uniforme, lo cual llenaba de gozo a "San Antonio" y le hacía exclamar:

-Cerdo mío, será necesario hacerte otra jaula.

Con todo esto, eran los mejores amigos del mundo, y cuando el viejo recorría la comarca resolviendo sus negocios, el prusiano lo acompañaba por el solo gusto de ir con él.

El tiempo era crudo; helaba fieramente, y el invierno de 1870 parecía lanzar sobre Francia todos sus rigores.

Antonio, que preparaba las cosas con tiempo y aprovechaba las ocasiones, previendo que le faltarían abonos para las labores de la primavera, compró el estercolero de un vecino que se hallaba necesitado. Convinieron que iría todas las tardes a llenar un carro, para trasladarlo poco a poco a su corral.

Diariamente, al anochecer, se ponía en camino hacia la masía de Los Sauces, distante media legua; "su cerdo" lo acompañaba. Y cada tarde resultaba más divertido el "pienso" que ofrecía al "animal". Todos los campesinos de las cercanías acudían allí como van a misa el domingo.

El soldado comenzó a recelar, y cuando todos reían bárbaramente, los miraba con inquietud; a veces asomaba la cólera a sus ojos.

Una tarde, cuando había comido hasta satisfacerse, negándose a tomar un bocado más, trató de levantarse para irse. Pero "San Antonio" lo detuvo, poniendo sus pesadas manos sobre los hombros del soldado y haciéndole sentar de nuevo con violencia tal, que la silla crujió, rompiéndose.

Aquello produjo una carcajada, y Antonio, radiante, ayudó a "su cerdo", que se incorporaba difícilmente, frotándolo como si lo curara, y dijo:

-Ya que no quieres comer, beberás. ¡Por vida de...!

Y fueron a buscar una botella de aguardiente.

El soldado lanzaba sobre todos miradas coléricas; pero, aguantándose, bebió, bebió cuanto le ofrecieron, y "San Antonio" le sostenía la cabeza con gran regocijo y algazara de los presentes.

El normando, rojo como un tomate y con los ojos encandilados, llenaba las copas y brindaba, paladeando:

-¡A tu salud!

El prusiano, sin decir una palabra, bebía una tras otra las copas de coñac.

Era una lucha, una batalla, un desquite. A ver quién resistía más... Ninguno de los dos podía ya con su alma cuando acabaron la botella de litro; pero ninguno de los dos quedaba derrotado. Se fueron apoyándose mutuamente. Sería preciso volver al otro día. Salieron tambaleándose y andaban junto al carro del estiércol, arrastrado lentamente por dos caballos.

Comenzaba a nevar, y la noche sin luna se iluminaba tristemente con los reflejos blanquecinos de la llanura muerta. El frío aumentaba la embriaguez de los dos hombres, y "San Antonio", descontento de no haber triunfado, se complacía empujando a su contrincante para hacerle caer en la cuneta. El otro evitaba estos ataques haciéndose fuerte, y pronunciaba palabras alemanas, en tono irritado, que hacían reír al campesino. Al fin, el prusiano se decidió, y cuando Antonio le daba nuevamente con el hombro para tirarle, recibió un terrible puñetazo que lo descompuso.

Inflamado por el aguardiente, Antonio agarró al soldado por la cintura, lo zarandeó como hubiera hecho con un chiquillo, y empujándole con brío lo hizo caer al otro lado de la cuneta. Satisfecho de su obra, se cruzó de brazos para reír.

Pero el soldado se incorporó ágilmente, con la cabeza desnuda, porque el casco había rodado, y desenvainando el sable se precipitó sobre "San Antonio". Al. ver esto el campesino, cogió por la punta su látigo de acebo, fuerte y flexible como un vergajo.

El prusiano acometió, con la cabeza baja y el sable tendido, seguro de matar; pero el viejo, apartando con el brazo la hoja cuya punta debía agujerearle el vientre, dio un golpe tan violento con el puño del látigo en la cabeza de su enemigo, que rodó éste sin conocimiento.

Después contempló aterrado, estúpido, sorprendido, aquel cuerpo inmóvil. Se inclinó, lo sacudió, lo examinó durante un rato. El otro no abría los ojos, y un hilillo de sangre le surcaba la frente. A pesar de que la noche era oscura. Antonio veía la mancha de sangre sobre la nieve.

Se quedó allí anonadado, mientras los dos caballos avanzaban tranquilamente con su carga.

¿Qué hacer? ¡Lo fusilarían! Quemarían su casa y asolarían la comarca. Ocultar el crimen, esconder el cadáver, engañar a los prusianos... ¿Cómo? Resonaron lejanas voces en el silencio de la nieve. Entonces, apresurado, recogió el casco, lo puso en la cabeza de la víctima, y cargando con el cuerpo inerte corrió con él hasta el carro y lo dejó sobre el estiércol.

Iba despacio. Aunque se devanaba los sesos, nada se le ocurría que aclarase su difícil situación. Se consideraba perdido. Entró en el corral. Una luz brillaba en una ventana; la criada no estaba dormida, sin duda. Entonces hizo retroceder el carro hasta el borde del foso donde depositaba el estiércol, y pensó que volcándolo allí, el cuerpo, colocado encima, cayendo primero y con más fuerza, quedaría debajo de la carga.

Como lo había previsto, el alemán quedó enterrado en el estiércol. Antonio allanó la superficie con el horcón, que luego clavó en la tierra. Llamó a su criado para que desenganchara las bestias y las llevase a la cuadra, y se retiró a su alcoba.

Se acostó pensando qué partido debería tomar; pero ninguna. idea lo iluminaba, y su espanto crecía en la inmovilidad del lecho. ¡Fusilado! Sudaba de miedo; castañeaban sus dientes y se incorporó temblando: no podía parar en la cama.

Bajó a la cocina, cogió la botella de coñac y volvió a su cuarto; pero al aumentar su embriaguez no disminuía su angustia. ¡Se había lucido, como hay Dios, realizando aquella torpeza!

Paseaba de un extremo a otro buscando astucias, explicaciones y engaños, y de cuando en cuando tomaba un sorbo de coñac para reanimar su espíritu decaído.

Pero no se le ocurría nada: nada.

Hacia medianoche, su perro guardián, una especie de lobo al cual llamaba "Devorador", comenzó a dar aullidos de muerte. "San Antonio" sintió frío en los huesos, y cada vez que el animal repetía su gemido lúgubre y prolongado, un temblor pánico corría por la piel del viejo.

Se había dejado caer sobre una silla, fatigado, abatido. sin alientos para nada, esperando con ansiedad que "Devorador" aullara de nuevo y sacudido por todos los sobresaltos con que el miedo hace vibrar nuestras fibras.

En el reloj de abajo dieron las cinco. El campesino enloquecía. Se levantó para que se alejase, para no oírle. Bajó, abrió la puerta y avanzó en la oscuridad nocturna.

Seguía nevando. Todo estaba cubierto de nieve. "San Antonio" se acercó a la caseta del perro y lo desató. Entonces "Devorador" saltó y se detuvo con el pelo erizado, las patas extendidas, mostrando los colmillos, tendiendo las narices hacia el estercolero.

"San Antonio", temblando de pies a cabeza, balbució:

-¿Qué te pasa, maldito? -y avanzaba, penetrando con los ojos la oscuridad incolora del corral.

Y descubrió un bulto: ¡la forma de un hombre sentado en el estercolero!

Mirándolo se sentía presa de invencible angustia, sin fuerzas para moverse ni hablar; pero de pronto, viendo clavado en la tierra el horcón, lo empuñó, y arrancándolo y esgrimiéndolo, en uno de esos arrebatos que hacen temerarios a los más cobardes, avanzó decidido para ver lo que tenía delante.

Era el prusiano que, habiéndose reanimado por el calor del estiércol, apartó la inmunda capa que lo cubría y se sentó maquinalmente, quedando allí bajo la nieve, atontado aún por la borrachera, aturdido por el golpe y extenuado por la pérdida de sangre.

Al ver a "San Antonio" hizo un movimiento para levantarse. Pero el viejo, al reconocerlo, rugía como una fiera rabiosa.

-¡Cochino! ¡Cochino! ¡Aún no estás muerto! ¡Aún vives! ¡Y vas a denunciarme!... ¡Aguarda, cochino aguarda!

Y lanzándose contra el alemán, esgrimiendo como una lanza el horcón, hundió las cuatro puntas de hierro en el pecho del soldado. Éste cayó de espaldas, lanzando un suspiro de agonía, mientras el viejo campesino, arrancado el arma de las heridas, la hundió de nuevo en el vientre y en la garganta después, golpeando como un loco, desde los pies a la cabeza, el pobre cuerpo ensangrentado y palpitante.

Luego se detuvo, fatigado por la violencia de su trabajo, respirando con ansia el aire frío, satisfecho del crimen realizado.

Y como los gallos cantaban ya, y como el día clareaba, se decidió a enterrar a su víctima.

Hizo un hoyo en el estercolero, hasta encontrar en el fondo tierra; siguió ahondando con furia, con toda la energía de sus brazos y de su cuerpo.

Cuando el hoyo fue bastante profundo empujó el cadáver con el mango del horcón, lo cubrió con tierra primero, apisonándola; luego puso el estiércol encima y sonrió, viendo que la nieve completaba su obra, cubriendo los rastros con su velo blanco.

Clavó el horcón sobre el estiércol y volvió a su cuarto. La botella de coñac, mediada, le saltó a los ojos, y vaciándola de un trago se acostó y durmió profundamente.

Al despertar ya no estaba borracho, y su espíritu en calma podía juzgar el caso y prevenir los acontecimientos.

Recorrió la comarca preguntando a todo el mundo por su huésped. Visitó a los oficiales para enterarse de los motivos que tuvieron para retirarle al soldado.

Como era conocida su intimidad, ninguno sospechó y el mismo "San Antonio" dirigía las pesquisas, afirmando que su alemán iba todas las noches a caza de aventuras amorosas.

Un gendarme retirado, que tenía una posada en un pueblo cercano y una hija hermosa y joven, fue detenido y fusilado.

## Sobre el agua

El verano pasado había alquilado una casita de campo a orillas del Sena, a varias leguas de París, e iba a dormir allí todas las noches. Al cabo de unos días conocí a uno de mis vecinos, un hombre de unos treinta a cuarenta años, que desde luego era el tipo más raro que había visto nunca. Era un viejo barquero, pero un barquero fanático, siempre cerca del agua, siempre sobre el agua, siempre en el agua. Debía de haber nacido en un bote, y seguramente muera en la botadura final.

Una noche, mientras paseábamos a orillas del Sena, le pedí que me contara algunas anécdotas de su vida náutica. Entonces el buen hombre se animó, se transfiguró, se volvió locuaz, casi poeta. Tenía en el corazón una gran pasión, una pasión devoradora, irresistible: el río.

-¡Ay! -me dijo-, ¡cuántos recuerdos tengo en este río que ve fluir ahí cerca de nosotros! Ustedes, los habitantes de las calles, no saben lo que es un río. Pero escuche cómo un pescador pronuncia esa palabra. Para él es la cosa misteriosa, profunda, desconocida, el país de los espejismos y de las fantasmagorías, donde de noche se ven cosas que no son, donde se oyen ruidos que no se conocen, donde se tiembla sin saber por qué, como al cruzar un cementerio: y en efecto es el cementerio más siniestro, aquél donde no se tiene tumba.

«Para el pescador la tierra tiene límites, pero en la oscuridad, cuando no hay luna, el río es ilimitado. Un marinero no experimenta lo mismo por el mar. Éste es a menudo duro y malo, es verdad, pero grita, aúlla: el mar abierto es leal; mientras que el río es silencioso y pérfido. No ruge, corre siempre sin ruido, y el eterno movimiento del agua que fluye es más espantoso para mí que las altas olas del Océano.

«Ciertos soñadores pretenden que el mar esconde en su seno inmensos países azulados, donde los ahogados ruedan entre los grandes peces, en mitad de extraños bosques y en cuevas de cristal. El río sólo tiene profundidades negras en cuyo limo nos pudrimos. Sin embargo, es bello cuando brilla al sol que se levanta y cuando chapotea suavemente entre sus orillas llenas de cañas que murmuran.

«Un poeta, hablando del Océano, dijo:

¡Oh, mares, cuántas lúgubres historias conocen! Mares profundos, temidos por las madres arrodilladas Historias que se cuentan cuando suben las mareas Y es lo que les da las voces desesperadas Que tienen, a la noche, cuando vienen hacia nosotros.

«Pues bien, creo que las historias cuchicheadas por las finas cañas, con sus vocecitas tan dulces, deben de ser aún más siniestras que los dramas tétricos contados por los aullidos de las olas.

«Pero ya que me pregunta por algunos de mis recuerdos, le voy a contar una aventura singular que me ocurrió aquí, hace unos diez años.

«Vivía, como hoy, en la casa de la madre Lafon, y uno de mis mejores amigos, Louis Bernet, que ahora ha renunciado al canotaje, a sus pompas y a su desaliño para entrar en el Consejo de Estado, estaba instalado en el pueblo de C..., dos leguas más abajo. Cenábamos todos los días juntos, unas veces en su casa, otras en la mía.

«Una noche, cuando volvía solo y bastante cansado, arrastrando penosamente mi gran barco, un océano de doce pies que utilizaba siempre de noche, me paré unos segundos para recobrar aliento cerca de la punta de las cañas, allí, unos doscientos metros antes del puente del ferrocarril. Hacía un tiempo magnífico; la luna resplandecía, el río brillaba, la noche era suave, sin viento. Aquella tranquilidad me tentó; pensé que sería muy agradable fumar una pipa en aquel lugar. La acción siguió al pensamiento; cogí el ancla y la tiré al río.

«El bote, que volvía a bajar con la corriente, corrió su cadena hasta el final, y se paró; me senté atrás en mi piel de borrego, tan cómodamente como me fue posible. No se oía nada, absolutamente nada: tan sólo a veces me parecía percibir un pequeño chapoteo casi insensible del agua contra la orilla, y veía unos grupos de cañas más altas que tomaban aspectos sorprendentes y parecían agitarse por momentos.

«El río estaba completamente tranquilo; aun así me sentí emocionado por el silencio extraordinario que me envolvía. Todos los animales, ranas y sapos, esos cantantes nocturnos de las ciénagas, se callaban. De pronto, a mi derecha, muy cerca de mí, una rana croó. Me estremecí. Se calló. Ya no oí nada más y decidí fumar un poco para distraerme. Sin embargo, aunque era un fumador de pipa experimentado, no pude fumar; en cuanto tomé la segunda bocanada, me mareé y lo dejé. Me puse a canturrear; el sonido de mi voz me resultaba lamentable; entonces me tumbé en el fondo del barco y miré el cielo. Durante unos instantes permanecí tranquilo, pero pronto los ligeros movimientos de la barca me

preocuparon. Me pareció que daba bandazos gigantescos, tocando sucesivamente una y otra orilla del río; luego creí que un ser o una fuerza invisible la atraía suavemente al fondo del agua, levantándola después y dejándola caer de nuevo. Me estaba tambaleando como en mitad de una tormenta; oí ruidos a mi alrededor; me puse en pie de un salto: el agua brillaba; todo estaba tranquilo.

«Entendí que tenía los nervios un poco alterados y decidí irme. Empecé a tirar de la cadena; el bote se puso en movimiento, pero noté una resistencia. Tiré más fuerte, el ancla no vino; había enganchado algo en el fondo del agua y no podía subirla; volví a tirar, pero en vano. Entonces, con mi remos, hice dar la vuelta a mi barco y lo llevé río arriba para cambiar la posición del ancla. Fue inútil, seguía enganchada; me puse furioso y sacudí la cadena con rabia. Nada se movió. Me sentí desanimado y me puse a reflexionar sobre mi situación. No podía pensar en romper la cadena ni en separarla de la embarcación, ya que era enorme y estaba clavada en la proa en un trozo de madera más gordo que mi brazo; pero como el tiempo seguía estando tan bueno, pensé que, sin duda, no tardaría en encontrar a algún pescador que me prestaría socorro. Mi desventura me había tranquilizado; me senté y pude por fin fumarme la pipa. Tenía una botella de ron, de la que tomé dos o tres vasos, y me reí de mi situación. Hacía mucho calor, por lo que en último caso podría pasar sin demasiados problemas la noche al sereno.

«De repente sonó un pequeño golpe contra la borda. Me sobresalté, y un sudor frío me heló de pies a cabeza. Aquel ruido venía sin duda de algún trozo de madera arrastrado por la corriente, pero había bastado para que me sintiera invadido de nuevo por una extraña agitación nerviosa. Agarré la cadena y tiré con todo mi cuerpo en un esfuerzo desesperado. El ancla resistió. Me volví a sentar, agotado.

«Entretanto, el río se había ido cubriendo poco a poco con una niebla blanca muy espesa que reptaba a muy baja altura sobre el agua, de modo que al ponerme de pie, ya no veía ni el río, ni mis pies, ni mi barco, sino que sólo veía las puntas de las cañas y, más lejos, la llanura palidísima que formaba la luz de la luna reflejada, con grandes manchas negras que ascendían en el cielo, formadas por grupos de álamos de Italia. Estaba como sepultado hasta la cintura en una sábana de algodón de una singular blancura, y me venían a la mente imágenes fantásticas. Me figuraba que intentaban subir a mi barca, que ya no podía distinguir, y que el río, escondido por aquella niebla opaca, debía de estar lleno de seres extraños que nadaban a mi alrededor. Sentía un malestar horrible, tenía las sienes oprimidas y mi corazón latía hasta casi ahogarme. Perdí la cabeza y pensé en escaparme nadando, pero en seguida aquella idea me hizo estremecer de espanto. Me vi, perdido, yendo a la aventura en aquella bruma espesa, forcejeando en medio de las hierbas y de las cañas que no podría evitar, boqueando de miedo, sin ver la orilla, sin encontrar mi barco, y me imaginaba que me arrastrarían por los pies hasta el mismo fondo de esa agua negra.

«Efectivamente, como habría tenido que remontar al menos quinientos metros la corriente antes de encontrar un lugar libre de hierba y de juncos donde poder hacer pie, tenía un noventa por ciento de posibilidades de no poder orientarme en aquella niebla y de ahogarme, por muy buen nadador que fuera.

«Intentaba razonar; sentía que tenía la muy firme voluntad de no tener miedo, pero había en mí otra cosa además de la voluntad, y esa otra cosa tenía miedo. Me pregunté qué podía temer; mi yo valiente se burló de mi yo cobarde y no reparé nunca tan bien como aquel día en la oposición de los dos seres que están en nosotros, el uno queriendo, el otro resistiendo, y cada cual ganando a ratos.

«Aquel pavor tonto e inexplicable seguía creciendo y se iba convirtiendo en terror. Permanecí inmóvil, con los ojos abiertos, el oído al acecho y esperando. ¿Qué? No tenía ni idea, pero debía de ser terrible. Creo que habría bastado con que a un pez se le hubiera ocurrido saltar fuera del agua, como ocurre a menudo, para hacerme caer redondo, sin conocimiento.

«Sin embargo, gracias a un esfuerzo violento, acabé por recobrar poco a poco la razón que se me escapaba. Tomé de nuevo mi botella de ron y bebí a grandes tragos. Entonces se me ocurrió una idea y me puse a gritar con todas mis fuerzas, volviéndome sucesivamente hacia los cuatro puntos del horizonte. Cuando mi garganta estuvo totalmente paralizada, me paré a escuchar: un perro aullaba, muy lejos

«Volví a beber y me tumbé cuan largo soy en el fondo de mi barco. Permanecí así quizá una hora, quizá dos, sin dormir, con los ojos abiertos, con pesadillas a mi alrededor. No me atrevía a levantarme y, sin embargo, lo deseaba vivamente; minuto a minuto lo retrasaba. Me decía a mí mismo "¡Vamos, en pie!", y me daba miedo hacer un solo movimiento. Al final me levanté con infinitas precauciones como si mi vida dependiera del menor ruido que pudiera hacer, y miré por encima de la cubierta.

«Quedé deslumbrado por el espectáculo más maravilloso, más sorprendente que se pueda ver. Era una de esas visiones contadas por los viajeros que vuelven de muy lejos y a quienes escuchamos sin creerles.

«La niebla que dos horas antes flotaba sobre el agua se había retirado poco a poco y acurrucado en las orillas. Y, al dejar el río completamente libre, había formado sobre cada orilla una colina ininterrumpida, de una altura de seis o siete metros, que brillaba bajo la luna con el soberbio resplandor de la nieve. De este modo no se veía nada más que el río laminado de fuego entre aquellas dos montañas blancas ; y arriba, sobre mi cabeza, se extendía, llena y ancha, una gran

luna alumbradora en medio de un cielo azulado y lechoso. Todos los animales del agua se habían despertado; las ranas croaban furiosamente, mientras que oía, unas veces a un lado, otras al otro, la nota corta, monótona y triste, que lanza a las estrellas la voz cobriza de los sapos. Sorprendentemente, ya no tenía miedo; estaba en medio de un paisaje tan extraordinario que las singularidades más fuertes no hubieran podido sorprenderme.

«No sé cuánto tiempo duraría, ya que caí en una cierta somnolencia. Cuando volví a abrir los ojos, la luna se había puesto y el cielo estaba lleno de nubes. El agua chapoteaba lúgubremente, soplaba viento, hacía frío, la oscuridad era profunda.

«Bebí lo que me quedaba de ron y escuché tiritando el roce de las cañas y el ruido siniestro del río. Intentaba ver, pero no pude distinguir mi barco, ni mis propia manos, que acercaba a mis ojos.

«Poco a poco, sin embargo, el espesor de la oscuridad amainó. De pronto creí notar que una sombra se deslizaba muy cerca de mí; di un grito, una voz contestó; era un pescador. Lo llamé, se acercó y le conté mi desventura. Colocó entonces su barco al lado del mío, y ambos tiramos de la cadena del ancla. No se movió. Se estaba haciendo de día, un día sombrío, gris, lluvioso, glacial, uno de esos días que nos traen tristezas y desgracias. Vi otra barca, le dimos una voz. El hombre que la llevaba unió sus esfuerzos a los nuestros; entonces, poco a poco, el ancla cedió. Subía, pero despacio, despacio, y cargada con un peso considerable. Finalmente vimos una masa negra y la echamos en la cubierta de mi barca.

«Era el cadáver de una anciana que llevaba al cuello una piedra de gran tamaño.»

## ¡Solo!

Habíamos comido juntos varios amigos de buen humor, alegres y contentos. Uno de ellos, el más viejo de todos nosotros, me dijo:

-¿Quieres que subamos a pie la avenida de los Campos Eliseos?

Y salimos juntos siguiendo a paso lento el largo y ancho paseo bajo los árboles casi desprovistos de hojas. No se oía otro ruido sino ese rumor confuso y continuo que se escucha en. París a todas horas. Un vientecillo fresco nos azotaba el rostro, y allá arriba el cielo oscuro, negro, cubierto de estrellas, parecía sembrado de un polvo de oro. Mi compañero me dijo:

-No sé por qué respiro aquí de noche mejor que en ninguna otra parte. Me parece que mi pensamiento se ensancha. Hay momentos en que siento esa especie de luz en el entendimiento que hace creer, durante un segundo, que se va a descubrir el divino secreto de las cosas. Pero pasado ese instante la luz se extingue... la ventana se cierra y ¡se acabó!

De cuando en cuando veíamos deslizarse dos sombras a lo largo de los árboles, o pasábamos por delante de un banco donde estaban dos seres sentados uno junto a otro, y cuyas negras siluetas se confundían en una sola. Mi amigo murmuró:

-¡Pobre gente! No es repugnancia el sentimiento que me inspiran, sino el de una inmensa piedad. Entre todos los misterios de la vida humana hay uno que yo he penetrado: el grande, el cruel tormento de nuestra existencia, proviene de que estamos eternamente solos, y todos nuestros esfuerzos, todos nuestros actos no tienden sino a huir esa soledad en que vivimos. Esos enamorados al aire libre que acabamos de ver sentados en esos bancos tratan, como nosotros, como todas las criaturas, de hacer cesar ese aislamiento, aunque sólo sea durante un minuto: pero permanecen y permanecerán siempre solos, y nosotros también. Unos se aperciben más que otros de esa verdad; pero todos la comprenden. ¡Desde hace algún tiempo sufro yo el abominable suplicio de "haber comprendido", de haber descubierto la espantosa soledad en que vivo, y sé que nada, ¿entiendes?, nada puede hacerla cesar! ¡Sea lo que sea que intentemos o hagamos, cualesquiera que sean los impulsos de nuestro corazón, el grito de nuestros labios, el abrazo de nuestros cuerpos, estamos siempre, siempre solos! Yo te he arrastrado esta noche a este paseo para no volver tan temprano a mi casa, porque sufro horriblemente de la soledad que allí me rodea. Sí, te he arrastrado conmigo por eso; ¿y de qué me sirve? Yo te estoy hablando, tú me escuchas y estamos uno al lado del otro, pero solos. ¿Me entiendes? "Bienaventurados los pobre de espíritu", dice la Escritura. ¡Ellos tienen la ilusión de la felicidad; no sienten nuestra solitaria miseria, no. Vagan como yo, por la vida, sin otro contacto que el de los codos, sin otra alegría que la egoísta satisfacción de comprender, de ver, de adivinar y de experimentar sin tregua ni reposo esa eterna sensación de aislamiento!

"Me encuentras algo loco, ¿verdad? Escúchame. Desde que he sentido la soledad de mi ser, me parece que voy hundiéndome cada día más en un sombrío subterráneo cuya salida no veo, cuyo fin no conozco y que no tiene fondo quizá. Y allá voy, sin nadie a mi alrededor, sin ningún ser viviente que me acompañe en ese tenebroso viaje. Ese subterráneo es la vida. A veces oigo ruidos, voces, gritos... marcho a tientas hasta esos rumores confusos, pero jamás logro saber de dónde parten; no encuentro jamás a nadie, ni tropieza la mía con otra mano en esa oscuridad que me rodea. ¿Me comprendes? Hombres hay que han adivinado este atroz sufrimiento. Musset ha dicho:

```
¿Quién viene? ¿Quién me llama? Nadie...
Estoy solo; es el reloj que suena...
¡Oh, soledad! ¡Oh, miseria!
```

"Pero en él no era sino una duda pasajera lo que en mí es una definitiva certidumbre. Musset era poeta; poblaba la vida de fantasmas, de sueños, de ilusiones. No estaba, pues, verdaderamente solo. ¡Yo... sí lo estoy! Gustave Flaubert, uno de los hombres más desgraciados de este mundo, por lo mismo que era uno de los más lúcidos, escribía a una amiga suya esta frase desesperante: 'Todos vivimos en un desierto. Nadie comprende a nadie.'

"No, nadie comprende a nadie, piensen lo que piensen, digan lo que digan, intenten lo que intenten. La tierra ¿sabe lo que pasa en esas estrellas que miramos, arrojadas como granos de fuego a través del espacio, tan lejanas de nosotros que apenas percibimos la claridad de algunas, mientras las demás, las que no vemos, innumerables y perdidas allá en lo infinito están tan próximas unas de otras que forman tal vez un todo, como las moléculas de un cuerpo? Pues bien, el hombre no sabe lo que pasa en otro cualquiera de sus semejantes. Estamos más lejos unos de otros que esos astros, sobre todo más aislados, porque el pensamiento es insondable.

"¿Tienes tú idea de algo más horroroso que ese constante rozamiento con los seres en cuyo pensamiento no podemos penetrar, a quienes no comprendemos? Nos amamos los unos a los otros como si estuviéramos encadenados, cerca muy cerca, con los brazos tendidos unos hacia otros, sin conseguir alcanzarnos con la punta de los dedos. ¡Nos sentimos dominados por una torturante necesidad de unión; pero todos nuestros esfuerzos permanecen estériles, nuestros

abandonos inútiles, nuestras confidencias infructuosas, nuestros abrazos impotentes, nuestras caricias vanas. Cuando querernos entremezclarnos, nuestros impulsos no logran sino apartarnos más y más a los unos y a los otros!

"Yo no me siento nunca más solo que cuando abro mi corazón a un amigo, porque entonces comprendo y aprecio mejor el infranqueable obstáculo. Ese hombre, ese amigo está ahí, enfrente de mí; ¡veo sus ojos claros fijos en los míos! pero su alma... ¡ah! su alma que se oculta tras de sus ojos... ¡no la conozco, no la veo! Mi amigo me escucha. ¿Que piensa? Sí; ¿en qué está pensando? ¿Tú no comprendes este tormento?... ¿Me odia quizá, o me desprecia, o se burla de mí? Mientras yo hablo él reflexiona en lo que le estoy diciendo y me juzga y me condena, estimándome tonto o vulgar. ¿Cómo saber lo que piensa? ¿Cómo saber si me aprecia, si me quiere como yo lo quiero... y lo que se agita en esa cabeza redonda? ¡Oh! ¡Qué misterio tan profundo es el pensamiento desconocido de un ser, el pensamiento oculto y libre, que no podemos conocer, que no podemos conducir, ni dominar, ni vender!

"Yo mismo he deseado ardientemente entregarme todo entero, abrir por completo las puertas de mi alma, y no lo he conseguido porque guardo allá en el fondo, muy en el fondo, ese lugar secreto del yo donde nadie penetra, que nadie puede descubrir porque nadie se me parece, porque nadie comprende a nadie. Tú mismo, di, ¿me comprendes en este momento? No; tú me crees loco, ¡me examinas con desconfianza y te pones en guardia contra mí! Y te preguntas: "¿Qué tendrá ese hombre esta noche?" Pero si tú llegaras un día a palpar, si adivinaras este horrible y sutil sufrimiento, ven y dime tan solo estas palabras: ¡Te he comprendido!, y me harás feliz, durante un segundo, quizá.

"Son las mujeres quienes me hacen percibir aún más mi soledad. ¡Ah! ¡Miseria, miseria! ¡Cuánto he sufrido por ellas, puesto que ellas me han dado más frecuentemente que los hombres la ilusión de no estar solo! Cuando se entra en el Amor parece que se ensancha el alma. Se siente uno invadido por una idea sobrenatural! ¿Y sabes por qué? ¿Sabes de dónde procede esa sensación de inmensa felicidad? Únicamente porque uno se imagina que no está solo. El aislamiento, el abandono del ser humano parece que cesa... ¡Qué horror! ¡Más atormentada aún que nosotros por esa eterna necesidad del amor que roe nuestro solitario corazón, la mujer es la gran mentira de la ilusión. Tú conoces muy bien esas deliciosas horas pasadas frente a ese ser de largos cabellos, de rasgos encantadores, y cuya mirada nos enloquece. ¡Qué delirio extravía nuestro espíritu! ¡Qué ilusión nos embarga los sentidos! ¡Parece que vamos a confundirnos con ellos, a no formar sino un todo, dentro de un instante! Pero ese instante no llega nunca, y después de semanas y meses de espera, de ilusiones y de alegrías engañosas, un día se encuentra uno bruscamente solo, más solo de lo que se había estado hasta entonces. Después de cada beso, después de cada abrazo, el aislamiento aumenta. ¡Y qué aflictivo es y qué espantoso!

"Otro poeta, Sully Prudhomme, ha escrito:

Y pasadas esas caricias, esos transportes... ¡adiós! se acabó.

"¡Apenas si se reconoce a esa mujer que ha sido todo para nosotros durante un momento de la vida y de la que, sin duda, jamás hemos conocido el pensamiento interno y banal! En esas mismas horas en que parece que, por virtud de un misterioso acuerdo de dos seres, un absoluto compenetramiento de deseos y de aspiraciones ha logrado descender hasta lo más profundo de su alma... una palabra, un gesto a veces nos revela nuestro error, mostrándonos como un relámpago en la noche el negro abismo que a ambos nos separa.

"Y sin embargo, no hay en el mundo nada mejor que pasar una noche al lado de una mujer querida, sin hablar, casi completamente dichoso por la sola sensación de su presencia. No pidamos más, porque jamás se mezclan enteramente dos seres. En cuanto a mí, ya tengo el alma cerrada. No digo a nadie lo que pienso, lo que creo, lo que amo. Sabiendo que estoy condenado a horrible soledad, miro las cosas sin jamás emitir mi parecer sobre ellas. ¡Qué me importan las opiniones, las querellas los placeres, las creencias! No pudiendo compartir nada con nadie, he llegado a desinteresarme de todo. Mi pensamiento invisible permanece inexplorado. Tengo frases frívolas para responder a los interrogatorios de cada día y una sonrisa que dice "sí" cuando no quiero tomarme la molestia de hablar. ¿Me comprendes?"

Habíamos subido la larga avenida hasta el arco del triunfo de la Estrella , y descendido luego hasta la plaza de Concordia, porque mi amigo había enunciado todo aquello lentamente, añadiendo aún otras muchas cosas de las que ya no me acuerdo.

Se detuvo y, bruscamente, levantando su brazo hacia el obelisco de granito que se alzaba en medio de la plaza, perdiéndose en la oscuridad de la noche su largo perfil egipcio, monumento desterrado que lleva en su flanco escrita con extraños y misteriosos signos la historia de su país, mi amigo exclamó:

-Ahí tienes; todos nosotros somos como esa piedra...

Y se alejó de mí sin pronunciar una palabra.

¿Estaba borracho? ¿Estaba loco? ¿O estaba tal vez demasiado cuerdo?... No lo sé...

A veces me parece que tiene razón. Otras pienso que había perdido el juicio.

## Sueños

Fue después de una cena de amigos, de viejos amigos. Eran cinco: un escritor, un médico, y tres solteros ricos sin profesión.

Se había hablado de todo, y se había llegado a una lasitud, esa lasitud que precede y decide la partida después de una fiesta. Uno de los comensales, que miraba desde hacía cinco minutos, sin hablar, el agitado bulevar, constelado por las boquillas del gas y lleno de zumbidos, dijo de pronto:

- -Cuando no se hace nada de la mañana a la noche, los días son largos.
- -Y las noches también -añadió su vecino.

Yo apenas duermo, los placeres me cansan, las conversaciones no varían; jamás encuentro una idea nueva, y experimento, antes de hablar con no importa quién, un furioso deseo de no decir nada y no oír nada. No sé qué hacer con mis veladas.

Y el tercer desocupado proclamó:

-Estaría dispuesto a pagar bien una forma de pasar, cada día, sólo dos horas agradables.

Entonces el escritor, que acababa de echarse el abrigo al brazo, se acercó.

-El hombre -dijo- que descubriera un vicio nuevo, y lo ofreciera a sus semejantes, aunque eso redujera su vida a la mitad, haría un servicio más grande a la humanidad que aquél que encontrara el medio de asegurar la salud y la juventud eternas.

El médico se echó a reír, y mientras mordisqueaba un cigarro dijo:

-Sí, pero las cosas no se descubren de este modo. Aunque se ha buscado encarecidamente y trabajado el asunto desde que el mundo existe. Los primeros hombres llegaron de golpe a la perfección en esto. Nosotros apenas los igualamos...

Uno de los tres desocupados suspiró.

-¡Es una lástima!

Luego, al cabo de un minuto, añadió:

- -Si tan sólo pudiéramos dormir, dormir bien sin tener ni frío ni calor, dormir con ese anonadamiento de las noches de gran cansancio, dormir sin sueños.
- -¿Por qué sin sueños? -preguntó su vecino.
- -Porque los sueños no siempre son agradables -respondió el otro-, y siempre son extraños, inverosímiles, deshilachados, y porque durmiendo ni siquiera podemos saborear los mejores sueños. Es preciso soñar despierto.
- -¿Quién se lo impide? -preguntó el escritor.

El médico arrojó su cigarro.

-Mi querido amigo, para soñar despierto es preciso un gran poder y un gran trabajo de voluntad, y el resultado es una gran fatiga. El auténtico sueño, ese paseo de nuestro pensamiento a través de encantadoras visiones, es con toda seguridad lo más delicioso del mundo; pero es preciso que venga de forma natural, que no esté penosamente provocado, y que esté acompañado por un bienestar absoluto del cuerpo. Este sueño puedo ofrecérselo, a condición de que me prometa no abusar de él.

El escritor se encogió de hombros.

-¡Ah! Sí, ya sé, el hachís, el opio, la confitura verde, los paraísos artificiales. He leído a Baudelaire; y yo mismo he saboreado la famosa droga, que me ha puesto terriblemente enfermo.

Pero el médico se había sentado.

-No, el éter, tan sólo el éter. Ustedes, los hombres de letras, deberían usarlo de vez en cuando.

Los tres hombres ricos se acercaron. Uno de ellos pidió:

-Explíquenos, pues, los efectos.

El médico prosiguió:

-Dejemos de lado las grandes palabras, ¿de acuerdo? No hablo ni de medicina ni de moral: hablo de placer. Ustedes se libran todos los días a excesos que devoran sus vidas. Quiero indicarles una sensación nueva, posible tan sólo para hombres inteligentes, digamos incluso muy inteligentes, peligrosa como todo lo que excita nuestros órganos, pero exquisita. Añado que les hará falta una cierta preparación, es decir un cierto hábito, para captar en toda su plenitud los singulares efectos del éter.

»Son diferentes de los efectos del hachís, de los efectos del opio y de la morfina; y cesan inmediatamente después de interrumpirse la absorción del medicamento, mientras que los otros productores de sueños prosiguen su acción durante horas.

»Ahora intentaré analizar lo más claramente posible lo que se siente. Pero la cosa no es fácil; tan delicadas, casi inaprehensibles, son esas sensaciones.

»Sufría violentas neuralgias cuando utilicé este remedio, del que quizás he abusado un poco después.

»Sentía vivos dolores en la cabeza y en el cuello, y un insoportable calor en la piel, una inquietud de fiebre. Tomé un gran frasco de éter y, tras acostarme, me puse a aspirarlo lentamente.

»Al cabo de algunos minutos creí oír un murmullo vago que se convirtió muy pronto en una especie de zumbido, y tuve la impresión de que todo el interior de mi cuerpo se volvía ligero, ligero como el aire, que se vaporizaba.

»Luego hubo una especie de modorra del alma, de soñoliento bienestar, pese a que persistían los dolores, aunque ahora dejaban de ser penosos. Era uno de estos sufrimientos que se pueden soportar, y no ese horrible desgarrar contra el cual protesta nuestro torturado cuerpo.

»Muy pronto, la extraña y encantadora sensación de vacío que sentía en el pecho se extendió, alcanzó los miembros, que se volvieron a su vez ligeros, ligeros como si la carne y los huesos se hubieran fundido y sólo quedara la piel, la piel necesaria para hacerme percibir la dulzura de vivir, de estar tendido en ese bienestar. Entonces me di cuenta de que ya no sufría. El dolor se había ido, se había fundido, evaporado. Y oí voces, cuatro voces, dos diálogos, sin comprender nada de las palabras. Tan pronto no eran más que sonidos indistintos, tan pronto me llegaba alguna que otra palabra. Pero reconocí que simplemente era el zumbido acentuado de mis oídos. No dormía, estaba despierto; comprendía, sentía, razonaba con una claridad, una profundidad, una potencia extraordinarias, y una alegría de espíritu, una embriaguez extraña venida de esta multiplicación de mis facultades mentales.

»No era un sueño como con el del hachís, no eran las visiones un poco enfermizas del opio; era una agudeza prodigiosa del razonamiento, una nueva forma de ver, de juzgar, de apreciar las cosas de la vida, y con la certidumbre, la conciencia absoluta de que esta forma era la verdadera.

»Y la vieja imagen de las Escrituras me vino repentinamente al pensamiento. Tuve la impresión de que había saboreado el árbol de la ciencia, que todos los misterios se desvelaban, y que me hallaba bajo el imperio de una lógica nueva, extraña, irrefutable. Y los argumentos, los razonamientos, las pruebas, acudían atropellándose hacia mí, derribados de inmediato por una prueba, un razonamiento, un argumento más fuerte. Mi cabeza se había convertido en el campo de batalla de las ideas. Era un ser superior, armado con una inteligencia invencible, y saboreaba una alegría prodigiosa ante la constatación de mi poder..

»Eso duró mucho, mucho tiempo. Seguía respirando todavía por el orificio de mi frasco de éter. De pronto, me di cuenta de que estaba vacío. Y sentí un terrible pesar.»

Los cuatro hombres pidieron a la vez:

-¡Doctor, rápido, una receta para un litro de éter!

Pero el médico se puso el sombrero y respondió:

-En cuanto a eso, no: ¡vayan a hacerse envenenar por otros!

Y se marchó.

Señoras y señores, ¿qué les dice su corazón al respecto?

## **Suicidas**

No pasa un día sin que aparezca en los periódicos la relación de algún suceso como éste:

"Anoche, los vecinos de la casa número tal de la calle tal oyeron dos o tres detonaciones y, saliendo a la escalera para saber lo que ocurría, entre todos pudieron comprobar que se habían producido en el cuarto del señor X. Al abrir la puerta de dicho cuarto --después de llamar inútilmente-- vieron al inquilino tendido en el suelo, sobre un charco de sangre y empuñando aún el revólver con el cual se había ocasionado la muerte.

"Se ignora la causa de tan funesta determinación, porque el señor X. vivía en posición desahogada y, teniendo ya cincuenta y siete años, disfrutaba de bastante salud."

¿Qué angustiosos tormentos, qué ocultas desdichas, qué horribles desencantos convierten a esas personas, al parecer felices, en suicidas?

Indagamos, presumimos al punto, dramas pasionales, misterios de amor, desastres de intereses, y como no se descubre jamás una causa precisa, cubrimos con una palabra esas muertes inexplicables: "Misterio, misterio".

Una carta escrita poco antes de morir, por uno de los muchos que "se suicidan sin motivo", cayó en mi poder. La juzgo interesante. No descubre ningún derrumbamiento, ninguna miseria espantosa, nada de lo extraordinario que se busca siempre para justificar una catástrofe; pero pone de relieve la sucesión de pequeños desencantos que desorganizan fatalmente la existencia solitaria de un hombre que ha perdido todas las ilusiones y acaso explique --a los nerviosos y a los sensitivos, al menos-- la tragedia inexplicable de "suicidios inmotivados".

#### Leámosla:

"Son ya las doce de la noche. Cuando haya escrito esta carta, voy a matarme. ¿Por qué? Trato de razonar mi determinación, para darme cuenta yo mismo de que se impone fatalmente, de que no debo aplazarla.

"Mis padres eran gentes muy sencillas y crédulas. Yo creí en todo, como ellos.

"Mi engaño duró mucho. Hace poco, se desgarraron para mí los últimos jirones que me velaban la verdad; pero hace ya bastantes años que todos los acontecimientos de mi existencia palidecen. La significación de lo más brillante y atractivo se me presenta en su torpe realidad; la verdadera causa del amor llegó incluso a sustraerme de las poéticas ternuras.

"Nos engañan estúpidas y agradables ilusiones que se renuevan sin cesar.

"Envejeciendo, me había resignado a la horrible miseria de las cosas, a lo vano de todo esfuerzo, a lo inútil que resulta siempre la esperanza: cuando una luz nueva inundó el vacío de mi vida esta noche, después de comer.

"¡Antes yo era feliz! Todo me alegraba: las mujeres al pasar, las calles, mi vivienda, y aun la hechura de mis ropas constituía para mí una preocupación agradable. Pero las mismas ideas, los mismos actos repetidos, monótonos, acabaron por sumergir mi alma en una laxitud espantosa.

"Todos los días, a la misma hora, durante treinta años, me levanté de la cama; y todos los días, en el mismo restaurante, durante treinta años, a las mismas horas, me servían los mismos platos mozos diferentes.

"Me propuse viajar. El aislamiento que sentimos en ciudades nuevas, en residencias desconocidas, me asustó. Sentíame tan abandonado sobre la tierra, tan insignificante, que volví a tomar el camino de mi casa.

"Y, entonces, la inmutable fisonomía de los muebles, fijos en el mismo lugar durante treinta años, las rozaduras de mis sillones, que yo conocí nuevos, el olor de mi casa --cada casa que habitamos, con el tiempo adquiere un olor especial-acabaron produciéndome náuseas y la negra melancolía de vivir mecánicamente.

"Todo se repite sin cesar y de un modo lamentable. Hasta la manera de introducir --al volver cada noche-- la llave en la cerradura; el sitio donde siempre dejo las cerillas; la mirada que al entrar esparzo en torno de mi habitación, mientras el fósforo se inflama. Y todo me provoca --para verme libre de una existencia tan ruin-- a tirarme por el balcón.

"Mientras me afeito, cada mañana me seduce la idea de degollarme, y mi rostro, el mismo siempre, que se refleja en el espejo con las mejillas cubiertas de jabón, muchas veces me hizo llorar de tristeza.

"Ni siquiera me complace tropezar con personas a las cuales veía con gusto hace tiempo; las conozco tanto que adivino lo que me dirán y lo que les diré; a fuerza de razonar con las mismas, descubrimos la ilación de sus ideas. Cada cerebro es como un circo donde un pobre caballo da vueltas. Por mucho que nos empeñemos en buscar otros caminos, por

muchas cabriolas que hagamos, la pista no varía de forma ni ofrece lances imprevistos ni abre puertas ignoradas. Hay que dar vueltas y más vueltas, pasando siempre por las mismas reflexiones, por los mismos chistes, por las mismas costumbres, por las mismas creencias, por los mismos desencantos.

"Al retirarme hoy a mi casa, una insistente niebla invadía el bulevar, oscureciendo los faroles de gas, que parecían candilejas. Pesaba el ambiente húmedo sobre mis hombros como una carga. Seguramente hago una digestión difícil.

"Y una buena digestión lo es todo en la vida. Ofrece inspiraciones al artista, deseos a los jóvenes enamorados, luminosas ideas a los pensadores, alegría de vivir a todo el mundo, y permite comer con abundancia --lo cual es también una dicha. Un estómago enfermo conduce al escepticismo, a la incredulidad, engendra sueños terribles y ansias de muerte. Lo he notado con frecuencia. Es posible que no me matara esta noche, haciendo una buena digestión.

"Después de haberme acomodado en el sillón donde me siento hace treinta años todos los días, miré alrededor, creyéndome víctima de un desaliento espantoso.

"¿De qué medio valerme para escapar a mi razón macilenta, más horrible aún que la desordenada locura? Cualquier empleo, cualquier trabajo me parece más odioso que la acción en que vivo. Quise poner en orden mis papeles.

"Hacía tiempo que deseaba registrar los cajones de mi escritorio, porque durante los treinta últimos años había metido allí, al azar, las cartas y las cuentas. Aquel desorden llegó a preocuparme algunas veces; pero me sobrecoge una fatiga tal en cuanto me propongo un trabajo metódico y ordenado, que nunca me atreví a empezar.

"Esta noche me senté junto a mi escritorio y abrí, resuelto a preservar algunos papeles y romper la mayor parte.

"Quedeme de pronto pensativo ante aquel hacinamiento de hojas amarillentas; luego cogí una.

"¡Oh! Si aprecian en algo su vida, no toquen jamás las cartas viejas que guardan los cajones de su escritorio. Y si no pueden resistir la tentación de abrirlos, cojan a granel, con los ojos cerrados, los paquetes de cartas para tirarlos al fuego; no lean ni una sola frase, porque sólo ver la escritura olvidada y de pronto reconocida, los lanza en un océano de recuerdos; quemen esos papeles que matan; cuando estén hechos pavesas, pisotéenlos para convertirlos en impalpables cenizas... Y si no lo hacen así, los anonadarán como acaban de anonadarme y destruirme.

"¡Ah! Las primeras cartas no me han interesado; eran de fechas recientes y de personas que viven y a las que veo, sin gusto, con alguna frecuencia. Pero, de pronto, la vista de un sobre me ha estremecido. Al reconocer los rasgos de la escritura se han cubierto mis ojos de lágrimas. Era la letra de mi mejor amigo, del compañero de mi juventud, del confidente de mis esperanzas. Y se me apareció tan claramente, con su bondadosa sonrisa, tendiéndome las manos, que sentí un escalofrío penetrante; hasta mis huesos vibraron. Sí, sí; los muertos vuelven. ¡Lo he visto! Nuestra memoria es un mundo más acabado aún que el universo; ¡puede hacer vivir hasta lo que no existe!

"Con la mano temblorosa y los ojos turbios, recorrí toda su carta, y en mi pobre corazón angustiado he sentido un desgarramiento espantoso. Mis lamentaciones eran tan lastimosas, como si me hubiesen magullado las carnes.

"Así he ido remontándome a través de mi vida, como remontamos un río, luchando contra la corriente. Aparecieron personas olvidadas, cuyos nombres no puedo recordar; pero su rostro sí lo recuerdo. En las cartas de mi madre resucitan criados antiguos, el aspecto de nuestra casa y mil detalles nimios que una inteligencia infantil recoge.

"Sí; he visto de pronto los vestidos que usó mi madre en distintas épocas y, según la moda y según el tocado, mostraba una fisonomía diferente. Sobre todo me obsesionaba con un traje de seda rameado, y recuerdo que un día, llevando aquel traje, me amonestó dulcemente: 'Roberto, hijo mío, si no procuras erguirte un poco, serás jorobado toda tu vida'.

"Luego, al abrir otro cajón, aparecieron las prendas marchitas de mis amores: un zapatito de baile, un pañuelo desgarrado, una liga de seda, trencitas de pelo, flores... Y las novelas de mi vida sentimental me sumergieron más en la triste melancolía de lo que no vuelve. ¡Ah! ¡Las frentes juveniles orladas con rubios cabellos, las manos acariciadoras, los ojos insinuantes, la sonrisa que promete un beso, el beso que asegura un paraíso!... Y ¡el primer beso!... Aquel beso delicioso, interminable, que ofusca la mirada, que abate la imaginación, que nos posee y nos glorifica, ofreciéndonos a la vez un goce ideal y la promesa de otros goces deseados.

"Cogiendo con ambas manos aquellas prendas tristes de lejanas ternuras, las cubrí de caricias furiosas y en mi corazón desolado por los recuerdos sentía resonar cada hora de abandono, sufriendo un suplicio más cruel que las monstruosas leyendas infernales. ¡Ah! ¿Por qué las abandoné o por qué me abandonaron?

"Quedaba por ver una carta fechada hacía medio siglo. Me la dictó el maestro de escritura: 'Mamita de mi alma: hoy cumplo siete años. A esa edad ya se discurre; ya sé lo que te debo. Te juro emplear bien la vida que me has dado.

'Tu hijo que te adora, Roberto'.

"Me había remontado hasta el origen. El recuerdo era desconsolador. ¿Y el porvenir? Quise profundizar en lo que me faltaba de vida, y se me apareció la vejez espantosa y solitaria, con su cortejo de achaques y dolencias... ¡Todo acabado para mí! ¡Nadie junto a mí!

"El revólver está sobre la mesa... Es tentador..."

No lean nunca las cartas de otros tiempos! ¡No recuerden viejas memorias!... Así es como se matan muchos hombres en cuya plácida existencia no hallamos el verdadero motivo de su fatal resolución.

## **Tombuctú**

El bulevar, ese río de vida, bullía en el polvo de oro del sol poniente. Todo el cielo estaba rojo, cegador; y, por detrás de la Madeleine <sup>1</sup>, una inmensa nube arrebolada arrojaba sobre toda la larga avenida un oblicuo diluvio de fuego, vibrante como el vapor de una fogata.

La muchedumbre, alegre, palpitante, caminaba bajo aquella bruma encendida y parecía en una apoteosis. Los rostros estaban dorados; los sombreros negros y los trajes tenían reflejos de púrpura; el charol de los zapatos lanzaba llamas sobre el asfalto de las aceras.

Ante los cafés, multitud de hombres tomaban bebidas brillantes y coloreadas que parecían piedras preciosas fundidas en el cristal.

Entre los parroquianos vestidos con trajes ligeros y oscuros, dos oficiales con uniforme de gala hacían bajar todos los ojos con el deslumbramiento de sus entorchados. Charlaban, alegres sin motivo, entre aquella gloria de vida, entre la radiante irradiación de la tarde; miraban a la muchedumbre, los hombres lentos y las mujeres apresuradas que dejaban tras sí un perfume intenso y turbador.

De repente un enorme negro, vestido de negro, ventrudo <sup>2</sup>, con un chaleco de dril recargado de dijes, con la cara tan reluciente como si le hubieran sacado brillo, pasó ante ellos con aire triunfal. Sonreía a los transeúntes, sonreía a los vendedores de periódicos, sonreía hacia el cielo resplandeciente, sonreía a París entero. Era tan alto que sobrepasaba todas las cabezas; y, a su paso, todos los bobalicones se volvían para contemplarlo de espaldas.

Pero de pronto divisó a los oficiales y, atropellando a los bebedores, se lanzó hacia ellos. En cuanto estuvo ante su mesa, clavó en ellos sus ojos brillantes y encantados, y las comisuras de la boca le subieron hasta las orejas, descubriendo unos dientes blancos, claros como una luna creciente en un cielo negro. Los dos hombres, estupefactos, contemplaban a aquel gigante de ébano, sin entender su alegría.

Exclamó, con una voz que hizo reír a todas las mesas:

-Bueena tarde, mi teeniente.

Uno de los oficiales era jefe de batallón, el otro coronel. El primero dijo:

-No lo conozco a usted, caballero; ignoro lo que pretende de mí.

El negro prosiguió:

-Yo querer mucho a ti, teeniente Vedié, sitio Bézi, muucha uvaa, buscaba yo.

El oficial, completamente desconcertado, miró fijamente al hombre, buscando en el fondo de sus recuerdos; y bruscamente exclamó:

-¿Tombuctú?

El negro, radiante, se golpeó el muslo lanzando una risa de una violencia inverosímil y berreando:

-Sí, sí, ya, mi teeniente, reconoce Tombuctú, ya, bueena tarde.

El comandante le tendió la mano riéndose también con toda su alma. Entonces Tombuctú se puso serio. Cogió la mano del oficial y, con tanta rapidez que el otro no pudo impedirlo, se la besó, según la costumbre negra y árabe. Confuso, el militar le dijo con voz severa:

-Vamos, Tombuctú, no estamos en África. Siéntate ahí y dime cómo es que te encuentro aquí.

Tombuctú hinchó la barriga y, tartamudeando de lo deprisa que hablaba:

-Ganado mucho dinero, muucho, gran estaurante, comido bien, prusianos, yo, muucho robado, muucho, cocina francesa, Tombuctú, coociner del Emperadó, doscientos mil francos a mí. ¡Ja, ja, ja, ja!

Y reía, retorciéndose, chillando con una alegría loca en la mirada.

Cuando el oficial, que entendía su extraño lenguaje, lo hubo interrogado cierto tiempo, le dijo:

-Bien, hasta la vista, Tombuctú, hasta pronto.

El negro se levantó al punto, estrechó, esta vez, la mano que le tendían, y, sin dejar de reír, gritó:

-Bueena tarde, bueena tarde, mi teeniente.

Y se marchó, tan contento que gesticulaba al andar y lo tomaban por un loco.

El coronel preguntó:

-¿Quién es ese animal?

El comandante respondió:

-Un buen chico y un valiente soldado. Voy a contarle lo que sé de él; es bastante divertido.

"Ya sabe que al comienzo de la guerra de 1870 estuve encerrado en Beziéres, que ese negro llama Bézi. No estábamos sitiados, sino bloqueados. Las líneas prusianas nos rodeaban por todas partes, fuera del alcance de nuestros cañones, y ya no disparaban sobre nosotros, sino que pretendían rendirnos por hambre.

"Yo era entonces teniente. Nuestra guarnición estaba compuesta por tropas de todo tipo, restos de regimientos destrozados, fugitivos, merodeadores separados de los cuerpos del ejército. Teníamos de todo, incluso doce turcos<sup>3</sup> llegados una noche no sé cómo, no sé por dónde. Se habían presentado en las puertas de la ciudad, agotados, andrajosos, hambrientos y borrachos. Me los encomendaron.

"Pronto comprendí que eran rebeldes a toda disciplina, siempre estaban fuera y siempre achispados. Probé con la prevención, e incluso con el calabozo, no conseguí nada. Mis hombres desaparecían durante días enteros, como si se los hubiera tragado la tierra, y después reaparecían borrachos como cubas. No tenían dinero. ¿Dónde bebían? ¿Y cómo, y con qué?

"La cosa empezaba a intrigarme vivamente, tanto más cuanto que aquellos salvajes me interesaban con su risa perpetua y su carácter de niños traviesos.

"Me di cuenta entonces de que obedecían ciegamente al más alto de todos, ése que usted acaba de ver. Los gobernaba a su antojo, preparaba sus misteriosas empresas como jefe todopoderoso e indiscutido. Mandé que viniera a verme y lo interrogué. Nuestra conversación duró unas tres horas, pues me costaba mucho trabajo entender su sorprendente algarabía. El pobre diablo, por su parte, hacía esfuerzos inauditos para que lo entendiera, inventaba palabras, gesticulaba, sudaba con el esfuerzo, se enjugaba la frente, resoplaba, se detenía y volvía a empezar bruscamente cuando creía haber encontrado un nuevo método para explicarse.

"Adiviné al final que era hijo de un gran jefe, de una especie de rey negro de las cercanías de Tombuctú. Le pregunté su nombre. Respondió algo así como Chavajaribujalijranafotapolara. Me pareció más sencillo ponerle el nombre de su tierra: "Tombuctú". Y, ocho días después, nadie en la guarnición lo llamaba de otra manera.

"Pero sentíamos una curiosidad loca por saber dónde el expríncipe africano encontraba bebida. Lo descubrí de un modo singular.

"Estaba yo una mañana en las murallas, estudiando el horizonte, cuando divisé en un viñedo algo que se movía. Se aproximaba la época de la vendimia, las uvas estaban maduras, pero no pensé en nada de eso. Creí que un espía se acercaba a la ciudad, y organicé una expedición en regla para atrapar al merodeador. Tomé yo mismo el mando, tras haber obtenido la autorización del general.

"Había mandado salir, por tres puertas diferentes, tres pequeñas tropas que debían reunirse cerca del viñedo sospechoso y rodearlo. Para cortarle la retirada al espía, uno de esos destacamentos tenía que marchar durante una hora, por lo menos. Un hombre que había quedado de observación en la muralla me indicó por señas que el ser divisado no había salido del campo. Avanzábamos con mucho sigilo, arrastrándonos, casi tumbados entre los surcos. Por fin, llegamos al punto designado; despliego bruscamente a mis soldados, que se lanzan al viñedo, y encuentran... a Tombuctú, andando a cuatro patas entre las cepas y comiendo uvas, o mejor dicho dando dentelladas a las uvas como un perro que come sus sopas, con toda la boca, pegado a la planta, arrancando el racimo con los dientes.

"Quise que se levantara; ni pensarlo, y comprendí entonces por qué se arrastraba así sobre manos y rodillas. Cuando lo enderezaron sobre sus piernas, osciló unos segundos, extendió los brazos y cayó de bruces. Tenía la mayor borrachera que yo había visto nunca.

"Nos lo llevamos sobre dos rodrigones. No cesó de reír durante todo el camino, gesticulando con brazos y piernas.

"Ese era todo el misterio. Mis mozos bebían de la misma uva. Después, cuando estaban borrachos a más no poder, se dormían allí mismo.

"En cuanto a Tombuctú, su amor al viñedo sobrepasaba toda medida, era increíble. Vivía allí dentro como los tordos, a quienes por lo demás odiaba con un odio de rival celoso. Repetía sin cesar:

"-Lo toordo comido tooda la uva, ¡sinvegüeenza!

"Una tarde fueron a buscarme. Se distinguía en la llanura algo que venía hacia nosotros. Yo no había cogido mi anteojo y veía mal. Hubiérase dicho una gran serpiente que se desenrollaba, un convoy, ¡yo qué sé!

"Envié unos hombres al encuentro de aquella extraña caravana que pronto hizo una entrada triunfal. Tombuctú y nueve de sus compañeros traían sobre una especie de altar, hecho con sillas de campaña, ocho cabezas cortadas, sangrientas y expresivas. El décimo turco tiraba de un caballo a la cola del cual habían atado otro, y otros seis animales más los seguían, sujetos de la misma manera.

"He aquí lo que me contaron. Al salir a los viñedos, mis africanos habían visto de repente un destacamento prusiano que se acercaba a un pueblo. En lugar de huir, se habían escondido; después, cuando los oficiales echaron pie a tierra ante una posada para tomar algo fresco, los once mozos se lanzaron, pusieron en fuga a los ulanos que se creyeron atacados, mataron a los dos centinelas, y además al coronel y los cinco oficiales de su escolta.

"Ese día abracé a Tombuctú. Pero me di cuenta de que le costaba andar. Lo creí herido; se echó a reír y me dijo:

"-Yo, poovisione pal país.

"Y es que Tombuctú no hacía la guerra por la gloria, sino por la ganancia. Todo lo que encontraba, todo lo que le parecía de valor, todo lo que brillaba, sobre todo, se lo metía en el bolsillo. ¡Y qué bolsillo! Un pozo sin fondo que empezaba en las caderas y terminaba en los tobillos. Habiendo retenido un término de la tropa, lo llamaba "mis alforjas", ¡y eran unas auténticas alforjas, en efecto!

"De modo que había arrancado los galones de los uniformes prusianos, el cobre de los cascos, los botones, etc., arrojándolo todo en sus "alforjas", que estaban llenas hasta rebosar.

"Todos los días precipitaba en su interior cualquier objeto brillante que cayera en sus manos, pedazos de estaño o piezas de plata, lo cual le daba a veces un aspecto infinitamente gracioso.

"Contaba con llevarse todo al país de los avestruces, de los cuales parecía hermano aquel hijo de rey torturado por la necesidad de tragar los cuerpos brillantes. Si no hubiera tenido sus alforjas, ¿qué habría hecho? Sin duda los hubiera engullido.

"Todas las mañanas su bolsillo estaba vacío. Tenía, pues, un almacén general donde se amontonaban sus riquezas. Pero, ¿dónde? No pude descubrirlo.

"El general, advertido de la gran hazaña de Tombuctú, mandó en seguida enterrar los cuerpos que habían quedado en el pueblo vecino, para que nadie descubriera que habían sido decapitados. Los prusianos regresaron al día siguiente. El alcalde y siete vecinos notables fueron fusilados en el acto, en represalia, como denunciantes de la presencia de los alemanes.

"Llegó el invierno. Estábamos agotados y desesperados. Ahora nos batíamos a diario. Los hombres, hambrientos, no podían andar. Sólo los ocho turcos (habían matado a tres) seguían gordos y relucientes, vigorosos y siempre dispuestos a luchar. Tombuctú incluso engordaba. Me dijo un día:

"-Tu muucha hambre, yo buena carne.

"Y en efecto, me trajo un excelente filete. Pero ¿de qué? Ya no nos quedaban bueyes, ni carneros, ni cabras, ni asnos, ni cerdos. Era imposible procurarse un caballo. Reflexioné sobre todo esto tras haber devorado mi carne. Entonces me asaltó un horrible pensamiento. ¡Aquellos negros habían nacido en una tierra donde se come a los hombres! ¡Y caían diariamente tantos soldados en torno a la ciudad! Interrogué a Tombuctú. No quiso responder. No insistí, pero a partir de entonces rechacé sus regalos.

"Me adoraba. Una noche, la nieve nos sorprendió en las avanzadas. Estábamos sentados en el suelo. Yo miraba compasivo a los pobres negros tiritando bajo aquel polvo blanco y helado. Como tenía mucho frío, empecé a toser. Al punto sentí que algo caía sobre mí, como una grande y cálida manta. Era el capote de Tombuctú, que él me echaba sobre los hombros.

"Me levanté y le devolví su prenda:

- "-Quédatelo, hijo mío; lo necesitas más que yo.
- "Él respondió:
- "-«No, mi teeniente, pa ti, yo no necesitar, yo calieente, calieente.
- "Y me contemplaba con ojos suplicantes. Proseguí:
- "-Vamos, obedece, quédate con el capote, te lo mando.
- "El negro entonces se levantó, desenvainó el sable, que sabía conservar afilado como una hoz, y, sosteniendo con la otra mano su ancho capote que yo rechazaba:
- "-Si tu no queeda abrigo, yo coorto; nadie abrigo.
- "Lo hubiera hecho. Yo cedí.
- "Ocho días después, habíamos capitulado. Algunos de los nuestros habían podido escapar. Los demás iban a salir de la ciudad y entregarse a los vencedores.
- "Me dirigía a la plaza de Armas, donde debíamos congregarnos, cuando me quedé asombrado ante un negro gigantesco vestido de dril blanco y tocado con un sombrero de paja. Era Tombuctú. Parecía radiante y se paseaba, con las manos en los bolsillos, ante una tiendecilla donde se exhibían dos platos y dos vasos.

"Le dije:

"¿Qué estás haciendo?

"Respondió:

- "Yo no sufrí, yo buen coociner, yo hecho comer coronel, Argeel; yo comido pusianos, mucho roobado, muucho.
- "Helaba a diez grados. Yo tiritaba ante aquel negro vestido de dril. Entonces me cogió del brazo y me hizo entrar. Vi una muestra inmensa que iba a colgar ante la puerta cuando nos hubiéramos marchado, pues tenía cierto pudor.
- "Y leí, trazado por la mano de algún cómplice, este reclamo:

### COCINA MILITAR DEL SEÑOR TOMBUCTÚ EXCOCINERO DE S.M. EL EMPERADOR Artista de París - Precios módicos

- "A pesar de la desesperación que me roía el alma, no pude dejar de reírme, y dejé a mi negro entregado a su nuevo negocio.
- "¿No valía más eso que hacer que se lo llevaran prisionero?
- "Acaba usted de ver que ha tenido éxito, el mozo.

Beziéres, hoy, pertenece a Alemania. El restaurante Tombuctú es un comienzo de desquite."

### Un caso de divorcio

El abogado de la señora Chassel tiene la palabra y dice:

"Señor presidente:

Señores magistrados:

El pleito de cuya defensa estoy encargado constituye más bien una cuestión medica que jurídica; es un caso patológico más que un caso de derecho. Los hechos origen de esta causa son evidentes.

Un hombre joven, rico, de alma noble y exaltada y corazón generoso, se enamora de una joven extraordinariamente hermosa, adorable, encantadora, graciosa, linda, buena... y se casa con ella.

Durante algún tiempo la conducta de este hombre para con su mujer fue la del esposo lleno de ternura y de cuidados; después su cariño va enfriándose hasta el punto de sentir hacia ella una repulsión indecible, un extraordinario desamor. Llegó a pegarle un día, no solamente sin razón, sino sin pretexto.

No pienso, señores, pintarles el cuadro de esos procederes extraños, incomprensibles para todos. Tampoco he de esforzarme en describirles la triste vida de aquellos dos seres, ni la horrible tortura de la mujer. Para convencerlos de la razón que a ésta asiste, bastará con que les lea algunos fragmentos del diario escrito por aquel desgraciado loco.

Helos aquí:

¡Qué triste! ¡Qué monótono! ¡Qué ruin y qué odioso es todo! Soñé una tierra más bella, más noble, más variada.

¡Siempre bosques; ríos que se parecen a otros ríos, llanuras que se parecen a otras llanuras!... ¡Todo igual!... ¡Todo monótono!... ¡Y el hombre!... ¡Qué es el hombre? Un animal malo, orgulloso y repugnante...

Preciso es amar, pero amar locamente, sin ver lo que se ama: porque ver es comprender y comprender es despreciar...

¿He encontrado ese amor?... Creo que sí.. Esa mujer tiene en toda su persona algo de ideal que no parece de este mundo y que da las alas a mi sueño.

Mi amada es rubia, con matices maravillosos en los cabellos... ¡Qué azules son sus ojos!... Sólo los ojos azules embargan mi alma... La mujer que existe en el fondo de mi corazón aparece en su mirada, sólo en su mirada... ¡Oh! ¿Qué misterio existe en los ojos? Todo el universo está en ellos, puesto que lo ven y lo reflejan. Sí... en los ojos se contiene el universo, las personas y las cosas, los bosques y los mares, los hombres y las bestias, las puestas del sol, las estrellas, las artes... Todo... Todo lo ven, todo lo recogen... Pero en los ojos aun hay más. Allí está el alma, el ser que quiere, el ser que ama, el ser que ríe, el ser que sufre... ¡Oh!... Contemplen los ojos azules de las mujeres... profundos como el mar, inundados de luz como el cielo, tan dulces como las brisas, como la música, como los besos, y tan transparentes, tan claros, que tras ellos se ve el alma, el alma azul que los colora, los anima y diviniza.

¡Sí! El alma tiene el color de los ojos... El alma azul, sólo él alma azul lleva dentro el ensueño... Ha tomado su color a las ondas del mar y al éter del espacio.

Los ojos, piensen en los ojos... Beben la vida aparente para nutrir con ella el pensamiento. Beben el mundo, el color, el movimiento, los libros, los cuadros... todo lo hermoso y todo lo ruin... De allí salen las ideas... Y si los ojos nos miran, nos producen una felicidad que no es terrena. Nos hacen presentir lo que siempre ignoraremos... Nos hacen comprender que la realidad es una miseria despreciable...

La amo también por su aire gentil, porque, como ha dicho el poeta:

-Hasta cuando el pájaro anda parece de otra raza más superior que la de las mujeres ordinarias; más ligera y más divina...

Mañana me caso con ella... Tengo miedo... ¿Miedo de qué?... ¡De tantas cosas!

Ya es mi mujer. Mientras la he deseado, idealmente fue para mí el poético ensueño, próximo a realizarse; después se ha convertido en el ser de que la Naturaleza se ha servido para truncar todas mis esperanzas.

¿Pero las ha truncado? No... Y, sin embargo, estoy cansado de ella. Cansado hasta no poder tocarla ni con mi mano ni con mis labios, sin que mi corazón sienta un desagrado inexplicable...

¡No! No puedo ver a mi mujer venir hacia mi llamándome con su mirada, con su sonrisa o con sus brazos. Antes creía yo que un beso de aquella mujer me transportaría a los cielos... ¡Y qué desencanto sufrí un día, cuando estuvo mala con una fiebre pasajera! Sentí en su aliento el soplo ligero, sutil, casi insensible de las podredumbres humanas...

¡Oh! ¡ La carne! Estercolero seductor y viviente... ¡Putrefacción que se mueve, que anda, que piensa, que habla, que mira y que sonríe; donde los alimentos fermentan; sonrosada, linda, tentadora, engañadora como el alma!

Porque en realidad sólo las flores huelen bien. Lo mismo las de vistosos colores que las pálidas, impresionan mi espíritu y turban mis ojos... ¡Son tan hermosas! ¡ De estructura tan delicada! ¡ Tan variadas y tan sensibles! Son más tentadoras que las mismas bocas, y hasta parecen tenerla.

Ellas... ellas solas se reproducen en el mundo sin dejar huella que manche, y evaporando en torno el divino incienso de su amor, el sudor oloroso de sus caricias, la esencia de sus incomparables cuerpos, adornados de todas las gracias, de todas las elegancias, de todas las formas que tiene la coquetería, de todas las coloraciones y la seducción embriagadora de todos los aromas...

#### SEIS MESES DESPUÉS

...Amo las flores, no como flores, sino como seres vivientes, deliciosos. Paso los días y las noches en el invernadero, donde las guardo como a las mujeres en el harén... Nadie, fuera de mí; conoce la dulzura, el éxtasis sobrehumano de estas ternuras... Nadie conoce el sabor de estos besos sobre la carne roja, fina, blanca, delicada, rara, de estas flores. Tengo estufas donde no penetra nadie más que yo y el encargado de cuidarlas. Entro allí como si entrase en un retiro de secretos placeres... Por la alta galería de cristales paso entre dos masas de corolas; unas cerradas, otras entreabiertas o abiertas del todo y dispuestas en declive. Es el primer beso que me envían... Estas flores que adornan el vestíbulo de mis pasiones misteriosas, no son aun mis favoritas, sino mis sirvientas. Me saludan al paso con sus brillantes matices y sus frescas exhalaciones Son lindas, coquetas, dispuestas en ocho filas a la derecha y ocho a la izquierda, formando dos jardines que vienen a morir a mis pies.

Al verlas, mi corazón palpita, mi mirada se ilumina, mi sangre se agita, mi alma se exalta y mis manos tiemblan con el deseo de tocarlas... En el fondo de aquella alta galería hay tres puertas cerradas... Puedo elegir el que más me plazca de aquellos tres harenes.

Generalmente entro donde están las orquídeas, mis adormideras preferidas. Proceden de los países arenosos, ardientes y malsanos. Atraen como sirenas, matan como venenos... Enervan. Son terribles.. Semejan grandes mariposas con sus alas enormes, sus patas, sus ojos... Porque tienen ojos... Me miran, me ven... Aquellos seres prodigiosos, inverosímiles, hijos de la tierra sagrada, del aire impalpable, de la cálida luz, de esa madre del mundo... Sí... Tienen alas, y ojos, y matices que ningún pintor podría imitar... y todas las formas, todas las gracias, todos los encantos que se pueden soñar.

Los extraños dibujos de sus pequeños cuerpos sumergen el espíritu en el paraíso de las imágenes y voluptuosidades ideales... Tiemblan sobre sus tallos como si quisieran volar... ¿Volarán y vendrán hacia mí?... ¿No es mi corazón el que vuela sobre ellas, como un místico torturado de amor?

Estamos solos ellas y yo en la clara prisión que les he construido. Las miro, las contemplo y las adoro una por una.

¡Cuánto las amo! El borde de su cáliz está rizado, más pálido que su garganta, y la corola oculta en él como misteriosa boca atractiva, azucarada, mostrando y desenvolviendo los órganos delicados, admirables y sagrados de estas divinas criaturas, que sienten y no hablan... He experimentado por algunas de ellas una pasión tan fugaz como su existencia: de algunos días, de algunas noches.

Cojo a la preferida, la saco de la galería, la encierro en una estufita de vidrio, en donde un hilo de agua corre por un lecho de césped tropical traído de las islas de! Pacífico. Y allí, junto a ella, me quedo febril, ardiente, atormentado por la idea de su próxima muerte, contemplando cómo se marchita mientras la poseo, aspiro y bebo su corta vida con una suprema caricia.

Después de terminar la lectura de estos fragmentos, añadió el abogado:

-La decencia, señores, me impide continuar la lectura de las singulares confesiones de este hombre, vergonzosamente idealista. Los fragmentos que acabo de someter a la consideración de ustedes creo que serán suficientes para apreciar este caso de enfermedad mental, menos raro de lo que pudiera creerse en la época que atravesamos, de histerismo y de decadencia. En mi opinión, pues, a mi representada le asiste un perfecto derecho a reclamar el divorcio, dada la excepcional situación en que la ha colocado la perturbación de los sentidos de su esposo.

### Un drama verdadero

«Lo verdadero puede a veces no ser verosímil» Boileau , Art poétique , III, 48

Decía yo el otro día, en este lugar, que la escuela literaria de ayer se servía, para sus novelas, de las aventuras o de las verdades excepcionales encontradas en la existencia; mientras que la escuela actual, al no preocuparse sino por la verosimilitud, establece una especie de media de los acontecimientos ordinarios.

Y hete aquí que me comunican toda una historia, ocurrida, al parecer, y que se diría inventada por algún novelista popular o algún dramaturgo delirante.

Es, en cualquier caso, pasmosa, bien urdida y muy interesante en su extrañeza.

En una propiedad rural, mitad granja y mitad quinta, vivía una familia que tenía una hija a la que cortejaban dos jóvenes, hermanos.

Éstos pertenecían a una antigua y excelente casa, y vivían juntos en una propiedad vecina.

El preferido fue el mayor. Y el pequeño, a quien un amor tumultuoso le trastornaba el corazón, se tornó sombrío, soñador, errabundo. Salía durante días enteros o bien se encerraba en su habitación, y leía o meditaba.

Cuanto más se acercaba la hora de la boda, más receloso se volvía.

Aproximadamente una semana antes de la fecha fijada, el novio, que regresaba una noche de su cotidiana visita a la joven, recibió un disparo a quemarropa, en un rincón del bosque. Unos campesinos, que lo encontraron al nacer el día, llevaron el cuerpo a su hogar. Su hermano se sumió en una fogosa desesperación que duró dos años. Se creyó incluso que se metería a cura o que se mataría.

Al cabo de esos dos años de desesperación, se casó con la novia de su hermano.

Entretanto no se había podido encontrar al homicida. No existía el menor rastro seguro; y el único objeto revelador era un trozo de papel casi quemado, negro de pólvora, que había servido de taco al fusil del asesino. En aquel jirón de papel estaban impresos unos versos, el final de una canción, sin duda, pero no se pudo descubrir el libro del que había sido arrancada aquella página.

Se sospechó que el asesino era un cazador furtivo de mala nota. Fue perseguido, encarcelado, interrogado, hostigado; pero no confesó, y fue absuelto, por falta de pruebas.

Tal es la exposición de este drama. Uno creería estar leyendo una horrible novela de aventuras. No falta nada: el amor de los dos hermanos, los celos de uno, la muerte del preferido, el crimen en un rincón del bosque, la justicia despistada, el acusado absuelto, y un leve hilo en manos de los jueces, el trozo de papel negro de pólvora.

Y, ahora, transcurren veinte años. El hermano menor, casado, es feliz, rico y considerado: tiene tres hijas. Una de ellas va a casarse a su vez. Se desposa con el hijo de un viejo magistrado, uno de los que formaron el tribunal antaño, cuando el asesinato del hermano mayor.

Y he aquí que se celebra la boda, una gran boda rural, una juerga. Los dos padres se estrechan las manos, los jóvenes son felices. Cenan en la larga sala de la quinta; beben, bromean, ríen, y, llegados a los postres, alguien propone cantar canciones, como se hacía en los viejos tiempos. La idea agrada, y cada cual canta. Al llegarle su turno, el padre de la desposada busca en su memoria antiguas coplas que tarareaba en tiempos, y poco a poco las encuentra.

Hacen reír, se aplauden; él prosigue, entona la última; después, cuando ha acabado, su vecino el magistrado le pregunta: «¿De dónde diablos ha sacado usted esa canción? Conozco los últimos versos. E incluso me parece que están relacionados con alguna grave circunstancia de mi vida, pero no lo sé exactamente; estoy perdiendo la memoria.»

Y al día siguiente, los recién casados salen de viaje de bodas.

Sin embargo, la obsesión de los recuerdos imprecisos, ese prurito constante de recordar una cosa que se le escapa sin cesar, acosaba al padre del joven. Tarareaba sin descanso el estribillo que había cantado su amigo, y seguía sin recordar de dónde le venían aquellos versos que, sin embargo, tenía grabados desde hacía mucho tiempo en la cabeza, como si hubiera sentido un serio interés por no olvidarlos.

Transcurren dos años más. Y he aquí que un día, hojeando unos viejos papeles, encuentra, copiadas por él, aquellas

rimas que tanto ha buscado.

Eran los versos que habían quedado legibles en el taco del fusil de que se habían servido antaño para el asesinato.

Entonces vuelve a iniciar él solo la investigación. Interroga con astucia, registra los muebles de su amigo, tanto y tan bien que encuentra el libro cuya página había sido arrancada.

El drama se desarrolla ahora en ese corazón de padre. Su hijo es el yerno de aquel de quien sospecha tan violentamente; pero, si el sospechoso es culpable, ¡ha matado a su hermano para robarle la novia! ¿Hay crimen más monstruoso?

El magistrado triunfa sobre el padre. El proceso vuelve a abrirse. El verdadero asesino es, en efecto, el hermano. Lo condenan.

\* \* \*

He aquí los hechos que me señalan. Afirman que son ciertos. ¿Podríamos utilizarlos en un libro sin dar la impresión de imitar servilmente a De Montépin y Du Boisgobey?

Así pues, tanto en la literatura como en la vida, el axioma: «No todas las verdades se pueden decir» me parece perfectamente aplicable.

Insisto sobre este ejemplo, que me parece impresionante. Una novela compuesta con un dato semejante despertaría la incredulidad de todos los lectores, y escandalizaría a todos los verdaderos artistas.

## Un duelo

La guerra había acabado; los alemanes ocupaban Francia; el país palpitaba como un luchador vencido caído a los pies del vencedor.

De un París desquiciado, hambriento, desesperado, salían los primeros trenes que iban a las nuevas fronteras, atravesando con lentitud campos y ciudades. Los primeros viajeros miraban por las portezuelas las llanuras devastadas y los caseríos incendiados. Ante las puertas de las casas que seguían en pie, soldados prusianos, con el casco negro con punta de cobre, fumaban en pipa, a horcajadas en unas sillas. Otros trabajaban o charlaban como si formasen parte de las familias. Cuando se pasaba por una ciudad, se veían regimientos enteros maniobrando en las plazas, y, pese al traqueteo de las ruedas, llegaban a veces roncas voces de mando.

El señor Dubuis, que había pertenecido a la Guardia Nacional de París durante todo el asedio, iba a reunirse en Suiza con su mujer y su hija, enviadas prudentemente al extranjero antes de la invasión.

El hambre y las fatigas no habían disminuido su abultado vientre de comerciante rico y pacífico. Había soportado los terribles acontecimientos con una desolada resignación y con amargas frases sobre el salvajismo de los hombres. Ahora que se dirigía a la frontera, acabada la guerra, veía por primera vez a los prusianos, aunque había cumplido su deber en las murallas y montado muchas guardias en las noches frías.

Miraba con irritado terror a aquellos hombres armados y barbudos instalados como en casa propia en la tierra de Francia, y sentía en el alma una especie de fiebre de impotente patriotismo al mismo tiempo que esa gran necesidad, que ese nuevo instinto de prudencia que ya no nos ha abandonado.

En su departamento, dos ingleses, llegados para ver, miraban con ojos tranquilos y curiosos. También ellos dos eran gruesos y charlaban en su lengua, hojeando a veces su guía, que leían en alta voz tratando de reconocer los lugares indicados.

De repente el tren se detuvo en la estación de un pueblecito, y subió un oficial prusiano con gran ruido de sable en el doble estribo del vagón. Era alto, embutido en su uniforme y con barba hasta los ojos. Su cabello rojo parecía llamear, y sus largos bigotes, más pálidos, se lanzaban hacia los dos lados del rostro, cortándolo en dos.

Los ingleses se pusieron al punto a contemplarlo con sonrisas de curiosidad satisfecha, mientras el señor Dubuis fingía leer un periódico. Se mantenía acurrucado en su rincón, como un ladrón ante un guardia.

El tren volvió a ponerse en movimiento. Los ingleses seguían charlando, buscando el lugar preciso de las batallas; y de pronto, cuando uno de ellos extendía el brazo hacia el horizonte señalando un pueblo, el oficial prusiano pronunció en francés, estirando sus largas piernas y arrellanándose en su asiento:

-Cho maté toce franceces en eze bueblo. Cho cogí máz te cien brisioneros.

Los ingleses, muy interesados, preguntaron en seguida:

-¡Aaah! ¿Cómo llamarse ese pueblo?

El prusiano respondió:

-Farsburg.

Y prosiguió:

-Cho cogí ezos frifonez de franceces bor laz orejaz.

Y miraba al señor Dubuis riendo orgullosamente, de buen humor.

El tren avanzaba, siempre atravesando caseríos ocupados. Se veían soldados alemanes a lo largo de las carreteras, al borde de los campos, de pie junto a las barreras, o charlando ante los cafés. Cubrían la tierra como las langostas de África.

El oficial extendió la mano:

-Ci cho tufiera el mando habría tomado Paríz, y quemado coto, y matado coto el mondo. ¡No maz Francia!

Los ingleses se limitaron a responder, por cortesía:

-Aoh yes.

Él continuó:

-En feinte años, toca Europa, toca, pertenecerá a nozotroz. Pruzia maz fuerte que cotos.

Los ingleses, inquietos, no respondieron. Sus caras, impasibles, parecían de cera entre sus largas patillas. Entonces el oficial prusiano se echó a reír. Y, siempre arrellanado en su asiento, empezó a burlarse. Se burlaba de la Francia aplastada, insultaba a los enemigos caídos por tierra; se burlaba de Austria, vencida poco ha; se burlaba de la defensa encarnizada e impotente de los departamentos; se burlaba de los voluntarios, de la artillería inútil. Anunció que Bismarck iba a construir una ciudad de hierro con los cañones capturados. Y de repente puso sus botas contra el muslo del señor Dubuis, que apartaba la mirada, rojo hasta las orejas.

Los ingleses parecían haberse vuelto indiferentes a todo, como si de pronto se hubiesen encontrado encerrados en su isla, lejos del mundanal ruido.

El oficial sacó su pipa y, mirando fijamente al francés:

-¿Tiene uzted tabaco?

El señor Dubuis respondió:

-No. señor.

El alemán prosiguió:

-Le ruego que faya a comprarlo cando ce pare el tren.

Y se echó a reír de nuevo:

-Le taré una bropina.

El tren silbó, disminuyendo la marcha. Pasaban ante los edificios incendiados de una estación; después se detuvo.

El alemán abrió la portezuela y, cogiendo del brazo al señor Dubuis:

-Faya a hacer mi regado. ¡De brisa, de brisa!

Un destacamento prusiano ocupaba la estación. Otros soldados miraban, de pie a lo largo de una valla de madera. La máquina silbaba ya para salir de nuevo.

Entonces, bruscamente, el señor Dubuis se lanzó al andén y, a pesar de los gestos del jefe de estación, se precipitó en el departamento contiguo.

¡Estaba solo! Se desabotonó el chaleco, pues el corazón le latía con fuerza, y se secó la frente, jadeante.

El tren se detuvo de nuevo en una estación. Y de repente el oficial apareció en la portezuela y montó, seguido pronto por los dos ingleses a quienes empujaba la curiosidad. El alemán se sentó frente al francés y, sin dejar de reír:

-Uzted no ha querido hacer mi regado.

El señor Dubuis respondió:

-No, señor.

El tren acababa de ponerse en marcha.

El oficial dijo:

-Puez foy a cortarle zu pigote para llenar mi pipa.

Y extendió la mano hacia la cara de su vecino.

Los ingleses, siempre impasibles, miraban sin pestañear.

El alemán había agarrado ya un mechón de pelo y tiraba de él, cuando el señor Dubuis, de un revés, le apartó el brazo y, cogiéndolo por el cuello, lo derribó sobre el asiento.

Después, loco de cólera, con las sienes hinchadas, los ojos inyectados en sangre, estrangulándolo con una mano, empezó con la otra, cerrada, a asestarle furiosos puñetazos en la cara. El prusiano se debatía, trataba de desenvainar el sable, de estrechar a su adversario tumbado sobre él. Pero el señor Dubuis lo aplastaba con el peso enorme de su vientre, y golpeaba, golpeaba sin tregua, sin tomar aliento, sin saber dónde caían sus golpes. Corría la sangre; el alemán, estrangulado, bramaba, escupía dientes, e intentaba, aunque en vano, rechazar a aquel gordo exasperado, que lo molía a golpes.

Los ingleses se habían levantado, acercándose para ver mejor. Estaban de pie, llenos de gozo y de curiosidad, dispuestos a apostar a favor o en contra de cada uno de los combatientes.

Y de repente el señor Dubuis, agotado por semejante esfuerzo, se levantó y volvió a sentarse sin decir una palabra.

El prusiano no se arrojó sobre él, tales eran su pasmo, su asombro y su dolor. Cuando recuperó el aliento, pronunció:

-Zi usted no quiere darme una zatisfacción con la bistola, lo mataré.

El señor Dubuis respondió:

-Cuando usted quiera. Acepto.

El alemán prosiguió:

-Estamoz llegando a Estrasburgo, yo cogeré doz oficialez de teztigoz, tenemoz tiempo antez de que zalga el tren.

El señor Dubuis, que resoplaba tanto como la máquina, dijo a los ingleses:

-¿Quieren ustedes ser mis testigos?

Ambos respondieron al tiempo:

-Aoh yes!

Y el tren se detuvo.

En un minuto, el prusiano había encontrado a dos camaradas que trajeron pistolas, y todos se dirigieron a las fortificaciones.

Los ingleses sacaban sus relojes sin cesar, apretando el paso, apresurando los preparativos, preocupados por la hora para no perder la salida.

El señor Dubuis nunca había empuñado una pistola.

Lo colocaron a veinte pasos de su enemigo. Le preguntaron:

-¿Está preparado?

Al responder «sí, señor», se dio cuenta de que uno de los ingleses había abierto el paraguas para resguardarse del sol.

Una voz ordenó:

-¡Fuego!

El señor Dubuis disparó al azar, sin esperar, y notó con estupor que el prusiano, en pie frente a él, se tambaleaba, alzaba los brazos y caía rígido de bruces. Lo había matado.

Un inglés gritó un «Aoh!» vibrante de gozo, de curiosidad satisfecha y de feliz impaciencia. El otro, que seguía con el reloj en la mano, agarró del brazo al señor Dubuis y lo arrastró, a paso gimnástico, hacia la estación. El primer inglés marcaba el paso mientras corría, con los puños cerrados y los codos pegados al cuerpo.

-¡Un, dos! ¡Un, dos!

Y los tres juntos corrían, pese a sus vientres, como tres caricaturas de un periódico festivo.

El tren partía. Saltaron a su coche. Entonces los ingleses, sacándose sus gorras de viaje, las alzaron agitándolas, y luego, tres veces seguidas, gritaron:

-Hip, hip, hip, hurra!

Después tendieron gravemente, uno tras otro, la mano derecha al señor Dubuis, y volvieron a sentarse uno junto al otro en su rincón.

## Un golpe de estado

París acababa de enterarse del desastre de Sedan. Se proclamaba la República. Francia entera jadeaba al comienzo de esa demencia que duró hasta después de la Comuna. Se jugaba a los soldados de una punta a otra del país.

Fabricantes de géneros de punto eran coroneles y desempeñaban cargos de generales; revólveres y puñales se desplegaban en torno a gruesos vientres pacíficos rodeados por cinturones rojos; pequeños burgueses convertidos en guerreros de ocasión mandaban batallones de voluntarios chillones y juraban como carreteros para adquirir empaque.

El mero hecho de manejar armas, de tener fusiles complicados, enloquecía a aquella gente que hasta entonces sólo había manejado balanzas, y la hacía, sin la menor razón, temible para el recién llegado. Ejecutaban a inocentes para probar que sabían matar; fusilaban, merodeando por las campiñas todavía vírgenes de prusianos, a los perros vagabundos, a las vacas que rumiaban en paz, a los caballos enfermos que pacían en los pastos.

Cada cual se creía llamado a desempeñar un gran papel militar. Los cafés de los más míseros villorios, llenos de comerciantes de uniforme, parecían cuarteles o ambulancias.

El pueblo de Canneville ignoraba aún las desquiciadas noticias del ejército y de la capital; pero una extremada agitación lo perturbaba desde hacía un mes, los partidos contrarios se encontraban frente a frente.

El alcalde, señor vizconde de Varnetot, un hombrecillo flaco, ya anciano, legitimista incorporado al Imperio hacía poco por ambición, había visto surgir un decidido adversario en el doctor Massarel, un gordo sanguíneo, jefe del partido republicano en el distrito, venerable de la lógica masónica de la cabeza de partido, presidente de la Sociedad de Agricultura y del cuerpo de bomberos, y organizador de la milicia rural que salvaría a la comarca.

En quince días se las había arreglado para decidir a defender el país a sesenta y tres voluntarios casados y padres de familia, campesinos prudentes y tenderos del lugar, y los adiestraba todas las mañanas en la plaza del ayuntamiento.

Cuando el alcalde, por casualidad, iba al edificio municipal, el comandante Massarel, cargado de pistolas, pasando fieramente con el sable en la mano, al frente de su tropa, hacía gritar a su gente: «¡Viva la patria!» Y ese grito, lo habían notado, excitaba al menudo vizconde, que veía en él sin duda una amenaza, un desafío, al mismo tiempo que un odioso recuerdo de la gran Revolución.

El 5 de septiembre por la mañana, el doctor, de uniforme, con el revólver sobre la mesa, pasaba consulta a una pareja de viejos campesinos, uno de los cuales, el marido, que sufría de varices desde hacía siete años, había esperado a que su mujer las tuviera también para ir al médico, cuando el cartero le llevó el periódico.

El señor Massarel lo abrió, se levantó bruscamente, y alzando los brazos al cielo con un gesto exaltado se puso a vociferar con toda su voz ante los dos aldeanos asustados:

-¡Viva la República! ¡Viva la República! ¡Viva la República!

Después se dejó caer en la butaca, desfallecido de emoción.

Y como el campesino continuaba:

- -Empezó con unos hormigueos que me corrían sin parar a lo largo de las piernas -el doctor Massarel exclamó:
- -Déjeme en paz, no tengo tiempo para ocuparme de sus tonterías. Se ha proclamado la República, el emperador está prisionero, Francia se ha salvado. ¡Viva la República!

Y, corriendo a la puerta, bramó:

-¡Céleste! ¡Pronto! ¡Céleste!

La criada acudió asustada; él tartamudeaba, de tan rápido que quería hablar:

-Mis botas, mi sable, mi cartuchera y el puñal español que está sobre mi mesilla de noche: ¡date prisa!

Y como el campesino, obstinado, aprovechando un instante de silencio, proseguía:

-Después me salieron como unas bolsas que me hacían daño al andar.

El médico, exasperado, chilló:

-Déjeme en paz, maldita sea, ¡si se hubiera lavado los pies, no le pasaría eso!

Después. agarrándolo por el cuello, le escupió a la cara:

-¿No te das cuenta de que ya tenemos república, pedazo de animal?

Pero la conciencia profesional lo calmó en seguida, y empujó hacia fuera al estupefacto matrimonio, repitiendo:

-Vuelvan mañana, vuelvan mañana, amigos míos. Hoy no tengo tiempo.

Mientras se equipaba de pies a cabeza, dio de nuevo una serie de órdenes urgentes a su criada:

-Corre a casa del teniente Picart y del alférez Pommel, y diles que los espero aquí inmediatamente. Y mándame también a Torchebeuf con su tambor, ¡deprisa! ¡De prisa!

Cuando Céleste hubo salido, se concentró, preparándose para superar las dificultades de la situación.

Los tres hombres llegaron juntos, con ropas de trabajo. El comandante, que esperaba verlos de uniforme, tuvo un sobresalto.

-¿No saben nada, diantre? El Emperador está prisionero, se ha proclamado la República. Es preciso actuar. Mi posición es delicada, y diría aún más, peligrosa.

Reflexionó unos segundos ante los rostros atontados de sus subordinados, y después prosiguió:

-Hay que actuar sin vacilar; los minutos valen horas en semejantes momentos. Todo depende de la prontitud de las decisiones. Usted, Picart, vaya a buscar al cura y conmínele a que toque a rebato para reunir a la población, a la que voy a prevenir. Usted, Torchebeuf, toque llamada en todo el municipio, hasta los caseríos de la Gerisaie y de Salmare, para reunir a la milicia armada en la plaza. Usted, Pommel, póngase rápidamente el uniforme, sólo la guerrera y el quepis. Vamos a ocupar juntos el ayuntamiento y a conminar al señor de Varnetot a que me entregue sus poderes. ¿Entendido?

-Sí.

-Pues manos a la obra y rápidamente. Lo acompaño a su casa, Pommel, pues actuamos juntos.

Cinco minutos después el comandante y su subalterno, armados hasta los dientes, aparecían en la plaza en el mismo momento en que el menudo vizconde de Varnetot, con polainas como para partida de caza, el fusil Lefaucheux al hombro, desembocaba a rápidos pasos por la otra calle, seguido por sus tres guardias de guerrera verde, con el cuchillo sobre el muslo y el fusil en bandolera.

Mientras el doctor se detenía estupefacto, los cuatro hombres penetraron en el ayuntamiento cuya puerta se cerró a sus espaldas.

-Se nos han adelantado -murmuró el médico- ahora hay que esperar refuerzos. No se puede hacer nada de momento.

El teniente Picart reapareció.

-El cura se ha negado a obedecer -dijo- y hasta se ha encerrado en la iglesia con el sacristán y el guarda.

Y, al otro lado de la plaza, frente al ayuntamiento blanco y cerrado, la iglesia, muda y negra, mostraba su gran puerta de roble claveteada con herrajes.

Entonces, cuando los intrigados habitantes asomaban la nariz por las ventanas o salían al umbral de las casas, redobló de pronto el tambor, y apareció Torchebeuf, tocando con furia los tres golpes precipitados de la llamada. Cruzó la plaza a paso gimnástico y después desapareció camino de los campos.

El comandante desenvainó el sable, avanzó solo, más o menos a media distancia entre los dos edificios donde se había atrincherado el enemigo, y agitando su arma sobre la cabeza berreó con toda la fuerza de sus pulmones:

-¡Viva la República! ¡Muerte a los traidores!

Después se replegó hacia sus oficiales.

El carnicero, el panadero y el farmacéutico, inquietos, echaron los cierres. Sólo quedó abierta la tienda de ultramarinos.

Sin embargo, los hombres de la milicia llegaban poco a poco, vestidos de diversas maneras y tocados todos con un quepis negro galoneado de rojo, pues el quepis constituía todo el uniforme del cuerpo. Iban armados con sus viejos

fusiles herrumbrosos, los viejos fusiles colgados desde hacía treinta años sobre las chimeneas de las cocinas, y se parecían bastante a un destacamento de guardas rurales.

Cuando hubo una treintena alrededor de él, el comandante, en pocas palabras, los puso al corriente de los sucesos; después, volviéndose hacia su estado mayor:

-Y ahora, actuemos -dijo.

Los habitantes se congregaban, examinaban y platicaban.

El doctor decidió rápidamente su plan de campaña:

-Teniente Picart, usted avanzará hasta las ventanas de ese ayuntamiento y conminará al señor de Varnetot, en nombre de la República, a entregarme la casa de la villa.

Pero el teniente, un maestro albañil, se negó:

-Pues sí que es usted listo. Para que me larguen un tiro. Muchas gracias. Los que están allí dentro tienen buena puntería, ya lo sabe usted. Haga el recado usted mismo.

El comandante se puso rojo.

-Le ordeno que vaya en nombre de la disciplina.

El teniente se rebeló:

-No pienso dejar que me rompan la cara sin saber por qué.

Los notables, reunidos en un grupo próximo, se echaron a reír. Uno de ellos exclamó:

-Tienes razón, Picart, no es el momento.

Entonces el doctor murmuró:

-¡Cobardes!

Y, dejando su sable y su revólver en manos de un soldado, avanzó con paso lento, con los ojos clavados en las ventanas, esperando ver salir un cañón de fusil apuntado hacia él.

Cuando sólo estaba a unos metros del edificio, las puertas de los dos extremos que daban paso a las dos escuelas se abrieron, y una oleada de pequeños seres, niños por aquí, niñas por allá, escaparon por ellas y empezaron a jugar en la gran plaza vacía, chillando como una manada de gansos en torno al doctor, que no podía hacerse oír.

En cuanto los últimos alumnos salieron, las dos puertas volvieron a cerrarse.

El grueso de los críos se dispersó por fin, y el comandante llamó con voz potente:

-¡Señor de Varnetot!

Se abrió una ventana del primer piso. El señor de Varnetot apareció.

El comandante prosiguió:

-Caballero, ya conoce usted los grandes acontecimientos que acaban de cambiar la faz del gobierno. Aquel al que usted representa ya no existe. El que yo represento sube al poder. En estas dolorosas aunque decisivas circunstancias, vengo a pedirle, en nombre de la nueva República, que ponga en mis manos las funciones con las que lo había investido el poder anterior.

El señor de Varnetot respondió:

-Señor doctor, soy el alcalde de Canneville, nombrado por la autoridad competente, y seguiré siendo alcalde de Canneville mientras no haya sido revocado y reemplazado por un mandato de mis superiores. Como alcalde, estoy en mi casa en el ayuntamiento, y aquí me quedo. Por lo demás, intente hacerme salir.

Y cerró la ventana.

El comandante regresó hacia su tropa. Pero, antes de explicarse, miró de arriba a abajo al teniente Picart.

-¡Es usted un valiente! ¡Menudo conejo, la vergüenza del ejército! Lo degrado de su puesto.

El teniente respondió:

-Me importa un pepino.

Y fue a mezclarse con el grupo murmurador de los habitantes.

Entonces el doctor vaciló. ¿Qué hacer? ¿Dar el asalto? Pero sus hombres, ¿avanzarían? Y, además, ¿tenía derecho a hacerlo?

Lo iluminó una idea. Corrió a telégrafos, cuya oficina estaba frente al ayuntamiento, al otro lado de la plaza. Y envió tres despachos:

A los señores miembros del gobierno republicano, en París; Al nuevo prefecto republicano del Sena Inferior, en Ruán; Al nuevo subprefecto republicano de Dieppe.

Exponía la situación, hablaba del peligro corrido por el municipio al quedar en manos del exalcalde monárquico, ofrecía sus abnegados servicios, pedía órdenes y firmaba acompañando su nombre de todos sus títulos.

Después regresó hacia su cuerpo de ejército y, sacando diez francos del bolsillo, dijo:

-Tengan, amigos míos, vayan a comer y beber un poco; dejen aquí sólo un destacamento de diez hombres para que nadie salga del ayuntamiento.

Pero el exteniente Picart, que charlaba con el relojero, lo oyó; se echó a reír burlonamente y pronunció:

-Pardiez, si salen será una oportunidad de entrar. Sin eso, no acabo de verlo a usted allí dentro.

El doctor no respondió y se marchó a almorzar.

Por la tarde dispuso guardias todo alrededor del municipio, como si estuviera amenazado por una sorpresa.

Pasó varias veces ante las puertas de la alcaldía y de la iglesia sin observar nada sospechoso; hubiérase dicho que los edificios estaban vacíos.

El carnicero, el panadero y el farmacéutico volvieron a abrir sus tiendas.

Se cotilleaba mucho en las casas. Si el emperador estaba prisionero, alguna traición habría debajo. No se sabía exactamente cuál de las repúblicas volvía.

Cayó la noche.

Hacia las nueve, el doctor se acercó solo, sin hacer ruido, a la entrada del edificio municipal, persuadido de que su adversario se había marchado a dormir; y cuando se disponía a hundir la puerta a golpes de pico, una voz potente, la de un guardia, preguntó de pronto:

-¿Quién va?

Y el señor Massarel se batió en retirada a todo correr.

Se alzó el día sin que la situación hubiera cambiado en nada.

La milicia armada ocupaba la plaza. Todos los habitantes se habían reunido en torno a la tropa, esperando una solución. Los de los pueblos vecinos llegaban a ver.

Entonces el doctor, comprendiendo que se jugaba su reputación, resolvió acabar fuera como fuera; e iba a tomar una resolución cualquiera, enérgica seguramente, cuando se abrió la puerta de telégrafos y la criadita de la directora apareció, llevando en la mano dos papeles.

Se dirigió primero hacia el comandante y le entregó uno de los despachos; después, cruzando el centro desierto de la plaza, intimidada por todos los ojos clavados en ella, con la cabeza gacha y a menudos pasos, fue a llamar suavemente a la casa atrancada, como si hubiera ignorado que en ella se ocultaba un partido armado.

La puerta se entreabrió; una mano de hombre recibió el mensaje, y la chiquilla regresó, muy colorada, a punto de llorar, al ser así contemplada por el pueblo entero.

El doctor pidió con voz vibrante:

-Un poco de silencio, por favor.

Y cuando el populacho calló, prosiguió orgullosamente:

-He aquí la comunicación que acabo de recibir del gobierno.

Y, alzando su despacho, leyó:

- Exalcalde revocado. Sírvase avisar urgentemente. Recibirá instrucciones ulteriores.

Por el subprefecto,

SAPIN, concejal.

Triunfaba; su corazón latía de gozo; sus manos temblaban, pero Picart, su antiguo subalterno, le gritó desde un grupo vecino:

-Todo eso está bien; pero si los otros no salen, ¿de qué le sirve su papel?

Y el señor Massarel palideció. En efecto, si los otros no salían, iba a tener que avanzar él. No era solamente su derecho, sino también su deber.

Y miraba ansiosamente al ayuntamiento, esperando que iba a ver abrirse la puerta y replegarse a su adversario.

La puerta seguía cerrada. ¿Qué hacer? La muchedumbre aumentaba, se agolpaba alrededor de la milicia. Reían.

Una reflexión torturaba sobre todo al médico. Si daba el asalto, tendría que marchar a la cabeza de sus hombres; y como, muerto él, toda oposición cesaría, era sobre él, sobre él solamente sobre quien tirarían el señor de Varnetot y sus tres guardias. Y disparaban bien, muy bien; Picart acababa de repetírselo. Pero lo iluminó una idea y, volviéndose hacia Pommel:

-Vaya en seguida a pedir al farmacéutico que me preste una servilleta y un palo.

El lugarteniente se precipitó.

Iba a hacer una bandera de parlamento, una bandera blanca cuya visión acaso alegrara el corazón legitimista del exalcalde.

Pommel regresó con la prenda pedida y un mango de escoba. Con unos bramantes montaron un estandarte que el señor Massarel aferró con ambas manos; y avanzó de nuevo hacia el ayuntamiento sujetándolo ante sí. Cuando estuvo frente a la puerta, volvió a llamar:

-Señor de Varnetot.

La puerta se abrió de pronto, y el señor de Varnetot apareció en el umbral con sus tres guardias.

El doctor retrocedió con un movimiento instintivo; después, saludó cortésmente a su enemigo y pronunció, estrangulado por la emoción:

-Vengo, caballero, a comunicarle las instrucciones que he recibido.

El aristócrata, sin devolverle el saludo, respondió:

-Me retiro, señor, pero sepa usted bien que no es por temor ni por obediencia al odioso gobierno que usurpa el poder.

Y, resaltando cada palabra, declaró:

-No quiero que parezca que sirvo ni un solo día a la República. Eso es todo.

Massarel, cortado, no respondió nada; y el señor de Varnetot echó a andar con pasos rápidos, desapareciendo por una esquina de la plaza, seguido siempre por su escolta.

Entonces el doctor, loco de orgullo, regresó hacia la muchedumbre. En cuanto estuvo lo bastante cerca para hacerse oír, gritó:

-¡Hurra! ¡Hurra! La República triunfa en toda la línea.

Nadie manifestó la menor emoción.

El médico prosiguió:

-El pueblo es libre, son libres, independientes. ¡Enorgullézcanse de ello!

Los aldeanos inertes lo miraban sin que la menor gloria iluminase sus ojos.

A su vez, él los contempló, indignado de su indiferencia, buscando lo que podría decir, lo que podría hacer para dar un gran golpe, electrizar a aquel pueblo plácido, cumplir su misión de iniciador.

Lo invadió una inspiración y, volviéndose hacia Pommel:

-Teniente, vaya a buscar el busto del exemperador que está en la sala de juntas del concejo, y tráigalo con una silla.

Pronto el hombre reapareció trayendo sobre el hombro derecho el Bonaparte de yeso, y llevando en la mano izquierda una silla de paja.

El señor Massarel fue a su encuentro, cogió la silla, la dejó en el suelo, colocó sobre ella el busto blanco y después, retrocediendo unos pasos, lo interpeló con voz sonora:

-Tirano, tirano, hete ahí caído, caído en el lodo, caído en el fango. La patria expirante gemía bajo tu bota. El Destino vengador te ha herido. La derrota y la vergüenza han hecho presa en ti; caes vencido, prisionero del prusiano; y, sobre las ruinas de tu imperio que se desploma, la joven y radiante República se yergue, recogiendo tu espada rota...

Esperaba unos aplausos. Ningún grito, ninguna palmada estalló. Los campesinos pasmados callaban; y el busto de puntiagudos bigotes que sobresalían de las mejillas a ambos lados, el busto inmóvil y bien peinado como una muestra de peluquero, parecía mirar al señor Massarel con su sonrisa de yeso, una sonrisa inefable y burlona.

Así estaban, frente a frente, Napoleón sobre su silla, el médico de pie, a tres pasos de él. La cólera asaltó al comandante. Pero ¿qué hacer? ¿Qué hacer para emocionar a aquel pueblo y ganar definitivamente esta victoria de la opinión?

Su mano, por casualidad, se posó sobre el vientre, y encontró, bajo su cinturón rojo, la culata de su revólver.

No se le ocurría ninguna idea, ninguna palabra. Entonces sacó su arma, dio dos pasos y, a quemarropa, fulminó al exmonarca.

La bala hizo en la frente un agujerito negro, parecido a una mancha, casi nada. El efecto había fallado. El señor Massarel disparó un segundo tiro, que hizo un segundo agujero, después un tercero, y después, sin detenerse, soltó los tres últimos. La frente de Napoleón volaba convertida en polvo blanco, pero los ojos, la nariz y las finas guías de los bigotes seguían intactos.

Entonces, exasperado, el doctor derribó la silla de un puñetazo y, apoyando un pie sobre el resto del busto, en una postura de triunfador, se volvió hacia el público aturdido vociferando:

-¡Perezcan así todos los traidores!

Pero como seguía sin manifestarse el menor entusiasmo, como los espectadores continuaban pasmados de asombro, el comandante gritó a los hombres de la milicia:

-Ya pueden regresar a sus hogares.

Y él mismo se dirigió a grandes pasos hacia su casa, como si huyera.

Su criada, en cuanto apareció, le dijo que unos enfermos lo esperaban desde hacía tres horas en su despacho. Corrió a él. Eran los dos campesinos de las varices, de vuelta con el alba, obstinados y pacientes.

Y el viejo reanudó al punto su explicación:

-Empezó con unos hormigueos que me corrían sin parar a lo largo de las piernas...

# Un hijo

La alegre primavera derramaba vida en el jardín lleno de flores por el que se paseaban los dos antiguos amigos, senador el uno, miembro de la Academia Francesa el otro.

Ambos eran personas serias, muy lógicos en el discurrir, pero solemnes, como gente de nota y de fama.

Empezaron charlando de política, y dijo cada cual lo que pensaba; no era aquélla una cuestión de ideas, sino de hombres, porque en política tiene más importancia la personalidad que la razón. Removieron luego ciertos recuerdos personales, y después se callaron, siguiendo emparejados su paseo. La tibieza del aire empezaba a enervarlos.

Un gran encañado de alhelíes exhalaba sus aromas dulzones y suaves; flores de toda especie y matiz perfumaban la brisa, y un cítiso cargado de amarillos racimos de flores desparramaba a todos los vientos su tenue polvillo, vapor de oro que trascendía a miel y que llevaba por el espacio sus gérmenes embalsamados, como los polvos que preparan los perfumistas llevan la caricia de sus aromas.

El senador se detuvo para aspirar la nube fecundante y se quedó contemplando aquel árbol, que parecía un sol en todo su esplendor amoroso, desde el que alzaban el vuelo los gérmenes. Y dijo:

-¡Y pensar que estos átomos imperceptibles, de olor tan agradable, harán estremecerse a cien leguas de aquí la fibra y la savia de árboles hembras y producirán plantas con raíces, que se desarrollarán de un germen igual que nosotros; que tendrán una existencia limitada, como nosotros, y que dejarán un día su puesto a otros de su misma esencia, del mismo modo que lo hacemos nosotros

Y agregó el señor senador, sin moverse de junto al cítiso radiante, cuyos vivificadores perfumes se desprendían a cada estremecimiento del aire que lo rodeaba:

-¡Ay guapo mozo, apurado te ibas a ver para calcular tus hijos! Aquí tenemos un fulano que los engendra sin gran trabajo, que los suelta sin remordimientos y que ya no se preocupa de ellos.

Entonces habló el académico:

-Poco más o menos lo mismo que nosotros.

El senador reanudó su charla:

-Sí, no niego yo que no los abandonemos algunas veces; pero lo hacemos a sabiendas, y ahí está nuestra superioridad.

Su acompañante movió la cabeza:

-No es eso lo que yo quiero decir; mi pensamiento es éste: que no hay hombre que no sea padre de hijos que él no conoce: los clasificados como de "padres desconocidos" y que él ha engendrado lo mismo que engendra este árbol, casi inconscientemente. Si hiciésemos un recuento de las mujeres con quienes hemos tenido comercio amoroso, nos veríamos tan apurados como este cítiso que usted ha interpelado, si pretendiese enumerar su descendencia. Si recapitulamos, tomando bien en consideración los contactos pasajeros, los de una hora, creo que no andaríamos descaminados al calcular en doscientas o trescientas las mujeres con las que hemos tenido relaciones íntimas entre los dieciocho y los cuarenta años. ¿Está usted seguro, amigo mío, de que entre tantas no ha habido por lo menos una a la que usted haya fecundado? Y en ese caso tiene usted en el arroyo o en presidio un pillastre de hijo que se dedica a robar o asesinar a las gentes honradas; es decir, a nosotros; y si no, una hija en algún lugar de mala nota, o, suponiendo que haya tenido la fortuna de que su madre la haya echado a la inclusa, estará hoy de cocinera en cualquier casa.

"Piense, además, que casi todas las mujeres que llamamos "públicas" son madres de uno o dos hijos de padre desconocido, engendrados al azar de sus contactos amorosos de diez o veinte francos. Este oficio, como todos, tiene sus ganancias y sus quiebras. Un retoño de esta clase es una de las quiebras de la profesión. ¿Quién los engendró? Usted.... yo..., nosotros todos; los hombres que nos llamamos honrados. Son el fruto de una alegre cena en pandilla de amigos, de una noche de juerga, de una de esas horas en que nuestra carne retozona nos pide aparearnos con una hembra cualquiera. Hijos nuestros son los ladrones, los merodeadores, la chusma. Siempre salimos ganando, pues podría darse el caso inverso, porque también estos tunantes son capaces de engendrar.

"Quiero referirle una historia muy desagradable de la fui actor y de la que me remuerde la conciencia. Es un peso constante; más aún, una zozobra permanente, incertidumbre que nada consigue aplacar y que a veces me atormenta de un modo horrible.

"A la edad de veinticinco años emprendí un viaje a pie por la Bretaña, acompañado por un amigo mío que hoy es

consejero de Estado. Al cabo de quince o veinte días de marchas desatinadas, después de visitar las costas del Norte y una parte del Finisterre, llegamos a Douarnez; desde allí, y en una sola etapa, nos trasladamos a la salvaje punta del Raz, en la bahía de los Trepassés, quedándonos a pasar la noche en un pueblo del que sólo recuerdo que su nombre acababa en "of". Al día siguiente mi compañero tuvo que guardar cama, víctima de un extraño abatimiento. He dicho cama por rutina, pues teníamos por lecho dos simples haces de paja.

"Quedarse enfermo allí era una locura. Lo obligué a levantarse y llegamos a Audierne a eso de las cuatro o cinco de la tarde. Al día siguiente se sintió algo mejorado; nos pusimos de nuevo en camino, pero durante la marcha lo atacó un malestar intolerable y apenas si conseguimos llegar, con gran trabajo, a Pont-L'Abbé. Allí, al menos, podíamos alojarnos en un mesón. Mi amigo se acostó; vino a verle un médico de Quimper y comprobó que estaba muy febril, pero sin concretar de qué provenía la fiebre.

"¿Ha estado usted alguna vez en Pont-L'Abbé?...¿No?... Es la población más bretona de la Bretaña por excelencia, que va desde la punta del Raz hasta Morbihan, región que encierra la esencia de las costumbres de las leyendas, de las usanzas bretonas. Es un rincón de tierra que sigue hoy lo mismo que ayer. Puedo decir que no ha cambiado, porque allí voy todos los años, por desgracia mía. Tiene un viejo castillo que hunde el pie de sus torres en un gran estanque triste, muy triste, y por cuyo cielo cruzan las aves de rapiña. Arranca de allí un río, que los barcos de cabotaje remontan hasta la misma ciudad. Por las estrechas calles de casas antiguas pasan hombres con sombrero de copa, chaleco bordado y chupa de cuatro faldillas: la primera, no mayor que la palma de la mano, y que cubre apenas los omoplatos, y la última, que termina exactamente donde empieza el fondillo del pantalón. Las jóvenes, altas, hermosas, frescachonas, llevan el pecho aplastado dentro de un justillo de paño que las rodean como una coraza, las oprime y no deja siquiera adivinar sus senos turgentes y martirizados; su tocado es más extraño: llevan en las sienes dos placas bordadas en color, que les encuadran el rostro y sujetan los cabellos, del que caen en tabla por detrás de la cabeza y se doblan luego hacia arriba, juntándose en lo alto, sujetos por un gorrito de forma curiosa, que suele estar bordado con hilos de oro o de plata.

"La criada de nuestro mesón tendría a lo sumo dieciocho años, y era de ojos muy azules, de un azul pálido, perforado por los dos puntitos negros de sus pupilas; los dientes, pequeños, apretados, puestos casi siempre al descubierto por su sonrisa, parecían capaces de triturar granito. No sabía una sola palabra de francés, porque hablaba el bretón, como les ocurre a casi todos sus convecinos.

"Mi amigo no mejoraba, y aunque no se le declaraba abiertamente ninguna enfermedad, el médico insistía en prohibirle que se pusiese en camino, obligándolo a guardar reposo. Me pasaba, pues, los días junto a su cama, y la criadita entraba y salía constantemente, ya para servirle de comer o para llevarle alguna infusión. Yo le hacía siempre travesuras, cosa que la divertía, pero no nos hablábamos, cómo es de suponer, porque no podíamos entendernos.

"Cierta noche que yo había velado hasta muy tarde junto a la cama del enfermo, me crucé, al volver a mi habitación, con la mocita, que se recogía en la suya. La puerta de la mía estaba abierta; bruscamente, y sin reflexionar en lo que hacía, más bien por jugar que por otra cosa, la cogí por el talle y, sin darle tiempo a reaccionar, la metí en mi cuarto y cerré la puerta. Ella me miró azorada, enloquecida, espantada, no atreviéndose, sin duda, a gritar por miedo al escándalo, a que la despidiesen los amos, para empezar, y a que luego le cerrase tal vez su padre las puertas de su casa.

"Había empezado por ser una broma; pero cuando la tuve en mi habitación, me acometió el deseo de hacerla mía. Se trabó entre los dos una lucha larga y silenciosa, un cuerpo a cuerpo parecido al de los atletas, con tensiones de brazos, crispaduras y retorcimientos de cuerpo, respiración jadeante y sudores. Se defendía valerosamente; a veces golpeábamos un mueble, un tabique, una silla, y entonces, sin soltarnos, permanecíamos inmóviles algunos segundos, por temor a que con el ruido se hubiese despertado alguien; después reanudábamos la encarnizada lucha: yo, atacando, y ella, resistiendo. Agotada, al fin, cayó al suelo y la hice mía allí mismo, brutalmente.

"Tan pronto pudo levantarse, corrió hacia la puerta, tiró del pestillo y huyó.

"Apenas tropecé con ella los días siguientes; no consentía que me acercase. Sanó mi camarada y nos preparamos a reanudar la marcha; la víspera de nuestra partida, a media noche, la vi entrar en mi cuarto, descalza, en camisa. Se arrojó en mis brazos, me abrazó con frenesí y se quedó conmigo hasta el amanecer, besándome, acariciándome, llorando, sollozando, demostrándome su ternura y su desesperación como puede hacerlo una mujer que no sabe una palabra de nuestro idioma.

"Antes de ocho días había ya olvidado aquella aventura tan vulgar y frecuente para el que viaja, por ser regla en los mesones que las criadas distraigan de ese modo a los viajeros. No volví a acordarme de ella en treinta años, y tampoco volví en ese tiempo a Pont-L'Abbé. Pero el año 1876 me llevó allí la casualidad, durante una excursión que hice a Bretaña con objeto de documentarme para un libro y posesionarme bien del paisaje. Lo encontré todo igual. Seguía el castillo bañando sus muros grisáceos en el estanque, a la entrada de la pequeña ciudad, y el mesón estaba en el mismo sitio, aunque arreglado, renovado, con aspecto más moderno. Me recibieron, al llegar, dos jóvenes bretonas de unos dieciocho años, lozanas y amables, acorazadas en su estrecho justillo de paño, con su casquete plateado en la cabeza y sus grandes placas bordadas sobre las orejas.

"Serían las seis de la tarde. Me senté a la mesa para cenar; el dueño atendía en persona a mi servicio, y la fatalidad me impulsó a preguntarle:

"-¿Ha conocido usted a los anteriores dueños de esta casa? Hace ya treinta años que me alojé aquí durante diez días. No le hablo de ayer.

"Me contestó:

"-Eran mis padres, caballero.

"Le expliqué entonces cómo había estado ahí debido a la enfermedad de mi compañero. No me dejó terminar:

"-Lo recuerdo perfectamente. Tendría yo entonces quince o dieciséis años. Dormía usted en la habitación del fondo y su amigo en una que da a la calle, y que ahora ocupo yo.

"Sólo entonces se me representó en la memoria con gran viveza la imagen de la criadita, y le pregunté:

"-¿Se acuerda usted de una joven criadita que en aquel entonces tenía su padre? Si no me engaña el recuerdo, tenía unos ojos muy lindos y una hermosa dentadura.

"-¡Ya lo creo que me acuerdo! Murió de parto al poco tiempo.

"Extendió la mano hacia el establo, llamando mi atención sobre un hombre flaco y cojo que removía el estiércol, y agregó:

"-Ése es su hijo.

"Me eché a reír:

"-No tiene nada de guapo y en nada se parece a su madre. Habrá salido, sin duda, al padre.

"El mesonero dijo:

"-Es posible, pero no se llegó a saber quién era. Murió ella sin decirlo, y nadie sabía que tuviese novio. La noticia de que estaba encinta cayó como una bomba. Nadie quería creerlo.

"Sentí una sacudida desagradable, una de esas punzada dolorosas que nos encogen el corazón cuando nos amenaza un pesar muy hondo. Volví la vista hacia el hombre del establo. Había sacado agua del pozo y avanzaba cojeando, cargado con dos cubos, haciendo un penoso esfuerzo con la pierna más corta. Iba desharrapado, horriblemente sucio, y sus cabellos enmarañados le caían en las mejillas como cuerdas retorcidas.

"El mesonero siguió diciendo:

"-Sirve para poco y lo guardamos por caridad en la casa. Si hubiera recibido la educación que los demás, tal vez no hubiera llegado a lo que ha llegado; pero ¿cómo va a ser? Sin padre, sin madre, sin dinero. Mis padres tuvieron compasión del niño, pero en fin de cuentas no era nada suyo, como comprenderá.

"Me callé.

"Me dieron la misma habitación; no pegué el ojo en toda la noche, pensando en aquel mozo de establo y planteándome la misma pregunta: "¿Y si fuese hijo tuyo, después de todo? ¿Habré sido, pues, capaz de matar a la joven aquella, y de engendrar un ser como ése?" ¡Claro que era posible!

"Tomé la resolución de hablar con aquel hombre y de averiguar exactamente la fecha de su nacimiento. Bastaría una diferencia de dos meses en el cómputo para que desapareciesen mis temores.

"Lo mandé llamar al día siguiente, pero tampoco hablaba palabra de francés. Parecía, además, no darse por enterado de nada, e ignoraba hasta su edad, que yo le pregunté valiéndome de una de las criadas.

"Permanecía delante de mí con aire estúpido, dando vueltas al sombrero entre sus manazas huesudas y repugnantes, pero con algo que recordaba a su madre en la comisura de los labios y en el rabillo del ojo.

"Vino el patrón y trajo el certificado de nacimiento de aquel desgraciado. Había nacido a los ocho meses y veintiocho días de mi paso por Pont-L'Abbé. Recordaba yo perfectamente que había llegado a Lorient el 15 de agosto. El certificado hacía constar: "Padre desconocido." La madre se había llamado en vida Juana Kerradec.

"Mi corazón se puso a latir apresuradamente. Tan grande era mi emoción que ni hablar podía; miraba a aquel bruto,

cuyas largas guedejas amarillas parecían un estercolero más sórdido que el de la cuadra; el pobre diablo, desconcertado por mi mirada, volvía la cabeza a otro lado y hacía intención de retirarse.

"Me pasé el día paseando a lo largo del riachuelo, sumido en dolorosas reflexiones. Pero ¿a qué conducía el reflexionar? No había medio de llegar a una conclusión definitiva.

Horas y horas estuve pesando las razones en pro o en contra de mi presunta paternidad, desazonándome con toda clase de intrincadas suposiciones, para quedar siempre en la más horrible incertidumbre o caer en el convencimiento, más atroz todavía, de que aquel hombre era mi hijo.

"Me retiré sin cenar a mi habitación. Estuve mucho rato sin conseguir conciliar el sueño; pero al fin me dormí, entre sobresaltos y pesadillas insoportables. Soñaba con aquel bribón, que se reía en mis narices llamándome "papá"; de pronto se transformaba en un perro y me daba mordiscos en las pantorrillas; por mucho que yo corría, él me daba caza; pero en lugar de ladrar, hablaba, insultándome; más tarde comparecía él ante mis colegas de la Academia, con el objeto de que dictaminasen si yo era, en efecto, su padre; uno de los académicos exclamaba: "¡No cabe duda alguna! Miren cómo se le parece." En efecto, yo mismo reconocía el parecido. Me despertaba con aquella idea clavada en el cerebro y con unos deseos locos de ver de nuevo a aquel hombre, para comprobar si en efecto teníamos rasgos comunes.

"Era domingo; me acerqué a él cuando iba a misa y le di cinco francos, al mismo tiempo que examinaba con ansiedad los rasgos de su cara. Soltó otra vez su risa estúpida, cogió el dinero y, desasosegado por la insistencia con que le miraba, se escapó, después de tartajear una frase confusa, que sin duda quería decir "gracias".

"El día transcurrió para mí tan angustioso como el anterior. Cerca ya de la noche llamé al hotelero y le dije, a la vuelta de mil precauciones, habilidades y disimulos, que aquel pobre diablo abandonado de todos y privado de todo había despertado mi interés y que deseaba hacer algo en favor suyo.

"Aquel hombre me contestó:

"-¡No se le ocurra a usted semejante cosa! Es hombre perdido, y no sacará usted más que disgustos. Yo me sirvo de él para limpiar las cuadras, y no sirve para otra cosa. A cambio, lo mantengo y duerme en la cuadra misma. No necesita más. Si dispone usted de algún pantalón viejo, déselo, aunque a los ocho días lo tendrá hecho harapos.

"No insistí, diciéndole que ya le diría lo que decidía.

"Aquel granuja volvió por la noche con una borrachera espantosa; estuvo a pique de pegar fuego a la casa, golpeó bárbaramente a uno de los caballos con un azadón, y, en resumidas cuentas, mi generosidad tuvo como consecuencia que durmiese aquella noche al raso, bajo la lluvia y el barro.

"Al día siguiente me suplicaron que no volviese a darle dinero. El aguardiente lo ponía loco furioso, y en cuanto tenía una moneda en el bolsillo la empleaba en alcohol. El mesonero agregó:

"-Darle dinero es como querer matarlo.

"No lo había tenido nunca, jamás, salvo algunos céntimos que le tiraban los viajeros, y todos iban, sin remisión, a la taberna.

"Me quedé horas enteras en la habitación, frente a un libro abierto que simulaba leer, aunque, a decir verdad, tenía la mirada fija en aquel idiota, ¡hijo mío, hijo mío!, buscándole algún parecido con mi persona. A fuerza de buscar, creí distinguir en su frente y en el arranque de la nariz ciertas semejanzas, y acabé convencido de que existía el parecido, aunque lo disimulaba aquella horrible pelambrera de su cabeza y la diferencia en el vestir.

"Si hubiese permanecido más tiempo, habrían llegado a sospechar algo; me marché, pues, con el corazón destrozado, dejando al mesonero algún dinero para que lo emplease en beneficio de su mozo de cuadras.

"Seis años llevo ya con este pensamiento, con esta horrible incertidumbre, con esta odiosa duda encima. Una fuerza invencible me lleva todos los años a Pont.L'Abbé. Año tras año me impongo el castigo de ver cómo chapotea aquel bruto en su estercolero, imaginándome que se me parece y buscando en vano la manera de hacer algo por él. Y año tras año vuelvo aquí más lleno de indecisiones, de sufrimientos, de ansiedades.

"He intentado educarlo; es irremediablemente idiota. He intentado hacerle la vida más llevadera; es un borracho incorregible y gasta en alcohol todo el dinero que le dan, y cuando se le procura ropa nueva, él se las arregla muy bien para venderla y hacerse con dinero para beber.

"He intentado tocar la fibra sensible de su amo, a fin de que lo trate con mayores consideraciones, con cargo a mi bolsillo, desde luego. El mesonero acabó mostrándose asombrado y me contestó, con muy buen sentido:

"-Caballero, cuanto haga por él servirá para su perdición. Es preciso que esté como preso. En cuanto puede holgar y darse buena vida, se convierte en un bicho maligno. Si usted desea hacer buenas obras, hay por ahí muchos niños abandonados; fíjese en uno que merezca la pena.

"¿Qué podía contestarle?

"Si yo dejase traslucir la más vaga sospecha de estas dudas que me atormentan, estoy muy seguro de que aquel cretino se las ingeniaría para explotarme, para comprometerme, para perderme. Pronto me llamaría "papá", igual que en mis sueños.

"Cuando pienso que he matado a la madre y que he fraguado la perdición de este ser atrofiado, larva de cuadra que ha prendido y crecido en el estiércol; de este hombre que en nada se hubiera diferenciado de los demás, si como los demás hubiese sido educado!...

"No podría usted imaginarse la sensación rara, confusa e intolerable que experimento cuando lo tengo delante y pienso que aquello ha salido de mí, que está unido a mí por el íntimo lazo que une al padre con el hijo, y que, gracias a las terribles leyes de la herencia, es otro yo mismo en mil detalles, en su sangre y en su carne, y se dan en él los mismos gérmenes de enfermedades, idénticos fermentos de pasiones.

"No se apaga jamás en mí la necesidad dolorosa que siento de verlo; y viéndolo, sufro; horas y horas me paso a la ventana viendo cómo recoge y acarrea los excrementos de los animales, y no dejo de pensar: "¡Es mi hijo!"

"En ocasiones hasta me entran unos anhelos insufribles de abrazarlo; pero ni siquiera he llegado a tocar su puerca mano".

El académico se calló. Su acompañante, el político, dijo muy quedo:

-No cabe duda de que deberíamos prestar más atención a los hijos que no tienen padre.

Una ráfaga de aire atravesó el árbol amarillo, sacudiendo sus racimos de flores, y envolvió a los dos ancianos en una nube odorífera que ellos aspiraron a pleno pulmón.

El senador agregó:

-Sería una felicidad tener veinticinco años, y hasta dejar por ahí otro hijo como ése.

### Un normando

Acabábamos de dejar a Ruán y marchábamos a trote largo por la carretera de Jumiéges. El coche avanzaba ligero, cruzando praderas; al empezar a subir la cuesta de Cantaleu, el caballo se puso al paso.

Se descubre desde allí uno de los espléndidos panoramas del mundo. A nuestras espaldas, Ruán, la ciudad de las iglesias y de las torres góticas, cinceladas con minuciosidad de figurillas de marfil; delante, Saint-Sever, el barrio de las fábricas, que yergue al cielo sus mil chimeneas humeantes frente por frente de las mil torrecillas sagradas de la vieja ciudad. Aquí, la flecha de la catedral, cúspide de la más elevada de los monumentos humanos, y allá, la "bomba de Fuego", de "El Rayo", su rival, tan gigantesca como ella, y que sobrepasa en un metro a la más alta de las pirámides de Egipto.

Frente a nosotros se alargaba el Sena, ondulante, salpicado de islas, costeado a la derecha por blancas escarpas que corona un bosque, y a la izquierda por praderas anchísimas, que también limitan un bosque, allá al fondo, muy lejos.

De trecho en trecho, grandes barcos anclados a lo largo de las riberas del ancho río. Tres enormes vapores desfilaban uno tras otro rumbo al Havre; y un rosario de embarcaciones, formado por un buque de tres palos, dos goletas y un bergantín, subía río arriba, hacia Ruán, arrastrado por un pequeño remolcador que despedía una humareda negra.

Mi acompañante, natural de la región, no se molestaba siquiera en mirar tan extraordinario paisaje; se limitaba a sonreír; parecía estar gozando de antemano con otra cosa. Y de pronto exclamó:

-Va usted a ver en seguida una cosa curiosa: la capilla de San Mateo. Eso sí que es gloria pura, amigo mío.

Lo miré con sorpresa, y él siguió diciendo:

-Voy a ponerle en las narices algo típicamente normando, tan de la tierra que se le va a hacer la boca agua por mucho tiempo. El tío Mateo es el más gallardo normando de la provincia, y su capilla es una de las maravillas del mundo. No quito ni una letra, pero antes quiero adelantarle una pequeña explicación. El tío Mateo, conocido también por "La Cuba", es un antiguo sargento primero que se ha retirado a vivir en su tierra. En él se dan, en la proporción necesaria para componer un conjunto perfecto, la fanfarronería del que ha sido soldado largos años y la picardía astuta del normando. Gracias a múltiples patronazgos y artimañas inverosímiles, llegó a ser, al instalarse de nuevo en su país, guarda de una capilla milagrosa, una capilla puesta bajo la advocación de la Virgen, y que frecuentan, sobre todo, las solteras que han quedado embarazadas. El tío Mateo ha bautizado la milagrosa imagen con el nombre de Nuestra Señora del Bombo, y habla de ella con una familiaridad chocarrera, que no excluye hasta cierto punto el respeto. Ha hecho imprimir una plegaria especial, obra de su propio ingenio, dirigida a su Bondadosa Virgen.

La tal plegaria es una obra maestra de ironía no calculada, de ingeniosidad normanda, que mezcla la chanza con el miedo al "Santo", el miedo supersticioso o un algo que puede ejercer influencia secreta. No cree ciegamente en su Patrona, pero un poquito sí, por prudencia; y le guarda ciertos miramientos, por lo que pudiera ser.

Esta sorprendente plegaria empieza así:

"¡Oh, Señora bondadosa, Santa Virgen María, Patrona natural de las doncellas-madres, en este pueblo y en todo el orbe, extiende el manto de tu protección sobre esta servidora tuya, que ha pecado en un descuido..."

La plegarla termina de la siguiente manera:

"Y, sobre todo, ¡oh, Santísima Virgen, no olvides recomendarme a tu Santo Esposo, e intercede con Dios Padre a fin de que me conceda un buen marido, que se parezca al tuyo."

El clero de la región ha prohibido que circule esta plegaria, pero él la vende bajo cuerda y se dice que las que la recitan con devoción salen favorecidas.

En una palabra, el tío Mateo habla de su Virgen igual que hablaba cierto lacayo de un príncipe al que todos temían y de cuyos pequeños secretos íntimos él era confidente. Sabe, a propósito de la intercesión de su Patrona, una cantidad de anécdotas divertidas, y cuando está bebido se las suele contar en voz baja a sus amigos.

Usted mismo va a tener ocasión de tratarlo.

Pareciéndole escasas las ganancias que le reportaba la Patrona, agrandó el comercio principal con un anexo de santos. Los tiene todos o casi todos. Como en la capilla no hay sitio suficiente para tenerlos expuestos, almacena los sobrantes en la leñera, sacándolos de allí cuando se los pide algún devoto. Él mismo cinceló en madera sus imágenes, de una comicidad inimaginable, y las pintó de verde, aprovechando la pintura con que estaba acicalando su casa.

Sus santos curan, en general, todas las. enfermedades; pero cada cual tiene su especialidad. Hay que tener cuidado de no cometer a este respecto errores o confusiones, porque en cuanto a jurisdicción son tan celosos como los comediantes.

Para no caer en falta, las viejas devotas consultan sus casos con el tío Mateo.

-¿Qué santo es el más seguro para el dolor de oídos?

Y les contesta que San Osimo es bueno; pero tampoco Santa Pánfila lo hace mal.

Pero el tío Mateo no se limita a eso.

Le sobra tiempo, después de atender a su obligación, y bebe; pero bebe como un especialista, como un convencido, y por la noche está indefectiblemente borracho.

Su borrachera no lo atonta; tan despierta conserva la cabeza que anota todos los días el grado exacto de aquélla. Vive sobre todo para eso; lo de la capilla pasa a segundo término.

Ha inventado, ¡abra el oído y agárrese!, el borrachímetro.

El instrumento no tiene existencia real, pero las observaciones de Mateo tienen precisión matemática.

Le oirá usted decir, por ejemplo: "Desde el lunes he pasado de los cuarenta y cinco." O quizá: "Estaba entre los cincuenta y dos y los cincuenta y ocho." O bien: "Llegaría a los setenta o a los ochenta."

Cuando no: "Diablo de instrumento, cuando más tranquilo estaba creyéndome en los cincuenta, miro y veo que llegaba a los setenta y cinco."

No se equivoca nunca. Asegura no haber llegado jamás al metro, pero como reconoce que después de los noventa no puede responder de la exactitud de sus observaciones, no hay que fiarse demasiado. Ahora bien, cuando él dice que no ha pasado de los noventa, hay base para creer que tenía una borrachera monumental.

Su mujer, Melia, tan pintoresca como el marido, monta en cólera cuando él llega a casa en tal estado; se planta en la puerta y vocifera como loca:

-¡Ya estás aquí, cochino, puerco, borracho indecente!

El tío Mateo se pone entonces serio, se planta en jarras frente a ella, y le dice en tono severo:

-Cállate, Melia; esta no es hora de conversación Espera a mañana.

Y si ella sigue vociferando se acerca y le grita con voz amenazadora:

-No ladres, que estoy en los noventa; ya no funciono; me entran ganas de pegar. ¡Ten cuidado, Melia!

La mujer entonces se bate en retirada. Si al día siguiente intenta volver sobre el tema, se le ríe en las narices y le contesta:

-¿Quién se acuerda ya de eso? Lo pasado, pasado. Mientras no llegue al metro, no pasa nada. Si paso del metro, entonces sí, castígame; te doy permiso, palabra de honor.

Habíamos llegado al punto más alto de la cuesta. La carretera se adentraba en el admirable bosque de Róurnare.

El otoño, el maravilloso otoño, salpicaba de oro y de púrpura los verdores que todavía conservaban su lozanía, como si el cielo hubiese derramado en la espesura de los bosques chorreones de sol fundido.

Atravesamos a Duclair, pero en lugar de seguir hacia Jumiéges, mi amigo dobló hacia la izquierda, tomó un atajo y sé metió en la espesura.

Al poco rato volvimos a descubrir desde lo alto de una gran colina el valle magnífico del Sena y el río tortuoso que describía meandros a nuestros pies.

Teníamos a nuestra derecha un pequeño edificio, con techo de pizarra, coronado por un campanario de la altura de una sombrilla. Estaba adosado a una linda casita de persianas verdes, revestida de madreselvas y de rosales.

Oímos un vozarrón que gritaba:

.-¡Sean bienvenidos los amigos!

Y Mateo apareció en la puerta. Era un hombre de sesenta años, flaco, de barba corta y largos bigotes blancos.

Mi acompañante le dio un apretón de manos, hizo mi presentación; Mateo nos pasó a una habitación fresca, que servía de cocina y de comedor. Dijo cuando entramos:

-Mi casa no es elegante La verdad es que a mí me gusta estar cerca de los guisos. Se siente uno como acompañado entre las cacerolas.

Se volvió hacia mi amigo:

-¿Cómo se le ha ocurrido venir en jueves? Ya sabe usted que es el día de consulta de mi Patrona. No podré salir de aquí esta tarde.

Corrió a la puerta y lanzó como un bramido formidable: "¡Meliaaa!" que debió sobresaltar hasta a los marineros de los barcos que subían y bajaban por la ría, allá en lo más hondo del valle.

Melia se hizo la desentendida. Mateo nos hizo un guiño picaresco.

-No está de buenas conmigo, porque ayer llegué con los noventa.

Mi acompañante se echó a reír.

-¿Dice usted que con los noventa? Y ¿cómo fue eso, amigo Mateo?

Éste contestó:

-Se lo voy a explicar. El año pasado no encontré sino veinte cargas de manzana albaricoquera. No había más; pero como no hay esa clase de manzana para hacer sidra, me dio para llenar una cuba y se me ocurrió probarla ayer. Un verdadero néctar; ya me lo dirán ustedes. Estaba conmigo Palito, nos ponemos a echar un trago, luego echamos otro, sin llegar a saciarnos -es como para estarse bebiendo hasta el día siguiente-, y de trago en trago llegué a sentir frío en el estómago. Le dije a Palito:

-¿Qué te parecería un vaso de aguardiente para entrar en calor?

No le pareció mal. Pero este aguardiente fino le quema a uno las entrañas, y hubo que volver a la sidra. De lo frío a lo caliente y de lo caliente a lo frío; compruebo de pronto que estoy en los noventa. Polito no andaba lejos del metro...

Se abrió la puerta. Apareció Melia y, sin saludarnos siquiera, le soltó:

-Grandísimo cochino, los dos estaban por encima del metro.

El tío Mateo se enfadó al oírla.

-No digas eso, Melia; no digas eso. Yo no he llegado jamás al metro.

Nos prepararon un almuerzo apetitoso, a la sombra de dos tilos, delante de la puerta, al lado de la capillita de Nuestra Señora del Bombo, y frente al paisaje inmenso. Mateo, con una mezela de zumba y credulidad auténtica, nos contó inverosímiles historias de milagros.

Habíamos bebido una buena cantidad de sidra deliciosa, agridulce fresca, que se subía a la cabeza y que era la bebida preferida de Mateo; estábamos fumando nuestras pipas, a horcajadas en las sillas, cuando se presentaron dos devotas mujeres.

Eran viejas, apergaminadas, encorvadas. Después de saludar, le pidieron el San Blanco. Mateo nos hizo un guiño y contestó:

-Ahora mismo se lo saco.

Y se metió en la leñera. No le vimos en cinco minutos, y cuando salió traía expresión consternada. Alzó los brazos.

-No sé dónde está, no lo encuentro; sin embargo, estoy seguro de que lo tenía.

Hizo tornavoz con las manos y volvió a mugir:

-¡Meliaaa!

Su mujer le contestó desde el fondo del corral:

- -¿Qué pasa?
- -¿Dónde has puesto a San Blanco, que no lo encuentro en la leñera?

Melia voceó esta explicación:

-¿No será el que cogiste la semana pasada para tapar con él un agujero de la conejera?

Mateo se estremeció.

- -¡Rayos y centellas! Puede que sí. Entonces les dijo a las mujeres:
- -Acompáñenme.

Le siguieron y nosotros también, reventando de ganas de reír.

En efecto, San Blanco, clavado en el suelo como una estaca, manchado de barro y cieno, servía de esquina a la Conejera.

Las dos devotas se arrodillaron en cuanto lo vieron, hicieron la señal de la cruz y empezaron a recitar oraciones. Pero Mateo les dijo apresuradamente:

-¡Un momento! Están arrodilladas en el barro; voy a ponerles un buen haz de paja.

Trajo paja y les arregló una especie de reclinatorio. Se quedó luego mirando al embarrado santo y pareciéndole que podía redundar en descrédito de su comercio, agregó:

-Voy a arreglárselo un poco.

Echó mano a un cubo de agua y a un cepillo y refregó con energía la figura de madera, mientras las dos viejas seguían rezando.

Acabada su labor, dijo:

-Ya está todo en buena disposición -y nos llevó a echar otro trago.

Al llevar el vaso a la boca se detuvo, y nos habló con alguna turbación.

-La verdad es que cuando puse a San Blanco en la conejera fue porque creí que ya no daría dinero. Llevaba dos años sin que nadie me lo pidiese. Pero, ya ven ustedes, los santos nunca pasan del todo.

Bebió y luego siguió hablando:

-Ea, echemos un trago más. Cuando uno está entre amigos tiene que subir por lo menos hasta los cincuenta; hasta ahora sólo ando por los treinta y ocho.

#### Una carta

En nuestro oficio, recibimos a menudo cartas y no hay cronista que no haya comunicado al público alguna epístola de estos lectores desconocidos.

Veremos un ejemplo.

¡Oh! Estas cartas son de muchos tipos. Unas nos halagan, otras nos lapidan. Tan pronto somos el único gran hombre, el único inteligente, el único genio y el único artista de la prensa contemporánea, como no somos más que un vil hombre, un bribón innombrable, digno a lo menos de presidio. Es suficiente para merecer estos elogios o estas injurias, tener o no tener la opinión de un lector sobre la cuestión del divorcio o del impuesto proporcional. Ocurre a menudo que sobre el mismo asunto recibimos al mismo tiempo las más afectuosas felicitaciones o las reprobaciones más virulentas; así que, es muy difícil, a fin de cuentas, hacerse uno mismo una opinión.

A veces estas cartas contienen veinte palabras, y a veces diez páginas. Sobra con leer diez líneas para comprender el valor y conservarla o arrojarla al cesto, cementerio de papeles viejos.

Por momentos también, estas epístolas dan mucho que pensar: así, ésta, transmitirla al público, me causa un problema de conciencia.

Conciencia no es tal vez la palabra justa, y no hay duda que mi lectora (es una mujer la que me escribe) no me supone un grave problema. Yo mismo doy prueba, haciendo ver que me cargan de comisiones parecidas, de una ausencia de sentido moral que tal vez me reprocharán.

Yo me he preguntado también, con cierta inquietud, por qué había sido seleccionado entre tantos otros; por qué se me había juzgado más apto que todos para hacer el servicio solicitado, ¿cómo había podido creer que yo no me ofendería?

Después pensé que la naturaleza ligera de mis escritos bien podía haber influido sobre el dubitativo juicio de una mujer, y le eché la culpa de ello a la literatura. Pero antes de transcribir aquí unos fragmentos, todos los fragmentos esenciales de la carta que me han dirigido, es necesario prevenir a mis lectores de que no me burlo de ellos, que esta carta la he recibido, por correo, con sello en el sobre, que llevaba mi nombre, y que estaba firmada, sí, firmada, muy legiblemente.

No busco aquí divertir o abusar de los espíritus ingenuos. Yo hago de intérprete, poco escrupuloso, repito, de un deseo de mujer.

Este es el documento:

Señor:

Dudé durante mucho tiempo antes de escribirle: No me arriesgaba a confiar enteramente en usted. Sin embargo creo que usted es bueno, generoso, pero lo que tengo que decirle es tan extraño... En fin, acabo de echar por tierra mi último temor y debía haber sido así. Ante el infortunio, siempre creciente, ante la negra miseria no debe haber timidez. La desgracia, como el peligro, dan entereza a los menos valientes.

Ante todo, no vaya a creer, hojeando esta carta, que estoy un poco loca o simplemente exaltada. Tengo mis muy buenas razones, se lo aseguro. En cuanto a mi carácter, en absoluto es novelesco, sino por el contrario serio y muy prosaico, si me permite decirlo.

Para superar la pena no veo más que un modo, ese modo yo lo intento. ¿No es muy natural y sensato?

He aquí primeramente de qué se trata: a pesar de mi pobreza soy honesta y pertenezco a una honrada familia. Todavía soy joven (acabo de cumplir veintidós años) y bien, señor, le confesaré francamente, desearía casarme y lo más pronto posible.

No es que la vida de soltera me pese, lejos de ello. Pero escuche un poco mis razones y verá cómo de hecho tengo razón en querer renunciar a mi libertad.

Nuestra familia se compone de...

A continuación, unos detalles muy tristes sobre su vida íntima. El mismo rigor de esos detalles me impide transcribirlos, ya que si cayeran bajo los ojos de los padres de mi interlocutora, esto sería suficiente, tal vez, para que ellos la reconocieran. Todo lo que ella dice es, por otra parte, muy lamentable y muy creíble. Continúo contando.

Si yo estuviera sola, no me quejaría, encontraría siempre cómo ganarme la vida; necesito muy poco para mi

personalmente, pero, no estoy sola, debo de cuidar a mi familia.

...

El año pasado conocí a una joven, una huérfana sin ninguna fortuna, que llegó a casarse con un viejo millonario.

No apruebo la conducta de esta joven. Tenía diecinueve años, era muy guapa y un hombre encantador la amaba, un periodista, que ella también amaba, creo.

Por ello la censuro y la compadezco al mismo tiempo; ella ha, sin estar obligada a ello, sacrificado la felicidad por la riqueza.

Para mí, ya que no tengo felicidad que sacrificar (nadie me ha querido nunca) también sería muy feliz si encontrara un hombre que quisiera encargarse de mí y de mi familia, esto es obvio...

Que este hombre sea viejo o feo no me importa. Solo pido una cosa, que sea rico. A cambio de su dinero yo le daría mi juventud y mi fidelidad, incluso tal vez mi gratitud si él es bueno.

Señor, he pensado que, conociendo tanto mundo, usted debía tratar un buen número de solteros. Si entre estos últimos usted encuentra uno que no supiera qué uso darle a su fortuna y que no fuera un enemigo demasiado encarnizado del matrimonio, ¿quisiera usted hablarle de mí? Tomándome por esposa hará además una acción tan buena como dando dote a doncellas virtuosas o fundando hospitales para los gatos y los perros.

Se lo ruego, señor, concédame los servicios que le pido; es decir, recomiéndeme a todos los solterones que usted conoce y dígale al que sea lo suficiente loco o lo bastante generoso para querer desposarse conmigo (¡ay!, tengo mucho miedo de quedarme solterona), dígale que se dirija a la señorita...

El apellido aparece con todas las letras. Después me ruega que no sea indiscreto, para que sus padres ignoren siempre su decisión.

¡Ya está!

Ninguna fotografía acompañaba a esta carta. Estaba escrita con papel corriente común. La letra era muy fina, muy clara, muy derecha, admirablemente formada, una letra de institutriz y de mujer decidida.

Después de haber recibido esta singular proposición, como se dice entre gente de negocios, pensé en un primer momento: "¡Verdaderamente, para ser una broma es bastante divertida!" Hay bastantes posibilidades, en efecto, para que se trate de una simple broma. ¿Pero de quién? ¿De un amigo, tal vez, o de un enemigo que no se enfadaría por saber la cifra de la comisión que yo cuento deducir de la fortuna del novio, a menos que me gustara reclamar este derecho de porcentaje sobre el capital de la joven?

Pensaron que respondería pronto, y es siempre bueno tener en el bolsillo documentos de esta naturaleza. Es verdad que doy a este amigo o a este enemigo desconocido una idea bastante limitada de mi delicadeza. Pero es necesario estar convencido, en principio, de que los demás nos juzgan siempre peores o mejores de lo que nosotros somos. Este me juzga peor, eso es todo.

Sin embargo, sería necesario que también me considerara muy tonto. ¡Ante esta reflexión me han aparecido dudas! Él creía pues que yo iba a caer ciegamente en una trampa tan burda. ¿Esperaba tal vez que le pidiera una cita? Pero entonces, por qué no utilizar la vieja fórmula que siempre es la mejor.

Señor, usted es el más grande escritor de este siglo. ¡No sabría explicarle la enardecida admiración que siento por su genio! ¡Cómo me gustaría verle, tocarle las manos, mirar sus ojos! Diga, ¿usted quiere? Tengo veinte años, ¡soy hermosa! Responda a la lista de correos al despacho de la Madelaine.

L.N.

Por muy duro que uno sea, no se resiste a este tipo de cosas; sin embargo, uno puede dudar delante de una fórmula nueva, tan extraña, tan equívoca como la empleada en este caso.

Así que, ¿la carta misteriosa viene tal vez de una mujer? ¿Pero por qué dirigirla a mí? Yo no tengo agencia matrimonial, no conozco más solterones que otros, no pienso tampoco que tenga una reputación de acudir en ayuda de las vírgenes en desamparo.

Entonces... si... entonces... Tal vez mi interlocutora desconocida haya dado a la palabra "casarme" un sentido mucho más amplio que el que se le atribuye generalmente en la burguesía. Eso explicaría todo, en efecto. Pero ¡Dios mío! ¡Este es un encargo muy poco digno! ¡Los agentes de esta naturaleza tienen un nombre especial! ¡Es realmente duro de creer

que ésta sea la opinión de los lectores sobre los cronistas que les interesan!

Una soltera o una mujer joven se encuentra en una situación delicada, busca un marido o un amante, no sabe a quién dirigirse; cuando, de repente, le asalta una idea: "Ya sé, voy a escribir a mi cronista favorito, él me lo encontrará, él debe de conocer a mucha gente." Y añade mentalmente: "Y ese tipo de gente tienen muy pocos escrúpulos".

Esperen, pues, ustedes, queridos colegas, recibir cualquier día alguna carta de esta naturaleza:

Señor, tengo necesidad de conocer una inteligente mujer discreta que no tenga nada más esencial en la vida que traer al mundo niños vivos. He pensado que con sus numerosas relaciones...

¡Y bien! No, señorita, si hay que leer entrelíneas su carta, yo no puedo encargarme de este trabajo, y mis medios personales no me permiten tampoco venir en ayuda de su familia.

¡Pero también es posible que esta pobre chica haya escrito esta carta sinceramente! Que empujada por la miseria, no sabiendo ya qué hacer, perdiendo la cabeza, no viendo a nadie que pueda ayudarla se diga a sí misma: "¿Es tal vez este periodista un valiente hombre que comprenderá mi situación y me tenderá la mano?"

¡Las mujeres tienen almas tan complicadas, reflexiones tan inauditas, posibilidades tan inverosímiles, impulsos tan espontáneos! Las raíces de sus combinaciones son tan profundas, y a veces también sus maquinaciones tan simples, que ellas nos desconciertan por su candidez. Verdaderamente, es posible, muy posible, que esta joven, después de haber leído alguno de estos artículos en los que nosotros parece que tenemos un gran corazón, se haya dicho: "He aquí mi salvador".

Es en esta hipótesis en la que me he quedado. No es la más creíble, pero sí la más generosa.

He, pues, intentado socorrer a mi singular interlocutora, y he hecho la misma pregunta a todos los solteros de mi alrededor.

-¿No querría usted contraer matrimonio? Conozco una joven que le iría bien.

Y todos han respondido:

-¿La dote es buena?

Entonces me dirigí a los más viejos, a los más feos, a los deformes. Éstos hacían ademanes interesantes y murmuraban con una sonrisa:

-¿Es rica?

Fue entonces cuando me vino la idea.

Esperanza suprema y supremo pensamiento, como habría dicho Víctor Hugo, con un llamamiento público a los solterones.

No nombro a mi soltera, nada puede darla a conocer; permanezco absolutamente discreto y le transmitiré, sin abrirlas, las proposiciones lacradas que me envíen para ella.

Veamos, señores, ¿hay alguno entre ustedes que tenga un corazón verdaderamente generoso? ¡No importa que sea jorobado, retorcido u octogenario!

No puedo hacer nada mejor, para terminar, que citar la propia frase de mi interlocutora...

A cambio de su dinero yo le entregaré mi juventud y mi fidelidad, incluso tal vez mi reconocimiento, si es bueno... Tomándome por esposa hará además una acción tan buena como dando dote a doncellas virtuosas o fundando hospitales para los gatos y los perros.

¡Ánimo señores!

### Una cena de Nochebuena

No sé exactamente el año. Llevaba todo un mes cazando por aquellos lugares con un brío impetuoso y una alegría salvaje, con ese ardor que se tiene para las pasiones nuevas. Me hallaba en Normandía, en casa de un pariente soltero, Jules de Banneville; y éramos solamente nosotros dos, una doncella, un doméstico y el guarda del castillo señorial. Este castillo, viejo edificio grisáceo rodeado de pinos, en cuyo interior había unas largas avenidas de castaños azotados por el viento, parecía abandonado desde hacía siglos. Un mobiliario antiguo era lo único que contenían aquellos salones siempre cerrados, donde antaño unos personajes, cuyos retratos se veían colgados en un corredor tan desapacible como las avenidas, recibían ceremoniosamente a los nobles vecinos.

Pero nosotros nos habíamos refugiado en la cocina, único rincón habitable de la mansión, una inmensa cocina, cuyas paredes, perdidas en las tinieblas, se iluminaban cuando se arrojaba un nuevo haz de leña en la amplia chimenea. Todas las noches, después de despabilar una dulce modorra ante el fuego, y una vez que de nuestras botas se había evaporado la humedad, subíamos a nuestra habitación, mientras que los podencos, allí mismo, como sonámbulos, soñando escenas de caza, lanzaban ladridos amortiguados.

La habitación era la única pieza del castillo que se había techado y enyesado completamente, a causa de los ratones. Pero la habían dejado sin muebles, blanqueada de cal, y, en las paredes, solamente colgaban unas escopetas, varios látigos y algunos cuernos de caza. Colocadas en los dos rincones de esta choza siberiana había dos camas, en las cuales nos deslizábamos tiritando.

Frente al castillo, a una legua de distancia, el acantilado caía a pico sobre el mar; y, noche y día, los poderosos vientos del océano arrancaban suspiros de los recios árboles encorvados, gemidos al techo y a las veletas, y hacían rechinar todo el venerable edificio, invadido por el viento que entraba por entre sus tejas sueltas, sus chimeneas grandes como abismos y sus ventanas, que no cerraban ya.

\* \* \*

Aquel día había helado de una manera horrible. Al llegar la noche nos sentamos a la mesa, ante el gran fuego de la alta chimenea, donde asaban un lomo de liebre y dos perdices, que olían muy bien. Mi primo levantó la cabeza, y dijo:

-No hará calor cuando nos acostemos.

Indiferente, repliqué:

-No, pero tendremos patos en los estanques mañana por la mañana.

La sirvienta, que ponía nuestros cubiertos en un extremo de la mesa y los de los domésticos en el otro, preguntó:

-¿Saben los señores que esta noche es Nochebuena?

Seguramente no nos habíamos enterado, pues apenas mirábamos el calendario. Mi compañero contestó:

-Entonces esta noche es la misa del gallo. ¡Y por eso las campanas han estado sonando todo el día!

La sirvienta replicó:

-Sí y no, señor; también han tocado porque ha muerto Fournel padre.

Fournel padre, anciano pastor, era una celebridad del país. Tenía ochenta y seis años de edad, y nunca había estado enfermo hasta el momento en que, un mes antes, había cogido un frío al caerse dentro de una charca en una noche oscura. Al día siguiente se había quedado en cama, y desde entonces estaba agonizando. Mi primo se volvió hacia mí:

-Si quieres -dijo-, iremos dentro de un rato a ver a esas pobres gentes.

Quería hablar de la familia del viejo, de su nieto. que tenía cincuenta y ocho años de edad, y de su nieta política, que era un año más joven. La generación intermedia no existía ya desde hacía mucho tiempo. Vivían en un miserable chamizo, a la entrada de la aldea, a la derecha. Pero no sé por qué esta idea de la Nochebuena, en medio de nuestra soledad, nos dio ganas de charlar. A solas los dos, nos contábamos antiguas historias de Nochebuena, aventuras de esta noche loca, los pasados lances amorosos y los despertares del día siguiente, acompañados de otra persona, con sus sorpresas imprevistas, y el asombro de los descubrimientos.

De esta manera, nuestra cena duró mucho tiempo, fumando numerosas pipas; y embriagados por esas alegrías de los solitarios, alegrías contagiosas que nacen de repente entre dos amigos íntimos, hablamos sin parar, rebuscando en

nuestros propios casos para comunicarnos esos recuerdos confidenciales del corazón que se escapan en las horas de efusión.

La doncella, que se había ido un buen rato antes, volvió:

- -Voy a la misa, señor.
- -¡Ya!
- -Son las once y cuarto.
- -¿Y si fuésemos también a la iglesia? -me preguntó Jules-; esta misa de Nochebuena es muy curiosa en el campo.

Acepté, y nos fuimos, envueltos en nuestras pieles de caza. Un filo agudo pinchaba el rostro y hacía saltar las lágrimas en los ojos. El aire crudo entraba de golpe en los pulmones y secaba la garganta. El cielo profundo, limpio y duro, estaba tachonado de estrellas, que parecían pálidas por la helada; brillaban no como si fuesen unos astros de fuego, sino de cristal, como unas cristalizaciones brillantes. A lo lejos, sobre la tierra de acero, seca y retumbante, resonaban los chanclos de los campesinos; y por todo el horizonte, las campanitas de los pueblos tañían, lanzaban sus sones penetrantes, como friolentos también, en la vasta noche helada.

En el campo no dormía nada. Los gallos, engañados por esos ruidos, cantaban; y cuando se pasaba por delante de los establos, se sentía rebullir a los animales, turbados por esos rumores de vida. Al aproximarse a la aldea, Jules se acordó de repente de los Fournel.

-¡Aquí está su choza! -dijo-. ¡Entremos!

Aporreó largo tiempo en vano. Entonces una vecina, que salía de casa para ir a la iglesia, al vernos, dijo:

- -Están en misa, señores; han ido a rezar por el padre.
- -Los veremos al salir -dijo mi primo.

La luna, en su ocaso, perfilaba a ras del horizonte su forma de hoz en medio de una siembra infinita de granos de luz, arrojados a puñados en el espacio. Y por la campiña negra, unas lucecitas temblorosas se encaminaban desde todas las partes hacia el puntiagudo campanario, que repicaba sin descanso. Entre los patios de las granjas, salpicadas de árboles, en medio de las llanuras sombrías, esas lucecitas daban pequeños saltos, a medio metro del suelo. Eran farolillos de cuerno que llevaban los campesinos para alumbrarse en la noche, caminando delante de sus mujeres, tocadas con un gorro blanco y envueltas en largos mantos negros, y seguidas de rapazuelos medio dormidos y cogidos de la mano.

Por la puerta abierta de la iglesia se divisaba el coro iluminado. Una guirnalda de velas de sebo, de las más baratas, daba una vuelta completa alrededor de la nave de la iglesia; y en el suelo, en una capilla, a la izquierda, un gran niño Jesús, sobre paja verdadera, en medio de ramas de abeto, enseñaba su desnudez sonrosada y amanerada.

La misa había comenzado. Los hombres, agachados, y las mujeres, de rodillas, rezaban. Estas gentes sencillas, reanimadas por la noche fría, contemplaban muy conmovidas la imagen torpemente pintada, y juntaban las manos tan cándidamente convencidas como intimidadas por el humilde esplendor de esta representación pueril. El aire helado hacía palpitar las llamas. Jules me dijo:

-¡Salgamos, se está mejor fuera!

Y por el camino abierto, mientras que los toscos campesinos se prosternaban y tiritaban de frío devotamente, nos pusimos a charlar otra vez de nuestros recuerdos, y durante tan largo rato, que había terminado la misa cuando llegábamos a la aldea.

Un hilo de luz se veía bajo la puerta de los Fournel.

-Velan al muerto -dijo mi primo-. Entremos en casa de esta pobre gente, eso les agradará.

Agonizaban unos tizones en la chimenea. La pieza, negra, cubierta de un barniz de suciedad y con sus vigas carcomidas y ennegrecidas por el tiempo, estaba llena de un olor sofocante a morcillas asadas en una parrilla. En el centro de la gran mesa, debajo de la cual el arcón del pan alzaba su tapa abombada como un vientre, una vela, en una palmatoria de hierro retorcido, desenroscaba hasta el techo el humo acre de su pabilo. Y los dos Fournel, el marido y la esposa, cenaban a solas.

Taciturnos, con un aire afligido y sus caras de campesinos embrutecidos, comían gravemente sin decir una palabra. En un solo plato, colocado entre los dos, un gran trozo de morcilla despedía un olor pestilente. De cuando en cuando arrancaban un pedazo con la punta del cuchillo, lo aplastaban en el pan, que comían a bocados y después lo masticaban

lentamente.

Cuando el vaso del marido estaba vacío, la mujer, cogiendo la cántara de sidra, se lo llenaba.

Al entrar nosotros, se levantaron, nos hicieron sentar, nos ofrecieron que "hiciésemos como ellos", y, ante nuestra negativa, siguieron comiendo. Al cabo de unos minutos de silencio, mi primo preguntó:

- -Pero, Anthime, ¿el abuelo de ustedes ha muerto?
- -Sí, mi buen señor, ha muerto ya.

Tomó el silencio. La mujer, por cortesía, despabiló la vela. Entonces, por decir algo, añadió:

-Era muy viejo ya...

Su nieta política, de cincuenta y siete años, continuó:

-Sí, su tiempo habla terminado; ya nada tenía que hacer aquí.

De repente, me entraron ganas de ver el cadáver de ese centenario, y les rogué que me lo enseñasen. Los dos campesinos, plácidos hasta entonces, se conmovieron bruscamente. Sus ojos inquietos se interrogaron, y no respondieron. Mi primo, viendo su turbación, insistió. Entonces el hombre, con aire desconfiado y cazurro, preguntó:

- -¿Y de qué les servirá eso?
- -De nada -dijo Jules-, pero eso se hace siempre. ¿Por qué no quieren enseñarlo?

El campesino se encogió de hombros:

-¡Oh, yo, yo sí quiero! Sólo que a estas horas es penoso.

Mil suposiciones nos pasaban por la mente. Y como los nietos del muerto no se movían, y permanecían frente a frente, con los ojos bajos, con esa cara de palo de las gentes descontentas, que parece decir: "Márchense", mi primo le habló con autoridad:

-Vamos, Anthime, levántense y condúzcannos a su habitación.

Pero el hombre, que había tomado su resolución, respondió con gesto enfurruñado:

- -Ésa es la pena, señor, no ha podido estar allí.
- -Pero entonces, ¿dónde está?

La mujer atajó a su marido:

-Se lo voy a decir: lo hemos puesto hasta mañana en el arcón, porque no teníamos ningún sitio.

Y retirando el plato de morcilla, levantó la tapa de su mesa, se inclinó con la vela para iluminar el interior del gran cofre abierto, en cuyo fondo distinguimos una cosa gris, una especie de paquete largo del que salía por una punta una cabeza descarnada, con unos cabellos blancos desgreñados, y por la otra, dos pies desnudos.

Era el viejo, muy enjuto, con los ojos cerrados, enrollado en una manta de pastor, durmiendo allí su último sueño en medio de unos mendrugos de pan casi tan viejos como él. ¡Y habían cenado allí, encima del muerto! Jules, indignado y temblando de cólera, gritó:

-¿Por qué no lo han dejado en su cama? ¡ Palurdos!

Entonces la mujer se puso a lloriquear, y en seguida:

-Se lo voy a decir, mi buen señor; no tenemos más que una cama en la casa. Antes nos acostábamos con él, puesto que sólo éramos tres. Desde que cayó enfermo, nos acostamos en el suelo; y es muy duro, mi buen señor, en este tiempo. Pues bien, cuando murió, en seguida nos hemos dicho: "Puesto que no sufre ya, ¿de qué le sirve dejarlo en la cama? Podemos muy bien ponerle en el arcón hasta mañana"; pues ¡no podíamos dormir con el muerto, mis buenos señores!...

Mi primo, exasperado, salió bruscamente dando un portazo, y yo le seguí riendo nerviosamente entre lágrimas.

## Una estratagema

El médico y la enferma charlaban al lado del fuego que ardía en la chimenea.

La enfermedad de Julia no era grave; era una de esas ligeras molestias que aquejan frecuentemente a las mujeres bonitas: un poco de anemia, nervios y algo de esa fatiga que sienten los recién casados al fin de su primer mes de unión, cuando ambos son jóvenes, enamorados y ardientes.

Estaba media acostada en su chaise-longue y decía:

-No, doctor; yo no comprendo ni comprenderé jamás que una mujer engañe a su marido. ¡Admito que no lo quiera, que no tenga en cuenta sus promesas, sus juramentos!... Pero, ¿cómo osar entregarse a otro hombre? ¿Cómo ocultar eso a los ojos del mundo? ¿Cómo es posible amar en la mentira y en la traición?

El medico contestó sonriendo:

-En cuanto a eso, es bien fácil. Crea usted que no se piensa en nada de eso; que esas reflexiones no le ocurren a la mujer que se propone engañar a su marido. Es más: estoy seguro que una mujer no está preparada para sentir el verdadero amor sino después de haber pasado por todas las promiscuidades y todas las molestias del matrimonio que, según un ilustre pensador, no es sino un cambio de mal humor durante el día y de malos olores durante la noche. Nada más cierto. Una mujer no puede amar apasionadamente sino después de haber estado casada. Si se pudiera comparar con una casa, diría que no es habitable hasta que un marido ha secado los muros. En cuanto a disimular, todas las mujeres lo saben hacer de sobra cuando llega la ocasión. Las menos experimentadas son maravillosas y salen del paso ingeniosamente en los momentos más difíciles.

La joven enferma hizo un gesto de incredulidad y contestó:

-No, doctor; sólo después se le ocurre a una lo que debió haber hecho en las circunstancias difíciles y peligrosas; y las mujeres están siempre mucho más expuestas que los hombres a aturdirse, a perder la cabeza.

El médico exclamó con acento asombrado:

-¡Al contrario, señora! Nosotros somos los que tenemos la inspiración después... ¡pero ustedes!... Mire usted, voy a contarle una aventura que le sucedió a una clienta mía, a la que yo creía impecable, una verdadera virtud salvaje. El suceso ocurrió en una capital de provincia.

Una noche dormía profundamente y entre sueños me parecía oír que las campanas de una iglesia próxima tocaban a fuego. De pronto me desperté; era la campanilla de la puerta de la calle que sonaba desesperadamente; como mi criado parecía no responder, agité a mi vez el cordón que pendía junto a mi cama y a los pocos momentos el ruido de puertas al abrirse y cerrarse precipitadamente, y el de unos pasos en la habitación inmediata a la mía, vino a turbar el silencio de la casa. Juan entró en mi cuarto y me entregó una carta que decía: "Madame Selictre ruega con insistencia al doctor Sileón que venga inmediatamente a su casa, calle de... número..."

Reflexioné unos instantes; pensaba: Crisis de nervios, vapores, ¡bah... bah!... tengo mucho sueño. Y contesté: "El doctor Sileón, encontrándose enfermo, ruega a su madame Selictre tenga la bondad de dirigirse a su colega el doctor Bonnet".

Puse la carta dentro de un sobre, se la entregué a Juan y me volví a dormir.

Apenas había transcurrido media hora cuando la campanilla de la calle sonó de nuevo y mi criado entró diciéndome:

- -Ahí está una persona que no sé a punto fijo si es hombre o mujer, tan tapada viene, que desea hablar en el acto con el señor. Dice que se trata de la vida de dos personas.
- -Que entre quien sea -dije, sentándome en la cama. Y en aquella postura esperé.

Una especie de negro fantasma apareció, y cuando Juan hubo salido se descubrió. Era madame Berta Selictre, una mujer joven, casada desde hacía tres años con un rico comerciante de la ciudad, que pasaba por haberse unido a la muchacha más bonita de la provincia.

Aquella mujer estaba horriblemente pálida y tenía ese semblante crispado de las personas dominadas por el más profundo terror: sus manos temblaban; dos veces trató de hablar: ningún sonido salió de su garganta. Al fin balbuceó:

-Pronto... pronto... doctor... venga usted. Mi amante acaba de morir en mi propia habitación...

Medio sofocada se detuvo; después repuso:

-Mi marido va... va a volver del casino...

Salté de la cama sin pensar que estaba en camisa y en pocos segundos me vestí.

-¿Es usted misma quien ha venido hace un rato?

Ella, de pie como una estatua petrificada por la angustia, murmuró:

-No... ha sido mi doncella... ella lo sabe...

Después de un silencio, continuó:

-Yo me quedé a su lado...

Y una especie de grito de horrible dolor salió de sus labios y rompió a llorar desconsoladamente, con sollozos y espasmos, durante dos o tres minutos; de pronto sus suspiros cesaron, sus lágrimas cesaron de brotar como si las hubiera secado un fuego interior; y con un acento trágico dijo:

-Vamos pronto.

Yo estaba ya vestido, pero exclamé:

-Demonio, no me he acordado de dar la orden de enganchar la berlina...

Ella respondió:

-Yo he traído coche... El suyo que lo esperaba a la puerta de mi casa.

Berta se envolvió, ocultando la cara bajo su abrigo, y salimos.

Cuando estuvo a mi lado en la oscuridad del coche me cogió una mano, y oprimiéndola entre sus finos dedos balbuceó con sacudidas en su voz, que reflejaban la angustia de su corazón destrozado:

-¡Oh, amigo mío! ¡Si usted supiera cuánto sufro! Lo quería, lo adoraba con locura, como una insensata, desde hace seis meses!

Yo le pregunté:

-¿Están despiertos en su casa de usted?

Berta contestó:

-No, nadie, excepto Rosa, que está enterada de todo.

El carruaje se detuvo a la puerta de su casa; todos dormían, en efecto; entramos por una puerta excusada y subimos hasta el primer piso sin hacer ruido. La. doncella, azorada, estaba sentada en el piso, en lo alto de la escalera, con una vela encendida y colocada sobre el suelo, no habiéndose atrevido a permanecer al lado del muerto.

Penetramos en la habitación, que se encontraba en el mayor desorden, como después de una lucha. La cama estaba completamente deshecha y una de las sábanas caía sobre la alfombra; toallas mojadas, que habían servido para frotar las sienes del amante, yacían en tierra al lado de un cubo y de un jarro de agua. Un singular olor de vinagre mezclado a esencia de Loubin se esparcía por la atmósfera. El cadáver estaba extendido boca arriba en medio de la habitación. Me acerqué a él, lo observé, lo pulsé, abrí sus ojos, palpé sus manos; después, volviéndome hacia las dos mujeres que temblaban en un rincón del cuarto, les dije:

-Ayúdenme ustedes a llevarlo hasta la cama.

Lo colocamos suavemente sobre el lecho: le ausculté el corazón, coloqué un espejo junto a su boca y murmuré:

-No hay nada que hacer, vistámoslo pronto.

Fue aquella una escena terrible. Yo iba cogiendo uno tras otro sus miembros y los dirigía hacia los vestidos que acercaban las dos mujeres. Le pusimos las botas, los pantalones, el chaleco, después el frac, donde nos costó mucho trabajo lograr hacer entrar los brazos. Las dos mujeres se pusieron de rodillas para abrocharle los botones de las botas: yo las alumbraba con una vela, pero como los pies se habían hinchado un poco, aquella tarea se hizo horriblemente dificil. La dificultad era mayor porque no habían encontrado a mano el abrochador, las mujeres tuvieron que hacer uso

de sus horquillas.

Tan pronto como estuvo terminada la horrible toilette, contemplé nuestra obra y dije:

-Convendría peinarlo un poco.

La doncella trajo el peine y el cepillo de su ama; pero como temblara y arrancase, con movimientos involuntarios, los cabellos largos y desordenados del cadáver, madame Selictre se apoderó violentamente del peine y alisó la cabellera con suavidad, con dulzura, como si estuviera acariciando una cabeza viva.

Le sacó la raya, le cepilló la barba y retorció los bigotes con sus manos, como tenía costumbre, sin duda, de hacerlo en sus amorosas familiaridades.

De pronto, arrojando lo que tenía en las manos, cogió la cabeza inerte de su amante y clavó una intensa y desesperada mirada en aquella cara inmóvil; después, dejándose caer sobre él, comenzó a abrazarlo y a besarlo furiosamente. Sus besos caían como golpes sobre su cerrada boca, sobre sus apagados ojos, sobre sus sienes y su frente... Y acercándose a su oído, como si hubiera podido escucharla, balbuceó, repitiendo diez veces seguidas con un acento desgarrador:

-Adiós, amor mío; adiós, amor mío...

Un reloj dio las doce.

Ye sentí un estremecimiento:

-¡Las doce ya!..., la hora en que cierran el casino... ¡Vamos, señora, energía!

Madame Selictre se puso en pie.

-Llevémoslo al salón -ordené a las dos mujeres; lo trasladamos entre los tres y lo sentamos en un sillón. Después encendí las luces.

Apenas había terminado esta operación, cuando la puerta de la calle se abrió y se cerró pesadamente. Era el marido que volvía.

-¡Rosa -grité-; traiga usted las botellas y el cubo y arregle usted un poco el cuarto de la señora; pronto, despáchese usted que ya llega M. Selictre...

Yo oía los pasos que subían, que se acercaban... Unas manos en la sombra palpaban los muros... Entonces dije en alta voz:

-Por aquí, por aquí, M. Selictre; ha ocurrido un accidente desgraciado.

Bajo el dintel de la puerta apareció el marido, estupefacto, con un cigarro en la boca y preguntando:

-¿Qué? ¿Qué es?... ¿Que sucede?...

Fui hacia él y le dije:

-Querido amigo, aquí me tiene usted en una gran incertidumbre. He venido algo tarde con X... a charlar un rato con su mujer de usted. De pronto X... se ha desmayado, y, a pesar de nuestros cuidados, hace dos horas que permanece sin conocimiento. No he querido llamar a nadie estando yo aquí... Ayúdeme usted a bajarlo hasta el coche; voy a llevarlo a su casa y allí podré cuidarlo mejor...

El marido, sorprendido, pero sin la menor desconfianza, se quitó el sombrero y tomó por debajo de los brazos a su rival, ya inofensivo. Yo lo cogí por las piernas y comenzamos a bajar la escalera alumbrados por la mujer.

Cuando llegamos delante de la puerta procuré enderezar el cadáver, hablándole para engañar al cochero:

-Vamos, amigo mío, esto no será nada. Se siente usted ya mejor, ¿verdad? Vamos, un poco de valor, haga usted un esfuerzo

Como yo comprendía que se iba a desplomar, como sentía que se escurría entre mis manos, le di un empujón con el hombro que lo echó hacia delante, cayendo dentro del coche; yo subí tras él.

El marido, inquieto, me preguntó:

-¿Cree usted que será grave?

-No -contesté sonriendo para tranquilizarle, y miré a su mujer. Ésta había apoyado su brazo en el de su marido legítimo y tenía la mirada fija en el fondo oscuro del coche.

Les dije adiós y di al cochero orden de partir. Durante todo el camino llevé apoyada sobre mi hombro la cabeza del muerto.

Cuando llegamos a su casa dije que había perdido el conocimiento dentro del coche.

Lo ayudé a subir a su cuarto, donde certifiqué la defunción. Allí tuve que representar otra comedia ante la familia acongojada del dolor... Después me volví a mi casa y me metí en la cama, renegando de los enamorados.

\*\*\*

El doctor calló, siempre sonriente.

La joven, crispada, preguntó:

-¿Por qué me ha contado usted esa historia tan horrible?

El médico, saludando galantemente, contestó:

-Para ofrecerle a usted mis servicios, si llega el caso.

FIN

### Una familia

Iba a volver a ver a mi amigo Simón Radevin, que no había visto desde hacía quince años. En otros tiempos fue mi mejor amigo, el amigo de mis pensamientos, aquél con el que se pasan las largas veladas tranquilas y alegres, aquél a quien se le cuentan las cosas íntimas del corazón, por el que se encuentran, charlando dulcemente, las ideas raras, finas, ingeniosas, delicadas, nacidas de la simpatía misma que excita el ingenio y le hace desarrollarse a gusto. Durante muchos años no nos habíamos separado nunca. Habíamos vivido, viajado, soñado, imaginado juntos, habíamos amado las mismas cosas y con un mismo amor, admirado los mismos libros, comprendido las mismas obras, vibrado con las mismas sensaciones, y tan frecuentemente nos habíamos reído de los mismos seres, que nos comprendíamos sólo con intercambiar una mirada.

Luego él se había casado. Se había casado de repente con una chiquilla de provincia que había llegado a París para encontrar novio. ¿Cómo pudo aquella pequeña rubita, delgada, de manos fofas, de ojos claros y vacíos, de voz fresca y necia parecida a cien mil muñecas casaderas, atrapar a aquel chico inteligente y fino? ¿Quién puede comprender esas cosas? Él había esperado sin duda la felicidad, una felicidad sencilla, dulce y continuada entre los brazos de una mujer buena, tierna y fiel; y había entrevisto todo eso en la mirada transparente de aquella chiquilla de cabellos pálidos. No pensó que el hombre activo, vivo y vibrante, se cansa de todo tan pronto como constata la estúpida realidad, a menos que se embrutezca hasta el punto de no comprender nada más. ¿Cómo iba a encontrarlo? ¿Aún vivo, espiritual, risueño y entusiasta, o bien adormecido por la vida provinciana? ¡Un hombre puede cambiar tanto en quince años!

\* \* \*

El tren se detuvo en una pequeña estación. Cuando descendí del vagón, un grueso, un muy grueso hombre de mejillas coloradotas y vientre redondeado, se dirigió hacia mí con los brazos abiertos gritando: «¡Georges!». Lo abracé, pero no lo había reconocido. Luego murmuré estupefacto: «¡Caramba, no has adelgazado!». Él respondió riendo: «¿Qué quieres? ¡La buena vida! ¡la buena mesa! ¡las buenas noches! ¡Comer y dormir, ésa es mi existencia!». Yo lo contemplaba, buscando en aquella cara ancha los rasgos queridos. Sólo los ojos no habían cambiado; pero ya no encontraba en ellos la mirada conocida y me decía: «Si es cierto que la mirada es el fiel reflejo del pensamiento, el pensamiento de esta cabeza ya no es el de antaño, aquel que yo conocía tan bien». Sus ojos brillaban sin embargo, llenos de alegría y de amistad; pero ya no tenían la claridad inteligente que expresa, tanto como las palabras, el valor de un espíritu.

De repente, Simón me dijo: «¡Mira, ahí están mis dos mayores!». Una chiquilla de catorce años, casi una mujer, y un chico de trece, vestido de colegial, avanzaban con expresión tímida y torpe. Yo murmuré: «¿Son tuyos?». Él contestó riendo: «Sí».

- -¿Cuántos tienes, pues?
- -¡Cinco! Hay otros tres que se han quedado en casa.

Había contestado con tono orgulloso, satisfecho, casi triunfal; y yo me sentía presa de una piedad profunda mezclada con un vago desprecio, por este reproductor orgulloso e ingenuo que pasaba las noches engendrando hijos entre dos sueños, en su casa provinciana, como un conejo en una jaula. Me subí en un coche que él mismo conducía y ahí nos tienen recorriendo la ciudad; ciudad triste, somnolienta y donde nada se movía en las calles, salvo algunos perros y dos o tres criadas. De vez en cuando un tendero ante su puerta se levantaba el sombrero; Simón le devolvía el saludo y nombraba a la persona para demostrarme que conocía a todos los habitantes por su nombre. Se me ocurrió pensar que tal vez pensara en la diputación, el sueño de todos los enterrados en provincias.

Cruzamos rápidamente la ciudad y el coche entró en un jardín con pretensiones de parque y se detuvo ante una casa con torrecillas que pretendía pasar por castillo. «Aquí está mi agujero» decía Simón para obtener un cumplido. Yo contesté: «Es delicioso». Sobre la escalinata apareció una dama, adornada para la visita, peinada para la visita, con frases preparadas para la visita. Ya no era la chiquilla rubia y sosa que yo había visto en la iglesia quince años antes, sino una señora gruesa con volantes y rizos, una de esas damas sin edad, sin carácter, sin elegancia, sin espíritu, sin nada de lo que constituye una mujer. Era madre, en definitiva, una madre banal, la ponedora, la yegua reproductora humana, la máquina de carne que procrea sin más preocupación en el alma que sus niños y su libro de cocina.

Me dio la bienvenida y entré en el vestíbulo donde tres chiquillos, alineados por estatura, parecían estar colocados allí para pasar revista como los bomberos ante un alcalde. Dije: «¡Ah! ¡ah! ¿éstos son los otros?». Simón, radiante, los nombró: «Jean, Sophie y Gontran».

La puerta del salón estaba abierta. Entré en él y vi al fondo de un sillón algo que temblaba, un hombre, un hombre viejo paralítico. La señora Radevin se adelantó: «Es mi abuelo, señor. Tiene ochenta y siete años». Luego gritó al oído del viejecillo agitado por sacudidas: «Es un amigo de Simón, papá». El anciano hizo un esfuerzo para decirme buenos días

y lloriqueó: «Oua, oua, oua», agitando la mano. Yo le contesté: «Es usted muy amable, señor», y me dejé caer en un asiento

Simón acababa de entrar; se reía: «¡Ah! ¡ah! ya has conocido al abuelo. Es impagable este viejo; es la distracción de los chicos. Es glotón, amigo mío, hasta morir en cada comida. No te puedes imaginar lo que comería si lo dejáramos. Pero ya verás, ya verás. Echa miraditas a los platos dulces como si fueran señoritas. No has visto nunca nada más divertido, ya verás dentro de un rato.»

Luego me condujeron a mi habitación, para que me arreglara, pues se acercaba la hora de la cena. Oí un gran ruido de pasos en la escalera y me volví. Todos los chicos me seguían como en una procesión, detrás de su padre, sin duda para honrarme. Mi habitación daba a una planicie, una llanura sin fin, un océano de hierbas, trigos y avena, sin un puñado de árboles ni una colina, imagen estremecedora y triste de la vida que debían llevan en aquella casa. Sonó una campana. Era para la cena. Bajé.

La señora Radevin tomó mi brazo ceremoniosamente y pasamos al comedor. Un criado empujaba el sillón del viejo que, apenas colocado delante de su plato, paseaba sobre el postre una mirada ávida y curiosa volviendo con esfuerzo, de un plato a otro, su cabeza oscilante. Entonces Simón se frotó las manos: «Te vas a divertir», me dijo. Y los niños, comprendiendo que me iban a ofrecer el espectáculo del bisabuelo glotón, se echaron a reír al mismo tiempo, mientras que la madre sólo sonreía encogiéndose de hombros.

Radevin gritó dirigiéndose al anciano, formando una bocina con las manos: «¡Esta noche tenemos crema de arroz azucarada!». El rostro arrugado del anciano se iluminó y tembló con mayor intensidad de arriba abajo, para indicarme que había comprendido y que estaba contento. Comenzamos a cenar. «Mira», murmuró Simón. Al abuelo no le gustaba la sopa y se negaba a tragarla. Le obligaban a tomarla, por su salud; y el criado le introducía a la fuerza la cuchara llena en la boca, mientras él soplaba violentamente para no tragarse el caldo que lanzaba, como un surtidor, sobre la mesa y sus vecinos. Los niños se desternillaban de risa, mientras su padre, contento, repetía: «¡Qué gracioso es este viejo!».

Y durante toda la cena no se ocuparon de otra cosa sino de él. Devoraba con la mirada los platos colocados sobre la mesa; y con su mano agitada intentaba cogerlos y acercarlos a él. Se los colocaban casi al alcance para ver sus tremendos esfuerzos, su impulso tembloroso hacia ellos, la llamada desolada de todo su ser, de sus ojos, de su boca, de su nariz que los olfateaba. Y babeaba de deseo sobre la servilleta lanzando gruñidos inarticulados. Y toda la familia se divertía con ese suplicio odioso y grotesco.

Luego le servían en su plato un trocito pequeño que se comía con glotonería febril, para que le dieran rápidamente otra cosa. Cuando llegó el arroz dulce, tuvo casi una convulsión. Gemía de deseo. Gontran le gritó: «¡Ya ha comido mucho, no le daremos de esto!». E hizo como que no le iba a dar. Entonces el anciano rompió a llorar. Lloraba temblando con mayor intensidad mientras los niños reían. Le trajeron por fin su ración, un trozo pequeñito; y al tomar el primer bocado, hizo un ruido de garganta cómico y glotón, y un movimiento con el cuello semejante al que hacen los patos cuando se tragan un trozo demasiado grande. Cuando terminó, se puso a patalear para que le dieran más. Apiadado ante la tortura de este Tántalo enternecedor y ridículo, imploré en su favor: «¡Vamos, denle un poco más de arroz!». Pero Simón contestó: «¡Oh! no, amigo mío, a su edad, si comiera más podría hacerle daño».

Me callé, reflexionando acerca de estas palabras. ¡Oh moral, oh lógica, oh sabiduría! ¡A su edad! Es decir, que se le privaba del único placer que aún podía disfrutar para cuidar su salud. ¡Su salud! ¿Qué podía hacer con su salud este despojo inerte y tembloroso? Se cuidaban sus días, como suele decirse. Sus días. ¿Cuántos días? ¿Diez, veinte, cincuenta o cien? ¿Por qué? ¿Por él? ¿O para conservarle más tiempo a la familia el espectáculo de su glotonería impotente? No tenía nada más que hacer es esta vida, nada más. Sólo le quedaba un deseo, una única alegría; ¿por qué no darle por completo esta última alegría, y dársela hasta que se muriera?

Luego, tras una interminable partida de cartas, subí a mi habitación para acostarme: ¡estaba triste, triste! Y me asomé a la ventana. No se oía en el exterior nada más que un ligero gorjeo de un pájaro en un árbol, en algún lugar muy dulce, muy bonito. Aquel pájaro debía cantar así, en voz baja y por la noche, para acunar a su hembra dormida sobre los huevos. Y pensaba en los cinco hijos de mi pobre amigo, que debía roncar ahora junto a su mezquina esposa.

### Una sorpresa

Nosotros, mi hermano y yo, fuimos educados por nuestro tío el abad Loisel, "el cura Loisel" como nosotros lo llamábamos. Habiendo fallecido nuestros padres durante nuestra infancia, el abad nos recogió en la casa parroquial y nos amparó.

Él servía desde hacía dieciocho años a la comunidad de Join-le-Sault, no lejos de Yvetot. Se trataba de un pueblecito situado en el hermoso centro de la planicie de la región de Caux, sembrado de granjas que levantaban aquí y allá sus parcelas de árboles por los campos.

La comunidad, a parte de las chozas diseminadas por la planicie, no tenía más que seis casas alineadas a los dos lados de la carretera principal, con la iglesia en un extremo de la región y el ayuntamiento nuevo en el otro extremo.

Mi hermano y yo pasamos nuestra infancia jugando en el cementerio. Como éste estaba al abrigo del viento, mi tío nos impartía allí sus lecciones, sentados los tres sobre la única tumba de piedra, la del anterior cura cuya familia, rica, lo había hecho enterrar señorialmente.

El abad Loisel, para fortalecer nuestra memoria, nos hacía aprender de memoria los nombres de los muertos inscritos sobre la cruz de madera negra y, con la finalidad de ejercitar al mismo tiempo nuestro discernimiento, nos hacía empezar esta insólita cantinela, unas veces por un extremo del campo fúnebre y otras por el opuesto, a veces por el medio, señalando, de repente, una sepultura determinada:

-Veamos, la de la tercera fila, cuya cruz cuelga a la izquierda.

Cuando se presentaba un entierro, teníamos prisa por conocer lo que se inscribiría sobre el símbolo de madera, e íbamos incluso a menudo junto al carpintero para leer el epitafio, antes de que fuera colocado sobre la tumba. Mi tío preguntaba:

-¿Conocen el nuevo?

Nosotros respondíamos los dos a la vez:

- -Sí, tío -y nos poníamos rápidamente a farfullar:
- -Aquí descansa Joséphine Rosalía Gertrude Malaudin, viuda de Théodore Magloire Césaire, fallecida a la edad de sesenta y dos años, sentida la pérdida por su familia, buena hija, buena esposa y buena madre. Su alma descansa en paz en la celeste morada.

Mi tío era un cura enorme y huesudo, tan cuadrado de ideas como de cuerpo. Su propia alma semejaba dura y precisa, igual que una respuesta de catecismo. Nos hablaba a menudo de Dios con voz de trueno. Pronunciaba esa palabra violentamente, como si hubiera disparado un pistoletazo. Su Dios, por otra parte, no era "el buen Dios", sino "Dios" a secas. Él debía de pensar en Él de la misma forma que un merodeador piensa en un gendarme, un prisionero en un juez de instrucción.

A mi hermano y a mí nos educó rudamente, enseñándonos a temer antes que a amar.

Cuando tuvimos uno catorce años y el otro quince, nos metió internos, a precio reducido, en la institución eclesiástica de Yvetot. Éste era un triste y gran edificio, lleno de curas y de alumnos casi todos destinados al sacerdocio. No puedo todavía pensar en ello sin sentir escalofríos de tristeza. Allí se olía la oración como se huele el pescado en el mercado un día de marejada. ¡Oh! ¡El triste colegio, con sus eternas ceremonias religiosas, la fría misa de cada mañana, las meditaciones, las recitaciones del evangelio, las lecturas piadosas a la cena!¡Oh! El remoto y triste tiempo pasado dentro de esos muros enclaustrados donde no se oía hablar de nada más que de Dios, del Dios tempestuoso de mi tío.

Vivíamos allá en una piedad estrecha, rumiante y forzosa, y también en una suciedad verdaderamente loable, ya que me acuerdo de que no nos hacían lavar los pies a los niños más que tres veces al año, la víspera de las vacaciones. En cuanto a los baños, los ignorábamos tan completamente como el nombre del Sr. Víctor Hugo. Nuestros maestros debían de tenerlos en gran desprecio.

Salí del bachiller el mismo año que mi hermano, y, provistos de algunas monedas, nos despertamos los dos una mañana en París, empleados por dieciocho céntimos de franco en la administración pública, gracias a la protección del monseñor de Rouen.

Durante algún tiempo todavía seguimos siendo muy honestos, mi hermano y yo, viviendo juntos en el pequeño apartamento que habíamos alquilado, semejantes a pájaros de noche que uno saca de su agujero para lanzarlos a pleno

sol, aturdidos, despavoridos.

Pero poco a poco, el aire de París, los colegas, los teatros, nos fueron espabilando. Nuevos deseos, ajenos a los placeres celestiales, comenzaron a penetrar en nosotros, y a fe mía, una tarde, la misma tarde, después de largas dudas, de grandes inquietudes y de los temores propios del soldado ante su primera batalla, nos dejamos llevar... ¿como diría...? nos dejamos seducir por dos vecinitas, dos amigas empleadas en el mismo almacén, y que habitaban en la misma vivienda.

Ahora bien, pronto tuvo lugar un cambio entre las dos parejas, un reparto. Mi hermano cogió el apartamento de las dos chicas y se quedó con una de ellas. Yo me apoderé de la otra, que se vino a mi casa. La mía se llamaba Louise; tendría unos veintidós años. Era una buena chica, lozana, alegre, rolliza toda ella, muy rolliza incluso en ciertas partes. Se instaló en mi casa como la mujercita que toma posesión de un hombre y de todo lo que depende de ese hombre. Organizó, ordenó, hizo de comer, reguló la despensa con ahorro, y me procuró, por otra parte, muchos beneplácitos nuevos para mí.

Por su parte, mi hermano estaba muy contento. Cenábamos los cuatro juntos, un día en nuestra casa, un día en la suya, sin una sombra en el alma ni una preocupación en el corazón.

De vez en cuando yo recibía una carta de mi tío que me creía perdurablemente viviendo con mi hermano, y que me transmitía noticias de la región, de su criada, de los muertos recientes, de la tierra, de las cosechas, todo ello mezclado con muchos consejos sobre los peligros de la vida y las bajezas del mundo.

Estas cartas llegaban por la mañana en el correo de las ocho. El conserje las deslizaba por debajo de la puerta dando un escobazo en la pared para avisar. Louise se levantaba, iba a recoger el sobre de papel azul, y se sentaba al borde de la cama para leerme las "epístolas del cura Loisel" como ella también lo llamaba.

Durante seis meses fuimos felices.

Ahora bien, una noche, hacia la una de la madrugada, un violento campanillazo nos hizo estremecer a la vez, ya que en ese momento no dormíamos en absoluto. Louise dijo:

-¿Qué puede ser eso?

Yo respondí:

-No sé. Seguramente se equivocan de piso.

Y no nos movimos más, aunque... al final permanecimos abrazados el uno contra el otro, aguzado el oído, muy nerviosos.

Y de repente, un segundo campanillazo, después un tercero, después un cuarto llenaron de estruendo el pequeño apartamento y nos hicieron enderezarnos y sentarnos a la vez en nuestra cama. No nos equivocábamos; era por nosotros. Me puse rápido un pantalón, calcé mis chancletas y corrí hacia la puerta del vestíbulo, temiendo una desgracia. Pero antes de abrir pregunté:

-¿Quién está ahí? ¿Qué quieren?

Una voz, una grave voz, la de mi tío, respondió:

-Soy yo, Jean, abre rápidamente, en nombre de un pequeño buen hombre, no tengo ganas de dormir en las escaleras.

Pensé volverme loco. ¿Qué hacer? Corría hacia la habitación, y con una voz jadeante, le dije a Louise:

-Es mi tío, escóndete.

Después volví, abrí la puerta de fuera; el cura Loisel estuvo a punto de derribarme con su maleta tapizada.

Gritó:

-¿Qué hacías pues, tunante, para no abrir?

Yo respondí balbuceando:

-Dormía, tío.

Él continuó:

-Dormías, vale, pero después, cuando me has hablado, allí, detrás de la puerta.

Yo tartamudeé:

-Había dejado la llave en el bolsillo de mis pantalones, tío.

Después para evitar otras explicaciones, me lancé a su cuello, abrazándolo con violencia.

Él se suavizó, se explicó:

-Heme aquí por cuatro días, granuja. He querido echar un vistazo sobre este infierno de París para hacerme una idea del otro.

Y se rió con una risa vociferante, y después continuó:

-Puedes alojarme donde quieras. Retiraremos un colchón de tu cama. Pero, ¿dónde está tu hermano? ¿Duerme? ¿No vas a despertarlo?

Perdí los estribos; finalmente murmuré:

-Jacques no ha vuelto: esta noche tienen mucho trabajo adicional en el despacho.

Mi tío, sin desconfianza, se frotó las manos preguntando:

-Entonces, ¿va bien el trabajo?

Y se dirigió hacia la puerta de mi habitación. Yo casi le salto al alzacuellos.

-No... no... por aquí, tío.

Se me había ocurrido una idea, y añadí:

-Usted debe de tener hambre, después del viaje, venga a comer algo.

Sonrió.

-Es verdad que tengo hambre. Me comería un trocito de pan.

Y lo empujé a la sala.

Justamente habíamos cenado en casa ese día, así que la alacena estaba bien provista. Primero saqué un trozo de carne adobada que el cura atacó gozosamente. Yo lo animaba a comer, sirviéndole de beber, haciéndole recordar las grandes cenas normandas para activar su apetito.

Cuando hubo terminado, dejó su plato delante de él declarando:

-Ya está, estoy lleno.

Pero yo tenía mis reservas; conocía la debilidad del buen hombre, y traje un paté de ave, una ensalada de papas, un tarro de nata y vino, con la finalidad de que no finalizara.

Estuvo a punto de caer de espaldas y gritó:

-¡En nombre de un pequeño buen hombre, qué despensa!

Y tomó de nuevo su plato aproximándose a la mesa. La noche avanzaba, continuaba comiendo; y yo buscaba un medio para salir de aquel apuro sin dar con ninguno que me pareciera adecuado.

Por fin, mi tío se levantó. Me sentí desfallecer. Quise retenerlo de nuevo.

-Venga, tío, una vaso de aguardiente; es añeja, es buena.

Pero él dijo:

-No, ahora sí que estoy servido. Veamos tu apartamento.

No había forma de cortar a mi tío, yo lo sabía; escalofríos me corrieron por la espalda. ¿Qué iba a acontecer? ¿Qué escena? ¿Qué escándalo? ¿Qué situación violenta tal vez?

Lo seguí con unas ganas locas de abrir la ventana y lanzarme a la calle. Lo seguía estúpidamente sin osar decir una palabra para retenerlo; lo seguía sintiéndome perdido, a punto de desmayarme de angustia, confiando, sin embargo, en algún tipo de suerte.

Entró en mi habitación. Una suprema esperanza me hizo saltar el corazón. La valiente joven había cerrado las cortinas de la cama; y ni un solo trapo de mujer aparecía tirado. Los vestidos, collares, manguitos, medias finas, guantes, broches, anillos, todo había desaparecido.

Yo balbuceé:

-No vamos a acostarnos ahora, tío, ya es de día.

El cura Loisel respondió:

-Tú estás bien, tú, pero yo dormiría tranquilamente una hora o dos.

Y se acercó a la cama, su vela en la mano. Yo esperaba, ansioso, perdido. ¡De un solo manotazo abrió las cortinas! Hacía calor (era junio); habíamos retirado todas las mantas, y sólo quedaba la sábana que Louise enloquecida había echado sobre su cabeza. Sin duda para esconderse mejor, se había enrollado como una bola, y se veía... se veía... su contorno pegado contra la tela.

Sentí que me iba a caer de espaldas.

Mi tío se giró hacia mí riéndose a carcajadas, de manera que estuve a punto de descomponerme de estupefacción.

Gritó:

-¡Ah! bromista, no has querido despertar a tu hermano. Y bien, vas a ver cómo lo despierto yo.

Y vi su mano, su gruesa mano de aldeano que se elevaba; y mientras que él reventaba de risa, se precipitó con un formidable ruido sobre... sobre los contornos que aparecían expuestos delante de él.

Y un grito terrible se oyó en la cama; y a continuación una furiosa tormenta bajo la sábana. Aquello se movía, se estremecía, se agitaba. Ella no era capaz de liberarse, tan enredada como estaba allá dentro.

Finalmente una pierna apareció por una esquina, un brazo por la otra, después la cabeza, a continuación todo el pecho, desnudo y con sacudidas; y Louise, furiosa, se sentó mirándonos con ojos brillantes como linternas.

Mi tío, enmudecido, se alejaba reculando, la boca abierta como si hubiera visto al demonio, y soplando como un buey.

Yo consideré la situación demasiado grave para hacerle frente y me escapé atropelladamente.

No regresé hasta dos días más tarde. Louise había partido dejando la llave en conserjería. Jamás la he vuelto a ver.

¿En cuanto a mi tío? Me ha desheredado a favor de mi hermano que, avisado por la dueña de la casa, ha jurado que él se había separado de mí como consecuencia de mis excesos de los que no podía permanecer como testigo.

No me casaré, las mujeres son demasiados peligrosas.

### Una vendetta

La viuda de Pablo Savarini habitaba sola con su hijo en una pobre casita de los alrededores de Bonifacio. La población, construida en un saliente de la montaña, suspendida sobre el mar, mira por encima el estrecho erizado de escollos de la costa más baja de la Cerdeña. A sus pies, del otro lado, la rodea casi enteramente una cortadura de la costa que parece un gigantesco corredor, el cual sirve de puerto a las lanchas pescadoras italianas o sardas, y cada quince días al viejo vapor que hace el servicio de Ajaccio.

Sobre la blanca montaña, el montón de casas forma una mancha más blanca aun, como nidos de pájaros salvajes acurrucados sobre su roca, dominando aquel paso terrible en que no se aventuran los barcos grandes.

El viento sin reposo fustiga el mar, que golpea sobre la costa desnuda y se mete por el estrecho, cuyos dos bordes destruye.

La casa de la viuda Savarini, abierta al borde mismo de la costa, abre sus tres ventanas sobre aquel horizonte salvaje y desolado.

Allí vivía sola con su hijo Antonio y su perra "Vigilante", una perraza flaca con pelos largos y bastos, de la raza de los perros de ganado, y que servía al joven para cazar.

Una tarde, después de una reyerta, Antonio Savarini fue muerto a traición de una puñalada por Nicolás Rovalati, que aquella misma noche huyó a Cerdeña.

Cuando la anciana madre recibió el cuerpo de su hijo, que dos amigos le llevaron, no lloró, pero se quedó inmóvil mirándolo; después tendió su arrugada mano sobre el cadáver y juró vengarlo.

No quiso que nadie se quedara allí; se quedó sola con el cuerpo y se encerró acompañada de la perra, que aullaba de un modo lastimero y no se separaba del lado de su amo. La madre, inclinándose sobre el cuerpo de su hijo, con la mirada fija, lloraba lágrimas silenciosas contemplándolo.

El joven estaba tendido de espaldas, vestido con su chaqueta de paño grueso, que se veía desgarrada en el pecho: parecía dormir, pero se veía sangre por todas partes: sobre la camisa rota para la primera cura, en el chaleco, en el pantalón, en la cara, en las manos; cuajarones de sangre se le habían quedado entre la barba y los cabellos.

La madre se puso a hablarle; al oír su voz la perra se calló.

-Yo te vengaré, hijo mío; duerme, duerme, descansa, que serás vengado, ¿entiendes? ¡Tu madre te lo promete! Y ya sabes que cumple siempre sus promesas.

Después se inclinó sobre él, poniendo sus labios fríos sobre los labios del muerto. Entonces "Vigilante" se puso a dar unos aullidos largos, desgarradores, horribles. Así siguieron los dos, la mujer y el animal, hasta por la mañana que enterraron a Antonio Savarini, y ya nadie se acordó de aquello en Bonifacio.

\*

No había dejado ni hermanos, ni primos, ni ningún pariente que pudiera vengarlo; sólo su madre. Así pensaba la anciana, mirando sin cesar un punto blanco de la costa, que era un pueblecillo sardo, llamado Longosardo, donde se refugiaban los bandidos corsos. Éstos poblaban aquella aldea delante de las costas de su patria, y allí esperaban el momento de volver. En aquella aldea se había refugiado Nicolás Rovalati.

Siempre sola y sentada delante de la ventana, la anciana pensaba en su venganza. ¿Cómo la llevaría a cabo, enferma y casi al pie del sepulcro? Pero lo había prometido, lo había jurado al cadáver; no podía olvidarlo y no podía esperar. ¿Qué haría? No dormía ninguna noche, ni tenía sosiego ni reposo. La perra, echada a sus pies, la miraba, y a veces levantaba la cabeza y ladraba. Desde que su amo no estaba allí, no hacía otra cosa.

Una noche que "Vigilante" parecía llamar a su amo, la anciana tuvo una idea salvaje, vengativa, feroz; lo meditó hasta la mañana, y cuando fue de día se fue a la iglesia. Allí, de rodillas, pidió a Dios que la ayudara y sostuviera, dándole fuerzas para vengar a su hijo.

Volvió a su casa y ató a la perra con una cadena; el animal aulló todo el día y toda la noche, y la anciana sólo le dio agua, nada más que agua.

Pasó el día, y la perra, extenuada, dormía; por la mañana tenía los ojos relucientes, el pelo erizado, y tiraba sin cesar de la cadena.

La anciana no le dio de comer, y la perra, furiosa, ladraba sin cesar, y así pasó otro día y otra noche; a la mañana siguiente, la Savarini fue a casa de un vecino a rogar que le dieran un costal de paja. Cogió un traje viejo que había sido de su marido, lo rellenó hasta que pareció ser un cuerpo humano, y luego lo clavó en un palo delante del sitio donde la perra estaba encadenada. Después le puso una cabeza de trapos.

La perra, sorprendida, miraba aquel hombre de paja y callaba, aunque la devoraba el hambre.

Entonces la vieja se fue a buscar en casa del carnicero un gran pedazo de morcilla negra, volvió a su casa y la puso a asar. "Vigilante", enloquecida, estaba echando espuma con los ojos fijos sobre el embutido.

La vieja hizo con el asado una corbata al hombre de paja, y se la ató bien fuerte; después soltó a la perra.

De un salto formidable, el animal alcanzó la garganta del maniquí, y con las patas sobre los hombros se puso a desgarrarlo. Cuando arrancaba un pedazo se bajaba y se lanzaba luego por otro, metiendo su hocico entre las cuerdas y arrancando los pedazos de morcilla.

La vieja, inmóvil, miraba con los ojos brillantes; después volvió a atar a la perra, la hizo ayunar otros dos días y volvió a repetir aquel extraño ejercicio.

Durante tres meses la acostumbró a aquella especie de lucha, a aquella comida conquistada a mordiscos. Ya no la ataba; pero con un gesto la hacía lanzarse sobre el maniquí. Le había enseñado a desgarrarlo, a devorarlo, hasta cuando no tenía la comida en el cuello. Luego le daba como recompensa la morcilla asada.

Desde que veía al maniquí, "Vigilante" se estremecía y miraba a su ama, que le decía:

-¡Anda! -con una voz aguda y levantando el dedo.

Cuando lo juzgó oportuno, la Savarini confesó y comulgó un domingo con mucha devoción, y luego se puso un traje de hombre y se embarcó en la barca de un pescador, que la condujo al otro lado de la costa, acompañada de su perra.

Llevaba en un saco un gran pedazo de asado que le hacía oler a la perra, la cual hacía dos días que ayunaba.

Entraron en Longosardo, y acercándose a una panadería, preguntó por la casa de Nicolás Rovalati. Éste, que era de oficio zapatero, trabajaba en un rincón de su tienda.

La vieja empujó la puerta y dijo:

-¡Eh, Nicolás!

Él se volvió, y entonces, soltando la perra, dijo:

-¡Anda! ¡Anda! ¡Come! ¡Come!

El animal, enloquecido, se lanzó y lo mordió en la garganta. El hombre tendió los brazos y rodó por tierra; durante algunos segundos se retorció, golpeando el suelo con los pies; después quedó inmóvil, mientras "Vigilante" le apretaba el cuello, que luego arrancaba en pedazos.

Dos vecinos recordaron después haber visto salir de la casa del muerto a un pobre viejo con un perro que comía unos pedazos negros que le daba su amo.

Por la tarde la vieja volvió a su casa, y aquella noche durmió muy bien.

### Una viuda

Ocurrió el suceso, durante la época de caza, en el Castillo de Banneville. El otoño era lluvioso y triste; las hojas secas, en vez de crujir bajo los pies, se pudrían en las rodadas de los caminos empapadas por los aguaceros.

Casi desnudo ya de hojas, el bosque desprendía humedad como una sala de baños. Al penetrar en él, se sentía bajo los árboles, azotados por los chubascos, un tufo mohoso, un vaho de agua pantanosa, de hierbas humedecidas, de tierra mojada, y los cazadores, abrumados por aquella inundación continua; los perros, macilentos, con el rabo entre las patas y el pelo pegado sobre los lomos, y las jóvenes cazadoras, con los vestidos calados por la lluvia, regresaban todas las tardes, fatigadas de cuerpo y alma.

Después de comer, en el gran salón jugaban a la lotería, displicentes y sin animación, mientras el viento empujaba con violencia los postigos y hacia girar las veletas como un trompo. Quisieron entretenerse narrando cuentos, como dicen las novelas que se hace; pero a ninguno se le ocurrió nada que distrajera. Los cazadores explicaban aventuras a escopetazos, matanzas de conejos, y las mujeres se quebraban la cabeza sin hallar algo semejante a la imaginación de Scheherazada.

Se disponían a buscar otra diversión, cuando una muchacha, jugando distraídamente con la mano de una tía suya, vieja solterona, tropezó en una sortija hecha con cabellos rubios, que había visto ya otras veces sin que fijara su atención, y haciéndola girar en el dedo, preguntó:

-Dime, tía: ¿qué significa esto? Parece pelo de niño.

La señorita se ruborizó, luego palideció y dijo al fin con voz temblorosa:

-Es una historia tan triste, tan triste, que jamás quiero referirla, porque originó la desgracia de toda una vida. Entonces era yo muy joven, pero me ha quedado un recuerdo tan doloroso, que aún me hace llorar.

Todos quisieron conocer la historia, pero la solterona se negaba a explicarla; por fin, tanto y tanto le rogaron, que la explicó:

-Ustedes me han oído hablar muchas veces de la familia Santéze, ya extinguida. Yo he conocido a los tres últimos hombres de la casa; los tres murieron de igual manera; este pelo es del último, que a los trece años se mató por mi. Les parece a ustedes raro, ¿verdad?

"¡Oh!, era una raza original, raza de locos acaso, pero de una locura encantadora: eran locos de amor. Todos, de padres a hijos, tenían pasiones violentas, ímpetus que los lanzaban a las más extraordinarias empresas, a fanáticos sacrificios, a criminales intentos. El amor era en su familia tan exaltado como la piedad lo es en ciertas almas. Los trapenses no tienen la misma naturaleza que los trasnochadores.

"Entre los parientes se decía: «Enamorado como un Santéze.» Su aspecto los delataba; tenían el pelo ondulado, sobre la frente; la barba, rizada; rasgados los ojos, y sus penetrantes miradas eran perturbadoras.

"El abuelo del último, cuyo recuerdo conservo, después de muchas aventuras, raptos y desafíos, a los sesenta y cinco años se enamoró perdidamente de la hija de su colono. He conocido a los dos. Ella era rubia, pálida, fina; hablaba lentamente con voz suave, y su mirada era dulce, tan dulce como la de una Virgen. El anciano se la llevó consigo, y se sintió tan cautivado por la moza, que no podía estar un minuto sin ella. Su hija y su nuera, viviendo en el castillo, encontraban aquello muy corriente; hasta ese punto era el amor tradicional en la familia. Tratándose de apasionamientos, nada podía sorprenderlas, y si se hablaba en su presencia de inclinaciones contrariadas, de amantes desunidos y hasta de venganzas que siguieron a traiciones amorosas, decían las dos con el mismo tono compasivo: «¡Ah! ¡Cuánto habrá sufrido para llegar a ese extremo!» Y nada más. Los dramas del corazón las emocionaban, pero no las indignaban nunca, aun cuando fuesen verdaderos crímenes.

"Un otoño, el joven señor de Gradelle, que había sido invitado a cazar, se llevó a la moza. El señor de Santéze pareció tranquilo, como si nada hubiese pasado; pero a los pocos días lo encontraron ahorcado en una cuadra. Su hijo murió de igual modo, en un hotel de Paris, durante un viaje que hizo en mil ochocientos cuarenta y uno, después de haber sido burlado por una cantante de ópera. Dejó un hijo de doce años y una viuda, hermana de mi madre. Los dos se fueron a vivir a casa, en nuestras posesiones de Bertillón. Entonces tenía yo diecisiete años.

"No pueden ustedes figurarse la precocidad asombrosa de aquel niño. Parecía que toda la ternura, toda la exaltación de su raza se habían condensado en aquel último vástago. Deliraba siempre y se paseaba solo, durante horas y horas, por una calle de olmos, del castillo al bosque. Yo lo contemplaba desde mi balcón andar lentamente, con las manos a la espalda, la cabeza inclinada y deteniéndose de trecho en trecho para levantar los ojos, cual si percibiera, comprendiera y

sintiera emociones impropias de su edad.

"Muchas veces, después de comer, en las noches claras, me decía: «Prima, vamos a soñar...» Y salíamos juntos al parque. Se detenía bruscamente al llegar a una plazoleta, donde flotaba como neblina ligera y blanca el claror de luna, y me decía oprimiéndome las manos: «Mira, mira. Pero tú no me comprendes, lo adivino; si me comprendieras, seríamos felices. Es necesario amar para comprender.» Yo reía y besaba tiernamente al niño, amante hasta morir.

"Con frecuencia, durante la velada se sentaba sobre las rodillas de mi madre, diciéndole: «Vamos, tía, cuéntanos historias de amor.» Mi madre, para entretenerle, le refería todas las leyendas de su familia, todas las apasionadas aventuras de sus antecesores, pues eran muchas las que se contaban, verdaderas y falsas. Fue su misma fama lo que perdió a todos los hermanos Santéze; se exaltaban y se enorgullecían de no desmentir el renombre de su casa.

"El niño se entusiasmaba con los relatos amorosos o terribles, y aplaudía, exclamando: «¡Yo también, yo también sé amar, y mejor que todos ellos! » Luego comenzó a galantearme; un galanteo tímido y tierno, del que nos reíamos los demás encontrándolo muy gracioso. Todas las mañanas tenía yo flores, cogidas por él, y todas las noches, antes de retirarse a su habitación, me besaba la mano murmurando: «¡Te adoro!»

"Fui culpable, muy culpable; lloro sin cesar por ello, y por ello toda mi vida hice penitencia, quedando soltera o, mejor dicho, novia y viuda: su viuda. Me divertía con aquella pueril ternura, hasta la excitaba; fui coqueta, seductora, como si se tratase de un hombre; fui pérfida y atractiva. Enloquecí al pobre niño. Era un juego para mí y una distracción alegre para nuestras madres. ¡Figúrense ustedes, tenía doce años! ¡Quién habría tomado en serio aquella pasión infantil ¡A su ruego, yo lo besaba y escribía para él cartas amorosas que leían nuestras madres; me contestaba en cartas ardientes que aún conservo. El desgraciado creía secreta nuestra intimidad amorosa, juzgándose un hombre. ¡Todos habíamos olvidado que era un Santéze!

"Aquello duró casi un año. Una noche, en el parque, arrodillándose ante mí y besando la fimbria de mi vestido en un arranque furioso, repetía: «¡Te adoro! ¡Te adoro! ¡Te adoraré hasta muerte! Si algún día me burlas, óyelo bien, si me abandonas por otro, haré como mi padre... » Y añadió con voz firme, que hacía estremecer: «Ya sabes lo que hizo.»

"Viendo mi sorpresa se levantó y, alzándose sobre las puntas de los pies para llegar hasta mi oído -pues no era tan alto como yo-, moduló mi nombre: «¡Genoveva!» con voz tan suave, tan amorosa, que me hizo temblar de pies a cabeza. Yo murmuré: «Retirémonos, retirémonos.» Él me siguió en silencio, pero al llegar junto a la escalinata, me detuvo para decirme: «Ya sabes que si me abandonas, me mato.»

"Entonces comprendí que había llegado muy lejos y procuré mostrarme reservada. Un día en que me reprochó mi conducta le dije: «Eres ya poco niño para jugar así con una mujer, y poco hombre para enamorarla. Esperemos.» En otoño le pusieron interno en un colegio. Cuando volvió en el verano próximo yo tenía novio. Él lo comprendió al punto, y durante ocho días lo vi tan reflexivo que me tuvo inquieta. Al día noveno, cuando desperté, vi un papel echado por debajo de la puerta. Lo cogí, lo abrí, leyendo lo siguiente: «Me has abandonado y ya sabes lo que te dije. Has decretado mi muerte. Como quiero que seas tú quien me encuentre, baja al parque, acércate al mismo lugar donde el año pasado te dije que te adoraba y mira hacia arriba.»

"Creí volverme loca. Me vestí de prisa y corrí sin detenerme, al lugar indicado. Su gorrita de colegial estaba en el suelo, en el barro, porque durante la noche había llovido. Levanté los ojos y distinguí algo que se mecía entre las ramas al impulso del viento. No sé lo que hice luego. Debí de gritar, desvanecerme, desplomarme o correr al castillo. Cuando recobré los sentidos, estaba en mi cama, con mi madre a la cabecera. Creí que todo aquello lo había soñado en un delirio horroroso, y pregunté: «¿Y él?». No me contestaron. ¡Era verdad!

"No me atreví a verlo otra vez, pero pedí un mechón de sus cabellos. Esto..., esto..."

Y la vieja señorita, con ademán desesperado, alargaba su mano temblorosa.

Luego se sonó repetidas veces, se limpió los ojos y añadió:

-Sin decir la causa, renuncié al matrimonio, decidiendo ser para siempre... la..., la viuda de aquel niño de trece años.

Después inclinó la cabeza sobre su pecho y quedó llorando largo rato.

Cuando se retiraban todos a sus habitaciones para dormir, un grueso cazador, cuya tranquilidad habitual se había perturbado con aquella historia, murmuró al oído de su vecino:

-¿No es una desdicha ser sentimental hasta ese punto?

## Vanos consejos

Mi querido amigo, el consejo que me pides es difícil de dar.

Tienes, pues, un lío amoroso que no eres capaz de deshacer y que me parece que se encuentra en una situación lamentable para ti. Soy viejo; te han dicho que yo había vivido, y haces una llamada a mi experiencia para ayudarte. Temo no poder hacer nada por ti, me parece que no estás en una buena situación.

Si he comprendido bien tu carta, he aquí tu caso: Has conquistado a una mujer casada demasiado tenaz. Y voy a hacer unas precisiones para estar seguro de no equivocarme.

Tú eres joven, muy joven, veinticinco años. Después de haber correteado un poco, a derecha y a izquierda, por las calles y las mujeres de la calle, te has sentido llamado, como lo somos todos, al deseo de amores más refinados.

Entonces te fijaste en una amiga de tu madre que se fijaba en ti desde hacía ya algún tiempo.

Ella se encontraba entonces en ese momento en el que la mujer se encuentra aun bien, pero a punto de empeorar. Cuarenta años cumplidos, la gordura, el frescor, ese frescor de las uvas conservadas y el cariño suficiente como para vender, el cual su marido no consumía desde hace bastante tiempo.

Empezaron intercambiando miradas. Luego sus apretones de manos fueron un poco más largos, más estrechos, con una fuerza tímida al principio, luego más significativa. Después la besaste, una noche, detrás de una puerta y ella te devolvió tu beso con usura.

Saliste para pasearte, encantado, ligero, delirante. Estabas preso. Unos días más tarde la cadena estaba bien cerrada. Una dura cadena, mi pobre amigo.

En primer lugar la edad de tu amante constituye en sí misma un peligro terrible. Las mujeres llegadas a ese punto, buscan su última proeza, meter el trigo en el granero para los últimos días. Pero el granero está reforzado. Mejor. ¿Pero qué importa? Un viejo zorro es más retorcido que un joven. Y además piensa que la cosa a la que una mujer está menos dispuesta a renunciar es al amor. Retarda ese momento de abdicación lo más posible y, si puede, hasta la parálisis senil. Yo querría que se condenase el desenfreno de las mujeres mayores como las corrupciones de menores. ¿Es más culpable, en efecto, de comenzar demasiado pronto que de acabar demasiado tarde? En ambos casos, se viola la naturaleza.

Mi pobre chico, ¡cuánto te compadezco! He aquí que la cosa dura cinco años, ¿no? Sí, he entendido bien, aún era apetecible. Ya no lo es. Cinco años, en la edad de dar volteretas, cuentan como cincuenta. La has visto deteriorarse día a día. Cuando tú la tomaste era un plato digerible, pero ya no son más que sobras... para tirar.

A partir de ahora no tendrás, me temo, más consuelo que el verla envejecer. Esto es, por lo menos, una venganza... y una buena venganza.

No puedo imaginar, pues, cómo podrías deshacerte de ella, a menos que se lo cuentes a tu madre, lo que no sería cortés. Ella cena en tu casa dos veces a la semana; va de visita, por la noche, cuando quiere. Su marido te adora y te lleva al espectáculo. Es lo normal. En cuanto a ella, te lapida con sus atenciones, cuidados, muestras de cariño y muestras indudables de amor.

He aquí dos cosas que se debería de enseñar a los niños con el alfabeto: Nunca se debe tener una amante que ya no puede ser infiel y hay que mantenerse alejado lo más posible de las relaciones a las que no se puede poner fin con dinero.

Cuando una mujer es aún deseable, manejándose bien, puede uno a menudo deshacerse de ella en perjuicio de un amigo. Tú no tienes esa esperanza. Sin embargo, quieres romper a cualquier precio, ¡romper! ¡Vaya problema!

Aquel que hiciera un buen manual sobre el arte de romper haría un mayor favor a la humanidad, a los hombres sobre todo, que el inventor del ferrocarril. Busquemos medios prácticos.

Si viviésemos en otro siglo y con otras costumbres, te aconsejaría simplemente envenenarla, ya que cena a menudo en tu casa. Pero lo harías mal y te cogerían.

Sé que hay también otros medios de envenenar a una mujer que la ley no puede prever ni castigar. No soy yo quien debe desvelártelos, continuemos.

Solo existe en realidad, para romper con una amante, un buen método: la zambullida. Se desaparece y ya no se vuelve a

aparecer. Que nos escribe, uno no le responde; que viene a vernos, uno ha cambiado de domicilio. Que nos busca por todas partes, usted se mantiene imposible de localizar; y si por casualidad uno la encuentra, hace como si no la conociera y pasa de largo. Si ella nos para, se le pregunta con cortesía: ¿qué desea, señora? Y se disfruta de su asombro, de su furor indignado. Con este procedimiento, sólo hay que temer al vitriolo. Este medio tiene la ventaja de ser radical y grosero. Pero no es aplicable en tu caso, desgraciadamente, ya que vives con tu familia. Es necesario que el conejo cazado vuelva siempre a encerrarse en su agujero: por muy larga que sea la ausencia hay que volver siempre a la casa paterna. Te volverá a atrapar a tu vuelta, así de fácil.

Entonces, ¿qué? ¡Resignarte! Seguir con ella. Sé bien que ahora sientes hacia ella tanto odio como asco. Mala suerte. Creo que es necesario que apliques solamente tu habilidad para evitar las ocasiones. Luego, elúdela, pierde el conocimiento, simula ataques de nervios, de rabia o de epilepsia, grita: ¡Fuego! ¡Al asesino! Desde el momento en el que estén solos, deja tu abrigo o incluso más, paga a un sirviente para que golpee las puertas tan pronto como ella se encuentre encerrada contigo. Pero resígnate a sufrir, al menos platónicamente, su pasión.

Ahora si de todas maneras necesitas una ruptura, haz que su marido te sorprenda en flagrante delito, te librarás de ella sólo con dos meses de prisión. Es poco. En cuanto al procedimiento no lo creas poco delicado, es tan lícito como legal.

Sé que el marido quizás no querrá sorprenderte y que te expones así a una cita capital y muy penosa. Voy a indicarte la manera de atraer hacia tu trampa al esposo suspicaz y prudente. Escríbele una carta de amor que firmarás con el nombre de una actriz, joven y guapa, pidiéndole una hora para encontrarse con él en persona.

Todo hombre tiene una tendencia a creerse irresistible. Vendrá. Y le habrás recomendado entrar valientemente en la mansión indicada sin llamar. Tú no pasarás el cerrojo y te resistirás el mayor tiempo posible.

Si él se enfada o si te perdona, arreglará tu asunto. Ten sin embargo cuidado de tener testigos en un armario por si negase todas las evidencias.

El amor, mi niño, es una cosa muy agradable y muy desagradable al mismo tiempo. "Cuando está cansado, hay que beberlo", como decía el mariscal de Saxe. Desgraciadamente los viejos vinos del cariño no equivalen a los viejos vinos de las bodegas.

Me doy cuenta de que te he dado un largo sermón, y de que no te doy, en suma, ninguna fórmula práctica. No hay. Todo depende de la habilidad personal, del tacto y de las personas.

También puedes hacerte cura o, ¿quemarte el cerebro?

También podrías...; un matrimonio! Pero, ¿eso acaso no sería ir de mal en peor? Y además... ¿te liberaría eso?

En fin, entre nosotros, ¿sabes lo que haría en tu lugar? Es una mezquindad lo que voy a decirte, pero todo está permitido para defenderse. Y bien, trataría de hacerla madre, si aún es posible. Te odiaría tanto que puede que te dejase.

Pero yo querría que hubiera en los colegios una enseñanza especial para prevenir a los jóvenes alumnos de los peligros de esta índole. Se les enseña el griego y el latín que les son poco útiles, y no se les enseña a defenderse de las mujeres que son en suma el mayor peligro de nuestra vida. Debería de revelársenos su naturaleza, sus trucos, su tenacidad, otras mil cosas. Avisarnos sobre ellas. Es verdad que nada de eso nos serviría quizás de nada.

Te doy la mano, como se hace en la puerta de los cementerios, a las personas que no se puede ni aliviar ni consolar.

## Viaje de novios

Personajes: La señora Rivoil, cincuenta años La señora Bevelin, sesenta años

Un salón. Sobre el velador, un libro abierto: La Canción de los recién casados, por la señora Juliette Lamber.

La señora RIVOIL: Este libro me ha producido un efecto singular. El que acabo de leer es mi poema, el poema del cual he sido la protagonista hace treinta años. Me nota los ojos enrojecidos, querida amiga: es que lloro a lágrima viva desde hace dos horas; lloro por todo ese pasado, tan corto, y terminado, terminado... terminado.

La señora BEVELIN: ¿ Por qué añorar tanto las cosas desaparecidas?

La señora RIVOIL: ¡Oh! Sólo añoro mi viaje de novios. Y esta es la razón por la que este libro, *La Canción de los recién casados*, me ha conmovido tanto.

Sólo he cumplido en mi vida un sueño, y es ese. Piense, pues. Me voy, sola con él, sea quien sea. Me voy, sola con él, siempre, a todas partes, unida a él, llena de una placentera e inolvidable ternura. En nuestra existencia sólo tenemos una verdadera hora de poesía, esa, una única ilusión, tan completa que el regreso a la realidad se produce meses después, una única embriaguez, tan grande que todo desaparece, todo, excepto Él. Me dirá que a menudo no queremos de verdad. ¿Qué importa? En ese momento, no lo sabemos, creemos amarlo; y es el amor que queremos. Él es el amor, es todas nuestras ilusiones visibles, es todas nuestras expectativas realizadas, es la esperanza alcanzable, es la persona a la que vamos a poder dedicarnos, a la que nos hemos entregado, es el Amigo, nuestro Amo y Señor, lo es todo.

El sueño de todas las mujeres es amar, y tener para nosotras solas, del todo para nosotras, incesantemente a solas, al que adoramos, y que nos adora también, eso creemos. Durante ese primer mes, todo esto se cumple. Pero sólo existe ese mes en nuestra existencia, ¡no hay otro... no hay otro!

Yo lo he hecho, ese clásico viaje de amor que canta la señora Juliette Lamber; y esta mañana, mi corazón se estremecía, palpitaba, fallaba al encontrar ahí, en ese libro, todos esos lugares que aún me son gratos, los únicos en los que realmente fui feliz; y al releer, treinta años más tarde, las cosas que él me decía antaño, me parecía revivir ese dulce pasado...

Oía su voz, veía sus ojos.

¡Oh! Cuánto daño me ha hecho desde entonces.

Sí, sí, toda mi verdadera alegría esté encerrada en mi viaje de novios. Lo recuerdo como si fuese ayer.

En vez de hacer como todos, de irnos esa misma noche para disipar en cualquier posada esas primeras gotas de felicidad, y para colmar, cerca de los mozos de hotel con delantal blanco y de los empleados de ferrocarril ese primer frescor de intimidad, esa cuna de amor, nos quedamos a solas, encerrados y abrazados, en una pequeña casa solitaria en el campo.

Luego, cuando mi ternura, vacilante, inquieta y turbia al principio, creció en sus besos, cuando esa chispa que tenía en el corazón se convirtió en llama y me quemó por completo, me llevó a través ese viaje que fue un sueño.

¡Oh! ¡ Sí, claro que lo recuerdo!

En primer lugar, sé que me quedé seis días cerca de él, en una silla de posta que circulaba por las carreteras. De vez en cuando percibía partes del paisaje por la portezuela; pero lo que ciertamente vi, es un bigote rubio y rizado que se acercaba en todo momento a mi rostro.

Entré en una ciudad de la que no distinguí nada, luego me sentí en un barco que al parecer iba hacía Nápoles.

Estábamos de píe, uno al lado del otro, sobre ese suelo que se balanceaba. Tenía mi mano sobre su hombro; y fue entonces cuando empecé a darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor.

Veíamos pasar las costas de Provenza, ya que era Provenza la que acababa de cruzar. El mar inmóvil, estancado, como endurecido por el pesado calor que caía del sol, se mostraba bajo un cielo infinito. Las ruedas golpeaban el agua y perturbaban su sueño tranquilo. Y, detrás de nosotros, un largo rastro espumoso, un gran reguero pálido donde la ola agitada hacía espuma como el champaña, alargaba hasta perderla de vista una estela del navío.

De repente, hacía la parte delantera, a sólo unas brazadas de nosotros, un pez enorme, un delfin, saltó fuera del agua, luego volvió a sumergirse, la cabeza la primera, y desapareció. Tuve miedo, grité y me lancé sobrecogida a los brazos

de René. Luego me eché a reír de pavor y miraba ansiosa por si el animal volvía a aparecer. Al cabo de unos segundos, saltó de nuevo como un gran juguete mecánico. Luego volvió a bajar, salió de nuevo; luego fueron dos, luego tres, luego seis que parecían dar saltos alrededor del pesado barco, escoltar a su monstruoso hermano, al pez de madera con aletas de hierro. Pasaban por la izquierda, volvían por la derecha del buque, y siempre, unas veces juntos, otras uno tras otro, como en un juego, en una persecución alegre, se lanzaban al aire con un gran salto que trazaba una curva, luego se sumergían en fila india.

Y aplaudía, encantada de cada aparición de los enormes y ligeros nadadores. ¡Oh! ¡Esos peces, esos grandes peces! He guardado un grato recuerdo de ellos. ¿Por qué? No sé, no sé nada. Pero han permanecido ahí, en mis ojos, en mi mente y en mi corazón.

De repente desaparecieron. Los vi una vez más, muy lejos, en alta mar, luego ya no los vi más, y me sentí, durante un segundo, triste por su marcha.

Llegó la noche, una noche tranquila, suave, llena de luz, de paz. Ni un escalofrío en el aire o en el agua; y esa tranquilidad ilimitada del mar y del cielo se extendía a mi alma entumecida, donde tampoco había ningún escalofrío. El gran sol se desvanecía lentamente allá a lo lejos, hacía la África invisible, ¡África! La tierra ardiente cuyos ardores ya creía sentir; pero una especie de fresca caricia, que sin embargo ni siquiera tenía aspecto de brisa, rozó mi rostro cuando el astro ya había desaparecido.

Fue la noche más hermosa de mi vida.

No quise entrar en nuestro camarote, donde se respiraban todos esos horribles olores del buque. Nos acostamos sobre la cubierta, envueltos en abrigos; y no dormimos. ¡Oh! ¡Cuántos sueños! ¡Cuántos sueños!

El monótono ruido de las ruedas me acunaba, y miraba sobre mi cabeza esas legiones de estrellas tan claras, con una luz aguda, titilante y como mojada, en ese cielo puro del Sur.

Sin embargo, cuando estaba a punto de amanecer, me adormilé. Me despertaron unos ruidos, unas voces. Los marineros cantando mientras limpiaban el buque. Y nos levantamos.

Bebía el sabor de la bruma salada, me llegaba hasta la punta de los dedos. Miré el horizonte. En la proa había algo gris, confuso aún en al alba naciente, una especie de acumulación de nubes extrañas, puntiagudas, desmenuzadas, parecía estar colocada sobre el mar.

Luego apareció más clara, las formas se dibujaron más sobre el cielo claro: una gran línea de curiosas montañas con picos se erguía ante nosotros, ¡Córcega! Envuelta en una especie de ligero velo.

El capitán, un viejo hombre pequeño, curtido, seco, de pocas palabras, duro, encogido por los fuertes vientos salados, apareció en la cubierta y, con una voz ronca por treinta años de mando, gastada por los gritos lanzados en las tormentas, me preguntó:

-¿Aprecia este curioso olor?

Y en efecto había un fuerte, un extraño, un poderoso olor a plantas, a aromas salvajes.

El capitán prosiguió:

-Es el olor de Córcega. Tras veinte años de ausencia, la reconocería a cinco millas mar adentro. Soy de aquí, señora. Aquel que estaba allá, en Santa Helena, hablaba siempre del olor de su país. Era de mi familia. <sup>1</sup>

Y el capitán, quitándose el sombrero, saludó Córcega, saludó, en lo desconocido, al Emperador, que era de su familia.

Tenía ganas de llorar.

Al día siguiente estaba en Nápoles; e hice, etapa a etapa, ese viaje de felicidad que cuenta el libro de la señora Juliette Lamber

Vi, del brazo de René, todos esos lugares que aún me son gratos, con los cuales el escritor hizo un marco para sus escenas de amor: es el libro de los recién casados, el libro que deberán llevar y guardar, como una reliquia, y cuando regresen, el libro que ella volverá a leer siempre.

Cuando regresé a Marsella tras ese mes pasado en el mar, una inexplicable tristeza me invadió. Sentía vagamente de que había acabado; se le había dado la vuelta a la felicidad.

# Viaje de salud

El señor Panard era un hombre prudente que a todo temía en la vida. Tenía miedo a los contratiempos, a los fracasos, a los carruajes, a los ferrocarriles, a todos los probables accidentes, pero por encima de todo temía a las enfermedades.

Había llegado a la conclusión, con una extrema convicción, de que nuestra existencia estaba amenazada sin cesar por todo lo que nos rodea. Pensar en una caminata le hacía temer un esguince, en brazos y piernas rotas; la visión de un cristal le sugería las horrorosas heridas provocadas por los cortes del vidrio; la presencia de un gato, en ojos arrancados. Vivía con una prudencia meticulosa, reflexiva, paciente, completa.

Decía a su esposa, una valiente mujer, que consentía sus manías:

-Paciencia, querida, que poco es necesario para destruir a un hombre. Es horroroso pensar en esto. Uno sale a la calle con buena salud, atraviesa el bulevar; un carruaje llega y te atropella; o bien uno se detiene cinco minutos bajo un portal a conversar con un amigo y no se percata de una pequeña corriente de aire que le resbala por la espalda, provocándole una pleuresía. Esto es suficiente. Le puede ocurrir a cualquiera.

Panard se interesaba en especial por la sección "Sanidad Pública" de los periódicos. Conocía la cifra normal de muertes en tiempos de paz, siguiendo las estaciones, la marcha y los caprichos de las epidemias, sus síntomas, su probable duración, el modo de prevenirlas, de pararlas, de curarlas. Poseía una biblioteca médica con todas las obras relativas a los tratamientos puestos a disposición del público por los médicos divulgadores y prácticos.

Había creído durante seis meses en las teorías de Raspail, en la homeopatía, en la medicina dosimétrica, en la metaloterapia, en la electricidad, en el masaje, en todos los sistemas que se suponen infalibles contra los males. Hoy en día, era un tanto escéptico y pensaba, con sabiduría, que el mejor modo de evitar las enfermedades consistía en huir de ellas.

Ahora bien, hacia comienzos de invierno el señor Panard supo, por su periódico, que París sufría una ligera epidemia de fiebre tifoidea: una inquietud, que rápidamente lo invadió, se convirtió, en poco tiempo, en una obsesión. Compraba cada mañana dos o tres periódicos para hacer un estudio promedio con los distintos informes contradictorios, y se convenció en seguida de que su barrio estaba particularmente afectado.

Entonces fue a ver a su médico para pedirle consejo. ¿Qué debía hacer? ¿Irse o quedarse? Con las respuestas evasivas del doctor, el señor Panard concluyó que había peligro y decidió partir.

Regresó a casa para deliberar con su esposa. ¿A dónde irían? Él preguntaba:

-¿Piensas, querida, que Pau será un buen lugar?

A ella le ilusionaba ver Niza, y respondió:

-Debe de hacer bastante frío allí debido a la proximidad de los Pirineos. Cannes debe ser más sano, puesto que los príncipes de Orleáns van allí.

Este razonamiento convenció a su marido. Dudada, sin embargo, un poco.

- -Sí, pero en el Mediterráneo hay cólera desde hace dos años.
- -¡Ah!, amigo mío, nunca durante el invierno. Piensa que el mundo entero se da cita en esta costa.
- -Eso es verdad. De todas formas coge desinfectantes y ten especial cuidado en completar mi botiquín de viaje.

Partieron un lunes por la mañana. Llegando a la estación, la señora Panard entregó a su marido su neceser personal:

- -Toma -dijo ella-. Aquí están tus medicamentos en orden.
- -Gracias, querida.

Subieron al tren.

Después de haber leído muchas obras sobre los centros de salud del Mediterráneo, obras escritas por los médicos de cada ciudad del litoral, y de las cuales cada uno exaltaba su playa en detrimento de las otras, el señor Panard, que había pasado por las más grandes dudas, acababa por fin de decidirse por Saint-Raphaël, por la única razón de que él había visto, entre los nombres de los principales propietarios, los de varios profesores de la Facultad de Medicina de París.

Si ellos habitaban allí, era seguramente porque la región estaba sana.

Así que descendió a Saint-Raphaël y se dirigió de inmediato a un hotel cuyo nombre había leído en la guía Sarty, que es la quintaesencia de las estaciones de invierno de esta costa.

Nuevas preocupaciones ya lo asaltaban. ¿Qué menos seguro que un hotel en una región buscada ansiosamente por los tuberculosos? ¿Cuántas enfermedades, y qué enfermos han dormido en estos colchones, bajo estas mantas, sobre estas almohadas, dejando en las lanas, en las plumas, en las telas, miles de gérmenes imperceptibles, procedentes de su piel, de su aliento, de sus fiebres? ¿Cómo osaría él acostarse en estas camas sospechosas, dormir con la pesadilla de un hombre agonizante sobre el mismo lecho, algunos días antes?

Entonces una idea lo iluminó. Pediría una habitación hacia el norte, muy hacia el norte, sin ningún sol, sobre la que ninguna enfermedad habría podido desarrollarse.

Le dieron un gran apartamento glacial que juzgó, a primer golpe de vista, totalmente seguro, ya que parecía frío e inhabitable. Encendió el fuego y luego subió sus pertenencias.

Se paseaba con paso ligero de un lado a otro, un poco inquieto, con la idea de un posible catarro, y decía a su esposa:

-Mira, querida, el peligro de este país es vivir en habitaciones frescas, raramente ocupadas. Se pueden contraer dolencias. Serías muy amable si deshicieras nuestros baúles.

Ella empezaba, de hecho, a vaciar los baúles y a llenar los armarios y la cómoda, cuando el señor Panard se detuvo bruscamente en su paseo y se puso a resoplar con fuerza, como un perro que husmea una pieza de caza. Dijo confuso de repente:

-Pero huele... huele a enfermedad aquí... se puede oler la droga... Estoy seguro de que huele a droga... en serio, ha habido un... un... un tuberculoso en esta habitación ¿no lo hueles, querida?

La señora Panard olfateaba a su alrededor. Respondió:

-Sí, huele un poco a... a... no reconozco bien el olor. En fin, esto huele a medicamento.

Él se lanzó contra el timbre, lo pulsó y cuando el mozo apareció, le dijo:

-Haga venir rápidamente al patrón, por favor.

El patrón llegó en seguida, saludando y con una sonrisa en los labios.

El señor Panard, mirándolo al fondo de los ojos, le preguntó bruscamente:

-¿Cuál fue el último viajero que durmió aquí?

El gerente del hotel, sorprendido en un primer momento, trataba de entender la intención, el pensamiento o la sospecha de su cliente, y, por otra parte, cómo debía responder. Y como nadie había dormido en esa habitación desde hacía mucho meses, dijo:

- -Fue el Conde de la Roche-Limonière.
- -¡Ah!, ¿un francés?
- -No, señor. Un... un... un belga.
- -¡Ah! ¿Y disfrutaba de buena salud?
- -Sí, es decir no, sufría mucho cuando llegó aquí, pero se fue totalmente curado.
- -¡Ah! ¿De que padecía?
- -De dolores.
- -¿Qué tipo de dolores?
- -De dolores... de dolores de hígado.
- -Muy bien, señor. Muchas gracias. Pensaba quedarme aquí cierto tiempo, pero acabo de cambiar de opinión. Partiré rápidamente con la señora Panard.

- -Pero... señor...
- -Es inútil, señor. Nos iremos. Envíe la nota, ómnibus, habitación y servicio.

El gerente, estupefacto, se retiró mientras que el señor Panard decía a su mujer:

-¡Eh!, querida. ¿Lo he descubierto? ¡Has visto como dudaba!... dolores... dolores... dolores de hígado... que más quisiera que dolores de hígado.

El señor y la señora Panard llegaron a Cannes por la noche, cenaron y se acostaron pronto.

Pero apenas llegaron a la cama, el señor Panard gritó:

-¡Eh! El olor. ¿Lo hueles esta vez? Pero...es ácido fénico, querida...; han desinfectado esta habitación.

Se levantó de la cama, se vistió rápidamente y como era demasiado tarde para llamar a alguien, se decidió rápidamente a pasar la noche sobre un sillón.

La señora Panard, a pesar de las solicitudes de su marido, rechazó imitarlo y se quedó en sus sábanas donde durmió felizmente, mientras que él murmuraba con sus riñones destrozados:

-¡Qué país... que país más horroroso, qué horrible país!. En todos los hoteles no hay más que enfermedades.

Tan pronto amaneció, el patrón fue llamado.

- -¿Cuál es el último viajero que ha ocupado esta habitación?
- -El Ggran Duque de Bade y Magdebourg, señor. Un primo del Emperador de... de... Rusia.
- -¡Ah! ¿Disfrutaba de buena salud?
- -Muy buena, señor.
- -¿Seguro que buena?
- -Seguro.
- -Es suficiente. La señora y yo partimos para Niza al mediodía.
- -Como guste, señor.

Y el patrón, furioso, se fue, mientras que el señor Panard decía a su esposa:

- -¡Qué farsante! ¡Ni siquiera quiere confesar que su viajero estaba enfermo! ¡Enfermo! ¡Ah, sí! ¡Enfermo! Ni siquiera enfermo; lo que estaba era fiambre. Contéstame. ¿Hueles el ácido fénico? ¿Lo hueles?.
- -Sí, querido.
- -¡Qué bribones, estos gerentes de hotel! Ni siquiera reconocen que estaba enfermo aún habiendo muerto. ¡Que bribones!

Cogieron el tren de la una y media. El olor los siguió dentro del vagón.

Muy inquieta, la señora Panard murmuraba:

-Huele por todas partes. Debe de ser una medida de higiene general en el país. Es probable que rieguen las calles, los parques y los vagones con el agua fénica por orden de los médicos y las autoridades municipales.

Pero cuando llegaron al hotel de Niza, el olor llegó a ser intolerable.

Panard, aterrado, erraba por su habitación abriendo los cajones, visitando las esquinas oscuras, buscando en el fondo de los muebles. Descubrió en el armario de luna un viejo periódico y le echó un vistazo al azar, leyendo: "Los rumores que se habían hecho correr sobre el estado sanitario de nuestra ciudad carecen de fundamento. Ningún caso de cólera ha sido detectado en Niza ni en sus alrededores..."

Dio un saltó y gritó:

-Señora Panard... señora Panard... es el cólera... el cólera... el cólera... estoy seguro... No deshagas nuestras maletas... Regresamos a París rápidamente...rápidamente.

Una hora más tarde volvían a tomar el rápido rodeados de un olor asfixiante a fenol.

Tan pronto como llegaron a su casa, Panard consideró procedente tomar algunas gotas de un anticolérico enérgico y abrió la maleta que contenía sus medicamentos. Un vapor sofocante salió de su interior. Su frasco de ácido fénico se había roto y el líquido, derramado, había quemado todo dentro del bolso.

Entonces su mujer, con un ataque de risa, gritó:

-¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... amigo mío...aquí está...aquí tienes tu cólera!

FIN